

Bajo la bandera de la rebelión

Rosa Luxemburgo y la revolución alemana

Juan Ignacio Ramos

Fundación Federico Engels

Bajo la bandera de la rebelión
Rosa Luxemburgo y la revolución alemana
COLECCIÓN CRÍTICA MARXISTA

Primera edición: mayo de 2014

© 2014, Fundación Federico Engels

ISBN: 978-84-96276-98-7
Depósito Legal: M-16136-2014

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels
C/ Hermanos del Moral 33, bajo. 28019 Madrid
Teléfono: 914 283 870
www.fundacionfedericoengels.org · fundacion@fundacionfedericoengels.org

ÍNDICE

Prólogo	9
I. EL CAPITALISMO ALEMÁN Y LA SOCIALDEMOCRACIA	15
Junkers, burguesía, proletariado	15
Crítica del programa de Gotha	19
El ser social determina la conciencia	23
II. ROSA LUXEMBURGO	29
El grupo Proletariado	29
Leo Jogiches y la socialdemocracia polaca	31
La cuestión nacional	35
Los primeros combates contra el revisionismo	41
‘Reforma o revolución’	44
Parlamentarismo, Estado, dialéctica	49
‘Huelga de masas, partido y sindicatos’	55
Contra el menchevismo	61
La revolución permanente	64
‘La revolución es algo magnífico y todo lo demás es pura tontería’	69
La oposición de izquierdas del SPD	77
III. CONTROVERSIAS MARXISTAS	81
Cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa	82
Lenin y la socialdemocracia alemana	92
Conciencia, espontaneidad, partido	96
La acumulación del capital y el imperialismo	105
El derecho de las naciones a la autodeterminación	112
IV. LA GUERRA IMPERIALISTA Y LOS INTERNACIONALISTAS	
ALEMANES	115
El imperialismo, fase superior del capitalismo	116
Socialchovinismo	119
‘El enemigo principal está en casa’	122
Los internacionalistas alemanes	127
Giro a la izquierda	130
La formación del USPD	136
El trabajo marxista en las organizaciones de masas	138
Rusia en revolución	142
‘Todo el poder a los sóviets!’	144
‘Guerra a la guerra’	147

La ruptura con la socialdemocracia	149
Crítica de la revolución rusa	152
Un águila del socialismo	163
V. ALEMANIA EN REVOLUCIÓN	167
La revolución no conoce fronteras	167
El impacto del bolchevismo	172
‘Con la reacción hay que hablar ruso’	175
Conciencia y organización	178
Un régimen quebrado	183
Internacionalismo proletario	187
Noviembre	192
‘Detesto la revolución como al pecado’	201
La proclamación de la república	205
‘Unidad socialista’	210
El Consejo de Obreros y Soldados de Berlín	214
Las ilusiones democráticas y el doble poder	221
Maniobras contrarrevolucionarias	227
El congreso de los consejos	231
Los órganos de la revolución	235
Un partido revolucionario	239
Diciembre	246
Radicalización	250
El Partido Comunista de Alemania	255
Enero	269
Los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht	283
Terror blanco	288
Enseñanzas de una derrota	291
 Galería fotográfica	 299

APÉNDICE DOCUMENTAL

Nota de los editores	333
1. <i>La revolución permanente</i>	335
Franz Mehring	
2. <i>Militarismo, guerra y clase obrera</i>	341
Rosa Luxemburgo	
3. <i>El voto contra los créditos de guerra</i>	353
Karl Liebknecht	
4. <i>El enemigo principal está en casa</i>	355
Karl Liebknecht	
5. <i>Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional</i>	361
Rosa Luxemburgo	

6. <i>¿Qué quiere la Liga Espartaco?</i>	367
Rosa Luxemburgo	
7. <i>Nuestro programa y la situación política</i>	379
Rosa Luxemburgo	
8. <i>El orden reina en Berlín</i>	407
Rosa Luxemburgo	
9. <i>¡A pesar de todo!</i>	413
Karl Liebknecht	
10. <i>¡Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, asesinados!</i>	419
Partido Comunista de Alemania	
11. <i>Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo</i>	425
León Trotsky	
12. <i>En memoria de Karl Liebknecht</i>	435
Karl Rádek	
13. <i>¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!</i>	445
León Trotsky	
14. <i>Luxemburgo y la Cuarta Internacional</i>	457
León Trotsky	
 Glosario general	 463
Glosario de nombres propios	473
Bibliografía	489

PRÓLOGO

Quien se pronuncia por el camino reformista en lugar de y en contraposición a la conquista del poder político y a la revolución social no elige en realidad un camino más tranquilo, seguro y lento hacia el mismo objetivo, sino un objetivo diferente: en lugar de la implantación de una nueva sociedad, elige unas modificaciones insustanciales de la antigua (...) no busca la realización del socialismo, sino la reforma del capitalismo, no busca la supresión del sistema de trabajo asalariado, sino la disminución de la explotación. En resumen, no busca la supresión del capitalismo, sino la atenuación de sus abusos.

Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución*

Este año se cumple el 95º aniversario del asesinato de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Leo Jogiches, fundadores de la Liga Espartaquista y del Partido Comunista de Alemania. Su detención, martirio y muerte a manos de los *Freikorps*,¹ dirigidos por el socialdemócrata Gustav Noske, coronaron la derrota del levantamiento obrero de Berlín de enero de 1919 e implicaron la liquidación posterior de los consejos de obreros y soldados creados por todo el territorio alemán tras la insurrección de los marineros de Kiel el 4 de noviembre de 1918.

Para el conjunto de los activistas de izquierda de habla castellana, la revolución socialista alemana y la obra de Rosa Luxemburgo

1. Freikorps (Cuerpos Francos) grupos militares de choque integrados por oficiales, soldados y voluntarios monárquicos y de extrema derecha.

no son tan conocidas como la revolución rusa y las aportaciones políticas de Lenin y Trotsky. Hay una escasez de materiales al respecto, y muchos de los libros señeros sobre esta cuestión se agotaron y permanecen descatalogados desde hace mucho tiempo. Con la obra de Rosa Luxemburgo ocurre lo mismo. La Fundación Federico Engels está enmendando esta situación con la publicación de sus trabajos más destacados porque creemos que es de interés la edición de material sobre esta gran experiencia y sobre el pensamiento y la acción militante de la gran revolucionaria germano-polaca.

Es imposible desvincular los acontecimientos revolucionarios en la Alemania de 1818-1919 de las terribles consecuencias de la Primera Guerra Mundial, del colapso político de la socialdemocracia oficial en aquellos años y, por supuesto, de la llamada a la lucha que para las masas oprimidas de toda Europa supuso el triunfo bolchevique en octubre de 1917. La revolución que dio a luz el primer Estado obrero de la historia cautivó la imaginación de millones de soldados, trabajadores y campesinos que habían sufrido lo indecible en las trincheras, bajo la descarga de los bombardeos, y en la retaguardia, humillados por una horrible escasez, cuando no sometidos a la represión y a violentos pogromos.

A su vez, ningún acontecimiento de la lucha de clases mundial despertó más entusiasmo y cautivó con más fuerza a los obreros rusos que la revolución alemana de 1918-1919. La idea por la que habían peleado y realizado los mayores sacrificios se concretaba en el país clave del continente. Karl Rádek describió el impacto que las noticias de la insurrección de los marineros de Kiel causaron en Moscú: “Decenas de miles de obreros estallaron en vivas salvajes. Yo no había visto nada igual. Luego por la tarde, obreros y soldados rojos desfilaban aún. La revolución mundial había llegado. Nuestro aislamiento había terminado”.

Las fuerzas motrices de la revolución alemana comparten con la rusa un patrón común: la devastación de la guerra imperialista, con sus millones de muertos y decenas de miles de mutilados, y el estallido de indignación de una población que sostenía con su trabajo y su hambre la insolencia de una burguesía y una casta militar ávidas de conquistas imperiales. En el caso de Alemania, este panorama se vio agravado por la traición de la socialdemocracia, pasada abiertamente al campo del socialpatriotismo y la colaboración

gubernamental. Paralizados temporalmente por la propaganda chovinista, los trabajadores alemanes aprendieron mucho en la escuela de la guerra imperialista.

El levantamiento de los marineros de Kiel fue la señal para propagar un movimiento revolucionario incendiario. Los obreros y los soldados insurrectos conquistaron ciudad tras ciudad, abrieron cárceles, liberaron a los prisioneros políticos, izaron la bandera roja en calles, fábricas y cuarteles, y formaron consejos de obreros y soldados. En sólo unos días, el imperio y su káiser fueron barridos de la escena, proclamándose la República. La fuerza de la clase trabajadora demostró ser mucho más potente para derrocar la monarquía alemana que los obuses enemigos.

En aquel mes de noviembre de 1918, en una secuencia similar a las jornadas de febrero de 1917 en Rusia, los trabajadores alemanes comenzaron a disputar a la burguesía el derecho a dirigir la sociedad. La clase obrera hizo todo lo posible, y mucho más, por cambiar el curso de la historia. Esa es la idea que también queremos subrayar en este trabajo.

Es verdad que el poder de los consejos de obreros y soldados alemanes, la República de los Consejos, no logró imponerse, a diferencia de lo ocurrido en la Rusia revolucionaria. Los factores que determinaron este desenlace son diversos, pero la traición abierta de los dirigentes del principal partido obrero, el SPD, y su coalición con el Estado Mayor y los capitalistas para sostener un sistema moribundo destaca con fuerza.

Ebert, Scheidemann, Noske, los jefes del SPD que apoyaron los créditos de guerra y la política del imperialismo alemán desde el 4 de agosto de 1914, que “detestaban la revolución como al pecado”, sellaron un pacto con los jefes militares, con los mismos que enviaron a la masacre a cientos de miles de soldados, con los criminales que más tarde se convertirían en la espina dorsal de las SA y las SS; al fin y al cabo, les movía el común objetivo de defender el orden capitalista de la amenaza revolucionaria.

La burguesía alemana había tomado buena nota de la revolución rusa y los éxitos de Lenin, Trotsky y los bolcheviques. Asimilando las lecciones de esos acontecimientos, no se dejaron intimidar y se concentraron en aplastar la revolución. Para lograrlo utilizaron dos caminos complementarios. Por un lado, pusieron todos los medios para

sabotear el movimiento desde dentro, valiéndose del SPD y de la autoridad que todavía conservaba entre vastos sectores de las masas. El objetivo era claro: controlar los consejos de obreros y soldados, y someterlos en el tiempo más breve posible a la legalidad burguesa. Por otro, se pusieron manos a la obra para crear una fuerza armada de absoluta confianza que pudiese ser lanzada contra los obreros revolucionarios, sus organizaciones y sus dirigentes. La contrarrevolución no dejó de preparar sus grupos de choque desde el mismo 9 de noviembre de 1918 en que la República alemana fue proclamada.

Las fuerzas de la contrarrevolución —la dirección del SPD y los militares monárquicos—, apoyados y financiados generosamente por los grandes capitalistas, se enfrentaron a una resistencia feroz por parte de los obreros de Berlín y de sus organizaciones combatientes. De entre ellas destaca, por derecho propio, la Liga Espartaquista (la corriente marxista revolucionaria alemana), dirigida por Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Leo Jogiches, que finalizando el mes de diciembre de 1918 se transformaría en el Partido Comunista de Alemania (KPD).

Enfrentados a un enemigo con medios muy considerables, la Liga Espartaquista trató de emular el ejemplo de los bolcheviques. Pero la heroicidad, el valor y el sacrificio en vidas humanas de los obreros comunistas de Berlín no fueron suficientes. En el transcurso de aquellos acontecimientos no lograron crear un partido marxista de masas, y la contrarrevolución aplastó la insurrección de enero de 1919 asesinando vilmente a sus dos dirigentes más carismáticos.

Una cosa está clara. Si la revolución socialista hubiese triunfado en Alemania, el destino de la humanidad podría haber sido muy diferente. La construcción del socialismo no habría tenido que verse sólo en un país atrasado, sino también en una de las principales potencias industriales del continente y con el proletariado más fuerte y mejor organizado del mundo.

Nuestro afán en este trabajo ha sido intentar establecer un hilo conductor entre el pensamiento de Rosa Luxemburgo y la revolución socialista. Sus aportaciones han trascendido el tiempo, sus obras se han convertido en clásicos del marxismo. Basta señalar *Reforma o revolución* o *Huelga de masas, partido y sindicatos*, dos textos sobresalientes de la literatura socialista. Pero Rosa no sólo fue una teórica de la clase obrera que denunció con energía el reformismo y libró una

batalla frontal contra la degeneración de la socialdemocracia alemana y la Segunda Internacional; fue sobre todo una revolucionaria entregada a la tarea práctica de la emancipación de los trabajadores.

En el trabajo también abordamos los reiterados intentos de manipular las ideas de Rosa Luxemburgo por parte de la socialdemocracia y los estalinistas. Los primeros, queriendo presentar la imagen de una Rosa Luxemburgo enfrentada al supuesto autoritarismo leninista, un intento patético para encubrir su postración ante la democracia burguesa con el legado de la revolucionaria polaca. Desde el campo estalinista, los esfuerzos por desacreditar a Rosa Luxemburgo también han sido permanentes, exagerando y descontextualizando las polémicas que mantuvo con Lenin y enterrando su figura bajo una montaña de acusaciones de derechismo, “espontaneísmo” y “trotskismo”.

En las siguientes páginas tratamos con estas manipulaciones aclarando que, a pesar de las controversias teóricas que mantuvieron, existe una genuina unidad de principios entre los pensamientos de Lenin y de Rosa Luxemburgo. Ambos mantuvieron una inequívoca postura contraria a la colaboración de clases y se manifestaron en todo momento como luchadores incansables contra el reformismo. Ambos, en definitiva, plantearon una estrategia a favor del derrocamiento revolucionario del capitalismo y en defensa de la transformación socialista de la sociedad.

Queremos advertir que constreñir la riqueza de las ideas de Rosa Luxemburgo en una síntesis, por extensa y amplia que esta sea, es una tarea harto difícil y no es nuestra intención. Nos conformamos con animar al estudio de su obra, sin prejuicios y sin ideas preconcebidas, siguiendo el espíritu de Rosa Luxemburgo, que jamás se avino a la rutina de aparato, al seguidismo burocrático, a la mutilación de la crítica.

En unas palabras escritas tras el asesinato de Rosa, su amiga y camarada Clara Zetkin describió su dedicación generosa a la causa del proletariado mundial, con la que los revolucionarios nos identificamos plenamente:

“Tan claro como profundo, su pensamiento brillaba siempre por su independencia; ella no necesitaba someterse a las fórmulas rutinarias, pues sabía juzgar por sí misma el verdadero valor de las cosas y de los fenómenos (...) Luxemburgo, gran teórica del socialismo

científico, no incurría jamás en esa pedantería libresca que lo aprende todo en la letra de molde y no sabe de más alimento espiritual que los conocimientos indispensables y circunscritos a su especialidad; su gran afán de saber no conocía límites y su amplio espíritu, su aguda sensibilidad, la llevaban a descubrir en la naturaleza y en el arte fuentes continuamente renovadas de goce y de riqueza interior. En el espíritu de Rosa Luxemburgo, el ideal socialista era una pasión avasalladora que todo lo arrollaba; una pasión, a la par, del cerebro y del corazón, que la devoraba y la acuciaba a crear. La única ambición grande y pura de esta mujer sin par, la obra de toda su vida, fue la de preparar la revolución que había de dejar el paso franco al socialismo. El poder vivir la revolución y tomar parte en sus batallas era para ella la suprema dicha. Con una voluntad férrea, con un desprecio total de sí misma, con una abnegación que no hay palabras para expresarla, Rosa puso al servicio del socialismo todo lo que era, todo lo que valía, su persona y su vida. La ofrenda de su vida a la idea no la hizo tan sólo el día de su muerte; se la había dado ya trozo a trozo, en cada minuto de su existencia de lucha y de trabajo. Por esto podía legítimamente exigir también de los demás que lo entregaran todo, su vida incluso, en aras del socialismo. ¡Rosa Luxemburgo simboliza la espada y la llama de la revolución, y su nombre quedará grabado en los siglos como el de una de las más grandiosas e insignes figuras del socialismo internacional!”.²

Juan Ignacio Ramos
Madrid, 16 de mayo de 2014

2. Clara Zetkin: *Rosa Luxemburgo*, en Marxists Internet Archive.

I. EL CAPITALISMO ALEMÁN Y LA SOCIALDEMOCRACIA

Alemania vivió profundas transformaciones en las dos últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX. En ese lapso de tiempo, su capacidad productiva y tecnológica experimentó una gran expansión, hasta convertirse en una potencia industrial. Pero Alemania llegaba con demora al universo capitalista en comparación con Gran Bretaña o Francia, un retraso histórico que se explica por la renuencia de su burguesía a encabezar la revolución contra el viejo régimen.

JUNKERS, BURGUESÍA, PROLETARIADO

En el gran movimiento revolucionario de 1848 quedó en evidencia el espíritu extremadamente conciliador, cuando no servil, del que estaba imbuida la clase capitalista alemana. Con un respeto *casi* religioso por el Reich y la burocracia prusiana, la burguesía selló una alianza con el viejo orden y renunció a las reformas políticas liberales. Entendiendo las lecciones de la historia en un sentido profundamente conservador, los capitalistas alemanes prefirieron afianzar su poder económico, y de paso ganar algunas de las migajas políticas que caían del mantel del káiser, aunque eso supusiera abandonar la lucha por la república parlamentaria y la unificación de Alemania. Rechazaba la gloria de sus predecesoras en Inglaterra y Francia, pero se aseguraba la protección de los fusiles de los *junkers*³ frente a un poderoso

3. Al final del libro hemos colocado dos amplios glosarios, uno general y otro de nombres propios.

enemigo que ya empezaba a ver por sí solo y a pelear por sus propios objetivos de clase: el proletariado.

En numerosos trabajos periodísticos y teóricos, Marx y Engels dejaron constancia del comportamiento cobarde y contrarrevolucionario de la burguesía —y de la pequeña burguesía— en aquellos acontecimientos.⁴ En un célebre artículo escrito en 1848, Marx es rotundo en su apreciación: “La burguesía alemana se había desarrollado con tanta languidez, tan cobardemente y con tal lentitud que, en el momento en que se opuso amenazadora al feudalismo y al absolutismo, se encontró con la oposición del proletariado y de todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas eran afines a los del proletariado. Y se vio hostilizada no sólo por la clase que estaba detrás, sino por toda la Europa que estaba delante de ella. La burguesía prusiana no era, como la burguesía francesa de 1789, la clase que representaba a toda la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad: la monarquía y la nobleza. Había descendido a la categoría de un estamento tan apartado de la corona como del pueblo, pretendiendo enfrentarse con ambos e indecisa frente a cada uno de sus adversarios por separado, pues siempre los había visto delante o detrás de sí misma; inclinada desde el primer instante a traicionar al pueblo y a pactar un compromiso con los representantes coronados de la vieja sociedad, pues ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad”.⁵

Tras la derrota de la revolución alemana de 1848 por la traición de la burguesía, después de que los disparos de las barricadas se extinguieran y se hiciera necesario extraer las lecciones pertinentes, Marx y Engels propusieron conclusiones de un gran alcance histórico:

“La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio. Muy lejos de desear la transformación revolucionaria de

4. Artículos en la *Nueva Gaceta Renana* y textos como *Revolución y contrarrevolución en Alemania* o el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, por citar algunos.

5. Marx: *La burguesía y la contrarrevolución*, en *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, 1981, vol. I, p. 144.

toda la sociedad en beneficio de los proletarios revolucionarios, la pequeña burguesía democrática tiende a un cambio del orden social que pueda hacer su vida en la sociedad actual lo más llevadera y confortable. (...)

“Mientras que los pequeñoburgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no en un solo país, sino en todos los países dominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado. Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases; no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva”.⁶

El desarrollo de un movimiento obrero emergente, y cada vez más poderoso por su peso social y político, se convirtió en el fiel de la balanza que inclinó a la burguesía alemana a renunciar durante mucho tiempo a sus sueños “republicanos”. Temían, con razón, que un régimen de libertades democráticas diera a los trabajadores y sus organizaciones mayor impulso, más fuerza y predominio en la sociedad y en las instituciones políticas. La monarquía prusiana, especialmente su ejército y su burocracia, creó las condiciones para acompañar su ordenamiento jurídico y político al desarrollo del capitalismo, y lo hizo blindando el aparato estatal con una coraza reaccionaria y esculpiendo su justificación moral en el designio divino (amparado por la filosofía hegeliana en lo que se refiere a su motivación racional e histórica).

El Estado alemán, configurado bajo la égida prusiana y la política bonapartista de Bismarck⁷, otorgó al Reich una estructura federal,

6. Marx y Engels: *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*, en *op. cit.*, p. 183.

7. “La industria y el comercio alemanes habían alcanzado tan alto desarrollo, la red de firmas comerciales alemanas, que abarcaba el mercado mundial, se había extendido

donde cada uno de los 25 estados conservó su constitución, mientras el gobierno imperial asumía competencias en asuntos comunes fundamentales: relaciones exteriores, comercio, ejército, correos y telégrafos, comunicaciones. El poder legislativo lo componían el Bundesrat, formado por delegados de los estados federados, y el Reichstag, el parlamento elegido por sufragio universal. Prusia, que contaba con más de la mitad de la población y las 9/10 partes de los recursos mineros y metalúrgicos, dominaba el gobierno imperial, mientras la aristocracia guerrera de los *junkers* ponía el sello a todas las decisiones: el rey de Prusia era el emperador, el primer ministro prusiano era el canciller del imperio y los diecisiete delegados prusianos del Bundesrat podían vetar cualquier medida que no gustará a su gobierno, del que recibían un mandato imperativo. Por otra parte, para impedir que el peso del proletariado industrial desequilibrara la composición del parlamento, la legislación electoral benefició descaradamente a los distritos rurales.⁸

Esta superestructura política, marcadamente reaccionaria, no impidió a Engels señalar que la Alemania de fines del siglo XIX presentaba las características más favorables para el triunfo de la revolución socialista. En una carta a Bebel, del 11 de diciembre de 1884, explicaba su postura: “Nuestra gran ventaja es que la revolución industrial está en pleno apogeo, mientras que en Francia o Inglaterra, en lo que concierne a su aspecto principal, está detenida (...) Nuestra revolución industrial, puesta en marcha por la revolución de 1848 con su correspondiente progreso burgués (débil, pero progreso al fin), fue acelerada enormemente gracias a: 1) la destrucción de los obstáculos internos de 1866 a 1870, y 2) por los millones franceses [indemnización pagada a Alemania tras la derrota de 1871].

tanto y se había hecho tan densa, que no se podía seguir tolerando el sistema de pequeños estados en la patria, así como la carencia de derechos y la ausencia de protección en el exterior (...) Tal era la situación cuando Bismarck decidió inmiscuirse activamente en la política exterior. Bismarck es Luis Napoleón, es el aventurero francés pretendiente a la corona convertido en *junker* prusiano de provincias y en estudiante alemán de corporación. Lo mismo que Luis Napoleón, Bismarck es un hombre de gran espíritu práctico y muy astuto, un hombre de negocios innato y socarrón”. Engels: *El papel de la violencia en la historia*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2013, p. 40.

8. Broué: *La revolución alemana*, pp. 18-19.

Así, hemos obtenido una revolución industrial mucho más profunda y completa y, especialmente, más amplia que la de otros países; y esto con un proletariado perfectamente fresco e intacto, no desmoralizado por derrotas y finalmente, gracias a Marx, con un conocimiento de las causas del desarrollo económico y político, y de las condiciones de una revolución inminente, como no lo habían tenido ninguno de nuestros predecesores”.

Engels no se equivocaba en sus conjeturas: en 1910, dos tercios de la población vivía en ciudades, y las grandes explotaciones agrícolas del centro y sur de Alemania contaban con más de tres millones de obreros agrícolas. Era evidente que el peso específico del proletariado en la sociedad, y su alta concentración, le confería un potencial revolucionario.

CRÍTICA DEL PROGRAMA DE GOTHA

En ningún otro país de Europa la clase trabajadora había conseguido desarrollar un movimiento tan organizado y cohesionado como en Alemania. Si los sindicatos y los partidos obreros constituyen, en teoría, los elementos embrionarios de un nuevo orden socialista dentro de la sociedad capitalista, la socialdemocracia representaba un auténtico poder dentro del Estado alemán.

El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) nació en 1875 producto de la fusión, en el congreso de Gotha, del Partido Obrero Socialdemócrata —de inspiración marxista y dirigido por August Bebel y Wilhelm Liebknecht— y la Asociación General de los Trabajadores Alemanes, fundada por Ferdinand Lassalle. La unión de ambas fuerzas inspiró una profunda desconfianza a Marx y Engels, especialmente por las importantes concesiones hechas a los seguidores de Lassalle, como atestigua la correspondencia que ambos mantuvieron al respecto. Esas cartas están compiladas en la famosa obra *Crítica del programa de Gotha*.

A finales de la década de los sesenta del siglo XIX, el Partido Obrero Socialdemócrata, aunque formalmente se declaraba marxista, distaba mucho de haber asimilado el programa del socialismo científico tal y como Marx y Engels lo habían formulado. Gustav Mayer lo señala en su biografía sobre Engels: “En realidad, por aquel

entonces casi ninguna de las personalidades destacadas que militaban en el partido, y no digamos la gran masa de sus afiliados, tenía una orientación clara acerca de las ideas teóricas de Marx y Engels y de las consecuencias de orden práctico que de ellas debían derivarse. Las pocas cabezas intelectuales que entonces se hallaban en el partido carecían de adiestramiento científico. (...) Refiriéndose a aquellos años, hubo de confesar, mucho después, uno de los discípulos más capaces de Marx y Engels: “Todos éramos entonces, poco más o menos, socialistas eclécticos”.⁹

La Asociación General de Trabajadores Alemanes, que gozaba de una influencia considerable en el movimiento obrero alemán, estaba dirigida por Lassalle, al que Marx se refirió a lo largo de su vida en los términos más duros. La crítica a Lassalle no sólo era fuerte por las posturas confusas que mantenía en el terreno de la teoría—Marx y Engels denunciaron sus falsas ideas sobre la explotación, concretadas en la célebre *ley de bronce de los salarios*¹⁰, una amalgama de malthusianismo y socialismo utópico—, sino también por su adaptación oportunista al régimen bismarckiano y su defensa de la colaboración de clases.

Las advertencias lanzadas por Marx no surtieron efecto, y las presiones a favor de la fusión de ambas tendencias socialistas se hicieron muy intensas en la década de los setenta. No era ajeno a esto el hecho de que la influencia de los lassalleanos en las filas del proletariado alemán era sensiblemente mayor que la de los marxistas, disponían de más militancia, más aparato y más medios escritos, empezando por su periódico, *Neuer Social-Demokrat* (El Nuevo Socialdemócrata). Otros factores también reforzaron este sentimiento de unidad. Para empezar, la propia unificación nacional alemana, que empujaba a una mayor coordinación de la acción reivindicativa del movimiento obrero; también los éxitos electorales obtenidos en las elecciones al Reichstag de enero de 1874 y, no menos importante, la reacción represiva del régimen de Bismarck contra los socialistas.

9. Gustav Meyer: *Federico Engels: una biografía*, Fondo de Cultura Económica, México 1978, p. 642.

10. La ley de bronce (o de hierro) de los salarios es una teoría económica clásica, asumida por Lassalle, según la cual los salarios tienden siempre al mínimo necesario para la subsistencia.

En junio de 1874, la Asociación General de Trabajadores fue clausurada y disuelta, factor que aceleró la fusión entre ambas formaciones y significó que los lassalleanos se acercaran a los dirigentes marxistas, especialmente a Liebknecht, recién salido de la cárcel. El papel de este último fue decisivo en la forma y el método con que se llevó a cabo la unificación, pues Bebel, el otro dirigente socialdemócrata en quien Engels había depositado grandes expectativas, permanecía en prisión.

La postura de Marx y Engels respecto a la fusión es conocida universalmente gracias a la correspondencia mantenida con Bebel y a la famosa carta a Bracke, en la que Marx sistematiza su crítica del programa propuesto para la fusión: “Tengo el deber —señalaba Marx en los primeros renglones de esta carta— de no reconocer, ni siquiera mediante un silencio diplomático, un programa que es, en mi convicción, absolutamente inadmisibles y desmoralizador para el partido (...) Cuando se redacta un programa de principios (en vez de aplazarlo hasta el momento en que una más prolongada actuación conjunta lo haya preparado), se colocan ante todo el mundo los jalones por los que se mide el nivel del movimiento del partido. Los jefes lassalleanos vinieron porque a ello les obligaron las circunstancias. Y si desde el primer momento se les hubiera hecho saber que no se admitía ningún chalaneo con los principios, habrían tenido que contentarse con un programa de acción o con un plan de organización para la actuación conjunta”.¹¹

Las discrepancias de Marx y Engels con el programa para la fusión abarcaban todo el conjunto, y su indignación creció en cuanto conocieron la amplitud y el calado de las concesiones a los lassalleanos. Además, Marx y Engels se enteraron del contenido del programa no por sus aliados en Alemania, sino cuando fue publicado en las páginas del *Neuer Social-Demokrat* y del *Der Volksstaat* (El Estado del Pueblo), los respectivos periódicos de ambas organizaciones.

Las diferencias más relevantes eran las siguientes:

- Además de la *ley de bronce*, que en el proyecto de programa era asumida, Marx y Engels desnudaban la postura confusa y equívoca de los lassalleanos sobre el carácter del Estado. Los socialistas científicos

11. Carta de Marx a W. Bracke, de 5/5/1875, en *Crítica del programa de Gotha*, FUNDA-
CIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2004, p. 21.

pretenden poner fin a las relaciones sociales de producción capitalistas y a la expresión jurídica y política que estas engendran. No abogan, como hacía Lassalle, por implantar un Estado “popular”. Marx realiza una detallada exposición del carácter de clase del Estado burgués y defiende su derrocamiento revolucionario como condición para la transición al socialismo: “Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que el de la dictadura revolucionaria del proletariado”. Lenin alude detalladamente a este punto de vista en su gran obra *El Estado y la revolución*.

- El proletariado es la única clase verdaderamente revolucionaria, tal como se señala en *El manifiesto comunista*. Pero esto no significa, como afirmaba Lassalle y recogía el proyecto de programa, que “frente al proletariado, todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria”. La lucha por ganar a otras capas de la sociedad a la causa del socialismo se explica por las contradicciones que genera la crisis capitalista, y más en concreto por el empeoramiento de las condiciones materiales de las capas medias. Para Marx y Engels, esta realidad objetiva en ningún caso significa subordinar la lucha de la clase obrera a los prejuicios de la pequeña burguesía. Si el proletariado cuenta con un programa comunista y una táctica audaz, sabrá atraerse a estas capas a su causa, sin caer en el pantano del frentepopulismo y la colaboración de clases.

- Los lassalleanos limitaban su internacionalismo a “la confraternización internacional de los pueblos”, una frase que, en palabras de Marx, estaba tomada de la burguesa Liga por la Paz y la Libertad. De esta manera, los seguidores de Lassalle “rebajaban su internacionalismo a un nivel inferior al del partido librecambista” y renunciaban a tomar el internacionalismo proletario como punto de partida de la organización revolucionaria.

Los dirigentes socialdemócratas alemanes se cuidaron mucho de dar a conocer la postura de Marx y Engels a la militancia. *Crítica del programa de Gotha* no fue publicado en vida de Marx; *Die Neue Zeit* (la revista teórica del SPD) lo editaría en 1891, ocho años después de su muerte. De la misma forma, la carta de Engels a Bebel del 18 de marzo de 1875 respecto a la misma cuestión —considerada por

Lenin “uno de los razonamientos más notables, si no el que más, de las obras de Marx y Engels respecto al Estado”— no se publicó hasta 1911, cuando apareció el segundo tomo de las memorias de Bebel, es decir, 36 años después de ser escrita. Este silencio consciente hacia dos documentos fundamentales de la teoría marxista no era casualidad. La postura de los teóricos y fundadores del socialismo científico contradecía, en un momento de la historia del movimiento obrero tan temprano como aquel, aspectos esenciales de la doctrina y de la práctica política de la socialdemocracia alemana.

EL SER SOCIAL DETERMINA LA CONCIENCIA

Las cuestiones aludidas por Marx y Engels eran, en efecto, de principios, pero nada más lejos de su concepción que adoptar una postura doctrinaria o sectaria ante los grandes acontecimientos de la lucha de clases. Ambos comprendían perfectamente que un paso real del movimiento valía más que una docena de programas, y ese método les permitió dar vida a la Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional). No por ello, obviamente, abandonarían la lucha intransigente contra el conservadurismo de las Trade Unions británicas, contra las tendencias terroristas o contra las diversas doctrinas utópicas, pequeñoburguesas y anarquistas, que rechazaban la participación del proletariado en política. Una cosa era alentar la organización consciente de los oprimidos, llegar a un frente único con otras tendencias del movimiento obrero en la lucha contra el enemigo común, y otra muy distinta adoptar una postura pasiva hacia el confusionismo político.

Las décadas de 1870 y 1880 estuvieron dominadas por la fuerte reacción política que recorrió Europa. La derrota de la Comuna de París y la disolución de la Primera Internacional, acontecimientos que quebraron la capacidad de resistencia obrera durante todo un período, prepararon un nuevo ciclo de crecimiento económico e infundieron confianza a la clase dominante. Tuvieron que pasar largos años de reacción política en Europa para que las heridas de las derrotas fueran cicatrizando, a la par que la expansión del capitalismo ampliaba las fuerzas del proletariado industrial y, con ello, las posibilidades para su mejor organización.

A finales del siglo XIX, los sindicatos y los partidos socialistas agruparon más fuerzas y ganaron un terreno considerable. En Francia, Jules Guesde impulsó un potente partido socialista. En Gran Bretaña se fundaron asociaciones para hacer propaganda a favor de las ideas marxistas y socialistas. También en Dinamarca, Suecia, Bélgica, Suiza, Austria, Italia y el Estado español se dieron las condiciones propicias para crear partidos marxistas. La fundación oficial de la Segunda Internacional tuvo lugar en 1889, en el marco de la celebración del centenario de la Revolución Francesa, en un congreso organizado por los socialistas alemanes y franceses. La Segunda Internacional, o Internacional Socialista, empezó donde había acabado la Primera, uniendo y organizando a millones de trabajadores, creando partidos socialistas y sindicatos de masas en la mayoría de los países europeos, y defendiendo, al menos de palabra, los principios del marxismo revolucionario. La socialdemocracia avanzó en Alemania con más fuerza e ímpetu que en ningún otro país.

Tras la guerra franco-prusiana de 1870 y la derrota de la Comuna parisina, la monarquía prusiana trató de aplastar al SPD mediante las leyes antisocialistas decretadas por el canciller Bismarck, pero todos los intentos fueron vanos. La socialdemocracia manifestó un nervio formidable y su porvenir parecía radiante. En 1891, August Bebel afirmó en el congreso del SPD: “La sociedad burguesa trabaja tan concienzudamente en su propia caída, que sólo debemos esperar el momento oportuno para recoger el poder que se le escurre de las manos (...) Sí, estoy convencido de ello: la consecución de nuestro objetivo final se encuentra tan próxima, que muy pocos de los presentes no lo verán con sus propios ojos”. Pero al final de su vida, el mismo Bebel se refería a la revolución como “la gran catástrofe”.

Dos décadas más tarde, en 1912, el SPD obtuvo 4.250.000 votos en las elecciones legislativas, que se tradujeron en 110 diputados en el Reichstag; contaba también con 220 diputados en diferentes estados y 2.886 concejales. En 1914, antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, el SPD tenía 1.085.905 miembros y los sindicatos que dominaba encuadraban a más de dos millones de afiliados, además de ingresar anualmente más de 88 millones de marcos oro.

En ese lapso de veinte años, el SPD había sabido tejer una amplia red de organizaciones paralelas, de mujeres socialistas, movimientos juveniles, universidades populares, bibliotecas, sociedades de

lectura y organizaciones de ocio. “El edificio descansaba en un aparato administrativo y técnico competente” señala Pierre Broué. A su vez, la mayoría de los dirigentes y liberados de las federaciones sindicales y de los sindicatos de oficio eran miembros del partido. En aquellos años, el SPD contaba con 90 periódicos, que empleaban a cerca de 300 periodistas permanentes, tres mil obreros y empleados, gerentes, directores comerciales y representantes.

La dirigente comunista alemana Ruth Fischer escribió sobre ello: “Los socialdemócratas alemanes fueron capaces de realizar un tipo de organización que era infinitamente más que una asociación, más o menos bien soldada, de individuos reunidos circunstancialmente por objetivos temporales, infinitamente más que un partido de defensa de los intereses obreros. El Partido Socialdemócrata Alemán se transformó en una forma de vivir. Fue mucho más que una máquina política: dio al obrero alemán dignidad y estatus en un mundo propio. El obrero, en tanto que individuo, vivía en su partido, el partido penetraba en los hábitos cotidianos del obrero. Sus ideas, sus reacciones, sus actitudes eran resultado de la integración de su persona en esta colectividad”.¹²

Lo mismo que el Estado prusiano, los dirigentes socialdemócratas primaban en la composición de sus órganos dirigentes y en los congresos nacionales del partido la presencia de representantes provenientes del mundo rural, donde dominaban las tendencias más conservadoras. Por ejemplo, en el congreso de 1911 del SPD, el 52% de los militantes, residentes en distritos con más de 8.000 miembros, sólo estuvieron representados por el 27% de los delegados; la representación oscilaba de un delegado por cada 57 miembros en las pequeñas organizaciones del partido de los distritos agrarios, a uno por cada 5.700 en las grandes ciudades industriales.¹³

“El aparato de la socialdemocracia alemana —escribe Pierre Broué— fue construido completamente entre 1906 y 1909 en la búsqueda de la eficacia electoral y del incremento del número de votos y de representantes [en las instituciones], durante un período de relativa calma social y de reflujo obrero, con la preocupación de evitar que los conflictos internos influyesen en el impacto electoral del

12. Broué, p. 31.

13. *Ibíd.*, p. 41.

partido y que la fraseología revolucionaria de su ala radical o las reivindicaciones de los obreros menos favorecidos asustasen al electorado, supuestamente moderado, de la pequeña burguesía democrática y de las capas obreras más conservadoras. El revisionismo de Bernstein y el reformismo de los dirigentes sindicalistas habían hundido sus raíces en una coyuntura económica que nutría una ideología optimista de progreso continuo y pacífico”.¹⁴

Aquellos años, en los que la Segunda Internacional y el SPD adquirieron su fisonomía como organizaciones de masas, coincidieron con un largo período de auge capitalista. Gracias al crecimiento económico y a la explotación de las colonias, la burguesía de los países más potentes pudo hacer “reformas” y concesiones, sobre todo a la aristocracia obrera. La socialdemocracia alemana se forjó, en sus años heroicos, como una fuerza de oposición al Estado y sufrió la persecución constante del gobierno de Bismarck. Todos los ataques de sus leyes antisocialistas no hicieron mella en la confianza, el sacrificio y la entrega de miles de militantes y cuadros socialdemócratas. Pero lo que no pudo conseguir la represión, sí lo logró la penetración de ideas ajenas al proletariado. Los “éxitos” del SPD tuvieron consecuencias no previstas.

Los vertiginosos avances electorales, la creciente actividad parlamentaria, a la que se iba supeditando la acción del partido, el poder socialdemócrata en los ayuntamientos, en los sindicatos, la adaptación a las instituciones burguesas..., todos estos factores, entrelazados y alimentándose unos a otros, fueron abriendo la puerta progresivamente al triunfo de ese espíritu pequeñoburgués, conformista, defensor de las prebendas materiales que ofrecía un sistema en ascenso y aparentemente indestructible.

Décadas atrás, el viejo Engels había advertido: “Las elecciones han demostrado que no tenemos nada que esperar de la debilidad de hacer concesiones a nuestros adversarios. Hemos ganado respeto y nos hemos convertido en una fuerza gracias a una resistencia desafiante. Sólo se respeta al poder, y sólo mientras seamos poderosos seremos respetados por los filisteos. Cualquiera que haga concesiones, dejará de ser una fuerza y será despreciado. La mano de hierro

14. *Ibíd.*, p. 38.

puede hacerse sentir a través de un guante de seda, pero tiene que hacerse sentir. El proletariado alemán se ha convertido en un grandioso partido: que sus representantes sean dignos de él". En estas palabras de Engels ya se desprendían dudas sobre la firmeza de los dirigentes socialdemócratas para resistir las tentaciones oportunistas.

La socialdemocracia alemana reclutó entre la capa privilegiada de los trabajadores al personal que monopolizaba las tareas del funcionamiento del partido. El terreno para el clientelismo político estaba totalmente abonado: la estabilidad y el progreso personal de los funcionarios sindicales y del partido se vinculaban a la lealtad a la dirección y al mantenimiento del *statu quo*, de la paz social con el Estado. Sin hacer mucho ruido, fue cristalizando un ejército de arribistas y burócratas que copaban el aparato sindical, político y parlamentario del SPD y que vivían cómodamente instalados en la atmósfera psicológica y material de la pequeña burguesía radical e ilustrada.

Las bases objetivas que explican el desarrollo del *revisionismo* reivindican plenamente la aseveración marxista: *el ser social determina la conciencia*. La adaptación burguesa de la dirección del SPD alimentaba su degeneración burocrática, y viceversa, el crecimiento de la burocracia fortalecía el revisionismo. El abandono del marxismo fue el resultado natural de este proceso. "Los revisionistas del SPD —escribe Sebastian Haffner—, que durante los primeros años del siglo habían suprimido la revolución del programa del partido y que pretendían pasar a una política reformista puramente social, vieron claramente de dónde soplabla el viento. Sin embargo, quedaron en minoría. El partido, como siempre, siguió proclamando la revolución en los congresos del partido y en las manifestaciones, bajo la bandera roja. Pero entre las palabras y convicciones se abrió ahora una grieta cada vez más amplia. El 'centro marxista' del partido pensaba en secreto lo mismo que los revisionistas decían abiertamente; el ala izquierda del partido, que todavía creía en la revolución, se había convertido en una minoría".¹⁵

Dentro de esta ala izquierda, sólo Rosa Luxemburgo fue capaz de librar una batalla contra el revisionismo en el terreno teórico y práctico de manera consistente.

15. Haffner: *La revolución alemana (1918-1919)*, p. 18.

II. ROSA LUXEMBURGO

Rosa Luxemburgo brilló con luz propia en el firmamento del marxismo. Fue una incansable oradora y su producción política abarcó todos los campos: artículos periodísticos de coyuntura, folletos de propaganda, materiales teóricos contra el reformismo, sobre la guerra imperialista, la cuestión nacional o la economía política. Rosa destacó en la defensa del marxismo revolucionario frente a las tergiversaciones que del pensamiento socialista realizaron los dirigentes de la socialdemocracia alemana. No sólo Bernstein fue desenmascarado por Rosa Luxemburgo en su gran texto *Reforma o revolución*, también aquellos que se ocultaban tras un marchamo de teóricos marxistas, como Karl Kautsky.

El estudio de la obra de Rosa Luxemburgo es una obligación para todos los trabajadores y jóvenes con conciencia de clase, para todos los activistas del movimiento obrero que luchamos por la transformación socialista de la sociedad. En las siguientes páginas intentaremos aproximarnos a ella, señalando los contornos más destacados de su pensamiento y de su acción revolucionaria anteriores a los grandes acontecimientos revolucionarios de 1918.

EL GRUPO PROLETARIADO

Rosa Luxemburgo nació el 5 de marzo de 1871 en Zamosc, una pequeña ciudad polaca, en el seno de una familia judía culta y abierta al mundo, cuyos vínculos con la asfixiante fe ortodoxa habían desaparecido hacía tiempo. Cuando tenía tres años, su familia se trasladó a Varsovia, donde sufrió de forma directa la imposición

rusificadora en la escuela. Como señala Paul Frölich¹⁶, es casi seguro que el régimen escolar de la oprimida Polonia la arrastró al camino de la lucha pues, poco tiempo después de abandonar el Liceo, Rosa militaba ya en el grupo revolucionario Proletariado, fundado en 1882 por Ludwik Warynski.

En la década de 1880, el partido de oposición con más influencia en Rusia era *Naródnaya Volia* (La Voluntad de Pueblo), cuya actividad terrorista marcó a las jóvenes generaciones de revolucionarios polacos. Desde su fundación en 1882, y a pesar de su colaboración con los *narodnikis* rusos, el grupo Proletariado se había convertido en una activa tendencia revolucionaria, yendo por delante de *Naródnaya Volia* tanto en lo que respecta a la comprensión, más clasista, de la realidad del capitalismo ruso y polaco como en el programa político, más avanzado. Proletariado despreciaba la postura nacionalista, demagógica e hipócrita de la nobleza y la pequeña burguesía polaca, interesada sólo en sus ganancias económicas. En cambio, veía a los trabajadores rusos como los principales aliados para conseguir la libertad de las masas oprimidas de Polonia. Tras dirigir numerosas huelgas en 1883, el grupo Proletariado sufrió una feroz represión, y cuatro de sus principales dirigentes fueron ajusticiados en la horca. En ese momento, cuando el grupo se encontraba en su apogeo, Rosa Luxemburgo, con 15 años cumplidos y un expediente académico brillante, ya militaba en él.¹⁷

Entre 1888 y 1889, la segunda generación de militantes de Proletariado, entre los que se encontraba una Rosa Luxemburgo cada vez más integrada en la actividad política, colaboraría con la Unión de Obreros Polacos fundada por Julian Marchlewski y Adolf Warszawski. En los años siguientes, ambas organizaciones participarían activamente en la oleada huelguística de Varsovia y otras ciudades obreras del país, sufriendo una dura represión: los cuadros de la Unión Obrera tuvieron que exiliarse en Suiza y numerosos militantes de Proletariado fueron arrestados y encarcelados. Rosa tuvo que huir de Polonia, refugiándose en Suiza, concretamente en Zúrich, donde inició una fase importante de su joven militancia.

16. Frölich: *Vida y obra de Rosa Luxemburgo*.

17. Nettl: *Rosa Luxemburgo*, p. 60.

LEO JOGICHES Y LA SOCIALDEMOCRACIA POLACA

Rosa Luxemburgo llegó a Zúrich a finales de 1889. Al año siguiente se matriculó en la facultad de Filosofía, donde siguió cursos de ciencias naturales y matemáticas, y en 1892 también en la facultad de Derecho. Estudió intensamente los clásicos de la economía política: Adam Smith, David Ricardo y, por supuesto, Carlos Marx. Como militante de *Proletariado*, pronto entró en contacto con los círculos políticos de la ciudad, especialmente con los militantes marxistas más jóvenes del exilio, polacos, lituanos y también rusos.

De aquellas primeras reuniones y relaciones, la más estimulante fue, sin duda, la trabazón con Leo Jogiches, el revolucionario lituano oriundo de una próspera familia judía de Vilna, que se convirtió para siempre en una persona preeminente en la vida de Rosa. En 1885, Jogiches había tratado de organizar a los obreros judíos de Vilna formando un círculo revolucionario, y fue arrestado varias veces por su labor militante antes de escapar a Suiza tras desertar del servicio militar ruso. “Si bien su lengua y su cultura eran la rusa —escribe Maria Seidemann—, pudo completar sus conocimientos de yiddish¹⁸, hasta entonces muy limitados, y así entenderse con los obreros y contribuir de alguna manera a su educación política. Promovía la revolución entre los soldados y los jóvenes oficiales, siempre a riesgo de ser denunciado y arrestado. Su fuerte era la conspiración: organizaba huelgas, se servía de las rutas de contrabando para el transporte de escritos ilegales y para sacar a emigrantes del país. Pronto Levka [Jogiches] se labró una reputación de leyenda no sólo entre los obreros, que lo admiraban como a su maestro, sino entre sus camaradas en la ilegalidad”.¹⁹

Tras establecerse en Zúrich, la intención de Jogiches fue organizar una editorial revolucionaria que publicase los clásicos del socialismo traducidos al ruso (Marx, Engels, August Bebel y Wilhelm Liebknecht), material que debería introducirse clandestinamente en Polonia y Lituania a través de la red que el propio Jogiches estaba abriendo con la colaboración de militantes revolucionarios judíos.

18. Lengua de los judíos del centro y el este de Europa.

19. Seidemann: *Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches*, p. 27.

“Jogiches se dirigió personalmente a Plejánov y le propuso actuar en colaboración —escribe Nettel—, él aportaría el dinero y la técnica, y Plejánov su prestigio y sus derechos de autor. Cuando Plejánov preguntó con frialdad qué bases para la colaboración tenía Jogiches en mente, el joven le propuso tranquilamente un trato a medias y su interlocutor le mostró la puerta sin pérdida de tiempo. Sus álgidas diferencias fueron confirmadas por carta. Jogiches no se dio por vencido. Decidió piratear algunos de los clásicos marxistas para traducirlos y distribuirlos en Rusia, y creó su propia empresa editorial para este fin, la *Sotsialdemokraticeskaya Biblioteka*. En vista de esto, Plejánov declaró la guerra abierta. La instantánea antipatía que Jogiches había despertado en él se convirtió en odio ruidoso y público (...) En una carta a Engels, describió a Jogiches como ‘*une miniature ausgabe de Nechaieff*’, una versión en miniatura del más temerario e imprudente discípulo anarquista de Bakunin”.

Rosa Luxemburgo no tardó en tomar partido: “Rosa se enamoró de Leo Jogiches poco después de que se conocieran, y se vio envuelta de inmediato en lo más tupido de la lucha. Su relación era demasiado íntima para que existiera la menor posibilidad de que ella permaneciera neutral. En un principio trató de ejercer una influencia moderadora en Jogiches; para ella, Plejánov era primero y antes que nada el gran hombre, y Jogiches, obstinado y tal vez poco razonable, renuente a apreciar la talla de su adversario. Pero el intento fue en vano; nadie logró jamás hacer cambiar de parecer a Jogiches por medio de la persuasión, y hacia 1894 ella también estaba dispuesta a dejar al ‘viejo’ con un palmo de narices cada vez que se presentaba la oportunidad”.²⁰

La disputa con Plejánov aisló a Jogiches en el movimiento marxista ruso de la emigración y le creó grandes inconvenientes. A pesar de que insistió en su objetivo de publicar las obras marxistas fundamentales para conocimiento de los trabajadores de lengua rusa en Lituania y Polonia, la actitud beligerante de Plejánov, poniendo por encima de los intereses del movimiento su prestigio y vanidad personales, dieron al traste con la editorial que Jogiches había puesto en marcha. “Para la joven generación de marxistas en Rusia y en el

20. Ambas citas en Nettel, p. 69.

extranjero, él era el gigante de su tiempo (...) Pero era también una persona susceptible y prejuiciada que nunca vacilaba en descargar todo el peso de su autoridad sobre sus adversarios, aun cuando la disputa fuese insignificante. Para los jóvenes entusiastas que lo habían admirado desde lejos, el primer encuentro con él era una experiencia estimulante y a la vez una desilusión, como testimoniaron, cada uno por su lado, Lenin, Mártov y Jogiches”.²¹

Al tiempo que Jogiches libraba esta batalla, Rosa Luxemburgo se enzarzó de lleno en otro combate político de mayor relieve. En los años posteriores a la salida de Rosa Luxemburgo, el movimiento socialista polaco se desarrolló bajo el auspicio y protección del SPD alemán, después de que en 1890 quedaran abolidas las leyes antisocialistas. En Berlín, un grupo de socialistas polacos en el exilio empezaron a editar un boletín semanal, *Gazeta Robotnicza* (La Gaceta Obrera) y el 17 de noviembre de 1892 fundaron el Partido Socialista Polaco (PPS). Todas las fracciones se adhirieron al nuevo partido. El programa del PPS fue el resultado de una transacción entre las diferentes tendencias que lo integraron: marxista de palabra, pero nacionalista y oportunista en la práctica. La actitud de Rosa Luxemburgo y sus camaradas hacia las ideas fue mucho más seria y rigurosa, y quisieron defender públicamente sus posturas.

Los jóvenes seguidores de Rosa y Leo, a los que se habían sumado los militantes emigrados de la Asociación de Trabajadores Polacos, unieron sus esfuerzos, con vistas a la creación de un genuino partido marxista de los trabajadores polacos. Julian Marchlewski jugó un importante papel en este proceso de confluencia: “Antes de huir a Suiza en 1893, y trabajando en fábricas y talleres, él mismo había participado en la etapa preparatoria de la fundación (naturalmente ilegal) de la Asociación de Trabajadores Polacos. Por esa razón

21. *Ibid.*, p. 68. En 1924 se publicó un llamativo e inusual relato de Lenin acerca de la actitud que Plejánov manifestaba con los militantes que no mostraban una sumisión completa a su parecer y tenían un criterio propio en los asuntos de envergadura: “Plejánov siempre ha manifestado una extrema intolerancia, una incapacidad y una mala voluntad para entender los argumentos de los demás (...) Su modo de actuar es hiriente (...) Jamás, nunca en mi vida había tenido para con un hombre tanto respeto sincero y veneración, ante nadie había mostrado tanta humildad y nunca había tenido el sentimiento de recibir una patada tan brutal” (Citado en Jean Jaccques Marie, *Lenin*, POSI, Madrid, 2008, p. 56).

era bien conocido entre los miembros que operaban en Polonia, y era, así, el más indicado para establecer la conexión con el grupo estudiantil de Zúrich”.²² En julio de 1893, Rosa, Leo y Julian Marchlewski empezaron a publicar el periódico *Sprawa Robotnicza* (La Causa Obrera). La fecha elegida para el lanzamiento de la publicación no fue casual; se trataba de hacerla aparecer justo antes de la celebración del III Congreso de la Segunda Internacional, que se iba a celebrar en Zúrich del 6 al 12 de agosto.

El editorial del primer número del *Sprawa Robotnicza* era toda una declaración: lucha contra el capitalismo, solidaridad con la clase obrera rusa en su batalla contra el absolutismo, oposición a la colaboración de clases, defensa del internacionalismo proletario... Rosa Luxemburgo se convirtió en una animadora inagotable del nuevo periódico y, en 1894, ocupó la dirección del mismo bajo el seudónimo de R. Kruszyńska. En la línea política de la publicación se perfilaba sin ambigüedades la hostilidad hacia la postura nacionalista del PPS.

En el congreso de la Internacional, como era de esperar, los gerifaltes del PPS se opusieron a aceptar a Rosa Luxemburgo como delegada, pero Rosa no se arrugó y tomó la palabra para defender la línea del *Sprawa Robotnicza*. La impresión causada por sus palabras fueron descritas por el dirigente socialista belga Emil Vandervelde: “Rosa, que entonces tenía 23 años, era desconocida fuera de uno o dos grupos socialistas de Alemania y Polonia (...) pero sus adversarios se vieron en dificultades para defenderse de ella (...) Se levantó entre los delegados en el fondo de la sala y se subió a una silla para hacerse escuchar mejor. Pequeña y de aspecto frágil, con un vestido de verano que disimulaba muy eficazmente sus defectos físicos, abogó por su causa con tal magnetismo y palabras tan convincentes, que se ganó de inmediato a la mayoría de los delegados, quienes levantaron la mano a favor de la aceptación de su mandato”.²³ La realidad no fue como la describe Vandervelde: el congreso votó en contra de su participación como representante del *Sprawa Robotnicza*, con Plejánov interviniendo a favor del PPS haciendo patente su venganza contra la joven pareja. En cualquier caso, sería la última vez

22. Seidemann, p. 51.

23. Nettl, p. 73.

que ocurriría algo semejante, pues Rosa Luxemburgo logró hacer valer su representatividad como dirigente de la corriente marxista del socialismo polaco en los congresos internacionales posteriores.

La ruptura con el PPS, con su postura reformista y nacionalista, fue consumada definitivamente por Rosa Luxemburgo, Leo Jogiches, Julian Marchlewski y Adolf Warszawski con la formación de un nuevo partido: el SDKP (Social-Democracia del Reino de Polonia). El SDKP atrajo a todo un grupo de militantes revolucionarios que desempeñarían una labor destacada en la lucha de clases, en la fundación del Partido Comunista Polaco (1918) y en la historia del Partido Bolchevique y la revolución rusa. Pero mucho antes de aquellos acontecimientos, ese pequeño núcleo revolucionario tuvo que sortear dificultades de todo tipo: “En estos años iniciales de 1893 a 1895, Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches se hallaron casi totalmente aislados. La dirección del PPS había tendido un *cordon sanitaire* en torno a ellos, e incluso los simpatizantes se abstendían de acercárseles por temor a las represalias (...) Hacia 1894, ella se había convertido en la mujer espantajo del socialismo polaco”.²⁴

LA CUESTIÓN NACIONAL

Rosa veía a la flamante organización del SDKP como una continuación de Proletariado. En su programa volvían a insistir en la activa colaboración con los revolucionarios rusos y en rechazar una hipotética liberación de Polonia al margen de la revolución rusa. El nacionalismo del PPS se había convertido, en palabras de Rosa, en “un espejismo utópico, una ilusión creada entre los obreros para desviarlos de su lucha de clase”.²⁵

Se iniciaba así una larga controversia en torno a la cuestión nacional polaca, que implicó directamente también a la socialdemocracia alemana y rusa. La tesis de Rosa Luxemburgo partía de un punto concreto: la demanda de autodeterminación e independencia de Polonia había sufrido profundas transformaciones desde que Marx la

24. *Ibíd.*, p. 82.

25. Citado en Nettel, p. 78.

considerara un poderoso factor revolucionario. La pequeña nobleza polaca, que había luchado contra el despotismo zarista y por las causas democráticas en las revoluciones y levantamientos entre 1848 y 1871, estaba influida por ideas que preconizaban la vuelta al pasado precapitalista. Su nacionalismo no podía ocultar un punto de vista reaccionario. Por otro lado, la burguesía había dibujado sus contornos esenciales al calor del crecimiento del capitalismo ruso y, amparada por el gobierno de los zares, se aseguraba fabulosos negocios en el imperio. Tenía múltiples vínculos con el aparato del Estado zarista y había renunciado definitivamente a la unidad y la independencia de Polonia.

Considerando que el nacionalismo polaco perduraba sólo en los círculos intelectuales y entre las clases medias, y que esas mismas clases pequeñoburguesas habían abandonado la causa revolucionaria, Rosa Luxemburgo rechazaba de plano la demanda de independencia de Polonia, por ser una consigna ajena a los intereses de los trabajadores. “Por consiguiente, cualesquiera aspiraciones nacionalistas por parte de los socialistas no harían más que encadenarlos irremediablemente a una burguesía de por sí políticamente impotente (...) Lo más importante, sin embargo, era el hecho de que, si las clases medias tuvieran finalmente que elegir entre la obtención del apoyo socialista a fin de ganar impulso para una campaña por la independencia de Polonia o abandonar esta campaña a fin de cooperar con la autocracia contra el fantasma de la revolución social, siempre optarían por lo segundo”.²⁶

Las posturas de Rosa Luxemburgo respecto a la cuestión nacional polaca fueron plasmadas en un folleto en polaco y publicado en París en 1895: *La Polonia independiente y la causa de los obreros*. El texto provocó la reacción inmediata de los dirigentes del PPS, que hicieron todo lo posible para que se aprobara una declaración de apoyo a la independencia de Polonia en el congreso de la Internacional, a celebrar en Londres en julio de 1896. Por supuesto, volvieron a contar con el apoyo activo de Plejánov y otros prohombres del socialismo europeo. Rosa Luxemburgo, que en aquel momento tenía 26 años, no se amilanó. Volviendo a la carga, logró que *Die Neue Zeit* y

26. *Ibíd.*, p. 86.

Critica Sociale —las revistas teóricas del SPD alemán y del Partido Socialista Italiano respectivamente— publicaran una serie de artículos con sus ideas sobre la cuestión nacional, en los que rebatía las posturas del PPS.

La tormenta que se desató implicó a los teóricos más sobresalientes de la Internacional en aquellos momentos, incluido el director de *Die Neue Zeit*, Karl Kautsky. Reconociendo la forma brillante y rigurosa en que Rosa exponía sus puntos de vista, Kautsky criticó su postura por despreciar el potencial revolucionario, antizarista, de la independencia de Polonia. Por su parte, los mandarines del PPS rebajaron bastante más el nivel y calificaron a Rosa de “mujerzuela histórica y pendenciera”, para comentar sobre su artículo: “Sólo lamentamos que una revista alemana seria haya caído en la trampa de la señorita Rosa, que en Suiza engatusa a la gente como si ella representara a alguien o algo en Polonia. El socialismo polaco no se ha hundido lo bastante para que la señorita Rosa se crea con el derecho de hablar en su nombre”.²⁷

En el congreso de la Internacional, la polémica entre las dos tendencias del socialismo polaco continuó, y no sólo por las divergencias respecto a la cuestión nacional. Por un lado, Józef Pilsudski, al frente de la delegación del PPS y con el respaldo de las “honorables” figuras del socialismo internacional, se dedicó a descalificar y ningunear las posturas de los marxistas polacos. Por otro, Rosa Luxemburgo, a la cabeza del SDKP, irrumpió en el ambiente acomodaticio y rutinario de las “vacas sagradas”, provocando la irritación general. “Para la mayoría de los dirigentes de la Segunda Internacional, Rosa no era más que una joven pendenciera que insistía en utilizar su considerable intelecto²⁸ contra cabezas más sabias y mejor dotadas. Victor Adler, que encabezaba la delegación austríaca, veía su existencia y actividades con franca hostilidad, de la que nunca habría de desviarse un ápice. Consideraba que sus artículos eran inoportunos y faltos de tacto”.²⁹

27. Seidemann, p. 61.

28. En 1897, Rosa Luxemburgo presentaría su tesis en la Universidad de Zúrich para doctorarse en Derecho, titulada *El desarrollo industrial de Polonia*. Fue publicada en 1979 por la editorial mexicana Pasado y Presente, junto con sus primeros escritos sobre la cuestión nacional.

29. Nettl, p. 91.

Recapitulando. Rosa Luxemburgo insistía en que colocando la independencia de Polonia como un eje del programa socialista difícilmente se podría atraer a las masas proletarias. Rosa cuestionaba que la clase trabajadora polaca pudiera crear un Estado polaco burgués contra la propia burguesía polaca y contra la triple dominación extranjera que sufría Polonia (Rusia, Prusia y Austria). Si la clase obrera dispusiera de la fuerza necesaria para lograrlo, sostenía Rosa Luxemburgo, también la tendría para la revolución socialista, que era la única solución a la cuestión nacional polaca admisible desde el punto de vista de los oprimidos. En su opinión, había que evitar a toda costa que el combate emprendido por la clase obrera resultase falseado y absorbido por las aspiraciones nacionalistas; el énfasis se debía poner en la lucha común de los trabajadores rusos y polacos, por lo que la independencia nacional no debería ser un objetivo inmediato del proletariado.

Durante años, los socialdemócratas (marxistas) polacos mantuvieron una lucha encarnizada contra los dirigentes nacionalistas pequeñoburgueses del PPS, y en no pocas ocasiones contaron con la solidaridad explícita de Lenin: “Desear que estalle una guerra solamente para la liberación de Polonia supondría ser un nacionalista de la peor clase y anteponer los intereses de unos pocos polacos a los de cientos de millones de hombres que padecerían la guerra. Y así piensan, por ejemplo, los miembros del ala derecha del PPS, que solamente son socialistas de labios afuera y respecto a los que los socialdemócratas polacos tienen mil veces razón. Establecer ahora la consigna de la independencia de Polonia, en la situación actual de las relaciones entre los estados imperialistas vecinos, supone verdaderamente ir tras de una utopía, caer en un nacionalismo minúsculo y olvidar los requisitos de la revolución europea e incluso de las revoluciones rusa y alemana”.³⁰

La diferencia que Lenin establecía entre los pequeñoburgueses del PPS y los marxistas del SDKP no le llevó, obviamente, a respaldar la postura de Rosa de negar el derecho de autodeterminación para Polonia y las naciones oprimidas. Lenin reconocía el internacionalismo de Rosa, pero no dejaba de señalar que deformaba el

30. Citado en Frölich, p. 64.

marxismo revolucionario en la cuestión nacional, abrazando una postura errónea. Las demandas democráticas nacionales *sí* tenían un poderoso atractivo revolucionario para las masas polacas, incluido el proletariado.

Lenin planteó la cuestión de una manera concreta: la defensa del derecho de autodeterminación de las naciones y nacionalidades oprimidas no obliga al partido del proletariado a realizar agitación a favor del separatismo o la independencia. En la cuestión nacional, como en el resto de las demandas democráticas, los marxistas se guían por los intereses del proletariado y la revolución, y no anteponen jamás una reivindicación democrática a estos intereses. La defensa del libre derecho de autodeterminación para Polonia, que Rosa Luxemburgo se negaba a incluir en el programa de la socialdemocracia polaca, lejos de perjudicar la causa del socialismo, permitiría arrancar a las masas polacas o de cualquier otra nacionalidad oprimida por el yugo zarista, de la nefasta influencia de la burguesía y la pequeña burguesía nacionalista, que explotaban en su propio beneficio las ansias de liberación del proletariado y el campesino pobre. En la revolución de Octubre se puso de manifiesto el enorme potencial revolucionario de esta consigna vinculada a la lucha por el poder obrero y la expropiación de la burguesía y los terratenientes.³¹

En la lucha contra el PPS, Rosa Luxemburgo vio reforzada su organización gracias a la unidad con los socialdemócratas lituanos, liderados por Feliks Dzerzhinski. Así nació la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL). “Los miembros dirigentes de SDKPiL —escribe Paul Nettel en su gran biografía sobre Rosa Luxemburgo— eran personas de singular distinción y capacidad intelectual (...) Hombres como Dzerzhinski, Marchlewski, Hanecki y Unszycki

31. Los textos más relevantes de Lenin en su polémica con Rosa Luxemburgo, que fijan la postura de los bolcheviques al respecto, son: *Notas críticas sobre el problema nacional* (1913), *La autonomía cultural-nacional* (1913), *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación* (1914), *Balance de la discusión sobre la autodeterminación* (1916) y *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación* (1916). Todos están incluidos en el libro de Lenin *La cuestión nacional*, editado por la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS. En cuanto a Rosa Luxemburgo, se puede consultar *La cuestión nacional y la autonomía*, Cuadernos de Pasado Presente, México, 1979, que incluye su trabajo publicado entre 1908 y 1909 en la revista polaca *Przegląd Socjaldemokratyczny*.

alcanzaron todos ellos posiciones de importancia en la Rusia bolchevique (...) encontraron papeles que desempeñar dentro del distinguido y pequeño círculo de los *hommes de confiance* de Lenin a los que podían confiárseles misiones especiales fuera de la rutina del partido”.³² Hacia 1900, el SDKPiL estaba presente en las principales ciudades industriales de Polonia y en la región carbonífera de Dabrowa.

En ese período se produjeron los primeros desencuentros con Jogiches. Rosa amaba profundamente a Leo, pero el revolucionario lituano no pudo reprimir los estallidos recurrentes, un cierto resentimiento y unos celos enfermizos contra la independencia de criterio de Rosa. Inevitablemente, la relación se agrió, aunque el vínculo íntimo entre estos dos grandes revolucionarios, tormentoso y difícil, se mantuvo hasta el último aliento de ambos. Tanto en la biografía de Paul Nettl como en el magnífico libro de Maria Seidemann se aborda pormenorizadamente esta ligazón, política y personal, llena de amargura y de momentos brillantes.

Rosa y Leo realizaron juntos una amplia andadura sentimental y política que les unió por encima de sus adversidades. Pero, más allá de los errores y los sinsabores personales, no se puede dejar de resaltar la figura de Leo Jogiches, un gigante político, un revolucionario insobornable, duro y capaz, con talento excepcional para la organización y la conspiración. A pesar de su ruptura sentimental con Rosa, nunca dejó de darle su apoyo más leal e incondicional en los momentos difíciles, cuando ella estaba encarcelada, en las semanas gloriosas de la revolución alemana de noviembre-diciembre de 1918 o en los últimos días de su vida. “En medio del desierto espiritual de la Primera Guerra Mundial, cuando muchas de las antiguas amistades quedaron brutalmente rotas, la resurrección de la antigua camaradería de Jogiches debe haber ayudado a ambos a sobrevivir (...) En forma conmovedora, Jogiches se encargó, dedicando a ello una parte valiosa de su tiempo, de que ella recibiera la alimentación adecuada a su estómago cada vez más delicado y nervioso. Durante los últimos meses de sus vidas, él estuvo constantemente a su lado, aconsejando, orientando, alentando (...) Después de que

32. Nettl, p.36.

ella murió, él concentró los esfuerzos de sus propios últimos meses en la identificación y el castigo de los asesinos, y en asegurar la supervivencia de sus ideas”.³³

LOS PRIMEROS COMBATES CONTRA EL REVISIONISMO

Rosa ya contaba con un nombre en la socialdemocracia internacional cuando afloró intensamente la inquietud por trasladarse al país central del socialismo, donde existía la mayor organización partidaria y, por tanto, la plataforma más amplia y efectiva para dar a conocer sus ideas.

El 20 de mayo de 1898, se trasladó a Berlín, capital prusiana y centro político de la socialdemocracia alemana. Al poco tiempo entró en contacto personal y asiduo con sus dirigentes más destacados: Clara Zetkin —a la que le uniría una estrecha amistad hasta su muerte—, August Bebel, Franz Mehring y Karl Kautsky y su mujer, Luise. Tras informar a la dirección del partido que había conseguido la nacionalidad alemana gracias a un matrimonio de conveniencia, se ofreció inmediatamente a realizar tareas militantes, que no eran precisamente las más vistosas desde el punto de vista de su proyección pública. Propuso encargarse de la agitación entre los trabajadores polacos de Silesia en la inmediata campaña electoral, y de paso ganar posiciones contra el PPS. Como oradora y agitadora cosechó rápidamente un gran éxito.

Apenas sin solución de continuidad se vio implicada en otra batalla, que en esta ocasión dejaría una impronta perdurable en la historia del socialismo contemporáneo. La polémica sobre el revisionismo empezó como tal en 1898, cuando Eduard Bernstein, figura destacada del socialismo alemán, secretario de Engels por algún tiempo, hombre afable y simpático, escribió una serie de artículos teóricos en los que hacía balance de la historia de la sociedad y su evolución en las últimas décadas. Publicados en *Die Neue Zeit*, los materiales de Bernstein abogaban por el abandono de la concepción marxista de la revolución y su sustitución por la colaboración pacífica con las instituciones

33. *Ibíd.*, p. 39.

capitalistas como vía efectiva y única para lograr el socialismo. Las reformas sociales eran el camino.

Los postulados de Bernstein, que Kautsky acogió como “sumamente atractivos”, encontraron un amplio eco en las filas del partido y de los sindicatos, pero también recibieron una respuesta contundente por parte de diferentes militantes socialdemócratas, entre los que destacaron Alexander Parvus y Rosa Luxemburgo. La revolucionaria polaca plasmó sus consideraciones sobre el tema en una serie de artículos publicados en el *Leipziger Volkszeitung*, que más tarde se recopilaron en el extraordinario libro *Reforma o revolución*. Entretanto, la polémica se extendió al congreso del SPD de octubre de 1898.

Nettl describe la situación: “La posición de Kautsky era equívoca. Empezaba a abrigar dudas en cuanto a si las formulaciones de Bernstein eran en realidad tan inofensivas como él había pensado en un principio. Si bien expresó enérgicamente su desacuerdo con Parvus, hizo claro que, en términos teóricos, no compartía las opiniones de Bernstein, aunque el congreso debería cuando menos estarle agradecido a este por haber hecho posible una discusión animada y muchas meditaciones fructíferas. Esta trivialidad de Kautsky suscitó la indignación de Plejánov, que asistía al congreso como delegado fraternal. Rosa Luxemburgo habló dos veces en el congreso. No dirigió sus críticas a Bernstein, ausente en Inglaterra, sino a Heine, uno de sus partidarios más prominentes en Alemania”.³⁴

Era evidente que la dirección del partido no se sentía cómoda en la lucha contra Bernstein. Quería dejar pasar la cuestión, que consideraba una “digresión” bastante banal para consumo de los que se interesaban por estas minucias, pues en el día a día, como ocurría ya desde hacía bastante tiempo, el aparato de funcionarios sabía perfectamente lo que había que hacer y cómo conducirse. No en vano, la seña de identidad del oportunismo siempre ha sido su hostilidad hacia la teoría.

Rosa Luxemburgo no aceptó que una cuestión de tal repercusión para el futuro de la socialdemocracia se ventilase de esa manera, y mucho menos propiciando la confusión y el equívoco. En una

34. Nettl, p. 133.

carta a Bebel fechada el 31 de octubre de 1898, fijó su postura, coherente y retadora: “Me sorprende (...) que usted y el camarada Kautsky no aprovecharan el ambiente favorable en el congreso del partido para un debate resuelto e inmediato, y en lugar de ello alentarán a Bernstein a producir un nuevo folleto que sólo puede prolongar innecesariamente toda la discusión”.³⁵

A lo largo del año siguiente, Rosa ocupó diferentes puestos de responsabilidad en periódicos del SPD y estrechó lazos de amistad con Kautsky y sobre todo con su mujer, Luise.³⁶ Llegó el nuevo congreso del partido, del 9 al 14 de octubre de 1899, y Bebel le propuso a Rosa que se desplazase a Hannover para debatir un “plan de campaña bien definido”. Pero Rosa conocía los fines que perseguía ese tipo de ofrecimientos: “En cuanto todo esté bien arreglado, él y Kautsky se enfriarán rápidamente y me quitarán de la agenda. Conozco a estos amigos como los dedos de mi mano”.³⁷ En el congreso, Rosa se centró en las cuestiones teóricas, confiada en las declaraciones formales realizadas por el comité ejecutivo contra las tesis de Bernstein. En la reunión también se produjo un hecho reseñable: las tesis de Rosa contra el revisionismo contaron con el apoyo del viejo Wilhelm Liebknecht, y ese respaldo casi la catapultó a la redacción del órgano central del SPD, el *Vorwärts*. Pero Bebel, mucho más astuto, logró abortar la operación.

Las maniobras entre bambalinas de aquellos años han sido olvidadas y sólo aparecen en los libros especializados. Pero no ocurrió lo mismo con la gran contribución teórica de Rosa Luxemburgo contra el revisionismo. Los materiales de Bernstein se recopilaron bajo el título *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*. Como hemos señalado, la respuesta de Rosa Luxemburgo —*Reforma o revolución*— vio la luz a finales de 1899. Esta joya aportó al arsenal de la literatura socialista uno de sus trabajos más sobresalientes y situó a su autora como una de las más destacada teóricas marxistas de la historia.

35. *Ibíd.*, p. 135.

36. La correspondencia entre Rosa Luxemburgo y los Kautsky ha sido publicada en castellano: *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, Galba Edicions, Barcelona, 1975.

37. Citada en Nettl, p. 147.

‘REFORMA O REVOLUCIÓN’

El texto de Rosa no fue el único material que intentó responder al revisionismo bernsteiniano en aquella época. Tanto Karl Kautsky, a la sazón el jefe teórico del SPD alemán, como Plejánov, el padre del marxismo ruso, escribieron sobre el libro de Bernstein. Kautsky lo hizo en forma de artículos publicados en *Die Neue Zeit* y recopilados en el libro *Eduard Bernstein y la socialdemocracia alemana*, conocido en castellano como *La doctrina socialista*. A pesar de la utilidad del material de Kautsky, de la profundidad de sus consideraciones respecto al método materialista, en sus páginas se revela la renuncia a un combate abierto contra las ideas revisionistas.

La falta de un pronunciamiento radical contra el reformismo advertía ya del espíritu con que Kautsky se enfrentaba a la tarea: el diletantismo intelectual. “Ocurre todos los días —señala Kautsky en la introducción de su libro— que un burgués demócrata se haga demócrata socialista, y la prensa burguesa no tiene razón para escandalizarse por ello. Cuando sucede lo contrario, la cosa varía completamente. ¿Se halla, en realidad, Bernstein en este caso? *No es esta la ocasión para decirlo*. Pero, evidentemente, tal es la idea que de su libro ha formado la prensa burguesa, regocijándose en lo infinito. ¡Una victoria después de tantas derrotas! ¡Un síntoma de que al menos uno de los pensadores de ese Partido Socialista orgulloso e invencible empieza a no saber qué pensar de su partido, mostrando que la incertidumbre y la duda han sustituido en él a la esperanza del triunfo! No hay palabras bastante elocuentes para dar tan regocijadora nueva. Esta actitud de nuestros adversarios ha logrado llamar la atención general de los miembros del Partido sobre el libro de Bernstein. Merecía ser tomado en consideración, tanto más cuanto que en el seno del Partido no había sido condenado por unanimidad (...)

“Esta diversidad de opiniones proviene de que, como veremos más tarde, Bernstein no ha presentado su punto de vista de un modo completamente claro y consecuente, y también, y muy principalmente, de que existen en nuestro propio partido corrientes muy opuestas en cuestiones de la más alta importancia. Esto no es una desgracia. En nuestro Partido, como en lo demás, ha habido siempre divergencias de naturaleza individual, local, profesional, teórica. Los jóvenes, más fogosos, piensan de distinto modo que los viejos, de

sereno espíritu; el bávaro difiere del sajón, y éste del hamburgués; el obrero de fábrica, absorbido enteramente por el movimiento sindical o cooperativo, piensa en distinto modo que aquel que es en cuerpo y alma parlamentario y propagandista en las elecciones; el que ha ingresado en el socialismo siguiendo a Marx y Engels no piensa del mismo modo que aquel que ha venido a nosotros por Rodbertus, etc. Semejantes diferencias son no sólo inevitables, sino necesarias”.³⁸

En cuanto a Plejánov, su actitud fue más incisiva y mucho más resuelta. Su texto polémico principal lleva por título *Cant contra Kant, o el legado espiritual del señor Bernstein*. Plejánov plantea la cuestión en términos bastante más claros que Kautsky: “El señor Bernstein ha muerto para la escuela de Marx, a la que perteneció durante un tiempo”, y, tras un amplio recorrido en defensa de la dialéctica materialista frente al idealismo metafísico en que chapotea la obra de Bernstein y frente a sus constantes invitaciones para regresar a Kant, Plejánov se pregunta: “¿De qué manera ha podido ocupar en el curso de muchos años uno de los puestos teóricos más conspicuos dentro del partido? Habría que meditar sobre ello. Y no es fácil encontrar una respuesta que nos deje tranquilos (...) En verdad, Bernstein está mucho más cerca de los partidarios pequeñoburgueses de las ‘reformas sociales’, que de los socialdemócratas revolucionarios. A pesar de esto, sigue siendo un ‘camarada’ y nadie le ha pedido que se vaya del partido. Esto se explica, en parte, por una errónea actitud hacia la libertad de opinión, muy difundida a la sazón entre los socialdemócratas. Ellos dicen: ‘¿Cómo es posible expulsar a un hombre del partido por culpa de sus opiniones? Esto equivale a una persecución por herejía’.

“Las personas que razonan de este modo olvidan que la ‘libertad de opinión’ debe realizarse siempre a través de la libertad de asociación y de disolución, y que esta última libertad no existe cuando un prejuicio fuerza a marchar juntas a personas que deberían estar separadas debido a sus divergencias. Este razonamiento erróneo explica de manera parcial el hecho de que el señor Bernstein no haya sido expulsado del Partido Socialdemócrata Alemán. No lo ha sido

38. Karl Kautsky: *La doctrina socialista. Bernstein y la socialdemocracia alemana*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1975, pp. 13-14.

porque sus nuevos puntos de vista son compartidos por un número considerable de otros socialdemócratas. Por causas que no podemos analizar detenidamente en este artículo, el oportunismo ha ganado muchos seguidores en las filas de la socialdemocracia en varios países. Y en esta difusión del oportunismo radica el mayor peligro entre todos los que nos amenazan en la actualidad”.³⁹

Sin menospreciar las palabras de Plejánov, que daban en la diada del problema planteado, su obra no alcanzó la profundidad y la intensidad de *Reforma o revolución*. El libro de Rosa Luxemburgo perdura hasta la actualidad como una de las exposiciones más sucintas, contundentes y rigurosas de la teoría marxista de la lucha de clases frente al reformismo gradualista y oportunista. En esta gran obra, Rosa Luxemburgo explica que no existe contradicción alguna entre la lucha por las reformas y la defensa de una estrategia revolucionaria, y que el planteamiento de Bernstein, abandonando el análisis de clase de la sociedad capitalista por el punto de vista de la pequeña burguesía, sólo serviría para perpetuar el orden social burgués.

“A primera vista, el título de esta obra —escribe Rosa Luxemburgo en su introducción— puede resultar sorprendente: *Reforma o revolución*. ¿Puede la socialdemocracia estar en *contra* de las reformas? ¿Puede considerar como *opuestos* la revolución social, la transformación del orden establecido, su fin último, y las reformas sociales? Por supuesto que no. Para la socialdemocracia, la lucha cotidiana para conseguir instituciones democráticas y reformas sociales que mejoren, aun dentro del orden existente, la situación de los trabajadores constituye el único camino para orientar la lucha de clases proletaria y para trabajar por el fin último: la conquista del poder político y la abolición del sistema de trabajo asalariado. Para la socialdemocracia, existe un vínculo indisoluble entre reforma o revolución: la lucha por las reformas sociales es el *medio*, mientras que la lucha por la revolución social es el *fin*. (...)”

“La reforma y la revolución no son, por tanto, distintos métodos de progreso histórico que puedan elegirse libremente en el mostrador de la historia, como cuando se eligen salchichas calientes o frías,

39. G. Plejánov: *Cant contra Kant*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2007, p. 102.

sino que son *momentos* distintos en el desarrollo de la sociedad de clases, que se condicionan y complementan entre sí y al mismo tiempo se excluyen mutuamente, como el Polo Norte y el Polo Sur o la burguesía y el proletariado. Todo ordenamiento jurídico no es más que un *producto* de la revolución. En la historia de las clases, la revolución es el acto político creador, mientras la legislación sólo expresa la pervivencia política de una sociedad. La reforma legal no posee impulso propio, independiente de la revolución, sino que en cada período histórico se mueve en la dirección marcada por el empujón de la última revolución y mientras ese impulso dure. O dicho más concretamente: sólo se mueve en el *contexto* del orden social establecido por la última revolución. Este es el punto crucial de la cuestión.

“Es absolutamente falso y completamente ahistórico considerar las reformas como una revolución ampliada y, a su vez, la revolución como una serie de reformas concentradas. La reforma y la revolución no se distinguen por su *duración*, sino por su *esencia*. Todo el secreto de los cambios históricos a través de la utilización del poder político reside precisamente en la transformación de cambios meramente cuantitativos en una cualidad nueva; dicho más concretamente, en la transición de un período histórico —un orden social— a otro”.⁴⁰

Desde que el socialismo científico estableció su cuerpo teórico, sus críticos han clamado —y siguen clamando a día de hoy— contra el supuesto desprecio de los marxistas hacia las reformas. Esta objeción, que se utiliza para acusar a los revolucionarios de radicales, utópicos y poco prácticos, es una burda tergiversación. Los marxistas jamás rechazan la lucha por reformas sociales que mejoren parcialmente las condiciones de vida y trabajo de las masas oprimidas o por reformas políticas que amplíen los derechos democráticos. Los marxistas constituyen la avanzada más abnegada y consecuente en el combate por esos derechos sociales y políticos. ¿De qué manera puede la clase obrera ganar confianza en su capacidad y en su fuerza, sino a través de las batallas cotidianas de la lucha de clases?

No obstante, a diferencia de los reformistas, los marxistas siempre les explican a los trabajadores la realidad con absoluta franqueza.

40. Rosa Luxemburgo: *Reforma o revolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2002, pp. 22 y 81.

En primer lugar, las conquistas sociales son el producto de la movilización, en muchos casos de carácter revolucionario, y no la consecuencia de la habilidad negociadora de los dirigentes sindicales o de sus señorías parlamentarias. No se puede arrancar en la mesa de negociación lo que no se conquista en la calle a través de la acción. Es más, los marxistas entendemos la pelea por esas mejoras como parte de otra más amplia por la emancipación completa de los trabajadores, es decir, de la pelea por la transformación socialista de la sociedad. Aprovechamos las victorias y los avances para elevar la confianza de la clase obrera en sus propias fuerzas y reforzar su conciencia socialista.

A diferencia de los reformistas, los marxistas no nos engañamos sobre el carácter temporal de esas concesiones: la clase dominante buscará eliminarlas a la primera oportunidad que tenga. Y es obvio que tendrá oportunidades, pues la correlación de fuerzas no se puede mantener indefinidamente a favor del proletariado. Los reformistas, como buenos cretinos parlamentarios, se imaginan que es a través de las comisiones y subcomisiones, de los “controles” y de los acuerdos, cómo se mejora progresivamente la situación de los obreros, hasta llegar felizmente a convencer a la burguesía de que un capitalismo más humano es mejor e incluso más rentable para sus intereses. Pero la realidad se ha encargado de refutar este cuento de hadas.

Bernstein pretendía establecer una base “objetiva” para su revisión completa del marxismo. A la hora de justificar su nuevo credo teórico, consideraba el desarrollo monopolista del capitalismo, con la aparición de los *trusts* y los cárteles, como una oportunidad para superar la anarquía de la producción, de la misma forma que las sociedades por acciones facilitarían, según su teoría, la democratización del capital. De esta manera, el socialismo perdía su justificación científica, pues si el propio capital era capaz de superar sus contradicciones y garantizar el equilibrio en la producción, ¿para qué derrocar a la burguesía? Rosa Luxemburgo desenmascaró esta tesis. Al contrario de lo que pretendía Bernstein, la tendencia monopolista en el desarrollo del capitalismo, lejos de suavizar sus contradicciones, incrementa exponencialmente la lucha por los mercados y la explotación de los ya existentes. El monopolio surge como una negación dialéctica de la libre competencia, pero no acaba con la anarquía del

capitalismo, derivada de la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación, anarquía que periódicamente se expresa a través de crisis de sobreproducción.

En *Reforma o revolución*, Rosa Luxemburgo respondió a esta visión de Bernstein, que Kautsky retomó años más tarde con su teoría del *superimperialismo*. “En general puede decirse que las alianzas empresariales, al igual que el crédito, son fases determinadas del desarrollo capitalista, que en última instancia sólo aumentan la anarquía del mundo capitalista y manifiestan y hacen madurar sus contradicciones internas. Al intensificar la lucha entre productores y consumidores, como podemos observar especialmente en Estados Unidos, los cárteles agudizan la contradicción entre el modo de producción y el modo de distribución. Agudizan asimismo la contradicción entre el modo de producción y el modo de apropiación, por cuanto enfrentan de la forma más brutal al proletariado con la omnipotencia del capital organizado y, de esta manera, agudizan la contradicción entre capital y trabajo. Agudizan, por último, la contradicción entre el carácter internacional de la economía mundial capitalista y el carácter nacional del Estado capitalista, dado que siempre van acompañados por una guerra arancelaria general, lo que agrava las diferencias entre los diversos países capitalistas. A todo esto hay que añadir el efecto directo y altamente revolucionario de los cárteles sobre la concentración de la producción, el progreso técnico, etc.

“Por tanto, desde el punto de vista de sus efectos finales sobre la economía capitalista, los cárteles y los *trusts* no sirven como ‘medios de adaptación’. Al contrario, aumentan la anarquía de la producción, estimulan contradicciones y aceleran la llegada de un declive general del capitalismo”.⁴¹

PARLAMENTARISMO, ESTADO, DIALÉCTICA

En la primera década del siglo XX, Alemania era ya un país capitalista avanzado dominado por el capital monopolista. La industria minera era cosa del gran conglomerado empresarial dirigido por

41. *Ibíd.*, p. 35.

Fritz Thyssen (en 1913 controlaba el 87% de la producción hullaera), quien también poseía altos hornos, laminadoras y fábricas metalúrgicas. Por su parte, la familia Krupp empleaba más de 70.000 trabajadores en la primera década del siglo XX. Sus fábricas de Essen tenían 41.000 trabajadores y se extendían por una gran superficie, contando con 150 kilómetros de ferrocarril, 60 edificios de fábricas diferentes, 8.500 máquinas herramientas, 7 estaciones eléctricas y 140 kilómetros de cable subterráneo, además de su propia policía, bomberos y leyes de tránsito.

El mismo carácter monopolista existía en la industria química y en la de componentes y manufacturas eléctricas bajo el control de Siemens y la AEG (que en la región de Berlín empleaba en diez fábricas a 70.000 obreros). El transporte marítimo de pasajeros y mercancías estaba dominado en un 40% por la Hamburg Amerika Linie y la Norddeutcher Lloyd. A su vez, el capital financiero, determinante en la actividad de estas industrias, se concentraba en cinco grandes bancos. “Los magnates, los Kirdorf, Thyssen, Krupp, Hugenberg, Stinnes, von Siemens, Rathenau, Ballin, Helfferich —escribe Pierre Broué— son la cima de una capa muy delgada, unos setenta y cinco mil cabezas de familia, representando doscientas o doscientas cincuenta mil personas, que podemos considerar, con Sombart, como la burguesía rica, con ingresos anuales superiores a 12.500 marcos. Con la mediana burguesía, seiscientos cincuenta mil cabezas de familia, de dos millones a dos millones y medio de personas, con un ingreso de 5.000 a 12.000 marcos, estas clases superiores, clases dirigidas, no constituyen más que el 4 o 5% de la población”.⁴²

Alemania se había convertido en una gran potencia. En 1913 alcanzó el primer lugar como productor mundial de hierro y el segundo de hulla, situándose también como líder de la producción química. La extracción a gran escala de materias primas y la creación de grandes empresas manufactureras la catapultaron a la vanguardia tecnológica. El sector financiero, con larga tradición, se robusteció con este crecimiento industrial explosivo. Pero a pesar de este formidable avance, el capital alemán quedó en una situación desventajosa en la carrera colonial que libraban las grandes potencias europeas.

42. Broué, pp. 20-21.

En ese mismo año, las exportaciones alemanas ascendieron a un monto de 22'5 millones de marcos oro, el doble de Francia y el 85% de lo exportado por Gran Bretaña; sin embargo, Alemania carecía de colonias suficientes para satisfacer sus necesidades de materias primas, mercados, rutas comerciales y mano de obra barata. El imperia-lismo alemán y su hermano gemelo, el militarismo, no tardarían en exigir su parte alícuota en el dominio del mundo.

Partiendo de esta realidad, la posibilidad de justificar una alian-za con una burguesía nacional “progresista”, supuestamente intere-sada en llevar a cabo la revolución democrática, estaba fuera de lu-gar. La burguesía alemana era reaccionaria, imperialista y militarista por formación y trayectoria histórica, pero esta obviedad no fue im-pedimento para que Bernstein y sus seguidores insistieran en la po-sibilidad de transformar democrática y pacíficamente la sociedad. Tan sólo había que basarse en los mecanismos parlamentarios, el Es-tado, los sindicatos y las cooperativas.

En *Reforma o revolución*, Rosa Luxemburgo desmontó este pará-metro fundamental del revisionismo: “¿Cuál es la vía que, partiendo de la ‘teoría de la adaptación del capitalismo’, lleva a esa sociedad? Bernstein sólo ha contestado a esta pregunta indirectamente. El in-terento de responderla de modo más detallado en un sentido bernstei-niano lo ha hecho Konrad Schmidt. Según él, ‘la lucha sindical y la lucha política por las reformas sociales irán introduciendo un control social cada vez más extenso sobre las condiciones de la producción’ y, a través de la legislación, ‘irán reduciendo progresivamente a los capitalistas a la función de administradores, por medio de la merma de sus derechos’, hasta que finalmente ‘se despoje al capitalista, que habrá ido viendo cómo su propiedad iba desvalorizándose, también de la dirección y administración de la empresa’, implantándose así finalmente la empresa social.

“Así pues, los medios para la implantación paulatina del socia-lismo son los sindicatos, las reformas sociales y también, como aña-de Bernstein, la democratización política del Estado. (...)”

“A fin de comenzar con los sindicatos, su función más impor-tante —que nadie ha sabido mostrar mejor que el propio Bernstein en el año 1891, en *Die Neue Zeit*— consiste en proporcionar a los trabajadores un instrumento para realizar la ley capitalista del sala-rio, es decir, la venta de su fuerza de trabajo a precio de mercado.

Los sindicatos permiten al proletariado aprovecharse en cada momento de la coyuntura del mercado. Pero los factores de la coyuntura misma —la demanda de fuerza de trabajo (determinada por el desarrollo de la producción), la oferta de fuerza de trabajo (originada por la proletarización de las capas medias y la reproducción natural de la clase obrera) y, finalmente, el momentáneo nivel de productividad del trabajo— quedan fuera de la esfera de influencia del sindicato. Los sindicatos, por tanto, no pueden abolir la ley capitalista del salario. En las circunstancias más favorables pueden reducir la explotación capitalista hasta los límites ‘normales’ de un momento dado, pero no pueden eliminarla, ni siquiera gradualmente”.⁴³

Rosa continúa argumentando: “Konrad Schmidt comete el mismo error de perspectiva histórica con relación a las reformas sociales, de las que espera que ‘junto con los sindicatos, impongan a la clase capitalista las condiciones bajo las cuales podrá emplear la fuerza de trabajo’. Interpretar así la reforma social lleva a Bernstein a considerar la legislación laboral como un trozo de ‘control social’ y, por tanto, un trozo de socialismo (...)”

“La deformación resulta evidente. El Estado actual no es la ‘sociedad’ que representa a la ‘clase obrera ascendente’, sino el representante de la sociedad capitalista, es decir, es un Estado de clase. Por este motivo, las reformas sociales que el Estado acomete no son medidas de ‘control social’ —esto es, el control de una sociedad libre sobre el proceso de su propio trabajo—, sino medidas de control de la organización de clase del capital sobre el proceso de producción capitalista. Es decir, las ‘reformas sociales’ encontrarán sus límites naturales en el interés del capital”.⁴⁴

Dando la espalda al método metafísico de Bernstein, Rosa Luxemburgo analizó la naturaleza de clase del Estado y las posibilidades de usarlo para conquistar el socialismo, llegando al fondo del asunto. Los siguientes pasajes, escritos diecisiete años antes de publicarse *El Estado y la revolución*, muestran la unidad de criterio entre Rosa y Lenin:

“El Estado actual es, ante todo, una organización de la clase capitalista dominante, y si ejerce diversas funciones de interés general

43. Luxemburgo, *op. cit.*, pp. 41-42.

44. *Ibíd.*, p. 47.

en beneficio del desarrollo social es únicamente en la medida en que dicho desarrollo coincide en general con los intereses de la clase dominante. La legislación laboral, por ejemplo, se promulga tanto en beneficio inmediato de la clase capitalista como de la sociedad en general. Pero esta armonía solamente dura hasta un cierto momento del desarrollo capitalista. Cuando este alcanza cierto punto, los intereses de la burguesía como clase y las necesidades del progreso económico comienzan a separarse, incluso en sentido capitalista. (...)

“Las instituciones, aunque democráticas en su forma, son en su contenido instrumentos de los intereses de la clase dominante. (...) Quien se pronuncia por el camino reformista *en lugar de y en contraposición a* la conquista del poder político y a la revolución social no elige en realidad un camino más tranquilo, seguro y lento hacia el *mismo* objetivo, sino un objetivo *diferente*: en lugar de la implantación de una nueva sociedad, elige unas modificaciones insustanciales de la antigua. De este modo, siguiendo las concepciones políticas del revisionismo se llega a la misma conclusión que estudiando sus teorías económicas: no busca la realización del *socialismo*, sino la reforma del *capitalismo*, no busca la supresión del sistema de trabajo asalariado, sino la disminución de la explotación. En resumen, no busca la supresión del capitalismo, sino la atenuación de sus abusos (...) La necesidad de la conquista del poder político por parte del proletariado siempre estuvo fuera de toda duda para Marx y Engels. Quedó reservado para Bernstein el honor de considerar el gallinero del parlamentarismo burgués como el órgano destinado a realizar el cambio social más imponente de la historia: la transformación de la sociedad *capitalista* en otra *socialista*”.⁴⁵

Rosa Luxemburgo dedica la parte final de su libro a refutar el desdén con el que Bernstein se refiere a la dialéctica materialista, un atributo que siempre distingue a los revisionistas del marxismo. Una década antes de que Lenin escribiera *Materialismo y empiriocriticismo*, y treinta ocho años antes de que Trotsky hiciera algo semejante en sus obras *En defensa del marxismo* y *Su moral y la nuestra*, Rosa Luxemburgo subrayó la importancia del materialismo dialéctico como piedra angular de la doctrina revolucionaria del proletariado:

45. *Ibíd.*, pp. 51, 76-77.

“A primera vista, su doctrina, compuesta con las migajas de todos los sistemas posibles, parece carecer por completo de prejuicios. Bernstein (...) cree defender una ciencia humana general, abstracta, un liberalismo abstracto, una moral abstracta. Pero como la sociedad real se compone de clases que tienen intereses, propósitos y concepciones diametralmente opuestos, por el momento resulta ser pura fantasía, un autoengaño, hablar de una ciencia humana general de las cuestiones sociales, un liberalismo abstracto, una moral abstracta. La ciencia, la democracia y la moral que Bernstein cree humanas y universales no son más que la ciencia, la democracia y la moral dominante, es decir, la ciencia, la democracia y la moral burguesas (...)

“Por último, al dirigir sus dardos más afilados contra la dialéctica, ¿qué hace sino combatir el pensamiento específico del proletariado consciente en su lucha por la emancipación? Es decir, intenta romper la espada que ha ayudado al proletariado a desgarrar las tinieblas de su porvenir histórico, intenta mellar el arma intelectual con cuya ayuda el proletariado, aun continuando materialmente bajo el yugo burgués, es capaz de vencer a la burguesía, al demostrarle el carácter transitorio del actual orden social y la inevitabilidad de su victoria, el arma intelectual que ya está haciendo la revolución en el mundo del pensamiento. Despidiéndose de la dialéctica y montándose en el columpio intelectual del ‘por un lado... y por el otro’, ‘sí, pero no’, ‘aunque... sin embargo’, ‘más o menos’, Bernstein cae en el esquema de pensamiento históricamente limitado de la burguesía en decadencia, esquema que es fiel reflejo intelectual de su existencia social y su actuación política (...)

“El libro de Bernstein es de gran importancia histórica para el movimiento obrero alemán e internacional porque es el primer intento de dotar de una base teórica a las corrientes oportunistas en la socialdemocracia. ¿Qué es, a primera vista, lo más característico de todas estas corrientes? La hostilidad hacia la teoría. Esto es completamente natural, puesto que nuestra teoría, es decir, los fundamentos del socialismo científico, establece límites muy definidos para la actividad práctica, tanto respecto a los fines como a los medios de lucha a emplear, y también respecto al modo de luchar. Por eso es natural que todos aquellos que únicamente buscan éxitos

pragmáticos manifiesten la natural aspiración a tener las manos libres, o sea, a hacer independiente la práctica de la teoría”.⁴⁶

‘HUELGA DE MASAS, PARTIDO Y SINDICATOS’

El debate sobre el papel de la huelga de masas en la estrategia de la socialdemocracia europea estalló con la revolución rusa de 1905, pero sus primeras escaramuzas se remontan a la última década del siglo XIX. En mayo de 1891, una gran huelga obrera, con más de 100.000 trabajadores en lucha en demanda de reformas en el sistema electoral, había sacudido la sociedad belga. En abril de 1893, un nuevo movimiento huelguístico, en el que participaron cerca del cuarto de millón de trabajadores, logró arrancar el sufragio universal, aunque todavía injusto, con privilegios para las clases adineradas y cultas. En 1899, los trabajadores belgas volvieron a la carga exigiendo una completa revisión de la constitución.

Estos acontecimientos centraron inmediatamente el interés de Rosa Luxemburgo, que publicó en *Die Neue Zeit* dos artículos al respecto: *El experimento belga* y *La tercera vez acerca del experimento belga* (abril y mayo de 1902). Ambos trabajos constituyeron toda una declaración a favor de la huelga de masas como herramienta fundamental en el combate político y económico de la clase obrera, y como elemento táctico de la socialdemocracia en su lucha por el poder.

La discusión volvió a reproducirse, en un plano muy superior, en el año 1905, cuando la revolución colocó contra la pared a la autocracia zarista. En el corazón del Estado más contrarrevolucionario del momento, las masas oprimidas se levantaron con las armas en la mano tras meses de luchas y huelgas generales. Aunque fracasaron, su formidable movimiento alumbró los sóviets y situó los debates teóricos que habían recorrido la socialdemocracia rusa durante años, en los que también habían participado destacados dirigentes del SPD alemán, ante la realidad práctica de la lucha de clases. Ahora, gracias a los acontecimientos revolucionarios, podían entenderse con una nueva luz.

46. *Ibíd.*, pp. 91-94.

Hay que recordar que, a principios del siglo XX, la autoridad moral de la socialdemocracia alemana era indiscutible en las filas de la Segunda Internacional. Hombres como Kautsky ejercían una poderosa influencia en todo el movimiento marxista, incluyendo los cuadros dirigentes del POSDR (Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia). Pero, tras la aparente homogeneidad, se libraba un sordo combate entre los defensores del marxismo revolucionario y aquellos que abogaban por una revisión fundamental de sus principios teóricos, tácticos y estratégicos. La controversia, que afectaba tanto a los socialdemócratas rusos como a los alemanes y que alcanzó su punto culminante durante la revolución rusa de 1917 y alemana de 1918, estaba presente ya en 1905.

En vísperas de la primera revolución rusa, la mayoría de los dirigentes del SPD apoyaban la idea de que los marxistas rusos debían limitarse a secundar a la burguesía liberal en sus demandas democráticas contra el régimen zarista. Su razonamiento era la consecuencia práctica de un esquema muy arraigado en el cuerpo teórico del movimiento socialdemócrata: Rusia, como país capitalista atrasado y de fuerte base campesina, debía realizar su propia revolución burguesa para integrarse en el ciclo del capitalismo moderno. El papel dirigente en dicha revolución le correspondía a la burguesía liberal, mientras el joven proletariado ruso tenía que resignarse, como aliado subordinado, a proporcionar las fuerzas combatientes, pero sin exceder el marco de las reivindicaciones democrático-burguesas. Este esquema consideraba que sólo después del triunfo de la república burguesa y de un período prolongado (e indefinido) de ascenso económico, el proletariado podría agrupar las fuerzas suficientes para librar la lucha decisiva contra el régimen capitalista. Eran las mismas ideas que guiaron a los dirigentes mencheviques en 1905 y en 1917, a la socialdemocracia alemana en su traición a la revolución de 1919 y a los estalinistas en la revolución española de 1931-1939.

Por diferentes vías, Rosa Luxemburgo, Lenin y Trotsky polemizaron y lucharon contra las formulaciones con que los teóricos “oficiales” de la Segunda Internacional justificaron su política de colaboración de clases, formulaciones que cristalizarían en la desertión socialpatriota durante la Primera Guerra Mundial. Los futuros dirigentes de la Tercera Internacional estudiaron con rigor las condiciones materiales del desarrollo capitalista en Rusia, así como su estructura de clases.

El capitalismo ruso había surgido a través de condiciones históricas complejas, sobre un desarrollo desigual y combinado que integraba elementos extremadamente atrasados, incluso feudales, como en el caso de la explotación de la tierra, con otros muy avanzados, como la alta concentración del proletariado en grandes fábricas. La visión materialista de las relaciones de clase reconocía también el carácter dependiente de la burguesía rusa. Dependiente del capital exterior, que ostentaba un papel esencial en la industria, el comercio y las finanzas, y dependiente de la propia autocracia zarista, con la que mantenía espléndidos negocios y vínculos familiares. La burguesía rusa formaba un bloque de poder con el régimen autocrático. La opinión de Rosa Luxemburgo coincidía plenamente con las de Trotsky y de Lenin; el carácter contrarrevolucionario de la burguesía y su incapacidad para liderar la revolución democrática contra el absolutismo estaban fuera de discusión.

La revolución rusa de 1905 sacudió al proletariado alemán. Por todo el país se realizaron mítines en solidaridad con los obreros rusos y colectas para sostener su lucha. Rindiendo tributo a la insurrección de los obreros de San Petersburgo y Moscú, Rosa Luxemburgo escribió en 1906 *Huelga de masas, partido y sindicatos*, un golpe seco, crudo y demoledor contra las posturas de la cúpula del SPD y de los sindicatos alemanes, a los que acusó de ser el más peligroso vehículo de transmisión del revisionismo en el movimiento obrero. “Con esa obra —escribiría más tarde Karl Rádek— empieza la separación del movimiento comunista de la socialdemocracia en Alemania”.⁴⁷

Los burócratas del movimiento sindical, subordinando la acción de la clase obrera al estrecho horizonte de la lucha salarial, habían renunciado en la práctica a la huelga general como método de combate contra la burguesía, como escuela de aprendizaje, de cohesión y de fortalecimiento de la conciencia socialista de los trabajadores. La crítica a la postura aventurera de los anarquistas —que pensaban que con la mera declaración de la huelga general era posible subvertir el orden capitalista, lo que hacía innecesaria la participación política del proletariado y mucho menos la existencia de un partido revolucionario de masas— no podía ser excusa, en opinión de Rosa

47. Citado en Nettl, p. 254.

Luxemburgo, para dejar de señalar la pasividad y adaptación al medio capitalista de que daban muestras los dirigentes reformistas de los sindicatos.

“La actitud de la socialdemocracia frente a la huelga de masas —escribe Rosa Luxemburgo al comienzo del libro— está construida para ser utilizada contra la teoría anarquista de la huelga general, es decir, contra la teoría de la huelga general como medio para desencadenar la revolución social, en contraposición a la lucha cotidiana de la clase obrera; y se agota en el simple dilema: o bien el proletariado en su conjunto no dispone todavía de una poderosa organización ni de arcas bien repletas, y entonces no puede realizar la huelga general, o bien se encuentra suficientemente organizado, y entonces no tiene necesidad de la huelga general (...) Pues bien, la revolución rusa ha sometido a revisión profunda la argumentación que acabamos de exponer. Por primera vez en la historia de la lucha de clases, ha hecho posible la grandiosa realización de la idea de la huelga de masas y —como explicaremos más adelante— hasta de la huelga general, inaugurando una nueva época en el desarrollo del movimiento obrero”.⁴⁸

Partiendo de la dinámica viva de la revolución, igual que hizo Marx con la Comuna de París, Rosa Luxemburgo fustiga tanto a los dirigentes sindicales, que niegan la posibilidad de la huelga general, como a la cúpula del partido, que consideraba la huelga como una “posibilidad” que en todo caso sería decidida por ella en función de la idoneidad de las condiciones: “La huelga de masas no se ‘hace artificialmente’, no se ‘decreta’ en el aire, no se ‘propaga’, sino que es un fenómeno histórico que surge en determinados momentos de las mismas circunstancias sociales y con necesidad histórica”.⁴⁹

En otras palabras, la huelga general es una de las expresiones más radicales de las contradicciones entre las clases y surge del más amplio descontento de las masas. En la huelga general, los obreros se identifican como clase, las capas más rezagadas entran en contacto con la vanguardia, los axiomas de la sociedad burguesa se ponen en cuestión y los trabajadores comprueban su poder en la sociedad. Todo su

48. Rosa Luxemburgo: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2003, p. 20.

49. *Ibíd.*, p. 26.

potencial revolucionario, su creatividad, su voluntad de superar las dificultades, se pone de manifiesto en la huelga general, un terreno fecundo para la explicación del programa marxista, en la que los trabajadores pueden generalizar más fácilmente su experiencia.

La huelga general resalta que no hay una muralla infranqueable entre las demandas económicas y las reivindicaciones políticas. La revolución rusa de 1905 fue un ejemplo paradigmático: de peticiones piadosas al zar para la mejora de las espantosas condiciones de los obreros de San Petersburgo se pasó, a través de la represión del Domingo Sangriento, a demandas políticas revolucionarias; de manifestaciones encabezadas por el cura Gapón, a la exigencia del fin de la autocracia, asamblea constituyente, sufragio universal, a la creación de órganos de poder obrero, los sóviets, y a la insurrección armada:

“Los acontecimientos de Rusia nos muestran la huelga de masas como inseparable de la revolución. La historia de la huelga de masas en Rusia es la historia de la revolución rusa (...) Sólo en los períodos revolucionarios, en los que los cimientos y los muros de la sociedad de clases se agrietan y resquebrajan, cualquier acción política del proletariado puede arrancar de la indiferencia, en pocas horas, a las capas del proletariado hasta entonces pasivas, lo que se manifiesta, naturalmente, a través de una batalla económica tormentosa. Repentinamente electrizados por la acción política, los obreros reaccionan de inmediato en el campo que les es más próximo: se sublevan contra su condición de esclavitud económica. (...) Es así como la revolución crea las condiciones sociales en las que es posible esta rápida transformación de la lucha económica en lucha política y de la política en económica, transformación que encuentra su expresión en la huelga de masas”.⁵⁰

Efectivamente, la relación entre la huelga general y la revolución es muy estrecha. En todas las revoluciones sociales profundas, la huelga general y las huelgas de masas han jugado un papel relevante. Fue el caso de 1905 y 1917 en Rusia, de 1918-1920 en Alemania, de febrero a junio de 1936 en España o de Mayo de 1968 en Francia, por citar algunos ejemplos.

50. *Ibíd.*, p. 59.

Entre los muchos aspectos sobresalientes de este gran libro, sorprende la frescura de la crítica de Rosa Luxemburgo al conservadurismo de la dirección sindical. Algunos de sus párrafos parecen describir la degeneración actual de los dirigentes reformistas de los sindicatos de masas: “Los sindicatos, al igual que las demás organizaciones de lucha del proletariado, no pueden mantenerse, a la larga, sino por medio de la lucha, y una lucha que no sea solamente una pequeña guerra de ratas y de sapos en las aguas estancadas del período burgués parlamentario, sino un período revolucionario de violentas luchas de masas. La concepción mecánica, burocrática y estereotipada sólo quiere ver en la lucha el producto de la organización a un cierto nivel de fuerza. Por el contrario, el vivo desarrollo dialéctico ve la organización como un producto de la lucha (...)”

“La especialización en su actividad profesional de dirigentes sindicales, así como la natural restricción de horizontes que va ligada a las luchas económicas fragmentadas en períodos de calma, concluyen por llevar fácilmente a los funcionarios sindicales al burocratismo y a una cierta estrechez de miras. Y ambas cosas se manifiestan en toda una serie de tendencias que pueden llegar a ser altamente funestas para el futuro del movimiento sindical. En ellas se cuenta, ante todo, la sobrestimación de la organización que, de medio para conseguir un fin, llega a convertirse paulatinamente en un fin en sí misma, en el máspreciado bien en aras del cual han de subordinarse los intereses de la lucha. De ahí se explica también esa necesidad, abiertamente confesada, que lleva a retroceder ante grandes riesgos y ante supuestos peligros para la existencia de los sindicatos, ante la inseguridad de las grandes acciones de masas (...) Y finalmente, a costa de ocultar las limitaciones objetivas que tiene la lucha sindical en el orden social burgués, se llega a una aversión directa contra toda crítica teórica que llame la atención sobre esas limitaciones en relación con los objetivos finales del movimiento obrero”.⁵¹

51. *Ibíd.*, p. 97.

CONTRA EL MENCHEVISMO

La intervención de Rosa Luxemburgo en la revolución de 1905 y el estudio de sus lecciones tuvo también otros efectos. Tras su intensa polémica con Lenin⁵² después del II Congreso del POSDR (1903) y la división de la socialdemocracia rusa entre bolcheviques y mencheviques, los acontecimientos revolucionarios de 1905 colocaron esas divergencias en un plano diferente. “En 1905, a medida que se desarrollaba la política menchevique, Rosa fue criticando cada vez más la nueva *Iskra* menchevique (...) Cuando Rosa llegó a Varsovia⁵³ y discutió de los acontecimientos en San Petersburgo y Moscú con sus colegas, halló una actitud muy diferente [a la del pasado]. Las críticas a la deplorable tendencia a sobrestimar el liberalismo ruso, que ya había ocasionado algunas pependencias, pequeñas pero vivas, con los mencheviques en 1905, se habían vuelto ahora algo parecido a condenar la pusilanimidad menchevique en San Petersburgo y admirar correspondientemente al sóviet bolchevique de Moscú. Las cosas parecían muy distintas desde Varsovia que desde Berlín. Los bolcheviques por lo menos habían intentado la insurrección armada, y los socialdemócratas polacos se habían empeñado también en dar este paso esencial. Rosa Luxemburgo comunicó las nuevas del diciembre moscovita a los lectores polacos con simpatía y entusiasmo. Más significativo aún fue que los polacos aceptaran la versión que el emisario de Lenin, que pasaba por Varsovia camino de Berlín, les diera de los sucesos de Moscú y San Petersburgo”.⁵⁴

La sacudida revolucionaria unió a Rosa Luxemburgo y a Lenin. Ambos rechazaban la opinión menchevique de que el proletariado debía subordinarse a la burguesía liberal y opinaban que la clase obrera era el único actor revolucionario consecuente en la lucha contra el absolutismo zarista. Rosa planteó su postura sin ambigüedad:

52. Véase *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*.

53. Rosa se desplazó a Varsovia para intervenir en la lucha revolucionaria y fue por ello encarcelada durante cinco meses. Según Nettl, durante la revolución de 1905 el PPS sufrió una grave crisis y Pilsudski perdió bastante influencia. Por el contrario, el SDKPiL “ganó miles de nuevos reclutas o por lo menos partidarios, gentes que acababan de arrebatarse y arrastrar al proceso revolucionario acontecimientos que el partido no había hecho ni dirigido”. Nettl habla de 30.000 miembros del SDKPiL en febrero de 1906. (Nettl, pp. 270-272, 280).

54. Nettl, pp. 294-295.

“La primera tarea de la revolución rusa consiste en acabar con el absolutismo e instaurar un moderno Estado de derecho, parlamentario y burgués. Desde el punto de vista formal, se trata exactamente de la misma tarea con la que se enfrentaba la revolución de marzo [de 1848] en Alemania y con la que se enfrentaba la gran revolución de fines del siglo XVIII en Francia. Pero las circunstancias y el medio histórico en que tuvieron lugar esas revoluciones, análogas desde un punto de vista formal, son completamente diferentes a las circunstancias y al medio histórico de la Rusia actual. Lo fundamental es el hecho de que entre aquellas revoluciones burguesas del occidente y la actual revolución burguesa en el oriente ha transcurrido todo un ciclo de desarrollo capitalista. Y este desarrollo no se produjo sólo en los países de Europa occidental, sino también en la Rusia absolutista. La gran industria —con todas sus consecuencias, la moderna división de clases, los fuertes contrastes sociales, la vida moderna en las grandes ciudades y el proletariado moderno— domina en Rusia (...)

“De ahí resulta esta situación histórica contradictoria y extraña (...) No es la burguesía actualmente el elemento revolucionario dirigente, como en las anteriores revoluciones de occidente, en las que la masa proletaria, disuelta en la pequeña burguesía, actuaba como masa de maniobra, sino por el contrario, ahora es el proletariado con conciencia de clase el elemento dirigente e impulsor (...) el proletariado ruso está llamado a desempeñar el papel dirigente de la revolución burguesa (...) la lucha del proletariado se dirige simultáneamente, y con la misma fuerza, contra el absolutismo y contra la explotación capitalista”.⁵⁵ Las tesis de Rosa entroncan llamativamente con la teoría de la revolución permanente.

Rosa Luxemburgo y Lenin tuvieron la oportunidad de tejer un contacto estrecho que les acercó en otras cuestiones políticas de peso. Cuando Rosa llegó a Finlandia en la segunda quincena de agosto de 1905 tras ser expulsada de Polonia, se encontró con los líderes bolcheviques refugiados tras la derrota de la revolución. “Rosa pasaba buena parte del tiempo con Lenin y el círculo bolchevique que lo rodeaba. Sólo una vez lo había visto en persona anteriormente, en

55. Luxemburgo: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, p. 79.

1901 y en Múnich, por los buenos oficios de Parvus (...) Ahora al fin, después de polémicas y antipatías de lejos, se conocieron bien. Noche tras noche estaba ella en el piso bajo que ocupaba Lenin en casa de la familia Leiteisen en Kuokkala y hablaba largamente de la revolución rusa con Lenin, Zinóviev, Kámenev y Bogdánov. E hizo profunda impresión en ellos (...) En aquel tiempo nació una simpatía personal entre Lenin y Rosa Luxemburgo —basada como todas las amistades de Lenin en el respeto intelectual mutuo—; duró seis años, hasta que las diferencias de partido la ahogaron una vez más en la espuma de las polémicas. Y aun entonces, siempre sobrevivió a las hostilidades renovadas una chispa de simpatía personal”.⁵⁶

Lo importante de todo ello, y no es casualidad que este hecho apenas sea citado por todos los que pintan a una Rosa Luxemburgo henchida de antileninismo, fue que la experiencia viva de la revolución acercó decisivamente a los marxistas polacos y a los bolcheviques. “El SDKPiL —escribe Paul Nettel— decidió que los bolcheviques se habían distinguido como los activistas de la revolución rusa y por eso se convertían en los aliados naturales de los polacos, igualmente activos. En el cuarto congreso, o de la unidad, del POSDR en Estocolmo, en abril de 1906, los bolcheviques recibieron a los polacos maravillosamente. A su vez estos ayudaron a los bolcheviques a obtener mayoría en varias cuestiones importantes ante el congreso. Representantes del SDKPiL, los únicos polacos admitidos en el congreso, se unieron al Comité Central del partido ruso. Informalmente se creó entonces un curioso paralelogramo: por una parte, el SDKPiL y los bolcheviques; por otra los mencheviques y la izquierda del PPS, aunque éstos estaban fuera del movimiento ruso”.⁵⁷

Los militantes polacos trabajaron estrechamente con los bolcheviques, especialmente con Lenin, que los tuvo como colaboradores muy cercanos. Tras el congreso de Estocolmo, Warszawski se incorporó al comité de redacción de la revista bolchevique *Sotsial-Demokrat*, y también ocupó un puesto junto con Dzerzhinski en el comité central del POSDR, en representación del SDKPiL. A su vez, Jogiches,

56. Nettel, pp. 296-297.

57. *Ibíd.*, p.296.

Marchlewski y otros dos dirigentes del partido polaco se convirtieron en miembros suplentes del comité central.⁵⁸

LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

En mayo de 1907 se celebró en Londres el V Congreso del POSDR. La postura a adoptar respecto a las alianzas políticas, en concreto con la burguesía liberal, centró la discusión.

Rosa Luxemburgo participó en este congreso dirigiéndose en tres ocasiones al plenario: como representante de la socialdemocracia alemana y como militante y delegada por el SDKPiL. En su primer discurso, la sorpresa fue mayúscula. Cuando los asistentes suponían que Rosa transmitiría un saludo formal en nombre del SPD, realizó una dura carga contra las posturas mencheviques. La sesión ese día la presidía Lenin:

“La socialdemocracia rusa es la primera a la que correspondió la difícil pero honrosa tarea de aplicar los principios de la enseñanza de Marx, no en un período de tranquilo curso parlamentario en la vida del Estado, sino en un tormentoso período revolucionario. La única experiencia que el socialismo científico había tenido previamente en la política práctica durante el período revolucionario fue la actividad del propio Marx durante la revolución de 1848. Sin embargo, el curso mismo de la revolución de 1848 no puede ser modelo para la actual revolución de Rusia. De él sólo podemos aprender cómo no actuar en una revolución. He aquí el esquema de esta revolución: el proletariado lucha con su habitual heroísmo pero es incapaz de aprovechar sus victorias; la burguesía hace retroceder al proletariado para usurpar los frutos de su lucha; por último, el absolutismo echa a un lado a la burguesía para aplastar al proletariado y derrotar la revolución (...)

58. Un extenso análisis de las relaciones entre los marxistas polacos del SDKPiL y los bolcheviques, y concretamente con Lenin, se puede consultar en el capítulo ‘Polacos y rusos 1907-1914’ de la obra de Nettl, donde se amplía la información sobre los sucesivos encuentros y desencuentros de Jogiches, Luxemburgo y Lenin, además de la ruptura interna del SDKPiL.

“Marx apoyó las luchas nacionales en 1848, sosteniendo que eran aliadas de la revolución. La política de Marx consistió en empujar a la burguesía en cada momento hasta los límites de la situación revolucionaria. Sí, Marx apoyó a la burguesía en la lucha contra el absolutismo, pero la apoyó a latigazos y puntapiés (...)

“El proletariado ruso, en sus acciones, debe mostrar que entre 1848 y 1907, en más de medio siglo de desarrollo capitalista, y desde el punto de este desarrollo tomado en su conjunto, no estamos al principio sino al final de este desarrollo. Ha de demostrar que la revolución rusa no es sólo el último acto de una serie de revoluciones burguesas del siglo XIX, sino, antes bien, la precursora de una serie de revoluciones proletarias en que el proletariado consciente y su vanguardia, la socialdemocracia, están destinados a jugar el papel histórico de dirigentes”.⁵⁹

Esta opinión fue vivamente aplaudida por los delegados bolcheviques, mientras los mencheviques mostraron una franca hostilidad. En su intervención final, Rosa subrayó, para no dejar lugar a la duda, lo que consideraba la esencia de su planteamiento:

“A decir verdad, el clamor de mis críticos, sólo porque traté seriamente de iluminar la relación del proletariado con la burguesía en nuestra revolución, me parece extraño. Después de todo, no hay duda de que precisamente esta relación, precisamente el definir, ante todo, la posición del proletariado en relación a su antípoda social, la burguesía, constituye el núcleo de la disputa, es el eje crucial de la política proletaria en torno a la cual ha cristalizado la relación de todas las demás clases y grupos, con la pequeña burguesía, con el campesinado, etc. Y en cuanto concluimos que la burguesía en nuestra revolución no está desempeñando ni puede desempeñar el papel de dirigente del movimiento proletario, entonces, en su esencia misma, de ello se sigue que su política es contrarrevolucionaria, por lo cual, de acuerdo con esto, declaramos que el proletariado debe velar por sí mismo, no como ayudante del liberalismo burgués sino como vanguardia del movimiento revolucionario, que define su independencia política de todas las demás

59. Dunayevskaya: *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*, p. 38.

clases, derivándola exclusivamente de sus propias tareas e intereses de clase”.⁶⁰

Aunque sin nombrar el término, Rosa Luxemburgo estaba planteando uno de los ejes principales de la teoría de la revolución permanente: el que se refiere a la actitud del partido revolucionario frente a la burguesía liberal y su negativa a establecer con ella alianzas programáticas, tácticas o estratégicas en la lucha contra el viejo régimen. La teoría etapista de la revolución fue desechada de manera franca y abierta por Rosa Luxemburgo, siguiendo el método dialéctico de Marx.

En aquel congreso, Trotsky intervino también para manifestar su oposición a cualquier alianza con la burguesía y votó a favor de la resolución bolchevique, lo que le granjeó el aplauso de Lenin: “Completamente aparte de la cuestión de la ‘revolución ininterrumpida’, tenemos aquí solidaridad sobre puntos fundamentales en la cuestión de la actitud hacia los partidos burgueses”.⁶¹

Los contactos de Rosa Luxemburgo con Lenin, tanto en Finlandia como posteriormente en Londres, dieron sus frutos prácticos durante el congreso de la Segunda Internacional celebrado en Stuttgart del 18 al 24 de agosto de 1907. Rosa le presentó a Lenin a su íntima amiga Clara Zetkin: “¡Fíjate bien en él! Es Lenin. ¡Mira esa cabeza terca y voluntariosa! Un verdadero cráneo de campesino ruso con rasgos ligeramente asiáticos. Ese cráneo tiene la intención de derribar muros. Quizá sucumba en el intento. Pero nunca dará el brazo a torcer”.⁶² Debatieron mucho con Lenin sobre las cuestiones principistas puestas a examen, hasta el punto de que la revolucionaria polaca y el líder bolchevique establecieron un frente único para defender una postura de clase e internacionalista sobre el problema de la guerra.

Lenin cedió a Rosa la palabra para que expusiera la postura común a que ambos habían acordado. La resolución aprobada, con la oposición pública de Bebel, incluía la aportación de Lenin y Rosa que la endurecía considerablemente. Su parte final reza así: “En caso de declaración de guerra, las clases trabajadoras de los países implicados, así como sus representantes parlamentarios, deberán

60. Actas del V Congreso del POSDR, citado en Dunayevskaya, p. 42.

61. *Ibíd.*, p. 40.

62. Citado en Seidemann, p. 19.

movilizar todas sus fuerzas para evitar el comienzo de las hostilidades, con el apoyo de la actividad coordinadora de la Oficina Internacional, con la aplicación de los medios que les parecieran más eficaces, medios que variarán evidentemente, según la gravedad de la lucha de clases y en función de la situación política general. En el caso que la guerra estallase a su pesar, estarán obligadas a actuar para conseguir un final rápido de las hostilidades y a intentar con todas sus fuerzas explotar la crisis económica y política provocada por la guerra a fin de levantar al pueblo y acelerar, de este modo, la abolición de la dominación de la clase capitalista”. Krúpskaya escribiría en sus memorias sobre Lenin: “Desde Stuttgart, Rosa Luxemburgo y Vladímir Ilich habían intimado mucho”.

Un año después, en diciembre de 1908, se celebró en Praga, en la semiclandestinidad, el VI Congreso del SDKPiL. Aunque Rosa no asistió a él, para evitar coincidir mucho tiempo en un mismo espacio con Leo Jogiches, sus ideas iluminaron la discusión principal. Cuando el congreso comenzó, Jogiches expuso las tesis que había preparado con Rosa, que sostenían, como concepción estratégica para la revolución rusa, la fórmula de *dictadura del proletariado apoyada por el campesinado*:

“Dicen los bolcheviques que los intereses del proletariado y del campesinado están de acuerdo en la revolución. Siendo consecuentes con esta idea habría que tender, al menos por algún tiempo, a un partido proletario-burgués. Pero en este caso y en una determinada fase de la revolución, la ‘dictadura del proletariado y del campesinado’ podría convertirse en un arma contra el proletariado y la revolución. Los bolcheviques son superiores a los mencheviques porque tienen el sentido de los hechos históricos y porque han demostrado que no son ningunos doctrinarios, ya que tienen en cuenta la enorme fuerza potencial del campesinado. El error de los bolcheviques reside en que sólo ven el lado revolucionario de los campesinos. En este aspecto son la antítesis de los mencheviques, que fundamentan su esquema de revolución burguesa contemplando solamente el lado reaccionario de los campesinos (...) Pero la historia no sabe de esquemas doctrinarios (...) Estamos positivamente a favor de la dictadura del proletariado que se apoye en el campesino. No cabe duda de que las posturas de Parvus y de Trotsky están muy próximas a la de nuestro partido. Pero no estamos a favor de

la revolución permanente que no construye su táctica sobre la revolución rusa, sino sobre sus consecuencias en el extranjero. Es imposible fundamentar una táctica en combinaciones que actualmente no estamos en condiciones de evaluar. Estos horóscopos suelen pecar de subjetivismo”.⁶³

Hay que destacar que la postura mantenida por Lenin en 1905 no le supuso ninguna dificultad para abordar las tareas de la revolución en 1917. Ciertamente tuvo que pelear, y duro, contra los “viejos bolcheviques” que se agarraban al planteamiento de “dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos” que el propio Lenin había establecido en 1905 como marco general para la revolución rusa. Kámenev, Zinóviev y otros cuadros bolcheviques no querían desprenderse de la vieja fórmula, con la que justificaban su oposición a la lucha por la toma del poder, que consideraban prematura, y que inevitablemente les ataba al carro de los conciliadores, a la política frentepopulista de los mencheviques y eseristas. Las tesis de Abril⁶⁴ dieron cumplida cuenta de ellos y de la “dictadura democrático-revolucionaria”, además de provocar el viraje decisivo con que el Partido Bolchevique puso rumbo a la revolución socialista. Las tesis leninistas enlazaron sin mayor problema con las ideas de Trotsky y de Rosa Luxemburgo porque la dialéctica del proceso revolucionario —una rápida transición de la fase democrática de la revolución a la socialista— estaba presente en el pensamiento de Lenin desde hacía bastante tiempo.

En su gigantesca obra sobre la revolución bolchevique, E. H. Carr se refiere a esta importante cuestión: “Aunque la disputa entre bolcheviques y mencheviques pareciera girar en torno a cuestiones esotéricas de doctrina marxista, en realidad planteaba cuestiones fundamentales para la historia de la revolución rusa. Los mencheviques, al aferrarse a la primitiva secuencia marxista según la cual la revolución democrático-burguesa debería preceder a la revolución socialista-proletaria, nunca aceptaron la hipótesis de Lenin, enunciada ya en 1898, de la existencia de un vínculo indisoluble entre

63. Citado en Frölich, p. 186. Trotsky desarrolló ampliamente sus tesis sobre la revolución permanente en el libro 1905. *Balance y perspectivas*; es seguro que Lenin no leyó este texto cuando se publicó. Existe edición de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS.

64. Están editadas por la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS.

ambas (...) Para Lenin las dos etapas formaban parte de una especie de proceso continuo”.⁶⁵

Fue precisamente durante el transcurso de la revolución de 1905, en un breve texto titulado *La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino*, cuando Lenin hizo suya la célebre fórmula de Marx en el *Mensaje del Comité Central de la Liga de los Comunistas*: “De la revolución democrática comenzaremos a pasar inmediatamente, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas —las fuerzas del proletariado con conciencia de clase y organizado—, a iniciar la transición hacia la revolución socialista. Somos partidarios de la *revolución ininterrumpida*. No nos quedaremos a mitad de camino (...) ayudaremos con todas nuestras fuerzas a todo el campesinado a hacer la revolución democrática, *para que* a nosotros, el partido del proletariado, nos sea más *fácil pasar* lo antes posible a un objetivo nuevo y superior: la revolución socialista”.⁶⁶

‘LA REVOLUCIÓN ES ALGO MAGNÍFICO Y TODO LO DEMÁS ES PURA TONTERÍA’

Alejada de los círculos de poder dentro de la socialdemocracia alemana, Rosa Luxemburgo se aferró a la revolución rusa de 1905, a la huelga general y la insurrección obrera, para afilar aún más su intransigencia en cuestiones de principios y despreciar cualquier tipo de transacción con el aparato reformista. Al volver de Finlandia, el SPD de Hamburgo le había encargado el folleto sobre la experiencia rusa que se publicaría con el nombre de *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Pero, nada más ponerse manos a la obra, la sección local y la propia Rosa recibieron presiones brutales desde la dirección, que para nada quería ver alterada su estupenda relación con los mandarines sindicales.

Ese fue el contexto en que del 23 al 29 de septiembre de 1906 se celebró el congreso del SPD. Parecía que las aguas agitadas volvían

65. Citado en E. H. Carr: *La revolución bolchevique 1917-1923*, t. I, Alianza Editorial, Madrid, 1979, pp. 58-59, 72.

66. Lenin, *La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino*, en *Obras Completas*, Ed. Progreso, Moscú, 1982, p. 233.

a su cauce rutinario después de la derrota de 1905. “La breve floración de mayo del nuevo espíritu revolucionario ha terminado y el partido volverá a dedicarse con todo su poder a la explotación y expansión positivas de su fuerza potencial’, escribió el órgano de los revisionistas con evidente alivio”.⁶⁷ Pero Rosa no era tan conformista y, como ya había hecho anteriormente, intervino activamente para defender su punto de vista sobre la reciente revolución rusa y fustigar una vez más a los dirigentes de los sindicatos y, en consecuencia, a los del partido.

En las elecciones al Reichstag de 1907 el SPD sufrió una severa derrota, pasando de 81 escaños a 43. Las conclusiones de este resultado no se hicieron esperar: el partido giró más a la derecha. Rosa Luxemburgo, que había participado activamente en la campaña electoral y se había manifestado una vez más como la brillante oradora que era, no dejó de rebelarse ante las nuevas circunstancias. En una carta a Clara Zetkin abordó la situación con franqueza:

“Desde mi vuelta de Rusia me siento bastante aislada (...) Advierto la mezquindad y vacilación de nuestro régimen de partido más clara y dolorosamente que nunca (...) La verdad lisa y llana es que August [Bebel], y los otros tanto más, se han entregado de lleno al parlamento y al parlamentarismo, y siempre que sucede algo que trasciende los límites de la acción parlamentaria se sienten perdidos, y peor aún que perdidos, porque entonces hacen cuanto pueden para obligar al movimiento a volver al carril parlamentario y motejan furiosamente de ‘*enemigo del pueblo*’ a quienquiera se atreve a ir más allá de los límites de ellos. Me parece que las masas organizadas en el partido están cansadas de parlamentarismo y recibirían con gusto una nueva línea en la táctica del partido, pero los dirigentes de este y más aún el estrato superior de editores oportunistas, diputados y dirigentes sindicales son como un íncubo*. Debemos protestar vigorosamente contra este estancamiento general, pero es evidente que de hacerlo nos enfrentaríamos a los oportunistas, así como a los dirigentes del partido y a August. Mientras se trataba de defendernos contra Bernstein y sus amigos, August y Cía. estaban encantados de

67. Nettl, p. 302.

* Diabolo que, con apariencia de varón, tiene trato carnal con una mujer.

nuestra ayuda, porque no les llegaba la camisa al cuello. Pero si se trata de lanzar una ofensiva contra el oportunismo, August y los otros están con Ede [Bernstein], Vollmar y David contra nosotros. Así veo yo las cosas, pero lo principal es llevar alta la cabeza y no emocionarse demasiado. Nuestra labor habrá de durar años”.⁶⁸

Fueron tiempos duros. Los dirigentes derechistas de los sindicatos ejercían una influencia notable sobre el comité ejecutivo del SPD, que escoraba cínicamente su discurso hacia posturas cada vez más nacionalistas para competir con la derecha parlamentaria. En ese momento se hicieron visibles una serie de personajes que estarían llamados a jugar un papel importante en los acontecimientos posteriores, como Gustav Noske, que realizó su primera intervención destacada en el congreso del SPD de 1907. También fueron tiempos amargos para Rosa en el plano personal: su relación con Jogiches se rompió definitivamente, y la herida tardaría mucho en cicatrizar. En esas condiciones de reflujo político tras la derrota revolucionaria de 1905, de ascenso del revisionismo, de dificultades personales, Rosa se atrincheró en la teoría marxista.

Desde 1906 funcionaba en Berlín una escuela central de formación de cuadros del SPD. Obviamente, para la dirección del partido no se trataba más que de una plataforma académica, como muy bien señala Nettl: “El comité ejecutivo estaba encantado de que se propagara la revolución teórica en una escuela con tal de que no se reconociera en la práctica”.⁶⁹ En la escuela participaron los dirigentes más prominentes del ala izquierda del partido, como Franz Mehring y Clara Zetkin, que pertenecieron a su comisión de dirección, y Hilferding y Pannekoek, que enseñaron en sus aulas. Tras una amenaza policial de expulsar a estos dos últimos del país por su condición de extranjeros (austriaco y holandés respectivamente), Rosa Luxemburgo fue invitada por Kautsky a participar. Fue la única profesora de la escuela y pronto destacó por su profundidad, ganando una gran reputación entre los que asistían a sus clases. Por los siete cursos que dictó pasaron 203 personas y, como señala Nettl, “era una maestra natural y entusiasta, y aclaraba las cuestiones más complicadas del

68. Carta de comienzos de 1907, citada en Nettl, p. 309.

69. *Ibíd.*, p. 318.

marxismo con ejemplos e ilustraciones vivas (...) Tomaba especial empeño con cada uno de los alumnos y estaba dispuesta si era necesario a darle enseñanza particular después de las horas de clase (...) En 1911, Mehring se retiró de la enseñanza activa por razones de salud y Rosa se encargaría también de parte de su curso sobre historia del socialismo. La escuela tuvo a Rosa física y mentalmente ocupada hasta la guerra”.⁷⁰

Los frutos de las enseñanzas y estudios de Rosa Luxemburgo en este período se plasmaron posteriormente en dos libros importantes: *Introducción a la economía política* y *La acumulación del capital*, que abrieron un extenso debate sobre el imperialismo y la acumulación ampliada en el que también participarían, entre otros, Lenin, Kautsky, Hilferding y Bujarin.

Antes de que estallara la guerra, el terreno de combate práctico más importante para Rosa Luxemburgo fue la lucha por el sufragio universal en Prusia, que se desarrolló a lo largo de 1910 y que planteó una cuestión de envergadura: ¿Cómo podía el SPD forzar un cambio en la legislación electoral? ¿Qué métodos de lucha debía emplear para lograrlo?

Cuando, el 4 de febrero de 1910, el gobierno prusiano presentó su anteproyecto de reforma electoral, con limitaciones para el derecho al sufragio de la clase trabajadora, las bases del SPD reaccionaron con virulencia. Inmediatamente se sucedieron manifestaciones de masas en Berlín, mientras los obreros protagonizaban una oleada de huelgas, destacando los paros en las minas y en la construcción (más de trescientos mil trabajadores participaron en ellas).

Rosa se sumergió en el torrente tomando incesantemente la palabra en decenas de mítines por diferentes ciudades, enfocando la lucha pro sufragio de una manera revolucionaria, marxista, muy diferente a lo que pretendían los dirigentes del partido. Su postura era muy clara: para arrancarle el sufragio a los junkers prusianos había que estimular el desarrollo de las huelgas de masas todo lo que fuera posible, colocando la demanda de una república democrática como el eje central de la agitación. Volvía a levantar la bandera de 1905: la conquista de las reivindicaciones democráticas propias de la

70. *Ibíd.*, p. 320.

revolución burguesa, frustrada en 1848 por la traición de la burguesía alemana y derrotada en 1905 en Rusia por el mismo motivo, sólo podía lograrla el proletariado movilizad de manera revolucionaria.

Estas ideas eran desgranadas en todas sus participaciones públicas, pero cuando trató de explicarlas a un público más vasto, a través de un artículo que tituló *Was weiter?* (¿Y después qué?), el *Vorwärts* se negó en redondo a publicarlo, devolviéndoselo con el siguiente comentario: “Sentimos tener que devolverle su artículo porque, en virtud de un acuerdo entre el comité ejecutivo del partido, la comisión ejecutiva de la organización provincial prusiana [del SPD] y el jefe de redacción, la cuestión de la huelga de masas no se debe tratar en el *Vorwärts* por el momento”.⁷¹ Ante la negativa, Rosa envió el artículo a *Die Neue Zeit*. “Kautsky tomó el artículo y dijo que era ‘muy interesante y muy importante’, pero se reservó también el derecho de estar en desacuerdo con sus conclusiones y le anunció que así lo haría saber a su debido tiempo, por estar entonces muy ocupado. De cualquier modo, se negó rotundamente a publicar la parte relativa a la agitación a favor de una república”.⁷² Kautsky no llegó a publicarlo, encendiendo así la mecha de una ruptura definitiva que se venía rumiando desde hacía tiempo.

La reacción de Rosa Luxemburgo dio rienda suelta a todas las frustraciones acumuladas en los años anteriores, cuando soportaba el servilismo de Kautsky ante el revisionismo, sus constantes concesiones a los gerifaltes de los sindicatos, su pusilanimidad comedida para no molestar a las altas esferas del aparato que arrastraban al SPD por la senda del cretinismo parlamentario y el reformismo. Rosa no se arredró y publicó su artículo en otro periódico. Al texto le adjuntó un resumen de la situación general, tal como ella la veía: “El comité ejecutivo del partido y la comisión general [de los sindicatos] ya han estudiado la cuestión de la huelga de masas, y tras largas negociaciones [el partido] hubo de rendirse a la postura de los dirigentes sindicales. En vista de esto, el comité ejecutivo cree naturalmente que tiene que replegar velas, y si pudiera salirse con la suya, llegaría hasta prohibir toda discusión de la huelga de masas. Por esta razón considero urgentemente necesario llevar el asunto ante las más alejadas

71. *Ibíd.* p. 342.

72. *Ibíd.* p. 343.

masas del partido. Las masas deben decidir. Nuestra obligación por otra parte es proporcionarles todos los pros y contras, las bases para la argumentación”.⁷³

Ante el embate, Kautsky respondió a Rosa tomando como punto de partida la revolución rusa de 1905, para despreciar las huelgas de los obreros rusos, a las que calificó de caóticas, amorfas y primitivas, y dejar claro que ese modelo no se podía aplicar en Alemania. Por su parte, Rosa no se mordió la lengua: “El cuadro de huelgas ‘caóticas, amorfas, primitivas’ de los trabajadores rusos (...) es una delirante fantasía (...) Esas huelgas, de las que nació una creación tan audaz como el célebre Consejo de Delegados [Sóviet] de los trabajadores de San Petersburgo, para dar una jefatura unificada a todo el movimiento en el gigantesco imperio, esas huelgas y huelgas de las masas rusas estuvieron tan lejos de ser ‘amorfas y primitivas’ que por su audacia, fuerza, solidaridad de clase, tenacidad, triunfos materiales y metas progresistas, con resultados organizativos, pueden ser colocadas, con toda seguridad, al lado de cualquier movimiento sindical ‘europeo occidental’”.⁷⁴

Para intentar contrarrestar la táctica planteada por Rosa a favor de la huelga general, Kautsky no sólo ridiculizó la gesta de los obreros rusos, sino que también propuso una alternativa llena del “ingenio y sutileza” característicos del método cobarde que le era tan querido. Tomando como ejemplo la lucha del general romano Cunctator contra el cartaginés Aníbal, recreó su propia versión de la estrategia del “desgaste y agotamiento” y preconizó que se mantuviera la agitación callejera contra la ley electoral prusiana, pero sólo hasta un punto determinado, que en ningún caso supusiera un choque fundamental con el Estado. Por supuesto, había que renunciar a la huelga de masas. El objetivo era conseguir la mayoría en el Reichstag, y todo lo que se desviara de ese fin había que rechazarlo con energía. Sólo así se podría culminar “la revolución” y transformar completamente el sistema electoral.

Kautsky, albacea teórico de Engels, mostró en 1910 lo lejos que había sido capaz de descender. Las diferencias entre él y los revisionistas agazapados en el aparato se habían difuminado casi por completo; en

73. *Ibíd.*, p. 345.

74. Luxemburgo, *Teoría y práctica*, en *Die Neue Zeit*, 22 y 29/7/1910, citado en Dunayevskaya, p. 60.

todo caso, los jefes reformistas actuaban de manera más coherente y acabarían llevando sus opiniones hasta las últimas consecuencias.

La reacción contundente de Rosa Luxemburgo consumó la ruptura con Kautsky, para regocijo de los enemigos de la revolucionaria polaca tanto en el SPD como en la Segunda Internacional. En una carta de Victor Adler a Bebel, el dirigente socialdemócrata austríaco no se anduvo por las ramas: “La perra rabiosa aún causará mucho daño, tanto más cuanto que es lista como un mono, mientras que por otra parte carece de todo sentido de la responsabilidad y su único motivo es un deseo casi perverso de autojustificación”.⁷⁵

Rosa Luxemburgo también recibió en ese momento la desafeción de Franz Mehring, que apoyó a Kautsky, pero en cambio obtuvo el apoyo de otros cuadros que constituirían parte del núcleo central de la izquierda internacionalista alemana: Clara Zetkin, Anton Pannekoek y Julian Marchlewski.

En cuanto a los bolcheviques, no se pronunciaron abiertamente, si bien es cierto que Lenin seguía considerando a Kautsky como la referencia de la ortodoxia marxista. La postura de Trotsky era todavía más inclinada que la de Lenin a prestar apoyo a Kautsky, si tomamos en consideración la carta que le envió a este el 21 de julio de 1910: “Según mi amigo Kámenev, que acaba de venir a verme de París, los bolcheviques, o más exactamente Lenin (es el único que habla por ellos), opinan que usted está muy acertado en su juicio en cuanto a la situación política actual, pero que la índole de la agitación que Luxemburgo está haciendo podría ser muy útil e importante para Alemania. Con el fin de poder aprobarlo a usted sin restricciones, sugiere Lenin que plantee usted en el próximo congreso de su partido una moción que pida fuerte agitación y señale el carácter inevitable de la lucha revolucionaria [futura]. En todo caso yo no he visto un solo camarada —aun entre los bolcheviques— que se declare abiertamente a favor de la Luxemburgo. Por lo que hace a mi humilde persona, creo que el factor táctico que gobierna en la Luxemburgo es su noble impaciencia. Es una cualidad muy hermosa, pero sería una tontería erigirla en principio rector del partido alemán. Ese es el método típicamente ruso”.⁷⁶

75. La carta está fechada el 5 de agosto de 1910. Citado en Dunayevskaya, p. 70.

76. Nettl, p. 352.

La ruptura se profundizó en los meses siguientes. La postración nacionalista del aparato del partido ante la crisis militar desatada cuando el alto mando alemán envió un crucero a Agadir (Marruecos), en julio de 1911, presagiaba ya lo que sería su comportamiento durante la futura guerra mundial. La intervención alemana no fue denunciada por la dirección del SPD. “Las primeras cartas de la Oficina Socialista Internacional que Rosa recibió, como miembro de la oficina, mostraron que la jefatura [del SPD] estaba mucho más preocupada por las batallas electorales que por la acción imperialista de Alemania en Marruecos”.⁷⁷

Rosa se posicionó frente a los defensores de los “sagrados intereses nacionales” exigiendo “exponer a las masas el miserable trasfondo y los sucios intereses capitalistas implicados”. Su internacionalismo era real, concreto, manifiestamente desafiante frente al oportunismo electoralista: “El verdadero objetivo de las elecciones al Reichstag es permitirnos difundir la educación socialista, pero esto no puede hacerse si reducimos el círculo de nuestras críticas excluyendo los grandes problemas internacionales, [mientras deberíamos] propagar la condena del capitalismo a todos los rincones del mundo”.

La dirección del SPD, con Bebel y Kautsky a la cabeza, decidió pasar a la ofensiva contra Rosa. Pero carentes de argumentos sólidos, encubrieron su oportunismo con ataques personales, con descalificaciones y acusaciones de “indiscreción”, “deslealtad” y “ruptura de la disciplina del partido” por haber hecho públicas las cartas de la Oficina Internacional. Toda la basura que unos años después verterían Ebert y Scheidemann contra los internacionalistas alemanes tenía poderosos precedentes en el comportamiento de aquellos que presumían de “cuidar el legado teórico de Marx y Engels”.

En el posterior congreso de la Internacional en Jena, en septiembre de 1911, estas cuestiones se ventilaron públicamente, con una Rosa Luxemburgo dispuesta a defender intransigentemente el punto de vista del marxismo revolucionario sobre el imperialismo y el militarismo. Lenin salió en su defensa, pero, según relata Zinóviev, “el rayo y el trueno cayeron también sobre él. Vladímir Ilich apeló a Plejánov (...) [pero] el camarada Plejánov replicó que no debían crecer

77. Dunayevskaya, p. 75.

las orejas más allá de la frente, que nosotros (los rusos) debíamos guardar silencio; que cuandouviésemos los millones de miembros que la socialdemocracia [alemana] tenía, entonces también se nos tomaría en cuenta. Pero que por el momento no éramos más que ‘parientes pobres’. Después de escuchar a Plejánov, Vladimir Ilich salió de la reunión, dando un portazo”.⁷⁸

Nunca antes Rosa se había sentido tan “perfectamente sola” y tan convencida. Ni nunca antes la idea a la que siempre recurría en los momentos de mayor dificultad se presentaba más útil para su tarea: “La revolución es algo magnífico y todo lo demás es pura tontería”.

LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDAS DEL SPD

Las elecciones al Reichstag de enero de 1912 parecieron confirmar los pronósticos de Kautsky: el SPD se convirtió en la primera fuerza política de Alemania, pasando de 43 a 110 parlamentarios y de 3.250.000 a 4.250.000 votos, duplicando en sufragios al *Zentrum* católico, que aun así obtuvo 91 escaños gracias a las manipuladas leyes electorales. Las esferas dirigentes del partido estallaron en júbilo. Los revisionistas, sus aliados de la cúpula sindical, los periodistas de confianza, todos veían un horizonte libre de convulsiones revolucionarias; al fin y al cabo, el gran proyecto de un cambio pacífico y ordenado, sin traumas, casi podía tocarse con los dedos. Pronto despertarían de su plácido sueño y se sumergirían en una pesadilla de obuses, sangre y destrucción.

En aquel ambiente de euforia, Rosa Luxemburgo reafirmó su distancia de unos dirigentes colmados de autosatisfacción y embebidos de una arrogancia incomparable. Inevitablemente, esos resultados electorales afianzaron la degeneración reformista y burocrática del SPD, precipitando su extensión a todas las esferas de la vida partidaria. En el momento en que se discutían las alianzas electorales para elegir los diputados que necesitaban una segunda vuelta, la dirección del SPD se lanzó a cortejar a dos partidos burgueses: el

78. *Ibíd.*, p. 68.

Partido Liberal y el Partido Progresista. Rosa Luxemburgo ya había advertido contra este tipo de alianzas un año antes: “Estos dos partidos atacan a la izquierda y adulan servilmente a la derecha, y los pocos dirigentes que conservan algo de conciencia liberal hacen desesperados intentos (...) por sacar la carreta del liberalismo del pantano de la reacción”.⁷⁹

Las posturas teóricas tenían que acabar por trasladarse a la práctica política, como así sucedió. Rosa Luxemburgo estaba en clara minoría, marginada políticamente respecto a las cumbres de la organización. Y esa posición se la labró con perseverancia y de frente, jamás regateo enfrentarse a los que pervertían y traicionaban la doctrina socialista en nombre del “pragmatismo”. Su denuncia de la política de colaboración de clases de la socialdemocracia francesa, después de que Millerand se integrara en un gobierno burgués, fue la palanca para golpear a los colaboracionistas en las filas del SPD: “Vista así, la entrada de un socialista en un gobierno burgués debe considerarse un experimento que sólo puede perjudicar a la lucha de clases. En la sociedad burguesa, la socialdemocracia está limitada por definición al papel de partido opositor, y sólo puede ser partido en el poder sobre las ruinas de la sociedad burguesa”.⁸⁰

Tras Rosa se agruparon muchos de los que ya habían estado a su lado en la ruptura con Kautsky, y esta vez se les sumó Franz Mehring. Excluido burocráticamente del comité de redacción de *Die Neue Zeit* por su director (Kautsky), selló con Rosa una reconciliación que les uniría en los grandes combates que estaban por llegar y que perduraría hasta la muerte de ambos.

La fuerza de los votos produjo la autoafirmación del grupo parlamentario, que si ya actuaba como un ente autónomo, ahora iba a dictar, por la vía de los hechos consumados, la política a seguir. En esas condiciones, el ala izquierda del SPD padeció aún más la marginación y la exclusión de las tribunas, los periódicos y las agrupaciones. En ese momento, las reflexiones de Rosa Luxemburgo sobre el carácter y la evolución del partido y sobre la necesidad de agrupar a la oposición de izquierda se perfilaron con mayor claridad.

79. Nettl, p. 365.

80. *Ibíd.*, p. 187.

En diciembre de 1913, tras comprobar que la mayoría de los periódicos en los que había colaborado le cerraban las puertas (especialmente doloroso fue el caso del *Leipziger Volkszeitung*), Rosa Luxemburgo decidió dar un paso de envergadura junto a Mehring y su camarada polaco Marchlewski, fundando la *Sozialdemokratische Korrespondenz* (Correspondencia Socialdemócrata), el órgano de la oposición de izquierdas del SPD y precursor de *Die Internationale*, en torno al cual se organizaría el embrión de la futura *Spartakusbund* (Liga Espartaquista). Pero antes de que el nuevo periódico fuera impreso, Rosa Luxemburgo ya había dado una muestra clara de cómo iba a conducirse ante los terribles acontecimientos que llegarían muy pronto.

El 26 de septiembre de 1913, en una localidad cercana a Frankfurt, Rosa Luxemburgo dio un mitin de dos horas para denunciar las maniobras de los capitalistas y del Alto Estado Mayor preparatorias de una nueva guerra imperialista (ya se tenía la experiencia de la crisis marroquí de 1911 y las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913). En uno de los momentos más intensos del acto, Rosa “tocó la cuestión de si nos dejaríamos arrastrar sin remedio a una guerra. A los clamores que en toda la sala se oyeron de ‘¡Nunca!’, parece ser que ella dijo: ‘Si creen ellos que vamos a alzar las armas asesinas contra nuestros hermanos franceses u otros, debemos gritarles que no lo haremos’”.⁸¹ Esta última frase fue utilizada por las autoridades de Frankfurt para enjuiciarla por propaganda contra el ejército. El proceso tuvo lugar el 20 de febrero de 1914 y Rosa fue condenada a un año de prisión, pero la ejecución de la sentencia fue retrasada gracias a diferentes apelaciones, hasta que el tribunal superior del Reich la confirmó el 20 de octubre, cuando la guerra ya había comenzado.

En la sala de la vista, Rosa Luxemburgo pronunció una de los discursos más importantes de toda su vida.⁸² Denunciando el militarismo alemán y su ansia expansionista, defendió brillantemente el punto de vista de la clase obrera en contra de la guerra. Después del proceso, Rosa se embarcó en una gira de actos públicos acompañada de su abogado, Paul Levi. El éxito de convocatoria fue tremendo y

81. *Ibíd.*, p. 385.

82. Ver Apéndice.

las intervenciones de Rosa, muy celebradas por los obreros socialdemócratas que asistían a sus mítines, mientras los portavoces de la derecha protestaban enérgicamente contra ella y exigían acciones contundentes a las autoridades para poner fin a su osadía.

Tras el proceso de Frankfurt, el Ministerio del Interior prusiano ordenó que todos los discursos de Rosa se recogieran taquigráficamente y fueran reunidos metódicamente, para después utilizarlos como actas de acusación. Y así fue: Rosa fue de nuevo encausada por el ministro de la Guerra, quien solicitó que se la procesara “en nombre del cuerpo de jefes y oficiales del ejército alemán”.⁸³ El juicio se celebró del 29 de junio al 3 de julio de 1914 en Berlín.

Con la guerra en su apogeo y la actividad de Rosa Luxemburgo en alza, la sentencia del juicio de Frankfurt, que se podía cumplir en cualquier momento, se hizo firme en las circunstancias que más interesaban a los militares alemanes, a los capitalistas y al aparato del SPD. A principios de 1915, Rosa Luxemburgo fue encarcelada.

En aquellos frenéticos días, las posturas de Rosa destacaron en el panorama de la izquierda alemana; paso a paso iba logrando el apoyo de más militantes, y se sentía confiada y decidida. Estableció una base firme entre la organización socialdemócrata del distrito cuarto de Berlín, en Nieder, desde donde se inició la publicación de las *Cartas de Espartaco*, su plataforma de propaganda política más importante en aquel período. La semilla de la Liga Espartaquista estaba sembrada, a fuerza de golpes y combates contra el muro del orden capitalista es cierto, pero, como toda siembra realizada con principios firmes, daría una gran cosecha.

83. Nettl, p. 387.

III. CONTROVERSIAS MARXISTAS

Es conocido que Lenin y Rosa Luxemburgo mantuvieron polémicas y diferencias sobre diferentes asuntos de la teoría y la práctica revolucionarias: la cuestión nacional y el derecho de las naciones a la autodeterminación, la escisión de mencheviques y bolcheviques tras el II Congreso del POSDR, la reproducción ampliada y la naturaleza de la crisis capitalista, las consignas en la lucha contra la guerra imperialista o toda una serie de cuestiones de la política bolchevique tras el triunfo de la revolución de Octubre. De este compendio de desencuentros se ha construido un mundo de exageraciones, se han dicho demasiadas tonterías y se ha vertido una gran cantidad de medias verdades. Sus divergencias y sus diferentes enfoques en los asuntos citados no implicaron ninguna ruptura con el socialismo científico. La experiencia de la lucha de clases confirmó o desmintió los argumentos defendidos en esas controversias, pero en lo esencial Rosa Luxemburgo y Lenin compartieron una visión muy similar de las cuestiones verdaderamente principistas.

El estalinismo no sólo momificó a Lenin y, contra la voluntad del dirigente bolchevique, que había manifestado su deseo de ser enterrado en Petrogrado junto a su madre, lo exhibió en un mausoleo; también utilizó sus escritos para entresacar citas fuera de contexto y cubrir, con su autoridad, la nueva doctrina de los epígonos. Después de muerta, Rosa Luxemburgo también fue embalsamada, no físicamente pero sí intelectualmente. En esta tarea colaboraron muchos declarados anticomunistas, elementos que desde la socialdemocracia oficial querían beneficiarse de su figura para combatir el marxismo y, por extensión, el leninismo. Los intentos de presentar a Rosa Luxemburgo como una amazona de la “democracia abstracta”

o revestirla con un barniz libertario son el equivalente a la caricaturización que de su figura trató de hacer el estalinismo, cuando la condenó al fuego eterno como inventora de una teoría de la “espontaneidad” contraria a los supuestos valores “leninistas” del partido único y monolítico. En los dos casos, el método utilizado fue el mismo: deformar y falsificar el pensamiento de ambos revolucionarios en función de un objetivo ajeno a sus ideas.

CUESTIONES DE ORGANIZACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA RUSA

En la atmósfera de la socialdemocracia internacional entre 1903 a 1910, los debates sobre táctica, organización y programa estuvieron marcados por una línea roja inequívoca: una concepción del derrocamiento revolucionario del capitalismo y una política proletaria de independencia de clase, frente a la idea revisionista de avanzar hacia el socialismo utilizando los mecanismos del parlamentarismo y la democracia burguesa. Esta era la esencia que dividía, y divide hoy, las filas del movimiento obrero organizado.

Sí, hubo muchas polémicas entre Rosa Luxemburgo y Lenin. ¿Acaso es esto anormal entre revolucionarios marxistas? Cuando Rosa Luxemburgo escribió en 1904 el famoso folleto *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, una crítica durísima de las concepciones expuestas por Lenin en su libro *Un paso adelante, dos pasos atrás*, no podía prever la cantidad de infundios que se montarían basándose en dicho folleto.⁸⁴

¿De dónde partía la polémica y qué la impulsó? Para explicar la actitud de Rosa hacia Lenin hay que remontarse hasta un poco antes de la aparición de su texto, concretamente a las complejas relaciones habidas a lo largo de 1903 entre el SDKPiL y los organizadores del II Congreso del POSDR⁸⁵ y a las divergencias que estallaron en él,

84. En *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Lenin realiza un detallado análisis del II Congreso del POSDR, para caracterizar la escisión entre bolcheviques y mencheviques y explicar la naturaleza oportunista y reformista de la fracción encabezada por Mártov y Axelrod.

85. El II Congreso del POSDR se celebró del 30 de julio al 23 de agosto de 1903. Se reunió primero en Bruselas y después en Londres. La composición del congreso no fue ho-

que abrieron la lucha fraccional entre bolcheviques y mencheviques, en todo lo cual Lenin tuvo un papel decisivo.

El planteamiento de los marxistas rusos del *Iskra* —crear un partido socialdemócrata ruso que abarcara a la clase obrera de todo el imperio— había causado sensación en Rosa Luxemburgo y sus camaradas. “Desde que empezara 1903 —escribe Nettl—, Warszawski había sido delegado oficialmente por el comité polaco en el extranjero para negociar con el comité organizador ruso acerca de la participación polaca en el congreso y la adhesión del SDKPiL al partido ruso. Los polacos no tenían interés en las complicadas maniobras de los *iskristas* dentro del partido ruso, ni las conocían bien tampoco; no hay indicios de que ninguno de ellos haya leído el *¿Qué hacer?* de Lenin, y es seguro que nadie lo comentó”.⁸⁶

El interés común de los revolucionarios polacos y de los bolcheviques era lograr que el Bund, el partido socialista judío, que progresivamente se estaba deslizando hacia posturas nacionalistas, no participara en el nuevo partido como una entidad autónoma, tal como reclamaba. Pero, curiosamente, las mismas condiciones se plantearon respecto a la adhesión de los socialistas polacos. El núcleo dirigente de *Iskra* propuso la integración del SDKPiL en el POSDR en las mismas condiciones que se ofrecían al resto de los grupos.

Tras varias respuestas ambiguas y vacilaciones de Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches, incluso de un congreso *ad hoc* de los socialdemócratas polacos para tratar la cuestión, la mayoría de los dirigentes del SDKPiL se inclinaron por una forma de integración que respetara y garantizase su autonomía y dirección en los asuntos concernientes a los trabajadores polacos en el territorio de Polonia bajo control ruso, mientras se dejaría al POSDR tratar con sus propias organizaciones locales en Polonia.

Esta exigencia vino a complicarse con la postura que el POSDR iba a defender respecto a la cuestión nacional, que chocaba frontalmente

mogénea. Asistieron no sólo los partidarios de *Iskra*, sino también sus adversarios. Las cuestiones más importantes del congreso fueron la aprobación del programa y de los estatutos del POSDR y la elección de los organismos dirigentes del partido. En el congreso se produjo la primera ruptura fundamental entre el ala *dura* mayoritaria (bolcheviques), encabezada por Lenin, y el ala *blanda* minoritaria (mencheviques), agrupada en torno a Mártov y Axelrod, a los que más tarde se sumó Plejánov.

86. Nettl, p. 231.

con la mantenida por Rosa Luxemburgo. Cuando Lenin abogó abiertamente, en el número de *Iskra* de julio de 1903, por incluir como artículo siete de los estatutos del nuevo partido la defensa del derecho de las naciones a la autodeterminación, la reacción de Luxemburgo y Jogiches fue explosiva. El hecho de que Lenin explicara que de ninguna manera debía interpretarse eso como un apoyo al nacionalismo en general, ni al PPS en particular, no cambió la opinión de ambos: “Si no están dispuestos a modificar el artículo 7, tendremos que suspender la afiliación [propuesta]. Digan a Zasúlich que, después del artículo de *Iskra*, yo [Rosa Luxemburgo] no tengo ningún interés en la afiliación y que he aconsejado que no se hagan más concesiones”.⁸⁷ Rosa no era de las que abandonaban sus posiciones fácilmente.

Lenin y los partidarios del *Iskra* no aceptaron el ultimátum lanzado por Rosa Luxemburgo y sus camaradas polacos, y todos los intentos para que se retirara del programa del partido ruso la defensa del derecho de autodeterminación fueron infructuosos. Cuando el congreso se reunió por fin, con un desarrollo tormentoso no previsto, el POSDR se colocó ante una escisión de facto. Y no es posible comprender los debates posteriores entre Rosa Luxemburgo y Lenin sin tener en cuenta estos roces que agrietaron las relaciones entre los marxistas rusos, agrupados en la fracción bolchevique del POSDR, y los marxistas polacos, que se situaban tras Rosa Luxemburgo.

En aquellos años, los dirigentes socialdemócratas alemanes se esforzaron por dar una imagen completamente manipulada de las polémicas que mantenían los socialistas rusos. Distorsionaban las posturas de los bolcheviques y defendían las de los mencheviques. “Los mencheviques eran más conocidos y tenían mejores relaciones, sobre todo desde que Plejánov se había puesto del lado de los que se enfrentaban a Lenin. Por consiguiente durante todo 1904, Márto, Potrés, y Dan pidieron opiniones a sus conocidos alemanes, y principalmente para *Iskra*, que ahora controlaban. ‘Lo que importa es cómo vencer a Lenin (...) Conviene sobre todo incitar contra él a autoridades como Kautsky, Rosa Luxemburgo y Parvus’. La colaboración no tardó. Cuando Lenin quiso contrarrestar este apoyo crítico a los

87. Citado en Nettl, p. 237.

mencheviques enviando a Liadov para exponer el punto de vista bolchevique, Kautsky dijo a éste francamente: ‘Mire, a su Lenin no lo conocemos. Es para nosotros una incógnita; pero conocemos muy bien a Plejánov y Axelrod. Sólo gracias a ellos hemos podido saber algo de lo que pasa en Rusia. Sencillamente no podemos aceptar lo que usted dice de que Plejánov y Axelrod se han vuelto oportunistas de repente’.⁸⁸

La admiración que Lenin profesaba hacia la socialdemocracia alemana en aquellos años nunca fue correspondida por sus dirigentes. Lenin jamás tuvo la oportunidad de que su pensamiento pudiera conocerse entre los cuadros y militantes del partido alemán. Kautsky reprochaba a los bolcheviques su “incapacidad” para “convivir” con los mencheviques. Al fin y al cabo, si en el SPD podían coexistir pacíficamente Bernstein, Kautsky y Rosa Luxemburgo, ¿por qué se empeñaban los rusos en aferrarse a sus querellas domésticas? “Como en la disputa entre los socialistas franceses unos años antes, los alemanes se lanzaban a regañadientes (...) en privado despreciaban aquellas disputas. [Estas] diferencias son pura palabrería si tenemos en cuenta lo que significan en la práctica y lo mucho [y verdaderamente importante] que queda por hacer”.⁸⁹

Paul Nettel describe la atmósfera en que Rosa abordó la “cuestión” rusa: “Sólo dos personas sabían verdaderamente en Alemania algo de lo que se trataba [en la disputa del POSDR]: Parvus y Rosa Luxemburgo. Ella estaba convencida de que la aportación de Kautsky a la solución de los problemas rusos sería general y teórica en el mejor de los casos, porque ignoraba totalmente los pormenores (...) Los mencheviques sabían, pues, perfectamente lo que hacían al concentrar sus solicitudes en Parvus y Rosa. Quieras o no, ésta hubo de volver a meterse en los asuntos de Rusia, no como candidato polaco a la admisión en el partido ruso, sino como experto alemán y árbitro entre las fracciones en disputa (...) Los dirigentes mencheviques no eran amigos íntimos suyos sino todo lo contrario, pero tenía una cuenta más reciente con Lenin por lo de la cuestión de las nacionalidades (...) Por consiguiente, al empezar 1904 aprovechó la oportunidad algo tardía de examinar los asuntos suscitados después

88. *Ibíd.*, p. 241.

89. *Ibíd.*, p. 241.

de la salida polaca del segundo congreso ruso, e inevitablemente dio con el *¿Qué hacer?* de Lenin. Su reacción negativa a las proposiciones organizativas de Lenin coincidió así con la petición que le hizo Potréssov de que enviara un artículo a *Iskra*; y mató dos pájaros de un tiro escribiendo un largo artículo para *Die Neue Zeit* que ofreció a los rusos para que lo tradujeran”.⁹⁰ Este folleto sería *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*.

En él, Rosa descargó una batería de “golpes” contra el supuesto afán centralizador de Lenin:

“El libro que tenemos ante nosotros [*Un paso adelante, dos pasos atrás*], escrito por el camarada Lenin, uno de los dirigentes y luchadores más notables de *Iskra* en su campaña preparatoria del congreso ruso, es la exposición más sistemática de la tendencia ultracentralista en el partido ruso. La concepción que se manifiesta en esta obra del modo más penetrante y exhaustivo es la de un centralismo sin contemplaciones. Su principio vital es, por un lado, poner claramente de manifiesto la separación entre los destacamentos organizados de revolucionarios decididos y activos y el medio que los rodea, desorganizado pero activo revolucionariamente; por otro lado, la disciplina férrea y la injerencia directa, decisiva y determinante de las autoridades centrales en todas las manifestaciones de las organizaciones locales del partido (...)

“Conceder a la dirección del partido ese poder absoluto de carácter negativo que Lenin propone implica elevar a una potencia peligrosísima el carácter conservador que tiene esencialmente toda dirección. Si es todo el partido o aún mejor, todo el movimiento el que determina la táctica socialdemócrata, en lugar de un comité central, cada organización del partido precisará el margen de maniobra que le permita la utilización completa de todos los medios para la intensificación de la lucha, así como la extensión de la iniciativa revolucionaria que cada situación ofrece. El ultracentralismo que propugna Lenin, sin embargo, no nos parece impregnado en su esencia por un espíritu positivo creador, sino por un espíritu de vigilante”.⁹¹

90. *Ibíd.*, p 242.

91. Luxemburgo: *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, en *Obras Escogidas de Rosa Luxemburgo*, Ed. Ayuso, pp. 114-120.

Hay citas semejantes en todo el material de Rosa. Acusaciones de blanquismo, de jacobinismo, de pretender el dominio de una minoría intelectual sobre la masa proletaria del partido, exageraciones y críticas contra opiniones que Lenin jamás había sostenido, que evidentemente partían de las informaciones distorsionadas que suministraban los mencheviques. Incluso cuando Rosa plantea el avance del oportunismo y del reformismo en las filas de la socialdemocracia como producto de procesos objetivos, subestima el valor de la denuncia que Lenin realiza de estos elementos en el partido ruso. Es cierto que no se puede combatir el reformismo a base de estatutos, pero sí se puede educar a la militancia revolucionaria en la lucha intransigente contra esas tendencias, empezando por hacer respetar las decisiones adoptadas democráticamente en los organismos, congresos, etc., y colocando los métodos de la democracia obrera como el mejor antídoto contra el individualismo pequeño-burgués. Esta era la esencia de la lucha de Lenin por establecer un régimen interno proletario, que se concretó en el método del centralismo democrático. Y ese método —en su concepción leninista, no en su distorsión burocrática estalinista— sigue manteniendo toda su vigencia.

En *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Lenin planteó lo que en aquel momento (1903-1904) consideraba la esencia de la polémica entre bolcheviques y mencheviques, y puso en guardia a la militancia contra la concepción reformista y oportunista de los segundos, contra su diletantismo e individualismo pequeño-burgués: “En realidad —señala Lenin—, la posición de los oportunistas en materia de organización, consistente en que abogan por una organización de partido amorfa y sin fuerte cohesión; en que rechazan la idea (la idea ‘burocrática’) de estructurar el Partido de arriba abajo conforme al congreso del mismo y a los organismos elegidos por él; en su tendencia a ir de abajo arriba, permitiendo que se tenga por miembro del Partido cualquier profesor, cualquier estudiante de bachillerato, ‘todo huelguista’; en su hostilidad al ‘formalismo’ que exige de los militantes la pertenencia a una de las organizaciones reconocidas por el Partido; en su propensión a la psicología del intelectual burgués, dispuesto tan sólo a ‘reconocer platónicamente las relaciones de organización’; en la facilidad con que se entregan a las elucubraciones oportunistas y

a las frases anárquicas; en su tendencia al autonomismo en contra el centralismo”.⁹²

Y, como ha ocurrido en tantas ocasiones, lo que comenzó siendo una divergencia sobre cuestiones de organización derivó en diferencias políticas de principio respecto a la naturaleza de la revolución rusa, el programa del partido, las alianzas con la burguesa liberal, el campesinado, etc.

Este era el aspecto central de la postura de Lenin, y el mayor error de la revolucionaria polaca fue pasarlo por alto. De todas formas, Lenin respondió pacientemente a las críticas de Rosa en un artículo que Kautsky se negó a publicar⁹³ y que, tanto por el tono como por la forma, muy alejada del empleado con sus contradictores mencheviques, evidenciaba que Lenin no consideraba a Rosa Luxemburgo una enemiga:

“No puedo dejar de agradecer a los camaradas alemanes por seguir con tanta atención los escritos de nuestro partido y esforzarse por llevarlos al conocimiento de la socialdemocracia, pero debo decir que el artículo de Rosa Luxemburgo publicado por *Die Neue Zeit* no hace conocer a los lectores mi libro, sino una cosa muy diferente. Eso es lo que resulta de los ejemplos que voy a mostrar.

“La camarada Luxemburgo dice notablemente que mi libro es la expresión clara y terminante, en tanto que tendencia, de un ‘centralismo que no respeta nada’. Ella supone, de esta manera, que yo me hago el defensor de una forma de organización frente a otra. En realidad eso no es exacto. A lo largo de todo el libro, de la primera a la última página, defiendo los principios elementales de cualquier modo de organización concebible para nuestro partido (...) La camarada Luxemburgo declara que, según mi opinión, ‘el comité central es el único núcleo activo del partido’. En realidad eso no es exacto. Nunca sostuve esa opinión. Al contrario, mis adversarios (la minoría del segundo congreso) me reprocharon en sus escritos no defender suficientemente la soberanía del comité central y someterlo demasiado al comité de redacción de nuestro órgano central en el extranjero

92. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*, en *Obras Completas*, Ed. Progreso, Moscú 1982, vol. 8, p. 199.

93. Kautsky no aceptó la publicación del artículo de Lenin en *Die Neue Zeit*. Citado en Netti, p. 248.

y al consejo del partido (...) La camarada Rosa Luxemburgo pretende que nadie, dentro de la socialdemocracia rusa, duda de la necesidad de un partido unificado, y que la discusión gira en torno a la cuestión de un mayor o menor centralismo. En realidad eso no es exacto. Si la camarada Rosa Luxemburgo se hubiese tomado el trabajo de tomar conocimiento de las resoluciones enviadas por los numerosos comités locales del partido que forman la mayoría, habría comprendido inmediatamente (esto surge claramente de mi libro) que la discusión se refirió sobre todo a la cuestión de saber si el comité central y el órgano central del partido deben o no reflejar la tendencia de la mayoría del congreso. Nuestra estimada camarada no dice una palabra de esta concepción 'ultracentralista' y puramente 'blanquista', prefiere extenderse en consideraciones contra la sumisión mecánica de la parte al todo, contra la obediencia servil, ciega, y otros horrores de ese género.

"Le estoy muy agradecido a la camarada Rosa Luxemburgo por las aclaraciones que suministra sobre esa idea profunda de que la sumisión ciega sería mortal para el partido. Pero yo quisiera saber si esta camarada encuentra normal, si juzga admisible, si ella vio en algún otro partido, que la minoría de un congreso retenga la mayoría en las organizaciones centrales, que se presentan como organismos del partido (...) Demostré que algunos 'veteranos' de nuestro partido han dado pruebas de su falta de lógica y firmeza y que no tienen derecho de hacer responsable al proletariado ruso de su propia falta de disciplina. Los obreros rusos, varias veces y en diversas ocasiones, han reclamado, en efecto, que fueran respetadas las decisiones del congreso (...) La camarada Luxemburgo olvida completamente que hubiera debido basar su análisis sobre el hecho real constituido por las diversas tendencias de nuestro partido. Justamente, yo consagro más de la mitad de mi libro a ese análisis, apoyándome en las actas del congreso y, en el prefacio, lo señalo expresamente. Rosa Luxemburgo pretende hablar del estado actual del partido y pasa en silencio sobre nuestro congreso, el que, a decir verdad, le ha dado una base real al partido. Confieso que esa es una empresa arriesgada (...) La camarada Luxemburgo se limita a repetir frases huecas sin tratar de darles un sentido. Agita espantajos sin ir al fondo del debate. Me hace decir lugares comunes, ideas generales, verdades absolutas, y se esfuerza por permanecer muda acerca de verdades relativas que se

apoyan en hechos concretos que me limito a señalar. Llega hasta a lamentarse de mis simplezas y recurre para ello a la dialéctica de Marx. Sin embargo, el artículo de nuestra estimada camarada no contiene justamente más que cosas triviales e imaginarias y está en contradicción con el abecé de la dialéctica. Ese abecé establece que no existen verdades abstractas y que una verdad debe ser siempre concreta”.⁹⁴

Este fue el contexto en que vio la luz el material que Rosa Luxemburgo escribió contra la concepción de Lenin del partido revolucionario. Pero era una polémica de 1904 y, hasta el día de hoy, esas ideas que Rosa Luxemburgo vertió se utilizan como si la revolucionaria polaca no hubiera cambiado de parecer posteriormente, como si no hubiera matizado o rectificado muchas de sus opiniones. En realidad, si nos limitamos a pensar que las diferencias entre Rosa y Lenin se mantuvieron sin ningún cambio, ¿cómo es posible que Rosa Luxemburgo se decidiera a fundar el Partido Comunista de Alemania y a colaborar en tal grado con Lenin y los bolcheviques en la construcción de la Tercera Internacional?

Trotsky mantuvo también posturas muy parecidas a las de Rosa Luxemburgo en esas fechas. Participó en las sesiones del II Congreso del POSDR como delegado por Siberia, y sus críticas a Lenin y los bolcheviques fueron recogidas en su folleto *Nuestras tareas políticas*⁹⁵. Pero Trotsky sí pudo vivir el tiempo suficiente para reconocer públicamente y de una manera franca sus errores. Haciendo balance de sus desencuentros con Lenin tras la división del POSDR entre mencheviques y bolcheviques en 1903, escribió lo siguiente:

“Me separé, pues, de Lenin por motivos que tenían mucho de ‘morales’ y hasta de personales. Sin embargo, aunque la apariencia exterior fuese sólo esa, en el fondo la divergencia encerraba un carácter político y afectaba a algo más que a las cuestiones organizativas. Yo me consideraba un centralista. Pero es indudable que, por entonces, todavía no podía darme claramente cuenta del centralismo severo e imperioso que exigía un partido revolucionario creado para lanzar a millones de hombres al asalto de la vieja sociedad. (...)”

94. Citado en Guérin: *Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria*, pp. 159-165.

95. Se incluye en *Informe de la delegación siberiana*, Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2002.

El centralismo leninista no podía brotar aún, en mi cerebro, de una concepción revolucionaria clara y definitiva a la que hubiese llegado por mi propia cuenta. Y el deseo de pensar y sacar conclusiones por mí mismo ha presidido siempre, imperiosamente, mi vida intelectual. La agudización del conflicto desatado en el congreso se debió no sólo a las cuestiones de principio planteadas, sino a la incapacidad de los viejos para apreciar la magnitud y la importancia de Lenin (...) Los viejos —y no sólo ellos— se equivocaban; aquel hombre era algo más que un magnífico colaborador: era un líder; su mirada estaba siempre fija en la victoria (...)

“Desde luego, el II Congreso representa en mi vida uno de los grandes jalones, aunque sólo sea por haberme mantenido separado de Lenin durante muchos años. Volviendo la vista atrás y mirando el pasado en su conjunto, no lo lamento. Es cierto que volví a Lenin más tarde que muchos otros, pero lo hice por la senda que yo mismo me tracé, a través de las experiencias de la revolución, la contrarrevolución y la guerra imperialista, y de sus enseñanzas. Y cuando retorné a él, lo hice con bastante más firmeza y seriedad que aquellos que se dicen ‘discípulos’ suyos; los que, mientras vivió, no hicieron nada más que repetir, viniese o no a cuento, sus palabras e imitar sus gestos, para revelarse, apenas faltó el maestro, como impotentes epígonos, herramientas inconscientes en manos de fuerzas hostiles”.⁹⁶

El hecho es que ambos, Rosa Luxemburgo y Trotsky, al estallar la revolución en Rusia y en Alemania, lejos de establecerse cómodamente en el campo de los mencheviques o de Kautsky o de alinear-se junto a los anarquistas, se colocaron de manera inequívoca junto al bolchevismo. León Trotsky se integró en el comité central bolchevique, encabezó el Comité Militar Revolucionario que organizó la insurrección armada en Petrogrado, fue designado comisario del pueblo para Asuntos Exteriores en el primer gobierno soviético y dirigió el Ejército Rojo durante la guerra civil contra los blancos. Rosa Luxemburgo, a la cabeza de la Liga Espartaquista, luchó por coronar la revolución socialista en Alemania emulando las ideas, el programa y los métodos del bolchevismo. Quince días antes de su asesinato por las bandas de los Freikorps fundó el Partido Comunista de Alemania.

96. Trotsky: *Mi vida*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010, p. 167.

LENIN Y LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

La burocracia estalinista reescribió la historia del partido, incluyendo una vasta y profunda manipulación de la trayectoria militante de los dirigentes bolcheviques, como parte de una deriva contrarrevolucionaria que culminaría con el exterminio de la vieja guardia leninista. Todo ello al servicio de la casta de usurpadores y del culto a la personalidad del nuevo “secretario general”. En ese marco, se entiende perfectamente que la historiografía estalinista no pudiera aceptar que Lenin hubiera considerado a la socialdemocracia alemana y a Kautsky, al menos hasta la capitulación del 4 de agosto de 1914⁹⁷, como un referente teórico y organizativo.

El estalinismo se especializó en la práctica deshonesto y servil de sacar de contexto los debates políticos del pasado, trayendo a colación errores y exageraciones, muchos de ellos ya resueltos, como arma arrojadiza. Deformando la historia y sus acontecimientos para hacerlos completamente imprevisibles, para mejor utilizarlos según soplaran los aires en las esferas dirigentes del partido, esculpieron un sistema burocratizado, autoritario y corrupto. Pero, por mucho que los estalinistas intentaron borrar las huellas de la historia, los documentos más sobresalientes de las polémicas de aquel período, incluidas las opiniones de Lenin sobre la socialdemocracia alemana, se han conservado en numerosos escritos y es fácil acceder a ellos.

Lenin vio con más retraso lo que Rosa Luxemburgo tuvo la oportunidad de entender mucho antes a través de su propia experiencia. He aquí lo que escribía Lenin a mediados de 1905, en su famoso folleto *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*: “¿Cuándo y dónde afirmé que el revolucionarismo de Bebel y Kautsky es ‘oportunismo’? (...) ¿Cuándo y dónde surgieron divergencias entre Bebel y Kautsky, y yo? La total solidaridad que reina en la socialdemocracia internacional en todas las cuestiones fundamentales de programa y táctica es un hecho indiscutible”.

97. Día en que el SPD votó en el Reichstag a favor de los créditos de guerra, colocándose así al lado de la burguesía alemana y violando la postura antimilitarista que, hasta ese momento, mantenían formalmente la Segunda Internacional y el propio SPD. El mismo día, los partidos socialistas francés y belga publicaron sendas declaraciones apoyando a sus respectivos gobiernos en la guerra.

Año y medio después, el 7 de diciembre de 1906, Lenin escribía en el artículo *La crisis del menchevismo*: “desde el comienzo declaramos (ver *Un paso adelante, dos pasos atrás*) que no estamos creando una tendencia ‘bolchevique’ especial; siempre y en todas partes sostenemos la posición de la socialdemocracia revolucionaria. Y dentro de la socialdemocracia, hasta el momento mismo de la revolución, habrá inevitablemente un ala oportunista y un ala revolucionaria”.

Al referirse al menchevismo como ala oportunista de la socialdemocracia, Lenin no pensaba en Kautsky, sino en Bernstein. Tanto él como sus seguidores consideraban al bolchevismo en aquellos años como la forma rusa del kautskismo. Hay abundantes citas, artículos y menciones en sus obras que ratifican esta opinión. El 20 de diciembre de 1906, Lenin saludaba entusiasmado la respuesta de Kautsky al cuestionario de Plejánov sobre el carácter de la revolución rusa: “Lo que hemos dicho —que nuestra lucha por las posturas de la socialdemocracia revolucionaria contra el oportunismo de ninguna manera supone la formación de una tendencia ‘bolchevique’ original— se ha visto plenamente confirmado por Kautsky”. En el congreso de Stuttgart de la Segunda Internacional (1907), Lenin pensaba que “la socialdemocracia alemana ha mantenido siempre la perspectiva revolucionaria en el marxismo”.

El 6 de agosto de 1913, el *Pravda* publicó un artículo de Lenin dedicado a la vida y obra de August Bebel: “Nadie ha encarnado los rasgos particulares, ni las tareas de este período de manera más viva que August Bebel. Obrero, supo abrirse un firme camino hacia recias convicciones socialistas y convertirse en un dirigente obrero modelo, representando y participando en la lucha de masas de los esclavos asalariados por un sistema mejor de sociedad humana”. El 4 de abril de 1914 volvió a expresarse en términos muy claros, reivindicando todavía “los grandes méritos” de la socialdemocracia alemana, “su teoría marxista, forjada en la lucha incansable”.⁹⁸ Esta actitud la mantendrá hasta el 4 de agosto de 1914; de hecho, es bien conocido que, cuando Lenin leyó el ejemplar del *Vorwärts* que informaba del voto favorable a los créditos de guerra por parte del grupo parlamentario del SPD, pensó que podía tratarse de una falsificación del Estado Mayor alemán.

98. Citado en Broué, p. 29.

Los elogios de Lenin al SPD no lo convierten en un revisionista. Es parte de la historia en la que se forjó su pensamiento y acción, y arrojan luz sobre las controversias entre Rosa y el dirigente bolchevique a lo largo de años. “Si en 1903 Lenin hubiese comprendido y formulado todo lo necesario para el futuro —escribió Trotsky—, el resto de su vida no habría sido más que una reiteración”.⁹⁹

En aquellos años, las relaciones entre revolucionarios no se conducían de forma zalamera e hipócrita; ese principio reformista y oportunista de “no te metas en mi terreno y yo no me meteré en el tuyo” no tenía cabida. Lenin se consideraba un discípulo de la socialdemocracia alemana cuando trataba de construir una organización proletaria en Rusia. Pero obviamente no disponía del conocimiento de primera mano de Rosa Luxemburgo y carecía, por tanto, de la visión tan completa de que ella disponía.

Después de pasar años en el partido alemán, de participar activamente en la labor cotidiana, en las agrupaciones, en los congresos, de escribir en sus publicaciones; después de sus polémicas con Bernstein, con el aparato sindical y con Kautsky, Rosa Luxemburgo sabía mucho mejor que Lenin de qué pasta estaba hecha la socialdemocracia alemana, sobre todo su círculo dirigente. Sabía que detrás del “marxismo” de Kautsky, de la leyenda que le acompañaba como heredero teórico de Engels —que él se encargaba de mantener viva como editor de la revista teórica del partido—, había un hombre gastado como revolucionario y cínicamente tolerante con el poder acrecentado de la burocracia privilegiada. En todos los aspectos prácticos que implicaban dar un paso al frente contra el orden establecido, Rosa Luxemburgo y Kautsky chocaban.

Como hemos analizado, fue en 1910, en el transcurso de la discusión sobre la reforma electoral, cuando se precipitó la ruptura entre Rosa y Kautsky. Aparentemente un aspecto menor de la táctica llevó sus relaciones a un punto de no retorno. En realidad, Rosa pasó por su particular “1903”, a semejanza de lo que le ocurrió a Lenin durante el II Congreso del POSDR. En el momento que Rosa Luxemburgo rompió públicamente con Kautsky, acusándolo de abrir la puerta a un nuevo revisionismo, no obtuvo el apoyo de ningún

99. Trotsky: *¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!* (ver Apéndice).

socialdemócrata ruso. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué Lenin no mantenía una actitud lo suficientemente beligerante con el reformismo y el oportunismo? Ver las cosas de este modo es considerar la lucha política revolucionaria de una forma doctrinaria, absurda, carente de vida.

“Lenin —escribe Trotsky— no participó en esta lucha ni apoyó a Rosa Luxemburgo hasta 1914. Para Lenin, la estatura revolucionaria de Bebel y Kautsky era infinitamente mayor que a ojos de Rosa Luxemburgo, que los observaba muy de cerca, en la acción, y estaba metida directamente en la atmósfera de la política alemana. A Lenin, la capitulación de la socialdemocracia alemana el 4 de agosto lo tomó completamente por sorpresa. Se sabe que creyó que el número de *Vorwärts* donde se publicó la declaración patriótica del grupo parlamentario socialdemócrata era una falsificación del Estado Mayor alemán. Sólo después de que se convenció totalmente de la horrible verdad revisó su caracterización de las tendencias fundamentales de la socialdemocracia alemana, y lo hizo a la manera leninista, de una vez y para siempre”.¹⁰⁰

Uno de los rasgos sobresalientes de los grandes marxistas capaces de mantenerse firmes en sus posturas principistas es su rechazo a la política de “prestigio”. Lenin siempre supo reconocer cuando se equivocaba. Y en este aspecto, Lenin admitió, sin ambigüedad, que Rosa Luxemburgo tuvo razón y que apreció mucho más claramente y mucho antes que él los síntomas y las causas del hundimiento del SPD alemán. El 27 de octubre de 1914, dos meses después de la capitulación de la socialdemocracia, Lenin le escribió a A. Shlyápnikov: “odio y desprecio a Kautsky *ahora* más que a todo el resto del rebaño hipócrita, roñoso, vil y autosuficiente (...) Rosa Luxemburgo tenía razón cuando escribió, *hace tiempo*, que Kautsky poseía en alto grado el ‘servilismo de un teórico’: dicho más claramente, fue siempre un lacayo, un lacayo de la mayoría del partido, del oportunismo”.

Si Lenin veía en el SPD el ejemplo de partido disciplinado, centralizado y dirigido por revolucionarios profesionales que quería levantar en Rusia, ¿por qué entre la fracción bolchevique no se desarrolló la deriva socialpatriota y conciliadora? Es cierto que los bolcheviques habían realizado una labor incansable de organización

100. *Ibíd.*

y propaganda entre los trabajadores rusos, una actividad desplegada en condiciones de clandestinidad, bajo el fuego de la represión policial, de la cárcel y de los destierros a Siberia. Podían haberse adaptado, como hicieron los mencheviques, pero no lo hicieron. Y la razón hay que buscarla, esencialmente, en la lucha intransigente que libraron en todos los planos contra las tendencias revisionistas, por su defensa intransigente de los principios del marxismo —por la que fueron acusados en muchas ocasiones de “sectarios”— y por las raíces que lograron establecer entre los trabajadores, que se convirtieron en la espina dorsal del bolchevismo, templaron su carácter y le proporcionaron la dureza necesaria para perseverar en sus objetivos revolucionarios:

“Sí, los bolcheviques trabajaban tenaz e incansablemente —escribe Sujánov, que pertenecía al quebrantado partido de los mencheviques—. Estaban con las masas, en las fábricas y talleres, día tras día, de un modo permanente (...) La masa vivía y respiraba conjuntamente con los bolcheviques”. También Miliukov, el jefe del partido burgués de los kadetes, confirma esta visión: “Hablaban y obraban como hombres que se sentían apoyados por la fuerza y sabían que el día de mañana les pertenecía”.¹⁰¹

La postración reformista, el socialpatriotismo y la colaboración con la burguesía prendieron en la fracción que, en teoría, se rebeló contra las formas “autoritarias” centralistas y “jacobinas” de Lenin. Los mencheviques gritaron mucho contra la “dictadura del comité central”, pero a la hora de la verdad capitularon ante la burguesía rusa, se sometieron al imperialismo y, tras la revolución de Octubre, tomaron las armas contra el Estado obrero.

CONCIENCIA, ESPONTANEIDAD, PARTIDO

Toda polémica se ve mediatizada por exageraciones que, sacadas de contexto, pueden dar lugar a más confusión que claridad, incluso distorsionar completamente el sentido de la discusión. Cuando Lenin

101. Ambos citados en Trotsky: *Historia de la revolución rusa*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2007, pp. 223, 325.

escribió su célebre *¿Qué hacer?*, dedicó una parte importante de sus reflexiones a desenmascarar las ideas oportunistas de la tendencia *economicista*¹⁰² y su fetichismo respecto a la espontaneidad de las masas. Para subrayar el papel central del partido revolucionario, precisamente cuando *Iskra* pugnaba por unificar a todas las tendencias socialdemócratas en una sola organización para toda Rusia, Lenin llegó a afirmar que la clase obrera sólo podría desarrollar, por sus propias fuerzas, una conciencia sindical y que para ir más allá, para adquirir conciencia socialista, los trabajadores requerían de la intervención de un factor externo, el partido revolucionario. Esta formulación era deudora de las concepciones kautskistas de la época.

A finales de 1901, Karl Kautsky escribió en *Die Neue Zeit*: “Como doctrina, el socialismo tiene evidentemente sus raíces en las relaciones económicas actuales, de la misma manera que la lucha de clases proletaria. Así como esta última, proviene de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, engendradas por el capitalismo. Pero el socialismo y la lucha de clases no surgen uno del otro ni se engendran recíprocamente, provienen de premisas diferentes. La conciencia socialista actual sólo puede surgir sobre la base de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es una condición de la producción socialista como, por ejemplo, la técnica moderna, y a pesar de todos sus deseos el proletariado no podrá crear ni la una ni la otra, ambas surgen del conjunto del desarrollo social contemporáneo. Luego el portador de la ciencia no es el proletariado, sino los intelectuales burgueses. Es, en efecto, en el cerebro de algunos individuos de esa categoría donde ha nacido el socialismo contemporáneo, y por medio de ellos el socialismo ha sido comunicado a los proletarios intelectualmente más desarrollados, quienes lo introducen luego, donde las condiciones lo permiten, en la lucha de clases del proletariado. La conciencia socialista es por tanto un producto importado desde fuera a la lucha de clases del proletariado, y no algo que haya surgido de ella en su origen. Así el viejo programa de 1888 del partido decía muy justamente que la tarea de la socialdemocracia es la de introducir en el

102. Sector del POSDR que consideraba que el movimiento obrero debía limitarse a reivindicaciones económicas.

proletariado la conciencia de su situación y la conciencia de su misión. No habría ninguna necesidad de hacer eso si la conciencia emanara por sí misma de la lucha de clases”.¹⁰³

Por su parte, Lenin expuso un punto de vista bastante similar en el *¿Qué hacer?*: “En las huelgas de la última década del siglo pasado vemos muchos más destellos de conciencia: se formulan reivindicaciones determinadas, se calcula de antemano el momento más conveniente, se discuten los casos y ejemplos de otros lugares, etcétera. Si los motines eran simplemente levantamientos de gente oprimida, las huelgas sistemáticas representaban ya embriones de la lucha de clases, pero nada más que embriones. En sí, las huelgas eran lucha tradeunionista, no era aún lucha socialdemócrata; señalaban el despertar del antagonismo entre los obreros y los patronos, pero los obreros no tenían, ni podían tener, la conciencia de la oposición irreconciliable entre sus intereses y todo el régimen político y social contemporáneo, es decir, no tenían conciencia socialdemócrata (...) Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etcétera. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas, elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían por su posición social a los intelectuales burgueses”.¹⁰⁴

Esta formulación sobre la conciencia, unilateral y mecánica, fue rectificada y abandonada por Lenin tras la revolución de 1905, y nada semejante se encuentra en ninguno de sus escritos posteriores. Pero eso no ha impedido que haya trascendido en el tiempo y que no pocos ultraizquierdistas se aferren a ella en la actualidad. El propio

103. Kautsky: *La revisión del programa socialdemócrata en Alemania*, citado en Guérin, p. 135.

104. Lenin: *¿Qué hacer?*, Ed. Era, México, 1977, p. 137.

Lenin, en un artículo publicado doce años más tarde, rindió tributo al *¿Qué hacer?* y lo situó en el contexto específico de la lucha partidaria de aquel momento: “*¿Qué hacer?* es el *compendio* de la táctica iskrista y de la política iskrista en materia de organización durante los años 1901 y 1902. Un ‘compendio’, ni más ni menos. Quien se tome el trabajo de revisar los archivos de *Iskra* de 1901 y 1902, indudablemente se convencerá de ello. Y quien juzgue este compendio sin conocer la lucha de *Iskra* contra el economicismo corriente, a la sazón *predominante*, y sin comprender esa lucha, no hará sino lanzar palabras al viento”.¹⁰⁵

Las polémicas teóricas y las diferencias tácticas hay que juzgarlas en el marco histórico en que se producen y analizarlas en su evolución contrastándolas con la experiencia viva de la lucha de clases. Ese método se aplica también para la llamada discusión sobre la espontaneidad, famosa palabra con la que se ha pretendido crear toda una amalgama de medias verdades, insinuaciones y acusaciones jamás demostradas que confirmarían la brecha profunda que separaba el pensamiento de Rosa Luxemburgo del de Lenin. Un estudio atento y detallado de esta supuesta polémica demuestra que, sobre todo, la leyenda fue fabricada por los epígonos estalinistas, y más tarde retomada por algunos exmarxistas pasados al campo del anarquismo.¹⁰⁶

La discusión sobre la espontaneidad se puede rastrear en la obra de Rosa *Huelga de masas, partido y sindicatos*, un alegato contra la colaboración de clases y el conservadurismo burocrático de los dirigentes del SPD y de los sindicatos. Resaltando la gran experiencia de lucha revolucionaria del movimiento huelguístico ruso, insistiendo en la enorme importancia de la acción directa de la clase obrera, que en el caso de la huelga general adquiriría por razones obvias su más amplia dimensión, y contraponiéndola a la esclerosis reformista de los dirigentes sindicales alemanes, Rosa fue acusada por sus contradictores de “desviacionismo anarquista” y de dejarse arrastrar por el “espontaneísmo”.

105. Lenin: Prólogo a la recopilación *En doce años*, en *¿Qué hacer?*, p. 484.

106. Un ejemplo de esta última variante lo representa Daniel Guérin, militante socialista de izquierdas durante los años treinta, centrista, defensor del POUM frente a Trotsky y pasado al “comunismo libertario” en los años sesenta del siglo XX.

Los ataques que encajó en 1906 fueron más tarde retomados por los estalinistas. “Rosa Luxemburgo —escribe Frölich— incurrió en una falta. Al escribir no pensó en las eminencias que corregirían sus pensamientos después de su muerte. De esta forma se pudo demostrar su ‘teoría de la espontaneidad’, con docenas de citas entresacadas de sus escritos”.

Rosa Luxemburgo y Lenin entendían perfectamente, sin necesidad de ningún manual, que la dinámica de la lucha de clases y la intervención de los revolucionarios en ella no podían ser decididas por un plan milimétrico elaborado en los despachos del partido. Ambos no se cansaban de repetir que la revolución era más compleja y diversa en acontecimientos que cualquier fórmula doctrinaria. “La historia en general, y de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva y más ‘astuta’ de lo que imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas”.¹⁰⁷ Esto lo escribió Lenin en 1920, e ideas semejantes se pueden encontrar en decenas de obras de Rosa Luxemburgo.

Partiendo de esa visión dialéctica, no mecánica, Rosa Luxemburgo jamás renegó del papel de la organización, del partido y, por supuesto, de la dirección revolucionaria en la orientación y en la táctica de la lucha obrera. Hablar de una Rosa Luxemburgo semianarquista es, simplemente, una grosera tergiversación que no se sostiene al leer sus escritos y observar su trayectoria vital y militante.

Cuando rompió con Kautsky en 1910, el factor que precipitó el divorcio fue la exigencia de Rosa Luxemburgo de un plan de acción para arrancar al gobierno prusiano una ley electoral progresista: “Nuestro partido debe elaborar un esquema claro y definido acerca de cómo ampliar los movimientos de masas que él mismo ha provocado (...) Las manifestaciones callejeras no son, como las demostraciones militares, solamente el comienzo de la batalla (...) la expresión del conjunto de las masas en una lucha política (...) debe reforzarse e intensificarse, debe adoptar nuevas formas y más eficaces (...) Si al partido que las manda le falta determinación y no da a las masas la

107. Lenin: *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1998, p. 102.

consigna acertada, habrá desánimo, desaparecerá el impulso y la acción entera se desbaratará”.¹⁰⁸ Como se ve, Rosa Luxemburgo era muy consciente del valor del partido, de su influencia decisiva para el desarrollo victorioso de la lucha de clases.

En todas las fases de su actividad militante hasta que fue asesinada —en el SDKPiL, en el SPD, en el USPD y, por supuesto, como dirigente indiscutible de la Liga Espartaquista y del Partido Comunista de Alemania—, Rosa trabajó incansablemente para construir el partido marxista. Su insistencia en la fuerza creadora de las masas, en su relevancia a la hora de inspirar y ayudar a corregir los errores del partido, representa en el pensamiento de Rosa una medida de autodefensa, una forma de enfatizar su confianza en la capacidad revolucionaria de la clase obrera frente al conservadurismo del aparato revisionista, frente a una dirección socialdemócrata que pronunciaba bellos discursos a favor del socialismo en los congresos y fechas conmemorativas, pero volvía la espalda a esas mismas ideas en la labor cotidiana.

Es cierto que Rosa no llegó a ver tan lejos como Lenin en este terreno, que no otorgó al núcleo organizado de cuadros revolucionarios el papel sobresaliente que puede y debe jugar en el desarrollo del factor subjetivo, en todo el trabajo previo, preparatorio, fundamental, que tiene que realizarse *antes* de llegar a una situación revolucionaria porque no puede improvisarse en el transcurso de la misma. Tenía una visión más abstracta, menos concreta y efectiva que Lenin, y esa carencia la pagó cara. Los combates cotidianos de la clase obrera, y qué decir de los grandes movimientos de masas, constituyen una escuela gigantesca en la que los trabajadores aprenden valiosas lecciones. Pero esto no excluye ni contradice el papel del partido revolucionario como educador colectivo y como factor decisivo para la victoria.

En 1940, poco antes de caer asesinado, Trotsky estaba trabajando en un texto para responder a los “sabios” que consideraban el triunfo de Franco como el fruto de la “inmadurez” política de los trabajadores y campesinos españoles, justamente cuando habían librado una lucha armada de tres años contra el fascismo. Trotsky abordó

108. Nettl, p. 342.

la relación entre la conciencia, las condiciones objetivas de la revolución y el papel de la dirección de una manera soberbia:

“En realidad, la dirección no es, en absoluto, el ‘simple reflejo’ de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye en el curso de los choques entre las diferentes clases o de las fricciones entre las diversas capas en el seno de una clase determinada. Pero tan pronto como aparece, la dirección se eleva inevitablemente por encima de la clase y por este hecho se arriesga a sufrir la presión y la influencia de las demás clases. El proletariado puede ‘tolerar’ durante bastante tiempo a una dirección que ya ha sufrido una total degeneración interna, pero que no ha tenido la ocasión de manifestarlo en el curso de los grandes acontecimientos. Es necesario un gran choque histórico para revelar, de forma aguda, la contradicción que existe entre la dirección y la clase. Los choques históricos más potentes son las guerras y las revoluciones. Por esta razón la clase obrera se encuentra a menudo cogida de sorpresa por la guerra y la revolución. Pero incluso cuando la antigua dirección ha revelado su propia corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, sobre todo si no ha heredado del período precedente los cuadros revolucionarios sólidos, capaces de aprovechar el derrumbamiento del viejo partido dirigente (...)

“En marzo de 1917, sólo una insignificante minoría de la clase obrera seguía al partido bolchevique, y además en su seno reinaba la discordia. Una aplastante mayoría de obreros sostenía a los mencheviques y a los eseristas, es decir, a los socialpatriotas conservadores. La situación del ejército y del campesinado era todavía más desfavorable. Hay que añadir, además, el bajo nivel cultural del país, la falta de experiencia política de las capas más amplias del proletariado, particularmente en provincias, por no hablar de los campesinos y de los soldados. ¿Cuál era el activo del bolchevismo? Al comienzo de la revolución sólo Lenin tenía una concepción revolucionaria clara, elaborada hasta en los más mínimos detalles. Los cuadros rusos del partido estaban desperdigados y bastante desorientados. Pero éste tenía autoridad sobre los obreros avanzados y Lenin tenía una gran autoridad sobre los cuadros del partido. Su concepción política correspondía al desarrollo real de la revolución y la ajustaba a cada nuevo acontecimiento. Estos activos hicieron maravillas en una situación

revolucionaria, es decir, en condiciones de una encarnizada lucha de clases. El partido alineó rápidamente su política hasta hacerla responder a la concepción de Lenin, es decir, al auténtico curso de la revolución. Gracias a esto encontró un firme apoyo por parte de decenas de miles de trabajadores avanzados. En pocos meses, basándose en el desarrollo de la revolución, el partido fue capaz de convencer a la mayoría de los trabajadores del acierto de sus consignas. Esta mayoría, organizada en los sóviets, fue a su vez capaz de atraerse a los obreros y a los campesinos. ¿Cómo podría resumirse este desarrollo dinámico, dialéctico, mediante una fórmula sobre la ‘madurez’ o ‘inmadurez’ del proletariado?

“Un factor colosal de la madurez del proletariado ruso, en febrero de 1917, era Lenin. No había caído del cielo. Encarnaba la tradición revolucionaria de la clase obrera. Ya que, para que las consignas de Lenin encontrasen el camino de las masas, era necesario que existiesen cuadros, por muy débiles que estos fueran en principio, era necesario que estos cuadros tuviesen confianza en su dirección, una confianza fundada en la experiencia del pasado. Rechazar estos elementos es simplemente ignorar la revolución viva, sustituirla por una abstracción, ‘la correlación de fuerzas’, ya que el desarrollo de las fuerzas no cesa de modificarse rápidamente bajo el impacto de los cambios de la conciencia del proletariado, de tal manera que las capas avanzadas atraen a las más atrasadas, y la clase adquiere confianza en sus propias fuerzas. El principal elemento, vital, de este proceso es el partido, de la misma forma que el elemento principal y vital del partido es su dirección. El papel y la responsabilidad de la dirección en una época revolucionaria son de una importancia colosal.

“La victoria de Octubre constituye un serio testimonio de la ‘madurez’ del proletariado. Pero es relativa. Algunos años más tarde, este mismo proletariado permitió que la revolución fuese estrangulada por una burocracia surgida de sus propias filas. La victoria no es el fruto maduro de la ‘madurez’ del proletariado. *La victoria es una tarea estratégica.* Es necesario utilizar las condiciones favorables de una crisis revolucionaria a fin de movilizar a las masas; tomando como punto de partida el nivel determinado de su ‘madurez’, es necesario empujarle a ir hacia adelante, enseñarle a darse cuenta de que el enemigo no es omnipotente, que está desgarrado por sus contradicciones, que reina el pánico detrás de su imponente fachada.

Si el partido bolchevique no hubiese conseguido llevar a buen término ese trabajo, no se podría hablar ni de revolución proletaria. Los sóviets hubiesen sido aplastados por la contrarrevolución y los pequeños sabios de todos los países habrían escrito artículos o libros cuyo motivo hubiese sido que sólo visionarios impenitentes podían soñar en Rusia con la dictadura de un proletariado tan débil numéricamente y tan poco maduro”.¹⁰⁹

Por mucha espontaneidad, entrega, combatividad, sacrificio y heroísmo que las masas muestren en la acción, elementos todos ellos imprescindibles para el triunfo, nada puede reemplazar a una dirección capaz de prever y de trazar una estrategia para tomar el poder. En cualquier huelga, y mucho más en una revolución, todos esos elementos no son excluyentes ni contradictorios.

Dicho esto, los que han endilgado a Rosa la autoría de una doctrina acabada de la espontaneidad no le hacen justicia a su pensamiento: “El concepto luxemburguiano de la espontaneidad es una elaboración y prolongación por otros de algunas ideas expuestas por ella. Hasta cierto punto es una exageración (...) Las ideas de Rosa fueron formándose lentamente en este respecto; a medida que aumentaba el descontento con la política que llevaba la dirección del SPD fue vigorizando el concepto de las masas enfrentadas a aquella. Pero este concepto iba indisolublemente vinculado con la acción. Según ella, la supremacía de las masas sobre la dirección tenía sentido solamente cuando aquellas favorecían la acción y ésta la inmovilidad”. Así de contundente se expresa su biógrafo Peter Nettl, seguramente una de las personas que más profundizó y mejor conoció la obra de Rosa Luxemburgo.¹¹⁰

La lucha de Rosa Luxemburgo contra el reformismo, el conservadurismo y el oportunismo del aparato socialdemócrata oscureció, para muchos militantes de la izquierda revolucionaria alemana, el papel trascendental que debía jugar una sólida corriente de cuadros marxistas disciplinada y con raíces en el movimiento obrero. Pensar que ese fruto caería maduro por la acción de los trabajadores era un

109. Trotsky: *Clase, partido y dirección. ¿Por qué ha sido vencido el proletariado español?*, en *Escritos sobre la revolución española*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2010, pp. 173-175.

110. Nettl, p. 202.

error. Una dirección revolucionaria se construye en el transcurso de arduas experiencias, de derrotas y victorias, de un duro proceso de selección. Rosa Luxemburgo insistió en numerosas ocasiones que las revoluciones responden a un proceso objetivo y material de la sociedad, una afirmación que no puede ser más cierta. Las masas pueden asaltar los cielos, pueden retener el poder temporalmente, como en la Comuna de París o en Asturias en 1934. Pero para triunfar, es decir, para que la clase obrera se haga con el poder político y comience el proceso de transformación de la sociedad, se necesita un partido que generalice la experiencia histórica del proletariado en un programa y unas tácticas que permitan, en el momento propicio, desalojar a la burguesía de su posición dirigente.

LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL Y EL IMPERIALISMO

En su biografía sobre Rosa Luxemburgo, Nettl realiza una reflexión muy acertada: “Ninguna polémica sobre el socialismo terminó en ningún congreso hasta que Stalin convirtió a la policía secreta en alguaciles de los congresos, tanto para las ideas como para los hombres”.¹¹¹ En la época en que vivieron Rosa Luxemburgo y Lenin era inconcebible pensar que el movimiento marxista podría dirimir sus diferencias de otra forma que no fuera la argumentación, contrastando las ideas con la experiencia práctica. El marxismo no era, ni es, una iglesia, con sus obispos, papas y la Santa Inquisición.

Las discrepancias entre Rosa Luxemburgo y Lenin se extendieron a diferentes esferas de la teoría, el programa y la táctica revolucionaria. Cuando en 1913 Rosa se decidió a plasmar sus reflexiones como profesora en la escuela del SPD en un libro que iba a titular *Introducción a la economía política*, tropezó con lo que ella llamó una “dificultad inesperada”: “No conseguí describir con suficiente claridad el proceso total de la producción capitalista, en todas sus relaciones prácticas y con sus limitaciones históricas objetivas. Un examen más atento del tema me convenció de que era algo más que una cuestión de mero arte de representación y que un problema aguardaba ser

111. *Ibíd.*..., p 94.

resuelto; éste estaba relacionado con la materia teórica del volumen II de *El capital* y al mismo tiempo estrechamente ligado a la actual política imperialista y a sus raíces económicas”. De este estudio surgió su obra más importante sobre economía política, *La acumulación del capital* (diciembre de 1913).

Ocuparnos de este asunto de manera completa va más allá del objetivo del presente trabajo. Pero, sin entrar en todos los detalles, intentaremos trazar algunos rasgos fundamentales de la discusión.

Es conocido que Lenin juzgó las ideas de Rosa sobre la reproducción ampliada de capital, las crisis y el imperialismo como “fundamentalmente erróneas” y que la polémica se mantuvo viva durante largos años. Para comprender los elementos centrales de las divergencias, es importante partir de lo que Marx señaló en sus principales escritos de economía política: que las causas de las crisis de sobreproducción no hay que buscarlas en factores externos al proceso productivo, sino que forman parte inseparable de la dinámica interna de la producción capitalista y la materialización y apropiación de la plusvalía. La camisa de fuerza que para el desarrollo de las fuerzas productivas suponen la propiedad privada de los medios de producción y la existencia del Estado nacional empujan periódicamente al sistema capitalista a sufrir crisis cíclicas, que pueden tener diferente alcance y profundidad. En palabras de Marx y Engels:

“La historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la sobreproducción (...) Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen burgués de la propiedad; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para

estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas”.¹¹²

Las recurrentes crisis de sobreproducción y la lucha por el dominio del mundo no llevaron a Marx a defender ninguna teoría sobre una “crisis final del capitalismo”. La clase dominante siempre encontrará salidas a la decadencia orgánica de su sistema, aunque ello implique poner la civilización al borde de la destrucción.

Si esta consideración ha sido siempre un punto de partida teórico para los marxistas, la casuística de las crisis ha provocado polémicas intensas. En *La acumulación del capital*, Rosa Luxemburgo se interroga sobre la dinámica de las crisis de sobreproducción y el papel del imperialismo. Señala que el capitalismo no existe de forma pura, es decir, que la sociedad capitalista, dividida en asalariados y dueños de medios de producción, coexiste con otras formas económicas no capitalistas, dominantes en las colonias y en los países de desarrollo capitalista tardío. De estas zonas y países, según Rosa, provenía la demanda necesaria para resolver las dificultades que se le presentaban a la acumulación, pero al mismo tiempo creaban las condiciones para la crisis del sistema y su colapso. Llegaría un momento en que todos los territorios del planeta sería dominados por las formas de producción capitalista y la acumulación se haría inviable:

“De este modo, mediante el intercambio con sociedades y países no capitalistas, el capitalismo va extendiéndose más y más, acumulando capitales a costa suya, al mismo tiempo que los corroe y los desplaza para suplantarlos. Pero cuantos más países capitalistas se lanzan a esta caza de zonas de acumulación y cuanto más van escaseando

112. Marx y Engels: *El manifiesto comunista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1996, p. 44.

las zonas no capitalistas susceptibles de ser conquistadas por los movimientos de expansión del capital, más aguda y rabiosa se hace la concurrencia entre los capitales, transformando esta cruzada de expansión en la escena mundial en toda una cadena de catástrofes económicas y políticas, crisis mundiales, guerras y revoluciones.

“De este modo el capital va preparando su bancarrota por dos caminos. De una parte, porque al expansionarse a costa de todas las formas no capitalistas de producción, *camina hacia el momento en que toda la humanidad se compondrá exclusivamente de capitalistas y obreros, haciendo imposible, por tanto, toda nueva expansión y, como consecuencia de ello, toda acumulación.* De esta manera, en la medida en que esta tendencia se impone, el capitalismo va agudizando los antagonismos de clase y la anarquía política y económica internacional en tales términos, que mucho antes de que se llegue a las últimas consecuencias del desarrollo económico, es decir, mucho antes de que se imponga en el mundo el régimen absoluto y uniforme de la producción capitalista, sobrevendrá la rebelión del proletariado internacional, que acabará necesariamente con el régimen capitalista”.¹¹³

Rosa Luxemburgo cometió varios errores en esta interpretación derivados de la premisa fundamental de la que parte, al situar la solución a la dificultad de realizar la acumulación ampliada en una esfera externa a la producción capitalista: en la conquista y asimilación de las áreas económicas no capitalistas, es decir, en el mercado y en el consumo.

Tal como Marx explicó, el modo de producción capitalista se desarrolla e impone integrando al conjunto del planeta en un único mercado, y lo hace gracias a la socialización de la producción, la división mundial del trabajo y la expansión del comercio mundial. La tendencia inevitable a la expansión de la producción capitalista más allá de las fronteras nacionales es la consecuencia del sistema de producción de mercancías a gran escala y de la concentración de capital que lleva aparejada. En segundo lugar, la concurrencia de los capitales en el mercado mundial, y más específicamente en los países coloniales, no se debe a la imposibilidad de realizar la plusvalía en las metrópolis imperialistas, sino a la búsqueda de tasas de ganancias

113. Luxemburgo: *La acumulación del capital*, Ed. Grijalbo, México, 1966, p. 380.

más elevadas y a la conquista de nuevos mercados que ello exige. Es falso argumentar que, a medida que la humanidad se va polarizando entre asalariados y capitalistas, el proceso de acumulación se vea imposibilitado; también es falsa la idea de que, llegados al punto en que la producción capitalista se hace dominante en el conjunto de planeta, sean imposibles nuevos repartos de los mercados o se haga inevitable una crisis final que impida toda nueva acumulación.

Lenin prestó gran atención a estos problemas. Su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia* fue una gran aportación a la polémica de los marxistas rusos contra los populistas¹¹⁴, los cuales negaban la posibilidad de que el capitalismo triunfara en Rusia a causa de la estructura semifeudal de la propiedad agraria, el peso de la economía campesina y la pauperización de las masas campesinas. En un artículo titulado *Sobre la caracterización del romanticismo económico*, Lenin contesta el punto de vista de los populistas rusos y aborda otras cuestiones relacionadas con las crisis:

“Cuando los populistas afirman que el mercado extranjero es la salida a la ‘dificultad’ con que tropieza el capitalismo para la realización del producto, no hacen más que encubrir con esta frase el triste hecho de que el ‘mercado extranjero’ es la salida a la ‘dificultad’ con que ellos tropiezan para no comprender la teoría (...) No sólo los productos que existen bajo la forma de medios de consumo, sino también aquellos que existen bajo la forma de medios de producción, todos ellos se realizan siempre entre ‘dificultades’, a través de constantes oscilaciones, cada vez más fuertes a medida que se desarrolla el capitalismo, entre una furiosa concurrencia que obliga a todo empresario a aspirar a una extensión ilimitada de la producción, rebasando las fronteras del propio estado y lanzándose en busca de nuevos mercados a países no absorbidos aún por el sistema de circulación capitalista de mercancías. Y así hemos llegado al problema de por qué el mercado extranjero es necesario para un país capitalista. No es, ni mucho menos, porque el producto no pueda realizarse en modo alguno dentro del orden capitalista. Pensar esto sería disparatado. El mercado externo es necesario porque la producción

114. Populistas (en ruso, *narodnikis*) era la denominación que se daban los anarquistas rusos.

capitalista implica la tendencia a la extensión ilimitada, por oposición a todos los antiguos sistemas de producción, circunscritos a los límites de la aldea, de la heredad, de la tribu, del territorio o del estado. Mientras que en todos los antiguos sistemas económicos la producción se renovaba siempre del mismo modo y en la misma escala en que venía desarrollándose antes, bajo el régimen capitalista esta renovación es imposible y la extensión ilimitada, el perenne avance se convierte en ley de la producción”.

En el mismo texto, Lenin critica las teorías subconsumistas como explicación de las crisis, ideas que los populistas tomaron de Sismondi: “El análisis científico de la acumulación vino a minar todos los argumentos de esta teoría, demostrando que es precisamente en los períodos que preceden a las crisis cuando aumenta el consumo de los obreros; el consumo insuficiente (con el que se pretende explicar la crisis) ha existido bajo los más diversos sistemas económicos, mientras que las crisis son características de un sistema solamente, del capitalismo. Esta teoría [marxismo] explica las crisis mediante otra contradicción, a saber, la contradicción entre el carácter social de la producción (socializada por el capitalismo) y el carácter privado individual de la apropiación. (...) La primera teoría las explica [las crisis] partiendo de la contradicción existente entre la producción y el consumo de la clase obrera; la segunda se basa en la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. La primera encuentra, pues, las raíces del fenómeno fuera de la producción (...) la segunda busca estas raíces precisamente en las condiciones de la producción. (...) ¿Pero es que la segunda teoría niega la existencia de una contradicción entre la producción y el consumo, la existencia de un déficit de consumo? Evidentemente no. Reconoce plenamente este hecho pero le asigna el lugar secundario que le corresponde, como un hecho que sólo se refiere a un sector de toda la producción capitalista”.¹¹⁵

En su gran obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin también contesta indirectamente al error de Rosa Luxemburgo: “Los capitalistas no se reparten el mundo llevados por una particular

115. Lenin: *Sobre la caracterización del romanticismo económico*, en *Obras Completas*, t. II, Ed. Progreso, Moscú, 1981, p. 163.

perversidad, sino porque el grado de concentración a que se ha llegado les obliga a seguir este camino para obtener beneficios; y se lo reparten ‘según el capital’, ‘según la fuerza’; otro procedimiento de reparto es imposible en el sistema de la producción mercantil y el capitalismo (...) el rasgo característico del período que nos ocupa es el reparto definitivo del planeta, definitivo no en el sentido de que sea imposible repartirlo de nuevo —al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables—, sino en el de que la política colonial de los países capitalistas *ha terminado* ya la conquista de todas las tierras no ocupadas que había en nuestro planeta. Por primera vez, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son únicamente nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un ‘propietario’ a otro”.¹¹⁶

La polémica teórica implicó a muchos más dirigentes de la época, como Kautsky o Bujarin. Era natural que fenómenos económicos e históricos complejos, que se estaban desarrollando precisamente en ese momento y de los que no había antecedentes prácticos, agudizaran la inquietud intelectual de muchos. Obviamente, en las discusiones también afloraban puntos de vista que reflejaban posturas de clase enfrentadas, pero en cualquier caso la discusión era una manera clara de avanzar y fortalecer el punto de vista del proletariado revolucionario.

Toda polémica puede servir a fines burocráticos, por supuesto. Y la postura de Rosa Luxemburgo sobre la teoría de la acumulación y del imperialismo fue utilizada —¡cómo no!— como munición por el estalinismo. La dirigente comunista alemana Ruth Fischer, en concordancia con los nuevos aires que soplaban en la dirección de la Internacional Comunista estalinizada, entonó la condena pública de Rosa: “El partido alemán basó su teoría y práctica en lo principal de la teoría luxemburguiana de la acumulación, y ésta es la fuente de todos los errores, todas las teorías de la espontaneidad, todas las concepciones erróneas de los problemas organizativos”.¹¹⁷ ¡Los nuevos oráculos del partido “único y monolítico” habían hablado!

116. Lenin: *El imperialismo, fase superior de capitalismo*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2007, pp. 74-76.

117. *Die Internationale*, vol. VIII, nº 3, 1925. Citado en Nettl, p. 212.

EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACIÓN

En el siguiente capítulo abordaremos las críticas de Rosa Luxemburgo a la revolución rusa y su postura acerca de la nueva Internacional preconizada por Lenin. Pero antes de terminar nos referiremos a la disputa en torno a la cuestión nacional, de la que ya hemos hablado anteriormente.

La cuestión nacional enfrentó durante años a Rosa Luxemburgo con Lenin. Desde sus primeros trabajos acerca del desarrollo industrial de Polonia, pasando por sus textos sobre la cuestión nacional polaca en lucha abierta con los dirigentes del PPS y por su negativa a aceptar el apartado del programa del POSDR donde se defendía el derecho de las naciones a la autodeterminación, Rosa Luxemburgo elaboró toda una doctrina “negativa” respecto a la cuestión nacional.

Recriminando a los bolcheviques por reconocer ese derecho, que en su opinión equivalía en la práctica a apoyar el nacionalismo burgués de las naciones oprimidas, Rosa Luxemburgo se equivocó, y mucho, en una cuestión teórica fundamental para el marxismo. Como la revolución demostró en la práctica, los movimientos de emancipación nacional pueden constituir una poderosa palanca en el combate por la liberación del conjunto de los oprimidos, a condición de que estén ligados, como una parte indisoluble, a la lucha contra la opresión capitalista y por el socialismo. Los escritos de Lenin son muy claros, aunque muchos los hayan olvidado. Citaremos sólo un fragmento relevante de su trabajo más representativo:

“La burguesía, que actúa, como es natural, en los comienzos de todo movimiento nacional como fuerza hegemónica (dirigente) del mismo, llama labor práctica al apoyo a todas las aspiraciones nacionales. (...) En el problema nacional, toda burguesía desea o privilegios para *su* nación o ventajas exclusivas para ésta; precisamente eso es lo que se llama ‘práctico’. El proletariado está en contra de toda clase de privilegios, en contra de todo exclusivismo. Exigirle ‘practicismo’ significa ir a remolque de la burguesía, caer en el oportunismo.

“¿Contestar ‘sí o no’ en lo que se refiere a la separación de cada nación? Parece una reivindicación sumamente ‘práctica’. Pero, en realidad, es absurda, metafísica en teoría y conducente a subordinar el

proletariado a la política de la burguesía en la práctica. La burguesía plantea siempre en primer plano sus reivindicaciones nacionales. Y las plantea de un modo incondicional. El proletariado las subordina a los intereses de la lucha de clases. Teóricamente no puede garantizarse de antemano que la separación de una nación determinada o su igualdad de derechos con otra nación ponga término a la revolución democrática burguesa. Al proletariado le importa, *en ambos casos*, garantizar el desarrollo de su clase; a la burguesía le importa dificultar este desarrollo, supeditando las tareas de dicho desarrollo a las tareas de *su* nación. Por eso el proletariado se limita a la reivindicación negativa, por así decir, de reconocer el *derecho* a la autodeterminación, sin garantizar nada a ninguna nación ni comprometerse a dar *nada a expensas* de otra nación (...)

“En aras del ‘practicismo’ de sus reivindicaciones, la burguesía de las naciones oprimidas llamará al proletariado a apoyar incondicionalmente sus aspiraciones. ¡Lo más práctico es decir un ‘sí’ categórico a la separación de *tal o cual* nación, y no al *derecho* de todas las naciones, cualesquiera que sean, a la separación! El proletariado se opone a semejante practicismo: al reconocer la igualdad de derechos y el derecho igual a formar un Estado nacional, aprecia y coloca por encima de todo la unión de los proletarios de todas las naciones, evalúa toda reivindicación nacional y toda separación nacional *con la mira puesta* en la lucha de clase de los obreros. La consigna del practicismo no es, en realidad, sino la de adoptar sin crítica las aspiraciones burguesas”.¹¹⁸

En este asunto, Rosa Luxemburgo pasaba por alto las lecciones de la historia del movimiento obrero. Desde que se sentaron sus bases teóricas, el socialismo científico siempre ha prestado una gran atención a la cuestión nacional y a la lucha de las nacionalidades oprimidas por su liberación. Marx y Engels adoptaron ante el problema nacional el punto de vista del proletariado revolucionario: “Un pueblo que oprime a otro nunca puede ser libre”. En la extensa producción teórica de ambos hay numerosos textos y llamamientos que implican la defensa de los derechos democráticos nacionales:

118. Lenin: *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, en *Marxismo Hoy* nº 6, FUNDA-
CIÓN FEDERICO ENGELS, p. 71.

la unificación de la nación alemana a través de la revolución, la lucha del pueblo irlandés contra el yugo imperialista británico, el apoyo a la independencia de Polonia frente al absolutismo ruso, la emancipación nacional de las colonias...

Marx y Engels inscribieron la lucha por el derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas en la bandera del socialismo. Una declaración rotunda contra cualquier tipo de opresión, que en ningún caso supuso que el marxismo claudicara ante el nacionalismo burgués y pequeñoburgués. Al contrario, la esencia misma del programa marxista es el internacionalismo proletario, la unión de la clase obrera por encima de las fronteras nacionales contra un enemigo que se organiza internacionalmente, la clase capitalista, y que ha creado un único mercado económico mundial. El grito de guerra de la Primera Internacional —*Proletarios de todo el mundo, ¡uníos!*— es la expresión más acabada de esta postura de clase.

IV. LA GUERRA IMPERIALISTA Y LOS INTERNACIONALISTAS ALEMANES

El fenómeno del imperialismo, previsto por Marx en *El manifiesto comunista*, era ya una realidad en la primera década del siglo XX. El proceso de concentración y monopolización del capital había arrasado el modelo capitalista decimonónico, cediendo el paso a una batalla encarnizada entre las grandes potencias. Dar salida a la producción, incrementar las cuotas de ganancia y asegurar nuevos mercados, fuentes de materias primas y un amplio ejército de reserva de mano de obra fueron el acicate que empujó irresistiblemente a la colonización y el saqueo de nuevos territorios. Una pugna que desembocaría en una destrucción de fuerzas productivas y pérdida de vidas humanas sin precedentes en la historia.

Cuando en 1916 Lenin escribió *El imperialismo, fase superior del capitalismo*¹¹⁹, la socialdemocracia europea, salvo honrosas excepciones, ya se había postrado ante la burguesía y sus estados mayores militares. La Primera Guerra Mundial, que redujo a la ruina una parte considerable de la civilización moderna, que devastó la economía y en la que millones de seres humanos fueron masacrados, también se llevó por delante la Segunda Internacional.

119. Lenin realizó un amplio trabajo que se ha convertido en un clásico: "Si fuera necesario dar una definición lo más breve posible del imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. Una definición tal comprendería lo principal, pues, por una parte, el capital financiero es el capital bancario de algunos grandes bancos monopolistas fundido con el capital de los grupos monopolistas de industriales y, por otra, el reparto del mundo es el tránsito de la política colonial, que se expande sin obstáculos en las regiones todavía no apropiadas por ninguna potencia capitalista, a la política colonial de dominación monopolista de los territorios del globo, enteramente repartido". *El imperialismo, fase...*, p. 98.

EL IMPERIALISMO, FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO

Las condiciones para un enfrentamiento militar entre las potencias capitalistas maduraron a igual ritmo que la expansión imperialista. Aunque su escenario fue el mundo entero, la espoleta del conflicto se situó en los Balcanes, mosaico de pueblos y nacionalidades oprimidas que concentró todas las ambiciones de las potencias europeas. En esta batalla, la decadencia del imperio otomano disparó las pretensiones anexionistas de los países imperialistas más próximos (Rusia, Austria-Hungría, Italia) y de los económicamente más potentes (Alemania, Francia y Gran Bretaña).

En sus maniobras, las potencias instrumentalizaban los sueños de los jóvenes estados y nacionalidades balcánicas. En nombre de una supuesta “autodeterminación nacional”, la autocracia rusa respaldó abiertamente el movimiento nacionalista serbio, que ansiaba crear la Gran Serbia, mientras la monarquía austro-húngara se encargaba de propagar su dominio político y militar, aplastando cualquier derecho democrático de las nacionalidades que integraban Austria-Hungría. El afán por obtener una posición hegemónica en la zona contagiaba a la clase dominante de todos los países, incluidos los más débiles: las divisas reaccionarias de la “Gran Grecia”, la “Gran Bulgaria” o, incluso, la “Gran Rumanía” motivaban a las burguesías de estas jóvenes naciones, tras las cuales se escondía la mano del capital europeo.

La escalada imperialista fue progresiva. En octubre de 1908, el imperio austro-húngaro se anexionó Bosnia-Herzegovina, ante la impotencia del imperio otomano y las amenazas de Serbia, que, respaldada por Rusia, insistía en su pretensión de crear la Gran Serbia. En la cuestión de los estrechos (apertura del Bósforo y los Dardanelos), el zar de Rusia se enfrentó tanto con Alemania como con Austria-Hungría, rechazando firmemente cualquier concesión que lo dejase en desventaja. La tensión provocó la primera guerra balcánica (octubre de 1912), en la que Turquía sufrió una severa derrota. El tratado de Londres (mayo de 1913) trocó el imperio otomano, aunque el reparto no resolvió nada.

La ambición imperialista había convertido los Balcanes en un aviso, pero, imposibilitando el solucionar la cuestión nacional. La crisis estaba madura y condujo, irremediabilmente, a la Primera Guerra Mundial. El 28 de junio de 1914, el asesinato, en Sarajevo, del archiduque

Francisco Fernando, heredero del trono austro-húngaro, proporcionó la excusa para el inicio de las hostilidades. La provocación fue utilizada por el imperio austro-húngaro para imponerle sus pretensiones a Serbia, a la que le declaró la guerra el 28 de julio. Por su parte, el 30 de julio el zar Nicolás II decretó la movilización general de las tropas y el 31, el gobierno alemán, agitando el “peligro de guerra inminente”, envió un ultimátum a Rusia y un memorando a Francia emplazándola a declararse neutral en caso de guerra entre Alemania y Rusia. Para garantizar esa neutralidad, el gobierno alemán le exigía a Francia la entrega de las fortalezas militares de Verdún y Toul.

Para ganarse el favor de la opinión pública, uno y otro bando recurrían a argumentos “defensivos” escogidos con cinismo calculado. Finalmente, el 1 de agosto Alemania le declaró la guerra a Rusia y dos días después, a Francia. Entre el 3 y el 4 de agosto, el gobierno alemán, para “defender” las conquistas de la democracia, “amenazadas” por el zarismo, decidió invadir Bélgica. El día 4, Gran Bretaña dirigió un ultimátum a Alemania exigiéndole que garantizase la neutralidad belga, lo que equivalía a una declaración de guerra. El 11 y 12 de agosto, franceses y británicos se sumaron al combate contra Austria-Hungría.

Como es norma en las guerras imperialistas, esta también fue justificada con los argumentos más nobles y elevados: “defensa de la democracia, la cultura y los valores de Occidente”, “rechazó al militarismo agresor”, “seguridad colectiva”..., en definitiva, el amplio catálogo de mentiras para ocultar su carácter de clase, burgués y de rapiña.

Lenin explicó sin rodeos los intereses en juego: “Ninguno de los dos grupos de países contendientes es mejor ni peor que el otro en lo que se refiere a saqueos, atrocidades y crueldades sin fin de la guerra. Pero, para embaucar al proletariado y desviar su atención de la única guerra verdaderamente emancipadora, es decir, de la guerra civil contra la burguesía tanto de su ‘propio’ país como de los países ‘ajenos’, la burguesía de cada país se esfuerza para alcanzar este sublime objetivo con patrañas sobre el patriotismo, en enaltecer el significado de ‘su’ guerra nacional y en dar fe de que aspira a vencer al adversario en aras de la ‘emancipación’ de todos los demás pueblos, salvo el suyo propio, y no en aras del saqueo y las conquistas territoriales”.¹²⁰

120. Lenin: *La guerra y la socialdemocracia de Rusia*. Marxists Internet Archive.

La derrota de los imperios centrales, tras cuatro largos años de guerra encarnizada, dejó un saldo de diez millones de soldados muertos en las trincheras. En Francia rondaron el millón y medio, a los que hay que sumar tres millones de heridos y más de un millón de mutilados. En Alemania murieron más de un millón ochocientos mil soldados y hubo más de cinco millones de heridos e inválidos. En Austria-Hungría, los muertos se acercaron al millón y medio. En Rusia, el número fue considerablemente mayor: cinco millones murieron hasta 1920, incluyendo los caídos en los dos años de guerra civil e intervención imperialista contra el Estado obrero soviético. En Gran Bretaña, los muertos ascendieron a 750.000, cifra que se eleva a un millón si incluimos las bajas de los pueblos coloniales sometidos al imperio británico. En Italia, cerca de 800.000; en Serbia, 360.000; EEUU perdió 115.000 soldados.¹²¹

Más de 570.000 civiles franceses y en torno a 750.000 alemanes murieron a consecuencia del hambre y las epidemias. La cifra de refugiados aumentó exponencialmente: más de un millón de alemanes huyeron de Polonia, los países bálticos, Alsacia y Lorena; Hungría recibió más de 400.000; Bulgaria, 200.000. La ocupación de Serbia por las tropas austríacas provocó más de 150.000 deportados. En 1915, más de 8.000 serbios y montenegrinos internados en campos de confinamiento por el ejército austríaco murieron de sarna y tifus. La guerra turco-griega provocó el éxodo de más de un millón de griegos y hubo pogromos sangrientos contra ellos en la costa de Anatolia, después de que los ejércitos griegos, que habían avanzado en territorio turco, realizasen su propia política de limpieza étnica contra los turcos. Los armenios fueron víctimas de un genocidio a manos del ejército turco: cientos de miles fueron asesinados. El odio caló en lo más profundo de los Balcanes y el oriente europeo, un odio atizado por la agitación nacionalista que las diferentes potencias europeas abonaron sin escrúpulos.

Los cuatro años de contienda colapsaron la economía. La producción agrícola se redujo un 30% y la industrial, un 40%. “Los imperios centrales (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria, Turquía) se

121. Rosario de la Torre: “Los problemas de la paz”, en *Siglo XX Historia Universal*, Temas de Hoy, Madrid, 1997, t. 7, p. 8.

hallaban reducidos a un hambre genialmente organizada”, escribió Victor Serge.¹²² La destrucción de la economía y la riqueza cultural, y el sufrimiento terrible de millones de inocentes tuvo su contrapunto en los fabulosos negocios que la guerra propició. Los dueños de las empresas encargadas del suministro y la producción de armas, los responsables del acaparamiento y la especulación de alimentos, los traficantes de toda clase de productos, hicieron de la guerra un negocio lucrativo y amasaron beneficios millonarios.

SOCIALCHOVINISMO

La guerra imperialista colocó a las organizaciones obreras ante la prueba decisiva. La Segunda Internacional había movilizado en numerosos congresos a sus mejores oradores contra la amenaza de la guerra, advirtiendo que la clase trabajadora respondería con la oposición más firme en caso de que estallara. El congreso de Stuttgart (1907) había aprobado una enmienda en este sentido redactada por Lenin y Rosa Luxemburgo. Pero ninguno de estos llamamientos y principios fueron respetados cuando estallaron los combates en 1914.¹²³

La capitulación de la mayoría de los dirigentes socialdemócratas en la hora decisiva fue un aldabonazo para el movimiento obrero mundial. El auge económico de las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX facilitó la degeneración reformista de la Segunda Internacional y su abandono del marxismo. La actividad en el parlamento, en los ayuntamientos, en las comisiones y negociados, absorbía las energías de la dirección y de los cuadros intermedios. El cretinismo parlamentario se convirtió en muchos casos en la

122. Serge, p. 183.

123. El VIII Congreso se reunió en Copenhague (1910) y reiteró los planteamientos básicos de Stuttgart. Tras el estallido de la primera guerra balcánica (1912), y ante el inminente peligro de guerra imperialista mundial, la Segunda Internacional celebró un congreso extraordinario en Basilea, que aprobó por unanimidad un manifiesto declarando que los obreros considerarían un delito disparar unos contra otros. Las resoluciones de estos congresos fueron votadas por una amplia mayoría, que incluía a los líderes más representativos de la Segunda Internacional. Pero en 1914 muchos de ellos se incorporarían como ministros en gobiernos de “unidad nacional” con la burguesía pocos días después del inicio de la guerra mundial.

tendencia dominante, infundiendo un espíritu de respetabilidad y reconocimiento social al aparato socialdemócrata. Las presiones de la aristocracia obrera, que constituía la base social de la burocracia reformista, y la constante penetración de ideas de clases ajenas acabaron por convertir a muchos dirigentes de los partidos de la Segunda Internacional, marxistas e internacionalistas en sus orígenes, en lugartenientes obreros de los capitalistas.

La Segunda Internacional se desmoronó como organización revolucionaria. Las declaraciones previas se convirtieron en humo y la lucha contra la guerra, tarea que se había impuesto como objetivo prioritario, fue reemplazada por el ardor patriótico en apoyo a la respectiva burguesía nacional. El internacionalismo proletario dejó paso al socialpatriotismo, la defensa de la “patria” envuelta en una fraseología socialista.

La responsabilidad de la dirección fue inmensa, especialmente en Alemania, dado que el SPD era el partido más fuerte y mejor organizado de la Segunda Internacional. El SPD intentó mantener una apariencia de fidelidad a la causa de la Internacional hasta el último momento. Así, a finales de julio convocó manifestaciones callejeras de protesta contra los “proyectos criminales de los promotores de la guerra”; en Berlín se movilizaron más de treinta mil personas. Pero la actitud de la dirección del partido se hizo transparente el 4 de agosto, día en que el Reichstag votó los créditos de guerra.

A partir de esta fecha, el SPD se convirtió en un leal servidor del Reich, en un partido de Estado. ¿Quién alzó su voz contra esta traición? Rosa Luxemburgo tiene el honor de haber denunciado esta ignominia con toda la fuerza y claridad de su pensamiento:

“¿Y qué presenciamos en Alemania cuando llegó la gran prueba histórica? La caída más profunda, el desmoronamiento más gigantesco. En ninguna parte la organización del proletariado se ha puesto tan completamente al servicio del imperialismo, en ninguna parte se soporta con menos oposición el estado de sitio, en ninguna parte está la prensa tan amordazada, la opinión pública tan sofocada y la lucha de clases económica y política de la clase obrera tan abandonada como en Alemania”.¹²⁴

124. Luxemburgo: *La crisis de la socialdemocracia*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2006, p. 11.

El partido de Bebel y Kautsky, del que Lenin se consideraba seguidor, había colapsado políticamente. Las organizaciones obreras de Francia, Bélgica, Gran Bretaña, Austria-Hungría, Rusia, Alemania, Italia, etc., también fueron arrastradas por sus dirigentes. La lucha por la revolución fue reemplazada por el frente único con los capitalistas nacionales, la *unión sagrada* de los dirigentes de ambas clases, burguesía y proletariado, bajo una misma bandera. El llamamiento de Marx y Engels en *El manifiesto comunista* (“¡Proletarios de todos los países, uníos!”) fue sustituido por el de: “¡Proletarios de todos los países, asesinaos en las trincheras en defensa de vuestra burguesía!”.

Frente a esta traición, sólo un pequeño núcleo de socialdemócratas permaneció fiel al internacionalismo y luchó contra el socialpatriotismo. Los bolcheviques rusos, encabezados por Lenin, fueron los más consecuentes en su oposición revolucionaria a la guerra. Estuvieron acompañados por una minoría de internacionalistas: los marxistas irlandeses liderados por James Connolly; Trotsky, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht; el holandés Pannekoek, el búlgaro Christian Rakovski, los socialistas serbios, dirigidos por Lapschewitsch y Kazlerowitsch, que en el parlamento se opusieron valientemente a los créditos de guerra, las minorías de los partidos socialistas búlgaro e italiano..., en total, un pequeño puñado de revolucionarios firmes aislados en un continente en guerra.¹²⁵

Lenin no albergaba dudas de los efectos políticos que provocaría la guerra, y animaba a todos los internacionalistas a prepararse para la futura oleada revolucionaria: “Sería totalmente erróneo olvidar que toda guerra no es más que la continuación de la política por otros medios. La actual guerra imperialista es la continuación de la política imperialista de dos grupos de grandes potencias, y esa política es originada y nutrida por el conjunto de las relaciones de la época imperialista. Pero esta misma época ha de originar y nutrir también, inevitablemente, la política de lucha contra la opresión nacional y de lucha del proletariado contra la burguesía, y, por ello mismo,

125. Este pequeño núcleo de internacionalistas intentó agrupar sus fuerzas en dos conferencias celebradas en las localidades suizas de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916). Lenin impulsó en ellas un ala izquierda que abogaba por el derrotismo revolucionario, frente a las posiciones pacifistas y centristas.

la posibilidad y la inevitabilidad, en primer lugar, de las insurrecciones y guerras nacionales revolucionarias; en segundo lugar, de las guerras e insurrecciones del proletariado contra la burguesía; en tercer lugar, de la fusión de los dos tipos de guerras revolucionarias”.¹²⁶ Este pronóstico de Lenin no tardaría en cumplirse.

La guerra imperialista destruyó lo que había creado el trabajo de generaciones, pero sus efectos políticos fueron aún más devastadores para el orden capitalista. Una gran conmoción recorrió la sociedad de arriba abajo, poniendo en cuestión todas las viejas creencias, todos los prejuicios introducidos por la clase dominante, prendiendo la mecha de la revolución socialista por el continente. En toda Europa estalló un clamor contra la guerra, y la clase obrera ocupó el centro de ese movimiento. Entre 1916 y 1917, la cifra de huelguistas pasó en Gran Bretaña de 276.000 a 872.000; en Francia, de 41.000 a 294.000; en Italia, de 136.000 a 170.000; en Alemania, de 129.000 a 667.000.¹²⁷

Tras la hecatombe, la propaganda de la burguesía se desmoronó como un castillo de naipes y las ideas revolucionarias se apoderaron de la conciencia de millones de hombres y mujeres. A pesar del predominio de la reacción durante largos años, el topo de la historia salía a la superficie.

‘EL ENEMIGO PRINCIPAL ESTÁ EN CASA’

El 1 de agosto de 1914, cuando el gobierno alemán declaró las hostilidades a Rusia, comenzó la crucifixión del internacionalismo a manos de los dirigentes del SPD. El 2 de agosto, la ejecutiva del partido se reunió para tratar la postura del grupo parlamentario respecto a los créditos de guerra. La derecha del partido, encabezada por Ebert y Scheidemann, exigió un apoyo inequívoco. Otros dirigentes, como Haase y Ledebour, mantuvieron una línea de tenue oposición, dubitativa e incoherente. Sin acuerdo, la decisión se pospuso para el

126. Lenin: *El programa militar de la revolución proletaria*, en *Marxismo Hoy* nº 14, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, p. 60.

127. Gabriel Cardona, “Los horrores de la guerra”, en *Siglo XX Historia Universal*, Temas de Hoy, Madrid, 1997, t. 5, p. 80.

día siguiente, donde el debate continuó en medio de argumentos falaces y mediocres: “un voto contrario significaría la ilegalización del partido”, “el despotismo ruso amenaza las libertades democráticas conquistadas”, etc.

La determinación de los diputados del ala de derechas era muy superior a la de sus oponentes; estaban dispuestos a apoyar a los capitalistas y a los monopolios imperialistas alemanes costase lo que costase, incluso rompiendo la disciplina de voto si hubiera sido necesario. Pero no hizo falta: por 78 votos contra 14, el grupo parlamentario se pronunció a favor de otorgar la confianza al gobierno. Los disidentes, como Haase, Ledebour, Liebknecht y Otto Rühle, respetaron la disciplina de voto. Fue Haase, como presidente del partido y portavoz del grupo parlamentario, quien pronunció el discurso de apoyo a los créditos de guerra ese fatídico 4 de agosto en el Reichstag; y Ebert quien en su célebre frase acuñó el espíritu de la capitulación: “Cuando amenaza el peligro, nosotros no dejamos a la patria en la estacada”. Se iniciaba el descenso a los infiernos.

Tan sólo diez días antes de esta claudicación, el 25 de julio, la dirección del SPD había proclamado en un manifiesto público que “el proletariado consciente de Alemania, en nombre de la humanidad y de la civilización, eleva una vibrante protesta contra los promotores de la guerra. (...) Ni una gota de sangre de un soldado alemán puede ser sacrificada a la sed de poder del grupo dirigente austríaco, a los apetitos imperialistas del beneficio”. Pero en la tarde del 30 de julio, Ebert y Otto Braun, siguiendo instrucciones de la ejecutiva, habían realizado un viaje a Suiza para poner a buen recaudo, en manos de la banca por supuesto, las finanzas del partido.

Los que lideraron esta bancarrota dominaban a su vez el grupo parlamentario socialdemócrata. “Para la historia —señala Pierre Broué—, la burocracia socialdemócrata se encarna en la persona de Friedrich Ebert. Secretario en 1906, a los treinta y seis años, y presidente del partido en 1913, después de la muerte de Bebel. Este antiguo obrero guarnicionero, militante desde muy joven, se ha distinguido por sus facultades de organización: primero obrero en las canteras de Bremen, administró un café-cantina del partido, que era un centro de propaganda socialdemócrata. En 1900 es miembro permanente del secretariado del partido en Bremen, encargado de los problemas obreros. Adquiere la reputación de ser un hombre eficaz.

Desde su elección para el secretariado central, se convierte en el propugnador de los métodos modernos de organización, introduce en los polvorientos locales el teléfono, los taquígrafos y mecanógrafos, multiplica los informes y los cuestionarios, ficheros y circulares (...) Él construyó el aparato.

“El antiguo litógrafo Philip Scheidemann se convirtió en periodista en Hesse: agitador de talento, aparece como radical en el momento de su elección al ejecutivo, pero también se ha mantenido al margen de los grandes debates, sin intervenir en ningún congreso a los que ha asistido (...) Gustav Noske, antiguo carnicero convertido en funcionario del partido y después en diputado, espera de la forma más clara esta inversión de las bases del análisis tradicional del ‘internacionalismo proletario’ cuando proclama en el Reichstag que los socialistas no son ‘vagabundos sin patria’ e invita a los diputados de los partidos burgueses a actuar a fin de dar a los proletarios alemanes verdaderas razones para ser los soldados de Alemania”.¹²⁸

Las implicaciones del voto del 4 de agosto fueron muchas y profundas. En primer lugar, el partido obrero más fuerte del mundo otorgaba al gobierno burgués y monárquico el derecho a ejercer su dictadura y anular las libertades democráticas (de reunión, expresión, manifestación y organización). En segundo lugar, entregaba a la clase obrera atada de pies y manos como carne de cañón en las trincheras y en la retaguardia, asegurando la producción de guerra sin perturbaciones. A partir del 2 de agosto, la paz social fue un hecho: patronal y sindicatos acordaron la prohibición de las huelgas y los cierres patronales, mientras los convenios colectivos prolongarían su vigencia hasta que el conflicto terminara.

Contra esta deriva patrioterica reaccionaron los cuadros de trayectoria izquierdista, algunos de los cuales tenían posiciones en el aparato del SPD o en sus medios de expresión a lo largo del país.¹²⁹ Pero, en comparación con el derrumbe, la respuesta fue débil. El ambiente interno del partido era de apatía: la traición había sido tan descarada, la parálisis tan evidente, la atrofia del aparato tan exten-

128. Broué, pp. 41-43.

129. *Ibid.*, p. 70.

dida, que la militancia se encontraba aturdida y golpeada por una avalancha de propaganda chovinista que era realmente difícil de resistir. Entre los internacionalistas, el aislamiento se dejó sentir de manera intensa en el año 1914.

Por si acaso, la dirección apuntaló la alianza con la burguesía y los militares de la forma que consideraba más segura posible: introduciendo el estado de excepción en la organización a través de un régimen interno cuartelero y dictatorial. Para curarse en salud, la dirección aplazó *sine die* la celebración del congreso del SPD y, sin levantar la voz, animó a las autoridades militares a prohibir las reuniones partidarias en numerosas ciudades y a clausurar los periódicos de la izquierda opuesta a la guerra.¹³⁰ No se respetó ningún apellido, por mucha tradición que tuviese dentro del movimiento. Así que Karl Liebknecht fue el primero en sufrir las consecuencias.

Hijo de Wilhelm Liebknecht, uno de los fundadores del SPD, pronto se destacó como un organizador y agitador de gran valor, especialmente en las campañas antimilitaristas de las Juventudes Socialistas. Liebknecht, que acuñó la célebre consigna “La juventud es la llama de la revolución proletaria”, fue mucho más un propagandista que un teórico, un agitador que un organizador. Acostumbrado al estado de libertad de debate y tolerancia aparente que había existido en el partido cuando la lucha de clases discurría por los tranquilos cauces del parlamentarismo, Liebknecht todavía pensaba que era posible manifestar discrepancias y esperar un cambio de rumbo de los órganos dirigentes; pronto se convencería de su error. A través de informaciones de primera mano, conoció las atrocidades del ejército alemán en Bélgica y los desmanes del Estado Mayor; pero sobre todo le impresionaron los reproches de muchos militantes por su voto favorable a los créditos de guerra en el Reichstag. Liebknecht reconoció su error y se dispuso a enmendarlo como hacen los revolucionarios: en los hechos.

A partir de ese momento, sus opiniones y su actividad chocaron frontalmente con la política de la dirección, que le exigió el fin de su proselitismo. A mediados de octubre, la justicia militar, ¡qué ca-

130. *Ibíd.*, pp. 72-73.

sualidad!, le abrió un expediente por su propaganda antimilitarista anterior a la guerra. A principios de noviembre, para reforzar su aislamiento, la dirección del sindicato de la construcción, en manos de los reformistas, aprobó su expulsión del mismo.

En estas circunstancias, Liebknecht dio un paso decisivo y de gran efecto: el 3 de diciembre de 1914 votó en contra de los nuevos créditos de guerra solicitados al Reichstag por el gobierno, rompiendo la disciplina del grupo parlamentario. Antes había intentado convencer a muchos diputados de que le siguieran, pero sin ningún éxito. Su soledad le convirtió en un símbolo, en el portaestandarte de la oposición revolucionaria e internacionalista a la guerra imperialista. Como medida represiva para silenciarle y aislarle, Liebknecht fue movilizado el 7 de febrero de 1915 en una unidad territorial de defensa, pero su actuación en las filas del ejército fue la misma que en el parlamento: denunció incansablemente el militarismo y la guerra, por lo que los mandos lo transfirieron de una unidad a otra, temerosos de su influencia entre la tropa.

En mayo de 1915, Karl Liebknecht redactó su famoso manifiesto contra la guerra imperialista, donde lanzó su proclama revolucionaria más celebrada, que Lenin tanto alabó:

“La lucha de clases internacional del proletariado contra el genocidio imperialista internacional es el mandamiento socialista de la hora. ¡EL ENEMIGO PRINCIPAL DE UN PUEBLO ESTÁ EN SU PROPIO PAÍS! *El enemigo principal del pueblo alemán está en Alemania: el imperialismo alemán, el partido alemán de la guerra, la diplomacia secreta alemana.* Este enemigo interior debe ser combatido por el pueblo alemán en una lucha política, cooperando con el proletariado de los demás países, cuya lucha es contra sus propios imperialistas. Sabemos una cosa con el pueblo alemán: no tenemos nada en común con los Tirpitz y Falkenhayn alemanes, con el gobierno alemán de opresión política y esclavitud social. Nada con ellos, todo con el pueblo alemán. *¡Todo para el proletariado internacional, por el bien del proletariado alemán y de la humanidad oprimida!* (...) ¡La carnicería es suficiente y más que suficiente! ¡Abajo los instigadores de la guerra, de aquí y del extranjero! ¡ALTO AL GENOCIDIO! Proletarios de todos los países, ¡seguid el heroico ejemplo de vuestros hermanos italianos! ¡Uníos a la lucha de clases internacional contra las conspiraciones de la diplomacia secreta, contra el imperialismo,

contra la guerra, por una *paz en el espíritu del socialismo*! ¡EL ENEMIGO PRINCIPAL ESTÁ EN CASA!”¹³¹

En los meses y años siguientes, la figura de Liebknecht se engrandecería a ojos de los trabajadores conscientes de toda Europa y de los revolucionarios internacionalistas que habían mantenido su fidelidad al programa marxista.

En el socialismo ruso, los bolcheviques vivieron un período frenético. Lenin se consagró a extraer las conclusiones políticas de la bancarrota de la Segunda Internacional. Superó su visión anterior, en la que consideraba normal encontrar un ala oportunista conviviendo con otra revolucionaria en el seno del partido obrero. La extensión del reformismo y el control de los aparatos partidarios por estos elementos derechistas representaban un peligro para la propia existencia del movimiento socialdemócrata. Por tanto, lo fundamental no era una unidad en abstracto, sino una unidad concreta: la unidad del ala revolucionaria, que debía prepararse para el estallido de la revolución social y para ganar a la mayoría de los trabajadores en la lucha por el poder. Desde septiembre de 1914, el comité central bolchevique se pronunció públicamente por una nueva Internacional y por separar a los revolucionarios de los elementos oportunistas y centristas¹³² (personificados en Kautsky). Aunque Lenin clamaba en un completo aislamiento, exiliado forzoso en un continente en guerra, sus ideas se convirtieron en una tabla de salvación a la que los revolucionarios rusos y europeos se podían asir en medio de aquél naufragio.

LOS INTERNACIONALISTAS ALEMANES

En el SPD existían tres tendencias bastante definidas: la *derecha*, que agrupaba a los dirigentes del partido, al grupo parlamentario y a la cúpula de los sindicatos; el *centro*, donde a duras penas se situaba

131. Karl Liebknecht: *El enemigo principal está en casa*. Ver Apéndice.

132. Término que los marxistas aplican a las organizaciones o personas que están en una posición intermedia (“centro”) entre el reformismo y el marxismo, ya sea porque estén evolucionando desde el primero hacia el segundo o viceversa. Sin ser en ningún caso revolucionarias, tampoco defienden abiertamente la colaboración de clases propia del reformismo. Por su propia naturaleza, el centrismo es un fenómeno temporal.

Kautsky, siempre proclive a capitular ante la *derecha* en las cuestiones políticas fundamentales; y la *izquierda*, con Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Leo Jogiches, Clara Zetkin, Franz Mehring, Julian Marchlewski), Karl Rádek, Anton Pannekoek y Paul Levi, a quienes se sumaron los periodistas del *Vorwärts* Ernest Meyer y Ströbel, Wilhelm Pieck, segundo secretario del partido de Berlín, Paul Lange y el matrimonio Hermann y Käte Duncker.

Los meses finales de 1914 y todo el año 1915 estuvieron llenos de dificultades para la oposición de izquierdas alemana, pero su configuración y su cohesión ideológica logró asentarse a través de diferentes medios. Liebknecht, Luxemburgo, Mehring y Zetkin enviaron artículos a los periódicos socialistas suizos, británicos y de otros países dando a conocer sus posturas diferenciadas de la fracción socialpatriota. La publicación de la revista *Die Internationale*, dirigida por Rosa, Mehring y Marchlewski, fue otro jalón importante. Los internacionalistas ya estaban en el centro de la diana de la represión del Estado y del aparato del SPD. Así, cuando todos los trabajos preparatorios para editar la revista estaban en marcha, Rosa Luxemburgo fue detenida súbitamente y llevada a la prisión de mujeres de Barnimstrasse el 18 de febrero de 1915.

A pesar de su encarcelamiento, Rosa siguió de cerca la edición del primer y único número de la revista, publicado en abril y que contó, entre otras, con las contribuciones de Clara Zetkin, August Thalheimer y Liebknecht. Pero la respuesta del gobierno al desafío que representaba la salida a la luz de esta publicación no se hizo esperar. Con los parabienes del aparato socialdemócrata, prohibió *Die Internationale* y extendió la represión: Clara Zetkin, Wilhelm Pieck y Ernest Meyer fueron detenidos y condenados por propaganda subversiva.

Para mediados de 1915, a pesar de los ataques del aparato del SPD y de las agresiones mucho más intimidatorias del gobierno y el ejército, la izquierda internacionalista tenía lazos con militantes en más de 300 localidades, según Pierre Broué. Para avanzar en la organización y lanzar el trabajo a una escala superior, el 5 de mayo de 1915 se organizó una primera conferencia en Berlín, en casa de Pieck.

En el exterior, los socialistas alemanes que se mantuvieron fieles al internacionalismo forjaron nuevos vínculos, sobre todo con los bolcheviques. Uno de ellos fue Willi Münzenberg, un joven que había

participado en la escuela de formación dirigida por Rosa Luxemburgo, que llegó a ser secretario de las Juventudes Socialistas y que se exilió en Suiza; su nombre estuvo muchos años vinculado a la Tercera Internacional, hasta que fue liquidado en una de las purgas de Stalin. Durante la conferencia de jóvenes socialistas celebrada en Berna en la Semana Santa de 1915, jugó un papel muy activo en la ruptura con el buró oficialista instalado en Viena. En dicha reunión se proclamó la Internacional de la Juventud Socialista Independiente, con Münzenberg como secretario internacional, y se aprobó la edición de un órgano de expresión, *Jugend-Internationale*, que apareció el 1 de septiembre de 1915.

Las perspectivas políticas de esta izquierda internacionalista alemana se basaban en los análisis de Rosa Luxemburgo, quien, al igual que Lenin, no albergaba ninguna duda sobre las consecuencias revolucionarias de la guerra imperialista. En enero de 1916, los internacionalistas alemanes celebraron una conferencia en casa de Liebknecht, adoptando como programa de acción el texto de Rosa Luxemburgo *La crisis de la socialdemocracia*, escrito durante su reclusión carcelaria y conocido también como “el folleto Junius”, por el seudónimo con que lo firmó. Vale la pena mencionar algunos de sus pasajes y sentir el espíritu de combate que late en cada una de sus palabras:

“La escena ha cambiado fundamentalmente. La marcha de seis semanas sobre París ha degenerado en un drama mundial; la carnicería se ha convertido en fatigosa y monótona operación cotidiana, sin que se haga avanzar o retrasar la solución. La política burguesa está en un callejón sin salida, atrapada en su propio cepo; los fantasmas invocados ya no pueden ser conjurados. Ha pasado el delirio. Ha pasado el bullicio patriótico de las calles (...)

“Los trenes de reservistas ya no son acompañados del júbilo bullicioso de las jóvenes que se lanzaban en pos de ellos, ni tampoco saludan al pueblo con alegres sonrisas desde las ventanillas; andan despaciosamente, con su macuto en la mano, por las calles donde los transeúntes se dirigen con abatidos rostros a sus quehaceres cotidianos. En la severa atmósfera de estas tristes jornadas se escucha un coro muy distinto: el grito ronco de los buitres y de las hienas sobre el campo de batalla. ¡Garantizadas 10.000 tiendas de campaña de reglamento! ¡Se pueden entregar inmediatamente 100.000 kilos de tocino, de

cacao en polvo, de sustitutos de café, pagando al contado! ¡Granadas, tornos, cartucheras, arreglos matrimoniales para las viudas de los soldados caídos, cinturones de cuero, intermediarios para los abastecimientos del ejército... sólo se aceptan ofertas serias!

“La carne de cañón, cargada de patriotismo en agosto y septiembre, se descompone ahora en Bélgica, en los Vosgos y en Masuria, en campos de exterminio, donde las ganancias de la guerra rezuman en los hierbajos (...) Cubierta de vergüenza, deshonrada, chapoteando en sangre, nadando en cieno: así se encuentra la sociedad burguesa, así es ella. No como cuando, delicada y recatada, simula cultura, filosofía, ética, orden, paz y estado de derecho, sino como bestia predadora, como cazadora de brujas de la anarquía, como peste para la cultura y para la humanidad: así se muestra en su verdadera figura al desnudo.

“Y en medio de esa caza de brujas se produce una catástrofe histórico-mundial: la capitulación de la socialdemocracia internacional. Engañarse al respecto, encubrirlo, sería lo más insensato, lo más funesto que podría sucederle al proletariado (...) La autocrítica más despiadada, cruel y que llegue al fondo de las cosas es el aire y la luz vital del movimiento proletario. El caso del proletariado socialista en la actual guerra mundial es inaudito, es una desgracia para la humanidad. El socialismo estaría perdido si el proletariado internacional no valorara en su justa medida la profundidad de esta caída y no quisiera extraer sus enseñanzas”.¹³³

GIRO A LA IZQUIERDA

La alianza tejida entre el gobierno, la burocracia prusiana, los grandes industriales y el Estado Mayor, junto a la socialdemocracia y la cúpula de los sindicatos, garantizó en apariencia la paz social y la disciplina en el trabajo. Pero el “consenso” empezó a agrietarse bajo los golpes de una inflación desbocada, que elevó hasta un 50% los precios de los productos básicos en los primeros dos años de guerra; por la escasez y el racionamiento, el acaparamiento y el mercado negro;

133. Luxemburgo: *La crisis de la socialdemocracia*, p. 7.

por las caídas salariales y el desplome del poder adquisitivo de la gran masa de trabajadores. Los dirigentes socialdemócratas justificaron los sacrificios y las penurias en aras de la “lucha soberana del pueblo alemán” contra el absolutismo ruso, pero lo cierto es que su autoridad se desgastaba paso a paso.

La escuela de la guerra moldeó la conciencia de una nueva generación de obreros y sacudió a los más veteranos, actuando como partera de la revolución. Pero antes hubo que pasar por pruebas extremadamente duras. Los millones de muertos, la llegada de los soldados heridos, las terribles imágenes de los mutilados, las privaciones de la guerra... empezaron a modificar la situación. El movimiento obrero comenzó a despertar de su letargo, poniendo fin al aislamiento en el que se encontraban los revolucionarios alemanes.

Los cambios en la situación interna del SPD que Rosa Luxemburgo había contemplado desde 1914 se materializaron en poco tiempo. Las presiones del movimiento obrero, de sus capas más avanzadas, se fueron filtrando por sus muros hasta estallar en agudas divergencias en el grupo parlamentario, entre líderes que habían convivido pacíficamente los dos años de guerra y muchos más en la etapa precedente. El *reformismo de izquierdas* y el fenómeno del centrismo de masas hicieron su aparición. Eran las primeras señales de la futura revolución alemana.

En enero de 1916, Rosa Luxemburgo obtuvo la libertad y se lanzó al combate con Liebknecht, con el que estrechó aún más sus lazos políticos y personales. Fue un período de gran actividad política para ambos, de crítica frontal a los socialpatriotas, pero también de batalla cuerpo a cuerpo con los centristas, pasados ya a la oposición al aparato dirigente.

En noviembre de 1915 habían estallado incidentes en Stuttgart, donde cientos de mujeres se manifestaron contra la carestía de la vida; al mismo tiempo, la policía reprimió en Leipzig intentos de manifestación similares. El 2 de febrero de 1916 se produjeron en Berlín altercados delante de las tiendas vacías.

El 19 de marzo, los internacionalistas celebraron una conferencia clandestina en Berlín que marcó el arranque de la Liga Espartaquista, nombre que adoptó en honor del legendario esclavo romano. La decisión de pasar a una agitación mayor, con trascendencia pública, se concretó en el llamamiento a manifestarse contra la guerra

imperialista en el Primero de Mayo. Teniendo en cuenta que las manifestaciones políticas estaban prohibidas por la legislación militar de excepción, la decisión era arriesgada. Los espartaquistas intentaron negociar con los centristas del SPD para que se sumaran, concretamente con Ledebour, pero su respuesta fue tajante: “Es una locura”. Pero Liebknecht y Rosa Luxemburgo no eran unos charlatanes y le demostraron a la vanguardia obrera que sí había dirigentes y militantes decididos a dar la batalla. El llamamiento del Primero de Mayo reunió en la berlinesa plaza de Potsdam a centenares de trabajadores y jóvenes en torno a Liebknecht, que gritó con fuerza: “*¡Abajo el gobierno, abajo la guerra!*”. Fue arrestado inmediatamente por la policía.

Una vez más, la audacia de Liebknecht marcó la diferencia. Juzgado el 28 de junio, fue condenado a dos años de cárcel. Pero, ese mismo día, 55.000 obreros de las fábricas de armas de Berlín se declararon en huelga, secundados por los trabajadores de Brunswick y por manifestaciones obreras en Bremen. En julio estallaron motines de los mineros del Ruhr y en agosto, un grupo de trabajadores de Essen se manifestó al grito de “¡Viva Liebknecht!”.

El ejemplo de Liebknecht no había sido en balde. A pesar de que el tribunal militar superior aumentó su condena a cuatro años y un mes, y de que el Reichstag le quitó la inmunidad parlamentaria (los votos favorables del SPD), la lucha contra la guerra se iba ampliando, rompiendo muros y miedos.

La decisión y el arrojo de Karl Liebknecht, que el 6 de diciembre de 1916 ingresó en la prisión de Luckau (Sajonia), se convirtieron en un ejemplo muy incómodo para los parlamentarios socialdemócratas que disentían de palabra pero que se mantenían renuentes a romper la disciplina de voto. Algunos, como Otto Rühle, se posicionaron con Liebknecht poco tiempo después, integrándose activamente en la actividad internacionalista. Pero no fue el caso de Haase, Ledebour y otros, que dudaron mucho tiempo.

En los primeros meses, las distancias marcadas en el parlamento por estos diputados dubitativos tenían un carácter marcadamente oportunista. Sus discursos contra la legislación antiobrera, el estado de sitio, la opresión de las minorías nacionales en las regiones ocupadas, o a favor de una paz sin anexiones (eso sí, siempre y cuando la seguridad de Alemania quedara garantizada), no representaban tanto una ruptura como una petición de corrección de la política oficial

del SPD. Y esta corrección se hacía con el fin “patriótico” de no minar la moral de los soldados que combatían en las trincheras. No fue, por tanto, una crítica principista a la degeneración chovinista de la dirección oficial la que llevó al enfrentamiento, sino otros factores, derivados de la marcha de la guerra, la creciente desconfianza entre los obreros en la retaguardia, la exasperación de muchos militantes y el temor a un crecimiento importante del grupo liderado por Luxemburgo y Liebknecht. Sobre todo esto último fue lo que más empujó a los dirigentes de la fracción parlamentaria “pacifista” a endurecer su lenguaje.

Cuando el 29 de diciembre de 1915 se sometieron a votación nuevos créditos de guerra, 22 diputados socialdemócratas se ausentaron para no votar, pero veinte se quedaron y votaron en contra. Esta actitud disidente fue contestada por la ejecutiva del partido expulsando a Liebknecht del grupo parlamentario y amenazando a los otros diputados insumisos. Pero la indisciplina también afloró en la base. Ledebour logró que 320 responsables del partido en Berlín aprobaran la declaración de la minoría parlamentaria. Votaciones parecidas se produjeron en Leipzig, Halle y Bremen. ¿Qué representaba esto? Ni más ni menos, que el rechazo repulsa creciente en las fábricas y los barrios obreros a la política de colaboración con el gobierno empezaba a tener repercusiones en el aparato y la cúspide del SPD. Para no perder su audiencia entre los trabajadores y acabar superados y desplazados por la oposición internacionalista, estos sectores no tenían otro remedio que virar a la izquierda; sólo así podrían sintonizar con ese estado de ánimo.

En la siguiente ocasión propicia, el expresidente del partido, Haase, intervendría con vehemencia en contra de la renovación del estado de sitio y los presupuestos. Era la sesión parlamentaria de marzo de 1916. Cuando se votó, la minoría (33 diputados) se pronunció en contra, rompiendo de nuevo la disciplina. Todas estas acciones y la presión del Estado Mayor militar obligaron a la dirección del SPD a mover ficha. Los diputados opositores fueron excluidos del grupo parlamentario, que, dando un paso al frente en la dinámica de acción-reacción, se agruparon como “colectivo de trabajo socialdemócrata”. La decisión precipitaría su expulsión del partido y la escisión que daría lugar al Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD).

Pierre Broué describe este punto de inflexión: “Cuando el Reichstag discute la ley sobre la movilización de la mano de obra, Haase la califica de ‘segunda ley antisocialista’. Su grupo acusa a los diputados mayoritarios que la votan y a los dirigentes sindicales que la aceptan de ‘ayudar a forjar las cadenas del proletariado’. La adopción de esta ley en medio del ‘invierno de los colinabos’ lleva al paroxismo la crisis del partido, que se rompe bajo la presión de fuerzas sociales antagónicas, clases dirigentes actuando por mediación del ejecutivo, clases trabajadoras exigiendo a los opositores la expresión de su voluntad de resistencia. El ejecutivo se encuentra frente a las consecuencias de su política: no hay otro recurso más que imponer en el partido el estado de sitio que pesa ya sobre el país. La oposición leal debe defenderse y dejar de ser leal so pena de verse aniquilada”.¹³⁴

Las manifestaciones contra el gobierno y los militares daban ánimos también a la fracción internacionalista de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, estimulando a su vez la aparición de nuevas disidencias y grupos rebeldes. En la Semana Santa de 1916, una conferencia juvenil de los opositores de izquierda pudo escuchar los discursos de Liebknecht y Otto Rühle, adoptando las tesis del primero. La prensa de izquierdas ilegal aumentaba también su circulación: el *Arbeiterpolitik* en Bremen, el *Sozialdemokrat* en Stuttgart, las *Cartas de Espartaco* en Berlín y *Der Kampf* en Duisburgo y Hamburgo.¹³⁵

Rosa Luxemburgo participó en numerosos mítines y reuniones en Berlín, multiplicándose como sólo ella sabía hacerlo. A su lado, como en todos los momentos cruciales, Leo Jogiches. “Rosa —escribe Paul Nettel— estaba casi sola. Nada más unos cuantos dirigentes de izquierda estaban en libertad, y eso implicaba tanto más trabajo para ella. Jogiches estaba allí, moderado y eficiente; el proceso técnico de copiar, distribuir y controlar la literatura de *Spartakus* estaba casi por completo en sus manos (...) Quedan unas pocas de sus circulares: lacónicas, objetivas, sin emoción, sin nada del carisma de Luxemburgo ni de Liebknecht; aún más impersonales en alemán

134. *Ibid.*, p. 102.

135. Para una información precisa y detallada de los diferentes grupos de oposición, sus miembros más destacados y su localización geográfica, se puede consultar el libro de Pierre Broué, pp. 88-97.

que en polaco. Pero eficaces (...) Fue él quien realizó toda la labor de organización clandestina, y en 1916 emergió como gestor efectivo de la oposición de izquierda; notable hazaña que todavía no ha sido documentada. Sin él no hubiera habido Liga Espartaquista; ninguna de las centelleantes figuras asociadas con la dirección intelectual de la izquierda era capaz de hacer el rudo trabajo conspirativo de crear un vehículo para su política".¹³⁶

Fue entonces cuando la reacción golpeó más duramente, consciente de que debía quebrar la dirección de la Liga Espartaquista y aislar a Rosa Luxemburgo privándola de libertad de movimientos. Rosa fue de nuevo detenida, por sorpresa, el 10 de julio de 1916. Primero fue conducida a la cárcel de mujeres donde ya había estado internada, pero unas semanas después fue trasladada a las celdas de interrogatorio de la sede policial de la Alexanderplatz.

Todavía no tenían claro qué hacer con ella, si juzgarla o retenerla sin más. La opción elegida fue la segunda: retenerla arbitrariamente sin juicio. La experiencia fue traumática y dolorosa: "El infierno de la Alexanderplatz, donde mi celda tenía aproximadamente 11 metros cúbicos, sin luz en la mañana ni en la noche, aplastada entre el frío [del grifo de agua] (no había caliente) y una plancha de hierro".¹³⁷ En octubre fue trasladada a la antigua fortaleza de Wronke, donde permaneció hasta julio de 1917, para pasar después a la prisión de la ciudad de Breslau, hasta que la revolución de noviembre de 1918 la liberó.

En prisión se comportó como lo había hecho en libertad, poniendo todo lo mejor de ella, de su espíritu, de sus pensamientos, de su resistencia: "Su correspondencia, legal e ilícita, alcanzó proporciones de diluvio (...) En las muchas cartas que escribió a sus amigos en los dos años siguientes, su personalidad alcanzaba fuera de la prisión como con tentáculos, cortejando, abrazando o regañando a sus amistades, arrastrándolas a la órbita de su intelecto y sus emociones. Daba igual que escribiera de política, de literatura o de la vida. La existencia carcelaria, en lugar de ahogarla, en realidad le hizo alcanzar una notable madurez espiritual y emocional".¹³⁸

136. Netti, p. 473.

137. Carta a Matilde Wurm, 28/12/1916.

138. Netti, p. 475.

LA FORMACIÓN DEL USPD

Desde el otoño de 1916, el Alto Mando militar actuaba como el verdadero gobierno de Alemania, con Hindenburg y Ludendorff en la posición de jefes indiscutibles, y contaba con la colaboración leal de los sindicatos y el SPD en todos los asuntos de Estado. De esta política nacieron leyes como la *Milfsdienstgesetz*, por la que todo hombre entre 17 y 60 años no movilizado debía presentarse a las autoridades con un certificado de su empresario; se restringieron derechos y libertades públicas, se sometió a la clase obrera a un estado de sitio en las fábricas.

Los dirigentes del SPD “se habían convertido en gente respetable, entraban y salían de los despachos e incluso se los recibía ocasionalmente en el Gran Cuartel General y se les escuchaba con respeto (...) surgió incluso una cierta camaradería entre algunos dirigentes del SPD y los nuevos hombres de la jerarquía militar, como por ejemplo entre el líder del partido, Friedrich Ebert, y el general inspector de ferrocarriles, el general Wilhelm Groener (...) El SPD de los años de la guerra no había logrado llegar al poder, pero sí se había impregnado de su atmósfera. Ahora pertenecía, aunque por el momento todavía en el papel de oposición, al *establishment*. Era un partido reformista, nacional y leal que formaba parte de la oposición y que criticaba al gobierno, pero que ya no pretendía destruir el Estado. Se había acomodado a la monarquía y el capitalismo”.¹³⁹

La quiebra en el SPD era un hecho. En enero de 1917, una conferencia reunió a los diferentes sectores, con un resultado más bien modesto: se redactó un manifiesto, se decidió mantener contactos para defender los derechos de los militantes, y poco más. Paso a paso, decenas de parlamentarios, formados en la actividad del Reichstag, pero conscientes de que su valor y peso dependían del apoyo de los trabajadores, se volcaron a una oposición más activa. La amenaza que representaba la Liga Espartaquista explica también las razones de este giro; sus indecisiones favorecían el avance de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht: “Este chico Karl se ha convertido en una amenaza. Si no hubiéramos aparecido y hecho ver que también

139. Haffner, pp. 21-22.

existimos, la oposición irresistiblemente creciente sencillamente se habría pasado con *Spartakus*. Si se ha evitado la ruptura y mantenido a los espartaquistas a raya es enteramente por obra nuestra. El ala derecha no nos ha ayudado, solamente a *Spartakus*". Así de transparente se expresaba Karl Kautsky en una carta a Victor Adler, el 28 de febrero de 1917.¹⁴⁰

Volviendo a la reunión opositora. Cuando la dirección del SPD tuvo conocimiento de su celebración, la consideró la excusa perfecta para volver a la carga y condenar a los parlamentarios disidentes por actividad fraccional, expulsándolos del SPD junto a las agrupaciones que los respaldaban. La represión llevaba el sello de Ebert: 99 agrupaciones locales fueron expulsadas, entre ellas las de Berlín, Leipzig, Bremen y Brunswick. Y así fue cómo parlamentarios enfrentados a la dirección, presionados por los acontecimientos, empujados por los sectores más militantes del partido y cientos de cuadros obreros, convocaron una conferencia en la ciudad de Gotha para el 6 de abril de 1917. Fue el nacimiento del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), que en pocos meses contaría con un apoyo de masas en las principales ciudades y con una fuerza de 120.000 militantes, frente a los 170.000 afiliados del SPD oficial.

La formación del USPD fue una señal inequívoca. El fenómeno del centrismo de masas, la tendencia que oscila entre el reformismo y el marxismo, anunciaba el comienzo de un proceso revolucionario. Por su composición militante, por la heterogeneidad de sus dirigentes (Haase y Ledebour, Kautsky y Hilferding, e incluso Bernstein¹⁴¹) y por su confusión política en los aspectos de principios, el nuevo partido presentaba los rasgos de una formación centrista clásica.¹⁴²

140. Citada en Nettl, p. 480.

141. Según Broué, "Kautsky y Bernstein sólo se decidieron a adherirse a la nueva organización después de consultar con sus amigos, para servir de contrapeso a los espartaquistas y contribuir a limitar su influencia".

142. "El USPD no era bajo ningún concepto un partido de izquierdas homogéneo, un partido revolucionario puro y duro como los bolcheviques rusos de Lenin. En lo único que coincidían sus miembros era en la oposición a la guerra, en la que hacía tiempo que ya no veían una guerra defensiva, sino una guerra de conquista imperialista". Haffner, p. 23.

EL TRABAJO MARXISTA EN LAS ORGANIZACIONES DE MASAS

La creación del USPD llevó la polémica al interior de la Liga Espartaquista y a los círculos revolucionarios internacionalistas que se habían desarrollado en numerosas ciudades. Partidarios y detractores de entrar en la nueva organización o fundar un nuevo partido al margen de las dos formaciones socialdemócratas se enzarzaron en el debate. Karl Rádek, que jugaría un papel relevante en los acontecimientos venideros, se posicionó a favor de la escisión: “La idea de construir un partido común con los centristas es peligrosamente utópica. Los radicales de izquierda, tanto si las circunstancias son favorables como si no lo son, deben, si quieren realizar su misión histórica, construir su propio partido”.¹⁴³ Con este parecer coincidía también Paul Levi,¹⁴⁴ ganado para el bolchevismo en Suiza.

Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Leo Jogiches estimaban la situación de una manera completamente diferente. En enero de 1917, el día antes de celebrarse la conferencia de la oposición del SPD que juntó a centristas y espartaquistas, Rosa escribió desde su reclusión en la fortaleza de Wronke: “Uno puede salirse de sectas o conciliábulos cuando ya no le acomodan, y siempre puede hallar nuevas sectas o nuevos conciliábulos. Pero es sólo fantasía infantil hablar de liberar a la masa entera de los proletarios de su grave y terrible destino sencillamente ‘saliéndose’ y dejándoles así un bravo ejemplo”.¹⁴⁵

Las luchas de 1916 demostraron que, a pesar de todos los obstáculos, era posible llegar a la base obrera de la socialdemocracia y,

143. Broué, p. 106.

144. La influencia bolchevique sobre los alemanes emigrados en Suiza se acrecentó. Bajo la dirección de Willi Münzenberg, *Jugend-Internationale* se convierte en el portavoz de las tesis bolcheviques y de Lenin; los materiales encuentran un eco importante entre los jóvenes revolucionarios izquierdistas. Por su parte, Paul Levi, considerado en esta época por Lenin como un “verdadero bolchevique”, aceptó la invitación de Zinóviev de integrarse como representante alemán en la oficina de la “izquierda de Zimmerwald”. Poco después del traslado de Lenin a Rusia (abril de 1917), Levi vuelve a Alemania, donde se incorpora a la dirección de la Liga Espartaquista. Karl Rádek, otra de las cabezas de puente de los bolcheviques en Alemania, organiza la publicación de dos periódicos, *Bote der Russischen Revolution* y *Russische Korrespondenz - Pravda*, para difundir en Alemania las posturas bolcheviques y las noticias de la revolución rusa. Broué, p. 113.

145. Citado en Nettl, p. 478.

ratificando la opinión de Rosa Luxemburgo, que se podía y se debía acompañar a los trabajadores en su proceso de maduración política. En el debate sobre la nueva internacional, que Lenin y los bolcheviques habían proclamado como un objetivo irrenunciable tras el colapso de 1914, Rosa Luxemburgo defendía una postura bastante clara: “La nueva internacional, que debe nacer después del fracaso de la precedente, no puede hacerlo más que a partir de la lucha de clases de las masas proletarias de los países más importantes. (...) Debe nacer de abajo (...) la socialdemocracia, cuyo fracaso sólo ha probado su debilidad —existente desde largo tiempo— debe sufrir un cambio interno completo, si quiere dirigir, un día, las masas proletarias, conforme a su misión histórica. Su transformación en una fuerza revolucionaria activa no puede ser obtenida con simples programas y manifiestos, por una disciplina mecánica o por formas organizativas anticuadas, sino sólo por la propagación de la conciencia de clase y la iniciativa resuelta en las masas (...) lo que supone la transformación del sistema burocrático del partido en un sistema democrático en el que los liberados sean los instrumentos de las masas”.¹⁴⁶

No hay la menor exageración cuando afirmamos que estas ideas eran esencialmente correctas, como los acontecimientos posteriores confirmaron. La Internacional Comunista se desarrolló a partir de escisiones de masas de los viejos partidos socialistas, incluso de los partidos centristas surgidos en los años de la guerra. Y fue el propio Lenin, sobre todo en los debates del II Congreso de la Internacional Comunista, el que tuvo que enfrentar una amplia tendencia ultraizquierdista que veía el problema de la construcción de los partidos comunistas como un acto autoproclamatorio, al margen de las masas y sus organizaciones, aunque estas todavía estuvieran en manos de los reformistas o los centristas.

Pero Rosa Luxemburgo no dejaba de ser prisionera de una cierta abstracción cuando trataba de pasar de las posturas teóricas a las prácticas en este asunto. La perspectiva de una completa ruptura con los dirigentes socialistas oficiales, que la misma Rosa consideraba necesaria (“La nueva internacional, que debe nacer después del fracaso

146. Citado en Broué, p. 93.

de la precedente”) había que abordarla conscientemente, lo que en los hechos significaba prepararla, educando a los cuadros revolucionarios y convenciendo a la vanguardia de cómo y cuándo se tenía que producir. Y, para lograrlo, la iniciativa de las masas, por sí sola, no resolvería la cuestión. El partido marxista que había que levantar, que debía nacer de los escombros dejados por la dirección reformista, demandaba una orientación precisa. La tarea de establecer el programa, las tácticas para intervenir en la lucha, el método común de trabajo y de educación de la militancia, la necesaria centralización en la acción, etc., no caería del cielo. En gran parte dependería de la actuación de los obreros avanzados, de los cuadros revolucionarios y de sus dirigentes más capaces. A la hora de precisar cómo se construiría el partido revolucionario, los debates mantenidos entre Rosa Luxemburgo y Lenin revelaban su verdadera importancia.

Rosa Luxemburgo rechazaba una ruptura prematura con el USPD porque, según ella, conduciría a construir una secta aislada de las masas. La mayoría de los trabajadores que giraban a la izquierda, razonaban los líderes de *Espartaco*, verían con ilusión y esperanza al nuevo partido, que nacía de la presión de las masas contra el colaboracionismo del aparato socialdemócrata. Esta era una razón de peso para adherirse al USPD, trabajando en su seno para defender el programa marxista, manteniendo un perfil autónomo y preservando la libertad de propaganda y acción revolucionaria. La decisión se justificaba, en palabras de Liebknecht, “para empujar [al USPD] hacia adelante, para tenerlo al alcance del látigo, para ganar a sus mejores elementos”.

La opción defendida por los dirigentes espartaquistas tenía toda la lógica el mundo. Pero, a pesar de la corrección de la premisa —intervenir en el seno de una organización de masas que encuadraba a una parte considerable de la vanguardia obrera (los delegados revolucionarios de Berlín se sumaron también al USPD) y que estaba girando a la izquierda—, no se sacaron las conclusiones políticas y organizativas correctas. La dirección de la Liga Espartaquista seguía sin abordar la cuestión de fondo. Para ganar al sector más radicalizado eran imprescindibles unos métodos adecuados, consignas claras, constancia y paciencia. Pero estas no eran las prioridades para los líderes espartaquistas, que trasladaron al nuevo partido sus viejos esquemas sobre el trabajo de la organización.

Rechazando todo tipo de centralización, llegaron a proclamar la plena autonomía de las secciones locales y provinciales de la Liga Espartaquista en su actuación dentro y fuera del USPD. En la práctica no estaban construyendo el embrión de un partido revolucionario, unido en el programa y en los métodos con los que intervenían en el movimiento obrero, sino más bien una federación de grupos locales con un nexo político muy laxo. Su opinión de que las masas encontrarían las formas organizativas más adecuadas en el curso de la acción reducía el papel del partido a un mero estímulo para aumentar el nivel de movilización de los trabajadores. Una forma de enfocar la organización revolucionaria que dejaba la puerta abierta, inevitablemente, al crecimiento de todo tipo de tendencias sectarias y ultraizquierdistas, que más tarde jugarían un papel nefasto.

La decisión de los dirigentes espartaquistas de integrarse en el USPD causó choques con otros grupos de la izquierda radical. A primeros de marzo, los círculos de Bremen, Hamburgo, Hannover y Rüstringen ya se habían pronunciado por la ruptura. Al día siguiente de reunirse el congreso de Gotha, llamaron a la creación de una organización revolucionaria independiente, lanzando ataques muy duros contra Rosa Luxemburgo, a quien acusaron de haber claudicado ante los centristas. Finalmente, en agosto se reunieron en Berlín representantes procedentes de Bremen, Berlín, Frankfurt, Rüstringen, Moers y Neustadt, con el objetivo de crear un “partido socialista internacional”. El tono ultraizquierdista dominó la reunión y las conclusiones de la misma, que hablan de “la necesidad de luchar contra la división del movimiento obrero en ‘partidos’ y ‘sindicatos’, y se pronuncia por la organización de ‘uniones obreras’ (*Einheitsorganisationen*), posición profundamente diferente de la de los bolcheviques”.¹⁴⁷

La conferencia dio nacimiento a los llamados Socialistas Internacionalistas, más tarde Comunistas Internacionalistas, organización a la que se sumó Otto Rühle, todavía diputado del SPD. Conviene señalar que muchos de estos elementos se vieron reforzados en sus posturas izquierdistas por las opiniones de Rádek, cuya autoridad era indiscutible entre los jóvenes militantes, por ser el representante en Alemania de los bolcheviques.

147. *Ibíd.*, p. 112.

Bastante diferente era la situación entre los “delegados revolucionarios”, la oposición más importante al margen de la Liga Esparquista, al menos cuantitativamente, que se desarrolló en el seno de los sindicatos berlineses, sobre todo en el sindicato del metal. Animados por militantes y cuadros reunidos en torno a Richard Müller, el grupo se posicionó activamente contra la política sindical de paz social. Su núcleo dirigente, no más de cincuenta personas, realizó una labor clandestina y paciente, utilizando todas las posibilidades que ofrecía la estructura del sindicato para reclutar militantes en las principales empresas de Berlín. Su papel sería crucial para movilizar a decenas de miles de trabajadores berlineses en los momentos decisivos de la revolución. En cuanto a la escisión, los delegados revolucionarios se pronunciaron mayoritariamente por integrarse en el USPD, reflejando la postura de una mayoría considerable de los obreros avanzados de Berlín.¹⁴⁸

RUSIA EN REVOLUCIÓN

A principios de 1917, el sueño de una minoría de internacionalistas aislados y perseguidos por todo el continente europeo se hizo realidad en uno de los eslabones más débiles de la cadena capitalista: el imperio ruso. Los efectos de la guerra en la economía, las privaciones y la miseria de la población, y la matanza de cientos de miles de inocentes en las trincheras actuaron como catalizadores de la descomposición de la autocracia zarista y de la revolución. El primer capítulo de revolución rusa, marcado por el levantamiento de los obreros y soldados (campesinos en uniforme) de San Petersburgo y Moscú en febrero, entregó el poder formal del país —como tantas veces ha ocurrido en la historia— a una clase que se había mantenido al margen de la lucha: la burguesía liberal.

La política del “consenso” y la conciliación entre las clases no sólo fueron ardientemente defendidas por los experimentados políticos de la clase dominante. Los dirigentes de la democracia pequeñoburguesa —los eseristas y los socialdemócratas reformistas

148. *Ibíd.*, pp. 88-92.

(mencheviques)— se convirtieron en los mejores aliados de la burguesía para tratar de sortear las dificultades del momento. Y para lograr su objetivo, esto es, entregar a la burguesía el poder que los trabajadores y soldados tenían en sus manos tras arrebatárselo al zarismo, se apoyaron en el ambiente de euforia y confraternización de la fase inicial de toda revolución triunfante, que marca el turno de los oportunistas y arribistas.

Ese ambiente proclive a la “unidad” y la conciliación tuvo su correspondencia en la elección de un comité ejecutivo provisional del Sóviet de San Petersburgo, el órgano de poder revolucionario surgido del movimiento de masas, dominado por los eseristas y los mencheviques.

Los reformistas, conciliadores con la burguesía, los terratenientes y los imperialistas, mantenían el viejo esquema teórico según el cual la revolución rusa tenía que desembocar en el triunfo de un régimen burgués “democrático”. Partiendo de este presupuesto fundamental, el comité ejecutivo del Sóviet propuso al “comité provisional” de la Duma, integrado por políticos burgueses, que formasen un gobierno provisional y se hicieran cargo del poder. De esta manera, cobarde y filisteo, pensaban que encandilarían a los capitalistas rusos para resolver las tareas de la que, en teoría, era su revolución.

Pero la llamada revolución democrático-burguesa aterrorizaba a la burguesía. Acabar con la guerra, repartir la tierra y mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población no estaba en el orden del día de los capitalistas ni de sus representantes políticos. Así fue cómo todas las promesas, todos los juramentos a favor del pueblo, todas las buenas palabras para saciar la sed de libertad de los obreros y los campesinos fueron traicionadas.

Lenin y sus partidarios en el partido bolchevique denunciaron sin tregua la incapacidad del gobierno provisional y, más tarde, del gobierno de coalición formado por mencheviques, eseristas y kades, para evitar la catástrofe que se cernía sobre Rusia. La política de clase e internacionalista de Lenin desenmascaró las bases fraudulentas de esa coalición frentepopulista. Tan pronto como el 6 de marzo,¹⁴⁹ Lenin telegrafió desde Suiza a sus correligionarios instándoles a negar todo apoyo al gobierno provisional.

149. 19 de marzo, según el calendario occidental.

Lenin se apoyó en la experiencia viva de los acontecimientos para poner al día la teoría y las tareas del movimiento. Durante la revolución de febrero, el proletariado, junto con los soldados, había establecido, a través de los sóviets, un embrión de poder obrero paralelo, que los partidos reformistas habían subordinado a la burguesía. Fue la política reaccionaria del gobierno provisional la que aceleró la radicalización de los trabajadores, muchos de los cuales habían confiado previamente en la visión aterciopelada de la revolución suministrada por los mencheviques y los eseristas. Defendiendo que solamente una revolución socialista podía lograr una paz sin anexiones, la entrega de la tierra a los campesinos o el derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación, Lenin combatió intransigentemente a aquellos que querían constreñir el movimiento revolucionario a los límites de la “república democrática”, y esto incluyó a sectores de la propia dirección bolchevique. Su programa, que pronto se convertiría en la plataforma del partido bolchevique y de la revolución de Octubre, ha pasado a la historia con el nombre de las *tesis de Abril*.¹⁵⁰

‘¡TODO EL PODER A LOS SÓVIETS!’

La revolución fue una gran escuela para millones de obreros, campesinos y soldados. Los planes para la ofensiva militar en el frente occidental, las jornadas de Julio, la represión contra los bolcheviques, el intento de golpe fascista de Kornílov..., todos estos acontecimientos

150. Sus ideas esenciales se pueden resumir así: a) La guerra es imperialista, de rapiña. Es imposible una paz democrática sin derrocar el capitalismo. b) La tarea de la revolución es poner el poder en manos del proletariado y los campesinos pobres. Ningún apoyo al gobierno provisional. No a la república parlamentaria, volver a ella desde los sóviets es un paso atrás. Por una república de los sóviets de diputados obreros, campesinos y soldados. c) Supresión de la burocracia, el ejército y la policía. Armamento general del pueblo. d) Nacionalización de la tierra, poniéndola a disposición de los sóviets locales de jornaleros y campesinos. e) Nacionalización de la banca bajo control obrero. f) La revolución rusa es un eslabón de la revolución socialista mundial; hay que construir inmediatamente una nueva internacional revolucionaria, rompiendo con la Segunda.

Toda la producción política de Lenin entre abril y octubre de 1917 es una completa refutación de las teorías etapistas y frentepopulistas. Un documento destacado es su folleto *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla* (septiembre 1917).

terminaron por inclinar la balanza definitivamente a favor de la política de Lenin y Trotsky. El apoyo al partido y al programa de la revolución socialista creció irresistiblemente en los sóviets, los regimientos y el campo.

Los meses previos a la insurrección pusieron de manifiesto la importancia del *factor subjetivo* de la revolución, es decir, del partido y su dirección. La comprensión correcta de la situación del momento, la evaluación sobria de la correlación de fuerzas y la confianza en la clase obrera hicieron posible el triunfo de Octubre. La decisión final del comité central bolchevique fue la culminación de ese trabajo preparatorio. Después de que la mayoría de los sóviets obreros y campesinos, los regimientos y los cuarteles se hubieran pronunciado por el poder de los sóviets y contra el gobierno capitalista, las condiciones para la insurrección estaban maduras. En palabras de Lenin: “La historia no perdonará a los revolucionarios que puedan vencer hoy pero corren riesgo de perderlo todo si aguardan a mañana”.

El Comité Militar Revolucionario (CMR), organismo creado por los bolcheviques y encabezado por Trotsky cuya sede se encontraba en el Instituto Smolny, agrupaba a 200.000 soldados, 40.000 guardias rojos y decenas de miles de marineros. El 24 de octubre¹⁵¹, las tropas del CMR ocuparon puentes, estaciones, cruces, edificios... Veinticuatro horas después, el Palacio de Invierno estaba tomado y el gobierno de coalición, detenido. El último reducto del poder burgués había pasado a manos del CMR prácticamente de forma incruenta. Ese mismo día, el II Congreso de los Sóviets, con mayoría bolchevique y de los eseristas de izquierdas, tomaba el poder en sus manos y alumbraba el primer gobierno obrero de la historia. Los trabajadores, los campesinos y los soldados de Rusia habían dado el primer paso, habían enseñado a los obreros del mundo el camino a seguir, que era posible derrocar el capitalismo y empezar a construir una sociedad sobre nuevas bases.

“En el año 1917 —escribió León Trotsky—, Rusia pasaba por una crisis social muy grave. No obstante, sobre la base de todas las lecciones de la historia, uno puede decir con certeza que, de no haber sido por la existencia del Partido Bolchevique, la inconmensurable

151. Según el calendario juliano, vigente en Rusia en aquel entonces; 7 de noviembre según el calendario moderno.

energía revolucionaria de las masas se habría gastado infructuosamente en explosiones esporádicas y los grandes levantamientos habrían concluido en la más dura dictadura contrarrevolucionaria. La lucha de clases es el principal motor de la historia. Necesita un programa correcto, un partido firme, una dirección valiente y de confianza —no héroes de salón y de frases parlamentarias, sino revolucionarios dispuestos a ir hasta el final—. Esta es la principal lección de la revolución de Octubre”.¹⁵²

Lenin nunca concibió la posibilidad de construir el socialismo aisladamente en un país agrícola y atrasado como la Rusia de 1917, pero tampoco era fatalista: aunque las condiciones objetivas para el socialismo no estaban maduras en Rusia, la victoria abría con fuerza la perspectiva de la revolución en Europa, particularmente en los países capitalistas avanzados, como Alemania. En un escrito del 8 de noviembre de 1918, Lenin reafirmaba la perspectiva internacionalista del bolchevismo: “Desde el principio de la revolución de Octubre, nuestra política exterior y de relaciones internacionales ha sido la principal cuestión a la que nos hemos enfrentado. No simplemente porque desde ahora en adelante todos los estados del mundo están siendo firmemente atados por el imperialismo en una sola masa sucia y sangrienta, sino porque la victoria completa de la revolución socialista en un solo país es inconcebible y exige la cooperación más activa de por lo menos varios países avanzados, lo que no incluye a Rusia (...) Nunca hemos estado tan cerca de la revolución proletaria mundial de lo que estamos ahora. Hemos demostrado que no estábamos equivocados al confiar en la revolución proletaria mundial”.¹⁵³ El internacionalismo de los bolcheviques no venía dado por sentimentalismos vacíos. ¡Era una cuestión de vida o muerte!

Los bolcheviques consideraban la revolución rusa como una etapa de la revolución mundial. En consecuencia, el primer decreto del gobierno revolucionario fue una declaración a todos los pueblos del mundo en favor de un armisticio inmediato y de una paz democrática basada en la autodeterminación y la renuncia a las anexiones.

152. Trotsky: *Writings, 1935-36*. Pathfinder Press, New York, 1977, p. 166.

153. VVAA, *En defensa de la revolución de Octubre*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2007, p. 97.

Los bolcheviques publicaron inmediatamente los acuerdos secretos del gobierno de Kerensky con los aliados y rechazaron los territorios prometidos a Rusia.

Las noticias de la revolución rusa y las medidas iniciales del gobierno soviético se propagaron como la pólvora entre la clase obrera europea y en los frentes, causando una profunda conmoción entre los combatientes. La semilla de la rebelión germinó en todos lados. En 1917, un motín masivo afectó a 54 divisiones del ejército francés, y en diciembre empezó una oleada de huelgas que culminó, en el mes de mayo, con una marcha de 250.000 trabajadores sobre París. Las huelgas en Gran Bretaña durante 1918 implicaron a más de un millón de trabajadores. En enero de 1918, 700.000 obreros de Austria-Hungría participaron en una huelga general a favor de las propuestas de paz de los bolcheviques; en febrero, los marineros austro-húngaros se unieron a las protestas, tomando por un tiempo el control de la flota de guerra.

El triunfo de Octubre tuvo un impacto mundial de alcance histórico. En Alemania, lejos ya los días de las despedidas festivas y entusiastas, de los engalanados desfiles militares y de los discursos patrióticos, la recepción fue extraordinaria. Un sentimiento de rebelión se abrió paso también entre los obreros alemanes.

‘GUERRA A LA GUERRA’

Durante la guerra imperialista, Lenin, como era habitual cuando trataba de subrayar un hecho trascendental —en este caso la traición de la dirección socialdemócrata al proletariado y la necesidad de levantar una nueva internacional—, mantuvo una postura intransigente. Apeló al derrotismo revolucionario (“el mejor resultado es el triunfo de la burguesía enemiga”), propugnando la transformación de la guerra imperialista en guerra civil contra los capitalistas, y a la ruptura inmediata con la Segunda Internacional. Con esta postura pretendía educar a los cuadros en un espíritu internacionalista, rechazando toda política de colaboración con la burguesía y con el pacifismo pequeñoburgués de Kautsky y sus seguidores.

Igual que Lenin, Rosa Luxemburgo mantuvo una postura intransigente, de principios, contra la guerra imperialista. Su obra principal

de ese período, *La crisis de la socialdemocracia*, constituye una denuncia acerada de la bancarrota y la sumisión socialpatriotas a la política imperialista de la burguesía y el Estado Mayor, que radiografía en sus mínimos detalles, fijando como una meta irrenunciable la lucha por la paz entre los pueblos: “¡Guerra a la guerra!”.

Pero su postura no era pacifista ni neutral. En sus *Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional*, queda muy claro no sólo la crítica devastadora a los socialpatriotas y a los centristas (Kautsky, Haase y Cía.) o el llamamiento a un reagrupamiento de las fuerzas que se habían mantenido fieles al marxismo dentro de la Internacional, sino también que el parar la guerra sería el resultado de la movilización revolucionaria de los trabajadores europeos contra el imperialismo y el capitalismo.¹⁵⁴

Es cierto que, en este texto, Rosa Luxemburgo no planteó el problema de la lucha contra el centrismo con toda la amplitud necesaria o que creía imposibles nuevas guerras nacionales en la era del imperalismo, lo que le valió una dura crítica por parte de Lenin, pero las ideas de Rosa beben de la misma fuente que las del líder bolchevique.

El enorme entusiasmo con que Lenin recibió siempre los llamamientos, proclamas y artículos de Rosa Luxemburgo o Karl Liebknecht no era casualidad. Se sentía completamente identificado con la izquierda internacionalista alemana, en la que veía una de las columnas vertebrales de la nueva internacional revolucionaria. En su trabajo *El socialismo y la guerra*, Lenin escribe:

“No cabe la menor duda de que la situación en la oposición socialdemócrata alemana reviste el mayor interés para todos los internacionalistas (...) Es el primero de los grandes partidos europeos en el que alzaron su vigorosa voz de protesta los camaradas que permanecen fieles a la bandera del socialismo. Hemos leído con alegría las revistas *Lichtstrahlen* y *Die Internationale*. Y con mayor alegría aún nos hemos enterado de la difusión en Alemania de llamamientos revolucionarios ilegales, como por ejemplo el titulado *El enemigo principal está en casa* [escrito por Liebknecht]. Esto demuestra que el espíritu del socialismo vive entre los obreros alemanes, que en Alemania hay todavía hombres capaces de defender el marxismo revolucionario.

154. Ver Apéndice.

“La revista *Die Internationale* tenía toda la razón al afirmar que en la izquierda alemana todo se halla todavía en un proceso de fermentación, que deben producirse aún grandes reagrupamientos y que en su seno hay elementos más decididos y menos decididos.

“Nosotros, los internacionalistas rusos, no pretendemos, de ninguna manera, inmiscuirnos en los asuntos internos de nuestros camaradas de la izquierda alemana. Comprendemos que sólo ellos son verdaderamente competentes para definir sus métodos de lucha contra los oportunistas, de acuerdo con las condiciones de lugar y tiempo. Sólo estimamos que tenemos el derecho y el deber de expresar con franqueza nuestra opinión sobre la situación. Estamos convencidos de que el autor del artículo editorial de la revista *Die Internationale* tenía toda la razón al afirmar que el ‘centro’ kautskista causa más daño al marxismo que el socialchovinismo descarado. Quienes velan ahora las divergencias y predicán a los obreros, bajo una apariencia de marxismo, lo mismo que predica el kautskismo, adormecen a los obreros”.¹⁵⁵

En las cuestiones de fondo, las posturas de Lenin y de Rosa Luxemburgo convergían llamativamente.

LA RUPTURA CON LA SOCIALDEMOCRACIA

La guerra mundial planteó la cuestión de la nueva internacional con toda crudeza, abriendo un arduo debate en las filas de los internacionalistas. Y, como pasó con tantas discusiones, el estalinismo entresacó de los diferentes puntos de vista que se expresaron en aquellos años nuevas faltas que añadir al expediente contra Rosa Luxemburgo. Según los acusadores, Rosa tardó demasiado en romper con la vieja socialdemocracia y se negó a seguir el camino de Lenin.

Vale la pena detenerse un poco en esta cuestión. En primer lugar, hay que señalar que Lenin nunca consideró la escisión de los marxistas internacionalistas de la Segunda Internacional socialpatriota como un acto meramente organizativo. El método de Lenin era atraer a la mayoría de los trabajadores que seguían a las viejas

155. Lenin: *El socialismo y la guerra*, en *Obras Completas*, vol. 26, p. 359.

organizaciones socialdemócratas, incluidas las centristas, a la bandera marxista, con una política revolucionaria de clase consecuente, sin ultimátums, sin llamamientos sectarios, a través del trabajo paciente y enérgico en sus filas.

La Internacional Comunista celebró su congreso fundacional en marzo de 1919, casi un año y medio después del triunfo de la revolución de Octubre y de la aparición de tendencias pro bolcheviques de masas en el seno de numerosos partidos de la Segunda Internacional. Las manipulaciones sectarias del pensamiento de Lenin en este asunto ocultan la táctica que el líder bolchevique defendió para la construcción de las fuerzas del marxismo, de la Internacional Comunista, no separándose nunca de las masas e interviniendo en todos los ámbitos donde estas se expresan, para segar la hierba debajo de los pies de los reformistas. Antes de escribir sus opiniones en la polémica con los ultraizquierdistas en 1920, puso negro sobre blanco su punto de vista en 1915:

“A pesar de todo, en muchos países hay elementos socialdemócratas revolucionarios. Los hay en Alemania, en Rusia, en Escandinavia (la influyente tendencia que representa el camarada Höglund), en los Balcanes (el partido de los *tesniakí* búlgaros), en Italia, en Gran Bretaña (una parte del Partido Socialista Británico), en Francia (el propio Vaillant reconoció en *L'Humanité* que había recibido cartas de protesta de los internacionalistas, pero no publicó íntegramente ninguna de ellas), en Holanda (los tribunistas), etc. Y la tarea del día consiste en unir a estos elementos marxistas —por poco numerosos que sean al principio—, en recordar en su nombre las hoy olvidadas palabras del verdadero socialismo y exhortar a los obreros de todos los países a que rompan con los chovinistas y se agrupen bajo la vieja bandera del marxismo.

“Las conferencias en torno a los llamados programas de ‘acción’ se limitaban hasta ahora a proclamar más o menos íntegramente un programa de pacifismo a secas. El marxismo no es pacifismo. Es indispensable luchar por el cese más rápido de la guerra. Pero la reivindicación de la ‘paz’ sólo adquiere un sentido proletario cuando se llama a la lucha revolucionaria. Sin una serie de revoluciones, la pretendida paz democrática no es más que una utopía pequeñoburguesa. El único programa verdadero de acción sería un programa marxista que dé a las masas una respuesta completa y clara sobre lo que

ha pasado, que explique qué es el imperialismo y cómo se debe luchar contra él, que declare abiertamente que el oportunismo ha llevado la Segunda Internacional a la bancarrota y que llame abiertamente a fundar una internacional marxista sin los oportunistas y contra ellos. Sólo un programa así, que demuestre que tenemos fe en nosotros mismos y en el marxismo, y que declaramos al oportunismo una guerra a vida o muerte, podrá asegurarnos, tarde o temprano, la simpatía de las masas proletarias de verdad.

“A nuestro juicio, la Tercera Internacional debiera fundarse precisamente sobre esta base revolucionaria. Para nuestro Partido no existe el problema de si es oportuno o no romper con los socialchovinistas. Este problema ya lo ha resuelto de manera irrevocable. Para él sólo existe ahora la cuestión de realizar esa ruptura en un futuro inmediato, a escala internacional. Se comprende muy bien que para crear una organización marxista internacional es indispensable que en los distintos países exista la disposición a crear partidos marxistas independientes. Alemania, país del movimiento obrero más antiguo y poderoso, tiene una importancia decisiva. *El futuro inmediato dirá si ya han madurado las condiciones para crear la nueva internacional marxista.* Si es así, nuestro Partido ingresará con alegría en esa tercera internacional, depurada del oportunismo y del chovinismo. *Si no es así, ello querrá decir que esa depuración exige todavía una evolución más o menos larga. Y entonces nuestro Partido formará la oposición extrema en el seno de la antigua internacional, hasta que se cree en los diferentes países la base para una asociación internacional obrera que se sitúe en el terreno del marxismo revolucionario. No sabemos ni podemos saber cómo se desarrollarán las cosas en los próximos años sobre el plano internacional.* Pero lo que sabemos a ciencia cierta, y estamos firmemente convencidos de ello, es que nuestro Partido, en nuestro país, entre nuestro proletariado, trabajará sin descanso en esa dirección y, con toda su actividad cotidiana, creará la sección rusa de la internacional marxista”.¹⁵⁶

El problema no radicaba en que Rosa Luxemburgo se opusiera a una escisión mecánica y prematura del USPD. No hay nada rechazable en esta actitud de Rosa y sus camaradas. Como se demostró

156. *Ibíd.*, p 360. El subrayado es nuestro.

en noviembre de 1918, en las primeras etapas de la revolución las grandes masas de la clase obrera, la juventud y los soldados alemanes se dirigieron a sus organizaciones tradicionales, tanto el SPD como el USPD. La cuestión central que se ventilaba era cómo construir las fuerzas del marxismo. La tarea fundamental era dar cuerpo a una organización de cuadros, sólidamente implantada en las fábricas, los sindicatos y los partidos obreros de masas, imbuida del espíritu revolucionario necesario para combatir a los socialchovinistas con los métodos proletarios del marxismo y para ampliar su influencia hasta conquistar el apoyo de la mayoría de la clase obrera.

CRÍTICA DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Lenin tenía la absoluta convicción de que la revolución rusa sería la partera de la nueva internacional proletaria, y obligaría a los internacionalistas de toda Europa y del resto del mundo a romper definitivamente con los socialpatriotas y los conciliadores tipo Kautsky. No se equivocaba. En el caso de Alemania, la revolución de Octubre y el ejemplo de los bolcheviques causaron un tremendo impacto.

Todo lo que se ha escrito presentando a Rosa Luxemburgo como adversaria de los bolcheviques y extremadamente hostil a los “métodos” de la revolución rusa dista mucho de ser verdad. Los ejemplos de solidaridad política y de respeto mutuo entre los dos revolucionarios son abundantes, aunque hayan sido interesadamente enterrados por los estalinistas y los socialdemócratas. Como señala Trotsky: “En su artículo *Contribución a la historia del problema de la dictadura* (octubre de 1920), Lenin, refiriéndose a los problemas del Estado soviético y de la dictadura del proletariado planteados ya por la revolución de 1905, escribió: ‘Figuras tan destacadas del proletariado revolucionario y del marxismo no falsificado como Rosa Luxemburgo apreciaron en el acto la importancia de esta experiencia práctica e hicieron un análisis crítico de ella en asambleas y en la prensa’. Por el contrario, ‘hombres del tipo de los futuros ‘kautskianos’ (...) revelaron una incapacidad completa para comprender la importancia de esta experiencia’. En unas cuantas líneas, Lenin rinde plenamente el tributo de su reconocimiento a la

significación histórica de la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, lucha que él mismo estuvo lejos de evaluar inmediatamente en toda su importancia”.¹⁵⁷

Rosa Luxemburgo escribió un texto sobre la revolución rusa¹⁵⁸ con toda una serie de consideraciones críticas, que se convirtió, gracias a los manejos de los estalinistas y los socialdemócratas, en ariete de una leyenda que la presenta como una persona hostil al bolchevismo. Ese trabajo, realizado en condiciones extremadamente difíciles durante su confinamiento en la cárcel, sin mucha información a su disposición, sólo vio la luz una vez que fue asesinada, y por un acto de resentimiento político de Paul Levi, exdirigente de la Liga Espartaquista y del KPD, tras romper con la Internacional Comunista en 1922.¹⁵⁹

Lo que ocultan deliberadamente los autores de esta leyenda, incluidos algunos que desde posiciones anarquistas se quieren apropiar de su figura, es el acercamiento visible, y bastante consciente, de Rosa Luxemburgo al bolchevismo a medida que se desarrollaban los acontecimientos revolucionarios en Alemania. Pero no se trata de buscar ninguna justificación a lo que era una actitud de independencia de pensamiento, de búsqueda rigurosa de la verdad, aunque eso incluyese la comisión de errores. En este material crítico se puede observar, sin ningún género de ambigüedad, el apoyo entusiasta de Rosa Luxemburgo a los bolcheviques y al triunfo del Octubre soviético:

“La fortuna de la revolución rusa dependía por entero de los acontecimientos internacionales, y el hecho de que los bolcheviques hayan condicionado por completo su política a la revolución

157. Trotsky: *¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!* (ver Apéndice).

158. Se trata de *La revolución rusa*.

159. “Aquel célebre folleto crítico sobre la revolución rusa fue publicado póstumamente con intenciones polémicas por Paul Levi —un miembro de la Liga Espartaquista y del KPD alemán, luego disidente y reafiliado al SPD—. Cabe agregar que Rosa cambió de opinión sobre su propio folleto al participar ella misma en la revolución alemana. Sin embargo, aquel escrito fue utilizado para intentar oponer a Rosa frente a la revolución rusa y sobre todo frente a Lenin (de la misma manera que luego se repitió ese operativo enfrentando a Gramsci contra Lenin o, más cerca nuestro, al Che Guevara contra la Revolución Cubana). Se quiso de ese modo construir un luxemburguismo descolorido y ‘potable’ para la dominación burguesa” (Néstor Kohan, *Rosa Luxemburgo, una rosa roja para el siglo XXI*, Centro de Investigación Juan Marinello, La Habana, 2001 p. 109).

mundial del proletariado es, precisamente, el testimonio más brillante de su perspicacia, de la solidez de sus principios y de la audacia de su política (...)

“En tal situación, corresponde a los bolcheviques el mérito histórico de haber proclamado desde el principio y defendido con tenacidad férrea la única táctica que podía salvar a la democracia e impulsar progresivamente a las masas de obreros y campesinos, ponerlo en manos de los sóviets era, de hecho, la única salida a las dificultades en que se hallaba la revolución, era el tajo decisivo que permitiría cortar el nudo gordiano y ayudaría a sacar a la revolución del callejón sin salida, abriendo ante ella la perspectiva amplia de una expansión posterior sin límites. El partido de Lenin era, por tanto, el único que comprendía los intereses auténticos de la revolución en aquel período primero; era el elemento impulsor de la misma por ser el único partido que aplicaba una política verdaderamente socialista. Así se explica también que los bolcheviques, una minoría proscrita, calumniada y acosada por todos lados al principio de la revolución, pasaran en un tiempo mínimo a dirigirla, concentrando bajo sus banderas a todas las verdaderas masas populares. El proletariado urbano, el ejército, el campesinado, así como los elementos revolucionarios de la democracia y el ala izquierda de los eseristas (...)

“El partido de Lenin fue el único que comprendió el mandamiento y el deber de un partido auténticamente revolucionario, el único que aseguró el avance de la revolución gracias a la consigna: todo el poder para el proletariado y el campesinado. De esta forma han conseguido resolver los bolcheviques la cuestión famosa de la ‘mayoría del pueblo’, que atormenta como una pesadilla a los socialdemócratas alemanes. Discípulos fervientes del cretinismo parlamentario, se limitan a aplicar a la revolución las trivialidades de su casa cuna parlamentaria: si se quiere conseguir algo hay que tener antes la mayoría. Lo mismo sucede con la revolución: primero tenemos que ser una ‘mayoría’. Sin embargo, la verdadera dialéctica de la revolución invierte el sentido de esa banalidad parlamentaria: no es la mayoría la que lleva a la táctica revolucionaria, sino la táctica revolucionaria la que lleva a la mayoría. Únicamente un partido que sabe dirigir, o sea, impulsar hacia delante, se gana a los seguidores en su avance. La decisión con que Lenin y sus camaradas han dado en el momento preciso la única consigna progresiva de todo el poder al

proletariado y a los campesinos, han hecho que, casi de la noche a la mañana, su partido pase de ser una minoría perseguida, calumniada e ilegal, cuyo dirigente, como Marat, tenía que esconderse en los sótanos, a convertirse en el amo absoluto de la situación.

“Asimismo, los bolcheviques se han apresurado a formular, como objetivo de su toma del poder, el programa revolucionario más completo y de mayor trascendencia, es decir, no el afianzamiento de la democracia burguesa, sino la dictadura del proletariado a fin de realizar el socialismo. Así han ganado el mérito histórico imperecedero de haber proclamado por primera vez los objetivos finales del socialismo como programa inmediato de la política práctica. Lenin, Trotsky y sus camaradas han demostrado que tienen todo el valor, la energía, la perspicacia y la entereza revolucionaria que quepa pedir a un partido a la hora histórica de la verdad. Los bolcheviques han mostrado poseer todo el honor y la capacidad de acción revolucionarios [de que carece] la socialdemocracia europea; su sublevación de octubre no ha sido solamente una salvación real de la revolución rusa, sino que ha sido, también, la salvación del honor del socialismo internacional”.¹⁶⁰

Estas frases no dejan lugar a duda de la consideración abiertamente favorable de Rosa Luxemburgo hacia los bolcheviques y la revolución de Octubre. Sin embargo, el escrito también plantea discrepancias que deben tenerse en cuenta, pues en base a ellas se ha ido tejiendo la leyenda de una Rosa Luxemburgo antibolchevique y antileninista.

¿Cuáles eran las críticas que Rosa realizó a los bolcheviques en el poder? Los aspectos más relevantes son: 1) La política agraria. 2) La defensa de los bolcheviques del derecho de autodeterminación de las naciones. 3) La disolución de la Asamblea Constituyente. 4) La cuestión de la democracia y el Estado obrero.

Rosa Luxemburgo criticaba que los bolcheviques hubieran aplicado el programa agrario de los eseristas (reparto de la propiedad) y no el comunista (nacionalización y socialización de la tierra). Rosa expresaba así su postura: “la nacionalización de los latifundios, única que puede conseguir la concentración técnica progresiva de los

160. Luxemburgo: *La revolución rusa*, en *Obras Escogidas*, Ed. Ayuso, pp. 119, 123, 125.

medios y métodos agrarios de producción que, a su vez, ha de servir como base del modo de producción socialista en el campo. Si bien es cierto que no es preciso confiscar su parcela al pequeño campesino y que se puede dejar a su libre albedrío la decisión de aumentar su beneficio económico, primeramente mediante la asociación libre en régimen de cooperativa y, luego, mediante su integración en un conjunto social de empresa, también lo es que toda reforma económica socialista en el campo tiene que empezar con la propiedad rural grande y mediana; tiene que transferir el derecho de la propiedad a la nación o, si se quiere, lo que es lo mismo, tratándose de un gobierno socialista, al Estado, puesto que solamente esta medida garantiza la posibilidad de organizar la producción agrícola según criterios socialistas, amplios e interrelacionados (...) la consigna de ocupación y reparto inmediato de las tierras entre los campesinos, lanzada por los bolcheviques (...) no solamente no es una medida socialista, sino que es su opuesto, y levanta dificultades insuperables ante el objetivo de transformar las relaciones agrarias en un sentido socialista”.¹⁶¹

La crítica de Rosa era fundamentada pero, como solía decir Marx parafraseando al *Fausto* de Goethe: “la teoría es gris, pero el árbol de la vida es verde”. En condiciones favorables, la nacionalización de la tierra hubiera sido el medio más racional para elevar la productividad del trabajo en el campo y favorecer una rápida acumulación de excedente agrícola. De esta manera, qué duda cabe, se hubiera propiciado un rápido progreso de la economía socialista en su conjunto. Pero las condiciones de Rusia en 1917 no eran normales. La guerra había provocado una dislocación del aparato económico y los campesinos, que, hastiados de las promesas incumplidas por los eseristas y mencheviques, se habían sublevado a partir de agosto de 1917 contra los terratenientes, depositaron sus esperanzas en los bolcheviques. En esas circunstancias, para mantener la alianza revolucionaria con el campesinado era necesario mostrar la máxima determinación y dar respuesta a sus aspiraciones, y estas estaban centradas en la toma y el reparto de las tierras. Hacer otra cosa, en ese momento crucial, hubiese significado enajenar el apoyo del campesinado a la revolución.

161. *Ibíd.*, p. 127.

Lenin era perfectamente consciente de esta concesión (y de otras que también hubo que hacer), pero las entendía como un fenómeno temporal y fácilmente resolubles en la medida que el Estado obrero se consolidara y la revolución socialista se extendiera a la Europa industrial, especialmente a Alemania. De esta manera, el auxilio de las economías más avanzadas permitiría acabar con el atraso del campo ruso y, a través de la llegada de maquinaria agrícola, de técnicas modernas de explotación agropecuarias, de personal cualificado, se podría demostrarle al campesinado, en la práctica y no sólo en la teoría, que la colectivización y la socialización de la tierra ofrecían muchas más ventajas que inconvenientes.

El desarrollo posterior de los acontecimientos siguió el curso más adverso de los que Lenin podía haber previsto. Con el fracaso de la revolución europea y el aislamiento de la revolución rusa, el problema campesino se hizo recurrente y las tendencias pequeño-burguesas que el reparto de la tierra había alimentado, tal como Rosa había advertido en su escrito, se volvieron un obstáculo objetivo para el avance del socialismo. En el fondo, el problema seguía siendo el atraso material de la economía rusa y la imposibilidad de resolver esa contradicción en el marco nacional. El socialismo no se puede construir en un solo país.

Sobre la puesta en práctica por los bolcheviques del derecho a la autodeterminación de las nacionalidades oprimidas por el zarismo, la postura de Rosa no era más que una continuación de sus errores anteriores: “En lugar de prevenir a los proletarios para que vean en todo separatismo un puro ardid burgués, los bolcheviques han desorientado a las masas de todos los países periféricos con sus consignas y las han entregado a la demagogia de las clases burguesas; a través de esta reivindicación nacionalista, han preparado y ocasionado la propia desintegración de Rusia y, de este modo, han puesto en manos del enemigo el cuchillo que este hundiría en el corazón de la revolución rusa”.¹⁶²

Lenin ya había combatido estas posturas en su célebre libro *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, que arranca polemizando con Rosa Luxemburgo sobre el tema. Mientras Rosa interpretaba

162. *Ibíd.*, p. 134.

que esa reivindicación ayudaba a los intereses nacionalistas de la burguesía polaca, Lenin argumentaba lo contrario: que la defensa del derecho a la autodeterminación, unido a otros puntos programáticos, era precisamente la mejor manera de contrarrestar la influencia del nacionalismo burgués sobre las masas obreras y campesinas de las nacionalidades oprimidas.

Ahora bien, la defensa de Lenin del derecho a la autodeterminación, que incluye el derecho a la separación, es sólo una parte de la postura marxista sobre la cuestión nacional. Es importante remarcar que, para Lenin, el derecho a la autodeterminación no significaba alentar la independencia. Los bolcheviques luchaban de forma clara y rotunda contra cualquier opresión nacional y, al mismo tiempo, por la máxima unidad de la clase obrera:

“Acusar a los partidarios de la libertad de autodeterminación, es decir, de la libertad de separación, de que fomentan el separatismo es tan necio e hipócrita como acusar a los partidarios de la libertad de divorcio de que fomentan el desmoronamiento de los vínculos familiares. Del mismo modo que en la sociedad burguesa impugnan la libertad de divorcio los defensores de los privilegios y de la venalidad, en los que se funda el matrimonio burgués, negar en el Estado capitalista la libertad de autodeterminación, es decir, de separación de las naciones, no significa otra cosa que defender los privilegios de la nación dominante y los procedimientos policíacos de administración en detrimento de los democráticos (...)

“Los intereses de la clase obrera y de su lucha contra el capitalismo exigen una completa solidaridad y la más estrecha unión de los obreros de todas las naciones, exigen que se rechace la política nacionalista de la burguesía de cualquier nación. Por ello sería apartarse de las tareas de la política proletaria y someter a los obreros a la política de la burguesía, tanto el que los socialdemócratas se pusieran a negar el derecho a la autodeterminación, es decir, el derecho de las naciones oprimidas a separarse, como el que se pusieran a apoyar todas las reivindicaciones nacionales de la burguesía de las naciones oprimidas. Al obrero asalariado tanto le da que su principal explotador sea la burguesía rusa más que la alógena, como la burguesía polaca más que la hebrea, etc. Al obrero asalariado que haya adquirido conciencia de los intereses de su clase le son indiferentes tanto los privilegios estatales de los capitalistas rusos como

las promesas de los capitalistas polacos o ucranianos de instaurar el paraíso en la tierra cuando ellos gocen de privilegios estatales. El desarrollo del capitalismo prosigue y proseguirá, de uno u otro modo, tanto en un estado heterogéneo unido como en estados nacionales separados”.¹⁶³

Sin una lucha consecuente contra la opresión nacional, sin un programa cuyos fundamentos se encuentran en *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, para los bolcheviques hubiera sido imposible ganar a las masas de las nacionalidades oprimidas —en su mayoría campesinas— para la causa de la revolución socialista, y por lo tanto hubiera sido muy difícil que el Octubre soviético hubiera triunfado. Así, las tesis de Lenin sobre la cuestión nacional superaron la prueba de la práctica. Con toda razón, Trotsky escribió en su *Historia de la revolución rusa* que “cualesquiera que sean los destinos ulteriores de la Rusia soviética (...) la política nacional de Lenin entrará para siempre en el patrimonio de la humanidad”.

Pero lo peor de la crítica de Rosa Luxemburgo estaba reservado a la defensa de la democracia abstracta en la revolución. Rosa tenía información muy parcial y carecía de datos veraces sobre las acciones de los mencheviques y eseristas contra el poder revolucionario y la colaboración de muchos de sus dirigentes con los generales blancos. En muchos casos, los párrafos de este apartado de su obra han sido divulgados por los partidos socialdemócratas como la “prueba” definitiva del “espíritu democrático” del socialismo luxemburguista, frente al autoritarismo leninista que ya “presagiaba” lo que ocurriría después bajo el estalinismo.

La otra diferencia de Rosa Luxemburgo con los bolcheviques, que ha sido muy celebrada por los defensores de la democracia burguesa, fue su crítica a la disolución de la Asamblea Constituyente. “Es un hecho innegable —escribe Rosa— que, hasta la victoria de octubre, Lenin y sus camaradas estuvieron exigiendo, con toda intransigencia, la convocatoria de una asamblea constituyente y que, precisamente, la política dilatoria del gobierno de Kerensky en este aspecto daba pies a las acusaciones de los bolcheviques, formuladas con

163. Lenin: *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, en *Marxismo Hoy* nº 6, FUNDA-
CIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 1999.

los improprios más vehementes. En su interesante obra *De la revolución de Octubre hasta el tratado de paz de Brest*, Trotsky llega a decir que la rebelión de octubre había sido precisamente ‘una salvación para la constituyente’ y para la revolución en general. ‘Y cuando nosotros decíamos —continúa— que el camino hacia la asamblea constituyente no pasaba por el preparlamento de Tsereteli, sino por la conquista del poder por los sóviets, teníamos toda la razón’. Sin embargo, después de todas estas declaraciones, el primer paso de Lenin, después de la revolución de Octubre, resulta ser el desmembramiento de esa misma asamblea constituyente que había de traer la propia revolución”.¹⁶⁴

Rosa proponía una suma de los sóviets (los órganos del poder obrero) más la Asamblea Constituyente (un órgano institucional burgués), lo que en esencia significaba reproducir el doble poder que había existido entre febrero y octubre: “Los sóviets son la base, pero también lo son la constituyente y el derecho al sufragio universal”.¹⁶⁵ La lucha por la Asamblea Constituyente era una consigna democrático-burguesa, pero esa fase de la revolución había sido ampliamente superada con el triunfo de octubre.

Irónicamente, este aspecto de la controversia se le presentó a Rosa en “términos alemanes”. Cuando la revolución avanzaba después del levantamiento de noviembre de 1918 y los dirigentes socialdemócratas oponían la consigna de “Asamblea Constituyente” a la de “República socialista de los consejos” propugnada por los espartaquistas, Rosa denunció la postura de los dirigentes centristas del USPD, que, pretendiendo contentar a todos, lanzaron el lema “Consejos obreros y asamblea nacional”: “Quienquiera que ruegue por una Asamblea Nacional —escribió Rosa en un artículo el 20 de noviembre de 1918— está degradando, consciente o inconscientemente, la revolución al nivel histórico de una revolución burguesa; es un agente camuflado de la burguesía o un representante inconsciente de la pequeña burguesía”.

La polémica sobre este asunto volvió a reproducirse en el congreso fundacional del Partido Comunista de Alemania, en diciembre de 1918. En ese momento Rosa ya no cuestionaba la disolución de la

164. Luxemburgo: *La revolución rusa*, p. 136.

165. *Ibid.*, p. 141.

Asamblea Constituyente en Rusia por parte de los bolcheviques, pero sí alertó a los militantes comunistas alemanes de querer realizar una mala copia de las tácticas bolcheviques al exigir la disolución y el boicot a la Asamblea Constituyente convocada por Ebert y Scheidemann, sin antes contar con unos sóviets (consejos) dirigidos por los comunistas y un gobierno revolucionario como el de Lenin y Trotsky en Rusia.

Estas críticas, que hemos tratado sucintamente, por lo que animamos a leer el texto al completo, no impidieron que Rosa Luxemburgo afirmase que la mayor parte de las carencias manifestadas por los bolcheviques había que achacarlas al aislamiento de la revolución rusa y que, a este respecto, la socialdemocracia internacional era la principal responsable. Ese es el aspecto esencial, que Rosa no dejó de remarcar y que algunos, muy interesadamente, omiten:

“Los bolcheviques han demostrado que son capaces de hacer todo lo posible para un partido verdaderamente revolucionario al límite de las posibilidades históricas. Nadie debe pedirles milagros; porque un milagro sería que se pudiera realizar una revolución proletaria modélica irreproachable en un país aislado, agotado por la guerra mundial, agobiado por el imperialismo (...) Lo importante es distinguir lo esencial de lo no esencial, el meollo de lo ocasional, en la política de los bolcheviques (...) El problema más importante del socialismo no es esta o aquella cuestión menor de la táctica, sino la capacidad de acción del proletariado, la energía de las masas, la voluntad de poder del socialismo como tal. En ese sentido, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los *primeros*, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: ¡Yo osé! (...) Este es el aspecto esencial y perenne de la política de los bolcheviques, a los que corresponde el mérito histórico imperecedero de mostrar el camino al proletariado mundial en lo relativo a la conquista del poder político y los temas prácticos de la realización del socialismo, así como de haber impulsado poderosamente el enfrentamiento entre el capital y el trabajo en todo el mundo (...) En este sentido, el futuro pertenece en todas partes al ‘bolchevismo’”.¹⁶⁶

166. *Ibíd.*, p. 147.

Unos meses después de escribir estas líneas, Rosa Luxemburgo fue liberada de prisión y se volcó con todas sus energías en el proceso revolucionario. La experiencia práctica de aquellas jornadas gloriosas le suministró nuevos enfoques y argumentos. Había reflexionado profundamente y sus posturas fueron cambiando. Cuando la mayoría de sus viejos camaradas de armas en el SDKPiL estaban ya trabajando estrechamente con los bolcheviques, uno de los dirigentes polacos que más relación había tenido con Rosa, Warszawski, le interrogaba sobre el poder soviético. En su carta de respuesta, fechada en noviembre de 1918, Rosa escribió lo siguiente:

“Si nuestro partido [en Polonia] está entusiasmado con el bolchevismo y al mismo tiempo se ha manifestado contrario a la paz de Brest y a su agitación con la consigna ‘autodeterminación de los pueblos’, se trata de entusiasmo aparejado con sentido crítico. ¿Qué más podemos pedir? Yo también he compartido todas tus reservas y dudas, pero las he abandonado en las cuestiones más importantes, y en otras no he llegado tan lejos como tú. Es cierto que el terrorismo* denota una gran debilidad, pero va dirigido contra los enemigos internos que basan sus esperanzas en la subsistencia del capitalismo fuera de Rusia y que reciben de él apoyo y ánimos. Si se produjese la revolución europea, los contrarrevolucionarios rusos no sólo perderán este apoyo, sino también —cosa mucho más importante— el valor. El terror bolchevique es ante todo una manifestación de la debilidad del proletariado europeo. Es cierto que la situación agraria creada es el punto más grave y peligroso para la revolución rusa. Pero aquí también se aplica esa gran verdad de que la revolución más grande sólo puede llevar a cabo aquello que está maduro. Esta herida sólo puede ser curada a través de la revolución europea. ¡Y esta llegará!”.¹⁶⁷

Paul Nettl, el autor de una de las biografías más completa y detallada de la revolucionaria polaca, también da su opinión al respecto: “[Rosa Luxemburgo] siempre había postulado con la mayor energía que muchos de los malos aspectos de la revolución rusa se fundirían en el crisol de una revolución europea; el advenimiento de esa revolución alteraba automáticamente el contexto de la mayoría de

* Alusión al *terror rojo*, la represión contra el terrorismo blanco desatado tras el triunfo de la revolución rusa.

167. Citado en Frölich, p 357.

sus observaciones. Con eso, los problemas que le habían preocupado en el verano de 1918 cesaban de ser tan importantes. El caso es que todas las pruebas señalan que estaba dispuesta y ansiosa por colaborar con los rusos, por aprender de su experiencia y agitar lo más vigorosamente que le fuera posible a favor de un enlace entre la Rusia revolucionaria y la Alemania revolucionaria”.¹⁶⁸

UN ÁGUILA DEL SOCIALISMO

Hasta el triunfo de la reacción estalinista, el bolchevismo se caracterizó por una intensa y fecunda discusión ideológica. La idea de un partido monolítico apoyado en un régimen interno asfixiante, en el que la dirección se arroja de una aureola de infalibilidad y el culto a la personalidad es el eje de la vida partidaria, es una caricatura forjada en una tradición ajena por completo al marxismo y el leninismo. Evidentemente, la escuela de falsificación estalinista se encargó también de manipular y tergiversar el pensamiento de Rosa, hasta llegar a proscribirlo en la URSS bajo la acusación de “desviación trotskista”.

Las referencias negativas de Stalin hacia Rosa Luxemburgo no dejaron de reproducirse y utilizarse en todas las secciones de la Internacional Comunista burocratizada siempre que fue necesario sacar el “bastón de mando” para golpear a algún adversario. En un artículo de 1931, Stalin afirma sin escrúpulos:

“En 1905 se desarrollaron las discrepancias entre bolcheviques y mencheviques en Rusia sobre el carácter de la revolución rusa. Los bolcheviques defendían la idea de la alianza de la clase obrera con los campesinos bajo la hegemonía del proletariado. Los bolcheviques afirmaban que se debía ir hacia la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos, con el fin de pasar inmediatamente de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista, asegurándose el apoyo de los campesinos pobres. Los mencheviques en Rusia rechazaban la idea de la hegemonía del proletariado en la revolución democrático-burguesa. A la política de

168. Nettl, p. 526.

alianza de la clase obrera con los campesinos, preferían la política de componendas con la burguesía liberal, y tildaron la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos de esquema reaccionario blanquista, en pugna con el desarrollo de la revolución burguesa. ¿Qué actitud adoptaron respecto a estas discusiones los izquierdistas de la socialdemocracia alemana, Parvus y Rosa Luxemburgo? Inventaron un esquema utópico y semimenchevique de revolución permanente (imagen deformada del esquema marxista de la revolución) penetrado hasta la médula por la negación menchevique de la alianza entre la clase obrera y los campesinos, y lo contrapusieron al esquema bolchevique de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos. Más tarde, este esquema semimenchevique de la revolución permanente fue adoptado por Trotsky (y en parte por Mártov) y convertido en arma de lucha contra el leninismo”.¹⁶⁹

Se ha escrito mucho sobre las divergencias “irreconciliables” entre Rosa Luxemburgo y Lenin, pero un estudio serio y libre de prejuicios, tanto de su obra como de su militancia, no puede sino llevarnos a una conclusión: existe una comunidad incuestionable en el pensamiento político y la acción revolucionaria de ambos. Lenin jamás dudó de esto y siempre consideró a Rosa Luxemburgo una dirigente única del marxismo internacional.

Un veterano dirigente de la izquierda italiana, Lelio Basso, fundador del Partido Socialista de Unidad Proletaria en 1963, escribió un libro sobre el pensamiento de Rosa Luxemburgo. En la presentación, refiere un hecho que es mucho más que una simple anécdota: “En cuanto al grado de consideración que Lenin tenía por Rosa Luxemburgo, puede constatarse fácilmente por la presencia de gran cantidad de escritos luxemburguistas en su biblioteca, cuyo catálogo se ha publicado recientemente en Moscú [ofrece una larga y detallada lista de los escritos de Rosa presentes en la biblioteca de Lenin] (...) Había, en fin, otros ensayos de Rosa Luxemburgo comprendidos en recopilaciones de varios autores, dos volúmenes escritos en su honor y publicados respectivamente en Petrogrado en 1919 y en Moscú

169. Stalin: *Sobre algunas cuestiones de la historia de bolchevismo*. www.marxists.org/espanol/stalin/1930s/sta1931.htm

en 1921 (el primero también en honor de Liebknecht), una bibliografía rusa sobre Rosa Luxemburgo y Liebknecht, publicada en Petrogrado en 1922, un volumen de Zetkin sobre Rosa Luxemburgo, traducciones polacas, etc. Al menos doce de dichos volúmenes estaban en el despacho de trabajo de Lenin, o sea, entre los volúmenes que Lenin tenía siempre al alcance de la mano”.¹⁷⁰

Para terminar. Lenin sabía muy bien lo que decía cuando se refería a Rosa Luxemburgo. Su bagaje teórico le permitía ver su grandeza y no obviar sus faltas, pero lo hacía a la manera de un revolucionario:

“Paul Levi quiere hacer buenas migas con la burguesía —y en consecuencia con sus agentes, las internacionales Segunda y Segunda y Media— publicando los escritos de Rosa Luxemburgo en los que ella se equivocó. A esto responderemos con una frase de una vieja fábula rusa: ‘A veces las águilas vuelan más bajo que las gallinas, pero una gallina jamás podrá elevarse tan alto como un águila’. Rosa Luxemburgo se equivocó respecto de la independencia de Polonia; se equivocó en 1903 en su análisis del menchevismo; se equivocó en la teoría de la acumulación de capital; se equivocó en junio de 1914 cuando, junto con Plejánov, Vandervelde, Kautsky y otros, abogó por la unidad de bolcheviques y mencheviques; se equivocó en lo que escribió en prisión en 1918 (corrigió la mayoría de estos errores cuando salió en libertad). Pero a pesar de sus errores fue —y para nosotros sigue siendo— un águila. Y no solamente su recuerdo será siempre venerado por los comunistas de todo el mundo, sino que su biografía y la edición de sus obras completas (en lo que los comunistas alemanes se retrasan inexplicablemente, lo que en parte se puede disculpar pensando en la insólita cantidad de víctimas que han registrado en su lucha) representarán una valiosa lección para la educación de muchas generaciones de comunistas de todo el mundo. ‘Desde el 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana es un cadáver putrefacto’. Esta frase hará famoso el nombre de Rosa Luxemburgo en la historia del movimiento obrero”.¹⁷¹

170. Basso: *El pensamiento político de Rosa Luxemburgo*, p. 8.

171. Lenin: *Notas de un periodista*, en *Collected Works*, vol. XXXIII. El texto es de febrero de 1922 y apareció por primera vez en el *Pravda* n° 86, del 16 de abril de 1924.

V. ALEMANIA EN REVOLUCIÓN

El año 1917 marcó un cambio trascendental en el rumbo de la guerra y de las relaciones entre las clases. Del frente occidental sólo llegaban noticias adversas para el Estado Mayor del káiser: más de 240.000 soldados alemanes murieron en Verdún entre febrero y diciembre de 1916. En casa, la situación económica y política continuaba deteriorándose. La cosecha de patatas fue ese año la mitad de la de antes de la guerra, mientras el acaparamiento y el mercado negro llenaban los bolsillos de los especuladores. La miseria y la escasez se propagaban en los barrios obreros para indignación de sus pobladores y de los soldados que regresaban de permiso, pero los grandes burgueses no dejaban de vivir en la opulencia más obscena.

LA REVOLUCIÓN NO CONOCE FRONTERAS

Los paralelismos con la vida cotidiana de las principales ciudades de Rusia eran notables, y no eran pocos los que pensaban que Alemania se encaminaba a una explosión similar. Desde los ministros del Reich hasta los burócratas sindicales, las referencias y declaraciones sobre la revolución rusa y las posibilidades de su contagio en Alemania se sucedían. Pierre Broué lo describe así: “En el consejo de ministros, el titular de Interior habla del ‘efecto embriagante de la revolución rusa’ y el subsecretario de Estado, Helfferich, al informar acerca de sus entrevistas con los dirigentes de los sindicatos, declara que según estos ‘la agitación que suscitan las dificultades de abastecimiento y el movimiento revolucionario en Rusia pueden provocar una tormenta tal, que el gobierno no podría controlarla”.

Las advertencias de los dirigentes sindicales socialpatriotas no eran bravuconadas. Los informes policiales, siempre pendientes de los cambios en el estado de ánimo de los obreros, corroboraban esa visión. Pierre Broué sigue con la descripción: “Un informe del prefecto de policía al comandante militar de Berlín, fechado el 23 de febrero, declara: ‘Actualmente, casi todos los militantes sindicales del metal que se imponen en las fábricas, son miembros de la oposición, y una gran parte del grupo Spartakus, que ha tomado por consigna ‘Poner fin a la guerra mediante las huelgas’ (...) Frente a la potencia de los militantes sindicales extremistas, los dirigentes sindicalistas Cohen y Siering son impotentes y contrarios a someterse, pues su situación y su reelección está en juego. De este modo Siering actúa ahora en el mismo sentido que estos extremistas, promoviendo agitación en el curso de diversas reuniones (...) lo que le vale la simpatía de los extremistas’”.¹⁷²

Un cúmulo de circunstancias preparó el estallido del movimiento huelguístico de abril de 1917, en el que el ejemplo de los obreros rusos cobró especial relevancia para la propaganda revolucionaria. En Berlín, los espartaquistas editaron volantes reivindicando la revolución rusa como el camino para fundar la república democrática, y lo mismo ocurrió en Leipzig, Hamburgo, Bremen o Núremberg. En la capital, la vanguardia de los trabajadores, aglutinada en torno a los delegados revolucionarios, se preparó para un salto de envergadura. En opinión de sus dirigentes, el momento para una movilización de masas, para una gran demostración contra la guerra, estaba maduro. Para hacer su llamamiento a la lucha eligieron el 15 de abril, día en que se iba a celebrar una asamblea general convocada por el sindicato del metal. Pero dos días antes, Richard Müller, uno de los líderes más reconocidos de los delegados revolucionarios, fue detenido, en un intento de parar la acción.

La iniciativa de Berlín no fue la única. En Leipzig, el movimiento se había puesto en marcha con manifestaciones de mujeres en contra del desabastecimiento. Eran muchas las señales del descontento acumulado pero el gobierno no se amilanó y reaccionó reduciendo el suministro semanal de pan de 1.350 a 450 gramos por

172. Broué, pp. 115-116.

persona. La noticia, una descarada provocación, exasperó aún más a los trabajadores y a sus mujeres. En Berlín, el ambiente de indignación en la asamblea de metalúrgicos obligó a los dirigentes sindicales reformistas a adelantarse a los delegados revolucionarios, convocando para el 16 de abril una huelga contra el desabastecimiento y la reducción de las raciones; los delegados revolucionarios propusieron su extensión hasta lograr la liberación de Richard Müller.

La movilización de los metalúrgicos alarmó al aparato socialdemócrata; chocaba con su política de paz social y dejaba al descubierto su postura rompehuelgas de los últimos años. Para curarse en salud, el *Vorwärts* lanzó una advertencia contra los agitadores y extremistas, poniendo a los trabajadores en guardia contra aquellos que querían convertir la “lucha por la paz” en un asalto revolucionario. Pero la prevención de la dirección socialdemócrata cayó en saco roto. Los trabajadores ya habían tomado una dosis demasiado grande de su medicina y la movilización adquirió una dimensión formidable.

El 16, la huelga fue un completo éxito en Berlín, con más de 300 empresas y unos 300.000 trabajadores implicados. La acción se extendió rápidamente a Leipzig, con un esquema similar: los delegados más radicales y los espartaquistas distribuyeron octavillas manuscritas llamando a la lucha, y la dirección reformista de los sindicatos se vio obligada a ponerse a la cabeza, para no ser superada. Al mediodía, el paro era generalizado y más de 15.000 metalúrgicos se concentraban en una de las principales plazas de la ciudad. La trascendencia de la movilización de Leipzig fue grande. La asamblea obrera aprobó una resolución en la que, además de demandar el aumento de las raciones de alimentos y de carbón, formulaba seis reivindicaciones políticas de gran calado:

- 1) Una declaración del gobierno en favor de una paz sin anexiones.
- 2) La supresión de la censura.
- 3) El levantamiento del estado de sitio.
- 4) La abolición de la ley de movilización obligatoria de trabajadores.
- 5) La liberación de los presos políticos.
- 6) El sufragio universal en elecciones a todos los niveles.

“La asamblea —escribe Pierre Broué— decide que la resolución debe ser entregada en mano al canciller, en Berlín, por una comisión elegida allí mismo por aclamación, que comprende dos responsables del sindicato de los metalúrgicos y tres representantes del Partido Socialdemócrata Independiente”.¹⁷³

La situación se complicó para los dirigentes sindicales y también para el gobierno. Unos y otros se necesitaban mutuamente en esos momentos, pero los líderes socialpatriotas temían, con razón, una reacción violenta desde el Estado Mayor que les debilitara aún más, que les hiciera perder una parte importante de su peso entre la base militante de los sindicatos y en general en las fábricas. Scheidemann y otros dirigentes insistieron a las autoridades ansiosamente para que no respondieran con violencia, a pesar de tratarse de reivindicaciones políticas prohibidas por la legislación de excepción vigente; también solicitaron que recibieran a la comisión elegida. Por su parte, los delegados revolucionarios de Berlín reclamaron la continuidad de la lucha hasta la liberación de Richard Müller y los espartaquistas se sumaron llamando a los trabajadores de la capital a hacer suyas las reivindicaciones de sus compañeros de Leipzig.

En tales circunstancias, las autoridades militares mostraron el primer signo de debilidad importante desde el inicio de la guerra: aceptaron recibir a una delegación berlinesa de los obreros en huelga, aunque compuesta mayoritariamente de representantes reformistas, y liberar a los dirigentes detenidos. A la vuelta de la reunión, se suscitó un acalorado debate con los delegados revolucionarios que participaban en el comité de huelga, que insistían en adherirse a las exigencias del manifiesto de Leipzig; los miembros de la delegación apelaron a deponer la huelga, seguros de que se dejaría en libertad a Richard Müller. Después de un virulento debate con posturas muy enfrentadas, los reformistas ganaron la votación por un margen muy estrecho. La huelga fue levantada oficialmente el 18, mientras la delegación de Leipzig, que también había sido recibida en Berlín, regresó con un planteamiento similar para acabar con el conflicto. Pero una vez que el movimiento se había puesto en marcha, no era tan fácil pararlo.

173. *Ibíd.*, p. 120.

La llamada a la normalidad no impidió que las asambleas se sucedieran en las principales empresas de Berlín; en muchas tomaron la palabra diputados del USPD, apelando a continuar la lucha. En los siguientes días, más de 50.000 trabajadores de las fábricas más emblemáticas de la capital seguían en huelga, denunciando lo que consideraban una traición por parte de sus dirigentes sindicales. En ese momento, en numerosas asambleas apareció una consigna clave: “¡Elección de consejos obreros!”. El ejemplo de la revolución rusa, de los sóviets, empezaba a prender en la conciencia de los obreros más avanzados. “Los huelguistas de la DWM eligen un comité de huelga que dirigen los delegados revolucionarios Franz Fischer y Bruno Peters. Los de la Knorr-Bremse, después de cinco horas de discusión, ponen en primer plano de sus reivindicaciones la liberación de Karl Liebknecht. Eligen un consejo obrero que preside el revolucionario Paul Scholze y que lanza enseguida una llamada para la elección de consejos obreros en todas las fábricas”.¹⁷⁴

El movimiento no logró mantenerse. Todavía eran una minoría los trabajadores implicados, pero lo significativo de las huelgas de abril, a pesar del aparente control de los líderes conciliadores, fue la ruptura con la dinámica precedente, se perdía el miedo y los obreros empezaban a confiar en sus propias fuerzas. Las concesiones parciales de las autoridades militares les habían dado una señal muy precisa: cosechar victorias, incluso más importantes, no era una fantasía.

La experiencia de las huelgas de abril de 1917 caló hondo y sirvieron de punto de partida para dar un paso de gigante en la siguiente oleada. Por otra parte, la actuación de los diputados del USPD les granjeó una autoridad y un reconocimiento nada desdeñable entre los obreros más combativos. La realidad confirmaba las opiniones de Rosa Luxemburgo respecto a las posibilidades del nuevo partido.

Los acontecimientos alemanes de 1917 iban entretejiéndose con los de la revolución rusa. Las huelgas de Berlín y Leipzig coincidieron con la reorientación del Partido Bolchevique ya bajo la dirección directa de Lenin. La llegada de Lenin a Petrogrado en abril implicó una completa transformación del eje político del bolchevismo.

174. *Ibíd.*, p. 121.

Oponiéndose a la política de colaboración con la burguesía y con los imperialistas de la Entente, combatiendo cualquier ilusión en el gobierno provisional, Lenin rompió por abajo con la atmósfera de unidad que se respiraba en la cúspide política, experta en el arte del disimulo y el engaño a las masas.

Antes de retornar a Rusia, Lenin tenía puesta la vista en Alemania y en la probabilidad de que los acontecimientos allí siguieran también un curso revolucionario. A su llegada a la estación de Finlandia de Petrogrado, donde fue recibido por miles de trabajadores y por una delegación oficial que incluía a los dirigentes socialpatriotas del sóviet, Lenin rindió tributo a Karl Liebknecht. El relato del menchevique Sujánov, que Trotsky cita en su *Historia de la revolución rusa*, no tiene desperdicio:

“De pie en medio del salón, parecía como si todo lo que estaba ocurriendo allí no tuviera nada que ver con él. Miraba a derecha e izquierda, se fijaba en los que le rodeaban, clavaba los ojos en el techo, arreglaba el ramo de flores, ‘que armonizaba muy mal con su aspecto’, y después, volviendo completamente la espalda a la delegación del Comité Ejecutivo [del Sóviet de Petrogrado], ‘contestó’ del modo siguiente: ‘Queridos camaradas, soldados, marineros y obreros. Me siento feliz al saludar en vosotros la revolución rusa triunfante, al saludaros como a la vanguardia del ejército proletario internacional (...) No está lejos ya el día en que, respondiendo al llamamiento de nuestro camarada Karl Liebknecht, los pueblos volverán sus armas contra sus explotadores capitalistas (...) La revolución rusa, hecha por vosotros, ha iniciado una nueva era. ¡Viva la revolución socialista mundial!’.”¹⁷⁵

EL IMPACTO DEL BOLCHEVISMO

Como en todos los países beligerantes, las noticias de la revolución de Octubre llegaron a Alemania filtradas por la propaganda gubernamental, siempre hostil y distorsionada. Los elementos socialpatriotas,

175. Trotsky: *Historia de la revolución rusa*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2007, vol. I, p. 237.

y también los centristas, no podían ocultar su perplejidad. El hecho de que al principio rebajaran su oposición a los bolcheviques y que alabaran con gesto torcido la revolución demostraba que las simpatías de los obreros alemanes estaban del lado bolchevique.

El 12 de noviembre, el periódico del USPD *Leipziger Volkszeitung* habló de la revolución de Octubre en los siguientes términos: “En Rusia, el proletariado ha tomado el poder político: es un acontecimiento de significación mundial”. Dos días más tarde, señalaba: “Nosotros, proletarios alemanes, estamos de todo corazón, en estas horas, con nuestros camaradas rusos en el combate. Luchan también por nuestra causa. Son la vanguardia de la humanidad, la vanguardia de la paz”.¹⁷⁶ Pero estas palabras ocultaban en realidad una profunda divergencia en el seno del USPD. Los más derechistas de la dirección, incluyendo a Kautsky y Bernstein, pronto empezaron con su particular campaña de calumnias y descalificaciones contra los bolcheviques. Argumentaban constantemente, sacando a relucir su pátina de sabios teóricos, que la experiencia rusa no era un modelo a seguir en la democrática y civilizada Alemania.

Sólo Rosa Luxemburgo, Liebknecht y los espartaquistas dieron su apoyo entusiasta al nuevo poder soviético. Pierre Broué incide en esta cuestión: “Franz Mehring, como ‘decano’, dirige el 3 de junio de 1918 una *carta abierta* a los bolcheviques en la que se declara solidario de su política. Critica ferozmente la perspectiva [del USPD] de reconstruir la socialdemocracia de antes de la guerra y la califica de ‘utopía reaccionaria’. Se pronuncia por la construcción de una nueva Internacional y formula una autocrítica: ‘Nos hemos equivocado sobre un solo punto: precisamente cuando después de la fundación del partido [socialdemócrata] independiente (...) nos hemos unido a él a nivel organizativo, con la esperanza de impulsarlo adelante. Esta esperanza hemos tenido que abandonarla’. Desarrolla más ampliamente las mismas tesis en una serie de artículos titulados *Los bolcheviques y nosotros*, publicados a partir del 10 de junio de 1918 en *Leipziger Volkszeitung*. Haciendo referencia a los análisis de Marx sobre la Comuna de París, se dedica a demostrar que la acción de los bolcheviques se sitúa en esta perspectiva, la dictadura del proletariado

176. Broué, p. 127.

se ha realizado en Rusia bajo la forma del poder de los sóviets, pudiendo y debiendo serlo en Alemania por la de los consejos obreros, instrumentos para la toma del poder por los trabajadores. En la perspectiva de la revolución mundial, plantea la cuestión de la necesaria edificación de una nueva Internacional, en torno al Partido Bolchevique”.¹⁷⁷

Desde que ocuparon el poder, los bolcheviques consideraron la obra de los trabajadores rusos en octubre de 1917 como el inicio de la revolución mundial. Nunca se hicieron otra idea ni otro cálculo, y todas sus acciones se subordinaron a ese objetivo: lograr las mejores condiciones para la extensión y el triunfo revolucionario en Europa. En esa perspectiva, la revolución alemana era de una importancia decisiva, además de representar la garantía para la supervivencia de la dictadura del proletariado en Rusia, un país pobre, con una amplia base campesina y destrozado económicamente por la guerra.

Teniendo en cuenta que en 1917 había en suelo ruso dos millones de prisioneros de guerra, entre ellos 165.000 soldados y 2.000 oficiales alemanes, la actitud de los bolcheviques hacia esta masa humana fue decidida. Su compromiso internacionalista no era una declaración vacía o un recurso retórico al que sacaban brillo en las celebraciones y congresos. Desde las jornadas de abril en Petrogrado, en todos los grandes acontecimientos de la revolución los bolcheviques habían movilizado a los prisioneros de guerra alemanes y de otras nacionalidades, los habían integrado por miles en sus campañas de agitación internacionalista, y no pocos de ellos se habían convertido en comunistas convencidos. El papel que estos hombres jugaron cuando fueron repatriados a Alemania y otros países fue considerable, y miles de ellos se situaron en la vanguardia de la lucha revolucionaria, nutriendo las filas de los partidos comunistas que nacieron al poco tiempo.

La declaración bolchevique de una paz justa sin anexiones causó sensación entre los prisioneros, pero también entre los obreros alemanes, a pesar del silencio de sus dirigentes oficiales. Durante las negociaciones de paz en Brest-Litovsk, iniciadas en diciembre de 1917 y concluidas en marzo de 1918, Trotsky, como comisario del

177. *Ibíd.*, p. 152.

pueblo para Asuntos Exteriores, transformó las reuniones con el alto mando militar alemán en una plataforma de propaganda revolucionaria. El objetivo era llegar a los soldados y los obreros alemanes, convencerles de la justa demanda bolchevique de una paz democrática, pero sobre todo galvanizar su espíritu revolucionario y ayudar al derrocamiento del capitalismo alemán.

‘CON LA REACCIÓN HAY QUE HABLAR RUSO’

El año 1917 terminó con una transformación profunda del ambiente entre las masas alemanas. El sentimiento de golpear duro para poner fin a la guerra, a sus masacres, a la escasez, y barrer al káiser prendió definitivamente, y ya no hubo forma de pararlo.

En enero de 1918, los representantes de los delegados revolucionarios, junto a la dirección del USPD y los diputados de este partido en el Landtag¹⁷⁸ berlinés y en el Reichstag, se reunieron para acordar nuevas acciones. En ese momento, los esquemas de los dirigentes centristas se rompieron. Un torrente sordo anunciaba ya las batallas decisivas. La presión era tremenda. El encuentro aprobó un llamamiento contra el gobierno y la guerra, y a favor de organizar una huelga general; pero los centristas, temerosos de desatar fuerzas incontrolables, vacilaban e hicieron desaparecer del texto la convocatoria de la huelga. La manipulación se topó con la actitud decidida de los trabajadores de la capital. No era posible parar el movimiento así, eso podía pasar en otra época. Ahora había que enfrentarse a los obreros más avanzados, que habían aprendido mucho en estos años y que disponían de una organización: los delegados revolucionarios.

En el marco de la preparación de la lucha, el 27 de enero se celebró una asamblea de los torneros berlineses. El ambiente de combatividad y confianza era tal, que la asamblea decidió iniciar la huelga al día siguiente. El día 28, 400.000 trabajadores secundaron la huelga y eligieron delegados en sus fábricas, hasta un total de 414, la mayoría revolucionarios. En la asamblea general que los delegados

178. El parlamento regional de los estados federados.

realizaron al mediodía, Richard Müller sometió a aprobación una resolución con reivindicaciones muy similares a las de los huelguistas de Leipzig en abril de 1917:

- Paz sin anexiones ni indemnizaciones.
- Representación de los trabajadores en las conversaciones de paz.
- Mejora del avituallamiento.
- Derogación del estado de sitio.
- Restablecimiento de la libertad de expresión y de reunión.
- Leyes contra el trabajo de mujeres y niños.
- Libertad detenidos políticos.
- Sufragio universal a los 20 años.

También se eligió un comité de acción de once miembros, todos de los delegados revolucionarios, presidido por Müller, y se invitó al USPD a enviar representantes, invitación que se hizo extensible al SPD. Por parte del USPD asistirían Haase y Ledebour y del SPD, Ebert y Scheidemann. La decisión de los dirigentes del SPD de participar en aquel comité no era inocente. Su objetivo era desactivar un movimiento que se dirigía como un obús contra su política de colaboración con el régimen militar. Dentro de una estrategia calculada, Ebert reclamó inmediatamente paridad entre los representantes de los partidos y de los huelguistas, y se posicionó en contra de muchas de las reivindicaciones aprobadas en la asamblea. Durante el tiempo que duró la huelga se produjeron enfrentamientos entre la policía y los trabajadores. Los dirigentes del SPD, aludiendo al riesgo que entrañaba continuar la movilización, intentaron reventar el movimiento proponiendo negociaciones con el gobierno a través de los dirigentes sindicales que el canciller estuviera dispuesto a recibir. Finalmente se organizó una delegación compuesta por Müller (delegados revolucionarios), Haase (USPD) y Scheidemann (SPD), pero el resultado fue frustrante.

La autoridad militar respondió a los huelguistas con medidas represivas, reforzando el estado de sitio y amenazando con cortes marciales extraordinarias. También ordenó el cierre del *Vorwärts*, acusándolo de haber propagado falsas noticias por anunciar que la huelga había sido secundada por 300.000 obreros; este cierre le proporcionó un prestigio innecesario a la dirección del SPD. El 1 de febrero, en un mitin de apoyo a los huelguistas, Ebert se dirigió a los

trabajadores. Pierre Broué describe su reacción: “Ebert toma la palabra a pesar de la prohibición de las autoridades militares: ‘Es un deber de los trabajadores sostener a sus hermanos y padres de frente y forjarles las mejores armas (...) como lo hacen los trabajadores ingleses y franceses durante sus horas de trabajo (...) La victoria es el deseo más querido de todos los alemanes’. Abucheado, tratado de amarillo y de traidor, se proclama solidario con las reivindicaciones de los huelguistas”.¹⁷⁹

Las maniobras del SPD tuvieron un éxito relativo porque su acción sabotadora coincidió con la debilidad de los espartaquistas y las vacilaciones de los delegados revolucionarios, poco convencidos de continuar la huelga y de endurecerla, por el riesgo represivo que ello suponía. Müller y sus camaradas finalmente la suspendieron. Años más tarde, Ebert reconocería en sus memorias las auténticas intenciones que le movieron en aquellos días: “Yo entré a la dirección de la huelga con la intención bien determinada de ponerle fin lo más deprisa y evitar así al país una catástrofe”.¹⁸⁰

La derrota de los obreros berlineses a principios de febrero dio un balón de oxígeno a los militares alemanes en las negociaciones de Brest-Litovsk con los bolcheviques. No es casual que, coincidiendo con ese desenlace negativo, el Estado Mayor alemán ordenara el 18 de febrero una ofensiva en el frente ruso, emplazando a los bolcheviques a aceptar su “tratado de paz”. Los líderes de SPD, aun sabiendo que esa imposición significaba anexiones y el saqueo del territorio ruso (el tratado de Brest-Litovsk supuso la ocupación alemana de Ucrania y de grandes porciones de Finlandia y los países bálticos), se abstuvieron en la votación parlamentaria, cubriéndose así con un poco más de lodo.

La lucha de clases está plagada de derrotas, mucho más numerosas que las victorias. Pero hay derrotas y derrotas. Hay derrotas que pueden acabar siendo fructíferas porque ayudan considerablemente al proceso de reflexión y maduración política de los mejores activistas, a la comprensión de las tareas y del papel del partido revolucionario, de la necesidad de elevar la lucha a un nivel superior.

179. *Ibíd.*, p. 135.

180. *Ibíd.*, p. 136.

“Nos hacen falta armas —escribió Richard Müller tras la derrota de la huelga de enero—, nos hace falta hacer propaganda en el ejército, la única solución es la revolución”.

También los espartaquistas sacaron conclusiones. En palabras de Leo Jogiches: “Por cretinismo parlamentario, en su deseo de aplicar el esquema previsto para todas las huelgas sindicales, y sobre todo por falta de confianza en las masas, y también —no es la razón más pequeña— porque desde el comienzo los independientes no podían imaginar la huelga más que como un simple movimiento de protesta, el comité se ha limitado, bajo la influencia de los diputados, a intentar establecer conversaciones con el gobierno, en lugar de rechazar toda negociación y desencadenar la energía de las masas bajo las formas más variadas”.¹⁸¹

Había llegado el momento de “hablarle en ruso a la reacción”, como afirmaban las octavillas espartaquistas distribuidas a los soldados de la guarnición de Berlín.

CONCIENCIA Y ORGANIZACIÓN

Los avances en la conciencia, en el nivel de combatividad, en la conexión de las consignas revolucionarias con las aspiraciones de la vanguardia obrera, contrastaban con las carencias organizativas de la Liga Espartaquista. Jogiches escribió una nota esclarecedora haciendo balance de la huelga de enero: “Parece que ha habido entre los delegados (...) muchos de nuestros partidarios. Sólo que estaban dispersos, no tenían un plan de acción y se perdían entre la muchedumbre. Además, la mayor parte de las veces, ellos mismos no tuvieron perspectivas claras”.¹⁸²

“Dispersos”, “sin un plan de acción”, “sin perspectivas claras”..., la ausencia de una organización disciplinada y cohesionada políticamente se convertía en un lastre para los objetivos revolucionarios de los espartaquistas. Algo semejante también había sucedido en las filas bolcheviques durante la revolución de Febrero. Sin la dirección de Lenin, aislado en su exilio suizo, la organización bolchevique se

181. *Ibíd.*, p. 137.

182. *Ibidem*.

encontraba dispersa, con muchos de sus activistas en las trincheras, y sus efectivos de Petrogrado, Moscú y otras ciudades actuando decididamente en la batalla callejera, pero sin un plan acabado ni consignas claras.

El comité bolchevique de Petrogrado, con Mólotov al frente, fue pillado completamente por sorpresa en las jornadas revolucionarias de febrero, y apenas proporcionaba orientación. La llegada de Stalin y Kámenev para hacerse cargo de la dirección del partido en la capital no arregló las cosas; desplazando a la dirección anterior por “izquierdista”, le imprimieron al *Pravda* un sesgo conciliador, limitándose a apoyar al comité ejecutivo de los Sóviets, dominado por los eseristas y los mencheviques.

En marzo, Lenin envía telegramas a los exiliados que vuelven a Rusia y varias cartas a la redacción del *Pravda*, instando a mantener una completa oposición al gobierno provisional. Su telegrama del día 6 (19) revela su inquietud: “Nuestra táctica: desconfianza absoluta, ningún apoyo nuevo gobierno, sospechemos fundamentalmente de Kerensky, armamento proletariado única garantía, ninguna aproximación otros partidos”.

De las cuatro *Cartas desde lejos* enviadas por Lenin al *Pravda*, Stalin y Kámenev sólo publicaron, mutilada, la primera; las otras tres fueron censuradas totalmente y guardadas en un cajón; no se harían públicas hasta 1924, tras la muerte de Lenin. La idea central de Lenin, que ya prepara su postura intransigente contra el *conciliacionismo* (colaboración de clases), es clara: “cualquiera que afirme que los obreros deben apoyar al nuevo gobierno con el fin de combatir a la reacción zarista (...) traiciona a los obreros, traiciona a la causa del proletariado, la causa de la paz y la libertad”. Las propuestas de Lenin en sus *Cartas...* fueron consideradas inadmisibles por Stalin y Kámenev, orientados en un sentido muy diferente. El 27 de marzo, Stalin escribe en el *Pravda*: “El gobierno provisional ha asumido de hecho la misión de consolidar las conquistas del pueblo revolucionario. El sóviet moviliza las fuerzas, controla al gobierno provisional, que tropezando, liándose, asume la tarea de consolidar las conquistas del pueblo, que este último realmente ya ha logrado”.¹⁸³

183. Las tres citas en Jean Jacques Marie, p. 141.

La irrupción de Lenin en Rusia trastocó definitivamente este estado de cosas. Nada más llegar y dejar clara su oposición a la línea conciliadora del *Pravda*, expuso sus tesis de Abril. Lenin fue implacable en su crítica: “Hasta nuestros bolcheviques manifiestan confianza en el gobierno. Esto sólo se puede explicar por la embriaguez de la revolución. Es la ruina del socialismo (...) Si es así, tendremos que tomar caminos distintos, aunque para ello tenga que quedarme en minoría”.

Fustigando a Kámenev y Stalin por sus posturas conciliadoras y sus declaraciones a favor de la unificación con los mencheviques pronunciadas en varias reuniones conjuntas de militantes de ambos partidos, Lenin señaló: “*Pravda* exige al gobierno que renuncie a las anexionaciones. Exigir que un gobierno capitalista renuncie a las anexiones es una estupidez, es una burla escandalosa (...) He oído decir que en Rusia hay una tendencia unificadora, de unificación con los defensistas, y declaro que sería una traición contra el socialismo. A mi juicio, vale más quedarse solo, como Liebknecht. ¡Uno contra ciento diez!”.¹⁸⁴

En la conferencia de los bolcheviques de toda Rusia celebrada en Petrogrado a finales de abril, Lenin consigue que sean respaldados tanto su planteamiento de no dar ningún apoyo al gobierno provisional como los puntos esenciales de sus tesis de Abril. Aunque la desconfianza de numerosos dirigentes, los llamados “viejos bolcheviques”, persistía, Lenin logró el triunfo gracias a los obreros del partido, quienes veían en la política de Lenin una certera expresión de sus intuiciones y temores, y una guía para resolver en positivo sus anhelos, tras la amarga experiencia de hacer una revolución para luego ver cómo la burguesía y los socialpatriotas se encumbraban en el poder.

Trotsky analiza así este proceso: “Lenin halló un punto de apoyo contra los viejos bolcheviques en otro sector del partido, ya templado, pero más lozano y más ligado con las masas. Como sabemos, en la revolución de febrero los obreros bolcheviques desempeñaron un papel decisivo. Estos consideraban cosa natural que tomase el poder la clase que había arrancado el triunfo (...) Lo que le faltaba a los

184. Citado en Trotsky: *Historia de la revolución rusa*, vol. I, pp. 265-266. Liebknecht fue el único de los 110 diputados del SPD que votó en contra de los créditos de guerra.

obreros revolucionarios para defender sus posiciones eran recursos teóricos, pero estaban dispuestos a acudir al primer llamamiento claro que se les hiciese. Fue hacia ese sector de obreros, formados durante el auge del movimiento en los años 1912 a 1914, hacia el que se orientó Lenin. Ya a comienzos de la guerra, cuando el gobierno asestó un duro golpe al partido al destruir la fracción bolchevique de la Duma, Lenin, hablando de la actuación revolucionaria futura, aludía a los ‘miles de obreros conscientes’ educados por el Partido, ‘de los cuales surgirá, a pesar de todas las dificultades, un nuevo núcleo de dirigentes’. Separado de ellos por dos frentes, casi sin contacto alguno, Lenin no les perdió nunca de vista. ‘La guerra, la cárcel, la deportación, el presidio, pueden diezmarlos, pero ese sector obrero es irreductible, se mantiene vivo, alerta, y se halla impregnado de espíritu revolucionario y antichovinista’. Lenin vivía mentalmente los acontecimientos al lado de estos obreros bolcheviques, marchaba unido con ellos, sacando de todo las conclusiones necesarias, sólo que de un modo más amplio y audaz. Para luchar contra la indecisión de la plana mayor y la oficialidad del Partido, Lenin se apoyaba confiadamente en los suboficiales, que eran los que mejor expresaban el estado de ánimo del obrero bolchevique”.¹⁸⁵

En opinión de Lenin, la única razón por la que se había dejado escapar el poder en febrero de 1917 fue que “el proletariado no era lo bastante consciente todavía ni estaba lo suficientemente organizado. Hay que reconocerlo. La fuerza material reside en manos del proletariado; pero la burguesía ha resultado ser más consciente y estar mejor preparada. Es un hecho monstruoso, pero hay que reconocerlo franca y abiertamente y decir al pueblo que, si no ha tomado el poder, ha sido por su desorganización y la falta en él de una conciencia clara”.¹⁸⁶

Lenin no idealizaba la espontaneidad de las masas. La historia de las revoluciones socialistas ha dejado claro que lo que comúnmente se conoce como espontaneidad, intrínsecamente ligada a la irrupción de las masas en la lucha, debe transformarse en una acción consciente orientada a la toma del poder, a desalojar a la burguesía

185. *Ibíd.*, p. 279.

186. *Ibíd.*, p. 264.

de su posición dirigente en la sociedad. Y esa orientación sólo puede provenir de una dirección forjada en la teoría y en la práctica de la lucha de clases; que intervenga en los acontecimientos decisivos de manera coherente, no dispersa, bajo unos mismos presupuestos políticos; que sepa transmitir en cada fase las consignas necesarias, elevando el nivel de conciencia y comprensión de la vanguardia, para ganar, a través de esta, a la mayoría de los oprimidos.

Las contradicciones internas del partido bolchevique y el papel que Lenin jugó para resolverlas positivamente señalaban las enormes dificultades con las que se enfrentaría la revolución proletaria en Rusia y en Alemania. A finales de 1917, la situación en la Liga Espartaquista era también complicada. La capacidad de Rosa Luxemburgo para influir en su actividad cotidiana estaba limitada por su reclusión en prisión y las dificultades se agudizaron tras la detención de Jogiches el 24 de marzo de 1918. Con él cayó el nervio organizativo de la Liga. Quedaron al frente Franz Mehring, con setenta años, Paul Levi y Ernst Meyer.

Es indudable que las dificultades causadas por la guerra, la clandestinidad y las detenciones de los máximos dirigentes se alzaban como un gran obstáculo para los espartaquistas. Pierre Broué aporta algunos datos significativos:

“En Berlín, el grupo espartaquista de la sexta circunscripción, que se extiende en Charlottenburg, Berlín-Moabit y hasta Spandau, no tiene más que siete miembros. La dirección espartaquista ha sido desmantelada por las detenciones que siguieron a las huelgas de enero, la de Leo Jogiches, Heckert y otras muchas. Wilhelm Pieck, perseguido por la policía, ha pasado a Holanda. La actividad central del grupo —la publicación de las *Cartas [de Espartaco]* y de octavillas— descansa sobre algunos individuos agrupados en torno a Paul Levi, que ha vuelto de Suiza, y de Ernst Meyer. Clara Zetkin y Franz Mehring, que son los abanderados, no tienen la posibilidad física de llevar la dura vida de clandestinidad. Esta situación pesa mucho sobre la moral de los dirigentes, que aprecian mal el ritmo de los acontecimientos y no esperan grandes sucesos en 1918, como lo muestra la carta dirigida a Lenin el 5 de septiembre de 1918 por Ernst Meyer: ‘Con tanta paciencia como nosotros, habéis tenido que esperar y lo haréis aún, los signos de movimientos revolucionarios en Alemania. Felizmente, todos mis amigos se han vuelto más optimistas.

Tal vez no podemos esperar acciones importantes, ni por el momento ni para el próximo futuro. Pero para el invierno tenemos proyectos más amplios y la situación general aquí viene en nuestra ayuda'. La verdad es que los revolucionarios tienen el sentimiento de que no poseen influencia sobre los acontecimientos".¹⁸⁷

Al revés de lo que se imaginaban algunos espartaquistas, las perspectivas de la revolución alemana se dibujaban con claridad en el horizonte. El triunfo de Octubre había despertado entre la juventud obrera alemana un nuevo espíritu y las ideas del bolchevismo progresaban entre esas capas. Muchas de las debilidades orgánicas de los internacionalistas alemanes eran inevitables, teniendo en cuenta las condiciones de la guerra y la represión; otras, como veremos más adelante, provenían de concepciones hartamente confusas y en muchos casos equivocadas. Pero las oportunidades que se les abrieron a los espartaquistas a partir de noviembre de 1918 fueron inmensas. Nada estaba decidido de antemano.

UN RÉGIMEN QUEBRADO

El Estado Mayor alemán se enfrentaba a la derrota. La última gran ofensiva alemana en el frente occidental, comenzada el 21 de marzo de 1918 y finalizada dieciséis días después, había arrojado un saldo catastrófico. La inactividad del frente oriental, donde los soldados alemanes estaban al alcance de la propaganda bolchevique, representaba una amenaza todavía mayor que el terrible desgaste de sus tropas en el oeste. A este panorama negativo había que sumar la entrada en la guerra de EEUU, con todo su potencial militar intacto, que inclinó definitivamente la contienda en favor de la Entente.

La historia de las últimas semanas de reinado del káiser refleja toda la podredumbre de la que es capaz una clase dominante en decadencia. Enfrentada a la derrota, la burguesía alemana y su Estado Mayor recurrieron a todo tipo de maniobras desesperadas, haciendo valer un fanatismo criminal difícil de igualar. El gran protagonista de esos días fue el general Erich Ludendorff, jefe adjunto del Estado

187. Broué, p. 155.

Mayor, que concentró un gran poder dictatorial en sus manos: “Ludendorff encarnaba, como ningún otro, la nueva burguesía dominante en Alemania, que durante la guerra había ido arrinconando cada vez más a la vieja aristocracia. Encarnaba sus ideas pangermánicas, sus furibundas ansias de victorias”.¹⁸⁸

Una vez que la derrota se confirmó como lo más probable, el centro de atención de Ludendorff giró hacia cómo salvar el Ejército, el instrumento armado de la clase dominante. Lo más importante era firmar el armisticio rápidamente, asegurándose, eso sí, de que el “prestigio” del Estado Mayor quedara a cubierto. ¿Cómo lograrlo? Presentando las cosas de tal forma que recayese sobre el gobierno la responsabilidad de la petición de paz. Se trataba de una maniobra arriesgada que necesitaba de muchos cómplices, en primer lugar de una mayoría de diputados dispuestos a jugar el papel de comparsa. Para pescar a sus señorías y animarlos a esa operación fraudulenta, cosa que tampoco exigía grandes esfuerzos, había que echar el anzuelo de una “reforma constitucional”, por supuesto lo más blanda posible. Así podría cumplirse, además, con las exigencias planteadas en los famosos 14 puntos del presidente estadounidense Wilson.

En las circunstancias de finales de septiembre y principios de octubre de 1918, cuando las noticias de los distintos frentes no hacían más que empeorar, la disyuntiva era difícil. Si se quería mantener el control sobre las palancas del poder, para lo cual era requisito indispensable engañar a las masas, habría que darse prisa en realizar una “revolución por arriba” y establecer un gobierno civil sobre una base democrático-parlamentaria, para evitar que una revolución lo barriese todo. Por supuesto, cualquier gobierno de ese tipo debería colocarse bajo la tutela efectiva de los militares. Esa era la previsión de Ludendorff, que, una vez consiguió el respaldo de Hindenburg, del canciller, del ministro de Asuntos Exteriores y del propio káiser, se dirigió a convencer a los oficiales del Estado Mayor.

La historia está llena de momentos en que los cambios cuantitativos, acumulados durante años y apenas perceptibles en la superficie de la sociedad, provocan un gran cambio cualitativo; y aunque la clase dominante trate de maniobrar para evitarlos, intentando con

188. Haffner, p. 29.

todas sus fuerzas enderezar una situación que se desliza rápidamente fuera de su control, no puede impedir que la inflexión se produzca. Esto fue lo que ocurrió en Alemania.

Ludendorff mostró todas sus habilidades para la impostura y el engaño con el fin de convencer a sus colegas de la opción decidida. Relata el coronel von Thaer: “Cuando nos encontrábamos reunidos, Ludendorff se mezcló entre nosotros, su rostro reflejaba la aflicción más profunda, estaba pálido pero mantenía la cabeza bien alta (...) A continuación nos dijo que se veía obligado a comunicarnos que nuestra situación militar era absolutamente desastrosa. Nuestro frente occidental podía derrumbarse en cualquier momento (...) *con las tropas ya no se podía contar* (...) Era de prever que el enemigo lograría en poco tiempo, con la ayuda de los americanos, siempre tan belicosos, una estrepitosa victoria, un éxito de lo más rotundo, y entonces el Ejército occidental perdería su último aliento y refluiría como la marea, completamente disgregado, cruzando el Rin, *trayendo la revolución a Alemania*. Era estrictamente necesario evitar esa catástrofe”.¹⁸⁹

Evitar la revolución, ese era el objetivo principal. Rápidamente comenzaron las negociaciones para forjar una mayoría parlamentaria capaz de sostener el plan. Los representantes del *Zentrum* y los dirigentes del SPD, a los que Ludendorff ofreció “garantías políticas” de que las reformas para un régimen parlamentario iban “en serio”, se mostraron perfectamente dispuestos. Ebert se comprometió sin ninguna dilación con la estrategia y convenció a los diputados del SPD alegando que, ahora que todo se desmoronaba, el partido no debía exponerse a que le reprocharan su negativa a colaborar: “bien al contrario, lo que debemos hacer es ponernos manos a la obra. Debemos procurar conseguir el prestigio suficiente para llevar a cabo nuestras pretensiones y, si fuera posible, ligarlas a la salvación del país, así que conseguirlo se convierte en nuestra maldita obligación y deuda”.¹⁹⁰

Ebert ganó el debate sin apenas oposición y logró que, el 5 de octubre, el príncipe Max de Baden, nombrado canciller por el káiser, designara a Scheidemann como nuevo secretario de Estado (ministro).

189. Citado en Haffner, p. 42.

190. *Ibíd.*, pp. 43-44.

El jefe del SPD entendió este “éxito” como “el punto de inflexión en la historia de Alemania” y el “nacimiento de la democracia alemana”. Así fue cómo los dirigentes socialdemócratas, patriotas endurecidos, se prestaron a socorrer por segunda vez al régimen, ahora agonizante. Sin mayor problema, ofrecieron sus servicios para darle un barniz democrático a un gobierno presidido por un príncipe que se afanaba en salvar su pescuezo y el de sus semejantes.

El primer acto de esa gran coalición consistió en dirigir una petición de armisticio al presidente Wilson. Es cierto que la mayoría de la clase trabajadora desconfiaba de un gobierno dirigido por un príncipe colocado ahí por los jefes del Ejército, pero, por encima de este hecho, la idea de alcanzar la paz, sobre todo de manera inmediata, despertó las esperanzas de millones. El fin de la guerra era ansiado por una inmensa mayoría, igual que ocurrió en Rusia en los meses inmediatamente posteriores a la revolución de febrero, y en esa aspiración profunda se apoyaron los dirigentes socialdemócratas para intentar recuperar un crédito muy gastado por años de colaboracionismo.

La entrada de los socialdemócratas en el gobierno no implicó el fin de la guerra. Entre el 8 y el 23 de octubre, el presidente Wilson envió tres notas al nuevo ejecutivo alemán con peticiones muy precisas: en la primera exigió la retirada de las zonas ocupadas; en la segunda, el fin de la guerra submarina; y en la tercera, la abdicación del káiser. Entretanto, en el frente occidental seguían los combates, y ese mismo mes se enviaron masivamente cédulas de reclutamiento; pero todo fue en vano. Los ejércitos de Austria-Hungría y Turquía, aliados del káiser, se desmoronaron y los ejércitos de la Entente se aproximaban a las desprotegidas fronteras del sur de Alemania desde los Balcanes e Italia.

En esta situación desesperada, Ludendorff cambió de opinión. Según Haffner, la razón fue, además de endosarle al nuevo gobierno la responsabilidad de la derrota militar, impedir que las reformas constitucionales adquirieran un carácter permanente, pensando en la posibilidad de restaurar en un lapso breve de tiempo el viejo régimen monárquico. Pero ya era tarde para este juego.

Es cierto que los socialdemócratas, el *Zentrum* y otras formaciones burguesas, que habían aceptado la maniobra de Ludendorff, cargarían públicamente con la responsabilidad de la capitulación. En

aquellas condiciones, esto no significaba nada en comparación al deseo de millones de alcanzar la paz lo antes posible, terminando con el sufrimiento y las atrocidades de la guerra. En su esquema de director de orquesta, Ludendorff pensaba que podía desdecirse de los acuerdos anteriores y presentarse como el héroe de la casta militar, como el guerrero “que se opone valientemente a un gobierno de demócratas blandengues ávido de paz y dispuesto a capitular”.¹⁹¹ Pero tenía un grave problema. Los tiempos de la embriaguez chovinista habían desaparecido por completo. Los generales prusianos carecían de una base social de apoyo significativa. Los trabajadores estaban por la paz y los soldados querían volver a casa inmediatamente. El falso honor de estos falsos patriotas chocó con las fuerzas de la historia.

La excusa que utilizó Ludendorff para “jugar a los héroes” fue la tercera nota del presidente Wilson. Alardeando, la consideró inadmisible, para afirmar que “sólo puede significar para nosotros, los soldados, la exigencia de proseguir con la resistencia con todas nuestras fuerzas”. Pero la “representación” trágica del general no agradó a los sectores decisivos de la burguesía alemana, que comprendían mucho mejor la dinámica adversa de los acontecimientos. Una cosa era contar con el Estado Mayor para impedir la extensión de la revolución bolchevique dentro de Alemania, y otra muy diferente aceptar sin más los planes de unos generales que juzgaban sus intereses como superiores a los del conjunto de la clase dominante. Ludendorff chocó con la oposición del príncipe Max, quien le exigió al káiser una negativa a los planes de su jefe de Estado Mayor. Guillermo II no tardó mucho en prescindir de los servicios de Ludendorff.

INTERNACIONALISMO PROLETARIO

En una conferencia celebrada en septiembre, la dirección del USPD a duras penas había podido evitar un pronunciamiento general a favor de la dictadura del proletariado. En octubre, la Liga Espartaquista y los comunistas internacionalistas de Bremen se reunieron en

191. *Ibíd.*, p. 48.

Berlín para definir un programa de transición. Las reivindicaciones, que acordaron popularizar entre la clase obrera, representaban un paso adelante muy claro:

- Abolición de la ley militar sobre la mano de obra.
- Abolición del estado de sitio.
- Amnistía para todos los contrarios a la guerra, tanto civiles como militares.
- Anulación de todas las deudas de guerra.
- Nacionalización de la banca, las minas y las fábricas.
- Nacionalización de las grandes y medianas propiedades rurales.
- Reducción de la jornada laboral sin reducción salarial.
- Aumento drástico de los salarios bajos.
- Concesión a los militares del derecho de reunión y organización. Abolición del código militar.
- Abolición de los tribunales militares. Cualquier medida disciplinaria deberá ser adoptada por los delegados elegidos por los soldados.
- Abolición de la pena de muerte y de trabajos forzados por crímenes políticos y militares.
- Control de los medios de abastecimiento por representantes de los trabajadores.
- Abolición de los *landers*¹⁹² y destitución de las dinastías reales y principescas. Por la república socialista.

La tensión crecía día a día. Una noticia se añadió al hervidero en que bullía la izquierda berlinesa: Karl Liebknecht iba a ser puesto en libertad a finales de octubre. El 23 de ese mes, el internacionalista insobornable, el comunista revolucionario, fue recibido triunfalmente por miles de obreros. Kautsky escribió: “Ningún monarca tuvo jamás en Berlín una acogida tan entusiasta como la que le fue tributada a Liebknecht a su llegada a la estación de Anhalt”.¹⁹³ Sin perder un instante, igual que Lenin a su llegada a Petrogrado, Karl Liebknecht se lanzó a la plaza de Potsdam, donde había sido detenido dos años atrás, para arengar a miles de trabajadores

192. Estados federados alemanes.

193. Citado en Basso, p. 133.

y jóvenes, emplazándolos a organizar la revolución proletaria en Alemania. Esa misma tarde, el embajador soviético, Adolf Joffe, celebró una recepción en su honor, en la que se leyó un mensaje de Lenin “saludando su libertad como el principio de una nueva era, la era del socialismo victorioso que empieza ahora para Alemania y para todo el mundo”.¹⁹⁴

La dirección bolchevique apoyó a los revolucionarios alemanes con todos los medios y fuerzas de que disponía. Esa era la forma de mostrar su internacionalismo proletario. Ya antes del triunfo de Octubre, jóvenes militantes agrupados en torno al citado Willi Münzenberg difundieron clandestinamente en Alemania el texto de Lenin *El programa militar del proletariado revolucionario*; también se enviaron miles de ejemplares de *El Estado y la revolución*, que decantó a muchos militantes izquierdistas y no pocos anarquistas a las posturas de Lenin, y hubo otras muchas decisiones de gran alcance.

Karl Rádek inició la distribución, por las trincheras alemanas, de miles de panfletos con la llamada de paz del gobierno soviético. Además empezó a editarse *Die Fackel* (La Antorcha), que exponía las posturas bolcheviques y animaba a la confraternización, con una tirada de medio millón de ejemplares distribuidos profusamente en todo el frente. Hubo otras iniciativas, como la creación de la Federación Internacionalista de Prisioneros de Guerra, en abril de 1918, o de una sección alemana en el Partido Bolchevique, durante una conferencia celebrada en Moscú.

Estas acciones se desarrollaban en paralelo a las negociaciones en Brest-Litovsk, y hay que decir que incluso la firma de un tratado tan humillante para los bolcheviques se convirtió en un triunfo político para ellos. Sí, la actitud de los bolcheviques no fue baldía. Trotsky lo recuerda en su autobiografía haciendo alusión al efecto que causó la audacia de los revolucionarios rusos en Karl Liebknecht:

“Por aquellos días, se hallaba recluso en una cárcel alemana un hombre a quien los políticos de la socialdemocracia acusaban de loco utopista y a quien los jueces de los Hohenzollern inculpaban del delito de alta traición. Y este presidiario escribía: ‘El balance de Brest-Litovsk no es igual a cero, aunque de momento haya de traducirse

194. Citado en E. H. Carr: *La revolución bolchevique (1917-1923)*, t. III, p. 106.

en una paz brutal de imposición y avasallamiento. Gracias a los delegados rusos, Brest-Litovsk se ha convertido en una tribuna revolucionaria de radio amplísimo. Aquellas negociaciones sirvieron para desenmascarar a los imperios centrales, para desenmascarar el instinto de rapiña, la falsedad, la perfidia y la hipocresía de Alemania. Sirvieron para dictar un veredicto aniquilador contra esa política alemana de las *mayorías* a que, según ella, se ha de ajustar la paz, y que tiene más de cinismo que de gazmoñería. Han servido para desencadenar, en varios países, considerables movimientos de masas. Y su trágico acto final —la intervención decretada contra la revolución— ha sacudido todas las fibras socialistas del mundo. Ya llegará el día en que se demuestre la cosecha que van a recoger de esta siembra los triunfadores de hoy. Yo les garantizo que no van a disfrutarla a gusto”.¹⁹⁵

Después de la firma del “tratado de paz”, Alemania se vio obligada a establecer relaciones diplomáticas con el nuevo Estado soviético. Este hecho, aparentemente inocuo, marcó un nuevo jalón en la penetración de las ideas bolcheviques entre los trabajadores alemanes. Gracias a la incansable labor de Adolf Joffe, un veterano revolucionario camarada de Trotsky en el Comité Interdistritos de Petrogrado, que fue el primer embajador soviético en Berlín, la labor de propaganda y el apoyo material y político a los revolucionarios alemanes se multiplicaron, poniendo en nuevas dificultades y aprietos a los dirigentes socialdemócratas y al Estado Mayor.

Desde su puesto de embajador, aparentemente tan poco apropiado, Joffe actuó como un agitador y organizador de la izquierda revolucionaria alemana. Para empezar, se negó a presentar sus credenciales al káiser, en protesta por la política militarista del Reich; pero sí recibió en la embajada a los principales líderes del ala de izquierdas del USPD, invitando públicamente a los revolucionarios detenidos. Su labor y su visión fueron muy audaces: consiguió información política valiosa, compró armas, suministró los recursos para imprimir toneladas de literatura contra el káiser y a favor de la revolución socialista, protegió legalmente a los militantes, cuadros y dirigentes espartaquistas y a muchos del USPD otorgándoles salvoconductos y credenciales de periodistas de la recién creada agencia telegráfica

195. Trotsky: *Mi vida*, p. 180.

soviética (Rosta), mantuvo contactos con los militantes clandestinos y orientó su actividad, y aseguró el vínculo con Petrogrado gracias a la inmunidad de la valija diplomática.

A mediados de octubre de 1918, Lenin era completamente consciente del inminente estallido de la revolución alemana. Envío una carta de felicitación a la Liga Espartaquista, cuya labor “había salvado el honor del socialismo internacional”. Cuando en el sóviet de Moscú se informó de la creación del gabinete del príncipe Max, Lenin, aún convaleciente del atentado sufrido el 30 de agosto¹⁹⁶, envió una carta que fue leída ante los delegados: “La crisis alemana demuestra que ha empezado la revolución o que es inminente e inevitable (...) El proletariado de Rusia debe poner en tensión todas sus fuerzas para acudir en ayuda de los obreros alemanes (...) Llamados a sostener la lucha más obstinada contra el imperialismo inglés y contra el suyo propio (...) El proletariado ruso debe comprender que pronto le serán pedidos los más grandes sacrificios a favor del internacionalismo (...) Hay que crear una reserva de trigo para la revolución alemana, hay que activar la formación de un poderoso ejército rojo. Habíamos resuelto contar con un ejército de un millón de hombres para la primavera; ahora nos hace falta un ejército de tres millones de hombres. Podemos tenerlo. Lo tendremos”.¹⁹⁷

En esa reunión tomó la palabra Trotsky, que se encargó de subrayar la importancia de los acontecimientos alemanes: “Si el proletariado de Alemania intenta tomar la ofensiva, el deber esencial de la Rusia de los sóviets consistirá en pasar por alto, en la lucha revolucionaria, las fronteras nacionales. La Rusia de los sóviets no es más que la vanguardia de la revolución alemana y europea (...) el proletariado alemán y su técnica y (...) nuestra Rusia desorganizada pero rebosante de riquezas naturales y tan poblada constituirán un bloque formidable contra el cual vendrán a estrellarse todos los embates del imperialismo (...) Liebknecht no tiene que preocuparse de firmar un tratado con nosotros. Le ayudaremos, aun sin tratado, con todas nuestras fuerzas. Lo consagraremos todo a la lucha proletaria mundial”.¹⁹⁸

196. Lenin recibió tres disparos de la militante eserista Dora Kaplan.

197. Serge, p. 378.

198. *Ibíd.*, p. 380.

La revolución alemana confirmaba las tesis de los bolcheviques y de Rosa Luxemburgo. Entre los estrategas más clarividentes de la burguesía, la apreciación era muy similar. En un memorándum confidencial, Lloyd George, primer ministro británico, escribía con toda franqueza a su colega francés Clemenceau: “Toda Europa está invadida del espíritu de la revolución. Hay un sentimiento profundo, no de descontento, sino de furia y revuelta entre los obreros contra las condiciones existentes antes de la guerra. Todo el orden político, social y económico está siendo puesto en tela de juicio por las masas de la población de un extremo a otro de Europa”.¹⁹⁹ En efecto, la era de la revolución socialista europea había comenzado.

NOVIEMBRE

La crisis revolucionaria alemana presentaba muchas similitudes con la rusa, pero también había diferencias significativas. Cuando Lenin arribó a la estación de Finlandia, contaba con un partido que, aunque todavía minoritario, podía movilizar a miles de trabajadores revolucionarios para intervenir en los acontecimientos. Pero Liebknecht y Rosa Luxemburgo, aún en prisión, apenas disponían de militantes. Decenas en la capital y unos pocos cientos en toda Alemania. La mayoría de los trabajadores de vanguardia, que estaban girando a la izquierda, se encuadraban en el USPD.

Lo interesante de aquella situación, la paradoja dialéctica, es que los mismos dirigentes del USPD, asustados de que los espartaquistas pudieran desbordarlos y conscientes del enorme prestigio que Liebknecht tenía entre sus bases, decidieron proponerle su integración en los órganos de dirección. Liebknecht, muy renuente, exigió a los dirigentes centristas garantías políticas, empezando por la celebración de un congreso del USPD que hiciera balance de su actuación y rectificase el rumbo. Por supuesto, ninguna de sus peticiones fue admitida; tan sólo, y no fue poco, una declaración reconociendo que la política del USPD se había acercado a la de los espartaquistas. Liebknecht declinó la cooptación, pero sí aceptó

199. Citado en E. H. Carr, *op. cit.*, p. 142.

asistir como invitado al comité ejecutivo del USPD siempre que se trataran asuntos de importancia.²⁰⁰

Las condiciones para desencadenar una acción decisiva contra la guerra y la política reaccionaria del gobierno maduraban. La presión en las fábricas y en los barrios obreros decidió a los delegados revolucionarios a constituirse como Consejo Obrero provisional de Berlín. Entre los delegados revolucionarios, la acogida a Liebknecht fue muy calurosa y, de hecho, tres militantes espartaquistas (Pieck, Ernst Mayer y el propio Liebknecht) entraron en ese Consejo Obrero provisional. La intensa agitación en las calles, en las fábricas, en los círculos del USPD, en la base del SPD, en las filas de los delegados revolucionarios, planteó la cuestión con toda crudeza: ¿Se debía pasar directamente a la insurrección armada contra el régimen, o era necesario prepararla mediante la organización de una huelga general y la agitación en los cuarteles?

Los centristas no tenían mucha confianza en el movimiento. Menospreciaron las muestras de agitación y las manifestaciones de miles de trabajadores en diferentes ciudades. Cuando el 2 de noviembre los dirigentes centristas se reunieron con los delegados revolucionarios de Berlín, las cartas se pusieron boca arriba. El presidente del USPD, Haase, parlamentario y poco amigo de revoluciones, abogó, junto a una parte de los delegados revolucionarios (Müller entre ellos), por la insurrección inmediata para el 11 de noviembre. Otros líderes del USPD, con Ledebour al frente, señalaron el 4 de noviembre como el gran día. Pero Karl Liebknecht, aconsejado por los representantes bolcheviques presentes en Berlín, entre ellos Karl Rádek, combatió ambas posturas, rechazando toda propuesta de insurrección armada sin una movilización previa de las masas que les convenciera de aceptar esta salida, sin una agitación seria y sistemática en los cuarteles que permitiera ganar a las tropas para la causa revolucionaria.

Liebknecht y los espartaquistas consideraban imprescindible lanzar la consigna de la huelga general, paralizar la producción, organizar comités obreros e, incluso, manifestaciones armadas como puente hacia la insurrección. Los espartaquistas no se fiaban de los

200. Broué, p. 163.

dirigentes del USPD, de individuos como Haase que jugaban a la insurrección de forma tan frívola. Sabían que su “sarampión revolucionario”, aunque reflejaba el ascenso de las masas, no era más que una mezcla de aventurerismo y oportunismo del peor tipo.

A pesar de las advertencias y argumentos de los espartaquistas, el Consejo Obrero berlinés, constituido fundamentalmente por delegados revolucionarios, rechazó tanto la moción de Ledebour como la de Liebknecht, y aprobó la de Haase. La situación no era igual en otras ciudades. En Stuttgart, los espartaquistas contaban con posiciones muy sólidas en el USPD y dirigían una importante red de delegados revolucionarios. Animados por las noticias que llegaban de Berlín sobre los preparativos insurreccionales, se lanzaron a la convocatoria de huelga en las empresas más importantes de la ciudad, como la fábrica Daimler, que quedó paralizada el 4 de noviembre. Después de manifestaciones multitudinarias, la izquierda revolucionaria era la dueña del poder efectivo en Stuttgart, pero el movimiento quedó aislado tras la decisión de los dirigentes berlineses de esperar al 11.

Las divisiones en las cumbres del poder político daban la medida más fiel de lo lejos que había llegado el fermento revolucionario. Había elementos burgueses asociados al aparato del Estado que se negaban a la política de concesiones, temiendo fortalecer al ala revolucionaria. Otros, en cambio, creían que sólo la colaboración con la socialdemocracia y las reformas políticas podrían evitar un final semejante al Octubre ruso. Pero la casta militar tenía su propia agenda. Respirando una atmósfera irreal y creyéndose sus propias mentiras, planearon un acto “heroico”.

El 20 de octubre, después de que el gobierno burgués-socialdemócrata, atendiendo a la exigencia de Wilson, decretase el cese de la guerra submarina, los jefes de la Flota rehusaron cumplir con las órdenes y urdieron una última batalla “decisiva” contra la Armada británica. Las consecuencias de su acción les eran perfectamente indiferentes, aunque el resultado fuera la masacre de miles de marinos alemanes. Y en eso radicó su error. La prepotencia de los jefes militares les impidió calcular que animarían la pleamar revolucionaria de manera definitiva.

La tradición de izquierdas de los marinos fue un importante factor en el desarrollo de los acontecimientos: “Se habían reunido todas

las condiciones —escribe Pierre Broué— para hacer de los buques de guerra activos focos de agitación. Las tripulaciones estaban formadas por una mayoría de obreros cualificados, a menudo metalúrgicos, con experiencia de lucha y conciencia de clase. Las circunstancias de la guerra, que dejaban a los navíos en puerto, permitían el mantenimiento de estrechos contactos entre marinos y obreros de los puertos y de los astilleros, el tráfico de libros, octavillas, periódicos, intercambio de ideas y organización de discusiones a bordo. Las condiciones de vida, la concentración de proletarios en un espacio restringido, las cualidades de audacia, de espíritu colectivo que éstas desarrollaban, hacían más insostenibles las duras condiciones materiales de los marinos y fogoneros, en el marco de una inactividad que no conseguían disfrazar los ejercicios disciplinarios, absurdos, impuestos por un cuerpo de oficiales particularmente reaccionario. Desde 1914 existían en la flota pequeños grupos de lectores de la prensa radical, sobre todo del *Leipziger Volkszeitung*. En 1915 se había evocado, de forma vaga ciertamente, la necesidad de constituir una organización central en la flota mediante la reunión de los grupos socialistas dispersos. El movimiento, adormecido, toma de nuevo vida después del invierno de 1916-1917, bajo la influencia de la revolución rusa en particular, en la que los jóvenes suboficiales, marinos y fogoneros, de origen obrero y socialdemócratas de educación, ven el modelo del camino a seguir para obtener la paz”.²⁰¹

La decisión de emprender la batalla contra la flota británica fue respondida por los marinos con el amotinamiento de la escuadra en Wilhelmshaven. La consigna en ese momento no era otra que defender la petición del gobierno en favor del armisticio. Ante la insubordinación, los almirantes, temerosos, no quisieron arriesgarse a un enfrentamiento abierto. Primero decidieron dispersar la flota amotinada: una escuadra permaneció ante Wilhelmshaven, otra recibió la orden de dirigirse a Brunsbüttel y la que no se había amotinado navegó de vuelta a Kiel, adonde llegó el 1 de noviembre. Pero los oficiales habían detenido a más de mil marineros, que fueron desembarcados en el puerto de la ciudad báltica e internados en prisiones militares. Les esperaba un consejo de guerra y el pelotón

201. Broué, p. 123.

de fusilamiento. Ante esta perspectiva, el espíritu de revuelta se apoderó de los marineros, de todos ellos.

Los mismos hombres que no habían tenido fuerzas para amotinarse en Wilhelmshaven, no dudaron en hacerlo en Kiel para salvar la vida de sus camaradas:

“El primer día mandaron una delegación al comandante de la plaza para exigir la liberación de los prisioneros; obviamente esta reclamación fue rechazada. El segundo día discutieron largo y tendido en el edificio sindical de Kiel con los soldados de infantería de Marina y los estibadores sobre qué era lo que podían hacer, pero no llegaron a ninguna conclusión. El tercer día, el domingo 3 de noviembre, pretendían proseguir las discusiones, pero se encontraron bloqueada la entrada del edificio sindical, que estaba vigilada por una guardia armada. Por eso se reunieron al aire libre, en un campo de instrucción, donde miles de trabajadores se unieron a ellos, escucharon los discursos y formaron finalmente un gran cortejo. Algunos estaban armados. En un cruce de calles, una patrulla detuvo la manifestación. El jefe de la patrulla, un tal teniente Steinhäuser, ordenó que se disgregasen y, al ver que no lo cumplían, ordenó abrir fuego. Nueve muertos y veintinueve heridos quedaron tendidos sobre el pavimento. La caravana se dispersó, pero un marinero armado se adelantó y disparó al teniente Steinhäuser.

“Este fue el acto decisivo, el disparo de salida de la revolución alemana (...) La mañana del lunes 4 de noviembre, los marineros de la 3ª Escuadra eligieron sus consejos, desarmaron a los oficiales, se armaron e izaron en los navíos la bandera roja (...) Marineros armados, ahora bajo las ordenes de sus consejos de soldados y dirigidos por un contraмаestre llamado Arlet, desembarcaron en formación, ocuparon sin resistencia la prisión militar y liberaron a sus compañeros. Otros ocuparon los edificios públicos y la estación. Al mediodía llegó a Kiel un destacamento de soldados del ejército de Tierra que había sido enviado por la comandancia de Altona para reprimir la sublevación de los marineros: pero el destacamento fue desarmado entre escenas de confraternización. El comandante de la base naval, privado de cualquier mecanismo de autoridad, recibió a regañadientes a una delegación del consejo de soldados y capituló. Los infantes de marina de la guarnición se solidarizaron con los marineros. Los estibadores de los muelles declararon una huelga

general. Al atardecer del 4 de noviembre, Kiel estaba en manos de cuarenta mil marineros y soldados insurrectos”,²⁰²

Para sorpresa de todos los dirigentes obreros, tanto los centristas como los delegados revolucionarios y los espartaquistas, el incendio que acabaría con el régimen saltó desde un foco no previsto. Las marchas adelante y atrás, los esquemas conspirativos y las dudas sobre las posibilidades del momento quedaron superados por la grandiosa insurrección de los marineros y los trabajadores de Kiel. Ellos iniciaron las gloriosas jornadas de la revolución alemana.

Los primeros momentos de euforia lo inundaron todo; el sentimiento de fraternidad y de unidad que absorbía los espíritus se trocó en la nota dominante. Los compases iniciales de la revolución, en los que un empacho de esperanza y confianza mueve a los trabajadores, siempre son aprovechados por la clase dominante y sus lugartenientes en el movimiento obrero para la maniobra y el engaño. Sin ningún derecho, sin haber jugado papel alguno en los acontecimientos de Kiel, el SPD fue encaramado a una posición de dirección que nunca solicitó, pero que necesitaba ocupar para garantizar la continuidad del orden burgués.

Cuando al final de la jornada del 4 de noviembre llegaron desde Berlín dos delegados del gobierno, que ya estaba al tanto de las noticias y no podía disimular su inquietud y temor, los trabajadores y los marinos insurrectos les recibieron entusiastamente. Esos delegados eran el secretario de Estado, Haussmann, y el diputado socialdemócrata Noske, que se presentó como valedor de los marinos, como su defensor, y declaró el apoyo del gobierno a su acción contra los oficiales. ¡Qué otra cosa podían hacer! Este gesto llenó de confianza a los insurrectos que, sin ser conscientes de que tenían el poder en sus manos porque lo habían conquistado con las armas, nombraron a Noske gobernador de Kiel. Las escenas vividas en la revolución rusa de febrero de 1917 se repetirían en los primeros días de noviembre de 1918 en Alemania.

Aunque los marineros confiaban en que los líderes socialdemócratas del gobierno les apoyarían, tenían claro que, si no querían verse acorralados y derrotados, necesitaban extender el movimiento

202. Haffner, pp. 60-61.

por toda Alemania, conseguir la liberación de todos los prisioneros y acabar con el káiser. Había que repetir lo de Kiel en todas partes. Sin esperar consignas y consejos de los dirigentes del SPD o del USPD, y gracias a la audacia de los elementos más conscientes y decididos —entre los que destacaron muchos espartaquistas—, los marineros, los soldados y los trabajadores se pusieron en marcha. Durante la semana del 4 al 10 de noviembre, la parte occidental de Alemania dejó de ser una dictadura militar para convertirse en una república de los consejos. El 5 de noviembre la revolución triunfaba en Lübeck y Brunsbüttelkoog; el 6, en Hamburgo, Bremen y Wilhelmshaven; el 7, en Hannover, Oldemburgo y Colonia; el 8, controlaba todas las grandes ciudades del oeste de Alemania, además de Leipzig y Magdeburgo, al este del Elba.

Así describe Haffner esta marcha triunfal: “Por todas partes, como por acuerdo tácito, sucedía lo mismo: los soldados de las guarniciones elegían sus consejos de soldados, los obreros escogían sus consejos de trabajadores, las autoridades militares capitulaban, se entregaban o huían, y las autoridades civiles, atemorizadas e intimidadas, reconocían tímidamente la nueva soberanía de los consejos de trabajadores y soldados. El mismo espectáculo se repetía por doquier: se veían por todas partes concentraciones de personas por las calles, grandes asambleas populares en las plazas de los mercados, por todas partes se veían escenas de hermanamiento entre marineros, soldados y civiles extenuados. En todas partes se trataba en primer lugar de liberar a los presos políticos; después de las prisiones, se ocupaban los ayuntamientos, las estaciones, las comandancias militares e incluso a veces las redacciones de los periódicos”.²⁰³

¡Liberar a los presos políticos! Ese impulso instintivo del movimiento revolucionario sacó a Rosa Luxemburgo de la cárcel de Breslau el 9 de noviembre. Debilitada, agotada psicológicamente, ansiosa, se dirigió inmediatamente a Berlín para continuar con su tarea.

Los consejos de obreros y soldados tiñeron de rojo la geografía alemana. Y, como había ocurrido con los sóviets en Rusia tras la revolución de febrero, esos órganos de poder obrero que disputaban a las instituciones burguesas la dirección de la sociedad no eran todavía un

203. *Ibíd.*, p. 62.

poder estructurado, con un programa y unos objetivos estratégicos claros. Ante todo reflejaban la acción directa, la intervención revolucionaria del proletariado y los soldados.

Refiriéndose a los sóviets rusos, Lenin y Trotsky señalaron que de nada servía hacer un fetiche de las formas organizativas que adopta la acción de la clase, incluso durante un estallido revolucionario. Está fuera de duda la fuerza de los sóviets o los consejos alemanes como elementos disolventes del viejo régimen, como está fuera de duda su potencial creador para establecer las bases de un régimen nuevo; pero por sí solos no podían decidir el futuro de la revolución. Esa capacidad estaba condicionada, en última instancia, por el partido que imprimiese a esos órganos una orientación política capaz de derrocar con éxito a la burguesía, destruir su Estado para sustituirlo por un régimen de democracia obrera y comenzar la expropiación económica de los capitalistas, de la banca y de los grandes medios de producción.

En el proceso revolucionario alemán de noviembre de 1918, a pesar de sus complejidades y particularidades, se observan toda una serie de líneas de demarcación que también se dieron en Rusia entre febrero y octubre de 1917, o en la revolución española entre el 19 de julio de 1936 y mayo de 1937. Como en esas otras experiencias, los meandros por los que discurrieron los consejos obreros alemanes fueron muchos más complicados y tuvieron un curso mucho más intrincado que las fórmulas doctrinarias que algunos utilizan para medir la “pureza” de una revolución.

“La elección de los consejos de trabajadores y soldados —escribe Haffner— no puede compararse naturalmente con unas elecciones normales en tiempos de paz. En los cuarteles, los compañeros nombraban a menudo a los soldados más admirados o a los más destacados. La elección de los consejos de trabajadores sólo se celebraba en las fábricas, y cuando se hacía, que era en contadas ocasiones, se desarrollaba de un modo similar; habitualmente el ‘consejo de trabajadores’ estaba formado por miembros de los comités ejecutivos locales de los dos partidos socialistas (el SPD y los Independientes) y se confirmaba dicha elección, por aclamación, en grandes concentraciones, con frecuencia a cielo descubierto y en las plazas centrales de las poblaciones. La mayoría de las veces los consejos de trabajadores estaban integrados paritariamente por miembros de ambos partidos;

la voluntad de las masas apuntaba claramente a la reunificación de los dos partidos hermanos enemistados, que se habían separado durante la guerra. La opinión general e indiscutible era que juntos debían constituir el nuevo gobierno de la revolución”.²⁰⁴

La confianza de las amplias masas trabajadoras en los líderes reformistas de los partidos obreros tradicionales, igual que las manifestaciones en favor de la “unidad socialista”, son aspectos recurrentes en las primeras fases de cualquier revolución. Así sucedió en la Rusia de 1917 o en España en julio de 1936, aunque en este caso el movimiento revolucionario del proletariado fue mucho más allá en toda una serie de aspectos. No hay nada extraño en ello. Sólo la experiencia práctica, ayudada por la intervención consciente del partido revolucionario, puede despejar las brumas de ese ambiente de euforia “unitaria”, que invariablemente es aprovechado por los arribistas y los reformistas para medrar y apropiarse de la dirección de un movimiento que jamás quisieron.

Otro elemento común a destacar fue la generosidad de los trabajadores y soldados revolucionarios para con los mandos militares, los jefes de policía o los burgueses en general. Un reflejo indirecto de las dudas que asaltaban a los que encabezaban la marcha revolucionaria sobre cómo utilizar y con qué fin el poder que ahora tenían en sus manos. “Hubo poca resistencia, violencia y derramamiento de sangre —escribe Haffner—. La sensación que caracterizó estos primeros días de revolución fue la perplejidad: perplejidad de las autoridades ante su repentina e inesperada pérdida de poder; perplejidad de los revolucionarios ante su repentino e inesperado poder (...) La revolución fue bondadosa: no hubo linchamientos ni tribunales revolucionarios. Muchos presos políticos fueron liberados, pero no se arrestó a nadie. En contadas ocasiones se apaleó a algún oficial o a algún suboficial especialmente odiados. A la gente le bastaba con arrancar los galones y las medallas a los oficiales: formaba parte del ritual revolucionario tanto como izar la bandera roja (...) A las masas victoriosas de poco les sirve actuar con bondad; los sectores vencidos no les perdonan la victoria”.²⁰⁵

204. *Ibíd.*, p. 63.

205. *Ibíd.*, p. 63.

‘DETESTO LA REVOLUCIÓN COMO AL PECADO’

La revolución triunfante comenzó en la periferia, pero Berlín, la capital del Reich, seguía siendo decisiva para su éxito completo. Los militares, la burguesía y los líderes derechistas de la socialdemocracia percibían el ambiente general reinante y la eventualidad de que el capitalismo alemán fuera derrocado.

Hasta tal punto reinaba ese estado de alarma, que el príncipe Max tomó una decisión muy significativa. El 5 de noviembre de 1918, utilizando como excusa el asesinato del embajador alemán en Rusia ocurrido cuatro meses antes,²⁰⁶ decidió la expulsión fulminante del embajador soviético. Al día siguiente, Joffe fue introducido, junto con sus colaboradores, en un tren especial y despachado a la frontera.

En los círculos dirigentes, la angustia era imposible de reprimir: “Que el movimiento diera marcha atrás. Esto era lo único que preocupaba durante la semana de la revolución a los tres centros de poder que en ese momento todavía poseía el Reich y que sentían cómo temblaba el suelo bajo sus pies: al káiser y al Alto Mando del Ejército dirigido por Hindenburg y Groener en Spa (Bélgica); al gobierno del Reich del príncipe Max de Baden en Berlín; y, también en Berlín, a la dirección del Partido Socialdemócrata bajo el mando de Ebert, que deseaba y apoyaba a este gobierno, pero que sentía cómo se aproximaba la necesidad de salir de un segundo plano y de ser él mismo quien salvara al gobierno. Los tres coincidían en que la revolución debía ser ‘sofocada’ o que ‘diera marcha atrás’.”²⁰⁷

Tras el éxito del levantamiento de Kiel y la extensión del movimiento revolucionario por la geografía alemana, los imperialistas estadounidenses exigieron al gobierno, en nombre de los aliados, la suspensión completa de las hostilidades en un plazo de 72 horas. Con el fin de la guerra encarrilado, la desmovilización de las tropas planteaba un problema de gran envergadura: la posible dislocación interna del ejército, arrastrado por el ambiente revolucionario. La burguesía, su Estado Mayor y los socialpatriotas contaban con una

206. Perpetrado por los eseristas de izquierda.

207. Haffner, p. 69.

fuerza militar exigua para responder a sus órdenes. Pensaban que el ejército del frente occidental se encontraba más a salvo del contagio revolucionario que el del frente oriental, afectado por la intensa propaganda bolchevique. Pero incluso aceptando esa posibilidad, no estaba claro a favor de qué y de quién podría movilizarse ese ejército.

En esos momentos críticos volvieron a reproducirse las discrepancias sobre el camino a seguir. Groener, sucesor de Ludendorff en el Estado Mayor Central, y el canciller imperial, Max de Baden, estimaban que la figura del káiser se había convertido en un obstáculo para neutralizar el movimiento revolucionario. Se inclinaban cada vez más por sacrificar esa pieza, en beneficio del futuro. No estaban seguros de que las tropas occidentales respondieran en el caso de tener que enfrentarse al “enemigo interior”.

“Muchos hombres que ocupaban cargos de responsabilidad, incluido el canciller del Reich, —señala Haffner— contemplaban la renuncia al trono del káiser como la mejor solución, el único medio posible de salvar la monarquía. Calculaban que con una regencia y un rápido armisticio todavía estarían a tiempo de mantener el Estado, la Constitución y la Monarquía. Pero si el armisticio fracasaba a causa de la ‘cuestión del káiser’, entonces surgiría amenazante la revolución (...) Así pensaba no sólo el príncipe Max de Baden, sino también Friedrich Ebert. También a él le preocupaba mucho la amenaza revolucionaria. La derrota exterior era ya inevitable, y suficientemente grave. La derrota exterior y la revolución interior eran ya demasiado (...) La sola idea horrorizaba a Ebert. Por eso su programa era ahora exactamente igual al del gobierno, al que apoyaba desde fuera con todos los medios: abdicación del káiser, rápido armisticio, regencia, salvaguardia de la monarquía”.²⁰⁸

Todos dudaban sobre cómo llevar a cabo la operación y sobre qué tipo de régimen debería sustituir al Reich. ¿Quién podía mostrar una salida? En palabras de Haffner, “fue la dirección del SPD, en particular el presidente Friedrich Ebert, que cada día que pasaba ocupaba un papel más relevante, la que forzó los acontecimientos. No era hostil al gobierno, a quien más bien había ayudado a sobrevivir y al que había ofrecido su apoyo desde el primer momento de

208. *Ibíd.*, p. 52.

su existencia; tampoco se oponía férreamente a la monarquía; no se oponía por principio al orden estatal establecido; se sentía, al igual que su partido, como una fuerza viva del Estado, como su última reserva. Para él, al igual que para Groener y el príncipe Max, se trataba de salvar el Estado y controlar la revolución. Pero se había percatado mejor que ellos de la fuerza que había adquirido la revolución y de que no podía perderse un día más si lo que se pretendía era frenarla (...) El miércoles 6 de noviembre, Ebert apareció con sus colegas de la dirección del SPD en la cancillería del Reich, donde también se hallaba el general Groener, y exigió a modo de ultimátum la abdicación del káiser. Era necesario si ‘se quería evitar que las masas pasasen el bando revolucionario’. Era ‘la última oportunidad para salvar la monarquía’.²⁰⁹

El príncipe Max estaba convencido de que la solución de Ebert era la única posible. Al día siguiente le convocó a una reunión en la Cancillería y “le comunicó a Ebert su decisión de partir personalmente hacia el Cuartel General para exigirle al káiser su renuncia al trono. ‘Si consigo convencer al káiser, ¿lo tendré entonces a usted de mi parte en la lucha contra la revolución social? (...) Ebert respondió sin titubeos ni ambigüedades: ‘La revolución social será inevitable si el káiser no abdica, pero yo no la quiero en absoluto, la detesto como al pecado’. Él esperaba poder atraer a las masas y a su partido hacia el gobierno tras la abdicación del káiser. Tocamos de pasada la cuestión de la regencia. Le dije que, según la constitución, el regente de Prusia y del Reich debía ser el príncipe Eitel Fridrich. Ebert dio su palabra y la de su partido de no poner dificultades al gobierno en cuestiones constitucionales. Luego me deseó con palabras conmovedoras mucho éxito en mi viaje”.²¹⁰

La socialdemocracia alemana quiso prolongar la agonía de una monarquía moribunda y sin futuro, pero los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez que arrojaron a la cuneta los cálculos políticos de Ebert. La maniobra del príncipe Max y de Ebert fracasó por la acción revolucionaria de las masas, completamente refractarias a aceptar la continuidad de la monarquía. La revolución, que ya había

209. *Ibíd.*, p. 71.

210. *Ibíd.*, pp. 71-72.

llegado a Berlín en la misma tarde del jueves 7 de noviembre, hizo imposible el desplazamiento del príncipe Max a Spa para visitar al káiser. La efervescencia en la capital había subido de tono, con los trabajadores berlineses preparándose para jugar el papel de vanguardia que les correspondía.

Mientras tanto, los dirigentes del USPD, que sufrían un ataque de vacilación desde la insurrección de Kiel, se negaban a tomar la iniciativa para preparar la “insurrección” del 11 de noviembre. Haase, presidente del partido, había acordado con Noske no tomar medida alguna que pudiera comprometer la “unidad socialista”. Se estaba jugando al escondite con la revolución. La señal de Kiel y su extensión no podía dejar de contagiar a Berlín. Las escaramuzas, las dudas, los retrocesos de los líderes obreros de la capital, exceptuando a Liebknecht y sus camaradas, que se mostraron completamente decididos desde el primer momento, chocaron con la voluntad y el ánimo de los trabajadores. Finalmente, tras cerciorarse de que la presión en la caldera era insoportable, los mandos del USPD berlinés se vieron obligados a convocar veintiséis asambleas públicas. El gobierno quiso prohibirlas, pero la dirección socialpatriota del SPD, alarmada por las consecuencias contraproducentes que tendría una acción represiva, los convenció de que las permitiese para poder intervenir en ellas con el fin de apaciguar los ánimos.

En estas condiciones era imposible mantener los planes de una regencia transitoria pilotada por el príncipe Max. Semejante opción hubiera sido arrollada sin contemplaciones por los obreros. Sintiendo la urgencia del momento, Ebert maniobró con energía y audacia, dando un nuevo ultimátum al canciller: el káiser debía abdicar el viernes 8 de noviembre. El socialdemócrata de derechas Konrad Haenisch, refiriéndose a la actuación de la dirección del SPD, escribió: “Se trataba de una lucha contra la revolución bolchevique que asciende, siempre más amenazante y que significaría el caos (...) La cuestión imperial está estrechamente ligada a la del peligro bolchevique. Es necesario sacrificar al emperador para salvar al país. Esto no tenía absolutamente nada que ver con ningún dogmatismo republicano”.²¹¹

211. Broué, p. 175.

LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA

La efervescencia en los barrios obreros de Berlín, en las grandes fábricas, entre la masa de delegados revolucionarios, había alcanzado un punto crítico. Las vacilaciones obraban a favor del enemigo, había que tomar una determinación. El 8 de noviembre, los líderes del USPD no pudieron resistir más la presión y lanzaron una octavilla llamando al derrocamiento inmediato del régimen imperial y al establecimiento de la República de los Consejos. Paralelamente, Liebknecht y sus camaradas habían decidido también escribir un llamamiento para poner a los independientes ante hechos consumados. La hoja espartaquista llamaba a la insurrección obrera, al poder de los consejos y a la unión con los obreros de Rusia para el triunfo de la revolución socialista mundial. En otro plano muy diferente, los liberados socialdemócratas del aparato sindical informaban a la dirección del SPD que eran incapaces de impedir que las masas obreras pasaran a la acción el 9 de noviembre.

La huelga general del sábado 9 de noviembre, impulsada por los espartaquistas, el USPD y los delegados revolucionarios, a la que al SPD no le quedó más remedio que sumarse, paralizó la ciudad. Decenas de miles de trabajadores y de mujeres se desplazaron desde los barrios obreros al centro, dispuestos a la victoria completa.

La fuerza del movimiento era tal, que los planes de represión previstos por el Estado Mayor fueron derrotados con facilidad. El 4º Regimiento de Cazadores, una unidad que ya había sido utilizada en el frente oriental contra los revolucionarios rusos, había recibido la orden de movilizarse contra los obreros berlineses, pero a la hora de la verdad no obedeció. Una delegación de los soldados del 4º Regimiento se desplazó a la sede del *Vorwärts* para solicitar que representantes del SPD se trasladaran a su cuartel para explicar a la tropa qué estaba sucediendo.

El SPD envió a un dirigente veterano, Otto Wels, que en el patio del cuartel Alexander se dirigió a las tropas, formadas tras sus oficiales: “Inició su discurso con prudencia, evitando hacer un llamamiento a la sedición (...) Habló con tristeza y sinceridad sobre la guerra perdida, de las fuertes condiciones de Wilson, de la insensatez del káiser, de la esperanza de paz. Mientras hablaba, pudo notar poco a poco cómo las tropas iban asintiendo y cómo crecía la inseguridad

entre los oficiales. Paulatinamente siguió con tiento y fue siendo cada vez más claro, hasta que dijo: ‘¡Vuestra obligación es evitar la guerra civil! Os llamo a ello: ¡un hurra por el Estado popular libre!’ y de pronto todo el mundo aplaudió. Había ganado (...) ningún oficial disparó. Con sesenta hombres que debían proteger el *Vorwärts*, Wels regresó triunfalmente y continuó su ruta hacia otros cuarteles de la guarnición berlinesa. Ahora sabía de qué se trataba y cómo debía manejar a los hombres”.²¹²

Los dirigentes del SPD entendieron que estaban en minoría en muchas fábricas y que el USPD y los espartaquistas, cuya influencia penetraba en lo que antes habían sido sus bastiones en el movimiento obrero, les estaban arañando apoyos. ¿Cómo podían contrarrestar esa debilidad? Logrando un punto de apoyo entre los soldados, deseosos de poner fin a la guerra y de abandonar cuanto antes las trincheras. En los surcos de esos sentimientos y bajo las promesas de paz y prosperidad en una Alemania unida, la dirección del SPD sembró la semilla de la conciliación con la burguesía. Ese fue el primer movimiento de alcance para enfrentarse a los obreros revolucionarios. La necesidad de hacerse con una fuerte base en el Ejército motivó a los dirigentes del SPD en esos días: sabían que la fuerza armada decidiría en última instancia. La táctica les dio resultado durante algunas semanas, hasta que también acabó por mostrar sus limitaciones.

El virus revolucionario se había propagado entre la clase obrera, pero, confirmando las peores previsiones de la burguesía, también lo había hecho entre las tropas. La 2ª División de la Guardia (formada por los regimientos de la guardia del rey de Prusia), que había sido retirada del frente para reconquistar Colonia a los revolucionarios, se negó a obedecer a sus oficiales. El 8 de noviembre, el káiser, en un arrebató bravucón, advirtió que restablecería el orden en el país marchando al frente de su ejército; pero los treinta y nueve comandantes convocados por Groener señalaron que las tropas no eran utilizables para la guerra civil. Groener se dirigió al káiser ese mismo día y le comunicó que no era posible proceder al plan que había ideado: “El ejército volverá a casa ordenadamente bajo el mando de sus jefes y oficiales, pero no bajo el mando de vuestra majestad”.²¹³

212. Haffner, p. 76.

213. *Ibid.*, p. 77.

Cuando estas noticias llegaron a la Cancillería el 9 de noviembre, el príncipe Max de Baden planteó con toda crudeza la disyuntiva en que se movían la clase dominante y la casta militar alemanas: “Ya no podemos derrotar a la revolución, sólo podemos asfixiarla”. Los trabajadores de Berlín estaban dispuestos a sacar de la escena al káiser; si la dirección del SPD no actuaba con rapidez, podría perder el control. Todavía se intentó una última maniobra tramada en Spa: que el káiser renunciara al título de emperador, pero mantuviera el de rey de Prusia. La ingeniosa fórmula llegó tarde: a esas horas la situación era ya insostenible, y la Cancillería tenía informaciones sobre enormes concentraciones obreras que acudían en masa al centro de la ciudad desde las zonas industriales.

El príncipe Max de Baden, a pesar de no contar con la aprobación del káiser, publicó la nota de su abdicación y algo más: “El káiser y rey ha decidido renunciar al trono. El canciller permanecerá en su cargo el tiempo necesario hasta que todas las cuestiones relativas a la abdicación del káiser, a la renuncia al trono del príncipe heredero del Reich alemán y de Prusia, y al establecimiento de la regencia hayan sido resueltas. El canciller tiene la intención de proponer al regente el nombramiento del diputado Ebert como canciller y presentar un proyecto de ley para que se convoquen inmediatamente elecciones generales para formar una Asamblea Constituyente, que determinará definitivamente la futura forma del Estado alemán, así como el tratamiento de las minorías nacionales que deseen permanecer dentro de las fronteras del Reich”.²¹⁴

El 9 de noviembre, las masas insurrectas de Berlín no esperaron. Cientos de miles de trabajadores habían llegado ya al centro de la ciudad y no tenían intención de retirarse. Los soldados del Cuerpo de Cazadores, a quienes habían encomendado la defensa de la prefectura de policía, capitularon sin combate ante los destacamentos obreros comandados por el dirigente del USPD Emil Eichhorn. Tras desarmar a los soldados, liberaron a los seiscientos detenidos políticos que en ella se encontraban. Por su parte, Eichhorn se instaló en el despacho del prefecto, recibiendo el cargo de jefe de la policía berlinesa de mano de los trabajadores insurrectos.

214. *Ibíd.*, p. 80.

Los combates se sucedieron en otros lugares. Tras doce horas de lucha armada, los soldados y obreros liberaron la cárcel de Moabit, de cuyas celdas salieron numerosos prisioneros políticos, entre ellos Leo Jogiches. Decenas de miles de obreros, jóvenes y mujeres de los barrios proletarios de Berlín recorrían las calles tomando los edificios oficiales sin ninguna resistencia destacable.

A la hora de la comida, la multitud se agolpó en las inmediaciones del edificio del Reichstag, “donde Ebert y Scheidemann estaban comiendo, en mesas separadas (...) fuera se había producido un gran alboroto, una enorme muchedumbre había llegado al Reichstag y reclamaba la presencia de Ebert y Scheidemann. Un coro de voces gritaba al unísono: ‘¡Fuera el káiser!, ¡Fuera la guerra! y ¡Viva la República!’ (...) Ebert sacudió la cabeza y siguió comiendo la sopa. Sin embargo Scheidemann, que era un brillante orador populista y que esperaba beneficiarse de ello, dejó su sopa y se apresuró a salir (...) Se acercó a una ventana y la abrió (...) se le desató la lengua. ‘El pueblo ha logrado una victoria en toda regla’, exclamó, y añadió exultante de júbilo: ‘¡Viva la República Alemana!’ (...) Al volver a la cantina, Ebert, rojo de ira, se rebeló contra el gesto de su colega. Como cuenta Scheidemann en sus memorias: ‘Golpeó con el puño en la mesa y me espetó: ‘¿Es eso cierto?’. Cuando le respondí que no sólo era cierto, sino que no tenía nada de extraño, me montó una escenita que no acerté a comprender. ‘¡No tienes ningún derecho a proclamar una república! ¡Lo que tenga que ser de Alemania, sea una república o lo que fuere, lo decidirá una Asamblea Constituyente!’.”²¹⁵

La proclamación de Scheidemann no contuvo el ascenso de la marea revolucionaria: “A las cuatro de la tarde alguien pronunció la consigna ‘¡Al Palacio!’”. Media hora más tarde, el palacio real estaba ocupado y Karl Liebknecht se asomó a un balcón desde el que alguien había desenrollado una sábana roja y proclamó por segunda vez en ese día la República, pero ahora era una República socialista”.²¹⁶

215. *Ibíd.*, p. 82.

216. *Ibíd.*, p. 93.

El discurso del jefe espartaquista fue vibrante: “La dominación del capitalismo, que ha convertido Europa en un cementerio, está rota de ahora en adelante. Nos acordamos de nuestros hermanos rusos. Nos habían dicho: Si en un mes no habéis hecho como aquí, romperemos con vosotros. Nos han bastado cuatro días. No porque el pasado esté muerto debemos creer que nuestra tarea está terminada. Debemos aprovechar todas nuestras fuerzas para formar el gobierno de los obreros y soldados y construir un nuevo Estado proletario, un Estado de paz, de alegría y de libertad para nuestros hermanos alemanes y nuestros hermanos de todo el mundo. Les tendemos la mano y les invitamos a completar la revolución mundial. ¡Los que quieran ver realizadas la república libre y socialista alemana y la revolución alemana levanten la mano!’. Un bosque de brazos se levanta”.²¹⁷

Mientras eso sucedía en las calles, antes, a las doce del mediodía, Ebert se había presentado en la Cancillería con una resolución de la dirección del SPD exigiendo el traspaso del gobierno a él y su partido, para “mantener la calma y el orden”. El príncipe Max de Baden aceptó sin mayor problema y con bastante alivio. El gobierno del que se hacía cargo Ebert era todavía el antiguo aparato del Reich, donde todos los secretarios de Estado mantuvieron sus cargos, incluido von Scheüch, el ministro de la Guerra prusiano. En las horas inmediatas, Ebert realizó un llamamiento público a los trabajadores berlineses que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones: “¡Conciudadanos! El hasta ahora canciller imperial me ha traspasado el control sobre los asuntos del Reich con la aprobación de varios secretarios de estado (...) ¡Conciudadanos! Os pido que abandonéis las calles. ¡Mantened el orden y la calma!”.

El patético emplazamiento de Ebert no tuvo mayor efecto. Los trabajadores habían salido a la lucha y no se iban a retirar tan fácilmente. De hecho, esa misma noche aparecerían en Berlín dos diarios de ala izquierda: *Die Internationale* (La Internacional), como órgano del USPD, y *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja), como órgano de la Liga Espartaquista. Ambos se imprimieron en talleres ocupados horas antes por los obreros armados.

217. Broué, p. 180.

‘UNIDAD SOCIALISTA’

Sólo la fuerza de los hechos forzó a los capitalistas alemanes a aceptar la proclamación de la república burguesa parlamentaria. Ebert quería salvar la monarquía, pero tanto él como sus aliados en la corte del káiser estaban completamente superados.

A tenor de cómo evolucionaban las cosas en la capital, el príncipe Max, con el buen tino que caracteriza a los aristócratas en los momentos en que se juegan cosas importantes, huyó esa misma tarde de Berlín apresurada y clandestinamente. El káiser se comportó de igual manera. El campeón de las proclamas patrióticas, el que condujo sin miramientos a las trincheras a millones de jóvenes y trabajadores para ser masacrados... tomó cautamente el camino del exilio sin levantar mucha polvareda. El puño de los trabajadores alemanes golpeó a la monarquía prusiana mucho más fuerte que las divisiones de la Entente.

Lo ocurrido en esa jornada histórica del 9 de noviembre, como el 14 de julio de 1789 en la toma de la Bastilla en París, en febrero de 1917 en Rusia, o el 19 de julio de 1936 en Barcelona o Madrid, confirmó una ley histórica: Las grandes transformaciones políticas y sociales son obra de las masas en acción.

Trotsky lo describió plásticamente en el prefacio de su *Historia de la revolución rusa*: “El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insoportable para las masas, estas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su desarrollo objetivo. La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos”.²¹⁸

218. Trotsky: *Historia de la revolución rusa*, vol. I, p. 19.

Ebert tenía ante sí grandes desafíos. El problema que se le presentaba para hacer efectivo su gobierno desde la Cancillería era realmente complicado. ¿De qué sirve disponer del gobierno si no se puede gobernar? ¿Para qué valen los ministerios si el poder real está en manos de los consejos de obreros y soldados? Pero Ebert demostró que tenía bastante claro cómo había que proceder para cambiar la correlación de fuerzas y someter el poder revolucionario a la legalidad burguesa, disfrazada de “república democrática”.

En las condiciones revolucionarias de la primera quincena de noviembre no era posible un choque frontal con los consejos, no existía una palanca lo suficientemente fuerte y con el respaldo social necesario que permitiera destruirlos. Hasta elegir una Asamblea Constituyente que abortase definitivamente la revolución socialista, había que transigir con esos órganos, debilitándolos al máximo. “Desde la mañana del 9 de noviembre, cuando la clase obrera se movilizó en Berlín y las tropas se pusieron al lado del SPD, dejó de importar si el káiser abdicaba o no, si permanecía en Spa o partía hacia Holanda. A partir de ese día el defensor del antiguo orden ya no era el káiser, era Ebert. Y esa tarde del 9 de noviembre Ebert ya no tenía tiempo de ocuparse del káiser, al contrario de lo que el príncipe Max había vivido por la mañana; tenía otras preocupaciones bien distintas. Esa tarde, la revolución amenazaba con sobrepasar a Ebert”.²¹⁹

Cuando Ebert fue nombrado canciller, era perfectamente consciente que necesitaba del apoyo del ala izquierda (el USPD) si quería ganar credibilidad entre los trabajadores. Considerando su actitud en los años de la guerra y el rumbo que adoptaban los acontecimientos en esas horas, tenía que contrapesar su alianza con la burguesía recurriendo a la demagogia. Su agitación en pro de la “unidad socialista”, para dar un barniz de “izquierdas” a su maniobra, pronto encontró el eco esperado en las filas del movimiento obrero y de las tropas, especialmente entre las masas que despertaban a la acción, ávidas de paz, cansadas de miseria y sufrimiento. Para muchos trabajadores embarcados definitivamente en la lucha, la salida del káiser tenía que tener una recompensa: lograr un gobierno que pusiera fin a la pesadilla vivida en los últimos años.

219. Haffner, pp. 82-86.

Aquella tarde del 9 de noviembre, el Reichstag registró una frenética actividad, con los grupos parlamentarios del SPD y del USPD reunidos permanentemente. Cualquiera podría pensar que la vuelta a los despachos, al hormigueo de las salas confortables, a los comentarios en voz baja y las quinielas ministeriales era un buen síntoma, un signo de normalización “democrática”. En realidad se trataba de la sacudida nerviosa provocada por el auge de la revolución en las calles berlinesas y de la desesperación de los líderes socialdemócratas por intentar aplacarla.

Sobre todo, el gesto de abrir los cuarteles para izar en ellos la bandera roja, las escenas de confraternización y ver a los soldados, e incluso a la policía, unirse a los obreros y arrojar las armas, como sucedió en la jefatura superior en la Alexanderplatz..., todas esas imágenes, que se sucedían una y otra vez, actuaban sobre sus señorías socialdemócratas como un calambre doloroso. Recordaban de manera tan llamativa a las jornadas de la revolución de febrero en Rusia, que había que impedir por todos los medios que el desenlace fuese un nuevo Octubre.

Ebert jugó todas sus cartas y se apoyó en la oportunidad que le ofrecía el USPD, seguro de que sus dirigentes, a quienes conocía muy bien después de años de sentarse en la misma bancada del Reichstag y en los órganos de dirección del partido, no harían ascos a su oferta. Sin perder un instante, pidió apresuradamente a una delegación del USPD, con la que se topó en la Cancillería, que le dieran nombres de tres candidatos para tres ministerios. Ebert quería incorporar inmediatamente al USPD al gobierno provisional e implicarle en todos sus planes contrarrevolucionarios. No podía dejar al ala izquierda de la socialdemocracia maniobrar a sus anchas, y mucho menos permitir que los beneficiados por la situación fueran Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Las lecciones de la revolución rusa, los errores de los mencheviques y eseristas, y la audacia de los bolcheviques a la hora de conducirse en semejantes circunstancias recordaban a la dirección del SPD, a sus aliados burgueses y al Alto Estado Mayor el riesgo que corrían en aquella hora.

La oferta produjo un gran revuelo y discusiones acaloradas en el aparato del USPD. Algunos dirigentes, como Ledebour, se opusieron a toda colaboración con los derechistas. Pero las presiones a favor de un gobierno de unidad se sucedían también: llegaban a través de

soldados que, como delegados de la guarnición, exigían la formación de un gobierno unitario; de trabajadores que proponían la entrada de Liebknecht en el mismo, como garantía revolucionaria.

¿Cuál fue la postura de los espartaquistas? Igual que en la preparación de la insurrección de noviembre, Liebknecht, aconsejado por los bolcheviques, no rehusó sin más la participación en el gobierno. La presión de las masas a favor de la unidad entre organizaciones socialistas imponía una táctica flexible que permitiera conectar con miles de trabajadores que actuaban de buena fe. Los obreros tenían que abrir los ojos y comprender la naturaleza oportunista de esa campaña a favor de la unidad que los socialpatriotas agitaban con tanto ahínco. Liebknecht, apoyado por Ernst Müller, propuso seis condiciones concretas como base de un acuerdo político para formar un gobierno “unitario”: 1) Proclamación de la república socialista alemana. 2) Entrega del poder legislativo, ejecutivo y judicial a los representantes elegidos por los obreros y soldados. 3) No a los ministros burgueses. 4) Participación de los representantes del USPD limitada al tiempo necesario para concluir el armisticio; 5) Ministerios técnicos sometidos a un gabinete puramente político; 6) Paridad de los partidos socialistas en el gabinete.²²⁰

Sólo unas horas más tarde, la dirección del SPD contestó que sólo aceptaría las dos últimas propuestas; las cuatro primeras las rechazó de plano. Asamblea constituyente, colaboración con los partidos burgueses y oposición a lo que llamaban una “dictadura de clase”, es decir, al poder obrero, eran los ejes del programa público de Ebert, Noske y Scheidemann; el otro programa, el oculto, el que entre bambalinas pactaron con los militares y los capitalistas para decapitar la revolución, se vería a las pocas semanas.

La llegada al día siguiente del presidente de los independientes, Haase, proveniente de Kiel, precipitó un golpe de timón y selló el acuerdo. Pasando por encima de las garantías exigidas por Liebknecht, el veterano oportunista aceptó la entrada en el gobierno de su partido con tres ministros. La dirección del USPD se ataba así al carro de los socialpatriotas, proporcionando un margen de maniobra muy valioso a los sepultureros de la revolución. Pero la decisión de coaligarse

220. Citado en Broué, p. 181.

en nombre de la “unidad socialista” también supuso una gran escuela de aprendizaje para miles de trabajadores que, en base a la experiencia, se acercarían a la revolución proletaria y a los espartaquistas.

EL CONSEJO DE OBREROS Y SOLDADOS DE BERLÍN

Las fuerzas en combate estaban delimitadas en dos grandes campos, que a su vez tenían sus propias divisiones y zonas de confluencia y transición. Por una parte, estaba la burguesía, aliada con la dirección del SPD, a quienes se sumaban el Estado Mayor, las tropas de confianza, la prensa capitalista, la “juventud dorada” y los partidos tradicionales, que, por la presión de los acontecimientos, comenzaron una rápida conversión a la “democracia”. Desprendiéndose de los símbolos que más les identificaban con el viejo régimen, intentaron engañar a las masas:

“Es sorprendente —escribe Pierre Broué— la rapidez con que el conjunto de las autoridades o del personal político se funden en este movimiento ‘democrático’ para combatir la revolución y defender el orden y la propiedad. Conservadores y reaccionarios se proclaman de la noche a la mañana republicanos y demócratas, partidarios de una ‘soberanía popular’ que era hasta entonces la menor de sus preocupaciones (...) El *Zentrum* católico se rebautiza ‘Partido Cristiano-Demócrata’; los conservadores se agrupan en el ‘Partido Popular Nacional Alemán’, que inscribe en su programa el sufragio universal, el gobierno parlamentario, la libertad de prensa y de opinión (...) Junkers y burgueses se visten con disfraces democráticos; lo esencial es primero apartar a los consejos”.²²¹

En el campo revolucionario encontramos a las masas de trabajadores y a los campesinos pobres, a los soldados, a los delegados revolucionarios, la base del USPD y a los entusiastas militantes de la Liga Espartaquista. En este universo de fuerzas, es justo mencionar el destacado papel desempeñado por los delegados revolucionarios el 9 y 10 de noviembre. Su intervención en Berlín fue clave, tanto para el triunfo del levantamiento, que propinó el puntapié

221. *Ibíd.*, p.198.

definitivo a la monarquía, como para la constitución del Consejo Obrero de la capital. Haffner relata así su actuación:

“Un grupo de cien hombres aproximadamente cuyo núcleo lo formaban unos doce (...) No eran grandes teóricos ni grandes pensadores, eran hombres prácticos y veían claramente de qué se trataba en esos momentos: había que dar a las masas un líder con capacidad de actuación, un órgano que pudiese hacer política, un gobierno revolucionario que quitase de en medio a Ebert y a los demás partidos. Convocaron a unos doscientos seguidores. Al atardecer [del 9 de noviembre], mientras caía la noche y las masas empezaban a disolverse poco a poco en las calles, ocuparon el Reichstag (...) Un grupo de hombres que habían ocupado los bancos azules del gobierno dirigía la reunión con bastante firmeza. Eran los líderes de los delegados revolucionarios, y algunas caras eran conocidas: Richard Müller y Emil Barth (...) Poco después de las diez, algunos miembros del SPD que habían participado en la sesión salieron apresuradamente de la sala, recorrieron a pie con paso acelerado el camino más corto entre el Reichstag y la Cancillería, y le contaron a Ebert, atónito, lo que estaba ocurriendo: ahora mismo, en el Reichstag, una sesión acababa de decidir que al día siguiente deberían ser votados en todas las fábricas y cuarteles los consejos de trabajadores y soldados —un representante por cada batallón y por cada mil trabajadores— y estos consejos que saldrían por elección debían reunirse a las cinco de la tarde en el circo Busch para nombrar un gobierno provisional, un ‘Consejo de los Comisarios del Pueblo’. En ningún momento se había hablado del gobierno de Ebert, se había hecho como si no existiera ningún gobierno”.²²²

El influjo de la revolución rusa, del Octubre triunfante, no era producto de la imaginación ni de la mente calenturienta de los militares o los dirigentes socialdemócratas. La orientación socialista de la revolución alemana no dejaba dudas, y la vanguardia creía firmemente en ella. No era ninguna exageración pensar que el éxito del bolchevismo en Alemania podía ser cuestión de muy poco tiempo.

Estas razones empujaron definitivamente a Ebert a maniobrar audazmente para obtener legitimidad en el nuevo orden revolucionario,

222. Haffner, pp. 94-95.

pero no para consolidarlo, sino para anularlo y desmontarlo. Era difícil, pero las circunstancias obligaban a tener muy en cuenta las lecciones de la revolución rusa. Si se quería impedir el triunfo del bolchevismo, había que actuar con firmeza, decisión y sin ninguna vacilación:

“Ebert representaba la izquierda del *establishment*, la última reserva del antiguo orden (...) Tras Ebert sólo quedaba Ebert. Si fallaba, ya no había nada. Entonces, ¿qué posibilidad quedaba? ¿La guerra abierta? ¿Prohibir la elección de los consejos y la reunión del circo Busch, recurriendo incluso al ejército? Ante esta idea, Ebert se acobardó. Lo cierto era que desde esa mañana tenía a las tropas berlinesas haciéndole costado. ¿Pero les podía exigir cualquier cosa? ¿Las tropas seguirían obedeciendo ciegamente? (...) Sólo quedaba una salida. Ebert debía renunciar a mantener en su persona ‘la relación orgánica con el pasado’. Debía renunciar a ser el último canciller del Reich y, en su lugar, debía convertirse en el primer presidente de ese ¿cómo llamarlo? ¿Consejo de Comisarios del Pueblo? Debía buscar una nueva legitimación (...) ¿Imposible? No. Al fin y al cabo había suficientes socialdemócratas fieles entre los trabajadores berlineses; lo que debía hacer era movilizarlos en el momento oportuno. Ante todo, debía rematar la alianza con los Independientes, aunque hubiese que hacer concesiones; debía poner a los trabajadores y soldados presentes en el circo ante el hecho consumado de un gobierno totalmente socialista. Reconciliación, unidad, ‘no a una guerra entre hermanos’; ese debía ser ahora el lema. Ebert conocía a sus trabajadores lo suficiente como para saber que este lema levantaría el entusiasmo y sería irresistible. ¡Y no había que olvidar a los soldados! Ellos también tenían que votar”.²²³

Los delegados revolucionarios, que convocaron a los trabajadores y soldados para elegir los consejos, tuvieron un gran éxito; la mayoría de la clase obrera berlinesa se presentó en sus fábricas para votar. Paralelamente, la dirección del SPD también tomó medidas, y durante toda la noche imprimieron miles de panfletos que se distribuyeron masivamente, además de publicar una edición especial

223. *Ibíd.*, p. 98.

del *Vorwärts* que circuló por todas las fábricas. El artículo principal de este número se titulaba: *¡No a una guerra entre hermanos!* La idea de no derramar más sangre, después de la prueba que había supuesto la guerra, y la perspectiva más que posible de un cambio de régimen, por mucho que el nuevo estuviera encabezado por gente como Ebert, no podía dejar de tener apoyo. Hacía falta que las ilusiones democráticas, en plena floración, dieran paso a la decepción con los socialpatriotas. Como en los primeros compases de todos los procesos revolucionarios, las masas se volvían hacia sus organizaciones tradicionales y aplaudían con entusiasmo cualquier signo de ruptura con el pasado.

Los candidatos presentados por los delegados revolucionarios fueron elegidos para los consejos, pero también se votó a muchos partidarios del SPD. En sus memorias, Richard Müller narra que algunos funcionarios del SPD, ayer apaleados fuera de las empresas por no querer unirse a la gran movilización, fueron elegidos a los consejos de los trabajadores. El movimiento todavía no había roto con sus viejas formaciones, como pasó durante las jornadas inmediatas al triunfo de la revolución rusa de febrero, cuando mencheviques y eseristas conquistaron la mayoría en los sóviets.

Si las elecciones en las fábricas arrojaron un resultado que podría considerarse como una derrota parcial para las fuerzas revolucionarias más conscientes, en el caso de los cuarteles la cosa fue mucho peor. Allí, el tono de la agitación del SPD no tuvo nada que ver con el que utilizaba en las fábricas: “Allí los delegados revolucionarios no pintaban nada, allí nadie les conocía, allí la voz cantante la llevaba Otto Wels [SPD] y decía las cosas claras. Nada de reconciliación y de hermanamiento, allí se trataba de hacer fracasar un oscuro complot mediante el cual se pretendía coger desprevenido al SPD, alejándolo del gobierno. ¿Acaso los soldados no se habían puesto el día antes, sin consideración de partido, de parte del pueblo? Bien, pues ahora tenían la obligación de defender los derechos del pueblo. Ahora los soldados debían ponerse a disposición del gobierno Ebert-Scheidemann, tal y como habían hecho el día antes los Cazadores de Naumburg”.²²⁴

224. *Ibíd.*, p. 102.

La dirección del SPD actuó con energía para tener la influencia preponderante entre los delegados de los cuarteles: “Al mediodía tuvo lugar en el patio del edificio del *Vorwärts* una reunión de soldados —tanto de los que habían sido elegidos como de los que no—; los líderes y los portavoces se pusieron de acuerdo, se preparó la comida y por la tarde, mucho antes del inicio de la asamblea, los soldados marcharon, con Wels a la cabeza, hacia el circo Busch, donde ocuparon las primeras filas cerca de la pista”.²²⁵

Ebert actuó con cautela. Debía presentarse como el líder de un gobierno de reunificación socialdemócrata e implicar activamente en sus planes a los Independientes, para cubrir lo más sólidamente posible su flanco izquierdo. Para asegurarse de que la asamblea del circo Busch entraba en razón y apoyaba una solución que le permitiera ganar un tiempo imprescindible, esa era la mejor táctica.

Los delegados revolucionarios más experimentados, que ya conocían los resultados de las elecciones en las fábricas, eran conscientes de que los líderes del SPD y los más derechistas del USPD estaban decididos a controlar la asamblea del circo Busch. Richard Müller lo recuerda en sus memorias: “Era imposible contemplar un gobierno sin contar con los socialistas más conservadores. Esto era un hecho. También estaba claro para todos que los socialistas conservadores intentarían acabar con el poder de los consejos de soldados y trabajadores para conseguir instaurar una asamblea nacional y, con ello, una república democrática burguesa. Si lo conseguían, la revolución estaba perdida”.

Ante un desenlace que parecía cantado, los delegados revolucionarios intentaron imponerle al gobierno una especie de control desde abajo. Reivindicando su paternidad en la convocatoria de la reunión del circo Busch y el hecho de que mantendrían la presidencia en las discusiones, intentaron hacer elegir otro organismo controlado por ellos. Müller lo relata así: “Se decidió proponer en la asamblea la votación de un comité de acción de los consejos de trabajadores y soldados. No debía entrarse en el debate de en qué consistirían sus tareas, sino constituirlo, por así decirlo, mediante este engaño”.²²⁶

225. *Ibid.*, p. 103.

226. Citado en Haffner, p. 106.

La asamblea del circo Busch se celebró con una participación de entre dos mil y tres mil hombres. Haffner pinta el fresco de aquella jornada histórica: “la revolución y la república parlamentaria burguesa entraron en guerra ante una masa enfervorizada (...) en las gradas inferiores, unos mil hombres en uniforme gris de campaña formaban un bloque fuertemente disciplinado; arriba hasta la cúpula, mil o dos mil obreros y obreras (...) en la pista, en unas mesas de madera improvisadas, estaban la presidencia y todas las personalidades de los partidos socialistas, desde Ebert hasta Liebknecht (...) Ebert, que habló en primer lugar, anunció la unión de los dos partidos socialistas, y con ello se ganó inmediatamente a los congregados: era precisamente eso lo que esperaban oír (...) Habló mucho de calma y orden, un orden imprescindible ‘para la victoria completa de la revolución’. Haase, el líder de los Independientes, a quien le tocó hablar a continuación, poco pudo decir en contra de Ebert (...) A continuación habló Liebknecht, que intentaba nadar contra la corriente. Le reprochaba al SPD la política que había llevado durante la guerra. Pero en ese bello momento de la victoria y la reconciliación, nadie quería oír eso. Hubo muchas interrupciones, especialmente intranquilos estaban los soldados de las primeras filas, que comenzaron a gritar al unísono ‘¡Unidad! ¡Unidad!’”.

Tras los lances dialécticos entre los representantes de la derecha socialdemócrata, los dirigentes centristas y los marxistas internacionalistas, el delegado revolucionario Barth tomó la palabra para proponer la constitución del mencionado “comité de acción”. Pero en lugar de ser concreto y directo, Barth se enredó en un discurso largo y tedioso, confuso, que desveló la maniobra ante Ebert y sus seguidores. Inmediatamente, Ebert se lanzó a exigir la paridad entre los dos partidos en dicho organismo, a lo que siguió una nueva explosión de los soldados y de numerosos delegados obreros a favor de la “unidad”, furiosos contra aquellos que la cuestionaban. De entrada, los dirigentes oficiales del USPD rechazaron la exigencia de Ebert, abogando por una representación proporcional en base al apoyo real de ambos partidos en las fábricas. Pero, como ya era habitual, no tardaron mucho en acusar la presión de los derechistas y, temerosos de romper con ellos, aceptaron la representación paritaria.

Al final de la reunión se anunció la constitución de un Comité Ejecutivo de los consejos de obreros y soldados de Berlín, con veinte

miembros, diez obreros y diez soldados. De los delegados obreros, una mitad sería para el SPD y la otra, para el USPD y los delegados revolucionarios. Los diez representantes de la tropa se elegirían al día siguiente. También se votó y ratificó al nuevo gobierno, que se llamaría, para hacer una concesión a los Independientes y, sobre todo, a los delegados revolucionarios, Consejo de los Comisarios del Pueblo. De esta manera, Ebert se convertiría en jefe del Consejo y a la vez del gobierno republicano instalado en el Reichstag. Como acto emotivo al final de la sesión, se aprobó una nueva resolución llena de muy bonitas palabras sobre la república socialista y la revolución mundial (que al día siguiente salió publicada en los diarios burgueses, pero no en el *Vorwärts*) y se cantó *La Internacional*.

Las maniobras de Ebert aprovecharon el espíritu que dominaba a la mayoría de los allí congregados. La primera reunión del Consejo de Obreros y Soldados de Berlín concluyó con un triunfo para los socialpatriotas, los máximos enemigos de la revolución socialista; pero un triunfo al fin y al cabo parcial, pues el sistema de los consejos se había puesto en marcha y las circunstancias podían cambiar, igual que había sucedido en Rusia.

Sería un error pensar que la Liga Espartaquista no tenía grandes posibilidades de conquistar un apoyo masivo a su programa en las semanas y meses venideros. Objetivamente tenían puntos de apoyo considerables. “En realidad —señala Pierre Broué— las oportunidades de la revolución soviética alemana, al día siguiente del 9 de noviembre, eran más fundadas de lo que habían sido en febrero las de la revolución soviética rusa. En todos los centros obreros los consejos están escindidos por la doble influencia de los mayoritarios y los independientes. Pero, en Rusia, los mencheviques y los eseristas tenían en febrero la mayoría en todas partes, incluso en el sóviet de Petrogrado. En Alemania, al contrario, los revolucionarios, independientes de izquierda, IKD [Comunistas Internacionalistas] o espartaquistas, partidarios de la dictadura del proletariado, dirigen algunos de los consejos más importantes: Richard Müller en Berlín, Kurt Eisner en Múnich, Rück en Stuttgart, Heckert en Chemnitz, Lipinski en Leipzig, Merges en Brunswick, Laufenberg en Hamburgo, todos presiden consejos de obreros y soldados cuya autoridad alcanza regiones enteras. Por lo demás, no hay ni más ni menos

desorden en el tumultuoso nacimiento de los consejos alemanes del que hubo en el de los sóviets o el que había en 1936 en los comités o consejos en España”.²²⁷

LAS ILUSIONES DEMOCRÁTICAS Y EL DOBLE PODER

Los acontecimientos de noviembre habían culminado una etapa fundamental. La insurrección había barrido la monarquía y despertado a la vida política a millones de obreros y soldados. Ellos disponían del poder real, pero no eran conscientes de la nueva situación: se enfrentaban a enemigos resueltos a hacer lo necesario para evitar el derrocamiento del capitalismo.

En el Estado Mayor y en los medios empresariales y gubernamentales, la victoria de Ebert no aligeró la inquietud. Hubo un asunto que indicó el temor real al espectro de la revolución. En la reunión del circo Busch se aprobó el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Rusia soviética, rotas tras la expulsión de Joffe el 6 de noviembre. Joffe se encontraba esperando en la frontera la resolución final, para volver a ocupar su lugar en la embajada de Berlín. El 19 de noviembre, el Consejo de Comisarios del Pueblo abordó la espinosa cuestión. Estaba presente Kautsky como invitado especial a las deliberaciones. Haase, el presidente del USPD, aconsejó que se retrasase la decisión, con calculado cinismo, y Kautsky lo apoyó “con el argumento de que el régimen soviético no podía durar muchas semanas más”.²²⁸ Los centristas le hicieron el trabajo sucio a los social-patriotas. Joffe no fue readmitido y tuvo que volver a Moscú.

Los dirigentes del SPD seguían aterrorizados ante la perspectiva de una revolución socialista triunfante. Igualmente, los jefes militares que habían combatido en la guerra percibían con claridad la necesidad de contar con el apoyo firme de Ebert y compañía. Lo más urgente para ellos, en la medida que aplastar por la fuerza el movimiento revolucionario representaba todavía en esas fechas una aventura incierta y entrañaba, por tanto, un serio riesgo, era poder distraer las

227. Broué, p. 189.

228. Citado en E. H. Carr, *op. cit.*, p. 113.

energías de la revolución y, finalmente, desbaratarla. Hindenburg ya había declarado abiertamente que los militares estarían dispuestos a colaborar con el canciller para “evitar la extensión del terrorismo bolchevique en Alemania”. El general Groener era de la misma opinión: “El cuerpo de oficiales sólo podía cooperar con un gobierno que emprendiese la lucha contra el bolchevismo. Ebert estaba decidido a hacerlo (...) No había ningún otro partido que tuviese suficiente influencia sobre las masas para restablecer, con la ayuda del ejército, un poder gubernamental”.²²⁹

A través de este general, los militares solicitaron de Ebert una conjunción completa para aplastar el bolchevismo y la república de los consejos, para trabajar con energía por una rápida vuelta al orden burgués. En la práctica eso significaba la convocatoria inmediata de una Asamblea Nacional (Constituyente). “Ebert —escribe Groener en sus memorias— aceptó mi propuesta de pacto. A partir de entonces, a través de una línea secreta entre la cancillería y el Alto Mando, mantuvimos conversaciones diarias por la noche sobre las medidas que era necesario tomar. Así se mantuvo el pacto”.²³⁰

El SPD se aprovechó de la inercia de esos primeros días de revolución victoriosa. Millones de obreros y soldados miraban a sus organizaciones tradicionales, el SPD y especialmente el USPD, buscando orientación y una salida en positivo. La traición de los dirigentes oficiales de la socialdemocracia a la revolución no era percibida aún por las masas del proletariado, que se habían sacudido el peso muerto del káiser. La resolución de sus acuciantes problemas requería una completa y definitiva ruptura con el capitalismo, pero, por el momento, a muchos trabajadores y soldados les parecía suficiente con la llegada de la “democracia” y la Asamblea Constituyente.

Estas esperanzas eran alentadas por la maquinaria propagandística del SPD y sus aliados, que machacaban abiertamente con la amenaza de la guerra civil y el caos, en caso de imponerse una dictadura “de clase” como en Rusia. Sus alabanzas al carácter “democrático” de la revolución alemana eran su forma de confundir a los obreros, sobre todo a sus capas menos experimentadas. En el *Vorwärts* del 13

229. Broué, p. 202.

230. Citado en Haffner, p. 111.

de noviembre se leía: “Hemos vencido, pero no lo hemos hecho para nosotros solos. ¡Hemos vencido para todo el pueblo entero! Por eso nuestra consigna no es ‘Todo el poder a los sóviets!’, sino ‘¡Todo el poder al pueblo entero!’”.

La coyuntura no era tan simple como se la habían imaginado algunos revolucionarios. Los espartaquistas estaban todavía en minoría. ¿Cómo cambiar esta situación, cómo transformar una pequeña organización en un partido de masas, en el partido fundamental de la clase obrera alemana?

En noviembre de 1918, Rosa Luxemburgo y sus camaradas se enfrentaban a unas circunstancias similares a las que Lenin hizo frente en abril de 1917. La Liga Espartaquista se mantuvo firme en su política de clase e internacionalista. Correctamente, agitaban por el derrocamiento del orden capitalista y el establecimiento de la República de los Consejos de Obreros y Soldados, al tiempo que denunciaban la alianza frentepopulista de los socialdemócratas con la burguesía. Así lo expresaba Rosa Luxemburgo en el *Die Rote Fahne* del 20 de noviembre de 1918:

“No se trata ahora de escoger entre democracia y dictadura. La cuestión puesta por la historia a la orden del día es: democracia *burguesa* o democracia *socialista*. Porque la dictadura del proletariado es la democracia en el sentido socialista del término. La dictadura del proletariado no significa bombas, *putschs*, rebelión o ‘anarquía’, como pretenden los agentes del capitalismo, sino el empleo de todos los medios del poder político para la edificación del socialismo, para la expropiación de la clase capitalista, conforme al sentimiento y la voluntad de la mayoría revolucionaria del proletariado, es decir, el espíritu de la democracia socialista. Sin la voluntad y sin la acción consciente de la mayoría del proletariado no habrá socialismo. Para agudizar esta conciencia, para organizar esta acción, es necesario un órgano de clase: el Parlamento de los proletarios de las ciudades y del campo”.

No existía la menor contradicción en vincular la lucha por los derechos democráticos a la revolución socialista; de hecho, eso era lo único que podía asegurar la perdurabilidad de esos derechos. Pero, ¿cómo defender un programa socialista y al mismo tiempo intervenir en los acontecimientos con las consignas y las tácticas correctas, teniendo en consideración las ilusiones democráticas de las

masas en esta primera fase de la revolución? ¿Cómo combatir con éxito la política y las maniobras de los dirigentes del SPD y las vacilaciones y la fraseología pseudorrevolucionaria de los líderes centristas del USPD?

Lenin insistió una y mil veces que la vanguardia debía explicar pacientemente su programa. Esta tarea de propaganda y de intervención codo con codo con los trabajadores en sus organizaciones y organismos políticos, económicos y militares, aprovechando de forma hábil el desarrollo de los acontecimientos, permitiría atraer a la mayoría al campo de la revolución. Antes de romper con su vieja dirección, Las masas necesitan enormes acontecimientos y pruebas, pasar por dolorosas experiencias. En este proceso, no todas las capas de la clase obrera sacan al mismo tiempo las mismas conclusiones.

En el seno de los consejos obreros, los líderes del SPD actuaron con firmeza y decisión, reclamando la paridad allí donde eran débiles; los miembros del USPD habitualmente aceptaban el chantaje. Sin embargo, el SPD no aplicaba la paridad en los pocos consejos obreros donde sus representantes estaban en mayoría. Todas estas concesiones transformaron radicalmente la representación proletaria. Si entre los trabajadores de las fábricas los representantes del SPD (habitualmente burócratas sindicales y funcionarios del aparato del partido) eran minoritarios, en los consejos obreros iban copando posiciones. Esto no impidió que el poder de los consejos se afirmara parcialmente. A las autoridades no les quedaba más remedio que reconocerlos en las ciudades donde se iban formando.

Ante la extensión de los consejos obreros por toda la geografía alemana, la burguesía y el SPD desplegaron su maquinaria política y, basándose en el control del aparato estatal con sus miles de funcionarios, llenaron de calumnias a los espartaquistas y al conjunto de los militantes revolucionarios. Identificándolos como bolcheviques “sedientos de violencia y destrucción”, la campaña alcanzó dimensiones de auténtica cruzada. La batalla se libraba, según la propaganda oficial, entre la “democracia”, encarnada por la burguesía y el SPD, y concretada en la consigna de elecciones para una Asamblea Constituyente, y los espartaquistas, los delegados revolucionarios y los sectores más radicalizados de la base del USPD, que pretendían imponer el “despotismo asiático” bolchevique.

Curiosamente, los mismos que llamaban a evitar un “baño de sangre” en Alemania, suspiraban por el triunfo en Rusia de las bandas contrarrevolucionarias de los generales blancos. Toda la furia de los Kautsky²³¹ y Bernstein, de los Ebert y Noske para atacar con saña a los espartaquistas, se transformaba en dulces y comprensivas palabras hacia las tropas de ocupación francesas, británicas, estadounidenses..., hacia los cosacos y generales zaristas, cuando recurrieron al “democrático” lenguaje de los cañones y los fusiles para restaurar el poder de los capitalistas y terratenientes. Para tan elevado objetivo, era de justicia derramar generosamente la sangre de los obreros y los campesinos rusos.

La ofensiva de la burguesía alemana contra los avances de la revolución se extendió a todos los terrenos. Ebert encabezaba el Consejo de Comisarios del Pueblo designado en el circo Busch, pero también el gobierno burgués, y además había sido nombrado canciller por el

231. Kautsky se convirtió en un encarnizado enemigo de la revolución rusa. Ungido por el prestigio del pasado, pretendió dar una cobertura “socialista” a la crítica burguesa de la revolución de Octubre. Pocos meses después del triunfo bolchevique, Kautsky escribió un famoso texto, *La dictadura del proletariado*, donde no sólo atacaba con furia a Lenin y Trotsky, sino que echaba por tierra toda la teoría revolucionaria de Marx y Engels. Defendiendo una concepción de la democracia “pura”, abstrayéndose en todo momento de su contenido de clase, al más puro estilo del imperativo categórico kantiano, Kautsky criticó que la clase obrera tomara la organización de la sociedad en sus manos.

Este texto fue contestado por Lenin en una de sus obras más sobresalientes, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, en la que, al igual que hiciera en *El Estado y la revolución*, reafirma los principios de la teoría marxista del Estado, tergiversada y distorsionada por los reformistas hasta convertirla en una caricatura al servicio del parlamentarismo burgués. Las palabras de Lenin en el sentido de que “sólo es marxista aquel que hace extensible el reconocimiento de la lucha de clases al de la dictadura del proletariado” fueron confirmadas por los hechos.

El libro de Lenin tuvo una honda repercusión en las filas del movimiento obrero internacional y Kautsky lo contestó con otro folleto, *Terrorismo y comunismo. Una contribución a la historia natural de la revolución*. En esta segunda obra, Kautsky se convirtió en el ariete de la demagogia burguesa contra el “terror rojo” en plena guerra civil. De nuevo Kautsky recibió una respuesta a la altura, en esta ocasión por parte de Trotsky, que escribió *Terrorismo y comunismo* mientras dirigía la campaña del Ejército Rojo. En este libro, Trotsky completa los escritos de Lenin antes mencionados, dando una forma acabada a la crítica marxista contra el revisionismo en una época revolucionaria. Sus páginas suponen un estudio completo de la revolución, incluyendo la experiencia histórica de la Comuna de París, la primera forma de Estado obrero, que Kautsky intentó contraponer a la revolución soviética. Tanto los libros de Lenin como el de Trotsky están editados por la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS.

príncipe Max de Baden. ¿Cómo actuó frente a esos dos poderes? Respetando al máximo la institucionalidad burguesa y tratando de imponerla para socavar las funciones y el poder de los nacientes consejos.

Todos los ministros burgueses del gobierno nombrado por el príncipe Max fueron confirmados en sus puestos, mientras Ebert colocaba a sus hombres de confianza en los puestos claves de la alta administración del Estado. Al mismo tiempo se cercó a los consejos que más obstaculizaban la tarea contrarrevolucionaria del SPD, como era el caso del Consejo de Obreros y Soldados de Berlín, más conocido como “el Ejecutivo”. Finalmente, la elección de los partidarios de la derecha socialdemócrata a los cargos de dirección de los consejos garantizaba una completa sintonía con las directrices gubernamentales.

Desde el primer momento se buscó el acuerdo con los popes sindicales para lograr la ansiada paz social en las fábricas. Por supuesto, la embestida revolucionaria dejó su huella en forma de concesiones patronales: jornada de ocho horas sin reducción salarial, negociación colectiva, reconocimiento de los sindicatos en las empresas y renuncia a los sindicatos amarillos, elección obrera de comités de empresa... Se trataba de apaciguar el conflicto y dar argumentos a la burocracia sindical para arrinconar a los delegados de fábrica revolucionarios, asegurándose el apoyo de la aristocracia obrera. Estas concesiones, que fueron el subproducto de la lucha revolucionaria del 9 de noviembre, se manejaron con habilidad desde la dirección del SPD, pero no fueron un parapeto infranqueable: la oleada de radicalización que experimentó la clase obrera alemana siguió su curso.

Respecto a la prensa, la socialdemocracia intentó una y otra vez que los activistas del USPD y los espartaquistas abandonaran las imprentas que habían tomado a los grandes editores, desde las que publicaban sus periódicos. En nombre de la libertad de expresión, se oponían a la incautación de las imprentas y defendían que los grandes propietarios pudieran seguir controlando esas palancas fundamentales de información.

La contrarrevolución también creó su propio grupo de choque callejero, la Liga Antibolchevique. Financiada por los grandes consorcios económicos e integrada por jóvenes aristócratas, oficiales del ejército y policías, se dedicó a realizar numerosas acciones contra los espartaquistas: distribuir propaganda anticomunista, reventar sus actos públicos y asesinar a sus militantes.

Los líderes del SPD no tenían ninguna intención de depurar el aparato del Estado capitalista; los oficiales de la policía y del ejército fueron respetados como aliados fundamentales.

Los marineros y soldados habían jugado un papel muy importante en la insurrección de noviembre. Ansiaban volver a sus casas y se sentían atraídos y contagiados por la lucha de la clase obrera. Esta realidad influía mucho en las decisiones del SPD y del Estado Mayor alemán, que no tuvieron más remedio que aceptar la formación de consejos de soldados —de haberlo impedido, la desintegración del ejército se habría precipitado—, mientras inyectaban todo su resentimiento y odio hacia la revolución.

Todo intento de armar a los obreros fue combatido con decisión. Cuando el Consejo Obrero de Berlín decidió tímidamente la formación de una guardia roja, la reacción de los dirigentes del SPD fue durísima, consiguiendo que el Consejo retrocediese. En definitiva, los preparativos militares en el campo de la contrarrevolución no se detuvieron ni un instante. La cuestión del control del Ejército adquirió una importancia de vida o muerte para el SPD y la burguesía. Desde el estallido de la insurrección en Kiel, tanto el Estado Mayor como los dirigentes del SPD trabajaron en diferentes proyectos para crear una fuerza armada que les respondiese sin fisuras. El SPD se decidió finalmente a constituir un cuerpo de defensa republicana de trece a quince mil voluntarios financiado por los grandes capitalistas.

MANIOBRAS CONTRARREVOLUCIONARIAS

Desde mediados de noviembre, la dirección del SPD puso todo su empeño en la rápida convocatoria de elecciones a una asamblea constituyente. Su aparato político, al igual que los medios burgueses, insistió vehementemente en la prioridad de esa convocatoria, para otorgar gobernabilidad al país y liquidar los consejos. La maniobra no podía ser más descarada y suscitó el rechazo frontal del ala más izquierdista del USPD y de los delegados revolucionarios, que eran una parte importante del Comité Ejecutivo del Consejo de Obreros y Soldados de Berlín. En esa ala de izquierdas destacaban las figuras de Ledebour y Richard Müller, que agrupaban tras ellos

a los activistas y cuadros obreros de las huelgas de abril de 1917 y 1918 y del levantamiento de noviembre.

El 18 de noviembre, Richard Müller se dirigió a la asamblea de delegados de los consejos de obreros de Berlín, reunida en el circo Busch: “Si nosotros convocásemos ahora la Asamblea Constituyente, significaría la pena de muerte de los consejos de obreros y soldados. Se eliminarían ellos mismos. Y esto no deben hacerlo. Debemos asegurar nuestro poder, por la violencia si es necesario. Quienquiera que sea partidario de la Asamblea Nacional, nos impone el combate. Lo digo claramente: he arriesgado mi vida por la revolución y estoy preparado para hacerlo de nuevo. La Asamblea Nacional es el camino hacia el reino de la burguesía, el camino hacia el combate; el camino hacia la Asamblea Nacional pasa por encima de mi cadáver. Afirmándolo, sé que una parte de los miembros del [comité] ejecutivo [del Consejo] piensan como yo, y también todos los trabajadores que han tomado parte en la preparación de la revolución, y no dudo que están a mi lado la mayor parte de los trabajadores”.²³²

La tensión entre los socialpatriotas y los delegados izquierdistas en el Comité Ejecutivo de los consejos berlineses se tornó insoportable, pero la socialdemocracia oficial supo aprovechar la falta de un auténtico Estado Mayor revolucionario, explotando todas las carencias, vacilaciones y contradicciones del conglomerado que formaba el USPD y los delegados revolucionarios. Al fin y al cabo, los Independientes eran parte del Consejo de Comisarios de Pueblo junto a Ebert y sus colegas, y las diferencias doctrinarias de nada servían cuando implícitamente acataban las decisiones que los derechistas imponían por la vía de los hechos consumados.

Los jefes del SPD intentaron desprestigiar y aislar de todas las maneras posibles a los miembros del Comité Ejecutivo. Dirigentes como Richard Müller y muchos otros fueron calumniados, vertiendo sobre ellos todo tipo de basura antisemita, propaganda pagada por la burguesía para descalificar a los revolucionarios como “agentes judíos”.

Los pasos del SPD para precipitar la crisis fueron medidos. Primero, una conferencia de ministros-presidentes del Reich se pronunció a favor de la inmediata convocatoria de la Asamblea Constituyente.

232. Broué, p. 214.

Inmediatamente, Ebert exigió un pronunciamiento al Consejo de Comisarios del Pueblo. Finalmente, tras unos días de presiones, el Consejo de Comisarios, con el voto favorable del USPD, decidió convocar la Asamblea para el 16 de febrero. Como reacción, el Comité Ejecutivo berlinés acordó organizar para el 16 de diciembre un congreso de los consejos de obreros y soldados del Reich.

En los círculos dirigentes SPD había muchas dudas sobre qué hacer en esos momentos. Era evidente que controlar la estructura consejista se había convertido en un objetivo fundamental, pues si los consejos aprobaban el convocar la Asamblea Constituyente, significaría dar a sus planes contrarrevolucionarios una legitimidad muy importante. De todas formas, el SPD se negó a poner todos los huevos en la cesta de una victoria en el congreso de los consejos. También recurrieron a un plan paralelo: utilizar los regimientos desmovilizados, bajo el mando de oficiales reaccionarios, para aplastar el poder obrero en Berlín.

El general Groener desvelaría todos estos planes ocultos, en un juicio contra Ebert celebrado en 1925 en Múnich, al que acudió a declarar como testigo de la defensa: “Por el momento, se trataba de arrebatar el poder a los consejos de trabajadores y soldados de Berlín. Con este objetivo se planeó el avance sobre la ciudad por parte de diez divisiones. El comisario del pueblo Ebert estuvo plenamente de acuerdo. Se envió un oficial a Berlín para negociar también los detalles con el ministro de la Guerra prusiano (que seguía siendo, como antes del 9 de noviembre, von Scheüch), quien obviamente debía ser informado. Allí tropezamos con una serie de dificultades. Sólo puedo decir que los Independientes que formaban parte del gobierno, los llamados comisarios del pueblo, y creo que también los consejos de soldados —aunque de memoria no puedo acordarme de todos los detalles— exigieron que las tropas fueran desarmadas.

“Naturalmente, nosotros nos opusimos a ello inmediatamente y el señor Ebert, claro está, estuvo de acuerdo en que las tropas entraran en Berlín con armas (...) Para llevar a cabo esta ocupación, que simultáneamente debía servir para establecer un gobierno firme en Berlín —declaro bajo juramento, como ustedes me han solicitado, y por ello debo decir lo que, por motivos justificados, nunca he dicho anteriormente—, elaboramos un programa militar para varios días. Este programa detallaba día a día las misiones que debían llevarse a

cabo: el desarme de Berlín, la purga de los espartaquistas en la ciudad, etc. Todo esto fue discutido con Ebert a través del oficial que envié a Berlín. Le estoy especialmente agradecido al señor Ebert por su amor absoluto a la patria y por su entrega total en este asunto, y por eso lo he defendido siempre dondequiera que haya sido atacado. Este programa se decidió de mutuo acuerdo y con la plena conformidad del señor Ebert”.²³³ Sobran los comentarios.

Los planes urdidos por los militares y el SPD no se pudieron aplicar de la manera prevista porque los oficiales reaccionarios se precipitaron en su deseo de dar un escarmiento a la revolución. El 6 de diciembre, una unidad ocupó la Cámara de los Diputados y arrestó al Comité Ejecutivo; casi al mismo tiempo, un destacamento de fusileros atacó una manifestación pacífica y desarmada de la Liga de Soldados Rojos, la agrupación militar afín a la los espartaquistas, causando 16 muertos y decenas de heridos. La sangre obrera corrió otra vez, pero el intento de golpe militar fracasó estrepitosamente. Los miembros del Comité Ejecutivo fueron liberados y la matanza de trabajadores y soldados en la manifestación espartaquista exacerbó la indignación de las masas obreras de la capital.

Más tarde, el 10 de diciembre, las divisiones combatientes que regresaban a casa entraron en la ciudad según lo convenido entre el jefe del gobierno y el Estado Mayor. Ebert les dio la bienvenida, pero las tropas fueron disolviéndose espontáneamente. No querían combatir, y menos contra los trabajadores berlineses; querían volver a casa. Al día siguiente, tan sólo ochocientos hombres seguían en sus cuarteles. En palabras de Groener: “Los hombres habían ido desarrollando tal ansiedad por volver a casa, que era imposible hacer nada con estas diez divisiones, y todo el programa de purga de elementos bolcheviques de Berlín, de la entrega de vehículos, etc., no podía llevarse a cabo de ninguna manera”. La contrarrevolución había fracasado, de momento.

Los hechos desvelaron que las llamadas de Ebert a favor de la “democracia”, de la “unidad socialista”, a evitar una “guerra entre hermanos”, formaban parte de la demagogia necesaria dentro de un plan que contemplaba abiertamente la violencia y el golpe de Estado.

233. Citado en Haffner, pp. 122-123.

Después de este primer enfrentamiento armado, quedó todavía más claro que la contrarrevolución sólo podría recurrir a tropas seleccionadas y de absoluta confianza. Nada de improvisaciones, nada de aventuras que pudieran volverse en su contra.

La intontona militar contra el Comité Ejecutivo de los consejos de Berlín reforzó al ala izquierda del USPD, aumentó el apoyo a los delegados revolucionarios y les granjeó también un mayor prestigio a los espartaquistas. El látigo de la contrarrevolución volvió a estimular un nuevo ascenso de la revolución.

EL CONGRESO DE LOS CONSEJOS

Vista la evolución de los acontecimientos, el SPD se aseguró de que el congreso de los consejos asestase un duro golpe a las expectativas revolucionarias y aprobase el programa de su liquidación. La diferencia respecto a la reunión del 10 de noviembre en el circo Busch fue evidente. Nada de caos, nada de improvisación. En palabras de Haffner: “Lo que ahora se celebraba en Berlín era una asamblea parlamentaria sumamente ordenada que a los periodistas presentes les recordaba irremediablemente a los congresos del SPD de antes de la guerra: el mismo tipo de personas; a menudo también las mismas caras, el mismo ambiente, los mismos gestores prudentes del orden y la honradez, también la misma dirección”.²³⁴

Los dirigentes del SPD impidieron que cualquier presión pudiera desestabilizar sus planes y se aseguraron del aislamiento de los espartaquistas, convertidos en una ínfima minoría dentro del congreso. Existía también un gran temor al efecto que la intervención de los líderes bolcheviques podía causar en el auditorio. El Consejo de Comisarios del Pueblo, encabezado por Ebert, había rechazado, por cinco votos contra uno, la presencia de los delegados bolcheviques invitados por el consejo de Berlín. Bujarin, Joffe, Rakovski, Ignatov y Rádek fueron expulsados cuando ya estaban en la frontera. “De acuerdo con el informe oficial ruso, las autoridades militares alemanas ‘apuntaron entonces con una ametralladora a nuestra

234. *Ibíd.*, p.125.

delegación, la obligaron a volver y, en las condiciones más indignas, la condujeron al otro lado de la línea de demarcación”.²³⁵

Las concesiones de la dirección del USPD, en lo referido a la representatividad en el congreso, fueron un gran regalo para los derechistas del SPD. De los 489 delegados participantes en el mismo (405 en representación de los consejos de obreros y 84 de los consejos de soldados), sólo 179 eran obreros y empleados, frente a 71 intelectuales y 164 profesionales, periodistas y liberados del SPD y los sindicatos. En resumen, 288 delegados del SPD, 90 del USPD (de los que 10 eran espartaquistas), 11 revolucionarios unidos, 25 demócratas y 75 sin partido.²³⁶

La mayoría del SPD en el congreso era tal, que, como señala Pierre Broué, “el día de la apertura, el *Vorwärts*, trazando la perspectiva de la convocatoria de la Asamblea Constituyente, puede permitirse ironizar a expensas de los espartaquistas y preguntarles si, conforme a su reivindicación del poder para los consejos, aceptarán la decisión de los consejos de desprenderse del poder”.²³⁷

Ni Karl Liebknecht ni Rosa Luxemburgo fueron elegidos delegados al congreso. Pero eso no los detuvo. Los espartaquistas, con el apoyo de los delegados revolucionarios, organizaron un gigantesco mitin en Berlín el mismo día de la apertura del congreso, en el que participaron cerca de 250.000 trabajadores. Esta masiva asistencia medía muy bien la oscilación de la masa obrera de la capital, cada vez más a la izquierda, cada vez más crítica con los dirigentes del SPD. Pero la demostración de fuerza no amilanó a Ebert y al mando socialdemócrata; al contrario, utilizando decididamente la mayoría de la que disponían en el congreso, se aseguraron el control sobre las cuestiones decisivas, si bien es cierto que sus planes no se cumplieron al cien por cien.

La cuestión central a debate, la Asamblea Constituyente, fue resuelta a favor de la burguesía. Para la píldora fuese aceptada de manera más indolora, los líderes del SPD defendieron la Asamblea

235. E. H. Carr, *op. cit.*, p. 114.

236. Broué, p.220. Los “revolucionarios unidos” eran los seguidores de Heinrich Laufenberg, el líder del consejo de Hamburgo; los “demócratas” eran un grupo de centroizquierda.

237. *Ibíd.*, p.220.

Constituyente como el medio más rápido para llegar al socialismo: “El socialismo (...) será realizado por un gobierno socialista elegido por todo el pueblo. Los consejos, convocando la Constituyente, pondrán fin a su misión extraordinaria y podrán entonces tomar su lugar natural en la vida social, jugando un papel importante en la producción”.²³⁸

Una moción presentada por los dirigentes centristas del USPD, defendiendo que los consejos siguieran siendo la autoridad suprema en materia legislativa y ejecutiva y que se convocara un segundo congreso antes de adoptar la nueva constitución, fue rechazada por 344 contra 98. Como era de prever, el congreso votó mayoritariamente contra el poder de los consejos y por las elecciones a una Asamblea Constituyente (la fecha se fijó para el 19 de enero) que elaborase una nueva constitución respetuosa con la propiedad de los capitalistas y que sancionase el carácter burgués del nuevo régimen.

A la luz de estos resultados, se entiende la postura de Lenin y Trotsky respecto a los sóviets y su negativa a la mistificación de los mismos. También en Rusia se produjeron situaciones muy similares a las de este primer congreso de los consejos alemanes. La mayoría de las resoluciones aprobadas en el congreso de los consejos fueron del agrado del gobierno, del Estado Mayor, de la burguesía y de su prensa, pero el futuro de la revolución alemana no iba a decidirse a través de declaraciones y resoluciones, por muchos votos que estas tuvieran en una reunión. La revolución es un asunto de fuerzas vivas en pugna, de lucha de clases exacerbada hasta el límite, y se resolvería en las calles, en las fábricas y en los cuarteles.

El triunfo de los socialpatriotas también tuvo flancos débiles. El congreso aprobó por amplia mayoría una resolución, conocida como “los puntos de Hamburgo”, que se pronunciaba sobre varias cuestiones de importancia. Primera, que el mando militar supremo pasara a los comisarios del pueblo; segunda, que la potestad disciplinaria quedara en manos de los consejos de soldados; tercera, que se estableciera la libre elección de oficiales; y cuarta, que desaparecieran los distintivos de rango y la obligación del saludo a los superiores fuera del servicio. ¡Esto no estaba previsto!

238. *Ibíd.*, p. 222.

La dinámica que operaba entre las masas obreras y los soldados alemanes presentaba llamativos paralelismos con la experiencia rusa. Desde marzo hasta mayo de 1917, es decir, al principio de la revolución, los mencheviques y los eseristas gozaron de una cómoda mayoría en los sóviets. Ellos pensaban que se trataba de un cheque en blanco, y descubrieron amargamente que estaban muy equivocados. El hecho de que en el congreso de los consejos, donde Ebert y sus secuaces contaban con un amplio respaldo, se produjese este abierto desafío a la autoridad militar marcaba la vitalidad del pulso de la revolución y que las intenciones contrarrevolucionarias de los jefes del SPD no tenían un apoyo tan sólido como ellos creían. Las cosas podían cambiar rápidamente.

Al conocer el alcance de lo aprobado, Hindenburg telegrafió inmediatamente que no reconocería la resolución; la misma reacción tuvo el general Groener, amenazando con dimitir si se confirmaban esos puntos. La cuestión que se estaba ventilando no era secundaria: aceptar dislocar el control que sobre la tropa mantenía la vieja oficialidad y, a través de ella, los capitalistas y terratenientes, parecía un suicidio consentido. Era demasiado. A su vez, los ministros del USPD también amenazaron con dimitir, presionados por su base, si la resolución no se aplicaba. ¿Pero cómo obligar a la oficialidad, al Estado Mayor y a la burguesía a que abandonaran pacíficamente sus posiciones en el aparato militar?

La clase dominante respondió enérgicamente. Despreciando la resolución aprobada por el congreso de los consejos, el Alto Mando comenzó a reunir formaciones de voluntarios en los campos de maniobras de los alrededores de Berlín, “órganos fuertes, eficaces y combativos de la contrarrevolución que no se disolverían como las diez divisiones del frente que volvían a casa (...) Mientras la población berlinesa se preparaba para su primera y mísera fiesta de Navidad desde la paz (...) el 24 de diciembre de 1918 Berlín se despertó con el estruendo de los cañones”.²³⁹

239. Haffner, p. 127.

LOS ÓRGANOS DE LA REVOLUCIÓN

Lo que la burguesía no llevó a cabo en 1848 por los lazos materiales que le unían con el viejo régimen y por miedo a verse desbordada por los obreros revolucionarios, lo lograron, en unas pocas jornadas de noviembre de 1918, los trabajadores y los marineros armados. El derrocamiento de la monarquía prusiana y la proclamación de la república fue obra de esas masas insurrectas, que no se detuvieron en el umbral de la república burguesa. Atravesaron esa nueva línea defensiva levantada a toda prisa por los capitalistas y sus aliados socialdemócratas, y pusieron sobre la mesa la lucha por el poder, por la transformación socialista de Alemania. La teoría de la revolución permanente, explicada por Marx y Engels en su *Mensaje al Comité Central de la Liga de los Comunistas*, se reivindicó en esos días vibrantes y llenos de arrojo.

Los consejos de obreros y soldados alemanes se transformaron en la esperanza de la revolución europea. Si 1918 había sido extremadamente difícil para la Rusia soviética, obligada a la firma del tratado de Brest-Litovsk, amenazada militarmente por las potencias aliadas y cercada por una brutal guerra civil contrarrevolucionaria, el levantamiento de los obreros y soldados alemanes era la mejor de las noticias posibles. La revolución europea había llegado, como escribió Rosa Luxemburgo, y la acción mancomunada de los trabajadores rusos y alemanes era más posible que nunca. Para lograrlo, hacía falta desarrollar los embriones de poder obrero en Alemania en una clara línea socialista.

El debate sobre los consejos alemanes no ha dejado de prestarse a todo tipo de interpretaciones y análisis. Basta para nosotros con señalar que el potencial revolucionario de los consejos requería realizarse en la práctica. No estaba decidido de antemano el papel que los consejos jugarían en la revolución alemana, como tampoco lo estuvo el de los sóviets.

Cuando algunos ultraizquierdistas tratan de abordar la dinámica de la revolución, confunden con facilidad la forma con el contenido. Se esfuerzan en creer, y hacer creer, que el elemento que determina la “pureza” de una revolución social, su raíz “verdadera”, es la existencia de “consejos”. Hacen un fetiche de un aspecto que, sin ser menor, no resuelve una cuestión extraordinariamente compleja.

Como ejemplo ilustrativo de sus teorías, siempre traen a colación la experiencia revolucionaria española de 1936-1939. Para ellos, la ausencia formal de estos consejos constituye el argumento definitivo para negar que en julio de 1936 se produjera una revolución social genuina. Un análisis más cuidadoso, menos apresurado y formalista, más materialista y marxista, que se aproxime sin prejuicios ni recetas doctrinarias a la dialéctica caprichosa que adopta toda revolución, nos permitirá comprender la debilidad de dichas teorías.

La revolución alemana dio a luz los consejos de obreros y soldados, que fueron saboteados desde dentro por la socialdemocracia; de ariete revolucionario, se convirtieron en un arma para imponer la Asamblea Constituyente burguesa y aislar a los comunistas alemanes. En la revolución española de 1936-1939 las cosas discurrieron de una manera diferente. El 19 de julio de 1936, cuando los obreros armados derrotaron a los militares fascistas en las principales ciudades de España, especialmente en Barcelona y Madrid, el Estado capitalista se desmoronó parcialmente en la zona republicana. Los trabajadores y los campesinos pobres se incautaron de las fábricas y las tierras, poniendo a producir una parte fundamental de la economía bajo control obrero, y organizaron las milicias armadas. Es cierto que los consejos, es decir, los comités obreros que salpicaron toda la geografía republicana, eran muy imperfectos, menos “claros” que los alemanes, que los rusos de 1905 y 1917. ¿Pero significa esto que en Alemania sí hubo una revolución socialista y en España no? Seamos concretos.

Desde el punto de vista del cuestionamiento de las relaciones sociales de producción capitalista, del control obrero en la industria y la tierra, de los golpes que recibió la institucionalidad burguesa, la revolución española llegó más lejos que la alemana en esos tres años de lucha armada contra el fascismo, sin que existieran consejos de obreros y soldados reconocidos como tales.²⁴⁰ En Alemania como en España, las leyes generales de la revolución y la contrarrevolución se pudieron constatar en el transcurso de los acontecimientos.

240. Esto no quiere decir que los militantes y delegados revolucionarios en los consejos alemanes no lucharan por imponer el poder de estos y reemplazar la institucionalidad burguesa, incluso dentro de las estructuras del Ejército a través de consejos de soldados. Broué da un informe detallado de estos esfuerzos en su libro (pp. 193-197).

También fue el caso de Rusia: aunque allí el resultado final fue muy diferente, la victoria no derivó de la existencia de los sóviets, sino de la presencia del partido revolucionario, el factor ausente en las experiencias alemana y española.

Lenin y Trotsky nunca hicieron un fetiche de los sóviets, a los que caracterizaron como organismos de la lucha revolucionaria y del futuro poder obrero. Los sóviets contaban con el potencial de convertirse en la estructura básica de la administración proletaria en la nueva sociedad, pero ese potencial sólo podría plasmarse en la práctica si la revolución vencía. Para esta tarea se necesitaba, además de los sóviets, además de la conciencia socialista y revolucionaria de las masas, un partido que pudiese dirigir a la mayoría de la clase obrera y del campesinado pobre al poder, que no tuviera miedo de derrocar a la burguesía, que avanzase en cada momento las consignas y tareas que mejor se ajustasen al objetivo final.

Los sóviets podían ser el medio natural para llevar a cabo esta estrategia. Pero sin el Partido Bolchevique, los sóviets se habrían quedado rezagados y convertidos, igual que pasó con los consejos alemanes, en cabeza de puente de los planes contrarrevolucionarios de la burguesía rusa. Lenin tuvo en cuenta la posibilidad de este desarrollo, especialmente tras las jornadas de Julio y la represión contra los bolcheviques, y llegó a plantear a sus camaradas la eventualidad de tomar el poder en nombre de los comités de fábrica. Esta opción se desechó finalmente, pues, tras la derrota del intento de golpe militar de Kornílov, los bolcheviques habían conquistado una mayoría firme en los sóviets de las principales ciudades.

Trotsky tampoco adoptó una postura formalista respecto a los sóviets. En su opinión, a pesar de todas las ventajas que tenía su contacto orgánico con las fábricas y los regimientos, es decir, con las masas activas, los sóviets no dejaban de ser una representación y, como tal, no se hallaban libres en absoluto de los convencionalismos y deformaciones del parlamentarismo. Trotsky señala la contradicción dialéctica entre las masas y los sóviets: de una parte, esta representación es necesaria para la acción de las masas y, de otra, se alza fácilmente ante ellas como obstáculo conservador. Por tanto, esta contradicción sólo puede ser superada en la práctica: “Esto, que no es tan sencillo como a primera vista parece, es siempre, sobre todo en plena revolución, un resultado deducido de la acción directa”.

En su obra sobre la revolución rusa, Trotsky abordó extensamente el papel de los sóviets en su dinámica compleja:

“Por importante que sea la cuestión del papel y la suerte de los sóviets, está enteramente subordinada, para nosotros, a la lucha del proletariado y las masas semiproletarias de la ciudad, del ejército y del campesino por el poder político, por la dictadura revolucionaria (...) La organización con la que el proletariado pudo no sólo derribar el antiguo régimen, sino también sustituirlo, es el sóviet. Lo que más adelante se convirtió en el resultado de la experiencia histórica, hasta la insurrección de octubre, no era más que un pronóstico teórico, aunque se apoyaba, es cierto, sobre la experiencia previa de 1905. Los sóviets son los órganos de preparación de las masas para la insurrección, los órganos de la insurrección y, después de la victoria, los órganos del poder. Sin embargo, los sóviets no resuelven por sí mismos la cuestión. Según su programa y dirección, pueden servir para diversos fines. El partido es quien da a los sóviets el programa. Si en una situación revolucionaria —y fuera de ella son generalmente imposibles— los sóviets engloban a toda la clase, a excepción de las capas completamente atrasadas, pasivas o desmoralizadas, el partido revolucionario está a la cabeza de la clase. El problema de la conquista del poder sólo puede ser resuelto por la combinación del partido con los sóviets, o con otras organizaciones de masas más o menos equivalentes a los sóviets. Cuando el sóviet tiene a su cabeza un partido revolucionario, tenderá conscientemente y a tiempo a adueñarse del poder (...)

“Sería un error evidente identificar la fuerza del Partido Bolchevique a la de los sóviets que él dirigía: esta última fuerza era mucho mayor que la primera; sin embargo, si faltaba la primera, se volvía impotente. Esto no tiene nada de misterioso. La relación entre el partido y el sóviet procedía de una inevitable incompatibilidad, en una época revolucionaria, entre la formidable influencia política del bolchevismo y la endebles de su fuerza organizativa. Una palanca exactamente aplicada da a una mano la posibilidad de levantar un peso que supera con mucho la fuerza viva que despliega. Pero, si la mano falta, la palanca no es más que una pértiga inanimada (...) Las grandes masas conocían las consignas bolcheviques y la organización soviética. Esas consignas y la organización se fusionaron para ellas definitivamente a finales de septiembre y comienzos de octubre.

El pueblo aguardaba la opinión de los sóviets sobre cuándo y cómo aplicar el programa de los bolcheviques”.²⁴¹

UN PARTIDO REVOLUCIONARIO

El resultado del congreso de los consejos mostró las carencias políticas de los centristas (USPD) y las limitaciones del ala marxista (Liga Espartaquista), que todavía constituía una minoría del proletariado. Y esta situación adversa propició el estallido de nuevas divergencias en las filas revolucionarias, esta vez de un calado más profundo y mucho más trascendentales para el futuro inmediato de la revolución alemana. El enfrentamiento se planteó entre los partidarios de trabajar pacientemente para conquistar a la mayoría de los trabajadores que todavía seguían al USPD y participar en las elecciones a la Asamblea Constituyente, y aquellos que abogaban por romper las ataduras con el USPD, combatir la Asamblea a través del boicot electoral y luchar inmediatamente por el poder con las armas en la mano.

El debate tenía mucho que ver con las carencias de los líderes espartaquistas para establecer, en el curso de los acontecimientos, una organización homogénea ideológicamente, unificada en sus métodos de lucha y centralizada a la hora de la acción. Rosa Luxemburgo, Leo Jogiches, Paul Levi —los más preparados y capaces de los dirigentes espartaquistas—, no fueron capaces de contener el avance del ultrazquierdismo en sus propias filas.

Los espartaquistas trazaron su programa y su táctica general en una conferencia celebrada en noviembre, planteándose que, a través de la agitación, la propaganda y la acción, ayudarían a las masas a sacar todas las conclusiones de la política contrarrevolucionaria del SPD. Decidieron mantenerse dentro del USPD y conquistar a la mayoría de su base militante, objetivo que, como los hechos posteriores demostrarían, era totalmente posible. Después del levantamiento berlinés, los espartaquistas dieron pasos adelante en materia de organización:

241. Trotsky: *Historia de la revolución rusa*, vol. I, pp. 300, 404, 485.

“La Liga —describe Broué— posee un embrión de aparato desde el once de noviembre: publicaciones, oficinas, a las que hará falta cambiar de lugar varias veces, y las ‘cartas’ [de Espartaco, las hojas de propaganda de la Liga] que vende. Fuera de Berlín tiene relaciones con casi todos los centros importantes; en Baviera, Brunswick, Chemnitz, Dresde, Leipzig, en el Ruhr, la alta Silesia, Prusia Oriental, Stuttgart, Turingia, Hanau, regiones que corresponden a su implantación antes de la revolución. En el Ruhr se acaba de constituir el ‘partido obrero comunista de Essen-Ruhr (miembros de la Liga Espartaquista)’. Después de noviembre ha establecido nuevos contactos y creado grupos en Buthen, Brandeburgo, Erfurt, Frankfurt, Kiel, Múnich, Núremberg, Solingen (...) Sin embargo, es todavía a nivel organizativo lo que era ‘el grupo’, es decir, una red bastante laxa alrededor de un núcleo de cabezas políticas. En ninguna parte constituyen los espartaquistas una fracción organizada, ni se lanzan a un trabajo sistemático para la construcción de su fracción o incluso como tendencia organizada. Tanto en los consejos obreros como en el seno del Partido Socialdemócrata Independiente, su trabajo descansa a la vez en la propaganda de *Die Rote Fahne* y en el prestigio y la actividad de sus militantes más conocidos. En cambio, fiel a su concepción de la agitación revolucionaria y la puesta en movimiento de las masas, la Liga se esfuerza en movilizar amplias capas de trabajadores, a las que quiere clarificar e inspirar la acción espontánea, para lo cual multiplica mítines y manifestaciones de masas”.²⁴²

La mayoría de los líderes espartaquistas habían proclamado su entusiasmo por la revolución rusa, y no pocos de ellos se presentaban públicamente como seguidores convencidos de Lenin y Trotsky. Pero las declaraciones de intenciones no son suficientes en momentos revolucionarios. La Liga Espartaquista tenía grandes carencias en su concepción estratégica del partido revolucionario y, en el terreno práctico, continuaba sin adoptar medidas serias para construir una organización de tipo bolchevique.²⁴³

242. Broué, p. 240.

243. En su libro sobre Rosa Luxemburgo, Nettl plantea una hipótesis que no deja de ser interesante: “El SDKPiL no dejó herederos directos (...) En cambio influyeron grandemente en el desarrollo de la futura izquierda alemana bajo la dirección de Rosa Luxemburgo. Como veremos, de la oposición atomizada iba a surgir después de 1914 una élite o grupo de iguales semejante. Muchos modos, reacciones, actitudes e

La lección que Lenin había asimilado, partiendo de las ideas que Marx y Engels defendieron a lo largo de su vida, se puede resumir así: el socialismo científico, como programa revolucionario, necesita de la organización para fusionarse con el movimiento de la clase obrera, exige cuadros forjados, medios de expresión, presencia en los sindicatos y las fábricas, exige un organismo que actúe en la lucha de clases real. Aunque los bolcheviques no se consideraron un partido independiente hasta 1912, desde 1903 trabajaron incansablemente por levantar una organización de cuadros, educando a sus militantes en los principios del marxismo, combatiendo el oportunismo y el ultraizquierdismo (lo que provocó no pocas rupturas y escisiones), y nunca perdieron oportunidad para intervenir y explicar pacientemente su programa en todos los organismos y organizaciones donde participasen los trabajadores. Nunca temieron estar en minoría y nunca abandonaron a las masas.

Trotsky, que tardó también su tiempo en asimilar el método de Lenin, se refería de este modo al carácter del Partido Bolchevique: “Para comprender las dos tendencias principales en que se escinde la clase obrera rusa, conviene no olvidar que el menchevismo cobra su forma definida durante los años de reacción y reflujo, apoyado principalmente en el reducido sector de obreros que habían roto con la revolución [de 1905], mientras que el bolchevismo, sañudamente perseguido durante el período de la reacción, resurge enseguida sobre la espuma de la nueva oleada revolucionaria en los años que preceden inmediatamente a la guerra: ‘Los elementos, las organizaciones y los hombres que rodean a Lenin son los más enérgicos, los más audaces y los más capacitados para la lucha sin desmayo, la resistencia y la organización permanentes’; así juzgaba la Ojrana²⁴⁴ la labor de los bolcheviques durante los años que preceden a la guerra”.²⁴⁵

ideas personales acerca de la vida y el trabajo que aparecieron en la Liga Espartaquista se calcularon directa, aunque inconscientemente, del SDKPiL (...) Un grupo de dirigentes que cooperaba por contacto informal, unido contra los ajenos al grupo pero conservando todas las libertades personales y las extravagancias propias de intelectuales y altamente individualistas (...) Nadie contribuyó más decisivamente a crear este ambiente político que Rosa Luxemburgo, con su curiosa combinación de orientación esencialmente pública para sus actividades y celosa autonomía en su vida y sus opiniones privadas” (p. 230).

244. La policía política zarista.

245. Trotsky, *op. cit.*, p. 51.

El pensamiento político de Lenin —y del Partido Bolchevique— se forjó a través de acontecimientos y una dura escuela de derrotas y victorias, debates y rupturas. Lenin abordó esta singladura en un libro escrito en abril de 1920 de cara al II Congreso de la Internacional Comunista, *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo*, una brillante síntesis del programa, los métodos, la táctica y la estrategia que hicieron posibles que el Partido Bolchevique transitara de una organización de cuadros a un partido de masas.

Los espartaquistas tenían grandes posibilidades de conquistar puntos de apoyo sólidos dentro del USPD, incluso en el SPD, donde existía un ala izquierda integrada por muchos delegados de fábrica de este partido en el Consejo Obrero de Berlín. La revolución alemana despertó la conciencia de millones de personas que hasta entonces habían estado apartadas de la política, soldados desmovilizados, elementos pequeñoburgueses arruinados por la guerra, jóvenes parados..., que volvieron sus ojos y sus esperanzas hacia la socialdemocracia, tanto al SPD como al USPD.

Los líderes del SPD aprovecharon a fondo esa situación y, desde la posición a la que los habían elevado las masas, prometieron la paz, la democracia y la prosperidad, pero sin los sufrimientos ni la guerra civil que estaba proyectándose sobre Rusia. En un primer momento, muchos trabajadores creyeron en estas ideas, en la “unidad” y en la fraternidad entre “socialistas”. Pero los discursos de los socialpatriotas fueron chocando paulatinamente con una amplia capa de obreros que habían sufrido los rigores de la guerra, la escasez, los estados de excepción. Esa capa se iba ensanchando a medida que Ebert y demás se echaban solícitamente sobre el regazo de los militares y la burguesía, y sus decisiones caían como jarros de agua fría sobre las expectativas creadas después del 9 de noviembre.

Estas eran ventajas potenciales, pero los espartaquistas seguían siendo débiles en las fábricas y en los sindicatos, donde el ala izquierda del USPD y los delegados revolucionarios seguían predominando. Para complicar la situación, la Liga se vio muy afectada por el virus de la impaciencia y del ultimatismo.

Numerosos revolucionarios probados y entusiastas, que habían resistido en las peores condiciones la represión de la burguesía y del aparato socialdemócrata, que habían participado valerosamente en los momentos más peligrosos de la insurrección de noviembre,

poblaban la organización que dirigía Rosa Luxemburgo. Pero junto a estos hombres y mujeres, se situaban elementos jóvenes, en la mayoría de los casos sin experiencia política anterior, para los que el programa bolchevique se reducía a una sola cuestión: la lucha armada.

Este sector no sólo imponía su sello en las acciones callejeras, también condicionó la política de los espartaquistas en cuestiones tácticas y en su actitud hacia las organizaciones de masas. Condenaban a los sindicatos como agencias de la burguesía, llamando a los obreros más avanzados a romper con ellos, y apelaban constantemente a abandonar el USPD y, por supuesto, a declarar la insurrección armada lo antes posible. Si estas capas se hubieran encontrado con una dirección marxista probada, con cuadros experimentados y educados a semejanza de los bolcheviques, las tendencias izquierdistas podrían haber sido en gran medida neutralizadas, de igual manera que, tras su llegada a Rusia en abril de 1917, Lenin triunfó sobre las ideas oportunistas de Zinóviev, Kámenev y Stalin.

Muchos de esos jóvenes revolucionarios, y no tan jóvenes, sin el elemento corrector de una dirección bolchevique, renunciaron a la tarea de conquistar políticamente a las masas; no se paraban a considerar seriamente las fases en las que la lucha se desenvolvía y les preocupaba aún menos el proceso de toma de conciencia del conjunto de la clase. Se dejaban provocar fácilmente por la reacción y el aparato del SPD. Revelaban así una gran impaciencia, que iba a tener consecuencias muy negativas. Lenin definía el ultraizquierdismo como el precio que las masas tienen que pagar por la traición de sus dirigentes reformistas; pero en los momentos decisivos, este tipo de tendencias se convierten en un obstáculo objetivo para el triunfo de la revolución.

Previendo las consecuencias de estas ideas, Rosa Luxemburgo trataba de imponer en la Liga Espartaquista una visión sobria de las tareas fundamentales del momento. Rechazó en numerosas ocasiones, incluso públicamente, los planteamientos de los sectores más aventureros de la Liga, y se desesperaba con la forma de actuar de Liebknecht, llevado siempre por el ímpetu revolucionario y el activismo más desenfrenado. “Columnas enteras del pequeño *Die Rote Fahne* —señala Pierre Broué— están dedicadas a convocatorias, llamadas para reuniones, mítines, manifestaciones, desfiles de soldados, de parados, desertores o soldados de permiso. Pero estas manifestaciones,

de las que el núcleo espartaquista no tiene la fuerza ni el deseo de controlar, son a menudo ocasión para [que] elementos dudosos [provocuen] incidentes inútiles e incluso perjudiciales. Los responsables comprenden el peligro que constituye, para la imagen que quieren dar a su movimiento, la acción intempestiva de estos elementos, a menudo extraños al proletariado industrial vinculado a los espartaquistas. En *Die Rote Fahne*, Rosa Luxemburgo admite el peligro que crean las iniciativas de los desclasados, que son legiones en la capital: ‘Desfiguran conscientemente y sabiendo muy bien lo que hacen nuestros fines socialistas, y buscan desviarlos hacia una aventura de lumpemproletarios, desorientando a las masas’.²⁴⁶

Rosa Luxemburgo era cada vez más consciente de la imperiosa necesidad de organizar la Liga Espartaquista, dotarla de consistencia política y preparar la conquista del poder con las tácticas y los métodos que habían permitido el triunfo de los bolcheviques. El papel trascendental del Partido en la revolución proletaria, tal como enseñó la experiencia de la revolución rusa, no era un capricho, ni una obsesión de Lenin. Las poderosas palancas de la historia se expresan a través de él en los momentos en que todo se decide. Así lo expresaba León Trotsky en 1924:

“En las revoluciones burguesas, la conciencia, la preparación y el método han jugado un papel mucho menor que el que están llamados a desempeñar, y desempeñan ya, en las revoluciones del proletariado. La fuerza motriz de la revolución burguesa era también la masa, pero mucho menos consciente y organizada que ahora. Su dirección estaba en manos de las diferentes fracciones de la burguesía, que disponía de la riqueza, de la instrucción y de la organización (municipios, universidades, prensa, etcétera). La monarquía burocrática se defendía empíricamente, obraba al azar. La burguesía elegía el momento propicio para echar todo su peso social en el platillo de la balanza y apoderarse del poder, explotando el movimiento de las masas populares.

“Pero en la revolución proletaria, el proletariado no sólo es la principal fuerza combativa, sino también la fuerza dirigente, a través de su vanguardia. Su partido es el único que puede, en la revolución

246. Broué, p. 241.

proletaria, desempeñar el papel que en la revolución burguesa desempeñaron la potencia de la burguesía, su instrucción, sus municipios y universidades. Este papel resulta tanto más importante cuanto que se ha acrecentado de manera formidable la conciencia de clase de su enemigo. A lo largo de los siglos de su dominación, la burguesía ha elaborado una escuela política incomparablemente superior a la de la antigua monarquía burocrática. Si, hasta cierto punto, el parlamentarismo ha constituido para el proletariado una escuela preparatoria de la Revolución, más ha constituido para la burguesía una escuela de estrategia contrarrevolucionaria. Basta para demostrarlo el hecho de que con el parlamentarismo haya educado la burguesía a la socialdemocracia, que ahora comporta el más poderoso baluarte de la propiedad privada. Conforme han enseñado las primeras experiencias, la época de la revolución social en Europa será una época de batallas, no ya implacables, sino razonadas, mucho más razonadas que las nuestras de 1917.

“He aquí el motivo de que debemos abordar de manera completamente distinta a como se hace ahora las cuestiones de la guerra civil, y en particular, de la insurrección. A la zaga de Lenin, repetimos con frecuencia las palabras de Marx: ‘La insurrección es un arte’. Pero este pensamiento supone una frase vacía si no estudiamos los elementos esenciales del arte de la guerra civil sobre la base de la vasta experiencia acumulada durante estos años. Hay que confesar a las claras que nuestra indiferencia por los problemas relativos a la insurrección armada testimonia la fuerza considerable que todavía conserva entre nosotros la tradición socialdemócrata. De seguro sufrirá un fracaso el partido que considere de modo superficial las cuestiones de la guerra civil, con la esperanza de que se arreglará todo por sí solo en el momento necesario. Se impone estudiar colectivamente y asimilar la experiencia de las batallas proletarias de 1917”.²⁴⁷

En los días turbulentos que se sucedieron desde el congreso de los consejos, Rosa miraba con otra óptica la experiencia del bolchevismo. Por su contacto con el movimiento real, había abandonado su pasada hostilidad al modelo de partido de Lenin, apreciando sus fortalezas y su papel indiscutible en el éxito de Octubre. Aunque su

247. Trotsky: *Lecciones de octubre*, en *Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2000, p. 215.

libertad de pensamiento y su espíritu crítico permanecían inalterables, no hay duda de que Rosa Luxemburgo se identificaba cada día más con la obra de Lenin.

DICIEMBRE

La alianza entre el Estado Mayor y Ebert, cada vez más descarnada, produjo efectos profundos. La vanguardia de la clase obrera berlinesa, y más tarde secciones enteras de los trabajadores de la capital, fueron comprendiendo la amenaza que esa alianza representaba para la revolución. Una evidencia que se abría paso también entre los soldados de la guarnición capitalina, cada vez más permeables a la propaganda revolucionaria. Las tropas berlinesas comenzaron a mostrar sus dudas, primero tímidamente, después más abiertamente, en una actitud de franco rechazo a las exigencias y requerimientos de la coalición burguesía-socialdemocracia-oficialidad castrense.

De las fuerzas militares presentes en la capital para esas fechas, la División de la Marina Popular (*Volksmarinedivision*) se convirtió en la verdadera guardia de la revolución. Su núcleo estaba formado por unos cientos de marineros llegados desde Kiel tras la insurrección, a quienes se les habían unido otros que el socialdemócrata Wels había hecho venir expresamente desde la ciudad báltica el 12 de noviembre. En total, unos tres mil hombres de élite, que habían tomado el Palacio Real de Berlín, donde establecieron su cuartel general. Esta tropa fue el orgullo de Ebert y de la comandancia berlinesa en las primeras semanas de la revolución. Pero el intento de implicarlas en el golpe del 6 de diciembre, urdido por Ebert y Groener, y la radicalización creciente de los obreros habían cambiado su psicología. Desde mediados de diciembre, el socialdemócrata Wels, nombrado comandante de la ciudad, trabajaba arduamente por su disolución.

No está de más recordar que, en Petrogrado, las fuerzas del Comité Militar Revolucionario, dirigidas por Trotsky, también se formaron a partir de las tropas de la guarnición de la ciudad más los efectivos de la guardia roja. La burguesía alemana, Ebert y los militares no podían permitir que se repitiera la historia, y reaccionaron inmediatamente desatando una campaña estruendosa contra la División de la Marina Popular, a la que acusaron de estar controlada

por la Liga Espartaquista. Una vez que los dirigentes socialpatriotas comprendieron que con las calumnias no era suficiente, orquestaron una provocación en toda regla. Para forzar su disolución, Wels decidió presionar a los marinos no pagándoles el sueldo. Comenzaban así los enfrentamientos armados de la semana de Navidad.

Durante días, los representantes de los marineros negociaron con el comandante socialdemócrata. Exigieron sus salarios, pero Wels les conminó a que antes abandonaran el Palacio Real, a lo que los marineros respondieron reclamando otro recinto donde instalarse. Obviamente era una estratagema para privarles de un lugar donde continuar como División. Las negociaciones se estancaron y los marineros finalmente perdieron la paciencia.

Así, al mediodía del 23 de diciembre, sus portavoces se dirigieron directamente a la Cancillería, donde se encontraron con un espectáculo muy ilustrativo: los comisarios del pueblo, el gobierno de “unidad socialista” formado el 10 de noviembre, estaba completamente dividido. Los ministros del USPD los recibieron con simpatía y los del SPD, con abierta hostilidad. Estos últimos los despacharon con desdén: para recibir la paga, debían desalojar el Palacio Real. Los representantes de la División volvieron a las cuatro de la tarde con las llaves del recinto, pero esta vez escoltados por una guardia armada de marinos. Cuando los representante de la División entregaron las llaves al comisario del pueblo Emil Barth, del USPD, este telefoneó a Wels para informarle de que los marinos habían cumplido su parte del acuerdo y que debía pagarles. Pero Wels se negó, alegando orgullosamente que sólo recibía órdenes de Ebert. Cuando los marineros se dirigieron al despacho de Ebert, el jefe del gobierno se negó recibirlos. Sus secretarios pusieron como excusa que no se encontraba allí.

Las maniobras cobardes de los dirigentes socialdemócratas provocaron el estallido. Los marineros “bloquearon todas las salidas de la Cancillería, ocuparon las centrales de teléfonos y cortaron los cables telefónicos. Los comisarios del pueblo quedaron así bajo arresto domiciliario. Si hubiesen querido, los marineros podían haber apresado al gobierno, podían haber arrestado a los comisarios del pueblo y podían haberlos fusilado”.²⁴⁸

248. Haffner, p. 131.

Mientras esto ocurría en la Cancillería, las noticias llegaban a la División, y otro grupo de marineros armados, mucho más numeroso, se dirigió a la Comandancia. En el enfrentamiento con la guardia que la custodiaba se produjeron tres muertos entre los marineros por los disparos de un tanque. Inmediatamente, los efectivos de la División atacaron el edificio y arrestaron a Wels. En poco más de una hora, los marineros habían detenido a los comisarios del pueblo y al comandante militar de Berlín. El balance de fuerzas no era tan favorable para la reacción, los militares y sus aliados socialdemócratas como se creían. Sus victorias en el congreso de los consejos y sus posiciones institucionales podían aparentar una fortaleza incuestionable, pero una parte del poder real estaba fuera de su control. La revolución alemana se decidiría en el curso de la lucha, y esta iba adoptando los contornos de una guerra abierta.

Fueron momentos muy comprometidos para Ebert y sus comisarios-ministros. Gracias a la comunicación que mantenía el canciller con el Estado Mayor a través de una línea de teléfono directa y secreta, que no pasaba por la central ocupada por los marineros y que ya había sido utilizada en numerosas ocasiones para sus conversaciones con el general Groener, Ebert pudo pedir socorro al mayor Kart von Schleicher, que movilizó inmediatamente las tropas de Potsdam y Babelsberg. Unos ochocientos hombres con un par de baterías de campaña, restos de las diez divisiones que se habían disuelto tras los intentos de imponer el orden en Berlín el 10 de diciembre, se desplazaron inmediatamente. Por su parte, los marineros contaban con unos mil hombres, pero sólo disponían de ametralladoras y fusiles. Hacia las ocho de la tarde del 23, las tropas de ambos bandos se encontraron en los alrededores de la Cancillería. En medio de una fuerte tensión y tras un contacto entre los responsables de ambas fuerzas en el despacho de Ebert, las tropas se retiraron.

Aunque aparentemente quedaba descartado el derramamiento de sangre, Ebert ordenó a los soldados desplazados desde Potsdam y Babelsberg atacar a los marineros al día siguiente por la mañana. Según diferentes fuentes, a la decisión de Ebert también contribuyeron las exigencias del general Groener, que en conversación telefónica con él le conminó a aplastar a los marineros y liquidar definitivamente uno de los apoyos más importantes de los revolucionarios en la capital.

A las ocho de la mañana del día de Nochebuena, las descargas de los cañones atronaron con estrépito: comenzaba la ofensiva contra los marineros. Una parte de las masas berlinesas, mujeres y niños incluidos, tomó partido activo por ellos y los defendieron en las calles, movilizándose activamente y actuando como parapetos humanos en los combates. La audacia de los trabajadores desmoralizó a las tropas que obedecían a Ebert. Según iba transcurriendo la mañana, los marineros pasaron a la ofensiva, y muchos soldados y trabajadores armados se les unieron. Hacia el mediodía, los marineros habían logrado un gran triunfo y regresaron victoriosos a sus cuarteles.

El desconcierto y la zozobra dominaron el ambiente del cuartel general, instalado en Kassel, y de la Cancillería, en Berlín. Las tropas movilizadas no sólo habían fracasado, sino que en la lucha acusaron la presión de las masas que confraternizaron con ellas. Esos soldados habían dejado de ser seguros, como reconoció el mayor von Harbou en el siguiente telegrama enviado a Kassel: “Las tropas del general Lequis han dejado de ser operativas. No veo ningún modo de proteger al gobierno con los medios actuales. El resultado del enfrentamiento de hoy puede resultar catastrófico para el gobierno. Las tropas bajo el mando de Lequis, a mi modo de ver, ya no pueden llevar a cabo la misión. Recomendando su disolución”.²⁴⁹ El general Lequis era el comandante en jefe de las diez divisiones que habían entrado en Berlín catorce días antes.

Ebert temía que el avance de los marinos pusiera en serio peligro su propia integridad física y que, aprovechando su victoria, las fuerzas revolucionarias continuasen con la ofensiva atacando la Cancillería y deteniendo al gobierno. Según relata Haffner, varios testigos comentaron que esa noche el canciller tuvo un comportamiento poco ejemplar: “Ebert, presa del pánico, había insistido en abandonar Berlín con todo el gobierno para dirigirse a alguna provincia más tranquila (...) ‘Sencillamente-así-no-se puede-seguir —repetió en varias ocasiones con un énfasis casi histérico—, así-sencillamente-no-se-puede-gobernar’”.²⁵⁰

249. *Ibíd.*, p. 135.

250. *Ibíd.*, p. 136.

Nada de esto sucedió. La revolución carecía todavía de una dirección a la altura y dejó pasar una oportunidad de oro. No había táctica, ni consignas ni una estrategia seria para hacerse con el poder, pero era evidente que las fuerzas que se inclinaban por una salida revolucionaria crecían por momentos. Liebknecht estuvo toda la noche preparando un número de *Die Rote Fahne* que saldría al día siguiente con un gran titular: “Las navidades sangrientas de Ebert”. Pero, como señala Haffner, “los socialdemócratas independientes, encabezados por el melancólico Haase, sólo veían una cosa: debían abandonar el gobierno”.

En esos momentos de vacilaciones y parálisis política, la completa desorientación de los líderes del USPD —que sólo pensaban en cómo deshacerse de sus cargos ministeriales para no aparecer ante las masas como cómplices de Ebert— dejó el terreno libre a los derechistas para afianzar su posición. El día 29 de diciembre, los comisarios del pueblo del USPD dimitieron; el 30, Ebert ya los había sustituido por hombres de su confianza, como Noske. De esta manera, “la unidad socialista proclamada siete semanas antes fue enterrada sin disimulo y con gran éxito”.²⁵¹ La proclama emitida por el gobierno con motivo de esta buena nueva era clara: “Ahora tenemos la posibilidad de empezar a trabajar en beneficio del pueblo ¡Calma y seguridad!”. La palabra revolución ya no aparecía en la misma e iba firmada por “el gobierno del Reich”; se había suprimido la expresión “Consejo de Comisarios del Pueblo”.

RADICALIZACIÓN

El primer combate militar entre las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución se había saldado con la victoria de las primeras, pero, en lugar de no dar respiro al enemigo y continuar la ofensiva, se desaprovechó la oportunidad.

Frente a la actitud conciliadora y disolvente de los dirigentes centristas del USPD, una Rosa Luxemburgo enérgica y desafiante levantó la bandera de la continuidad revolucionaria. Acostumbrada a lidiar con Kautsky, a polemizar con los jefes del SPD y de los sindicatos,

251. *Ibíd.*, p. 138.

endurecida por sus años de cárcel, conocía perfectamente la pasta de la que estaban hechos los centristas y los desenmascaró, no con epítetos estruendosos, sino orientando todas sus energías a lograr la movilización revolucionaria de sus bases.

Para forjar un auténtico partido comunista de masas en Alemania, tal como le reclamaban Rádek y otros delegados bolcheviques, Rosa estaba convencida de que era fundamental ganar a los militantes berlineses del USPD y de los delegados revolucionarios, que giraban a la izquierda a marchas forzadas. Con esta perspectiva, desde finales de noviembre Rosa Luxemburgo y la dirección espartaquista lanzaron una intensa campaña por la convocatoria de un congreso extraordinario del USPD.

En el momento que la dirección encabezada por Haase aceptó las elecciones a la Asamblea Constituyente, respaldando así uno de los ejes de la estrategia de Ebert, los espartaquistas estaban convencidos de que, en un debate franco y abierto, en un congreso democrático, la mayoría de la militancia se pronunciaría contra esa política. Incluso la hipótesis de que los espartaquistas pudieran lograr una mayoría en el congreso no estaba en modo alguno descartada, y la mejor prueba de ello es que el aparato centrista se opuso con uñas y dientes a su celebración.

A mediados de diciembre, en la víspera del congreso de los consejos, se realizó una conferencia del USPD de Berlín para decidir sobre la propuesta de congreso extraordinario. La derecha del partido, con Haase a la cabeza, se opuso vehementemente y justificó la colaboración con el SPD en el gobierno. Finalmente la conferencia no se pronunció por el congreso y decidió que la preparación de las elecciones a la Asamblea Constituyente debía ser la tarea central. Pero la crítica interna crecía y se hacía cada vez más pública.

El partido estaba profundamente dividido entre un ala derecha, mayoritaria en la dirección y entre los cargos públicos, que oscilaba abiertamente hacia los socialdemócratas de Ebert, y la izquierda, cada día más próxima a las tesis defendidas por Luxemburgo. En la exigencia de un congreso extraordinario, los espartaquistas también habían logrado atraerse la simpatía de muchos delegados revolucionarios.

Los síntomas de radicalización entre los delegados revolucionarios y los miembros del USPD se multiplicaban. “Berlín da a los espartaquistas —escribe Broué— todavía más esperanzas; sus militantes

trabajan estrechamente unidos con los delegados revolucionarios y en varias ocasiones millares de trabajadores de las grandes empresas han sostenido mítines y manifestaciones espartaquistas y han aclamado a sus oradores, Liebknecht, Paul Levi, Pieck. El 14 de diciembre aparece casi una declaración de guerra civil en el Partido [Socialdemócrata] Independiente. *Die Rote Fahne* publica un proyecto de programa: ‘¿Qué quiere la Liga Espartaquista?’, trabajo común de Levi y Rosa Luxemburgo. Mientras que *Die Freiheit*, bajo el título ‘Una táctica alemana para la revolución alemana’, ataca a bolcheviques y espartaquistas y hace de la convocatoria de la Constituyente la tarea revolucionaria del momento”.²⁵²

Las posibilidades que se le abrían a la Liga para construir una fuerte corriente revolucionaria eran magníficas, pero algunos de sus líderes más renombrados, especialmente Karl Liebknecht, pensaban que la enorme influencia de los espartaquistas entre miles de trabajadores, soldados y jóvenes, a tenor de los mítines que celebraban en las plazas públicas, era más que suficiente para garantizar la victoria. Para ellos sólo existía un punto del orden del día: “acción, acción, acción”.

Verdaderamente los dirigentes de la Liga eran muy conocidos, maestros en la agitación y sus convocatorias de actos públicos y manifestaciones eran secundadas masivamente, lo que daba una gran sensación de fuerza; pero, en realidad, su organización era muy limitada y sus raíces entre los obreros de las fábricas y en los sindicatos seguían siendo pequeñas. En palabras de Paul Frölich: “La Liga no era más que una federación de grupos locales que existían en casi todas las ciudades importantes, pero no se podía considerar un partido”.²⁵³

Esta contradicción entre la influencia política y la organización real, entre las necesidades del momento y la impaciencia revolucionaria, fue cristalizando en la formación de dos líneas políticas enfrentadas dentro de la Liga. Rosa Luxemburgo, Paul Levi y Leo Jogiches opinaban que, provisionalmente, la burguesía dominaba la situación a través del SPD, como había demostrado el congreso de los consejos de obreros y soldados. Este dominio temporal no quería ni mucho menos decir que la revolución estuviese sentenciada.

252. Broué, p. 236.

253. Frölich, p. 395.

Rosa Luxemburgo, que en esas fechas destacó como la teórica mejor preparada de los marxistas alemanes, muy por encima del resto de sus compañeros de la dirección espartaquista, apelaba una y otra vez al ejemplo político y práctico del Partido Bolchevique. A los jóvenes que veían la lucha armada como la única opción posible en esos momentos, les explicaba cómo Lenin y Trotsky habían ganado el apoyo consciente y mayoritario de los trabajadores y de los sóviets antes de lanzarse a la insurrección. Alertaba contra el peligro de aventurerismo izquierdista y era clara en su apuesta por una intervención enérgica en la campaña electoral a la Asamblea Constituyente. El 23 de diciembre publicó un artículo en *Die Rote Fahne*:

“Estamos ahora en medio de la revolución y la *Asamblea Nacional es el bastión contrarrevolucionario que ha sido erigido contra el proletariado revolucionario. Hay, pues, que tomar esa fortaleza y arrasarla*. Para movilizar a las masas contra la Asamblea Nacional y para convocarlas a la más enérgica lucha, hay que utilizar las elecciones y hay que utilizar la tribuna de la Asamblea Nacional (...) *El deber de participación en la Asamblea Nacional nos obliga a denunciar en voz alta y sin contemplaciones todas las intrigas y enredos de la estimada corporación, a desenmascarar, paso a paso, su obra contrarrevolucionaria ante las masas y a convocar a las masas para que intervengan y decidan*)”.²⁵⁴

¡Que palabras más claras! Y que diferentes de las que escribió meses antes mientras permanecía en prisión. La misma Rosa Luxemburgo que había criticado a Lenin por disolver la Asamblea Constituyente en Rusia, ahora hablaba de ella como el “bastión contrarrevolucionario que ha sido erigido contra el proletariado revolucionario” y llamaba a “tomar esa fortaleza y arrasarla”. ¿Por qué los sabios que utilizan los escritos de Rosa Luxemburgo de 1904, o su texto sobre la revolución rusa, siempre ocultan, de forma deliberada y consciente, sus últimos escritos, los que realizó precisamente cuando participaba directamente en la acción revolucionaria? La respuesta es obvia: porque si los dieran a conocer, toda su amalgama de manipulaciones quedaría al descubierto.

Rosa Luxemburgo y Jogiches veían también los peligros que entrañaba una proclamación prematura, sin la necesaria preparación,

254. *Ibíd.*, p. 397. El subrayado es nuestro.

del Partido Comunista de Alemania. Eran partidarios de agotar todas las posibilidades de trabajo en el seno del USPD y, a este respecto, chocaron abiertamente con Rádek, delegado de los bolcheviques en Berlín, que presionaba en esa dirección insistentemente.

En cualquier caso, la decisión de fundar el Partido Comunista en los momentos en que la revolución se precipitaba hacia un choque decisivo, no habría impedido ganar a una mayoría de los militantes de base del USPD y de los delegados revolucionarios. No se trataba de una cuestión formal. El problema al que se enfrentó Rosa Luxemburgo, y más tarde Lenin y Trotsky una vez establecida la Internacional Comunista, fue que el izquierdismo había echado fuertes raíces entre sectores de los obreros y los jóvenes revolucionarios. Y esto se explica por la impaciencia e inexperiencia de muchos militantes, pero sobre todo por la traición de la socialdemocracia oficial, su capitulación ante la burguesía alemana en los años de la guerra mundial y el frente único que había trabado con los militares prusianos contra la revolución.

Frente al núcleo dirigente de la Liga Espartaquista se situaban los jóvenes militantes y la Liga de Soldados Rojos, fundada el 15 de noviembre. Con una experiencia política más limitada, eran inmovibles en sus exigencias de inmediata ruptura con el USPD y la proclamación del Partido Comunista, boicot a la Asamblea Constituyente, salida de los sindicatos y preparación inminente de la insurrección armada. No eran aspectos secundarios para el futuro de la revolución. Los izquierdistas de fuera de la Liga, como los grupos de Bremen, insistían también en proclamar lo antes posible el Partido Comunista.

De las dos tendencias que se dibujaron en la Liga Espartaquista, la de Rosa Luxemburgo estaba en franca minoría.

El peligro de las aventuras ultraizquierdistas, de acciones militares aisladas que sirvieran de excusa para descargar un golpe fatídico sobre los revolucionarios, planeaba en aquellos días. La escalada de provocaciones de la reacción y la respuesta incansable de los trabajadores se sucedieron sin solución de continuidad en el mes de diciembre. Ambos campos medían sus fuerzas no sólo en el terreno dialéctico, sino en la lucha en las calles. En pocos días se produjeron una sucesión de combates y revueltas. En muchos de estos encuentros armados los elementos más impacientes del ala revolucionaria

pusieron su sello. Aunque pensaban honestamente que la ofensiva era la única forma de ganar la revolución, algunas acciones dieron argumentos a Ebert y sus aliados.

Una de ellas fue la ocupación del edificio del *Vorwärts*, el periódico del SPD, por grupos de militantes espartaquistas y miembros de la Liga de Soldados Rojos. Seguros de su éxito, los izquierdistas empezaron a editar el *Rote Vorwärts* (Vorwärts Rojo), pero su entusiasmo no contó con el apoyo de Rosa Luxemburgo. Ella sabía que la reacción y el aparato socialdemócrata utilizarían la ocupación como pretexto para justificar su campaña de calumnias y provocaciones contra los espartaquistas. Las medidas aisladas de una minoría, por muy revolucionarias que pareciesen, no era lo que se necesitaba.

También eran de este parecer muchos de los delegados revolucionarios más conectados con las masas obreras berlinesas. “El 26 de diciembre, una asamblea general de delegados revolucionarios (...) hace el balance de Navidad. Afirmando que comprende el rencor de los obreros revolucionarios, que han querido recuperar el *Vorwärts* robado a los proletarios por los jefes militares en 1916, la resolución adoptada declara inoportuna la iniciativa de los ocupantes del *Vorwärts* y se pronuncia por la evacuación del edificio. Firmada por Scholze, Nowakowski y Paul Weyer, es publicada en *Die Rote Fahne*”.²⁵⁵

EL PARTIDO COMUNISTA DE ALEMANIA

Entre las masas alemanas existía una gran simpatía hacia las consignas democráticas y a todo lo que se pudiera identificar con libertades políticas. Era necesario, por tanto, que los trabajadores experimentaran qué significaba realmente el gobierno socialdemócrata, que se convenciesen por sí mismos de que garantizar los derechos democráticos, acabar con la miseria y el desempleo y defender los puestos de trabajo, los salarios y la vivienda llevaba a una ruptura con el régimen capitalista.

Esta experiencia necesaria no significaba que desde las filas revolucionarias se dejaran pasar los acontecimientos pasivamente.

255. Broué, p. 244.

Todo lo contrario, requería de una intervención audaz, impulsando la acción en todas sus formas, empezando por las luchas económicas, tan necesarias y que jugaron un papel tan importante en la revolución rusa. Organizando el partido revolucionario, explicando pacientemente y evitando aquellas provocaciones de la reacción que pudieran aislar a los revolucionarios o, peor aún, dejarlos indefensos ante la represión, la Liga Espartaquista podría ganar a la vanguardia obrera y, a partir de este punto, dar el salto para conquistar a las masas.

En el proceso preparatorio de la fundación del Partido Comunista de Alemania (KPD), Karl Rádek, delegado bolchevique en Alemania, mantuvo frecuentes entrevistas con Rosa Luxemburgo, Liebknecht, Jogiches y Paul Levi. Muchas de las viejas querencias políticas y personales que existían entre Rádek y Luxemburgo se esfumaron, dando paso a una relación más fraternal.

Rádek también se entrevistó en varias ocasiones con los dirigentes de los IKD (Comunistas Internacionalistas de Alemania, con base en Bremen), reuniones en las que afloraron críticas muy duras contra Rosa Luxemburgo por haberse mantenido dentro del USPD. En la conferencia que ese grupo realizó del 15 al 17 de diciembre, se acordó la unificación con los espartaquistas, pero orillando los debates más escabrosos, como el boicot a la Constituyente, que la mayoría de los IKD mantendrán con fuerza, o la salida de los sindicatos. Paul Frölich, el futuro biógrafo de Rosa Luxemburgo, fue elegido para representar a los comunistas de Bremen en el congreso de unificación.

En la dirección espartaquista, las divergencias respecto a la unificación con los IKD y respecto a la fundación del KPD surgieron una vez más. Pierre Broué escribe: “Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches parecen haber sido inicialmente opuestos a la fusión con los comunistas [de Bremen], e incluso Jogiches la ha combatido con vigor hasta el final. Piensa que es necesario permanecer en el seno del Partido [Socialdemócrata] Independiente hasta el próximo congreso, para arrastrar, aprovechando esa ocasión, a todos los elementos de izquierda que probablemente permanecerían en el partido, si los espartaquistas rompieran prematuramente con él. Clara Zetkin en 1921 dirá sobre ello: ‘Poco tiempo antes, yo había conversado con la camarada Luxemburgo. Esta, y aún más vigorosamente el camarada

Jogiches, estimaban que a partir del congreso del USPD era el momento en el que debíamos romper con él y constituirnos en Partido Comunista”.²⁵⁶

Rádek logró convencer finalmente a Rosa Luxemburgo de no esperar a la celebración del congreso del USPD para fundar el nuevo partido. Pero una vez resuelto este escollo, surgió otro en torno al nombre de la nueva formación. Según Pierre Broué, recogiendo las informaciones de militantes de la época, Rosa Luxemburgo pretendía llamarlo socialista, y no comunista, como una forma de mantener una ligazón con los militantes que permanecían en el USPD y ganarlos a la nueva internacional que se estaba fraguando alrededor del Partido Bolchevique. Rosa Luxemburgo perdió la votación sobre este asunto (cuatro contra tres) en la comisión central de la Liga. En una conferencia celebrada el 29 de diciembre, coincidiendo con la dimisión de los miembros del USPD del Consejo de Comisarios del Pueblo, la Liga Espartaquista aprobó la fundación del Partido Comunista de Alemania (KPD).

En este contexto de dudas y discrepancias dio comienzo el congreso, que se celebró en Berlín entre el 30 de diciembre de 1918 y el 1 de enero de 1919. En las sesiones estaban representados 83 delegados espartaquistas y 29 de los IKD de Bremen. La histórica reunión no podía dejar de reflejar la atmósfera que recorría la capital tras los enfrentamientos armados de Navidad:

“El aire de Berlín (...) estaba lleno de tensión revolucionaria (...) No había nadie que no tuviese el presentimiento de que el inmediato porvenir vería producirse de nuevo grandes manifestaciones y nuevas acciones. (...) Los delegados que representaban a estas masas, hasta entonces desorganizadas, venidas a nosotros durante la acción, y sólo por ésta y para ésta, no podían comprender en absoluto que una nueva acción, fácilmente previsible, podría terminar en un retroceso y no en una victoria. No se planteaban ni en sueños una táctica que permitiese un margen de maniobra en caso de retroceso”.²⁵⁷

En el congreso se presentaron diferentes informes y se aprobaron resoluciones importantes sobre aspectos cruciales para la revolución. Los debates se dividieron en cinco grandes bloques:

256. *Ibíd.*, p. 249.

257. Informe de Paul Levi al II Congreso de la Internacional Comunista, 1920.

- La necesidad del nuevo partido y la ruptura con el USPD (cuya presentación corrió a cargo de Liebknecht).
- A favor o en contra de la Asamblea Constituyente.
- La postura ante los sindicatos.
- El programa político del nuevo partido (a cargo de Rosa Luxemburgo).
- Debate con los delegados revolucionarios.

En el primer informe, dedicado a la ruptura con el USPD, Liebknecht denunció con dureza la actuación de la dirección centrista y su papel en el fortalecimiento del ala derecha de la socialdemocracia: “A los miembros del USPD les incumbían principalmente dos funciones en el gabinete Scheidemann. En primer lugar, la de servir de ‘hoja de parra’ a la contrarrevolución, convirtiéndose así en sus comisionistas y auxiliares secretos. En efecto, el USPD ha facilitado cada una de las infamias del gobierno, cuando no las ha recubierto con su complicidad. La política de la mayoría ha seguido desde el principio una línea muy precisa: estabilizar la dominación burguesa salvaguardando la propiedad privada”.

Liebknecht realizó una descripción pormenorizada de la postura del USPD ante los principales acontecimientos de los meses de noviembre y diciembre, hasta la salida de Haase y los demás comisarios del USPD del Consejo de Comisarios, para concluir: “el proceso de descomposición del USPD se está haciendo también progresivo entre las masas. Las formaciones de base, fuera de las elecciones y en numerosos casos, marchan al lado de los mayoritarios y se mezclan organizativamente con ellos, siguiendo el ejemplo de Bernstein. En el fondo, el USPD está ya muerto e incluso en descomposición (...) En cuanto a nosotros, creemos que permanecer por más tiempo en el USPD equivaldría, en esta situación, a solidarizarse de hecho con la contrarrevolución”.²⁵⁸

El tono, pero sobre todo el fondo de las ideas que planteó Liebknecht en su discurso, eran un buen ejemplo de su temperamento, pero no de un análisis lo suficientemente comedido y riguroso. El USPD no estaba muerto, ni mucho menos, y las posibilidades de los

258. Luxemburgo y Liebknecht: *La revolución alemana de 1918-1919*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2009, p. 13. Este libro recopila los textos más sobresalientes, informes y discursos del congreso.

comunistas para ganar a una mayoría de sus militantes no se habían agotado, como demostrarían los hechos posteriores.²⁵⁹

Tras la intervención de Liebknecht, cerrada con una salva de aplausos, se propuso la moción para adoptar el nombre de Partido Comunista de Alemania, apoyada por la inmensa mayoría. Inmediatamente tomó la palabra Karl Rádek, que hizo una breve referencia a las extremas y difíciles condiciones en que se desenvolvía el poder de los sóviets en Rusia y a la enorme responsabilidad que recaía a partir de ese momento en el recién creado KPD. La intervención de Rádek cosechó el entusiasmo de la sala, que aprobó una resolución dirigida a los comunistas rusos y al gobierno soviético: “A la república rusa de los sóviets. El congreso de la Liga Espartaquista, que en el día de hoy ha decidido fundar el Partido Comunista de Alemania, envía a los camaradas rusos sus más sinceros saludos, deseando estar unidos a ellos en el combate común contra todos los enemigos de los oprimidos de todos los países. La seguridad de que en Rusia todos los corazones latén al unísono con los nuestros nos proporciona fuerza y coraje para continuar en nuestra lucha. ¡Viva el socialismo! ¡Viva la revolución!”.²⁶⁰

Como era previsible, la polémica en torno a la participación o no en las elecciones a la Asamblea Constituyente centró el debate. El encargado de presentar la parte central del informe fue Paul Levi, en la tarde del 30 de diciembre. Su exposición fue bastante clara y realista: “La cuestión de la participación en las elecciones es ciertamente grave, pero también de una importancia decisiva para el desarrollo de nuestro movimiento durante los próximos meses (...) El proletariado es profundamente consciente de lo que puede significar la toma del poder, y de que ésta no es posible más que sobre la base del sistema de los consejos (...) Por el contrario, la Asamblea Constituyente como idea está insertada entre las masas revolucionarias como una fortaleza edificada por la voluntad de la burguesía, en donde desean atrincherarse todas las variedades y especies de la actual sociedad,

259. En octubre de 1920, el USPD celebraría un congreso en la ciudad de Halle, en el cual dos tercios de los delegados votaron a favor de adherirse a la Internacional Comunista y unificarse con el KPD, otorgando a los comunistas alemanes una base de masas real. El nuevo partido se denominó Partido Comunista Unido de Alemania (VKPD) y contaba con más de 400.000 miembros.

260. Luxemburgo y Liebknecht, *ibíd.*, p. 16.

tanto los Ebert y los Stinnes, como los generales y subjeses a sus órdenes (...) En lo que a nosotros concierne, nos damos cuenta de todo ello, pero también que la vía del proletariado no puede pasar más que por encima del cadáver de la Asamblea Constituyente.

“Es indudable que los representantes del proletariado se hallarán en minoría dentro de dicha Asamblea Constituyente, y a pesar de todo ello nosotros os proponemos participar en las elecciones... (*Tempestad de gritos de protesta e interrupciones.*)... y también seguir luchando hasta el final con el encarnizamiento y la energía de que habéis dado prueba hasta el presente... (*Más interrupciones y gritos de: ‘Eso es desperdiciar las fuerzas!’*)”.²⁶¹

El rechazo a viva voz de las posturas defendidas por el núcleo dirigente de la Liga atronó por toda la sala del congreso. El espíritu ultrazquierdista dominaba entre los delegados, incapaces de escuchar las reflexiones de los cuadros más experimentados y formados. Paul Levi actuaba en ese momento como el portavoz más cualificado de las ideas bolcheviques en el seno de los comunistas alemanes, pero sus esfuerzos fueron infructuosos para convencer a la audiencia. “Es en este punto donde yo creo que todos vosotros desconocéis por completo lo que se refiere a la situación histórica. En el curso de los últimos lustros, los representantes obreros se han encontrado en el parlamento, y su actividad ha debido limitarse a la conquista de las ventajas mínimas para beneficiar a la clase obrera, pero esto ocurría porque no nos encontrábamos aún en un período revolucionario. Hoy no ocurriría lo mismo, por la sencilla razón de que hoy las masas obreras se hallan dispuestas a combatir y se sienten apoyadas desde fuera... (*Vivas interrupciones y gritos de: ‘¡Por eso no tenemos necesidad de la Asamblea!’*)”.

“Sin embargo, debemos prepararnos a luchar contra este nuevo bastión, y parece razonable hacerlo no solamente desde fuera, sino también desde su interior. La Asamblea Constituyente será elegida y la pregunta es la siguiente: ¿qué podemos hacer nosotros contra ella? Podemos dispersarla, pero ¿qué se ganará con ello? El poder real de la burguesía sería dispersado, pero tal acción carecería de sentido si nosotros no podemos (como expresión de un poder unánime

261. *Ibíd.*, pp. 17-18.

de la clase obrera) acceder inmediatamente al poder. Se trata por lo tanto, en un principio, de atraer hacia nosotros, por medio de una acción tan enérgica como intransigente, esas partes del proletariado que se encuentran aún lejos de nosotros, siendo por esta razón por la que debemos estar dentro del nuevo bastión construido por el capitalismo.

“En Rusia los bolcheviques también participaron en las elecciones, pero en cuanto la situación hubo evolucionado y la Asamblea Constituyente fue sobrepasada, hicieron estallar los marcos. La participación en la Asamblea Constituyente no es un síntoma de contrarrevolución, como creen muchos, siendo esta creencia una característica propia de ciertas concepciones políticas harto rudimentarias y escasamente profundas. En este sentido, es mucho más realista pensar que lo más probable es que la Asamblea Constituyente domine durante algunos meses la vida política de Alemania, en cuyo caso nadie podrá impedir que incluso muchos de nuestros camaradas vuelvan sus miradas hacia ella. Para mantener despierto a todo el proletariado, y sobre todo a ciertos sectores indiferentes de las masas, nosotros debemos utilizar también la tribuna de la Asamblea Constituyente (*Vivas oposiciones*)”.

Tras el discurso de Paul Levi, se concedió alternativamente la palabra a los partidarios de la participación y a los defensores del boicot. Reseñaremos sólo dos intervenciones que muestran la profundidad de las discrepancias.

Otto Rühle (IKD) tomó la palabra en nombre de los partidarios del boicot: “Hasta hace muy pocos días, yo tenía entendido que la idea de la participación en las elecciones no debía ni siquiera ser tratada, pues apenas acabamos de librarnos de un cadáver con el que estábamos cargados, y ahora resulta que ya estamos en trance de tener otro sobre nuestras espaldas. Levi dice que se trata de un mal impuesto por las circunstancias (...) Sí, tal vez, pero es que en 1914 los socialistas mayoritarios invocaron un argumento de estilo parecido. Ellos también estaban contra la guerra, pero, una vez desencadenada, no podían rechazar los créditos necesarios para su subsistencia. En la actualidad, nuestra participación sería interpretada como una aprobación de principio con respecto a todo lo que supone la Asamblea Constituyente. Una decisión en favor de las elecciones no sólo sería censurable, sino que equivaldría a un suicidio, puesto que no

haríamos más que ayudar a evitar la revolución en la calle, llevándola al parlamento. Para nosotros no puede haber más que una tarea, y esta tarea es la del reforzamiento del poder de los consejos obreros y de los soldados porque, si se desea verdaderamente eliminar la Asamblea Constituyente de Berlín en favor de las masas, es evidente que entonces nosotros tendremos que constituir un nuevo poder en la capital (*Repetidas aclamaciones*).²⁶²

Intentando refutar los argumentos de Levi, Otto Rühle proclama: “Nosotros tenemos ahora otras tribunas. La calle es la tribuna grandiosa que hemos conquistado y que ya no abandonaremos, aunque se dispare sobre nosotros”.²⁶³

En defensa de la participación en las elecciones, también tomó la palabra Rosa Luxemburgo. Para dar fuerza política a su argumentación, puso como ejemplo la experiencia bolchevique:

“Todos comprendemos y estimamos los motivos que os hacen combatir a la Central [el grupo dirigente de la Liga], y aun así debo reconocer que la alegría que yo acabo de experimentar hace unos momentos no está limpia de una cierta amargura. En la fuerza tempestuosa que nos empuja hacia adelante, creo que no debemos abandonar la calma y la reflexión. Por ejemplo, el caso de Rusia no puede ser citado aquí como un argumento contra la participación en las elecciones, pues allí, *cuando la Asamblea Constituyente fue disuelta, nuestros camaradas rusos tenían ya un gobierno encabezado por Trotsky y Lenin*. Nosotros, en cambio, estamos aún en los Ebert-Scheidemann. El proletariado ruso tenía detrás de sí una larga historia de luchas revolucionarias, mientras que nosotros nos encontramos en el comienzo de la revolución, no teniendo detrás nuestro más que la insignificante semirrevolución del 9 de noviembre.

“En mi opinión, lo que nosotros debemos hacer es plantearnos la siguiente alternativa: ¿Qué camino es el más seguro para conseguir educar a las masas? El optimismo del camarada Rühle es ciertamente muy hermoso, pero la realidad es que no estamos aún tan avanzados para convertirlo en un hecho histórico. Lo que yo veo hasta el momento entre nosotros es la inmadurez de las masas llamadas

262. *Ibid.*, p. 19.

263. Broué, p. 255.

a derrocar la Asamblea Constituyente. El arma con la que el enemigo piensa combatirnos debemos volverla contra él. Por otra parte, teméis las consecuencias de las elecciones y por otra creéis posible abolir la Asamblea Constituyente en quince días. La acción directa es seguramente más simple, pero nuestra táctica es justa, en el sentido de que cuenta con un largo camino a recorrer. La acción esencial, desde luego, corresponde a la calle y esta debe tender en consecuencia al triunfo del proletariado. Pero nosotros entendemos que, previamente y para el apoyo de esa lucha, se hace preciso que conquistemos la tribuna de la Asamblea Constituyente (*Débiles aplausos.*)”.²⁶⁴

Después de numerosas intervenciones, la votación final fue clara mayoritaria: 23 votos a favor participar en las elecciones a la Asamblea Constituyente y 62 votos en contra. En ese momento, los representantes de los IKD anunciaron su decisión de integrarse en el KPD.

Las mismas divergencias volvieron a reproducirse respecto a la cuestión sindical, con posturas ultraizquierdistas muy erróneas que fueron combatidas, con poco éxito, por Rosa Luxemburgo. El portavoz más destacado de la postura que abogaba por salir de los sindicatos fue Paul Frölich:

“La actitud de los dirigentes sindicales viene del hecho de que estos señores no desean una socialización efectiva, ya que ésta les privaría de los puestos oficiales que ahora ocupan. Por otra parte, saben también perfectamente que las actuales reivindicaciones de los obreros pueden llegar hasta hacer que peligre la misma existencia del capitalismo. Los camaradas de Hamburgo saben por experiencia que en la actualidad es prácticamente imposible atacar al capitalismo por medio de los sindicatos. Esta situación hace pensar que, en principio, la separación de los obreros en organizaciones políticas y en organizaciones sindicales es hoy absolutamente ineficaz. Para nosotros, revolucionarios, no puede haber más que una consigna, que es la de gritar: ¡Fuera los sindicatos! Ahora bien, ¿por qué reemplazarlos? (...) En Hamburgo hemos formado organizaciones unitarias (*einheitliche*), mientras que nuestros camaradas forman la base en los grupos de empresa”.

264. Luxemburgo y Liebknecht: *La revolución alemana de 1918-1919*, p. 20. El subrayado es nuestro.

Rosa Luxemburgo, cerró el debate con la siguiente respuesta:

“Por mi parte, no lamento que una discusión sobre los sindicatos se haya desarrollado aquí, tal como viene sucediendo, sino todo lo contrario, pues apruebo de todo corazón esta tentativa de profundizar en una cuestión tan decisiva. Alemania es el único país que, debido a la infame actitud de los sindicatos, no ha podido vivir una posguerra marcada por las correspondientes luchas económicas propias de tal situación. Aun cuando los sindicatos no tuvieran conciencia de esta responsabilidad, serían culpables y merecedores de la pena de su desaparición. De hecho, no son ya organizaciones obreras, sino los más sólidos y solícitos protectores del Estado y de la sociedad burguesa. Como consecuencia de todo ello, es evidente que la lucha para la socialización no podrá ser impulsada hacia adelante sin tender hacia la liquidación de los sindicatos. Al parecer, estamos todos de acuerdo sobre este punto. Donde difieren nuestras opiniones es en lo que se refiere al camino a seguir. A este respecto, yo estimo errónea la proposición de los camaradas de Hamburgo, referente a la formación de organizaciones únicas económico-políticas, ya que a mi entender las tareas de los sindicatos tan sólo pueden ser retomadas de una forma revolucionaria por los consejos de obreros, de soldados y de fábricas. Por otra parte, no debemos olvidar que la liquidación de los sindicatos acarreará nuevos problemas, cuyas soluciones deberán ser estudiadas a fondo y resueltas de manera decisiva. Yo propongo, por tanto, enviar a la comisión encargada de las cuestiones económicas las proposiciones expuestas por los diversos camaradas que han tomado la palabra, y que dicha comisión someta sus conclusiones a los miembros del congreso, a fin de que estos puedan tomar una posición con el mayor número de garantías posible”.²⁶⁵

Como se aprecia en las anteriores líneas, Rosa hizo toda una serie de concesiones políticas e intentó dejar para mejores momentos lo que, sin duda, era una polémica de principios respecto a los sindicatos. No era de extrañar que los mismos que reclamaban el boicot de la Asamblea Constituyente defendiesen el abandono de las organizaciones sindicales de masas. Si dices a, tienes que decir b, c y seguir

265. *Ibíd.*, pp. 29-31.

hasta completar el abecedario. Pero esas ideas eran completamente ajenas al bolchevismo y fueron implacablemente combatidas en los años heroicos de la Internacional Comunista.²⁶⁶

Las divergencias políticas se reflejaron en todos los terrenos y recorrieron todos los debates, pero cuando alcanzaron una dimensión surrealista fue con la presentación, por parte de Rosa Luxemburgo, del programa político y las tareas del Partido Comunista de Alemania.

El discurso²⁶⁷, que se prolongó por tres cuartos de hora, se inició con una defensa cerrada de las ideas de Marx y Engels. Haciendo una profunda descripción de las diferentes fases que había atravesado la revolución alemana hasta ese momento, Rosa explicó la realidad de la situación: la revolución no estaba aún madura para la insurrección, la experiencia política de las masas no había avanzado aún lo suficiente para derribar la Asamblea Constituyente. Insistió en la necesidad de organizar una gran agitación política, impulsar la lucha huelguística por demandas económicas e incorporar a las masas campesinas a la acción. Volvió sobre la Asamblea Constituyente, mostrando las contradicciones en las que incurrieran los partidarios del boicot y, sobre todo, colocó la experiencia bolchevique como una guía para la acción de los comunistas alemanes.

Las ideas plasmadas en el que sería su último discurso programático antes de que la asesinasen son, por su contenido, estilo y audacia, perfectamente asimilables a las de Lenin y Trotsky. En abierta colisión con las tesis ultraizquierdistas sostenidas por la mayoría de los delegados, la ponencia de Rosa fue aprobada por unanimidad.

266. En el manifiesto del II Congreso de la IC, escrito por Trotsky, se afirma sin ambigüedad: "A la vez que combate de la manera más decidida el reformismo en los sindicatos, el arribismo y el cretinismo de los parlamentos, la Internacional Comunista no deja de condenar el sectarismo de aquellos que invitan a los proletarios a abandonar las filas de organizaciones sindicales que cuentan con millones de miembros y a ignorar las instituciones parlamentarias y municipales. Los comunistas de ningún modo se alejan de las masas engañadas y vendidas por los reformistas y los patriotas, sino que aceptan luchar contra ellos dentro de las organizaciones de masas y de las instituciones creadas por la sociedad burguesa, de manera de poder acabar con ésta última rápidamente" (*Tesis, manifiestos y resoluciones de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2009, p. 178).

267. Ver Apéndice.

Volviendo sobre la postura de los bolcheviques en torno a la Asamblea Constituyente y la insurrección armada. La consigna a favor de la Asamblea Constituyente aparecía dentro de su programa al inicio de la revolución, inmediatamente después del levantamiento de febrero. Pero no era la única, y ni mucho menos la más importante. En realidad, la agitación de los bolcheviques se basó en tres consignas: ¡Paz, pan y tierra! ¡Ruptura con los ministros burgueses! ¡Todo el poder a los sóviets! Cuando fue obvio que los elementos reformistas y sus amos capitalistas no estaban dispuestos a convocar ninguna Asamblea Constituyente, sino que su intención era continuar la guerra imperialista, y que las reformas prometidas quedaban aplazadas en beneficio de los especuladores, los industriales y los terratenientes; cuando quedó en evidencia que las fuerzas combinadas de los socialistas conciliadores y la casta militar rusa pretendían imponer una dictadura bonapartista, las masas comprendieron la validez de esas consignas.

¿Cuándo plantearon Lenin y Trotsky la insurrección armada? Cuando la revolución estaba ya coronada por el éxito en sus tres cuartas partes. Cuando los bolcheviques contaban con la mayoría obrera en los sóviets fundamentales, tenían el apoyo consciente de una parte mayoritaria de las tropas de Petrogrado, Moscú y otras capitales, y el campesinado se había levantado contra los grandes propietarios. Perder la iniciativa entonces teorizando sobre el “carácter burgués” de la revolución rusa, como hicieron Zinóviev o Kámenev, hubiera conducido a una derrota inevitable. Ese era el temor de Lenin, expresado con pasión en sus escritos de septiembre y octubre de 1917.²⁶⁸

En enero de 1918 la Asamblea Constituyente fue utilizada en Rusia por los terratenientes, los capitalistas, los mencheviques y eseristas, los generales blancos... como vehículo de la contrarrevolución para aplastar al gobierno obrero. No había ninguna razón para no dejar a un lado una Asamblea Constituyente que en la conciencia de la inmensa mayoría de los trabajadores y campesinos rusos aparecía como una reminiscencia de un pasado ya superado. Cuando los guardias rojos disolvieron la Asamblea Constituyente,

268. Se trata de *Los bolcheviques deben tomar el poder, El marxismo y la insurrección y Consejos de un ausente*, los tres incluidos en *En defensa de la revolución de Octubre*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS. Lenin había huido a Finlandia en agosto, tras la ilegalización del Partido Bolchevique, y no retornó a Rusia hasta octubre.

nadie levantó un dedo para defenderla, salvo los capitalistas y los generales blancos rusos, sus aliados imperialistas y, cómo no, Kautsky, Ebert y los líderes de la Segunda Internacional socialpatriota.

Para formar a los jóvenes cuadros, Lenin insistía que “la táctica debe basarse en una apreciación estricta y sobria de todas las fuerzas de clase (...) es muy fácil demostrar el temperamento revolucionario de una vez, simplemente lanzando insultos contra el oportunismo”. Lenin jamás perdía el sentido de la proporción: la propaganda y las consignas del partido de la revolución debían partir del estado concreto de la conciencia de la clase obrera y de su previsible evolución: “No debemos condenar lo que para nosotros es obsoleto como algo que es obsoleto para la clase”.

En Rusia, Alemania o cualquier país en revolución, pretender superar las ilusiones de las masas negándolas sólo puede conducir a la impotencia. Lo que se hacía prioritario era demostrar positivamente en la acción la corrección de las ideas revolucionarias, y eso se conseguiría a través de acontecimientos, de una intervención enérgica en ellos, y de la organización consciente. Si los espartaquistas hubieran adoptado una línea bolchevique, tendrían que haber puesto en su horizonte inmediato las mismas tareas que Lenin propuso a su llegada a Rusia, y que en el caso alemán se concretaban en: ninguna confianza en el gobierno del SPD); explicar pacientemente la línea proletaria y criticar la política de colaboración de clases; fortalecer los consejos de obreros y soldados como órganos de la revolución socialista, desarrollar la agitación y la propaganda en los sindicatos y la base del USPD e impulsar la lucha huelguística; participar activamente en la campaña electoral a la Asamblea Constituyente defendiendo el programa comunista; nada de impaciencia y aventuras ultraizquierdistas, ¡organizar, organizar y organizar!

Aunque las palabras de Rosa Luxemburgo conmovieron a muchos —el congreso de fundación del KPD tuvo momentos vibrantes—, los errores de cariz izquierdista no dejaron de sucederse. Las conclusiones respecto al modelo de organización partidaria fueron muy pobres. La estructura del recién fundado KPD siguió siendo igual de difusa que la de la vieja Liga Espartaquista, manteniéndose una abierta hostilidad a la centralización, precisamente en un momento revolucionario donde las decisiones tácticas debían ser ejecutadas con premura y disciplina.

Uno de los resultados más negativos del congreso, a sumar a los anteriores, lo constituyó el fracaso de las conversaciones para la fusión con los delegados revolucionarios, la vanguardia del proletariado berlinés. Estos militantes eran fundamentales para transformar el naciente KPD en una organización de masas, o por lo menos iniciar esa transformación. En los debates mantenidos, pronto surgieron escollos, principalmente cuando los delegados revolucionarios exigieron el abandono de la política de boicot por parte de la Liga, y que se renunciara a las acciones aventureras y *putschistas*, como la toma del *Vorwärts*. También solicitaron una comisión paritaria y representativa para elaborar el programa político de la nueva formación y que la misma metodología se extendiera para la redacción del periódico (*Die Rote Fahne*) y a todo lo que tuviera que ver con la elaboración de octavillas, panfletos, comunicados, etc.

Las condiciones eran perfectamente asumibles y habrían acercado a la flor y nata de la vanguardia proletaria al recién constituido Partido Comunista. Pero prevaleció la ceguera sectaria y ultimatista de muchos de los delegados del congreso, y todas esas proposiciones fueron rechazadas como si se tratase de una imposición inaceptable.

Pese a todo, la fundación del Partido Comunista de Alemania representó un acontecimiento de trascendencia histórica. Lenin saludó su constitución con entusiasmo, a pesar de desconocer los debates que habían tenido lugar, de las posturas enfrentadas y del tono ultraizquierdista de las conclusiones prácticas. En su *Carta a los obreros de Europa y América* afirmaría: “Cuando la Liga Spartakus alemana, conducida por estos jefes ilustres, conocidos en todo el mundo, estos fieles partidarios de la clase obrera, que son Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Clara Zetkin, Franz Mehring, rompió definitivamente cualquier lazo con los socialistas como Scheidemann, cuando la Liga Spartakus se llamó Partido Comunista de Alemania, entonces la fundación de la Tercera Internacional, la Internacional Comunista, verdaderamente proletaria, verdaderamente internacionalista, verdaderamente revolucionaria, se convirtió en un hecho. Formalmente, esta fundación no se ha realizado, pero, en realidad, la Tercera Internacional existe desde ahora”.

El entusiasmo de Lenin contrastaba con la actitud circunspecta y dubitativa de otros, mucho más cercanos a la experiencia. No es extraño que Leo Jogiches se reafirmara en que la fundación del KPD había

sido prematura. La opinión de Rosa Luxemburgo, reseñada por Paul Frölich, era más optimista: “opinaba que un niño recién nacido grita y en una carta enviada a Clara Zetkin que estaba muy preocupada [por el congreso], manifestaba la convicción de que el joven Partido terminaría encontrando su camino incluso a través de las equivocaciones, porque reunía a lo mejor del proletariado alemán”.²⁶⁹

Enero

Apelando a la ley, el orden y la seguridad, a una demagogia cínica que clamaba contra “una guerra civil entre hermanos”, los enemigos de la revolución de los consejos se movilizaron para ganar para su causa a los sectores de los trabajadores más atrasados o privilegiados (la aristocracia obrera que había sostenido a la socialdemocracia oficial), a la pequeña burguesía temerosa de las ciudades, a los mandos inferiores del ejército y a los soldados ligados a las áreas rurales, y a los campesinos medianos y acomodados.

Gritando históricamente contra los planes espartaquistas de imponer la “dictadura bolchevique”, la campaña de calumnias contra Rosa Luxemburgo y sus camaradas se desató por todos los medios imaginables. En pasquines, en diarios, en radios, en proclamas por todos los rincones de Alemania, un grito ensordecedor exigía la cabeza de los espartaquistas. “Bajo la impaciente mirada del gobierno socialdemócrata se colocaban carteles gigantescos pegados en la central de corrupción del régimen imperial, el Heimatdienst²⁷⁰: ‘¡Trabajador, ciudadano! La patria está a punto de caer. ¡Sálvala! No está amenazada desde fuera, sino desde dentro, por el grupo espartaquista ¡Mata a sus jefes! ¡Mata a Liebknecht! ¡Entonces tendrás paz, trabajo y pan! Fdo.: Los soldados del frente’”.²⁷¹ La oferta de difamación era muy amplia porque existía una demanda verdaderamente exigente.

A pesar de las carencias del recién fundado KPD y de los muchos rasgos ultraizquierdistas de su política, ni mucho menos estaba perdido todo para la revolución. Cuando el domingo 29 de diciembre

269. Frölich, p.398.

270. Grupo de extrema derecha exaltador del chovinismo alemán.

271. *Ibíd.*, p. 336.

fueron enterrados los marineros caídos en Berlín durante los choques armados del 24, un inmenso cortejo fúnebre les dio el último adiós. Miles de obreros, soldados y jóvenes venidos de los barrios humildes de la capital y de las fábricas portaban pancartas en las que se podía leer: “Acusamos a Ebert, Landsberg y Scheidemann de ser los asesinos de los marineros”, “¡A la violencia se le responde con más violencia!”, “¡Fuera los traidores!”.²⁷²

En el campo contrario, las fuerzas también estaban dispuestas. El SPD convocó una contramanifestación, mucho menos numerosa, eso es cierto, pero que ya perfilaba abiertamente la estrategia decidida. En el panfleto que los reformistas publicaron para dicha acción se leía: “Las correrías urbanas de Liebknecht y Rosa Luxemburgo ensucian la revolución y ponen en peligro todos sus logros. Las masas no pueden seguir contemplando impasibles como esos delincuentes y sus seguidores anulan la acción de las autoridades republicanas y como incitan cada vez más al pueblo a la guerra civil, estrangulando con sus sucias manos el derecho a la libre expresión de las opiniones. Quieren derribar todo lo que se atreve a enfrentárseles con mentira, calumnias y violencia. En su increíble desvergüenza, juegan a ser los señores de Berlín”.²⁷³

El aprendizaje de las semanas posteriores al 9 de noviembre iba disipando las ilusiones en el gobierno. Las tropas de la capital iban inclinándose hacia el lado de los revolucionarios, mientras la cadena de mando se descomponía progresivamente. Pero también había puntos muy débiles: las unidades militares que simpatizaban con los espartaquistas y los delegados revolucionarios no estaban vinculadas claramente entre ellas, carecían de un auténtico Estado Mayor, de planes militares concretos y tampoco poseían enlaces con los obreros de las fábricas. A diferencia de la Guardia Roja de Petrogrado y del trabajo incansable que los bolcheviques realizaron entre las tropas, ganando regimientos enteros, en Berlín la conexión entre los soldados revolucionarios era bastante precaria.

Destituir al gobierno, lograr neutralizar y desarmar a la camarilla militar y hacerse con el control de los centros neurálgicos del poder

272. Haffner, p. 140.

273. Citado en Frölich, p. 404.

económico y político exigía mucho más que los disparos esporádicos de grupos de trabajadores y soldados, por muy leales a la causa del socialismo que fueran. Los bolcheviques necesitaron de febrero a octubre para que los acontecimientos obraran en su favor, pero además disponían de un partido, de cuadros y de militantes que fueron conquistando una audiencia de masas en ese lapso de tiempo. En Alemania, las condiciones objetivas para el triunfo de la revolución socialista estaban madurando desde el 9 de noviembre. Pero en lo que se refiere al factor subjetivo, la calidad de la dirección revolucionaria era claramente insuficiente.

Se palpaba el desgaste de Ebert y su gobierno, ya sin la participación de ministros del USPD. Empezaba a ser más que evidente que la socialdemocracia gubernamental no podía controlar la situación sólo por medio de discursos y promesas; estaban desbordados y enfrentados en un grado cada vez mayor a las masas obreras de la capital. No quedaba otra alternativa que aumentar y fortalecer la alianza del SPD con el Estado Mayor. La hora de un golpe decisivo contra el Consejo Obrero de Berlín y los revolucionarios de la capital se fraguó en numerosos contactos y reuniones entre la cúpula del SPD, especialmente Ebert y Noske, y los generales alemanes.

El Estado Mayor se persuadió, y persuadió a Ebert, de que era urgente restaurar completamente el poder de la burguesía. El tiempo corría a favor de los revolucionarios, y concretamente de los partidarios de Rosa Luxemburgo, aunque estos no lo supiesen. Una vez aclarado y aceptado que la utilización de una violencia sin cuartel contra la revolución sería inevitable, la tarea más dura, armar al ejército de la contrarrevolución, recayó en un hombre que pasaría a la posteridad. Ese hombre fue el ministro socialdemócrata Gustav Noske, el “perro sangriento”, como se definió a sí mismo.

Cuando las fuerzas militares del gobierno fueron derrotados en Berlín por los marinos revolucionarios, los vientos de derrotismo que penetraron en los círculos del Estado Mayor fueron sofocados gracias a los que consiguieron mantener la calma. Entre los que no se arrugaron estaba el mayor von Schleicher, que consideró el revés del 24 como un episodio importante del que había que sacar las conclusiones necesarias. Él y sus colegas llegaron a la misma idea: había que levantar una fuerza armada fiable dispuesta a realizar una masacre. Esa fuerza serían los *Freikorps* (Cuerpo Franco de Cazadores Voluntarios),

reclutados entre los oficiales y suboficiales castrenses, la “juventud dorada” de la burguesía y el lumpen, que pronto contaría con ochenta mil miembros en Berlín. Para finales de diciembre, el gobierno del SPD y el Estado Mayor tramaron una estrategia de provocación para utilizar estos grupos paramilitares.

En todo proceso revolucionario siempre hay puntos de inflexión, momentos elegidos por los elementos más decididos y conscientes de la clase dominante para desatar la ofensiva. Y aunque en la mayoría de las ocasiones se sigue un plan meticuloso, no se pueden controlar todas las variables, incluida la tendencia que tienen estos sectores a considerarse infalibles estrategias y a minusvalorar la correlación real entre las fuerzas en lucha. En ocasiones cometen el error, muy común, de confundir el estado de ánimo de las masas con el confusionismo y el diletantismo de sus dirigentes. En Rusia, una situación de este tipo se produjo en agosto de 1917 con el intento de golpe de Estado de Kornílov. En la revolución española, con el levantamiento militar del 18 de julio de 1936. En ambos casos, el látigo de la contrarrevolución desató toda la furia de las masas y colocó a la burguesía ante un precipicio.

En Alemania también ocurrió algo parecido. A principios de enero de 1919, el gobierno de Ebert y sus secuaces de la cúpula militar eligieron, para iniciar las hostilidades, un objetivo especialmente sensible para los revolucionarios y los trabajadores berlineses: recuperar el control de la policía de la capital, cesando al jefe de la misma, Eichhorn, miembro de la izquierda del USPD. Para lograrlo no se reparó en medios. El *Vorwärts* fue utilizado como avanzadilla; a partir del 1 de enero, sus páginas se llenaron de difamaciones y calumnias contra Eichhorn, al que describían como un peligroso bolchevique que había recibido “oro ruso”, comprado ilegalmente armas y robado alimentos para preparar un golpe sangriento contra la legalidad y el gobierno. La campaña se coronó, tal como estaba previsto, con un decreto gubernamental que disponía su cese tres días después. Eichhorn y las organizaciones revolucionarias de Berlín rechazaron frontalmente esta decisión y llamaron a la lucha contra las intenciones del gobierno Ebert.

La vanguardia obrera se movilizó en las fábricas, las calles y los consejos, apoyando con resoluciones al exjefe de policía; pero la contrarrevolución no se quedó de brazos cruzados: preparó sus fuerzas

armadas y esperó. En aquellos momentos cruciales, Rosa Luxemburgo se mantenía reacia a ninguna respuesta insurreccional, pronunciándose a favor de llamar a la huelga general para utilizarla como plataforma propagandística contra el gobierno y como medio de atraer a las filas revolucionarias a la mayoría obrera de Berlín.

La disposición de los trabajadores —cada vez más posicionados contra Ebert— a dar una respuesta contundente se palpaba en el ambiente. El giro a la izquierda de las masas berlinesas crecía. El sábado 4 de enero, dos representantes del recién formado KPD —Pieck y Liebknecht—, junto con el presidente del USPD y representantes de los delegados revolucionarios, decidieron convocar para el día siguiente una gran manifestación de protesta.

“Un participante comunista dirá un año y medio más tarde: ‘El 4 de enero por la tarde, la Central del KPD deliberó sobre la situación creada por la medida tomada contra Eichhorn. Había completa unanimidad sobre la apreciación de la situación creada por ello. Todos los presentes pensaban que sería insensato lanzarse hacia el gobierno. Un gobierno sostenido por el proletariado no podría vivir más de dos semanas; en consecuencia, los miembros de la central eran unánimes en que se debían evitar todas las consignas tendentes al derrocamiento del gobierno actual. Nuestras consignas debían ser precisas en este sentido: anulación de la revocación de Eichhorn, desarme de las tropas contrarrevolucionarias (la guardia de Suppe, etc.), armamento del proletariado. Ninguna de estas consignas implicaba el derrocamiento del gobierno, ni siquiera la de armar al proletariado. En esta coyuntura, el gobierno también poseía aún en el seno del proletariado un partido con peso. Estábamos todos de acuerdo en que este mínimo en las consignas debía ser defendido con la mayor energía posible. Debía ser resultado necesario de un poderoso acto de voluntad revolucionaria. (...) En este sentido lanzamos nuestras consignas para la manifestación’.”²⁷⁴

Berlín asistió el domingo 5 de enero a la demostración proletaria más importante de su historia. Por la mañana, las masas empezaron a marchar desde los suburbios hacia el centro de la capital. A las dos de la tarde ya había cientos de miles de personas en todas las ar-

274. Citado en Broué, p. 279.

terias importantes: en la Siegesallee, en el Tiergarten, a lo largo de la avenida Unter den Linden, hasta la Alexanderplatz, donde se hallaba la jefatura de policía. Muchos trabajadores iban armados y con una aspiración: pasar a la acción y derrotar al gobierno.

“Por la tarde —escribe Haffner— la manifestación se había convertido en una acción armada. Su radio de acción principal se situó en el barrio de la prensa. Se ocuparon los locales de todos los periódicos (Scherl, Ullstein, Mosse y el *Vorwärts*), se pararon las máquinas y se mandó a casa a los redactores. Más adelante, otros grupos armados ocuparon las estaciones principales”. La situación había dado un giro brusco. La posibilidad de barrer a Ebert estaba al alcance de la mano. Heinrich Dorrenbach, el líder de la División de la Marina Popular, afirmó que “no únicamente la División de la Marina Popular, sino que también todos los demás regimientos de Berlín apoyaban a los dirigentes revolucionarios y estaban dispuestos a derrocar mediante las armas al gobierno Ebert-Scheidemann”.²⁷⁵ Pero esos líderes no supieron qué hacer en aquel momento, cómo dirigir aquella marea humana dispuesta a tomar el cielo por asalto.

Sobre el papel, se había elegido un Comité Revolucionario encargado de ofrecer las consignas y las tácticas para asegurar el triunfo frente a la provocación del gobierno; pero a la hora de la verdad se mostró completamente inoperante y falto de decisión en todos los aspectos. El domingo a la tarde se reunieron en la jefatura de policía ochenta y seis hombres, setenta delegados revolucionarios, diez dirigentes berlineses del USPD con el viejo George Ledebour al frente, dos representantes de los soldados y dos de los marineros, junto a Liebknecht y Pieck por los comunistas. Enzarzados en una discusión interminable, esos hombres permitieron que el día 5 transcurriera, para desesperación de cientos de miles de trabajadores, sin ninguna orientación precisa, sin consignas, sin objetivos.

El militante comunista citado por Pierre Broué en su libro describe la actitud de los líderes revolucionarios ante aquella demostración de fuerza: “Entonces se produjo lo increíble. Las masas estaban allí desde muy temprano, desde las nueve, con frío y con niebla. Y los jefes en algún lugar deliberaban. La niebla aumentaba y las ma-

275. Haffner, p. 143.

sas seguían esperando. Pero los jefes deliberaban. Llegó el mediodía y, además del frío, el hambre. Y los jefes deliberaban. Las masas deliraban de excitación, querían un acto, una orden que apaciguase su delirio. Nadie sabía el qué. Los jefes deliberaban. La niebla seguía aumentando y con ella llegaba el crepúsculo. Con tristeza, las masas regresaban a casa, habían querido algo grande y no habían hecho nada. Y los jefes deliberaban. Habían deliberado en el Marstall y después continuaron en la prefectura, y aún deliberaban. Fuera se mantenían los proletarios, sobre la Alexanderplatz vacía, el fusil en la mano, con sus ametralladoras pesadas y ligeras. Y dentro, los jefes deliberaban. En la prefectura, los cañones estaban apuntados, los marinos en todas partes, y en todas las habitaciones que daban al exterior un hormigueo de soldados, marinos y proletarios. Y en el interior, los jefes deliberaban y deliberaban. Esperaron toda la tarde, y esperaron toda la noche, y deliberaron. Y esperaban al día siguiente por la mañana cuando el día se presentaba gris, y aún deliberaban. Y los grupos volvían de nuevo a la Siegesalle y los jefes esperaban aún y deliberaban. Deliberaban, deliberaban, deliberaban”.²⁷⁶

El momento fue desaprovechado de mala manera, sin tomar ninguna iniciativa de trascendencia. El carnicero de la revolución, Gustav Noske, lo señaló en sus memorias de manera tajante: “si aquellas muchedumbres hubiesen tenido jefes resueltos, conscientes de sus objetivos, en lugar de estar dirigidos por charlatanes, se habrían adueñado de Berlín antes del mediodía”.

El apoyo de la parte mayoritaria de las masas obreras de Berlín a la izquierda revolucionaria era un hecho irrefutable. En cuestión de días, la balanza había oscilado dramáticamente, pero este cambio había que consolidarlo. Si los revolucionarios hubieran llamado en ese momento a la clase obrera de la capital a ocupar las fábricas, a transformar los consejos obreros en los órganos insurreccionales de la revolución, a realizar el armamento general del proletariado y confraternizar con la tropa, ese día, o en días posteriores, Berlín hubiese sido ganado a la revolución socialista, asestando un golpe decisivo a la reacción y creando las condiciones propicias para, en un espacio de tiempo no muy largo, extender la revolución proletaria al

276. Broué, p. 281.

conjunto del país. Pero una táctica de este tipo, para aplicarse con éxito, requería de la existencia previa de un auténtico Estado Mayor revolucionario, de un partido marxista como el Partido Bolchevique. Tal organización no existía todavía en Alemania.

Una vez desaprovechada la ocasión del 5 de enero, y ante la certeza de que el error cometido había sido demasiado evidente, el llamado Comité Revolucionario planteó “casi por unanimidad (...) intentar el derrocamiento del gobierno. Para ello designa un Comité Revolucionario de cincuenta y dos miembros encargado de dirigir el movimiento y de erigirse, si es necesario, en gobierno revolucionario provisional, esperando la reelección de los consejos y la reunión de un nuevo congreso. A su cabeza hay tres presidentes con iguales derechos, representando las tres tendencias aliadas, Ledebour, Liebknecht y Paul Scholze”.²⁷⁷

En lugar de sacar las conclusiones pertinentes de lo ocurrido el 5 de enero, los miembros del Comité Revolucionario volvieron a cometer los mismos fallos o peores. En realidad, desalojar al gobierno de la Cancillería mediante una acción armada no era tan difícil, lo difícil, o mejor dicho, lo absolutamente necesario para la revolución era ganar el apoyo mayoritario de las fábricas, organizar la guardia roja, crear un mando centralizado de todos los destacamentos militares de importancia que les apoyaban en la capital, desarmar a los oficiales reaccionarios y disolver los destacamentos bajo su control, en definitiva, un plan para ganar al proletariado alemán, de manera consciente, a la lucha por el poder, y tomar todas las medidas necesarias, políticas y organizativas, para extender la ofensiva al resto del país, sin cuyo apoyo el Berlín revolucionario no podría subsistir mucho tiempo. Pero los líderes revolucionarios volvieron a precipitarse al vacío, curiosamente con el impulso común de Ledebour y Liebknecht, anteriormente enfrentados.

El comité llamó a una nueva manifestación el lunes 6 de enero, pero no a una huelga general. Las masas berlinesas respondieron en un grado muy importante. Armadas y expectantes, esperaban recibir indicaciones precisas del comité. “Pero no ocurrió nada de nada. La dirección no se dejó ver. Algunos grupos aislados actuaron por su

277. *Ibíd.*, p. 283.

propia cuenta y ocuparon un par de edificios públicos, la oficina de telégrafos Wolffsche y la imprenta del Reich. Nadie se atrevió a llevar a cabo el ataque decisivo contra la Cancillería; y no llegaba ninguna orden. Frente a la Cancillería se habían agrupado algunos simpatizantes del gobierno armados, que el SPD había convocado por la mañana (...) Pasaban las horas. El día, que había amanecido con una bella luz de invierno, se nubló, hacía un frío húmedo y poco a poco fue oscureciendo. Y no llegaba ninguna orden. La gente se comió los bocadillos que había traído de casa y volvía a tener hambre, la eterna hambre de esos días de revolución. Después de comer, las masas se fueron dispersando lentamente. Por la tarde se habían esfumado. Y a la medianoche, el centro de Berlín estaba vacío”.

El Comité Revolucionario, a pesar de su nombre, volvió a demostrar que no sabía cómo actuar en aquellas circunstancias. Sabía hacer literatura, pero no dirigir el combate. “El Comité Revolucionario declaró que ‘se hacía cargo temporalmente de los asuntos del gobierno’. Pero en realidad no se hizo cargo nunca ni de los asuntos del gobierno ni de los de la revolución”.²⁷⁸ La frustración por lo sucedido el 5 de enero intentó ser reparada con una acción que reveló, más todavía, la inconsistencia política de los que estaban al frente del movimiento. La táctica improvisada olía a centrismo oportunista, pero Liebknecht, llevado como siempre por su pasión, la apoyó.

En esos momentos cruciales se hicieron visibles las posturas contradictorias de los principales líderes del KPD. Rádek, oculto en la clandestinidad, envió a los dirigentes del partido un mensaje desesperado, para que se abandonase cualquier acción ofensiva. Rosa Luxemburgo, que no apoyó la acción insurreccional, consideraba la retirada innecesaria y un error; una vez que los acontecimientos se habían precipitado. Por su parte, Leo Jogiches, quizá uno de los más lúcidos en esas jornadas, exigió la desautorización de Liebknecht y Pieck por su apoyo a lanzar la lucha por el poder. La desorientación en la dirección del KPD vino a sembrar aún más dificultades.

Paralelamente, los Freikorps se reagruparon en Brandeburgo. Noske y Ebert visitaron en la localidad de Zossen al recién formado Cuerpo Nacional de Cazadores, dirigidos por el general Maercker.

278. Ambas citas en Haffner, pp.144-145.

A los dirigentes socialdemócratas y a los mandos militares, la indecisión del Comité Revolucionario y la ausencia de dirección en los grupos armados que habían ocupado las imprentas y las redacciones de los periódicos les venían como anillo al dedo de cara a sus planes contrarrevolucionarios. Necesitaban excusas, y las encontraron.

Ebert preparó la ofensiva en dos líneas. Por un lado, Noske había sido nombrado comandante en jefe en una Cancillería medio sitiada. Como señaló él mismo: “Esto no me molesta, alguien tendrá que ser el perro sanguinario”. Una vez que, con no pocas dificultades, abandonó la sede del gobierno y Berlín, se situó en un suburbio al sur de la ciudad y estableció su cuartel general en un internado femenino. Elaboró los preparativos del asalto de los Freikorps a la capital mientras esta bullía por la huelga general y las manifestaciones armadas de los trabajadores revolucionarios. La otra actuación, paralela a la anterior, era la búsqueda de apoyos entre las tropas de Berlín y pasar al contraataque, mientras Ebert fingía una negociación con la pretensión de evitar el derramamiento de sangre “entre hermanos”.

Y así fue cómo, a partir de la noche del 6 de enero, se iniciaron las negociaciones entre los revolucionarios y la reacción. El gobierno, seguro de sus posiciones y de que los revolucionarios habían perdido la iniciativa, exigió la evacuación de todos los edificios ocupados como condición para cualquier acuerdo. El SPD movilizó sus fuerzas, convocando acciones y mítines frente a la cancillería, y sobre todo redoblando la campaña pública contra Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y el resto de los dirigentes comunistas, acusándolos de terroristas y de querer implantar la dictadura. El gobierno y sus aliados, confiados ya de tener el control de la situación, advirtieron que estaban dispuestos a combatir la “violencia con la violencia”. Detrás de ellos se situaban las fuerzas armadas de la contrarrevolución, los Freikorps.

El 9 de enero, tras la desertión de los jefes del USPD, los dirigentes del KPD y de los delegados revolucionarios anunciaron el fin de las negociaciones con el gobierno y, en una acción desesperada, llamaron a la huelga general y a las armas. “¡Adelante con la huelga general! ¡A las armas! Sí, la situación es clara. ¡Está en juego todo el porvenir de la clase obrera, de la revolución social! Públicamente los Scheidemann-Ebert llaman a sus partidarios y a los burgueses

a luchar contra los proletarios. ¡No hay elección! ¡Hay que combatir hasta el final! ¡Adelante con la huelga general! ¡Fuera, a la calle para el último combate, el de la victoria!”.²⁷⁹

Pero aquella apelación no contó con la adhesión de la mayoría de los trabajadores berlineses. Después de las oportunidades perdidas, después de comprobar la inconsistencia del llamado Comité Revolucionario, miles de trabajadores no veían claro batirse en una guerra civil para la que todavía no estaban preparados. En las grandes empresas de Berlín, ante la decisión del gobierno Ebert de recurrir a la represión abierta y la intervención militar, se abrieron paso las propuestas a favor de un alto el fuego y de reanudar la “unidad socialista”. El jueves 9 de enero se reunieron en Humoldthain cuarenta mil trabajadores de las fábricas AEG y Schwardkopff, que decidieron, al igual que el 10 de noviembre, “la unidad de los trabajadores de todas las tendencias”.

Karl Rádek, consciente del resultado desastroso de la táctica planteada por la dirección del KPD, intentó corregir el rumbo escribiendo las siguientes reflexiones, dirigidas a Rosa Luxemburgo: “En vuestro folleto sobre el programa *¿Qué quiere la Liga Espartaquista?* declaráis que no queréis tomar el poder si no tenéis detrás a la mayoría de la clase obrera. Hoy, las únicas organizaciones de masas que hay que considerar, los consejos de obreros y soldados, sólo tienen fuerza en el papel. En consecuencia, no los domina el partido de lucha, el partido comunista, sino los socialpatriotas o los independientes. En tal situación no hay que pensar en una eventual toma del poder por el proletariado. Si el gobierno cayese en vuestras manos, estaríais separados de las provincias y seríais barridos en algunas horas (...) En esta situación, la acción que decidieron el sábado los delegados revolucionarios, como una réplica al ataque del gobierno socialpatriota contra la prefectura de policía, sólo debería tener el carácter de una protesta. La vanguardia revolucionaria, exasperada por la política gubernamental, mal dirigida por los delegados revolucionarios, ha transformado el movimiento de protesta en una lucha por el poder. Esto permite a Ebert y Scheidemann dar el golpe al movimiento berlinés para debilitarlo por completo”.

279. Citado en Broué, p. 288.

Y continúa: “La única fuerza capaz de frenar e impedir el desastre sois vosotros: el KPD tiene suficiente perspicacia para saber que este es un combate sin esperanza; lo sabéis, los camaradas Levi y Duncker me lo han dicho (...). Nada puede impedir al más débil batirse en retirada frente a una fuerza superior. En julio de 1917, cuando éramos infinitamente más fuertes de lo que sois ahora vosotros, intentamos retener con todas nuestras fuerzas a las masas y, como no lo conseguimos, las condujimos con esfuerzos inauditos hacia la retirada, huyendo de una batalla sin esperanza”.²⁸⁰

Sus consejos no fueron escuchados. Según Broué, “en la discusión que prosigue en la central, Levi defiende el punto de vista de Rádek, Jogiches va más lejos y reclama una desaprobación pública de la acción de Liebknecht y Pieck en *Die Rote Fahne*. A pesar de que Rosa Luxemburgo comparte esta idea y de que, según Paul Levi, ella había dicho que ya no sería posible continuar trabajando con Liebknecht, esta desaprobación pública no se producirá. Simplemente, en nombre de la central del KPD, Wilhelm Pieck dirige el 10 de enero una carta a los delegados revolucionarios y al comité de acción anunciando la retirada de los representantes del KPD de este comité”.²⁸¹ Rosa Luxemburgo, en medio de duras discusiones con Liebknecht, perpleja y dolida, le pregunta: “Karl, ¿es este nuestro programa?”.²⁸²

Estaba bastante claro qué desaprobaba la dirección del KPD. Pero en cambio no resultaba tan fácil saber qué proponía, cuál era su táctica inmediata. *Die Rote Fahne* no publicó en sus páginas ninguna orientación en la línea de los consejos de Rádek. Al contrario, el 11 de enero se pudo leer en sus páginas: “El KPD naturalmente no participa en esta vergonzosa política [la retirada del USPD] y rechaza toda responsabilidad por la misma. Seguimos considerando nuestra obligación impulsar la revolución hacia delante (...) y advertir a las masas, con la más aguda crítica, de los peligros que representan la política de vacilaciones de los delegados revolucionarios y la política de atolladero del USPD”.²⁸³

280. *Ibid.*, p. 290.

281. *Ibid.*, p. 293.

282. Frölich, p. 408.

283. Citado en Nettl, p. 567.

El desenlace se produjo entre el jueves 9 y el domingo 12 de enero. Fue Ebert quien dio la orden de aplastar a los revolucionarios por la fuerza de las armas. La ofensiva se apoyó en una serie de unidades improvisadas y en las tropas comandadas por Noske: los soldados del cuartel Maikäfer, muy conservadores; el regimiento Reichstag, una nueva formación fiel a Ebert; el regimiento Reinhard, integrado por voluntarios de extrema derecha que se había constituido durante las navidades; y los batallones de Potsdam que bajo el mando del mayor von Stephani habían sido derrotados la tarde del 24 de diciembre.

Estas unidades fueron reconquistando, en el intervalo de esos días, los edificios gubernamentales ocupados por los revolucionarios, las estaciones de ferrocarril, la imprenta del Reich, y cercaron el edificio del *Vorwärts*. El gobierno estaba totalmente decidido a golpear y lo hizo sin vacilación, con toda la contundencia posible. El 11 de enero por la mañana, las tropas comandadas por von Stephani comenzaron a bombardear el *Vorwärts*, y aunque el primer asalto fue repelido, le siguió un segundo aún más terrible. Cuando los ocupantes mandaron una delegación para intentar negociar la rendición, cinco de ellos fueron retenidos, torturados y finalmente asesinados, mientras el sexto fue enviado de vuelta con la exigencia de una rendición incondicional. El edificio del *Vorwärts* fue asaltado y los trescientos hombres que lo defendían, hechos prisioneros.²⁸⁴

La resistencia de los militantes espartaquistas, batiéndose en las barricadas con heroísmo, no pudo frenar aquella avalancha armada de la contrarrevolución. La carnicería fue brutal, con centenares de muertos, muchos más heridos, detenidos y torturados salvajemente en los cuarteles.

Rosa Luxemburgo juzgó la resistencia una cuestión de honor. Aunque sus intenciones eran nobles, su postura no era la más indicada para enderezar una situación realmente adversa. De todas formas, la disyuntiva era hartamente compleja. Una retirada ordenada,

284. "El mayor von Stephani llamó a la Cancillería y preguntó qué debía hacer con todos los presos. Según su relato, recibió la siguiente respuesta: '¡Fusiladlos a todos!'. El mayor se negó a ello; era un oficial de la vieja escuela. A pesar de ello, siete de los presos fueron fusilados, la gran mayoría recibieron terribles golpes con la culata de los fusiles". Haffner, p. 146.

tal como demandaba Rádek, era la mejor opción, la única que permitiría el reagrupamiento revolucionario y evitar que las bajas fueran importantes, dadas las condiciones a todas luces adversas. Pero las presiones en sentido opuesto también eran muy fuertes. Clara Zetkin realizó una evaluación posterior para explicar la postura de Rosa:

“Por importantes y esperanzadores que fuesen los acontecimientos, Rosa Luxemburgo no los veía desde la perspectiva de la torre del Ayuntamiento de Berlín. Los percibía en sus relaciones con la situación general y especialmente en relación al nivel de conciencia política de amplios sectores de la población. Según esto, el derrocamiento del gobierno Ebert podía ser una consigna propagandística representativa del conjunto de los proletarios revolucionarios, pero no el objeto palpable de las luchas revolucionarias. Bajo las circunstancias del momento, que principalmente se limitaban a Berlín, esto hubiera llevado en el mejor de los casos a una Comuna berlinesa que, por añadidura, hubiera adoptado un formato histórico más reducido. El único objetivo de la lucha debía ser el enérgico rechazo del golpe de la contrarrevolución. Esto es, la restauración de Eichhorn en su cargo, el distanciamiento de las tropas que venían a derrotar sangrientamente al proletariado berlinés, el armamento de los trabajadores y la transferencia del mando militar a una representación político-revolucionaria de los proletarios. Estos objetivos había que alcanzarlos a través de la acción, no podían ser objeto de una negociación.

“Al joven Partido Comunista dirigido por Rosa Luxemburgo se le planteó a raíz de esta situación una tarea difícil y cuajada de conflictos. No podía hacer suyo el objetivo de la acción de masas —el derrocamiento del gobierno—, tenía que rechazarlo, pero al mismo tiempo no podía desligarse de las masas que habían emprendido la lucha. A pesar de las contradicciones, tenía que permanecer con las masas, entre las masas, para fortalecerlas en su lucha con la contrarrevolución y fomentar durante la acción su madurez revolucionaria llevando a su conciencia los requisitos de su avance”.²⁸⁵

285. Citado en Frölich, p. 409.

LOS ASESINATOS DE ROSA LUXEMBURGO Y KARL LIEBKNECHT

Tras el levantamiento de noviembre, la contrarrevolución había sacado conclusiones. No sólo había que golpear con fuerza a los revolucionarios, a sus destacamentos de vanguardia y combate. Había que asesinar a sus máximos dirigentes, especialmente a los más resueltos, a los más capaces y, por tanto, a los más peligrosos para la burguesía y sus lacayos socialdemócratas.

“Se puede comprobar fehacientemente —escribe Haffner— que el asesinato de Liebknecht y Luxemburgo se planeó, como muy tarde, a principios de diciembre y se ejecutó de forma sistemática (...) El entonces adjunto de Wels, un tal Anton Fischer, declaró por escrito en 1920 que en noviembre y diciembre de 1918 la política de su departamento había consistido en ‘seguir el rastro noche y día’ a Liebknecht y a Rosa Luxemburgo ‘y cazarlos para que no pudieran llevar a cabo ninguna actividad de agitación ni organizativa’. Ya la noche del 9 al 10 de diciembre, los soldados del 2º Regimiento de la Guardia entraron en la redacción de *Die Rote Fahne* —más adelante lo reconocieron— con la intención de asesinar a Liebknecht. En el proceso sobre este suceso, media docena de testigos declararon que entonces Scheidemann y George Sklarz, un amigo suyo, que se había hecho millonario durante la guerra, habían puesto precio a la cabeza de Liebknecht y Luxemburgo: 50.000 marcos por cada una”.²⁸⁶

El boletín informativo de los Freikorps del 13 de enero de 1919 decía: “Aumentan las sospechas de que el gobierno podría relajarse en su persecución contra los espartaquistas. Como se asegura en un comunicado oficial, nadie va a conformarse con lo alcanzado hasta ahora, hay que proceder también contra los líderes del movimiento con toda la energía. El pueblo berlinés no debe creer que los que se han librado hasta ahora disfrutarán en otra parte de una existencia tranquila. En los próximos días se demostrará que también con ellos se actuará con dureza”. El mismo día que se publicaron estas líneas, en el *Vorwärts* aparecía un poema firmado por Arthur Zickler:

286. Haffner, p. 159.

*Muchos cientos de cadáveres en fila
¡Proletarios!
Karl, Rosa, Rádek
y sus compinches
¡no estaban allí, no estaban allí!
¡Proletarios!*

Haffner señala que “unos días antes, en el Luisenstift de Dahlem, Gustav Noske, comandante en jefe de Ebert durante la guerra civil, le ordenó personalmente al entonces teniente Friedrich Wilhelm von Oertzen, tal y como éste declaró posteriormente por escrito, mantener bajo continuo control la línea telefónica de Liebknecht e informar al capitán Pabst, de la División de Fusileros Montados de la Guardia, de todos sus movimientos, día a día y hora a hora. Esta orden permitió la detención de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo. Pabst dirigía el comando asesino”.

Tras el asalto contra los espartaquistas, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht intentaron ocultarse, pero el KPD había preparado muy insuficientemente las medidas de seguridad para proteger a sus dirigentes. También en este aspecto contrastaban con la actitud de los bolcheviques ante la furiosa represión desatada contra ellos tras las jornadas de Julio. La vasta experiencia del partido en el trabajo ilegal y su preparación contra la represión permitieron a Lenin pasar a la clandestinidad, como la mayoría de los cuadros que no habían sido detenidos, y restablecer en poco tiempo toda la operatividad del aparato bolchevique.

Las medidas de protección para Luxemburgo y Liebknecht eran escasas y su situación, muy vulnerable. Rosa redactó sus últimos artículos en casa de un médico amigo, y cuando el cerco de sus perseguidores se estrechó aún más, se refugió en la vivienda de una familia proletaria del barrio de Neukölln. Allí se encontró con Liebknecht el domingo 12 de enero, pero dos días más tarde, el 14, huyeron cuando una llamada telefónica les hizo temer ser descubiertos. Se marcharon a Wilmersdorf, en el número 53 de la Mannheimer Strasse, cerca de la Fehrbelliner Platz, a la casa de los Markussoln.²⁸⁷

287. *Ibíd.*, pp. 160-162.

Fue en esa vivienda donde redactaron sus últimos artículos para *Die Rote Fahne*, que se convertirían en sus últimas palabras y, en cierta medida, en sus testamentos políticos.²⁸⁸

Y también fue en esa casa donde fueron detenidos el día 15, junto a Wilhelm Pieck, que les llevaba documentación falsa. Un pelotón de soldados les condujo al Hotel Eden, donde la División de Fusileros Montados de la Guardia había establecido su cuartel general. Los insultos y los golpes empezaron muy pronto. Liebknecht recibió varios culatazos que le causaron dos grandes brechas sangrantes en la cabeza. Inmediatamente fueron trasladados a una habitación del primer piso, donde el capitán Pabst les interrogó para confirmar su identidad. Más tarde fueron arrastrados escaleras abajo y golpeados con saña. Su muerte ya estaba decidida.

Mientras eran atormentados por la chusma en uniforme, el capitán Pabst redactaba un informe que sería publicado al día siguiente, según el cual Liebknecht “murió de un disparo cuando se le trasladaba a la prisión preventiva de Moabit, al intentar fugarse”; en el caso de Rosa, una “turba indignada la sacó del automóvil y se hizo con ella a pesar de la resistencia de la guardia”. Pero la realidad fue muy diferente. Rosa y Karl, una vez fueron sacados del hotel, recibieron los culatazos del soldado Runge; aturcidos y sangrando, fueron arrastrados con extrema violencia hacia los coches que estaban preparados.

El grupo de asesinos de Liebknecht estaba dirigido por el teniente capitán von Pflugk-Harttung, y el de Rosa, por un tal teniente Vogel. Después de un breve trayecto, Liebknecht fue obligado a bajar del coche y ejecutado de un disparo en la nuca a orillas del Neuen See, un lago del parque Tiergarten; su cuerpo fue trasladado en el mismo coche a la morgue y entregado como el cadáver de un desconocido. Rosa fue asesinada inmediatamente después de salir del Hotel Eden: recibió un disparo en la sien dentro del coche que la trasladaba y su cadáver fue arrojado desde el puente Liechtenstein al canal Landwehr.

A la mañana del día siguiente, el *Vorwärts* fue el único periódico que anunció la detención de los dos dirigentes comunistas, felicitándose por la “generosidad de los vencedores, que han sabido defender el orden, la vida humana y el derecho contra la fuerza”. Horas más

288. Ver Apéndice.

tarde ya se conocía la muerte de ambos. Noske, Scheidemann y Ebert se mostraban satisfechos. El 17, a través de una declaración en el *Vorwärts*, Scheidemann justificó el asesinato subiendo una nota su tono patrioter: “Han sido víctimas de su propia táctica sangrienta de terror. En el caso de la señora Luxemburgo, una rusa de mucho talento, me parece comprensible su fanatismo, pero no en el caso de Karl Liebknecht, el hijo de Wilhelm Liebknecht, a quien todos nosotros admirábamos (...) Hacía mucho que Liebknecht y la señora Luxemburgo habían dejado de ser socialdemócratas, porque para los socialdemócratas las leyes de la democracia contra las que ellos se alzaron son sagradas. Ese alzamiento (...) es la causa por la que debíamos y debemos combatirlos”.²⁸⁹

La posterior farsa judicial contra los asesinos, dirigida por un tribunal formado por militares de su misma división, confirmó las razones de este crimen de Estado contrarrevolucionario: prácticamente todos los acusados fueron absueltos. En 1962, el capitán Pabst, protegido por la prescripción del delito, confesó que no actuaron como simples cumplidores de órdenes, sino que eran voluntarios y muy conscientes de sus actos.

Aunque también detenido la noche de 14 de enero, Jogiches logró escapar de sus captores, que no lo habían reconocido. Dos días más tarde se reunió con Rádek y al día siguiente, 17 de enero, el delegado bolchevique le preguntó si no tenía pensado desplazarse hacia el sur del Alemania para refugiarse de la represión; pero Jogiches le respondió con una sonrisa: “Alguien tiene que quedarse, por lo menos para escribir todos nuestros epitafios”.²⁹⁰ Él se encargó de luchar porque la verdad saliera a la luz, lo que lo condujo a una muerte segura. El 12 de febrero publicó un artículo en *Die Rote Fahne* denunciando la conspiración y a los que ejecutaron las órdenes, poniendo nombre a los culpables de los asesinatos y a las autoridades, por encubrir los hechos en lugar de revelarlos. Ese fue el último servicio que Leo realizó a Rosa.

Leo Jogiches no vivió mucho más. Después de tres meses de trabajo incansable, manteniendo la organización del KPD, poniendo a salvo los escritos de Rosa y consiguiendo información preciosa para

289. Citado en Seidemann, p. 148.

290. Del diario de Rádek. Citado en Nettl, p. 579.

identificar a sus asesinos y a los de Liebknecht, fue detenido el 10 de marzo, y esta vez sí fue identificado. En la tristemente famosa comisaría de la Alexanderplatz, donde Rosa Luxemburgo había estado recluida en una celda de castigo y años después los carceleros nazis torturarían a los militantes clandestinos, Leo Jogiches, después de ser torturado, recibió un tiro a sangre fría en la cabeza. Otro detenido lo contó: “Para Leo Jogiches comenzó entonces un terrible martirio. Lo apartaron de nosotros, y primero tuvo que quedarse junto a una ventana. Después lo llamaron a la habitación de los oficiales, donde lo golpearon sin piedad: desde fuera se oía cómo lo torturaban, y luego vimos cómo lo sacaban de allí a empujones. En la sala de guardia, oímos un disparo de revolver que provenía del pasillo”.²⁹¹

El cadáver de Leo, con el rostro completamente desfigurado, fue entregado a Mathilde Jacob, la incansable compañera y secretaria de Rosa Luxemburgo. Pocas personas fueron a su funeral en aquellas horas de triunfo completo del terror blanco.

El 25 de enero de 1919, antes de la muerte de Jogiches, se organizó el entierro de treinta y dos comunistas muertos en los combates de ese mes. Junto a la tumba de Karl Liebknecht se colocó un ataúd vacío. Meses más tarde, exactamente el 31 de mayo, el cadáver de Rosa Luxemburgo fue recuperado de las esclusas del canal adonde había sido arrojado por la soldadesca que la asesinó. Mathilde Jacob reconoció a la muerta, su medallón, su vestido, los guantes que llevaba. Le entregaron sus restos después de pagar una tasa de tres marcos. El 13 de junio reposaría al lado de su camarada Karl Liebknecht, en el ataúd que habían dejado esperando junto al suyo. El funeral de Rosa se transformó en una manifestación masiva; decenas de miles de trabajadores, de obreras, la juventud proletaria de Berlín, dieron su último adiós a la revolucionaria polaca, alemana, rusa, a la internacionalista inmortal, portando seiscientas coronas de flores. El 13 de junio de 1926, el KPD descubrió un monolito conmemorativo en el lugar donde reposaban los fundadores del comunismo alemán, que sería destruido por los nazis años después.

El asesinato de Karl, Rosa y Jogiches trazó una frontera de sangre entre la socialdemocracia y el comunismo. A partir de este triple

291. Citado en Seidemann, p. 150.

asesinato, los lugartenientes de los capitalistas en las filas obreras, junto a los oficiales monárquicos y las bandas armadas de los Freikorps, se lanzaron a destruir por toda Alemania el poder de los consejos.

TERROR BLANCO

Ensangrentada la revolución, pudieron celebrarse las elecciones a la Asamblea Constituyente el 19 de enero de 1919. Los resultados restablecieron la antigua mayoría parlamentaria: el SPD obtuvo el 19%; el *Zentrum*, el 19% y el Partido Democrático Alemán, el 18%. Desde ese momento, en el horizonte de Ebert y de Noske solo existía una idea: acabar definitivamente con todos los órganos creados por la revolución de noviembre, es decir, con los consejos de obreros y soldados, aunque estuviesen en manos de su propio partido.

La idea de mantener un segundo más una situación formal de doble poder estaba fuera de lugar. El régimen capitalista y su institucionalidad burguesa debían restablecerse plenamente, pero a nadie se le pasaba por la cabeza, y menos que a nadie a Ebert, a Noske y a los oficiales y burgueses que se escondían detrás de ellos, que las elecciones a la Asamblea Constituyente alejarían por sí mismas el espectro de la revolución. La guerra continuaba.

Haffner lo explica en estos términos: “Los consejos de soldados seguían reclamando la potestad disciplinaria en el ejército y los consejos de trabajadores seguían sintiéndose la autoridad decisiva en virtud del derecho revolucionario (...) Noske fue quien lo expresó con mayor claridad. El 21 de enero declaró en una reunión del gabinete: ‘El gobierno mantendrá la autoridad mientras disponga de un factor de poder. En el transcurso de una semana se ha logrado reunir un ejército de veintidós mil hombres. En consecuencia, la relación del gobierno con los consejos de soldados ha subido ligeramente de tono. Antes, los consejos de soldados eran el elemento de poder; ahora somos nosotros ese elemento de poder’. Y el mismo día, Noske amenazó a los delegados del consejo de soldados del 7º Cuerpo del ejército, en Münster, que protestaban contra el restablecimiento de las insignias de rango y el reclutamiento de los Freikorps: ‘No tenéis nada claras cuáles son vuestras funciones como

consejo de soldados, ya os enseñaremos nosotros en los próximos días cuáles son. ¡Entonces todo cambiará! ¡Al gobierno no le gustan vuestras disposiciones e intervendrá como ya lo ha hecho en otros lugares!'. Las últimas palabras aluden a los hechos de enero en Berlín y al asesinato de Liebknecht y Rosa Luxemburgo".²⁹²

Lo mismo afirmaba el general Maercker, brazo militar de Noske: "En la lucha del gobierno del Reich contra los extremistas de izquierda se trataba únicamente de hacer saber quién mantenía el poder político. Las tropas se emplearon con esta finalidad puramente política: como instrumentos de poder para la consolidación de la política interna. Pero la fragilidad del gobierno no permitía decirlo abiertamente. Temía manifestar sus verdaderas inclinaciones y declarar que las tropas de voluntarios servían para eliminar el poder de los consejos allí donde aún tuvieran alguno. El gobierno evitaba reconocerlo poniendo cuestiones militares como motivos de los ataques".²⁹³

De enero a mayo de 1919, y en algunas zonas hasta bien entrado el verano, las fuerzas de la contrarrevolución, integradas por socialdemócratas de derechas, militares reaccionarios, militantes de partidos burgueses y futuros miembros de los cuerpos de choque nazi, se lanzaron a una cruenta campaña de represión para liquidar por la violencia a los trabajadores revolucionarios y a sus dirigentes. Miles de proletarios, especialmente jóvenes obreros, fueron víctimas de un terror brutal, que presagiaba los años horribles del nazismo. Sobre esta guerra de clases, y no sobre las leyes de la "democracia", se fundó la República de Weimar.

Las tropas contrarrevolucionarias, bien armadas por el gobierno, superaban a las fuerzas combatientes de los consejos obreros locales, reunidas a toda prisa y equipadas con armamento ligero. Las masacres fueron horribles. Desde Berlín, escenario de la represión encabezada por Ebert, Noske y los Freikorps, se extendieron por toda Alemania: en Bremen, a principios de febrero; en la cuenca del Ruhr a mediados de ese mismo mes y a finales en Turingia y la Alemania central, para volver de nuevo a Berlín en marzo; en abril, en

292. Haffner, p. 172.

293. *Ibíd.*, p. 173.

Baviera; en mayo, en Sajonia... Las bajas fueron muy importantes, pero lo peor comenzaba tras el cese de los combates: consejos de guerra, fusilamientos en masa, palizas, torturas y encarcelamiento. “Se produjeron entonces en muchas ciudades alemanas hechos terribles de los que ni un solo libro de historia habla (...) La guerra civil alemana, como cualquier guerra civil, fue una guerra de clases. Pero lo curioso es que fuera un gobierno socialdemócrata el que emprendiese la guerra contra la clase obrera”.²⁹⁴

En Berlín, el propio Noske aseguró que en el mes de marzo fueron más de 1.200 los asesinados, entre trabajadores revolucionarios y marinos. El “carnicero” de la revolución había dado órdenes concretas de cómo actuar: “Cualquier persona sorprendida con armas en la mano contra las tropas gubernamentales debe ser inmediatamente fusilada”. El coronel Reinhard llevó las órdenes hasta sus últimas consecuencias: “Además, se hará salir a la calle a los habitantes de las casas desde las que se haya disparado a las tropas, no importa que proclamen o no su inocencia, y en su ausencia se registrarán las casas en busca de armas; los elementos sospechosos en cuyas casas se encuentren efectivamente armas, deben ser fusilados”.²⁹⁵

A esas alturas ya se habían organizado, según Noske, sesenta y ocho grupos de los Freikorps, con un total de cuatrocientos mil hombres. En esos meses de 1919, la burguesía alemana realizó su primer ejercicio amplio de terror contrarrevolucionario, que años después sistematizaría en el holocausto nazi. No es extraño que las ideas que moldearon a las futuras SA y SS maduraran en el seno de los Freikorps durante aquellas masacres, que hasta hoy sigue sin ser reconocida en la historia oficial de Alemania.²⁹⁶

294. *Ibid.*, pp. 176-177.

295. *Ibid.*, p. 177.

296. “Lo que ellos [los Freikorps] querían, lo que anhelaban, aquello por lo que luchaban e incluso mataban, era algo distinto a la monarquía, algo que sólo un hombre pondría luego en palabras, un hombre que en ese momento actuaba aún como oscuro informador de la Reichswehr [Ejército] bávara en Múnich. Su espíritu, el espíritu de los futuros campos de concentración y de los comandos de exterminio ya planeaba en 1919, aunque no claramente expresado, sobre las tropas de la contrarrevolución a las que Ebert había hecho venir y que Noske capitaneaba. La revolución de 1918 había sido bondadosa; la contrarrevolución fue brutal” (*Ibid.*, p. 176).

ENSEÑANZAS DE UNA DERROTA

La revolución alemana se prolongaría, con flujos y reflujos, desde las jornadas heroicas de noviembre de 1918 hasta la llegada de Hitler a la Cancillería en 1933, que coronó el definitivo triunfo de la contrarrevolución burguesa. En ese intervalo, se sucedieron la proclamación de la República de Weimar, golpes de Estado como el del general Kapp en marzo de 1920 y la huelga general revolucionaria que lo derrotó; la insurrección comunista de Hamburgo en 1921; la ocupación del Ruhr por las tropas francesas en enero de 1923 y la situación revolucionaria de aquel año; el ascenso del nazismo, la estalinización de la Internacional Comunista y del KPD, los gobiernos bonapartistas...

Nuestra simpatía y solidaridad militante con Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y todos los militantes revolucionarios alemanes es completa. Su ejemplo de lealtad a la causa del socialismo ha quedado grabado en las páginas heroicas de la historia. La Liga Espartaquista constituyó el mejor destacamento del proletariado alemán y sus dirigentes fueron revolucionarios íntegros, entregados e irreducibles.

Como reacción extrema al aparato burocrático del SPD, que actuaba de correa de transmisión de los intereses de la burguesía en las filas de los trabajadores, los dirigentes de la Liga Espartaquista, grandes teóricos, grandes agitadores y grandes líderes de masas, mantuvieron una visión confusa del papel del partido en la revolución. Ese fue su talón de Aquiles. “La doctrina marxista y el programa comunista —señaló Trotsky— no pueden remontarse encima del caos, como el Espíritu Santo, ni estar enterrados en el cerebro de algunos profetas. Necesitan un cuerpo, es decir, la organización de la vanguardia obrera”.²⁹⁷

El Partido Bolchevique y los obreros que en él militaban fueron educados en mil y una batallas, en períodos de ascenso revolucionario y de reflujo tras dolorosas derrotas; en tiempos de reacción, donde se trataba de resistir la ofensiva ideológica de clases enemigas, o en tiempos de revolución, en los que también había que prevenirse

297. Trotsky: *Argumentos y refutaciones*, 8/6/1934.

contra tácticas aventureras o ultraizquierdistas. Militantes acostumbrados a opinar, a decidir, a pensar por sí mismos, a confiar solamente en sus propias fuerzas y en las de la clase obrera, pero también disciplinados y conscientes del valor de la organización para el triunfo de la revolución socialista.

Por supuesto que los dirigentes son necesarios e imprescindibles. Pero nada puede sustituir el papel de la clase obrera organizada. La victoria revolucionaria es una tarea estratégica, por eso, en los momentos cruciales, la existencia o no del partido revolucionario, su influencia, su capacidad, su calidad política, el nivel de sus cuadros, determinan la diferencia entre el mayor de los triunfos o el mayor de los fracasos. Esa es la lección de todas las revoluciones sociales profundas.

Quizás por eso, al calor de los acontecimientos, y vislumbrando el resultado de la lucha, Rosa Luxemburgo vuelve a reflexionar, en la semana crítica de enero de 1919, sobre el papel del partido: “La ausencia de dirección, la inexistencia de un centro encargado de organizar a la clase obrera berlinesa deben terminar. Si la causa de la revolución debe progresar, si la victoria del proletariado y el socialismo deben ser algo más que un sueño, los obreros revolucionarios deben construir organismos dirigentes para conducir y utilizar la energía combativa de las masas”.²⁹⁸

Esta era la voz de Rosa Luxemburgo: ¡“organismos dirigentes”!; sí, la revolucionaria germano-polaca no tenía miedo a pronunciar esas palabras, en demandar un Estado Mayor, un partido revolucionario capaz de dirigir a las masas. ¿En qué difería, pues, de la opinión de Lenin en este asunto tan fundamental?

Haciendo balance de los combates de enero, Rosa Luxemburgo realizó una amplia recapitulación:

“¿Podía esperarse una victoria definitiva del proletariado revolucionario, podía esperarse la caída de los Ebert-Scheidemann y la instauración de la dictadura socialista? Ciertamente no, si tenemos debidamente en cuenta todos los factores que determinan la cuestión. En este momento, el punto débil de la causa revolucionaria es la inmadurez política de las masas de soldados, que todavía pueden ser

298. *Die Rote Fahne*, 11/1/1919.

manipulados, con objetivos contrarrevolucionarios, por sus oficiales. Este mero hecho demuestra que, en esta coyuntura, no se podía esperar una victoria *duradera*. Por otro lado, la inmadurez de los soldados no es más que un síntoma de la inmadurez general de la revolución alemana.

“El campo, de donde proceden una gran parte de los soldados, apenas está tocado por la revolución. En la práctica, Berlín permanece hasta ahora aislado del resto del Imperio. Los centros revolucionarios en las provincias (en especial Renania, la costa norte, Brunswick, Sajonia y Wurtemberg) están en cuerpo y alma con el proletariado berlinés. Pero, por el momento, todavía no marchan hombro con hombro, todavía falta una coordinación directa en la acción, la cual haría incomparablemente más efectiva la ofensiva y la voluntad de lucha de los obreros de Berlín. Además, la lucha económica —que es la fuente volcánica que alimenta el conflicto entre las clases— está solamente en su fase inicial, lo cual tiene mucho que ver con las insuficiencias políticas de la revolución”.²⁹⁹

La *Semana Espartaquista*, el nombre con el que pasó a la historia el levantamiento obrero de Berlín de enero de 1919, tuvo su precedente más inmediato en las jornadas de Julio de 1917 en Petrogrado. La vanguardia revolucionaria de Berlín, arrastrando ya a sectores muy amplios de los trabajadores, caminaba por delante del conjunto de las masas de Alemania, sobre todo de los campesinos, presionaba al KPD para que pasase a la acción en un momento en que las condiciones para hacerse con el poder todavía no habían terminado de cristalizar.

León Trotsky hizo balance de la insurrección espartaquista y del papel de los bolcheviques en julio de 1917: “A finales de febrero de 1917 (según el antiguo calendario), el pueblo ruso había derrocado la autocracia y, durante las primeras semanas, parecía que se había conseguido ya lo esencial. Los hombres de nuevo temple que surgieron de los otros partidos —partidos que no habían tenido un papel preponderante entre nosotros— gozaron en un primer momento de la confianza, o mejor semiconfianza, de las masas obreras. Petrogrado, como era preciso, se encontraba a la cabeza del movimiento.

299. Luxemburgo: *El orden reina en Berlín* (ver Apéndice).

Tanto en febrero como en julio constituía la vanguardia que llamaba a los obreros a una guerra declarada contra el gobierno burgués, contra los partidarios de la Entente. Esta vanguardia fue la que llevó a cabo las grandes maniobras de reconocimiento.

“Y precisamente durante las jornadas de Julio, chocó directamente con el gobierno de Kerensky. No se trataba aún de la revolución, tal y como la realizamos en octubre: fue una experiencia cuyo sentido no estaba todavía claro para las masas obreras. Los trabajadores de Petrogrado se limitaron a declarar la guerra a Kerensky. Pero en el choque que se produjo pudieron convencerse y probar a las masas obreras del mundo entero que Kerensky no estaba apoyado por ninguna fuerza revolucionaria real y que su partido estaba formado por la burguesía, la guardia blanca y la contrarrevolución.

“Recordaréis que las jornadas de Julio terminaron para nosotros con una derrota en el sentido formal del término: los camaradas Lenin y Zinóviev se vieron obligados a esconderse; muchos de los nuestros fueron encarcelados; nuestros diarios, cerrados; el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados, reducido a la impotencia; las imprentas obreras, saqueadas; los locales de las organizaciones obreras, clausurados; las bandas reaccionarias lo invadieron todo, lo destruyeron todo.

“En 1917 en Petrogrado pasó exactamente lo mismo que en 1919 en las calles de Berlín. Pero nosotros no dudamos ni por un instante de que las jornadas de Julio eran el preludio de nuestra victoria. Durante las mismas pudimos evaluar el número y la composición de las fuerzas enemigas; pusieron en evidencia que el gobierno de Kerensky y Tsereteli estaba al servicio de los capitalistas y de los grandes propietarios contrarrevolucionarios.

“Análogos acontecimientos tuvieron lugar en Berlín. En Berlín, como en Petrogrado, el movimiento revolucionario iba por delante de las masas obreras atrasadas. Igual que en Rusia, los enemigos de la clase obrera gritaban: “¡No podemos someternos a la voluntad de Berlín; Berlín está aislado; es preciso reunir una Asamblea Constituyente y llevarla a una ciudad de provincias con tradiciones más sanas! ¡Berlín está pervertido por la propaganda de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo!”. Todo lo que sucedió en Rusia, todas las calumnias y toda la propaganda contrarrevolucionaria que soportamos allí, todo ha sido traducido al alemán y propagado aquí por

Scheidemann y Ebert contra el proletariado alemán y contra los dirigentes del Partido Comunista, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Ciertamente es que toda esta campaña ha revestido en Alemania unas proporciones mayores que en Rusia, pero ello se debe a que los alemanes repiten unos acontecimientos que ya tuvieron lugar en nuestro país; además, los antagonismos de clase están mucho más nítidamente marcados en Alemania”.³⁰⁰

La experiencia y la educación de la dirección bolchevique, en la que Lenin desempeñó un papel fundamental, permitió a los marxistas rusos reconducir la situación y, aunque la represión posterior a la derrota de julio les golpeó con dureza, su actitud hizo aumentar su prestigio y su influencia entre las masas de Petrogrado. Cuatro meses después, habiendo ganado el apoyo en la inmensa mayoría de los sóviets de toda Rusia, con el respaldo consciente de las masas de la clase obrera y el campesinado, los bolcheviques estaban en el poder.

Un sector de la dirección espartaquista se dejó arrastrar por las presiones de los elementos más impacientes, más inexpertos, para lanzar una insurrección armada cuando las condiciones todavía no estaban plenamente maduras. Es verdad que en aquella hora se necesitaba de mucha sobriedad y tino para reconocer la realidad. “Ante la descarada provocación del gobierno Ebert-Scheidemann —escribiría Rosa—, los obreros revolucionarios se vieron *obligados* a tomar las armas. Para la revolución era una *cuestión de honor* responder inmediatamente y con todas sus fuerzas al ataque porque lo contrario habría alentado a la contrarrevolución a dar pasos adelante y habría conmocionado las filas revolucionarias y disminuido el crédito moral de la revolución alemana en el seno de la Internacional”.³⁰¹

Los acontecimientos de enero demostraron que Rosa estaba equivocada. Pero su error, el error que Rosa y sus camaradas cometieron, fue propio de revolucionarios. Ellos fueron los últimos en abandonar el campo de batalla.

La perspectiva de una revolución alemana victoriosa, que auxiliara a las fuerzas extenuadas del primer Estado obrero de la historia, se difuminaba en un horizonte incierto. La desaparición de los

300. Trotsky: *Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo* (ver Apéndice).

301. Luxemburgo, *ibíd.*

dirigentes más cualificados de la revolución alemana supuso un mazazo para los bolcheviques. Lenin quedó consternado por el asesinato de Rosa y Karl, a los que respetaba y admiraba profundamente. Lo mismo le ocurrió a Trotsky, que les rindió tributo en uno de sus discursos más emocionantes ante el sóviet de Petrogrado:

“Los dirigentes del Partido Comunista de Alemania ya no están entre nosotros. Hemos perdido a nuestros mejores compañeros, y sus asesinos siguen formando parte del Partido Socialdemócrata que osa remontar su genealogía hasta Carlos Marx! ¡Estos son los hechos, camaradas! El mismo partido que traicionó los intereses de la clase obrera desde el principio de la guerra, que apoyó al militarismo alemán, que alentó la destrucción de Bélgica y la invasión de las provincias septentrionales francesas, el partido cuyos dirigentes nos dejaron en manos de nuestros enemigos, los militaristas alemanes, durante las conversaciones de paz de Brest-Litovsk, íese mismo partido y sus jefes (Scheidemann y Ebert) se autodenominan marxistas al mismo tiempo que organizan las bandas reaccionarias que han asesinado a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo!

“Para nosotros, Liebknecht no es sólo un dirigente alemán, igual que Rosa Luxemburgo no es sólo una socialista polaca que se puso a la cabeza de los obreros alemanes... Ambos son nuestros hermanos; estamos unidos a ellos por lazos morales indisolubles. (...) Y ahora, dirigiéndonos al espíritu de los dos grandes difuntos, podemos decir: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, ya no estáis en este mundo, pero seguís entre nosotros; viviremos y lucharemos animados por vuestras ideas, bajo el influjo de vuestra grandeza moral, y juramos que si llega nuestra hora moriremos de pie frente al enemigo, como vosotros habéis muerto, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht”.³⁰²

El ejemplo de fidelidad a la causa de la revolución mundial de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Leo Jogiches y de todos los marxistas alemanes asesinados es patrimonio de toda la clase obrera y de las jóvenes generaciones de revolucionarios. Mantuvieron la confianza en el futuro socialista hasta el final. Y como testimonio de ello, Rosa Luxemburgo lo dejó brillantemente escrito, como sólo ella podía hacerlo:

302. Trotsky, *ibíd.*

“¿Cómo será vista la derrota de nuestra ‘semana espartaquista’ a la luz de la mencionada cuestión histórica? ¿Como una derrota producto de una impetuosa energía revolucionaria y una inmadurez insuficiente de la situación, o producto de una acción débil e indecisa? *¡Ambas cosas!* La seña de identidad especial de este episodio más reciente es la naturaleza dual de esta crisis, la contradicción entre la firme y decidida disposición a la lucha de las masas de Berlín y la indecisión, tibieza y vacilación de los dirigentes berlineses.

“Ha fallado la dirección. Pero la dirección puede y debe ser creada de nuevo por las masas. Las masas son lo decisivo porque son la roca sobre la que se levantará la victoria final de la revolución. Las masas han estado a la altura, ellas han hecho de esta nueva ‘derrota’ un eslabón más de esa serie de derrotas históricas que son el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Y por esta razón, de esta ‘derrota’ florecerá la victoria futura.

“¡El orden reina en Berlín!’. ¡Estúpidos lacayos! Vuestro ‘orden’ está levantado sobre arena. Mañana, la revolución se alzará de nuevo y, para terror vuestro, anunciará con todas sus trompetas:

¡Fui, soy y seré!’.”³⁰³

303. Rosa Luxemburgo, *ibíd.*

GALERÍA FOTOGRÁFICA

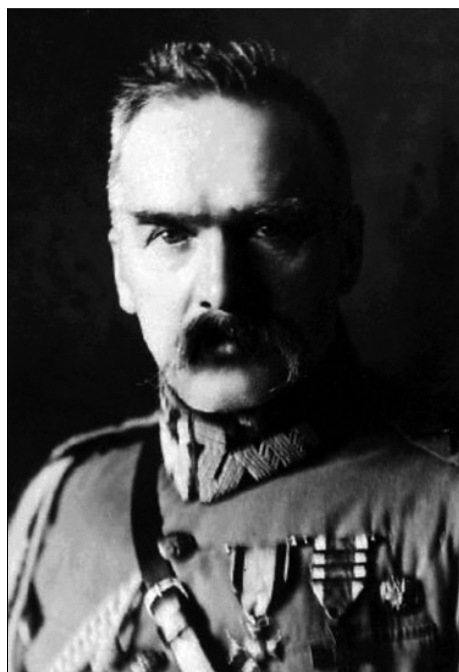


Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo

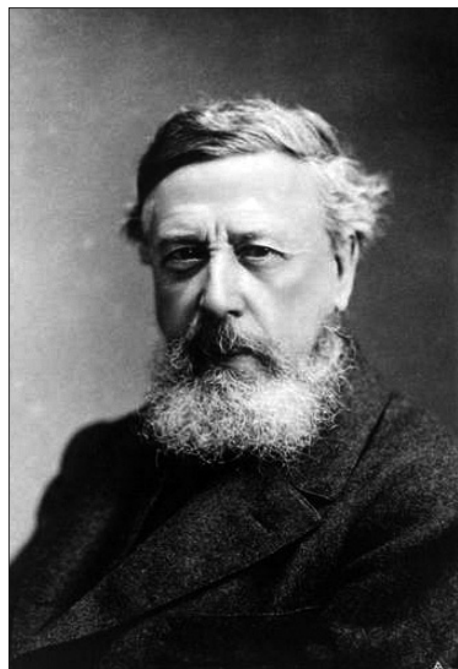
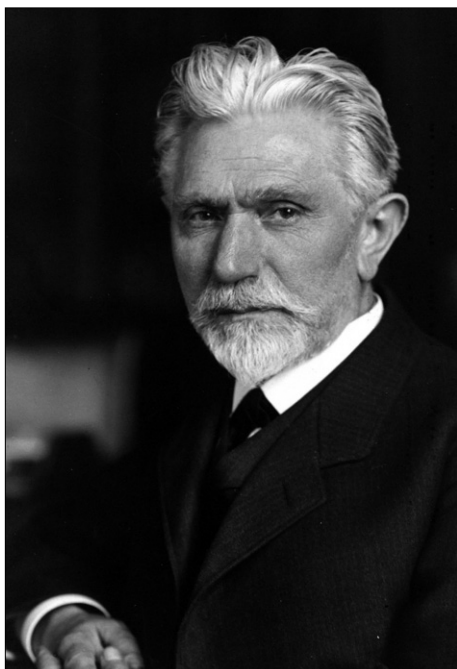




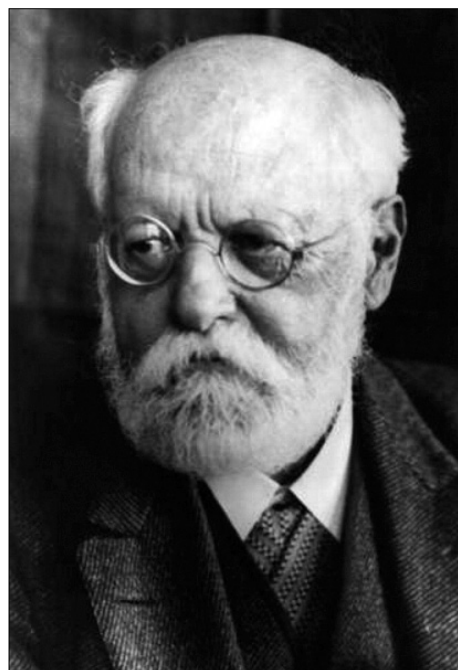
Leo Jogiches y un cartel de la Liga Espartaquista



Jozef Pilsudski y Julián Marchlewski



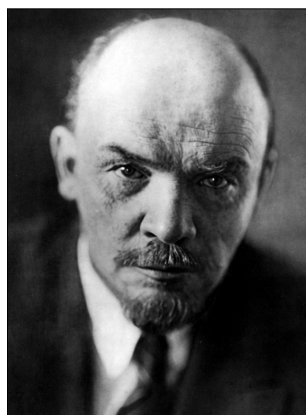
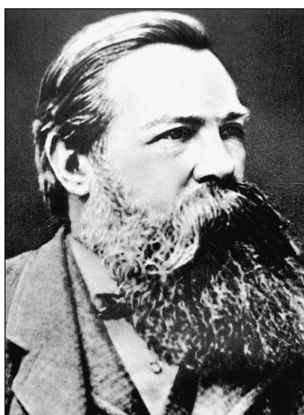
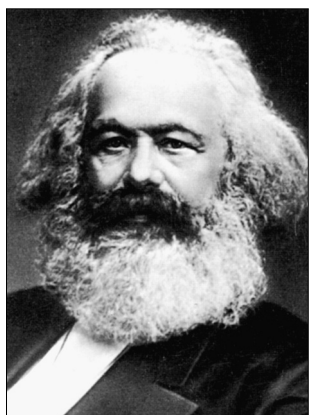
August Bebel y Wilhelm Liebknecht



Eduard Bernstein y Karl Kautsky



Rosa Luxemburgo, en el centro, y Plejánov, abajo a la derecha, en 1904



Carlos Marx, Federico Engels y V. I. Lenin



Barricadas en la revolución rusa de 1905



Lenin, en el centro, junto a Márkov y otros miembros de la Unión de Lucha por la Emancipación de la clase obrera. San Petersburgo, 1897



Alexander Parvus, León Trotsky y Leo Deutsch



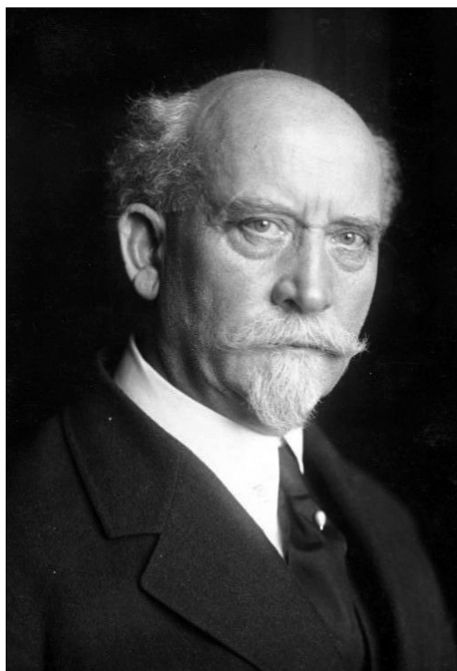
Clara Zetkin y Franz Mehring



El káiser Guillermo pasa revista a las tropas



Trasladando un herido en las trincheras de la Primera Guerra Mundial



Friedrich Ebert y Philipp Scheidemann



Karl Liebknecht interviene en un mitin en Berlín en diciembre de 1918



Rosa Luxemburgo en un mitin en Stuttgart en 1907



Manifestación del USPD



Cartel de la Liga Espartaquista



Cartel de la Internacional Comunista y portada del Vorwärts del 9 de noviembre de 1918



Manifestación del 8 de marzo (23 de febrero en el calendario juliano) en San Petersburgo, inicio de la revolución de febrero de 1917



Guardia Roja de la fábrica Vulkán en 1917



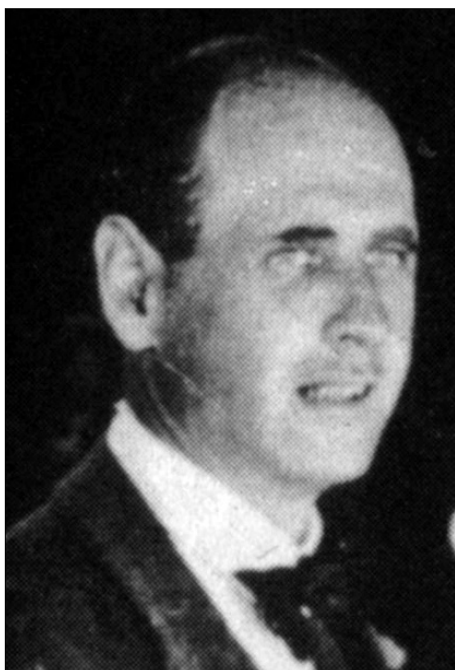
Manifestación durante la revolución rusa



V. I. Lenin y León Trotsky, en el centro, en noviembre de 1919



Mutilados de guerra vuelven a casa



Paul Levi y Karl Radek



Adolf Joffe y León Trotsky en las negociaciones de Brest-Litovsk



Hindenburg, el káiser Guillermo y Ludendorff



Adolf Joffe y Willy Münzenberg



Manifestación en Kiel en apoyo a los marinos sublevados en noviembre de 1918



Manifestantes en las calles de Berlín el 9 de noviembre de 1918



Friedrich Ebert y el general Groener



Karl Liebknecht proclama la república socialista el 9 de noviembre



Cartel de *Die Rote Fahne*



Soldados revolucionarios



Soldados revolucionarios



León Trotsky, organizador del Ejército Rojo



Marineros revolucionarios desfilan en Wilhelmshaven en noviembre de 1918



El Congreso de los Consejos, diciembre de 1918, Berlín



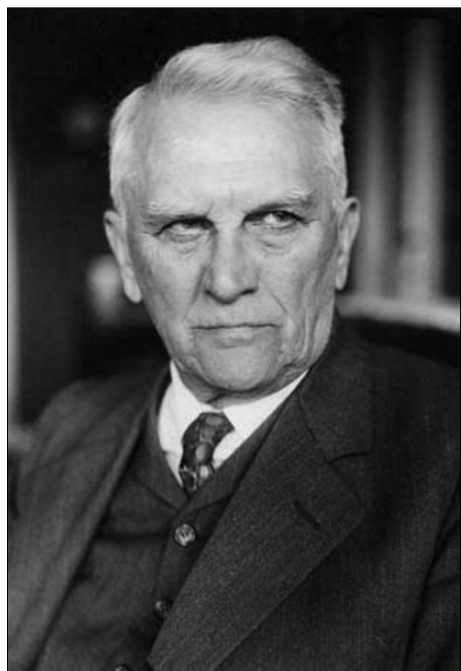
Reunión del Sóviet de Petrogrado el 22 de octubre de 1917



Cartel de la Liga Espartaquista



Resistencia de los marinos revolucionarios en la Navidad de 1918



Georg Ledebour y Hugo Haase



Manifestación en Berlín el 29 de diciembre de 1918



Cartel del KPD



Soldados revolucionarios de la Volksmarinedivision



Mitin de Karl Liebknecht el 4 de enero de 1919 en Berlín



Militantes espartaquistas en armas



Manifestación del 5 de enero de 1919 en Berlín: obreros en armas





Semana espartaquista, enero de 1919. Obreros y soldados luchando en las barricadas









El ministro de Defensa Noske pasa revista a tropas de Freikorps



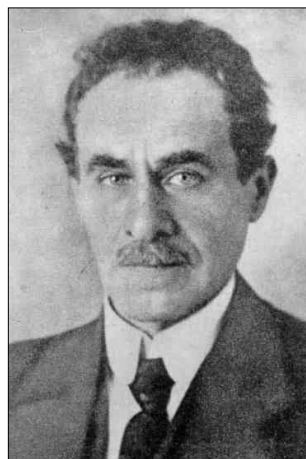
Tropas de Freikorps durante la represión a los espartaquistas



Tropas de Freikorps participan en la represión con un tanque británico capturado



Monumento conmemorativo a los fundadores del comunismo alemán, 13 de junio de 1926



Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches



Lenin pronuncia un discurso, desde un balcón del edificio del Sóviet de Moscú, contra el asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, 19 de enero de 1919

APÉNDICE DOCUMENTAL

NOTA DE LOS EDITORES

Como anexo a este libro, ofrecemos catorce textos de o sobre Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, la Primera Guerra Mundial y la revolución alemana. Se trata de los siguientes:

1. *La revolución permanente*. Texto de Franz Mehring sobre la revolución rusa de 1905, fechado el 1 de noviembre de ese año.

2. *Militarismo, guerra y clase obrera*. El 20 de febrero de 1914, Rosa Luxemburgo fue juzgada en Frankfurt por haber llamado, en dos mítines públicos (celebrado uno en Fechenheim el 25 de septiembre de 1913 y otro en Bocktnheim al día siguiente), a luchar contra la amenaza de guerra y por haberles pedido a los trabajadores que, llegado el caso, no disparasen contra sus hermanos de clase franceses o de cualquier otro país. Los principales testigos de cargo del fiscal fueron un tal Henrici, cuya denuncia desencadenó el proceso, y los periodistas burgueses asistentes al mitin de Fechenheim. Rosa Luxemburgo fue condenada a un año de prisión, sentencia que desencadenó manifestaciones en muchas ciudades alemanas. Este texto es el discurso de Rosa Luxemburgo ante el tribunal de Frankfurt.

3. *El voto contra los créditos de guerra*. El 2 de diciembre de 1914, en la segunda sesión parlamentaria sobre la guerra, Karl Liebknecht fue el único diputado que votó contra el presupuesto bélico. El presidente del Reichstag no le permitió leer esta declaración, que tampoco fue incluida en el informe de sesiones. Y aunque Liebknecht la envió a la prensa, ningún periódico burgués la publicó.

4. *El enemigo principal está en casa*. Artículo de Karl Liebknecht, de mayo de 1915, defendiendo la necesidad de mantener la perspectiva internacionalista y seguir luchando contra la burguesía alemana.

5. *Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional*. Estas tesis de Rosa Luxemburgo, redactadas a finales de 1915, fueron debatidas en la conferencia que los marxistas alemanes celebraron el 1 de enero de 1916 (en la que el Grupo Internacional adoptó el nombre de Liga Espartaquista), que las aprobó con ligeras modificaciones (por ejemplo, se eliminó el primer párrafo y desapareció la alusión al Partido Laborista Independiente en el punto 2). Aquí presentamos el original de Rosa Luxemburgo.

6. *¿Qué quiere la Liga Espartaquista?* Texto de Rosa Luxemburgo escrito el 14 de noviembre de 1918, tras la revolución de noviembre, que había provocado la caída del káiser cinco días antes. Con cambios insignificantes, el congreso fundacional del Partido Comunista de Alemania (KPD) lo aprobó como programa del partido.

7. *Nuestro programa y la situación política*. Discurso de Rosa Luxemburgo al congreso fundacional del Partido Comunista de Alemania (KPD), celebrado el 31 de diciembre de 1918 y el 1 de enero de 1919.

8. *El orden reina en Berlín*. El último texto de Rosa Luxemburgo, escrito y publicado en *Die Rote Fahne* el 14 de enero de 1919, un día antes de que la asesinasen.

9. *¡A pesar de todo!* El último texto de Karl Liebknecht, escrito el 15 de enero de 1919, el mismo día de su asesinato.

10. *¡Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, asesinados!* Llamamiento realizado por el Partido Comunista de Alemania tras los asesinatos. No se conoce su fecha exacta, pero obviamente es de mediados del mes de enero de 1919.

11. *Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo*. Discurso de León Trotsky ante el sóviet de Petrogrado el 18 de enero de 1919, en homenaje a ambos dirigentes.

12. *En memoria de Karl Liebknecht*. Artículo de Karl Rádek, el responsable para Alemania de la Internacional Comunista. 18 de enero de 1919.

13. *¡Fuera las manos de Rosa Luxemburgo!* Artículo de León Trotsky en respuesta a otro de Stalin calumniando a Rosa Luxemburgo. 28 de junio de 1932.

14. *Luxemburgo y la Cuarta Internacional*. Artículo de León Trotsky comentando aspectos de las ideas de Rosa Luxemburgo. 24 de junio de 1935.

1. LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Franz Mehring

1 de noviembre de 1905

Feliz quien ha podido vivir este glorioso año, el año de la revolución rusa, que no tendrá menos importancia en los libros de historia que la que antaño tuvo la revolución francesa de 1789. Todas las revoluciones del siglo XIX no han sido más que retoños de esta revolución, retoños auténticos, a veces un poco débiles, lo que vale incluso también para el movimiento europeo de 1848.³⁰⁴ Por poderoso que fuese ese movimiento y por lejos que llegasen sus efectos indirectos, sin embargo solamente sacó las consecuencias del año 1789 para el continente europeo, pero sus oleadas recularon frente a la muralla de la frontera rusa.

Lo que distingue la gran revolución francesa de la gran revolución rusa es que esta fue dirigida por el proletariado consciente de ser una clase. La Bastilla también fue tomada por asalto por los obreros de los suburbios de Saint Antoine; también fueron los obreros berlineses los que triunfaron en las barricadas sobre los guardias prusianos el 18 de marzo de 1848. Pero los héroes de estas revoluciones fueron al mismo tiempo sus víctimas; desde el día de su victoria, la burguesía les arrebató los frutos. Y por esto murieron finalmente las revoluciones basadas en el modelo de 1789; la contrarrevolución tuvo tan buen resultado en 1848 y 1849 porque los obreros, que le sacaron las castañas del fuego a la burguesía, fueron engañados por quienes se comían las castañas, porque su conciencia de clase no estaba lo suficientemente desarrollada como para sacar provecho para sí mismos entre el poder feudal y la traición de la burguesía.

304. Se trata de la ola de revoluciones burguesas que recorrió Europa Central en 1848 y que marcó el fin del Antiguo Régimen.

Lo que fue la debilidad de la revolución europea de 1848 es la fuerza de la revolución rusa de 1905. Su protagonista es un proletariado que ha comprendido esta “revolución permanente” que la *Nueva Gaceta Renana* había predicado para oídos todavía sordos. Mientras que su sangre corría a mares bajo los golpes de fusil y de sable de los verdugos del zar, los obreros rusos, con una fuerza obstinada, mantuvieron firmes sus objetivos, y el arma poderosa que constituye la huelga política de masas le permitió quebrar el poder zarista hasta sus cimientos. En el último manifiesto del zar, el despotismo asiático abdica para siempre; al prometer una constitución, cruza el Rubicón, más allá del cual ningún retorno es posible.³⁰⁵

Esto es un primer triunfo del proletariado ruso, y el mayor éxito que ningún proletariado de otro país, en un movimiento revolucionario, haya obtenido antes. Los que tomaron la Bastilla, como los combatientes de las barricadas de Berlín, eran capaces de un impulso heroico, pero no de esta lucha infatigable y firme que llevaron adelante los obreros rusos, sin dejarse desviar por fracasos momentáneos. Sin embargo, su primer éxito los ubica ahora frente a un nuevo deber, incomparablemente mayor, el de perseverar, aun después de la victoria, en su combatividad. En la historia de las guerras no deja de repetirse una experiencia: tras una victoria aplastante, es difícil llevar a la lucha incluso a las tropas más valerosas para que, al perseguir al enemigo, hagan la victoria verdaderamente fecunda, y es tanto más difícil cuanto más aplastante haya sido la victoria. Tras una fuerte tensión, existe la necesidad, profundamente arraigada en la naturaleza humana, de un descanso liberador, y por eso la burguesía siempre ha maniobrado con éxito cuando el proletariado le ha sacudido los árboles de la revolución para hacer caer sus frutos.

De manera legítima, un diario burgués evoca, a propósito del manifiesto del zar, las promesas hechas por Federico Guillermo IV cuando la revolución había quebrado sus bravatas de autócrata.³⁰⁶

305. El río Rubicón separaba Italia de las Galias y ningún general romano podía cruzarlo al frente de sus legiones, para prevenir los golpes de Estado. Hacerlo implicaba una violación gravísima de la ley de Roma, con consecuencias irreversibles. Julio César lo cruzó pronunciando las célebres palabras *Alea jacta est* (“La suerte está echada”), desencadenando con ello una guerra civil.

306. Federico Guillermo IV reinaba en Prusia durante la oleada revolucionaria de 1848 en Europa, que marcó el principio del fin de los regímenes absolutistas.

Son más o menos las mismas promesas: inviolabilidad de las personas, libertad de conciencia, libertad de expresión, una representación popular basada en un amplio derecho a voto y con una participación decisiva en la legislación. En esa época, como ahora, la oposición burguesa sabía y sabe bien que, cuando un autócrata vencido está obligado a hacer semejantes concesiones, estas cosas buenas no flotan simplemente como pedazos de pan en la sopa de la revolución, sino que le ofrecen garantías reales de que una autocracia obligada a humillarse hasta ese punto por la fuerza nunca más podrá levantar cabeza. Pero, con la intención de desarmar al proletariado, es el interés de la burguesía desprestigiar los logros de la revolución, presentarlos como un espejismo que solamente puede materializarse con suma prudencia, advertir, por así decirlo, que un pájaro de mal agüero podría espantar ese fantasma. Por eso después de toda victoria revolucionaria resuenan los llamamientos de la burguesía a la “calma a cualquier precio”, supuestamente en interés de la clase obrera, pero, de hecho, por el frío y astuto cálculo de la burguesía.

Ese es el momento más peligroso para toda revolución. Pero, si bien ese momento ha sido fatal, hasta ahora, para el proletariado, esta vez la clase obrera rusa ha pasado la prueba brillantemente, al responder con resolución al manifiesto del zar: la revolución permanente. Los telegramas llegados hoy desde Petrogrado a la prensa burguesa dan un testimonio honorable de nuestros hermanos rusos: “Bajo la influencia de los socialistas, la opinión se ha vuelto más desfavorable de lo que se podía esperar esta mañana. La excelente organización de los socialistas triunfa hoy sobre la burguesía”.

Los obreros rusos no piensan desarmarse, los vencedores de hoy no quieren ser los decepcionados de mañana, y este es precisamente el avance histórico que hace la revolución rusa respecto a sus predecesoras. Por cierto, para los obreros rusos también vale que ningún milagro ocurrirá mañana. No está en su poder saltarse las etapas de la evolución histórica y crear, a partir del despótico Estado zarista, de buenas a primeras, una comunidad socialista. Pero pueden acortar y allanar el camino de su combate emancipador no sacrificando a las tramposas quimeras de la burguesía el poder revolucionario que han conquistado, sino, por el contrario, sirviéndose de él para acelerar la evolución histórica, es decir, revolucionaria. Ahora pueden asegurarse en algunos meses y semanas lo que costaría décadas de penosos

esfuerzos si cediesen el terreno a la burguesía después de haber obtenido la victoria. No pueden inscribir en la constitución rusa la dictadura del proletariado, pero sí pueden inscribir el sufragio universal, el derecho de coalición³⁰⁷, la jornada de trabajo legal, la libertad ilimitada de prensa y de expresión..., y pueden arrancarle a la burguesía, para todas estas reivindicaciones, garantías tan sólidas como las que la burguesía le arrancará al zar de acuerdo a sus propias necesidades. Pero sólo pueden hacerlo si no deponen las armas en ningún momento y no le permiten a la burguesía dar ni siquiera un paso adelante, sin que ellos mismos no den también un paso adelante.

Precisamente en esto consiste la revolución permanente, con la que la clase obrera rusa debe responder —y, por las noticias que nos han llegado hasta la fecha, así ha respondido— al clamor burgués pidiendo “calma a cualquier precio”. Es falso decir que así se insuflará una nueva vitalidad al despotismo que acaba de ser abatido. Con justeza, un historiador de la gran revolución francesa (Tocqueville, si no me equivoco) dice que un régimen que se derrumba nunca es más débil que en el momento en que comienza a reformarse. Y esto vale mucho más para la autocracia decadente en Rusia, que para la realeza decadente en Francia. Porque toda su maquinaria gubernamental está podrida de cabo a rabo. A partir del instante en que renuncie a la apariencia de solidez que ha mantenido penosamente hasta ahora, estará indefensa frente a todo choque vigoroso. De hecho, si debe restablecerse sobre una nueva base, tiene necesidad de “calma a cualquier precio”. Esta es la pérdida significación de esta consigna que, esperemos, haya terminado de cumplir su funesto rol.

Los obreros rusos se han convertido así en los campeones del proletariado europeo. Se han beneficiado de una posibilidad que, hasta ahora, no ha compartido ningún proletariado de las naciones europeas occidentales: entran en la revolución con experiencias acumuladas y una teoría clara, profunda y extendida; pero esta posibilidad han sabido crearla, y este es su mérito. En el curso de décadas de combate y al precio del sacrificio de innumerables heroínas y héroes, se han impregnado hasta la médula de la teoría de la revolución

307. Derecho de los trabajadores a ponerse de acuerdo para defender sus intereses colectivos.

proletaria; lo que han recibido, lo devuelven ahora con creces. Avergüenzan a los espíritus timoratos, que creían imposibles muchas cosas que ellos demostraron que eran posibles; los trabajadores de Europa saben hoy que los métodos de lucha de la antigua revolución sólo han caducado para dejar paso a métodos más eficaces en la historia de su lucha emancipadora. En la clase obrera de todos los países europeos caen las chispas del bautismo de fuego de la revolución rusa; y en Austria, el brasero ya se inflama.

Los obreros alemanes no son los últimos en la lucha que dirigen sus hermanos rusos; el estado vasallo pruso-germánico está tan estrechamente entrelazado con el destino del zarismo, que la caída de este último tendrá contragolpes muy profundos sobre el imperio de los junkers al este del Elba. Igual no inmediatamente y tampoco forzosamente de manera destructiva; las radicales consecuencias económicas que traerá consigo la revolución rusa provocarán que los junkers y sus acólitos intenten empuñar la espada con más fuerza si cabe. Pero, a la larga, la revolución rusa ya no se dejará encerrar en las fronteras rusas, como la revolución francesa no se dejó encerrar en las fronteras francesas, y esto nadie lo sabe mejor que las clases dirigentes alemanas.

Podemos estar seguros que ellos siguen la evolución de la revolución rusa con la mayor atención, y encontrarán la ocasión de darle un golpe fatal cuando vean alguna perspectiva de éxito. La clase obrera alemana no debe olvidarlo, sobre todo cuando la causa de sus hermanos rusos es también la suya.

2. MILITARISMO, GUERRA Y CLASE OBRERA

Rosa Luxemburgo

20 de febrero de 1914

Mis abogados defensores han demostrado sobradamente la nulidad jurídica de hecho de los cargos de la acusación. Yo, por tanto, quisiera considerar la acusación desde un punto de vista diferente. Tanto en la exposición oral a que ha procedido hoy el señor fiscal como en su acta escrita de acusación juegan un gran papel no sólo la literalidad de mis manifestaciones que han sido incriminadas, sino, especialmente, la interpretación y la tendencia presuntamente inherentes a tales palabras. Repetidamente y con el mayor énfasis, el señor fiscal ha subrayado lo que, según él, yo sabía y quería mientras formulaba mis manifestaciones en aquellos mítines. Ahora bien, sobre ese momento psicológico interno de mi discurso, sobre mi conciencia, nadie es, desde luego, más competente que yo, y sobre todo nadie sino yo puede dar explicaciones completas y fundamentadas.

Ya desde este momento quiero hacer notar que estoy plenamente dispuesta a darle al señor fiscal y a ustedes, señores jueces, explicaciones detalladas. Y para ir directamente a la cuestión principal, quiero dejar bien sentado, desde ahora, que lo que el señor fiscal, apoyándose en las declaraciones de sus testigos de cargo, ha descrito aquí como mis pensamientos, mis intenciones y mis sentimientos no ha sido sino una banal y vulgar caricatura tanto de mi discurso como del procedimiento de agitación socialdemócrata en general. Al escuchar las afirmaciones del fiscal no pude sino reírme y pensar para mis adentros: aquí tenemos un ejemplo típico de la poca cultura formal que hace falta para entender las ideas socialdemócratas, para entender nuestro pensamiento en toda su complejidad, finura científica y profundidad histórica, cuando las circunstancias de clase

son un obstáculo para acceder a la educación. Si hubiesen preguntado, señores jueces, al trabajador más simple e inculto de los miles que acuden a mis mítines, les habría mostrado un cuadro completamente diferente, una impresión totalmente distinta de mis manifestaciones. Sí: los hombres y las mujeres sencillos del pueblo trabajador están mucho mejor preparados para captar un pensamiento, el nuestro, que en el cerebro de un fiscal prusiano se refleja caricaturizado, como en un espejo convexo. Quiero demostrar esto profundizando más en algunos puntos.

El señor fiscal ha repetido en varias ocasiones que, aun antes de llegar a pronunciar las palabras que han sido incriminadas y que constituyeron, supuestamente, el punto culminante de mi discurso, estuve “soliviantando sin medida” a los miles de personas presentes en aquel mitin. A esto tengo que replicar: ¡Señor fiscal, los socialdemócratas no nos dedicamos a soliviantar! Porque, ¿qué quiere decir “soliviantar”? ¿Acaso intenté azuzar a los reunidos diciéndoles: cuando lleguéis como alemanes en tiempo de guerra a un país enemigo, por ejemplo a China, devastadlo todo de manera que en cien años ningún chino se atreva a mirar de reojo a un alemán³⁰⁸? Si hubiese hablado así, sí que habría soliviantado a la concurrencia. ¿O es que acaso intenté infundir entre las masas reunidas el oscurantismo nacional, el chovinismo, el desprecio y el odio hacia otras razas y pueblos? Eso sí que habría sido soliviantar.

Pero es que no hablé así; un socialdemócrata cualificado jamás hablaría así. Lo que yo hice en aquel mitin de Frankfurt y lo que nosotros, los socialdemócratas, hacemos continuamente, de palabra y por escrito, es esclarecer, hacer conscientes a las masas trabajadoras de sus intereses de clase y de sus tareas históricas, poner de manifiesto ante ellas las grandes líneas del desarrollo histórico, las tendencias que muestran las transformaciones económicas, políticas y sociales que se producen en las entrañas de nuestra sociedad actual y que conducen, con férrea necesidad, a que un día, llegados a un cierto nivel de desarrollo, el orden social establecido se vea desplazado y en

308. El 27 de julio de 1900, el káiser Guillermo II había despedido a las tropas que partían hacia China, para aplastar la rebelión de los bóxers, con un discurso chovinista incendiario en el que apeló a la más extrema brutalidad contra los chinos que luchaban contra la colonización de su país por las potencias occidentales.

su lugar se coloque el orden social superior, socialista. Así agitamos nosotros, así elevamos nosotros, a través del efecto ennoblecedor de la perspectiva histórica sobre la que nos apoyamos, la vida moral de las masas. Partiendo de estos mismos grandes puntos de vista —porque entre nosotros, socialdemócratas, todo se agrega hasta constituir una visión del mundo armónica, coherente, científicamente fundamentada—, también llevamos a cabo nuestra agitación contra la guerra y el militarismo. Y si el señor fiscal, con sus miserables testigos de cargo, no entiende todo esto más que como un simple empeño en soliviantar, hay que decir que la tosquedad y el simplismo de su modo de ver es consecuencia, única y exclusivamente, de la incapacidad del fiscal para pensar con esquemas socialdemócratas.

Por otra parte, el señor fiscal ha aludido más de una vez a mis presuntas instigaciones al “asesinato de superiores jerárquicos”. Esas instigaciones, veladas pero comprensibles para cualquiera, al asesinato de oficiales tendrían que sacar a la luz, muy particularmente, la negrura de mi alma y lo altamente peligrosas que son mis intenciones. Ahora bien, les ruego que acepten por un momento incluso que las palabras que se han puesto en mi boca son las verdaderas. En este caso, tras pensarlo un poco no tendrán más remedio que reconocer que el fiscal en verdad (con la loable intención de pintarme con los tonos más negros posibles) ha desvariado en exceso a este respecto. Porque, ¿en qué circunstancias y a qué “superiores” habría yo instigado a matar? El acta de acusación dice que yo habría preconizado para Alemania el sistema de milicias y habría definido como lo esencial de ese sistema la obligación por parte de los milicianos de llevarse a sus casas el armamento ligero (como ocurre en Suiza). Y entonces (entiéndase bien: entonces) habría añadido la observación de que las armas también podrían volverse en alguna ocasión en una dirección distinta a la deseada por los detentadores del poder. La cosa está, pues, clara: el señor fiscal me acusa de haber instigado al asesinato no de los oficiales del Ejército alemán actual, sino de los superiores de las milicias alemanas del futuro! Nuestra propaganda a favor del sistema de milicias es atacada de la forma más dura, y en la acusación contra mí se la considera un crimen. Y justo en estas condiciones, el fiscal se siente en el deber de asumir la defensa de la vida por mí amenazada de los oficiales de ese denostado sistema de milicias. Un paso más y el señor

fiscal, en el ardor de la batalla, presentará contra mí la acusación de instigar atentados contra el presidente de la futura República Alemana!

Pero, ¿qué dije yo en realidad acerca del llamado asesinato de superiores jerárquicos? ¡Algo completamente distinto! En mi discurso, me referí al hecho de que los defensores oficiales del militarismo actual suelen justificar éste acudiendo a la frase de la necesaria defensa de la patria. Pero si se tratase en verdad de un interés de la patria entendido con franqueza y sinceridad (seguí diciendo), las clases dominantes tendrían que llevar a la práctica el viejo punto del programa socialdemócrata que exige un sistema de milicias. Porque este sistema es la única garantía segura de defensa de la patria, ya que el pueblo libre que se enfrenta por decisión propia al enemigo constituye el único bastión suficiente y digno de confianza para la defensa de la libertad y la independencia de la patria. Sólo entonces podría decirse: ¡Patria querida, puedes estar tranquila! ¿Por qué razón, pregunté, los defensores oficiales de la patria no quieren saber nada de este sistema de defensa, el único eficaz? Sólo porque lo que a ellos les importa precisamente no es en primer lugar, ni en segundo, la defensa de la patria, sino la guerra imperialista de conquista, para la cual la milicia no sirve. Y, por otra parte, las clases dominantes temen poner las armas en manos del pueblo trabajador porque su mala conciencia de explotadores les hace recelar que las armas también podrían volverse en alguna ocasión en una dirección distinta a la deseada por los detentadores del poder.

O sea: lo que yo formulé en su momento como los temores de las clases dominantes ise me imputa ahora por el fiscal, basándose en la palabra de sus torpes testigos de cargo, como si se tratase de mi propia exhortación! Aquí tienen una muestra más de la confusión que ha creado en su cerebro la incapacidad absoluta de seguir el pensamiento socialdemócrata.

Es igualmente falsa la afirmación de la acusación que pretende que yo ponderé el ejemplo holandés, en cuyo ejército colonial están facultados para matar al oficial que los maltrate. En realidad, en aquel momento hablé, respecto al militarismo y los malos tratos a los soldados, de nuestro inolvidable dirigente Bebel y recordé que uno de los más importantes capítulos de su actividad fue la lucha que llevó en el Reichstag en contra del maltrato a los soldados, citando como

ilustración diversos discursos de Bebel que se pueden encontrar en las actas taquigráficas de los debates parlamentarios (las cuales, hasta donde yo sé, están legalmente autorizadas), y entre esos discursos hice referencia a lo que Bebel dijo, en el año 1893, acerca de los usos en el ejército colonial holandés. Como ven, señores, también a este respecto el celo puesto por el señor fiscal le ha gastado una mala pasada: tendría que haber dirigido su acusación no contra mí, sino contra otra persona.

Pero pasemos ya al punto capital de la acusación. El señor fiscal deriva su cargo principal (la afirmación de que, en mis declaraciones inculminadas, yo exhortaba a los soldados a desobedecer en caso de guerra las órdenes y a no disparar contra el enemigo) de una deducción que a él le parece evidentemente de una fuerza demostrativa irrefutable y de una lógica concluyente. En su deducción, el señor fiscal procede del siguiente modo: dado que yo agitaba contra el militarismo, dado que quería impedir la guerra, obviamente no podía seguir otro camino ni imaginar otro medio más eficaz que exhortar directamente a los soldados diciéndoles: “Cuando se os ordene disparar, ¡no disparéis!”. Pues no es verdad, señores jueces, ¡qué conclusión más poco convincente, qué lógica más irresistible! Permítanme que lo diga con toda claridad: esa lógica y esa conclusión se derivan de la concepción propia del señor fiscal, no de la mía, no de la concepción socialdemócrata. Les ruego que en este punto presten la mayor atención. Yo digo: la conclusión de que el único medio eficaz para impedir las guerras consiste en dirigirse directamente a los soldados y exhortarles a que no disparen es una conclusión que en realidad representa la otra cara de la concepción según la cual mientras el soldado obedezca las órdenes de sus superiores todo funcionará bien en el Estado; una concepción según la cual (por decirlo brevemente) el fundamento del poder estatal y del militarismo es la obediencia ciega del soldado. Esta concepción del señor fiscal cuadra perfectamente, por ejemplo, con las manifestaciones del más alto señor de la guerra, hechas públicas oficialmente, según las cuales el káiser dijo en la recepción al rey de Grecia, en Potsdam el 6 de noviembre del año pasado, que el éxito del ejército griego demostraba que “los principios sustentados por nuestro Estado Mayor y por nuestras tropas garantizan siempre, bien utilizados, la victoria”. El Estado Mayor con sus “principios” y el soldado con su ciega obediencia: tales son

los fundamentos de la conducción de la guerra y la garantía de la victoria. Ahora bien, los socialdemócratas no compartimos esta concepción. Al contrario, nosotros pensamos que sobre la realización y el curso de las guerras no decide tan sólo el Ejército, las “órdenes” por arriba y la “obediencia” ciega por abajo, sino que deciden y han de decidir las grandes masas del pueblo trabajador. A nosotros nos parece que las guerras sólo pueden hacerse siempre y cuando las masas trabajadoras las apoyen con entusiasmo por creer que son justas y necesarias, o al menos cuando las soporten con paciencia. Si, por el contrario, la gran mayoría del pueblo trabajador llega a la convicción (y suscitar esa convicción, despertar esa consciencia, es justamente la tarea que nos marcamos los socialdemócratas) cuando, digo, la mayoría del pueblo llega a la convicción de que las guerras son un fenómeno bárbaro, profundamente inmoral, reaccionario y enemigo del pueblo, entonces las guerras se tornan imposibles, ¡por más que de momento el soldado siga obedeciendo las órdenes de sus superiores! En la concepción del fiscal, el ejército es el beligerante; en nuestra concepción, es todo el pueblo. Y éste ha de decidir si se va o no a la guerra. Son las masas trabajadoras, integradas por hombres y mujeres, por viejos y jóvenes, quienes han de decidir el ser o el no ser del militarismo actual, y no una pequeña parte de ese pueblo acogida al llamado pabellón del rey.

He declarado todo esto porque tengo aquí en la mano una prueba ya clásica de que ésta es en realidad mi concepción, nuestra concepción de estos problemas.

Por una casualidad, puedo contestar a la pregunta del fiscal acerca de qué quería decir cuando dije “nosotros no lo haremos” con un fragmento de un discurso pronunciado por mí aquí en Frankfurt. El 17 de abril de 1910 hablé en el circo Schuman ante unas 6.000 personas sobre la lucha por el sufragio en Prusia (como ustedes saben, nuestra lucha estaba entonces en su punto álgido) y en el acta taquigráfica de aquel discurso encuentro en la página 10 lo siguiente:

“¡Queridos compañeros! He dicho que en la presente lucha por el sufragio, como en todos los problemas políticos importantes relacionados con el progreso de Alemania, nosotros estamos completamente solos. Pero, ¿quiénes somos ‘nosotros’? ‘Nosotros’ somos, claramente, los millones de proletarios y

proletarias de Prusia y de Alemania. Sí, pero nosotros somos algo más que una cifra. Nosotros somos los millones de cuyo trabajo vive la sociedad. Y basta con que este sencillo hecho arraigue firmemente en la conciencia de las más amplias masas proletarias de Alemania, para que algún día llegue el momento en que se le pueda dejar claro a la reacción dominante en Prusia que el mundo puede muy bien existir sin los junkers del este del Elba y sin los condes del centro, sin consejos secretos y, en caso de necesidad, también sin fiscales, pero que no podría seguir existiendo ni veinticuatro horas si los trabajadores se cruzasen de brazos”.

Ya lo ven ustedes, aquí dejo bien claro dónde vemos nosotros el punto clave de la vida política y de la suerte del Estado: en la conciencia, en la voluntad claramente formada, en la decisión de las grandes masas trabajadoras. Y exactamente igual entendemos la cuestión del militarismo. Si la clase obrera piensa y decide no permitir las guerras, las guerras se vuelven imposibles.

Tengo todavía más pruebas de que nosotros entendemos así, y no de otra manera, la agitación sobre la cuestión militar. En verdad no puedo sino maravillarme: el señor fiscal se ha tomado la gran molestia de destilar de mis palabras, por interpretaciones, suposiciones y deducciones arbitrarias, de qué modo me había propuesto yo enfrentarme a la guerra. Y, sin embargo, ante él había material probatorio para parar un tren. No llevamos a cabo nuestra agitación antimilitarista en el secreto de la oscuridad, ocultamente, no; lo hacemos a la más pública luz del día. Desde hace decenios, la lucha contra el militarismo constituye un elemento importante de nuestra agitación. Ya desde los tiempos de la vieja internacional³⁰⁹ viene siendo objeto de deliberaciones y resoluciones en casi todos los congresos, tanto internacionales como del partido alemán. A este respecto, el señor fiscal habría tenido a su disposición un riquísimo material del mayor interés. No puedo yo exponer ante ustedes, desgraciadamente, todo el material pertinente. Pero, al menos, permítanme que aduzca aquí lo más importante.

309. Se trata de la Primera Internacional, que existió entre 1864 y 1876.

Ya el congreso internacional de Bruselas, celebrado en 1868, hizo referencia a medidas prácticas para impedir la guerra. Entre otras cosas, en su resolución dice:

“[dado] que los pueblos pueden ya ahora reducir el número de guerras oponiéndose a aquellos que las declaran y causan;

“que este derecho les asiste sobre todo a las clases trabajadoras, ya que son casi las únicas que son llamadas al servicio militar, por lo que sólo ellas pueden aprobar o no las guerras;

“que disponen en este sentido de un medio eficaz, legal y de realización inmediata;

“que la sociedad no podría en verdad vivir si la producción cesase por un tiempo, por lo cual los productores no tendrían sino que parar su trabajo para hacerles imposible su empresa a los gobiernos despóticos y personales;

“el congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, reunido en Bruselas, resuelve protestar del modo más enérgico contra la guerra e invita a todas las secciones de la Asociación en todos los países, así como a todos los sindicatos de trabajadores y organizaciones obreras sin distinción, a actuar con el mayor celo para impedir la guerra de un pueblo contra otro, que sería, por ser una guerra entre productores, es decir, entre hermanos y ciudadanos, una guerra civil.

“En particular, el congreso aconseja a los trabajadores que, en caso de que se declare la guerra en su país, cesen el trabajo”.

No voy a pararme en las demás y numerosas resoluciones de la vieja internacional, y paso a los congresos de la nueva internacional³¹⁰. El congreso de Zúrich de 1893 declaró:

“La posición de los trabajadores con respecto a la guerra está claramente marcada por la resolución del congreso de Bruselas sobre el militarismo. La socialdemocracia revolucionaria internacional tiene el deber de oponerse en todos los países y con todas sus fuerzas a las tendencias chovinistas de la clase dominante, estrechar cada vez más el vínculo de solidaridad que une

310. Se refiere a la Segunda Internacional, fundada en 1889.

a los obreros de todos los países y actuar sin descanso para acabar con el capitalismo, que ha dividido a la humanidad en dos campos enemigos, incitando a unos pueblos contra otros. Con la supresión del dominio de clase desaparecerá también la guerra. El final del capitalismo significará la paz mundial”.

El congreso de Londres de 1896 declaró:

“Sólo la clase obrera puede tener seriamente la voluntad y dotarse de los medios para conseguir la paz mundial. Por lo tanto exige:

“1. Supresión simultánea de los ejércitos permanentes en todos los países e introducción del armamento del pueblo.

“2. Institución de un tribunal internacional de arbitraje cuyas sentencias tengan fuerza de ley.

“3. Decisión definitiva y directa por el pueblo sobre la guerra o la paz en caso de que los gobiernos no acepten las decisiones del tribunal de arbitraje”.

El congreso de París de 1900 recomienda, como método práctico de lucha contra el militarismo:

“que los partidos socialistas hagan suya la tarea de educar y organizar a la juventud en un espíritu de lucha contra el militarismo y cumplan este empeño con el mayor celo”.

Permítanme que cite todavía un pasaje importante de la resolución del congreso de Stuttgart de 1907 en el que se sintetizaba ya de un modo muy gráfico toda una serie de actividades prácticas de la socialdemocracia en la lucha contra la guerra. Dice así:

“Desde el congreso internacional de Bruselas, el proletariado, en su incansable lucha contra el militarismo con la negativa de los medios para el armamento de tierra y mar y con los esfuerzos por la democratización de la organización militar con una insistencia y un éxito crecientes, ha recurrido de hecho a las más diversas formas de acción encaminadas a impedir el estallido de guerras o a poner fin a las ya declaradas, así como a aprovechar la sacudida de la sociedad provocada por las guerras, para liberar a la clase obrera: tal fue el caso, por ejemplo, de los acuerdos de los sindicatos ingleses y franceses tras el incidente

de Fachoda³¹¹, dirigidos a asegurar la paz y a restablecer las relaciones de amistad entre Inglaterra y Francia; de la actuación de los partidos socialistas en los parlamentos alemán y francés en el curso de la crisis de Marruecos³¹² y de las manifestaciones organizadas por ellos con el mismo fin; de la acción conjunta de los socialistas de Austria e Italia, que se reunieron en Trieste para prevenir un conflicto entre ambos estados; también de la enérgica acción de los trabajadores socialistas de Suecia para impedir un ataque contra Noruega³¹³; así como, finalmente, de los heroicos sacrificios y luchas de masas de los obreros y campesinos socialistas de Rusia y Polonia en la resistencia contra la guerra desencadenada por el zarismo³¹⁴, para poner fin a éste y para aprovechar la crisis para liberar al país y a las clases trabajadoras.

“Todas estas actuaciones testimonian el creciente poder del proletariado y su creciente presión encaminada a asegurar el mantenimiento de la paz por medio de su decidida intervención”.

Y ahora pregunto yo: ¿encuentran ustedes, señores, en todas estas resoluciones y acuerdos, siquiera una exhortación dirigida a colocarnos ante los soldados y gritarles: ¡No disparéis!? Y ello, ¿por qué? ¿Acaso porque tenemos miedo a las consecuencias de este tipo de agitación, a los artículos correspondientes del Código Penal? Ay, ¡pobres de nosotros si, por temor a las consecuencias, dejásemos de hacer algo que consideramos justo y necesario! No. No lo hacemos porque nos decimos: esos que están bajo el llamado pabellón del rey no son, en realidad, sino una parte del pueblo trabajador, y cuando éste llegue al necesario convencimiento con respecto a lo reproachable de las guerras y advierta que éstas son un enemigo del pueblo,

311. Localidad sudanesa, a orillas del Nilo Blanco, de la que Francia intentó apoderarse en 1898, lo que puso a ambos países al borde de la guerra.

312. En marzo de 1905, el káiser visitó Tánger y reclamó para Alemania derechos sobre los recursos minerales de Marruecos, lo que fue tomado como una provocación por el imperialismo francés, que los reclamaba para sí. Esto abrió una crisis en las relaciones entre ambos gobiernos, zanjada un año más tarde a favor de Francia.

313. Noruega se independizó de Suecia en 1905.

314. Se refiere a la revolución rusa de 1905, provocada por la guerra ruso-japonesa de 1904-05.

entonces también los soldados sabrán por sí mismos, sin necesidad de exhortaciones desde fuera, lo que tendrán que hacer cuando llegue el momento.

Como ven, señores, nuestra agitación contra el militarismo no es tan pobre ni tan simplista como se la imagina el señor fiscal. Tenemos tantos y tan variados medios de intervención: educación de la juventud (que llevamos a cabo con celo y con éxito considerable a pesar de todas las dificultades que se ponen en nuestro camino), propaganda del sistema de milicias, concentraciones de masas, manifestaciones callejeras... Finalmente, consideren el caso italiano. ¿Cómo respondieron allí los trabajadores conscientes a la aventura bélica de Trípoli³¹⁵? Con una huelga de masas ejecutada del modo más brillante. ¿Y cómo reaccionó ante esto la socialdemocracia alemana?

El 12 de noviembre, los trabajadores berlineses adoptaron en doce asambleas una resolución en la que se felicitaba a los compañeros italianos por la huelga de masas.

¡Sí, la huelga de masas!, dice el fiscal. Justo aquí cree haberme pillado, una vez más, en mis más peligrosas intenciones atentatorias contra el Estado. El fiscal ha basado hoy su acusación muy especialmente en observaciones sobre mi agitación en favor de la huelga de masas, con la que asoció las más siniestras perspectivas de revolución violenta, como sólo pueden existir en la fantasía de un fiscal prusiano. Señor fiscal: si viese en usted la más mínima capacidad de discernimiento en lo que se refiere al pensamiento de la socialdemocracia, a una noble concepción de la historia, le replicaría, como expongo con éxito en todas las reuniones populares, que las huelgas de masas, en tanto que un período determinado del desarrollo de las condiciones actuales, no se “hacen”, igual que no se “hacen” las revoluciones. Las huelgas de masas son una etapa de la lucha de clases a la que, en cualquier caso, conduce con necesidad natural nuestra evolución. Todo nuestro papel, de la socialdemocracia, con respecto a ellas consiste en hacer consciente a la clase obrera de esta tendencia del desarrollo, para que los trabajadores estén a la altura de sus tareas y actúen como una masa popular educada, disciplinada, madura, decidida y enérgica.

315. En septiembre de 1911, Italia invadió Trípoli y la Cirenaica, territorios bajo dominio del Imperio otomano. La guerra acabó un año más tarde con la derrota turca, iniciándose así la colonización italiana de Libia.

Ya lo ven: una vez más, al introducir el fiscal en la acusación el fantasma de la huelga de masas tal como él la entiende, quiere en realidad castigarme por sus ideas, no por las mías.

Y aquí quiero acabar. Sólo quisiera hacer otra observación.

En su exposición, el señor fiscal ha dedicado especial atención a mi humilde persona. Ha dicho de mí que soy el gran peligro para la seguridad del Estado e incluso no ha rehuído descender al nivel de la demagogia y llamarme “Rosa la roja”. Sí, se ha atrevido incluso a sospechar de mi honorabilidad personal, al plantear la hipótesis de que huiría en caso de que se pronuncie contra mí una sentencia condenatoria.

Señor fiscal: voy a eludir, por lo que a mi persona hace, responder a todos sus ataques. Pero quiero decirle una cosa: ¡No conoce usted a la socialdemocracia!

En el año 1913, por ejemplo, muchos de sus colegas sudaron lo suyo para que a toda nuestra prensa se le impusiese una pena global de 60 meses de prisión. [*El presidente del tribunal la interrumpe: “No podemos tolerar discursos políticos aquí. Tratamos el caso jurídicamente, no políticamente”*]. ¿Oyó usted, acaso, que al menos uno de los pecadores hubiese huido por miedo al castigo? ¿Es que cree usted que esa enormidad de castigos hará que ni un solo socialdemócrata vacile o dude en el cumplimiento de su deber? ¡Ah, no; nuestra obra se burla de todas las sutilezas de sus artículos penales, se afirma y crece a pesar de todos los fiscales!

Para acabar, unas palabras sobre el incalificable ataque, destinado a volverse contra sus autores.

El fiscal ha dicho literalmente (lo he anotado) que solicitaba mi encarcelamiento inmediato porque “sería incomprensible que la acusada no huyese”. Esto quiere decir, con otras palabras: “Si yo, fiscal, tuviese que cumplir un año de cárcel, huiría”. Señor fiscal: le creo, usted huiría. Pero un socialdemócrata no huye. Responde de sus actos y se ríe de sus castigos.

¡Y ahora me pueden condenar!

3. EL VOTO CONTRA LOS CRÉDITOS DE GUERRA

Karl Liebknecht

2 de diciembre de 1914

Mi voto hoy contra los créditos de guerra se justifica así: esta guerra, que ninguno de los pueblos involucrados desea, no ha estallado para beneficiar al pueblo alemán ni a ningún otro. Es una guerra imperialista, es una guerra por el control de los mercados mundiales y por la dominación política de importantes territorios en interés del capitalismo industrial y financiero. Causó una guerra preventiva en forma de carrera armamentista provocada al alimón por los partidos de la guerra alemán y austríaco en la oscuridad del semiabsolutismo y de la diplomacia secreta. Es también un intento bonapartista³¹⁶ para desmoralizar y destruir al ascendente movimiento obrero. Los meses transcurridos³¹⁷ así nos lo han enseñado con creciente claridad, a pesar de la confusión derrochada.

El lema alemán “Contra el zarismo” —como el lema británico y francés “Contra el militarismo”— ha servido para movilizar las más nobles inclinaciones, las tradiciones revolucionarias y las esperanzas del pueblo en favor del odio entre los pueblos. Alemania, la cómplice del zarismo, a día de hoy el país modelo de la reacción política, no tiene ninguna vocación de liberadora de los pueblos. La liberación del pueblo ruso y del pueblo alemán debe ser obra del propio pueblo.

316. En la teoría marxista, el término “bonapartista” define una situación política en que el aparato del Estado actúa con una cierta independencia respecto a las clases sociales, aunque temporalmente, puesto que todo Estado tiene un carácter de clase. El bonapartismo puede ser tanto burgués como proletario.

317. La guerra había comenzado en julio.

Esta guerra no es una guerra en defensa de Alemania. Su carácter histórico y su curso impiden que confiemos en un gobierno capitalista cuando declara que solicita los créditos para defender la patria.

Debemos exigir una pronta paz, sin humillaciones para nadie y sin anexiones. Todo esfuerzo en esta dirección debe ser bienvenido. Sólo el simultáneo y continuo fortalecimiento de las corrientes que tienen tal paz como objetivo en todos los países beligerantes podrá parar esta sangrienta carnicería antes del completo agotamiento de todos los pueblos involucrados. Sólo sobre la base de la solidaridad internacional de la clase obrera y de la libertad de todos los pueblos podrá alcanzarse una paz duradera. Por lo tanto, es el deber del proletariado de todos los países impulsar, incluso durante la guerra, una labor socialista conjunta en favor de la paz.

Yo apoyo los créditos de ayuda a las víctimas, cuyo importe es insuficiente. Apoyo todo lo que pueda llevar un alivio a nuestros hermanos en el campo de batalla, así como a los heridos y enfermos, por quienes siento la más profunda compasión; también a este respecto lo que se demanda es insuficiente. Pero como protesta contra la guerra, contra quienes la han causado y la dirigen, contra las políticas capitalistas que la han invocado, contra los fines capitalistas que persigue, contra los planes anexionistas y la violación de la neutralidad de Bélgica y de Luxemburgo, contra la dictadura militar y contra el total abandono de los deberes sociales y políticos de que son culpables el gobierno y las clases dominantes, voto contra los créditos de guerra solicitados.

4. EL ENEMIGO PRINCIPAL ESTÁ EN CASA

Karl Liebknecht

Mayo 1915

Lo que se llevaba esperando día tras día desde hace diez meses, desde el ataque austríaco contra Serbia, ha ocurrido: *la guerra con Italia está ahí.*

Las masas de los países en guerra han comenzado a liberarse de las telarañas de mentiras oficiales. La comprensión de las causas y objetivos de la guerra mundial, de quién es directamente responsable de su estallido, se ha extendido incluso entre el pueblo alemán. Los locos desvaríos sobre la “sagrada guerra” han ido perdiendo cada vez más su ímpetu, el entusiasmo por la guerra se ha debilitado, *el deseo de una pronta paz* ha crecido poderosamente por todas partes... ¡incluso en el ejército!

Esto fue un gran problema para los imperialistas alemanes y austríacos, que buscaban en vano una salvación. Ahora parece que la han encontrado. La entrada de Italia en la guerra debería ofrecerles una oportunidad, muy bienvenida, para desatar un *nuevo frenesí de odio nacionalista*, ahogar el deseo de paz y difuminar el rastro de su propia culpa. Están apostando a la desmemoria del pueblo alemán, a su indulgencia demasiadas veces puesta a prueba.

Si este plan tiene éxito, el resultado de diez meses de experiencia sangrienta sería destruido, el proletariado internacional sería una vez más desarmado, eliminado completamente como factor político independiente.

Este plan debe ser echado por tierra, y lo será si la parte del proletariado alemán que ha permanecido fiel al socialismo internacional sigue siendo consciente y merecedora de su misión histórica en estos tiempos monstruosos.

Los enemigos del pueblo cuentan con la desmemoria de las masas... Nosotros le oponemos la siguiente consigna:

¡APRENDEDLO TODO, NO OLVIDÉIS NADA!

¡No olvidéis nada!

Cuando el conflicto estalló, hemos visto cómo las masas fueron sometidas a los objetivos capitalistas de la guerra, con embaucadoras melodías de las clases dominantes. Hemos visto cómo las brillantes burbujas de la demagogia han explotado; cómo los tontos sueños de agosto se desvanecieron; cómo, en lugar de felicidad, cayeron sobre el pueblo el sufrimiento y la miseria; cómo las lágrimas de las viudas y los huérfanos de guerra crecieron hasta formar grandes torrentes; cómo el mantenimiento de la ignominia de las tres clases, la impenitente canoización de la *Cuatrinidad* (semiabsolutismo, dominación de los junkers, militarismo y arbitrariedad policial) se convirtió en la amarga verdad.

A través de esta experiencia hemos sido advertidos: ¡aprendedlo todo, no olvidéis nada!

Ofensivos son los discursos con los que el imperialismo italiano se regodea hablando de sus pillajes; ofensivas son esas escenas de tragicomedia romántica en las que se presenta la bien conocida mueca de la “tregua civil³¹⁸”. Pero más ofensivo es todavía que en todo esto podemos reconocer, como reflejados en un espejo, los métodos alemanes y austríacos de julio y agosto de 1914.

Los instigadores italianos de la guerra se merecen todas las denuncias. Pero sólo son copias de los instigadores alemanes y austríacos, que son los principales responsables del estallido de la guerra. ¡Dios los cría... [y ellos se juntan]!

¿A QUIÉN PUEDEN AGRADECERLE LOS ALEMANES ESTA NUEVA DESGRACIA?

¿A quién pueden exigirle explicaciones por las nuevas pilas de cadáveres que se van a amontonar?

318. Iniciativa política lanzada por el káiser en agosto de 1914, tras la aprobación de los créditos de guerra. Los parlamentarios alemanes acordaron no convocar elecciones mientras durasen las hostilidades y suspender la actividad política, lo que esencialmente significó dejar en manos del gobierno reaccionario y de la cúpula militar todas las decisiones fundamentales.

Esto todavía es cierto: el ultimátum austríaco a Serbia del 23 de julio de 1914 fue la chispa que incendió el mundo, aunque ese fuego haya tardado en propagarse a Italia.

Esto todavía es cierto: ese ultimátum fue la señal para la redistribución del mundo y necesariamente convocó a todos los estados capitalistas saqueadores a participar en el plan.

Esto todavía es cierto: ese ultimátum contenía la cuestión de la dominación sobre los Balcanes, Asia Menor y todo el Mediterráneo, y por lo tanto contenía en un solo golpe todos los antagonismos entre Austria-Alemania e Italia.

Si los imperialistas alemanes y austríacos tratan ahora de ocultarse detrás del decorado del pillaje italiano y del telón de la deslealtad italiana, autoadjudicándose la toga de la indignación moral y la inocencia agraviada —cuando en Roma sólo han encontrado a sus iguales—, entonces merecen el más cruel de los desprecios.

“¡No olvidéis nada!” es de aplicación a cómo los muy honorables patriotas alemanes *jugaron con el pueblo alemán en la cuestión italiana*.

El tratado de la Triple Alianza con Italia siempre fue una farsa; ¡todos fuisteis engañados!³¹⁹

Los expertos siempre han sabido que, en caso de guerra, Italia sería un contrincante seguro de Alemania y Austria; ¡pero os hicieron creer que sería un aliado seguro!

Una buena parte del destino de Alemania en la política mundial se decidió en el tratado de la Triple Alianza, firmado y renovado sin consultaros; ¡hasta el día de hoy, ni una sola letra de ese tratado ha sido compartida con vosotros!

El ultimátum austríaco a Serbia, con el cual una pequeña camarilla tomó a toda la humanidad por sorpresa, rompió el tratado entre Austria e Italia; nadie os dijo nada de esto.

319. La Triple Alianza fue un bloque imperialista formado por Alemania, Austria-Hungría e Italia a finales del siglo XIX y dirigido principalmente contra Rusia y Francia (que en 1907 fraguarían, junto con Gran Bretaña, un bloque rival, la Triple Entente). Italia entró en ella haciendo la salvedad de que cumpliría los compromisos contraídos con Gran Bretaña, de la que dependía financieramente, si esta no se encontraba entre los enemigos de la Triple Alianza. Al comenzar la Primera Guerra Mundial, Italia se declaró neutral, pero en mayo de 1915 se unió a la Entente y entró en guerra con sus exaliados.

Ese ultimátum fue lanzado con la expresa condena de Italia; esto se os ocultó.

El 4 de mayo de este año, Italia disolvió su alianza con Austria. *Este hecho crucial se les ocultó al pueblo alemán y al pueblo austriaco hasta el 18 de mayo*; sí, a pesar de la verdad, fue *negado oficialmente*, una repetición del engaño al pueblo alemán y al Reichstag sobre el ultimátum alemán a Bélgica del 2 de agosto de 1914.

Nadie os dio ninguna influencia en las negociaciones de Alemania y Austria con Italia, de las que dependía la intervención de Italia en la guerra. *Se os trató como menores de edad en esta cuestión vital*, mientras que el partido de la guerra, la diplomacia secreta, un puñado de gente en Berlín y Viena, echaban los dados sobre el destino de Alemania.

El torpedeo del *Lusitania*³²⁰ no sólo consolidó el poder de los partidos de la guerra en Gran Bretaña, Francia y Rusia, sino que invitó a un grave conflicto con EEUU, puso a todos los países neutrales en contra de Alemania con apasionada indignación y *facilitó el trabajo desastroso del partido de la guerra italiano en el momento crítico*. El pueblo alemán también debía permanecer en silencio sobre esto; el puño de hierro del estado de sitio se cerró sobre sus gargantas.

Ya en marzo de este año pudieron haberse iniciado las negociaciones de paz (la oferta fue hecha por Gran Bretaña), pero la ambición de ganancias de los imperialistas alemanes llevó a rechazarlas. Las prometedoras negociaciones de paz fueron arruinadas por los partidos alemanes interesados en las conquistas coloniales a gran escala y en la anexión de Bélgica y de la Lorena francesa, por los capitalistas de las grandes compañías navieras alemanas y por los agitadores de la industria pesada alemana.

Esto también se le ocultó al pueblo alemán; una vez más, nadie os consultó.

Preguntamos: ¿A quién le puede agradecer el pueblo alemán la continuación de la horrenda guerra y la intervención de Italia?

320. El transatlántico británico *Lusitania* (que, además de pasajeros, transportaba suministros militares) fue hundido por un submarino alemán el 7 de mayo de 1915, causando más de mil muertos, entre ellos muchos civiles estadounidenses. La tragedia fue utilizada para justificar la entrada de EEUU en la guerra en 1917.

¿A quién sino a la gente irresponsable de su propio país, que es la responsable?

¡APRENDEDLO TODO, NO OLVIDÉIS NADA!

Para la gente que piensa, la imitación italiana de las acciones de Alemania desde el verano del año pasado no puede ser un acicate para nuevas locuras bélicas, sólo un impulso para ahuyentar las esperanzas fantasmales en una nueva aurora de justicia política y social, sólo una nueva luz para iluminar las responsabilidades políticas y para desenmascarar el peligro público que representan los belicistas austríacos y alemanes, sólo una nueva acusación contra ellos.

Pero la regla “aprender y no olvidar” se aplica ante todo a la *heroica lucha contra la guerra que libraron, y aún libran, nuestros camaradas italianos*. Luchas en la prensa, en reuniones, en manifestaciones callejeras, luchas con energía y audacia revolucionarias, desafiando en cuerpo y alma el impacto rabioso de las oleadas nacionalistas con que fueron fustigados por las autoridades. Nuestras más entusiastas felicitaciones por su lucha. ¡Que su espíritu sea nuestro ejemplo! ¡Ojalá fuera ese el modelo de la Internacional!

Si lo hubiese sido desde esos días de agosto, el mundo estaría mejor. El proletariado internacional estaría mejor.

¡PERO LA VOLUNTAD RESUELTA DE LUCHAR NO PUEDE LLEGAR DEMASIADO TARDE!

La absurda consigna “aguantemos” ha tocado fondo; sólo nos hunde más y más en la vorágine del genocidio. La lucha de clases internacional del proletariado contra el genocidio imperialista internacional es el mandamiento socialista de la hora.

¡EL ENEMIGO PRINCIPAL DE UN PUEBLO ESTÁ EN SU PROPIO PAÍS!

El enemigo principal del pueblo alemán está en Alemania: el imperialismo alemán, el partido alemán de la guerra, la diplomacia secreta alemana. Este enemigo interior debe ser combatido por el pueblo alemán en una lucha política, cooperando con el proletariado de los demás países, cuya lucha es contra sus propios imperialistas.

Sabemos una cosa con el pueblo alemán: no tenemos nada en común con los Tirpitz y Falkenhayn alemanes, con el gobierno ale-

mán de opresión política y esclavitud social. Nada con ellos, todo con el pueblo alemán. *¡Todo para el proletariado internacional, por el bien del proletariado alemán y de la humanidad oprimida!*

Los enemigos de la clase obrera están contando con la desmemoria de las masas —es un grave error de cálculo; están apostando a la paciencia de las masas—, pero nosotros elevamos este grito vehemente:

¿Por cuánto tiempo los tahúres imperialistas abusarán de la paciencia del pueblo? ¡La carnicería es suficiente y más que suficiente! ¡Abajo los instigadores de la guerra, de aquí y del extranjero!

¡ALTO AL GENOCIDIO!

Proletarios de todos los países, ¡seguid el heroico ejemplo de vuestros hermanos italianos! ¡Uníos a la lucha de clases internacional contra las conspiraciones de la diplomacia secreta, contra el imperialismo, contra la guerra, por una *paz en el espíritu del socialismo!*

¡EL ENEMIGO PRINCIPAL ESTÁ EN CASA!

5. TESIS SOBRE LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA INTERNACIONAL

Rosa Luxemburgo

1 de enero de 1916

Un gran número de camaradas de todas partes de Alemania han aceptado las siguientes tesis, que representan una aplicación del programa de Erfurt³²¹ a los problemas actuales del socialismo internacional.

1) La guerra mundial ha destruido los resultados de un trabajo de cuarenta años del socialismo europeo, devaluando la importancia de la clase obrera revolucionaria como factor de poder político, destruyendo la autoridad moral del socialismo, haciendo saltar en pedazos la internacional proletaria y llevando a sus secciones a una guerra fratricida entre ellas, y encadenando al curso del imperialismo los deseos y las esperanzas de las masas populares de los principales países capitalistas desarrollados.

2) Con la aprobación de los créditos de guerra y la proclamación de la tregua civil, los dirigentes oficiales de los partidos socialistas en Alemania, Francia y Gran Bretaña (a excepción del Partido Laborista Independiente británico) han fortalecido la retaguardia del imperialismo, han movido a las masas populares a soportar pacientemente la miseria y los horrores de la guerra, han contribuido al desencadenamiento desenfrenado de la furia imperialista, a la prolongación de la matanza y al aumento de sus víctimas, haciéndose así corresponsables de la guerra y sus consecuencias.

3) Esa táctica de los dirigentes socialistas oficiales en los países beligerantes, sobre todo en Alemania, hasta ahora el país dirigente

321. Programa del SPD aprobado en el congreso celebrado en la localidad de Erfurt (1891); sustituyó al programa de Gotha.

en la internacional, significa una traición a los principios más elementales del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera y a los intereses democráticos de todos los pueblos. Por culpa de ellos, las políticas socialistas también han sido condenadas a la impotencia en aquellos países en los que los partidos han permanecido fieles a su deber: Rusia, Serbia, Italia y —con una excepción— Bulgaria.

4) En la medida en que la socialdemocracia oficial de los países dirigentes ha abandonado la lucha de clases durante la guerra, aplazándola hasta el final de la misma, le ha garantizado a las clases dominantes de todos los países un respiro que le permitirá fortalecer sus posiciones económicas, políticas y morales a costa del proletariado.

5) La guerra mundial no responde ni a las necesidades de la defensa nacional ni a los intereses económicos o políticos de las masas. Solamente es el resultado de las rivalidades imperialistas entre las clases capitalistas de varios países por el dominio mundial y por el monopolio para expoliar y oprimir los territorios que todavía no están dominados por el capitalismo. En esta era de imperialismo desenfrenado, ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo son un pretexto para engañar a las masas obreras y ponerlas al servicio de su enemigo mortal, el imperialismo.

6) De la política de los Estados imperialistas y de la guerra imperialista no pueden surgir la libertad y la independencia para ninguna nación oprimida. Las pequeñas naciones, cuyas clases dominantes son apéndices y cómplices de sus hermanos de clase de las naciones grandes, representan sólo piezas de ajedrez en el juego imperialista de las grandes potencias. Al igual que las masas obreras, están siendo instrumentalizadas durante la guerra, y cuando esta acabe serán sacrificadas a los intereses capitalistas.

7) Bajo tales circunstancias, cualquier derrota y cualquier victoria en esta guerra mundial significará una derrota del socialismo y de la democracia. Acabe como acabe —exceptuando la intervención revolucionaria del proletariado internacional—, aumentará el militarismo, las divisiones internacionales y las rivalidades económicas mundiales. La guerra está incrementando la explotación capitalista, fortaleciendo la reacción política en los diferentes países, debilitando el control de la opinión pública y rebajando cada vez más los par-

lamentos a meros instrumentos obedientes del militarismo. De esta forma, la actual guerra mundial está engendrando todas las premisas para nuevas guerras.

8) La paz mundial no puede ser garantizada por planes utópicos, y en el fondo reaccionarios, como los tribunales de arbitraje formados por diplomáticos capitalistas, los acuerdos diplomáticos de “desarme”, “libre navegación marítima”, “abolición del derecho de abordaje”, “federaciones europeas”, “uniones aduaneras centroeuropeas”, “países tapón” y cosas similares. El imperialismo, el militarismo y las guerras no podrán ser eliminados ni debilitados mientras no se cuestione la dominación de la clase capitalista. Y la única manera eficaz de oponerse a ella, la única garantía de la paz mundial, es la capacidad de acción política del proletariado internacional y su voluntad revolucionaria de entregarse en cuerpo y alma a la lucha.

9) El imperialismo, como fase última y superior de desarrollo de la dominación política mundial del capitalismo, es el enemigo mortal común del proletariado de todos los países. Pero el imperialismo comparte con las fases anteriores del capitalismo el destino de, a medida que se desarrolla, fortalecer el poder de su enemigo mortal. Acelera la concentración del capital, mina las capas medias, hace crecer el proletariado, despierta la resistencia creciente de las masas, conduciendo así a la intensificación de los conflictos de clase. En la guerra como en la paz, la lucha de clase del proletariado debe dirigirse principalmente contra el imperialismo. Para el proletariado internacional, la lucha contra el imperialismo es al mismo tiempo la lucha por el poder político del Estado, el enfrentamiento decisivo entre socialismo y capitalismo. El objetivo final socialista sólo será alcanzado por el proletariado internacional si, dispuesto al mayor de los sacrificios, se agrupa para oponerse con todas sus fuerzas al imperialismo y hace de la consigna “Guerra a la guerra” el principio rector de su acción política práctica.

10) Para ello, la principal tarea del socialismo hoy es reagrupar al proletariado de todos los países en una fuerza revolucionaria viva, convertirlo —mediante una fuerte organización internacional con tácticas uniformes y con capacidad para la acción política tanto en la paz como en la guerra— en el factor decisivo de la vida política, papel que le ha sido asignado por la historia.

11) La guerra ha roto la Segunda Internacional. Su fracaso ha sido confirmado por su incapacidad para contener la fragmentación nacional durante la guerra o para que el proletariado de todos los países adoptase tácticas y acciones comunes.

12) Ante la traición de los representantes oficiales de los partidos socialistas de los países líderes a los objetivos e intereses de la clase obrera, ante su paso del campo de la internacional proletaria al campo del imperialismo burgués, es una necesidad vital para el socialismo crear una nueva internacional obrera que se haga con la dirección y unifique la lucha de clase revolucionaria contra el imperialismo en todos los países.

Para cumplir su misión histórica, la nueva internacional deberá guiarse por los siguientes principios:

a) La lucha de clases en el seno de cada estado burgués contra las clases dominantes y la solidaridad internacional del proletariado de todos los países son dos reglas inseparables de la clase obrera en su lucha histórico-mundial por la liberación. No hay socialismo sin solidaridad internacional del proletariado, no hay socialismo sin lucha de clases. El proletariado socialista no puede renunciar, ni en la guerra ni en la paz, a la lucha de clases y a la solidaridad internacional, sin cometer un suicidio.

b) La acción de clase del proletariado de todos los países debe marcarse como fin principal, tanto en la guerra como en la paz, combatir el imperialismo y prevenir las guerras. La acción parlamentaria, así como la acción sindical y toda la actividad del movimiento obrero, deben subordinarse al objetivo de enfrentar lo más radicalmente posible al proletariado de cada país con su burguesía nacional, de resaltar en todo momento la oposición política e intelectual entre ambas clases, poniendo al mismo tiempo en primer plano y fomentando la solidaridad internacional del proletariado de todos los países.

c) La internacional es el centro de la organización de clase del proletariado. En tiempos de paz, la internacional decidirá sobre las tácticas de las secciones nacionales respecto al militarismo, la política colonial, la política comercial, la conmemoración del Primero de Mayo y también sobre todo lo que tiene que ver con las tácticas a seguir en tiempos de guerra.

d) El deber de aplicar las resoluciones de la internacional está por encima de todos los demás deberes de la organización. Las secciones nacionales que contravengan esas resoluciones perderán el derecho a pertenecer a la internacional.

e) En las luchas contra el imperialismo y la guerra, la fuerza decisiva sólo puede ser usada por las masas compactas del proletariado de todos los países. Por lo tanto, las tácticas de las secciones nacionales deben dirigirse principalmente a educar a las amplias masas para que adquieran capacidad de acción política y puedan desplegar una iniciativa decidida, deben dirigirse a asegurar el contexto internacional de la acción de masas, a construir las organizaciones políticas y sindicales para que, mediante su actuación, esté garantizada en todo momento la rápida y enérgica cooperación de todas las secciones, y que la voluntad de la internacional se traduzca en acciones de las más amplias masas obreras de todos los países.

f) La tarea más inmediata del socialismo es liberar al proletariado de la tutela intelectual de la burguesía, que se manifiesta en la influencia de la ideología nacionalista. Desde los parlamentos y desde la prensa, las secciones nacionales deben denunciar que la vieja retórica del nacionalismo es un instrumento de la dominación burguesa. En la actualidad, la única defensa de la verdadera libertad nacional es la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria de los proletarios, a cuya defensa hay que subordinar todo lo demás, es la internacional socialista.

6. ¿QUÉ QUIERE LA LIGA ESPARTACO?

Rosa Luxemburgo
14 de diciembre de 1918

I

El 9 de noviembre, los obreros y soldados han destruido el antiguo régimen de Alemania. En los campos de batalla franceses se habían desvanecido las sanguinarias ilusiones de la dominación mundial del sable prusiano. Las bandas criminales que propiciaron el incendio universal y sumergieron a Alemania en un mar de sangre han tenido el final que merecían. Y el pueblo, engañado durante cuatro años, que al servicio de Moloc había olvidado su obligación cultural, su sentido del honor y el más mínimo residuo humanitario, después de cuatro años ha despertado de su pético letargo y se ha encontrado al borde del abismo.

El 9 de noviembre, el proletariado alemán se ha sublevado y se ha sacudido tan infame yugo. Los Hohenzollern han sido derribados y en su lugar han sido elegidos consejos de obreros y soldados.

Sin embargo, los Hohenzollern nunca fueron más que brazos ejecutores de la burguesía imperialista y de la aristocracia latifundista. La burguesía y su hegemonía de clase: he aquí el verdadero culpable de la guerra mundial, tanto en Alemania como en Francia, en Rusia como en Gran Bretaña, en Europa como en América. Los capitalistas de todos los países: ellos son los auténticos instigadores de la matanza entre los pueblos. El capital internacional: he aquí al monstruo insaciable que ha engullido millones de vidas humanas con su boca rezumando sangre.

La guerra mundial ha colocado a la sociedad frente a una alternativa: la continuación del capitalismo, con nuevas guerras y un próximo holocausto en el caos y la anarquía, o bien la liquidación de la explotación capitalista.

El fin de la guerra mundial es el testimonio definitivo que debe privar a la burguesía de sus derechos de existencia. La burguesía ya no es capaz de sacar a la sociedad del terrible desastre económico dejado por la orgía imperialista.

Infinidad de medios de producción han sido destruidos, millones de obreros, los mejores y más laboriosos hombres de la clase obrera, han sido sacrificados. Y a los que siguen con vida, el desempleo les espera a su regreso. El hambre y las enfermedades amenazan con destruir de raíz las energías del pueblo. La bancarrota financiera del Estado se anuncia como el resultado inevitable de las deudas de guerra.

Para salir de este desorden sangriento y escapar al abismo, no hay otro recurso, no queda otra vía, otra salvación, que el socialismo. Solamente la revolución proletaria mundial puede introducir la armonía en este caos, puede asegurar pan y trabajo para todos, puede poner punto final a la matanza entre los pueblos y aportar a la humanidad agotada lo único que ansía después de tanta destrucción: la paz, la libertad, una verdadera civilización. ¡Abajo el sistema asalariado! He aquí la consigna del momento. El trabajo asalariado y la hegemonía de clase deben ser sustituidos por el trabajo cooperativo. Los instrumentos de trabajo deben dejar de ser monopolio de una clase, deben convertirse en bien común. ¡Basta de explotadores y de explotados! Regulación de la producción y distribución de los productos en interés de la comunidad. Abolición no sólo de las formas de producción actuales, basadas en la explotación y el robo, sino también del actual comercio, que no es más que un fraude.

En lugar de los patronos y sus esclavos asalariados, es necesario implantar la libre cooperación entre compañeros de trabajo. Cuando sea un deber para todo el mundo, el trabajo dejará de ser una tortura. Una existencia humana digna para todo aquel que cumpla para con la sociedad. Que el hambre deje de ser a partir de hoy la gran maldición del trabajo, para ser el castigo de los parásitos.

Sólo en una sociedad así serán erradicados el odio entre los pueblos y el vasallaje. Solamente a través del advenimiento de esta sociedad dejará la Tierra de ser violada por el asesinato de hombres. Solamente entonces podremos decir: ¡esta fue la última guerra!

En esta hora, el socialismo es la única esperanza de salvación de la humanidad. En las murallas de la sociedad capitalista en decadencia,

brillan como una premonición ardiente³²² las palabras de *El manifiesto comunista*: ¡Socialismo o barbarie!

II

La realización del orden social socialista es la tarea más gigantesca que jamás le haya correspondido a una clase y a una revolución en toda la historia de la humanidad. Tal tarea implica una total transformación del Estado, una subversión general de todas las bases económicas y sociales del mundo actual.

Esa transformación y esa subversión no pueden ser decretadas por una autoridad cualquiera, un comité o un parlamento. La iniciativa y su materialización solamente pueden partir y ser realizadas por las masas populares.

En todas las revoluciones precedentes, una pequeña minoría del pueblo dirigió la lucha revolucionaria, le dio una orientación, sirviéndose de las masas como instrumento para conducir sus intereses, los intereses de la minoría, a la victoria. La revolución socialista es la primera que puede alcanzar la victoria de los intereses de una gran mayoría del pueblo, a través de la acción de la gran mayoría, que son los trabajadores.

Las masas proletarias están llamadas no sólo a marcar claramente los objetivos y la orientación de la revolución. Deben también, por sí mismas, por su propia actividad, poner en marcha el socialismo, darle vida.

La esencia de la sociedad socialista consiste en que la gran masa de los trabajadores deja de ser una masa dirigida, para convertirse en una masa que vive ya por sí misma la vida en toda su plenitud política y económica, y la encauza por autodeterminación.

Desde las instancias superiores del Estado hasta el último rincón municipal, las masas proletarias deben liquidar los tradicionales ór-

322. Rosa Luxemburgo escribió “brillan como un *menetequel* ardiente”. El vocablo, que significa “anuncio de una catástrofe inminente”, procede del relato bíblico de la conquista de Babilonia por los persas, según el cual, durante un festín en el palacio del rey Baltasar, una mano mágica escribió en una pared las palabras “Mene, mene, tequel, ufarsin”, interpretadas por el profeta Daniel como el anuncio de la inminente destrucción del reino, lo que ocurriría esa misma noche.

ganos de dominación producto de la hegemonía burguesa: consejos de Estado, parlamentos, ayuntamientos, para sustituirlos por sus propios órganos de clase, los consejos de obreros y soldados, con los que deberán ocupar todos los cargos, asumir todas las funciones, calibrar todas las necesidades sociales y adaptar sus intereses de clase a las tareas socialistas. Solamente una recíproca influencia, permanentemente viva, entre las masas populares y sus órganos, los consejos de obreros y soldados, puede asegurar la evolución de la sociedad en un espíritu *socialista*.

Igualmente, la transformación económica solamente puede materializarse si el proceso es llevado adelante por la acción de las masas proletarias. Los decretos desnudos emanados de las más altas autoridades revolucionarias son meras frases vacías. Solamente la clase obrera, a través de su propia acción, puede transformar las palabras en hechos. En una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo contra el capital, fábrica por fábrica, en la presión directa de las masas, mediante la huelga, mediante la construcción de sus órganos permanentes, los trabajadores pueden adueñarse del control de la producción y, finalmente, hacerse con el poder efectivo.

Las masas proletarias deben aprender a superar su estatus de simples máquinas muertas que el capitalista aplica al proceso de producción, y convertirse en dirigentes pensantes, libres, protagonistas de esa misma producción social. Deben adquirir el sentimiento de su responsabilidad como miembros de la colectividad, única depositaria de toda la riqueza social. Deben mostrar su celo cuando el látigo patronal haya desaparecido y sostener una productividad que no requiera la vigilancia capitalista. Disciplina sin control y orden sin dominación. El más elevado idealismo en interés de la colectividad y el espíritu de iniciativa de un auténtico civismo son una base moral indispensable para la sociedad socialista, como la estupidez, el egoísmo y la corrupción lo son para el capitalismo.

Todas estas virtudes cívicas del socialismo, al igual que los conocimientos y las capacidades necesarias para gestionar las empresas socialistas, sólo pueden ser adquiridas por las masas obreras a través de su propia actividad, de su propia experiencia.

La socialización de la sociedad solamente puede lograrse con la lucha infatigable de las masas obreras en toda su profundidad y en todos los lugares donde el trabajo se enfrenta al capital, donde el

pueblo se enfrenta a la dominación de clase de la burguesía. La liberación de la clase obrera debe ser obra de la propia clase obrera.

III

En las revoluciones burguesas, la sangre derramada, el terror y la muerte política fueron las armas indispensables utilizadas por las clases ascendentes.

La revolución proletaria no precisa de terror alguno para alcanzar sus objetivos. Odia y aborrece el asesinato. No tiene necesidad de este medio de lucha porque no combate a individuos, sino a instituciones, porque no sale a escena con ingenuas ilusiones cuyas decepciones tuviese que vengar sanguinariamente. No es el intento desesperado de una minoría que busca modelar el mundo a su imagen y semejanza por medios violentos, sino la acción de amplias masas de millones de individuos llamados a realizar la misión histórica y a transformar las necesidades históricas en realidades.

Sin embargo, la revolución proletaria es, al mismo tiempo, el velo fúnebre de todo vasallaje, de toda opresión. Por ello, todos los capitalistas, latifundistas, pequeñoburgueses, oficiales y todos los aprovechados y los parásitos de la explotación y de la dominación de clase se alzan como un solo hombre en esta lucha a vida o muerte contra la revolución proletaria.

Es una ilusión creer que los capitalistas se avendrán plácidamente a acatar los veredictos socialistas de un parlamento, de una asamblea nacional. Es ingenuo creer que renunciarán a sus bienes, a sus beneficios, a sus privilegios derivados de la explotación. Todas las clases dominantes siempre han defendido encarnizadamente hasta el último aliento sus privilegios. Los patricios romanos, los señores feudales medievales, los caballeros ingleses, los mercaderes de esclavos estadounidenses, los boyardos de Valaquia, los empresarios textiles de Lyon³²³, todos ellos fueron responsables de matanzas, todos ellos vertieron ríos de sangre, dejaron rastros de cadáveres,

323. Alusión al aplastamiento de la llamada *revuelta de los Canuts* (trabajadores especializados en tejer la seda) de Lyon en 1831, una de las protestas obreras contra la introducción de maquinaria propias de la época de la revolución industrial y cuyo lema fue "Vivir libre trabajando o morir combatiendo".

cenizas y ruinas, recurrieron a la guerra civil y a la alta traición, con el único objetivo de mantener su poder y sus privilegios.

La clase de los capitalistas imperialistas, último eslabón de las clases explotadoras, ha superado en brutalidad, cinismo y maldad a todos sus predecesores. Para defender el sanctasanctórum de su existencia (sus beneficios y privilegios de la explotación), esa clase usará uñas y dientes, utilizará al máximo cada uno de los métodos fríamente implacables que han aparecido cotidianamente en la historia política colonial y en la última guerra mundial. Esa clase removerá cielo y tierra contra la revolución proletaria. Movilizará al campesinado contra las ciudades, excitará a los sectores más atrasados e ignorantes del proletariado contra su propia vanguardia. Convertirá a sus oficiales en organizadores de masacres, paralizará cada decisión socialista mediante mil y una tretas de resistencia pasiva. Lanzará a la garganta de la revolución bandas de delincuentes. Recurrirá incluso al enemigo externo, al sable asesino de los Clemenceau, Lloyd George y Wilson, para preservar su dominación interna. Transformará el país en un caos de ruinas humeantes, antes de renunciar a suprimir de buen grado la esclavitud del asalariado.

Todas esas resistencias deberán ser quebradas paso a paso, una por una, con puño de hierro, con una energía implacable. Es necesario oponer a la violencia de la contrarrevolución burguesa la violencia revolucionaria del proletariado. Frente a las emboscadas, las trampas y las triquiñuelas de la burguesía, hay que oponer la claridad de objetivos, la vigilancia y la iniciativa permanente de las masas proletarias. Frente al peligro amenazador de la contrarrevolución, el armamento del pueblo y el desarme de las clases poseedoras. Frente a las maniobras burguesas de obstrucción parlamentaria, la organización activa de las masas de obreros y soldados. Frente a la omnipresencia y la potencia de los medios de poder de la sociedad burguesa, la potencia, elevada a su más alto grado de concentración, cohesión e intensidad, de toda la clase trabajadora. Solamente un frente unido de todo el proletariado alemán (meridional y septentrional, urbano y campesino, obrero y militar), el contacto vivo y activo de la revolución alemana con la Internacional y la extensión de la revolución alemana para convertirla en revolución mundial del proletariado pueden crear los cimientos indispensables para construir el edificio del futuro.

La lucha por el socialismo es la más violenta de las guerras civiles que la historia haya conocido jamás, y la revolución proletaria debe preparar todas las herramientas necesarias para ella, debe aprender a utilizarlas, para combatir y vencer.

Tal equipamiento de las masas compactas del pueblo trabajador con todo el poder político para las tareas de la revolución es la dictadura del proletariado y, por tanto, la verdadera democracia. La verdadera democracia, la que no es un engaño al pueblo, no podrá realizarse allí donde los esclavos asalariados y los capitalistas, los campesinos pobres y los latifundistas se sientan juntos, en pie de igualdad, para debatir a la manera parlamentaria sus “intereses comunes”, sino donde las masas proletarias, los millones de proletarios, toman en sus manos endurecidas por el trabajo el martillo del poder, como Júpiter el suyo, golpeando con él la nuca de la clase dominante.

Para posibilitar al proletariado el cumplimiento de las citadas tareas, la Liga Espartaquista exige:

A) Medidas inmediatas para la protección de la revolución.

- 1) Desarme de la policía, los oficiales y los soldados no proletarios. Desarme de todos los miembros de la clase dominante.
- 2) Incautación de todos los depósitos de armamento y munición, así como de las fábricas de armamento, por los consejos de obreros y soldados.
- 3) Distribución de armamento a toda la población proletaria masculina y adulta, organizada como milicia obrera. Formación de una Guardia Roja formada por proletarios, como sector activo de la milicia encargada de la defensa permanente de la revolución contra los golpes de fuerza de la reacción y de los traidores.
- 4) Supresión del mando de jefes, oficiales y suboficiales. Sustitución de la obediencia ciega por la disciplina voluntaria de los soldados. Elegibilidad de todos los superiores por la tropa, que podrá revocarlos en todo momento. Supresión de la justicia militar.
- 5) Exclusión de los oficiales y los capituladores de todos los consejos de soldados.
- 6) Supresión de todos los órganos políticos y administrativos del antiguo régimen, que serán sustituidos por hombres de confianza de los consejos de obreros y soldados.

- 7) Creación de un tribunal revolucionario que, en última instancia, juzgará a los principales responsables de la guerra y de su prolongación: los dos Hohenzollern, Ludendorff, Hindenburg, Tirpitz y sus cómplices, al igual que a todos los conspiradores y contrarrevolucionarios.
- 8) Requisa inmediata de todos los víveres, para asegurar la alimentación del pueblo.

B) Primeras medidas políticas y sociales

- 1) Abolición de los estados. Establecimiento de una República socialista alemana unificada.
- 2) Supresión de todos los parlamentos y ayuntamientos, cuyas funciones serán asumidas por los consejos de obreros y soldados, y por los comités y órganos de éstos.
- 3) Elecciones en toda Alemania a consejos de obreros por parte de toda la población obrera de ambos sexos, en la ciudad y en el campo, sobre la base de la empresa. Asimismo, elecciones a los consejos de soldados por parte de la tropa, excluyendo a los oficiales y los capituladores. Derecho de los obreros y soldados a revocar en cualquier momento a sus representantes.
- 4) Elección de delegados de los consejos de obreros y soldados de toda Alemania al Consejo Central de los consejos, en cuyo seno será elegido un Consejo Ejecutivo como instancia suprema del poder legislativo y ejecutivo.
- 5) Reunión del Consejo Central de los consejos al menos cada tres meses (previa reelección de todos los delegados), con el fin de mantener un control constante de la actividad del Consejo Ejecutivo y establecer una viva relación entre los consejos locales de obreros y soldados y el máximo organismo representativo del país. Derecho de los consejos locales de obreros y soldados a revocar y reemplazar en cualquier momento a sus representantes en el Consejo Central, en caso de que no se ajusten al sentido de sus mandatos. Derecho del Consejo Ejecutivo a nombrar y revocar a los comisarios del pueblo y a todas las autoridades y funcionarios de la administración central.
- 6) Abolición de todos los privilegios de clase, órdenes y títulos. Igualdad completa de los sexos ante la ley y ante la sociedad.

- 7) Introducción de leyes sociales decisivas. Reducción de la jornada laboral con el fin de solucionar el problema del desempleo, teniendo en cuenta la merma en las condiciones físicas de los obreros a causa de la guerra mundial. Jornada laboral máxima de seis horas.
- 8) Transformación inmediata de las condiciones de alimentación, vivienda, higiene y educación en el sentido y el espíritu de la revolución proletaria.

C) *Reivindicaciones económicas inmediatas*

- 1) Confiscación de todas las fortunas e ingresos dinásticos en beneficio de la colectividad.
- 2) Anulación de todas las deudas del Estado y cualquier otro tipo de deuda pública, así como de todos los empréstitos de guerra, a excepción de las suscripciones inferiores a cierto nivel, el cual será establecido por el Consejo Central de los consejos de obreros y soldados.
- 3) Expropiación de las tierras de todas las empresas agrarias grandes y medianas. Formación de cooperativas agrícolas socialistas bajo una dirección unificada y centralizada en todo el país. Las pequeñas empresas agrícolas permanecerán en manos de sus propietarios hasta que éstos decidan voluntariamente integrarse en las cooperativas socialistas.
- 4) Nacionalización de todos los bancos, minas y grandes empresas industriales y comerciales por la República de los Consejos.
- 5) Expropiación de todas las fortunas a partir de determinado nivel, que será fijado por el Consejo Central.
- 6) La República de los Consejos se hará cargo de todos los transportes públicos.
- 7) Elección, en cada fábrica, de un consejo para gestionar los asuntos internos de acuerdo con los consejos de obreros, es decir, deberá establecer las condiciones de trabajo, controlar la producción y, finalmente, sustituir a la dirección de la empresa.
- 8) Formación de una Comisión Central de Huelgas, que, en contacto permanente con los delegados de los consejos de fábrica, conferirá al movimiento huelguístico de todo el país la necesaria coordinación, una dirección socialista y un enérgico apoyo por parte del poder político de los consejos de obreros y soldados.

D) Objetivos internacionales

Establecimiento inmediato de relaciones con los partidos hermanos del extranjero para establecer la revolución socialista sobre una base internacional y para imponer y mantener la paz a través de la confraternización internacional y el alzamiento revolucionario del proletariado mundial.

E) ¡Qué quiere la Liga Espartaquista!

La Liga Espartaquista es objeto del odio, las persecuciones y las calumnias de todos los enemigos, declarados o secretos, de la revolución y del proletariado porque es la veladora, la impulsora, la conciencia socialista de la revolución.

¡Crucificadla!, gritan los capitalistas, que tiemblan por sus cajas de caudales.

¡Crucificadla!, gritan los pequeñoburgueses, los oficiales, los antisemitas, los lacayos de la prensa burguesa, que tiemblan por la fuente de ingresos de la dominación burguesa.

¡Crucificadla!, claman los Scheidemann, que, al igual que Judas, han vendido a los obreros a la burguesía y que tiemblan por las treinta monedas de plata recibidas por sus servicios.

¡Crucificadla!, suena todavía el eco de sectores ignorantes y engañados de obreros y soldados, que no comprenden que, en realidad, al revolversse contra la Liga Espartaquista están dirigiendo su furor contra su propio cuerpo y su propia sangre.

En el odio y la calumnia contra la Liga Espartaquista coinciden todo contrarrevolucionario, todo individuo hostil al pueblo, todo enemigo del socialismo, todo el que tiene una doble cara, todo ignorante que no consigue descubrir la verdad. Ello demuestra que la Liga Espartaquista es el corazón de la revolución y que el futuro le pertenece.

La Liga Espartaquista no es un partido que busca el poder por encima o a través de las masas. La Liga Espartaquista solamente es el sector más consciente del proletariado, el sector que en cada paso les señala a las masas de la clase obrera sus tareas históricas, que en cada fase particular de la revolución recuerda el objetivo final socialista y que en cada cuestión local o nacional representa los intereses de la revolución proletaria mundial.

La Liga Espartaquista rechaza compartir el poder gubernamental con hombres de paja de la burguesía, los Ebert-Scheidemann,

que con tal colaboración traicionan los principios del socialismo y refuerzan la contrarrevolución, paralizando la revolución.

Asimismo, la Liga Espartaquista rechazaría acceder al poder porque los Ebert-Scheidemann hayan cubierto su ciclo y porque los independientes³²⁴, por su política colaboracionista, se encuentren en un callejón sin salida.

Si la Liga Espartaquista llegase a ocupar el poder, sería por la voluntad clara e indudable de la gran mayoría de las masas proletarias de toda Alemania, como expresión de la adhesión consciente de esas masas a las perspectivas, objetivos y métodos de lucha propagados por la Liga Espartaquista.

La revolución proletaria sólo puede abrirse camino hacia la total claridad y la plena madurez de modo gradual, paso a paso, a lo largo de un amplio y largo camino de sufrimientos, plagado de victorias y de derrotas.

La victoria de la Liga Espartaquista no se sitúa al principio de ese camino, sino al final de la revolución: es idéntica a la victoria de las grandes masas proletarias socialistas.

¡En pie, proletario! ¡A luchar! Hay que conquistar un mundo y combatir contra otro mundo. En esta lucha de clases final de la historia mundial por los más elevados objetivos de la humanidad nuestro lema ante el enemigo es: ¡El dedo en el ojo y la rodilla en el pecho³²⁵!

324. Alusión al USPD.

325. Esta frase era muy usada por Lassalle.

7. NUESTRO PROGRAMA Y LA SITUACIÓN POLÍTICA

Rosa Luxemburgo

31 de diciembre de 1918

Hoy tenemos la tarea de discutir y aprobar un programa. Al emprenderla, no nos motiva únicamente el hecho formal de que ayer nos hemos constituido como un nuevo partido independiente y que un nuevo partido debe formular un programa. Las deliberaciones de hoy fueron determinadas por grandes acontecimientos históricos. Ha llegado el momento de poner sobre nuevas bases todo el programa socialista del proletariado. Camaradas, nos encontramos ante una situación similar a la de Marx y Engels cuando, hace setenta años, escribieron su *Manifiesto comunista*. Como todos sabéis, *El manifiesto comunista* trata del socialismo, de la realización de los objetivos socialistas, como tarea inmediata de la revolución proletaria. Esta fue la idea defendida por Marx y Engels en la revolución de 1848; y también la que concibieron como base para la acción internacional del proletariado. En común con todos los dirigentes del movimiento obrero, Marx y Engels creían que la tarea inmediata era la implantación del socialismo. Bastaba con hacer una revolución política, tomar el poder político del Estado, y el socialismo se materializaría inmediatamente. Posteriormente, como sabéis, Marx y Engels revisaron a fondo esta perspectiva. En el prefacio conjunto a la edición de 1872 del *Manifiesto* encontramos el siguiente pasaje:

“no se concede especial importancia a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias, primero, de la revolución

de Febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que ‘la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines’.

¿Cuál es el pasaje que ha quedado obsoleto? El que dice así:

“El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

“Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

“Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

“Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

“1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

“2. Fuerte impuesto progresivo.

“3. Abolición del derecho de herencia.

“4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.

“5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y régimen de monopolio.

“6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.

“7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.

“8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

“9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo.

“10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo infantil en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de educación combinado con la producción material”.³²⁶

Con pocas variantes, estas son, como sabéis, las tareas que se nos plantean hoy. Aplicando estas medidas tendremos que construir el socialismo. Entre el día en que se formuló el programa citado y la hora actual median setenta años de desarrollo capitalista, y la evolución del proceso histórico nos ha devuelto a la posición que Marx y Engels desecharon, por errónea, en 1872. En aquel momento existían muy buenas razones para creer que la posición anterior era errónea. Sin embargo, la evolución posterior del capital ha convertido el error de 1872 en la realidad de hoy, de modo que nuestro objetivo inmediato es cumplir la tarea que Marx y Engels pensaron que tendrían que cumplir en 1848. Pero entre ese momento del proceso, comienzos de 1848, y nuestras posiciones y tareas inmediatas media toda la evolución no sólo del capitalismo, sino también del movimiento obrero socialista. Han intervenido, sobre todo, los procesos ya mencionados de Alemania, el país más importante del proletariado moderno. Esta evolución de la clase obrera asumió formas peculiares. Cuando, tras las desilusiones de 1848, Marx y Engels desecharon la idea de que el proletariado podía realizar inmediatamente el socialismo, surgieron en todos los países partidos socialistas inspirados en objetivos muy distintos. Se proclamó que el objetivo inmediato de dichos partidos era el trabajo local, la mezquina lucha

326. Marx, Engels: *El manifiesto comunista*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2004, pp. 68 y 48-50.

cotidiana en los campos político y sindical. Así, poco a poco, se irían creando ejércitos proletarios que estarían prontos a construir el socialismo apenas madurase el proceso capitalista. El programa socialista quedó, por lo tanto, apoyado sobre cimientos totalmente distintos, y en Alemania el cambio asumió una forma típica y peculiar. Hasta el colapso del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana defendía el programa de Erfurt, en virtud del cual las llamadas consignas mínimas pasaban a primer plano, mientras que el socialismo pasaba a ser un faro distante. Sin embargo, mucho más importante que la letra de un programa es la forma en que se interpreta en la práctica. En este sentido, debe otorgarse gran importancia a uno de los documentos históricos del movimiento obrero alemán: el prefacio escrito por Federico Engels a la edición de 1895 de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. Pero no vuelvo a plantear la cuestión sólo por consideraciones históricas; se trata de un problema de suma actualidad. Es nuestro deber perentorio volver a colocar nuestro programa sobre las bases sentadas por Marx y Engels en 1848. En vista de los cambios ocurridos desde entonces en el proceso histórico, nos corresponde emprender una cautelosa revisión de las posiciones que llevaron a la socialdemocracia alemana al desastre del 4 de agosto. Dicha revisión es la tarea que nos ocupa hoy oficialmente.

¿Cómo encaraba Engels el problema en su célebre prefacio a *Las luchas de clases en Francia*, escrito en 1895, doce años después de la muerte de Marx? En primer lugar, recordando el año 1848, demostró que la creencia en la inminencia de la revolución socialista ya había quedado obsoleta.

Y continúa su exposición:

“La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por vez primera, verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente en Rusia, y haciendo de Alemania un auténtico

país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de expansión”.

Después de resumir los cambios sobrevenidos en el período intermedio, Engels analiza las tareas inmediatas del partido en Alemania:

“Como Marx predijo, la guerra de 1870-1871 y la derrota de la Comuna desplazaron, por el momento, de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, necesitaba años para reponerse de la sangría de mayo de 1871. En cambio, en Alemania, donde la industria —fomentada como en un invernadero por el maná de los miles de millones franceses— se desarrollaba cada vez más rápidamente, la socialdemocracia crecía todavía más deprisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido se muestra a todo el mundo con cifras indiscutibles”.

Luego viene la famosa enumeración que muestra el crecimiento de los votos del partido elección tras elección, hasta llegar a cifras millonarias. Del análisis de este proceso, Engels saca la siguiente conclusión:

“Pero con este eficaz uso del sufragio universal entró en escena un método totalmente nuevo de lucha del proletariado, método que se desarrolló rápidamente. Se vio que las instituciones estatales, en las cuales se organiza la dominación de la burguesía, ofrecían a la clase obrera nuevas posibilidades para luchar contra esas mismas instituciones. Y se participó en las elecciones a las dietas provinciales, a los ayuntamientos, a los tribunales de artesanos, se le disputó a la burguesía cada puesto en cuya ocupación tenía algo que decir una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegaron a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales”.

Engels añade una crítica detallada a la ilusión de que, bajo las condiciones creadas por el capitalismo moderno, el proletariado pueda aportar algo a la revolución en la lucha callejera. Sin embargo, me parece que, visto que hoy nos encontramos en medio de una revolución caracterizada por la lucha callejera y todo lo que ésta significa, es hora de librarnos de las posiciones que han guiado la política oficial de la socialdemocracia alemana hasta nuestros días, de las posiciones responsables de lo que ocurrió el 4 de agosto de 1914. [*¡Muy bien, muy bien!*]

Con ello no quiero decir que, en virtud de estas palabras, Engels deba compartir la responsabilidad por todo el curso de la evolución del socialismo alemán. Simplemente llamo vuestra atención hacia una de las citas clásicas que apuntala la posición prevaleciente en la socialdemocracia alemana, posición que resultó fatal para el movimiento. Como experto en ciencia militar, Engels demuestra en ese prefacio que es una pura ilusión creer que los obreros podían, dado el estado de la técnica militar y de la industria en ese momento, y en vista de las características de las grandes ciudades, realizar con éxito la revolución mediante los combates callejeros. Dos conclusiones importantes surgirán de ese razonamiento. En primer lugar, se contrapuso la lucha parlamentaria a la acción revolucionaria directa del proletariado y se señaló que aquélla es la única forma práctica de llevar adelante la lucha de clases. La consecuencia lógica de esta crítica fue la doctrina de “nada más que el parlamentarismo”. En segundo lugar, la máquina militar, precisamente la organización más poderosa del Estado clasista, todo el cuerpo de proletarios en uniforme, fue declarada apriorísticamente inaccesible a la influencia socialista. Cuando en su prefacio Engels declara que, debido al actual desarrollo de ejércitos gigantescos, es una locura pensar que los proletarios puedan hacer frente a soldados armados de ametralladoras y equipados según el último grito de la técnica, esto se basa obviamente en la premisa de que cualquiera que se haga soldado se vuelve, de golpe y para siempre, partidario de la clase dominante. Sería absolutamente incomprensible, a la luz de la experiencia contemporánea, que un dirigente de la talla de Engels cometiese semejante error, si no conociéramos las circunstancias históricas en que se escribió ese documento histórico. En reivindicación de nuestros dos grandes maestros, y sobre todo de Engels, que murió doce años después de

Marx y fue siempre un fiel exegeta de las teorías y de la reputación de su gran colaborador; debo recordaros que Engels escribió este prefacio bajo una fuerte presión del bloque parlamentario. En esa época en Alemania, en los primeros años de la década de los noventa, tras la derogación de las leyes antisocialistas, surgió una fuerte corriente hacia la izquierda, el movimiento de los que querían evitar que el partido quedase totalmente absorbido por la lucha parlamentaria. Bebel y sus secuaces querían argumentos convincentes, respaldados por la gran autoridad de Engels; querían una declaración que les permitiese mantener a los elementos revolucionarios bajo su férreo control. Era típico de la situación del partido en aquella época que los parlamentarios socialistas tuviesen la última palabra, tanto en la teoría como en la práctica. Le aseguraron a Engels, que vivía en el extranjero y naturalmente aceptó de buena fe, que era absolutamente indispensable salvaguardar al movimiento obrero alemán de caer en el anarquismo: y así lo obligaron a escribir en el tono que ellos querían. De ahí en adelante, la táctica expuesta por Engels en 1895 guio a los socialdemócratas alemanes en todo lo que hicieron y dejaron de hacer hasta el inevitable final acaecido el 4 de agosto de 1914. El prefacio fue la proclamación formal de la táctica *nada-más-que-parlamentarismo*. Engels murió ese mismo año y no tuvo, por tanto, oportunidad de analizar las consecuencias prácticas de su teoría. Quienes conocen las obras de Marx y Engels, quienes están familiarizados con el espíritu verdaderamente revolucionario que anima todas sus enseñanzas y escritos, tendrán la certeza de que Engels hubiese sido uno de los primeros en protestar contra la corrupción parlamentaria y contra el derroche de energías del movimiento obrero, característico de Alemania en las décadas que precedieron a la guerra. El 4 de agosto no surgió de la nada, como un rayo en un cielo azul; lo que sucedió ese día no fue un giro casual de los acontecimientos, sino la consecuencia lógica de lo que los socialistas alemanes venían haciendo día tras día desde hacía muchos años. [*¡Muy bien, muy bien!*] Estoy convencida de que, si Engels y Marx viviesen hoy, protestarían enérgicamente y utilizarían todas sus fuerzas para impedir que el partido se arroje al abismo. Pero, tras la muerte de Engels en 1895, la dirección del partido en materia de teoría pasó a manos de Kautsky. Resultado de este cambio fue que, en los sucesivos congresos anuales del partido, las vigorosas protestas del ala

izquierda contra la política del parlamentarismo puro, sus advertencias perentorias acerca de la esterilidad e inutilidad de semejante política, fueron tachadas de anarquismo, de socialismo anarquizante o, como mínimo, de antimarxismo. Lo que oficialmente se llamaba marxismo se convirtió en una capa para encubrir todo tipo de oportunismo, para rehuir consecuentemente la lucha de clases revolucionaria, para todo tipo de medias tintas. Así, la socialdemocracia y el movimiento obrero alemanes, al igual que el movimiento sindical, fueron condenados a languidecer en el marco de la sociedad capitalista. Ya ningún socialista ni sindicalista alemán hacía el menor intento serio de derrocar las instituciones capitalistas ni de descomponer la maquinaria capitalista.

Pero ahora llegamos a un punto, camaradas, en que podemos decir que nos hemos reencontrado con Marx, que marchamos nuevamente bajo su bandera. Si declaramos hoy que la tarea inmediata del proletariado es convertir el socialismo en una realidad viva y destruir el capitalismo hasta su raíz, al hablar así nos colocamos en el mismo terreno que ocuparon Marx y Engels en 1848; asumimos una posición cuyos principios ellos jamás abandonaron. Por fin queda claro cuál es el verdadero marxismo y cuál ha sido el marxismo sustituto. [*Aplausos*] Hablo de ese marxismo sustituto que durante tanto tiempo ha sido el marxismo oficial de la socialdemocracia. Ya veis a qué conduce esa clase de marxismo, el marxismo de los secuaces de Ebert, David y demás. Estos son los representantes oficiales de lo que durante años se ha proclamado como marxismo inmaculado. Pero, en realidad, el marxismo no podía señalar hacia esta dirección, no podía haber llevado a los marxistas a dedicarse a actividades contrarrevolucionarias hombro con hombro con tipos como Scheidemann. El verdadero marxismo también vuelve sus armas contra quienes pretenden falsificarlo. Cavando como un topo bajo los cimientos de la sociedad burguesa, ha trabajado tan bien, que hoy más de la mitad del proletariado alemán marcha bajo nuestro estandarte, el pendón enhiesto de la revolución. Inclusive en el bando contrario, inclusive allí donde parece imperar la contrarrevolución, tenemos partidarios y futuros camaradas de armas.

Permítaseme repetir, entonces, camaradas, que la evolución del proceso histórico nos ha conducido de vuelta a la ubicación de Marx y Engels de 1848, cuando enarbolaron por primera vez la bandera

del socialismo internacional. Estamos donde estuvieron ellos, pero con la ventaja adicional de setenta años de desarrollo capitalista a nuestras espaldas. Hace setenta años, para quienes revisaron los errores e ilusiones de 1848, parecía que al proletariado le quedaba por recorrer un camino interminable antes de tener siquiera la esperanza de realizar el socialismo. Casi no es necesario que diga que a ningún pensador serio se le ha ocurrido jamás ponerle fecha a la caída del capitalismo; pero, tras las derrotas de 1848, esa caída parecía estar en un futuro distante. Esta creencia se desprende también de cada frase del prefacio que Engels escribió en 1895. Ahora estamos en condiciones de hacer balance, y podemos ver que, comparado con el curso de la lucha de clases a través de la historia, el lapso ha sido breve. El desarrollo capitalista a gran escala ha llegado tan lejos en setenta años, que hoy nos podemos proponer seriamente liquidar el capitalismo de una vez por todas. No sólo estamos en condiciones de cumplir esta tarea, no sólo es un deber para con el proletariado, sino que nuestra solución le ofrece a la humanidad la única vía para escapar a la destrucción. [*Fuertes aplausos*]

Camaradas, ¿qué ha quedado de la burguesía después de la guerra sino un gigantesco montón de escombros? Formalmente, desde luego, todos los medios de producción y la mayor parte de los instrumentos de poder, prácticamente todos los instrumentos decisivos de poder, están aún en manos de las clases dominantes. No nos hacemos ilusiones. Pero lo que nuestros gobernantes podrán obtener ejerciendo su poder, más allá de sus esfuerzos frenéticos por reimplantar su sistema de explotación mediante la sangre y la masacre, no será más que el caos. Las cosas han llegado a un punto tal, que la humanidad tiene hoy dos alternativas: perecer en el caos o encontrar su salvación en el socialismo. El resultado de la Gran Guerra³²⁷ es que las clases capitalistas no pueden salir de sus dificultades mientras sigan en el poder. Comprendemos ahora la verdad que encerraba la frase que formularon por primera vez Marx y Engels como base científica del socialismo, en la gran carta de nuestro movimiento, *El manifiesto comunista*. El socialismo, dijeron, se volverá una necesidad histórica. El socialismo es inevitable no sólo porque los proletarios ya no están

327. Nombre con que se denominó a la Primera Guerra Mundial hasta el estallido de la Segunda.

dispuestos a vivir bajo las condiciones que les impone la clase capitalista, sino también porque, si el proletariado no cumple con su deber de clase, si no construye el socialismo, nos hundiremos todos juntos. [*Aplausos prolongados*]

Aquí tenéis las bases generales del programa que adoptamos hoy oficialmente, cuyo proyecto habéis leído todos en el folleto *¿Qué quiere la Liga Espartaquista?* Nuestro programa se opone conscientemente al principio rector del programa de Erfurt; se opone tajantemente a la separación de las consignas inmediatas, llamadas mínimas, formuladas para la lucha política y económica, del objetivo socialista formulado como programa máximo. En oposición deliberada al programa de Erfurt, liquidamos los resultados de un proceso de setenta años, liquidamos, sobre todo, los resultados primarios de la guerra, declarando que no conocemos los programas máximos y mínimos; sólo conocemos una cosa, el socialismo; esto es lo mínimo que vamos a conseguir. [*¡Bien, bien!*]

No propongo entrar en los detalles del programa. Llevaría demasiado tiempo, y vosotros podréis formaros vuestra propia opinión respecto a los detalles. La tarea que me incumbe es simplemente exponer los aspectos más generales que distinguen a nuestro programa de lo que hasta hoy ha sido el programa oficial de la socialdemocracia alemana. Considero, no obstante, de primordial importancia que nos pongamos de acuerdo en nuestra apreciación de las circunstancias concretas del momento, de las tácticas que debemos adoptar, de las medidas prácticas a tomar, a la luz del desarrollo del proceso revolucionario hasta el momento y también del probable curso futuro de los acontecimientos. Tenemos que juzgar la situación política desde la perspectiva que acabo de exponer, desde la perspectiva de la realización del socialismo como tarea inmediata, a la que se subordina cualquier medida o postura que adoptemos.

Nuestro congreso, el congreso de lo que puedo llamar con orgullo el único partido socialista revolucionario del proletariado alemán, casualmente coincide con una crisis en el proceso de la revolución alemana. Digo “casualmente coincide”, pero, en realidad, la coincidencia no es casual. Tras los sucesos de los últimos días, podemos afirmar que se ha bajado el telón del primer acto de la revolución alemana. Está comenzando el segundo acto, y tenemos el deber común de hacer un autoexamen y una autocrítica. Nos moveremos

más sabiamente en el futuro, y ganaremos un ímpetu adicional para seguir avanzando, si analizamos cuidadosamente todo lo que hicimos y dejamos de hacer. Analicemos, pues, cuidadosamente, los acontecimientos del primer acto de la revolución.

La movilización comenzó el 9 de noviembre. La característica de la revolución del 9 de noviembre fue su insuficiencia y debilidad. Esto no debe sorprendernos. La revolución vino tras cuatro años de guerra, cuatro años durante los cuales, bajo la tutela de la socialdemocracia y los sindicatos, el proletariado alemán se comportó con intolerable ignominia y repudió sus obligaciones socialistas hasta un punto inigualado en el resto del mundo. Nosotros, los marxistas, que nos guiamos por el principio de la evolución histórica, no podíamos esperar que, en la Alemania que contempló el horrendo espectáculo del 4 de agosto y que durante cuatro años cosechó lo que se sembró ese día, apareciese repentinamente, el 9 de noviembre de 1918, una revolución gloriosa, inspirada en una conciencia de clase definida, dirigida hacia un objetivo concebido con toda claridad; lo que ocurrió el 9 de noviembre fue más el colapso del imperialismo existente, que la victoria de un nuevo principio. [*¡Muy bien!*] Había llegado el momento de la caída del imperialismo, un gigante con pies de barro que se resquebrajaba por dentro. La secuela de esta caída fue una movilización más o menos caótica, carente en la práctica de un plan consciente. La única fuente de unidad, el único principio persistente y salvador fue la consigna “Por los consejos de obreros y soldados”. Esta era la consigna de la revolución, con la cual, a pesar de la insuficiencia y debilidad de la primera fase, reclamó inmediatamente el derecho de contarse entre las revoluciones obreras socialistas. A quienes participaron en la revolución del 9 de noviembre y, sin embargo, arrojan calumnias sobre los bolcheviques rusos, no podemos dejar de preguntarles: ¿Dónde aprendisteis el alfabeto de vuestra revolución? ¿Acaso no fueron los rusos quienes os enseñaron a pedir consejos de obreros y soldados? [*¡Aplausos!*] Esos pigmeos que hoy, en su carácter de dirigentes de un gobierno que falsamente llaman socialista, consideran que una de sus tareas principales es unirse a los imperialistas ingleses en su ataque asesino contra los bolcheviques han sido delegados de los consejos de obreros y soldados, reconociendo así que la Revolución Rusa creó las primeras consignas de la revolución mundial. El estudio de la situación imperante nos permite predecir con

certeza que, cualquiera que sea el país donde estalle la próxima revolución proletaria después de Alemania, el primer paso será la formación de consejos de obreros y soldados. [*Murmullos de aprobación*]

He aquí el vínculo que une internacionalmente a nuestro movimiento. Este es el lema que distingue tajantemente a nuestra revolución de todas las revoluciones anteriores, las revoluciones burguesas. El 9 de noviembre, el primer grito de la revolución, instintivo como el llanto de un recién nacido, fue por los consejos de obreros y soldados. Ese fue nuestro grito de guerra común, y sólo a través de los consejos podemos aspirar a la realización del socialismo. Pero es característico de los rasgos contradictorios de nuestra revolución, característico de las contradicciones que acompañan a toda revolución, que, en el momento de lanzarse ese poderoso, conmovedor e instintivo grito, la revolución era tan insuficiente, tan débil, estaba tan falta de iniciativa, tan falta de claridad en cuanto a sus propios objetivos, que el 10 de noviembre nuestros revolucionarios permitieron que escapasen de sus manos casi la mitad de los instrumentos de poder que habían tomado el 9 de noviembre. De esto aprendemos, por un lado, que nuestra revolución está sujeta a la arbitraria ley del determinismo histórico, ley que garantiza que, a pesar de las dificultades y complicaciones, a pesar de todos nuestros errores, sin embargo avanzaremos paso a paso hacia nuestra meta. Por otra parte, debemos reconocer, al comparar este espléndido grito de guerra con la insuficiencia de los resultados obtenidos, que estos no fueron más que los primeros pasos infantiles y vacilantes de la revolución, que tiene muchas tareas difíciles que cumplir y un largo camino por recorrer antes de poder realizar las primeras consignas. Las semanas que transcurrieron entre el 9 de noviembre y el día de hoy están plagadas de toda clase de ilusiones. La primera ilusión de los obreros y soldados revolucionarios fue creer en la posibilidad de la unidad bajo la bandera de lo que se hace llamar socialismo. ¿Dónde se refleja mejor la debilidad de la revolución del 9 de noviembre que en el hecho de que a la cabeza del movimiento estuvieron individuos que, pocas horas antes de que estallase, habían decidido que su principal tarea era lanzar advertencias en contra de la revolución [*¡muuy bien!*], tratar de imposibilitar su realización; individuos de la calaña de Ebert, Scheidemann y Haase? Una de las ideas directrices de la revolución del 9 de noviembre era la de unificar a las distintas tendencias socialistas.

Dicha unión debía efectuarse por aclamación. Esta ilusión se cobró una venganza sangrienta, y los acontecimientos de los últimos días provocaron un amargo despertar; pero el autoengaño fue universal, y afectó a los grupos de Ebert y Scheidemann y a la burguesía tanto como a nosotros. Hubo otra ilusión, que también afectó a la burguesía, durante este acto inicial de la revolución: creyeron que, mediante la combinación Ebert-Haase, mediante el gobierno autotitulado socialista, realmente podrían frenar a las masas proletarias y estrangular la revolución socialista. Otra ilusión la sufrieron los miembros del gobierno de Scheidemann-Ebert al pensar que, con la ayuda de los soldados que volvían del frente, podrían controlar a los obreros y reprimir toda manifestación de la lucha de clases socialista. Tales son las distintas y variadas ilusiones que explican los recientes acontecimientos. Una tras otra, se han disipado. Se ha demostrado claramente que la unión de Haase con Ebert-Scheidemann bajo la bandera del “socialismo” no es sino la hoja de parra que le da visos de decencia a la política contrarrevolucionaria. Nosotros mismos, como siempre sucede durante las revoluciones, nos hemos curado de nuestras ilusiones. Existe un procedimiento revolucionario definitivo mediante el cual se libera al pueblo de las ilusiones pero, desgraciadamente, la cura exige sangrías. En la Alemania revolucionaria, los acontecimientos siguieron el curso que es característico de todas las revoluciones. El derramamiento de sangre del 6 de diciembre en la calle Chaussee y la masacre del 24 de diciembre les mostraron la verdad al grueso de las masas populares. A través de estos hechos aprendieron que lo que se hace llamar gobierno socialista es el gobierno de la contrarrevolución. Comprendieron que quien tolere semejante estado de cosas conspira contra el proletariado y contra el socialismo. [*Aplausos*]

Ha desaparecido también la ilusión, abrigada por los señores Ebert, Scheidemann y Cía., de que, con la ayuda de los soldados que vuelven del frente podrán someter a los obreros para siempre. ¿Cuál ha sido el resultado de las experiencias del 6 y el 24 de diciembre? Últimamente es notable cómo ha cundido la desilusión entre las tropas. Esos hombres comienzan a mirar con ojos críticos a quienes los usaron como carne de cañón contra el proletariado socialista. En esto vemos otra vez la aplicación de la ley de que la revolución socialista sufre un determinado proceso objetivo, una ley según la cual los batallones del movimiento obrero aprenden, a través de la amarga

experiencia, a reconocer el verdadero camino de la revolución. Nuevas unidades de soldados han sido traídas a Berlín, nuevos destacamentos de carne de cañón, fuerzas adicionales para aplastar a los proletarios socialistas, con el resultado de que, desde un cuartel tras otro, se nos piden los folletos y hojas de la Liga Espartaquista. Esto señala el fin del primer acto. Las esperanzas de Ebert y Scheidemann de dominar al proletariado con la ayuda de los elementos reaccionarios de la tropa ya han sido frustradas en gran medida. Lo que les aguarda para el futuro muy próximo es la creciente difusión de las tendencias revolucionarias en los cuarteles. Así aumentarán las fuerzas del proletariado combatiente, a la vez que disminuyen las de los contrarrevolucionarios. Como consecuencia de estos cambios, tendrá que desaparecer la ilusión que anima a la burguesía, la clase dominante. Al leer los periódicos de los últimos días, los de las jornadas posteriores a los incidentes del 24 de diciembre, no se puede dejar de percibir sentimientos de desilusión combinados con indignación, fruto de que los secuaces de la burguesía, los que ocupan los puestos de poder, han resultado ineficaces. [*Muy bien!*]

Se esperaba de Ebert y Scheidemann que demostraran ser los hombres fuertes, buenos domadores de leones. ¿Qué han logrado? Han reprimido unos cuantos disturbios sin importancia, con el resultado de que la hidra de la revolución ha levantado su cabeza con más decisión que nunca. Por lo tanto, la desilusión es mutua, o mejor dicho, universal. Los obreros han perdido la ilusión que los llevó a creer que la unión de Haase con Ebert-Scheidemann equivaldría a un gobierno socialista. Ebert y Scheidemann han perdido la ilusión que los indujo a imaginar que, con la ayuda de los proletarios en uniforme militar, podrían controlar permanentemente a los proletarios en ropa civil. La clase media ha perdido la ilusión en que, mediante Ebert, Scheidemann y Haase, podría engañar a toda la revolución socialista alemana respecto de los objetivos que persigue. Todas estas cosas poseen una fuerza negativa, y lo que queda de ellas son los retazos y harapos de las ilusiones perdidas. Pero que de la primera fase de la revolución sólo queden retazos y harapos es en verdad un gran aporte a la causa del proletariado porque nada hay más dañino que una ilusión, a la vez que nada sirve tanto a la causa revolucionaria como la verdad desnuda. Es apropiado que recuerde las palabras de uno de nuestros escritores clásicos, un hombre que no era un re-

volucionario proletario, sino un espíritu revolucionario proveniente de la clase media. Me refiero a Lessing³²⁸, y paso a citar un pasaje que siempre ha suscitado mi interés y simpatía: “No sé si es un deber sacrificar la felicidad y la vida en aras de la verdad (...) Pero si sé que tenemos el deber, si queremos enseñar la verdad, de enseñarla completa o no enseñarla, enseñarla con claridad y franqueza, sin equívocos ni reservas, inspirados por la plena confianza en su poder (...) Cuanto más grosero es el error, más corto y directo es el camino que conduce a la verdad. Pero un error muy sofisticado nos apartará permanentemente de la verdad, tanto más cuanto más nos cueste comprender que se trata de un error (...) Quien piense en llevar a la humanidad la verdad enmascarada y pintarrajeada, puede ser el alcahuete de la verdad, pero jamás ha sido su amante”.

Camaradas, los señores Haase, Dittmann, etcétera han querido traernos la revolución, implantar el socialismo, cubierto con una máscara, untado de carmín; han demostrado así ser los alcahuetes de la contrarrevolución.

Hoy estas máscaras han caído, y lo que realmente se ofrecía se revela en la brutal y dura política de los señores Ebert y Scheidemann. Ni el más necio puede equivocarse hoy. Lo que ofrecen es la contrarrevolución en toda su repugnante desnudez.

El primer acto ha terminado. ¿Cuáles son las posibilidades para el futuro? No se trata, desde luego, de hacer profecías. Sólo podemos tratar de deducir las consecuencias lógicas de lo ocurrido, para sacar conclusiones en cuanto a las probabilidades futuras y así adaptar nuestras tácticas a dichas probabilidades. ¿Adónde conduce, aparentemente, ese camino? Podemos sacar algunos indicios de las últimas declaraciones del gobierno de Ebert-Scheidemann, declaraciones sin ambigüedades. ¿Qué hará, posiblemente, este autotitulado gobierno socialista ahora que, como acabo de demostrar, las ilusiones se han disipado? Día a día el gobierno pierde más y más el apoyo de las amplias masas proletarias. Fuera de la pequeña burguesía, apenas les quedan algunos pequeños remanentes del movimiento obrero, y dudo mucho que estos les sigan prestando ayuda a Ebert-Scheidemann por mucho tiempo.

328. Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781): Poeta alemán, el más importante de la Ilustración. Pionero intelectual de la autoconfianza de la burguesía.

El gobierno también pierde cada vez más el apoyo del ejército, puesto que los soldados han tomado la senda del autoexamen y la autocrítica. Las consecuencias de este proceso podrán parecer al comienzo algo lentas, pero los llevarán irresistiblemente a la adquisición de una mentalidad plenamente socialista. En cuanto a la burguesía, Ebert y Scheidemann también han perdido la confianza de este sector, al no mostrarse lo suficientemente enérgicos. ¿Qué pueden hacer? No tardarán en poner fin a la comedia de la política socialista. Cuando leáis el nuevo programa de estos caballeros, veréis que marchan a toda máquina hacia la segunda fase, la de la contrarrevolución abierta o, se puede decir también, hacia la restauración de las condiciones preexistentes, prerrevolucionarias. ¿Cuál es el programa del nuevo gobierno? Propone la elección de un presidente que ocuparía una posición intermedia entre la del rey de Inglaterra y la del presidente de Estados Unidos. [*¡Bravo!*] Vendría a ser una especie de rey Ebert. En segundo lugar, proponen reimplantar el Bundesrat. Podéis leer hoy las exigencias independientes que formulan los gobiernos del sur de Alemania, exigencias que subrayan el carácter federal de reino alemán. La reimplantación del viejo Consejo Federal, por supuesto conjuntamente con su viejo apéndice, el Reichstag, es cuestión de un par de semanas a lo sumo. Camaradas, Ebert y Scheidemann se dirigen así a la reimplantación lisa y llana de las condiciones existentes antes del 9 de noviembre. Pero han entrado así en una aguda pendiente y es posible que no tarden en encontrarse en el fondo del abismo con todos los huesos rotos. Porque las condiciones que imperaban antes del 9 de noviembre ya habían desaparecido para esa fecha, y hoy Alemania se encuentra a muchas millas de distancia de la posibilidad de restablecerlas. Para conseguir el respaldo de la única clase cuyos intereses representa realmente este gobierno, para conseguir el apoyo de la burguesía —apoyo que les ha sido retirado debido a los recientes sucesos—, Ebert y Scheidemann se verán obligados a aplicar una política cada vez más contrarrevolucionaria. Las exigencias de los estados alemanes del sur, publicadas hoy en los diarios berlineses, expresan francamente su deseo de lograr “mayor seguridad” para el reino alemán. Esto significa, en términos sencillos, que desean que se declare el estado de sitio para contener a los elementos “anarquistas, turbulentos y bolcheviques”; en otras palabras, para contener a los socialistas.

La presión de las circunstancias obligará a Ebert y Scheidemann a recurrir a la dictadura, con o sin estado de sitio. Así, como resultado del proceso anterior, por la simple lógica de los acontecimientos y en función de las fuerzas que controlan a Ebert y Scheidemann, en el segundo acto de la revolución tendremos una lucha de tendencias mucho más acentuada y una lucha de clases más aguda. [*¡Bravo!*] Esta intensificación del conflicto no se producirá solamente debido a que las influencias políticas que acabo de mencionar provocarán, al disiparse todas las ilusiones, un combate cuerpo a cuerpo entre la revolución y la contrarrevolución. Además, de las profundidades vienen las llamas de un nuevo incendio, las llamas de la lucha económica.

Durante el primer período, podríamos decir que hasta el 24 de diciembre, un rasgo típico de la revolución fue el mantenerse estrictamente en el campo político. De ahí el carácter infantil, la insuficiencia, la desgana, la cortedad de miras de la revolución. Esa fue la primera etapa de una transformación revolucionaria cuyo objetivo principal está en el campo económico, cuyo objetivo principal es provocar un cambio fundamental en el terreno económico. Sus pasos fueron tan vacilantes como los de un niño que busca a tientas su camino sin saber adónde va; porque en esta etapa, repito, la revolución se mantuvo en un terreno puramente político. Pero en las últimas dos o tres semanas se han producido algunas huelgas, en buena medida espontáneas. Ahora bien, yo considero que la esencia misma de la revolución reside en que las huelgas se extenderán más y más, hasta constituir, por fin, el foco de la revolución. [*Aplausos*] Así tendremos una revolución económica y, junto con ella, una revolución socialista. La lucha por el socialismo debe ser librada por las masas, sólo por las masas, frente a frente con el capitalismo; se tiene que librar en todos los centros de trabajo, cada proletario contra su patrón. Sólo así podrá ser una revolución socialista.

Los insensatos se habían trazado un cuadro muy distinto del curso de los acontecimientos. Imaginaban que bastaría con derribar al viejo gobierno, poner un gobierno socialista a la cabeza de los asuntos de la nación y proclamar el socialismo por decreto. Una vez más, fue una ilusión. El socialismo no puede ser ni será creado por decreto; no lo puede crear ningún gobierno, por socialista que sea. El socialismo lo deben crear las masas, lo debe realizar cada proletario.

Allí donde estén forjadas las cadenas del capitalismo, deben ser rotas. Esto es lo único a lo que se puede llamar socialismo, y es la única manera en que éste puede implantarse.

¿Cuál es la forma eterna de la lucha por el socialismo? La huelga, y es por ello que la fase económica del proceso ha pasado al primer plano en el segundo acto de la revolución. Podemos estar orgullosos de ello, puesto que nadie nos puede disputar ese honor. Nosotros, los de la Liga Espartaquista, nosotros, el Partido Comunista alemán, somos los únicos en toda Alemania que estamos con los obreros huelguistas combatientes. [*¡Muy bien!*] Habéis leído y sido testigos, una y otra vez, de la posición del USPD respecto a las huelgas. No había diferencias entre la posición del *Vorwärts* y la del *Die Freiheit*. Ambos periódicos entonaban el mismo estribillo: Trabajad, el socialismo significa trabajar mucho. ¡Esto decían, aunque el capitalismo todavía está en el poder! El socialismo no se construye de esa manera, sino en la lucha sin cuartel contra el capitalismo. Sin embargo, vemos que las pretensiones capitalistas encuentran defensores no sólo entre los más destacados especuladores, sino también entre los socialistas independientes y su órgano, el *Freiheit*; nuestro Partido Comunista es el único que apoya a los obreros contra los abusos del capital. Esto es suficiente para demostrar que, hoy, todo lo que no está en el campo del comunismo revolucionario lucha implacable y violentamente contra las huelgas.

La conclusión a sacar es que, durante el segundo acto de la revolución, las huelgas no sólo tenderán a aumentar, sino que, además, pasarán a ser el rasgo central y el factor decisivo de la revolución, y las cuestiones puramente políticas pasarán a segundo plano. La consecuencia inevitable será que las luchas económicas se intensificarán enormemente. Por ese camino, la revolución adquirirá ciertos rasgos que para la burguesía no son broma. Los miembros de la clase capitalista están dispuestos a aceptar las mistificaciones en la esfera política, donde tales fantochadas son posibles, donde criaturas de la calaña de Ebert y Scheidemann pueden hacerse pasar por socialistas; pero les horroriza cualquier atentado directo contra sus ganancias. Por eso, los capitalistas le plantearán al gobierno de Ebert-Scheidemann la siguiente disyuntiva: poned fin a las huelgas —les dirán—, poned fin a este movimiento huelguístico que amenaza con destruirnos; si no, no nos sois útiles. Yo creo, por cierto, que el gobierno se ha hundido a sí

mismo con sus medidas políticas. Ebert y Scheidemann descubren con tristeza que la burguesía ya no los necesita más. Los capitalistas se lo pensarán dos veces antes de ponerle la capa de armiño a ese arribista grosero que es Ebert. Si las cosas llegan a un punto tal que se necesite un monarca, dirán: “No basta con tener sangre en las manos para ser rey; también hay que tener sangre azul en las venas”. [*¡Muy bien!*] Si se llega a esa situación, dirán: Ya que necesitamos un rey, no aceptaremos a un arribista que no posee modales regios. [*Risas*]

Por tanto, camaradas, Ebert y Scheidemann están llegando al punto en el cual el movimiento contrarrevolucionario se extenderá. Serán incapaces de apagar los crecientes incendios de la lucha de clases económica, y, al mismo tiempo, todos sus esfuerzos no satisfarán a la burguesía. O bien desaparecerán, dejando a su alrededor un intento de contrarrevolución agrupado en torno a Groener o tal vez una rotunda dictadura militar bajo Hindenburg, o quizás tendrán que inclinarse ante otras potencias contrarrevolucionarias.

No se pueden dar los detalles. Pero no nos preocupan las cuestiones de detalle, la cuestión de qué y cuándo ocurrirá exactamente. Nos basta con conocer las líneas generales del proceso. Nos basta con saber que el primer acto de la revolución, la fase cuyo rasgo principal ha sido la lucha política, vendrá seguido por una fase caracterizada por la intensificación de la lucha económica y que, antes o después, el gobierno de Ebert y Scheidemann se irá al reino de las sombras.

Es igualmente difícil prever qué ocurrirá con la Asamblea Nacional durante el segundo acto de la revolución. Si la Asamblea se materializa, podría resultar una nueva escuela para educar a la clase obrera. Pero parece igualmente probable que la Asamblea Nacional no llegue a existir nunca. Entre paréntesis, quiero añadir, para ayudarlos a comprender sobre qué bases defendíamos ayer nuestra postura, que nuestra única objeción era el limitar nuestra táctica a una sola alternativa. No reabriré toda la discusión, pero diré dos palabras para que nadie crea que digo una cosa y la contraria al mismo tiempo. Nuestra posición de hoy es precisamente la de ayer. No queremos basar nuestra táctica respecto a la Asamblea Nacional sobre algo que es una posibilidad, pero no una certeza. Nos negamos a jugarnos todo a la carta de que la Asamblea Nacional jamás llegará a existir. Queremos estar preparados para todas las posibilidades, incluida la de utilizar la Asamblea Nacional para los fines

revolucionarios, si es que llega a crearse. Se cree o no, nos es indiferente porque el éxito de la revolución es seguro.

¿Qué quedará, entonces, del gobierno de Ebert-Scheidemann o de cualquier otro gobierno supuestamente socialdemócrata que pueda estar al timón? Ya he dicho que las masas obreras están alejadas de ellos y que ya no pueden contar con los soldados para que sirvan de carne de cañón de la contrarrevolución. ¿Qué podrán hacer los pobres pigmeos? ¿Cómo pueden salvar la situación? Les queda una última oportunidad. Quienes hayáis leído la prensa de hoy habréis visto cuáles son sus últimas reservas, sabréis a quiénes lanzará contra nosotros la contrarrevolución alemana si se llega a la situación extrema. Habréis leído que las tropas alemanas estacionadas en Riga ya marchan hombro con hombro con los ingleses contra los bolcheviques rusos. Camaradas, tengo en mis manos documentos que arrojan luz sobre lo que está pasando en Riga. Todo proviene del cuartel general del 8º Ejército, que está colaborando con el señor August Winnig, el dirigente socialdemócrata y sindical alemán. Se nos dice siempre que los pobres Ebert y Scheidemann son víctimas de la Entente. Pero en las últimas semanas, desde el comienzo de nuestra revolución, la táctica del *Vorwärts* es sugerir que la Entente desea fervientemente aplastar la revolución rusa, y fue precisamente por esto por lo que la Entente tuvo la idea. Tenemos evidencias documentales que demuestran cómo esto se ha orquestado en detrimento del proletariado ruso y de la revolución alemana. En un telegrama fechado el 26 de diciembre, el teniente coronel Buerkner, jefe del estado mayor del 8º Ejército, informa sobre las negociaciones que culminaron en ese acuerdo en Riga. El telegrama dice:

“El 23 de diciembre hubo una conversación del plenipotenciario alemán Winnig con el plenipotenciario británico Monsaquet, excónsul general en Riga. La entrevista se realizó a bordo del *H.M.S. Princess Margaret*, con la presencia, como invitado, del comandante de las tropas alemanas. Yo representé al mando del Ejército. El propósito de la misma fue ayudar a cumplir las condiciones del armisticio. La conversación versó sobre lo siguiente:

“De la parte inglesa: Los buques británicos en Riga supervisarán el cumplimiento del armisticio. Sobre estas condiciones se basan las siguientes exigencias:

“1. Los alemanes mantendrán una fuerza en esta región que baste para contener a los bolcheviques y les impida ampliar la zona que ocupan (...)

“3. El oficial británico recibirá un informe de la disposición de las tropas que combaten a los bolcheviques, incluidos los soldados letones y alemanes, para que el jefe militar naval esté informado. Asimismo, se deben comunicar al mismo oficial todas las futuras disposiciones de las tropas que luchan contra los bolcheviques.

“4. Se debe mantener una fuerza armada en los lugares que se enumeran a continuación, para impedir que los bolcheviques se apoderen de ellos o desborden la línea que los une: Walk, Wolmar, Wenden, Friedrichstadt, Pensk, Mitau.

“5. El ferrocarril que une Riga con Libau debe ser defendido del ataque bolchevique, y todas las provisiones y comunicaciones británicas que recorran esta línea recibirán trato preferente”.

Siguen una serie de exigencias adicionales. Veamos ahora la respuesta del Sr. Winnig, plenipotenciario alemán y dirigente sindical:

“Aunque es inusual que se exprese el deseo de obligar a un gobierno a mantener la ocupación de un país extranjero, en este caso desearíamos hacerlo, puesto que se trata de proteger la sangre alemana [*los barones del Báltico!*]. Además, consideramos que es nuestro deber moral ayudar al país al que hemos liberado de su estado de dependencia. Sin embargo, es probable que nuestros deseos se vean frustrados porque nuestros soldados en esa región son en su mayoría hombres de cierta edad y poco aptos para el servicio y, en virtud del armisticio, muy ansiosos de volver a sus hogares y con poco espíritu de combate; en segundo lugar, los gobiernos del Báltico tienden a considerar a los alemanes como opresores. Pero trataremos de proveer tropas voluntarias con espíritu de combate, y en realidad esto ya se ha hecho en parte”.

Aquí vemos la contrarrevolución en marcha. Habréis leído hace poco sobre la formación de la División de Hierro, creada expresamente para combatir a los bolcheviques en las provincias bálticas.

En ese momento existían algunas dudas respecto a la actitud del gobierno Ebert-Scheidemann. Comprenderéis ahora que fue el gobierno quien tuvo la iniciativa de crear tal fuerza.

Camaradas, una palabra más respecto a Winnig. No es casual que un dirigente sindical preste semejantes servicios políticos. Podemos decir sin vacilar que los dirigentes sindicales alemanes y los socialdemócratas alemanes son los canallas más infames que el mundo haya conocido. [*Gritos y aplausos*] ¿Sabéis dónde tendría que estar esta gente, Winnig, Ebert y Scheidemann? Según el código penal alemán que, se nos dice, sigue vigente y que sigue siendo la base del sistema legal, deberían estar en la cárcel! [*Gritos y aplausos*] Porque el código penal alemán castiga con la cárcel a quien ponga a soldados alemanes al servicio de una potencia extranjera. Hoy, a la cabeza del gobierno “socialista” alemán hay hombres que no sólo son “judas” del movimiento socialista, de la revolución proletaria, sino también criminales que no merecen codearse con la gente decente. [*Fuertes aplausos*]

En relación con este punto, al final leeré una resolución que espero adoptéis por unanimidad, para que podamos aparecer con la suficiente fuerza contra esta gente que hoy rige los destinos de Alemania.³²⁹

Camaradas, retomando el hilo de mi discurso, es claro que estas maquinaciones —la formación de divisiones de Hierro y, sobre todo, el mencionado acuerdo con los imperialistas británicos— representan las últimas reservas con las que aplastar al movimiento socialista alemán. Pero el problema cardinal, el de las perspectivas de paz, está ligado íntimamente a este asunto. ¿Adónde pueden conducir las negociaciones, sino a un rebrote de la guerra? Mientras estos canallas hacen su comedia en Alemania, queriendo hacernos creer que trabajan horas extras para traer la paz y declarando que nosotros so-

329. Esta resolución, no incluida en el texto de este discurso y encontrada años más tarde, dice así: “El congreso toma nota, indignado, de las acciones del gobierno alemán en el este. La unificación de las tropas alemanas con las de los barones bálticos y los imperialistas británicos no sólo significa la vil traición al proletariado ruso, sino que también confirma la alianza mundial de los capitalistas de todas partes contra el proletariado en lucha del mundo entero. Respecto a estas monstruosidades, este congreso declara de nuevo: El gobierno Ebert-Scheidemann es el enemigo mortal del proletariado alemán. ¡Abajo el gobierno Ebert-Scheidemann!”.

mos los perturbadores de la paz porque intranquilizamos a los aliados y retrasamos el acuerdo de paz, ellos mismos preparan nuevamente la guerra, una guerra en el este, a la que seguirá una guerra en suelo alemán. Una vez más nos hallamos ante una situación que sólo puede traer como consecuencia una etapa de agudos conflictos. Junto con el socialismo y los intereses de la revolución, tenemos que defender también los intereses de la paz mundial. Esta es precisamente la justificación de la táctica que los espartaquistas empleamos en cada ocasión durante los cuatro años de guerra. La paz significa la revolución proletaria mundial. Solamente hay una forma de establecer y salvaguardar la paz: ¡la victoria del proletariado socialista! [*Aplausos prolongados*]

Camaradas, ¿qué consideraciones sobre la táctica general debemos deducir de ello de cara a la situación que vamos a afrontar en el próximo futuro? Vuestra primera conclusión será sin duda la esperanza de una próxima caída del gobierno Ebert-Scheidemann y de que ocupe su lugar un gobierno que se declare socialista revolucionario proletario. Yo os pido que no dirijáis vuestra atención a la dirección, a la cumbre, sino a la base. No debemos volver a caer en la ilusión de la primera fase de la revolución, la del 9 de noviembre; no pensemos que el derrocamiento del gobierno capitalista y su sustitución por otro bastará para realizar la revolución socialista. Hay un solo camino hacia la victoria de la revolución proletaria. Debemos comenzar socavando al gobierno Ebert-Scheidemann paso a paso, minando sus cimientos mediante la lucha revolucionaria de masas del proletariado. Además, permitidme recordaros algunas de las insuficiencias de la revolución alemana, insuficiencias no superadas al cierre del primer acto de la revolución. Estamos lejos de hallarnos en una situación en la que la caída del gobierno garantice el triunfo del socialismo. He tratado de demostrar que la revolución del 9 de noviembre fue, ante todo, una revolución política; mientras que la revolución que logrará nuestros objetivos ha de ser, además y sobre todo, una revolución económica. Además, el movimiento revolucionario abarcó únicamente las ciudades, y a día de hoy todavía no ha llegado a las zonas rurales. El socialismo sería ilusorio si dejase intacto el actual sistema agrario. Desde el punto de vista de la economía socialista, la industria manufacturera no puede ser remodelada sin unirla a una reorganización socialista de la agricultura.

La idea central de la economía socialista es la abolición de la oposición y la separación entre la ciudad y el campo. Esta separación, este conflicto, esta contradicción, es un fenómeno puramente capitalista y debe desaparecer apenas adoptemos el punto de vista socialista. Si queremos acometer seriamente la reconstrucción socialista, debemos dirigir nuestra atención tanto al campo como a los centros industriales, pero a este respecto ni siquiera hemos dado el primer paso. Esto es esencial no sólo porque no podemos construir el socialismo sin socializar la agricultura, sino porque, aunque pensemos que ya hemos evaluado las últimas reservas que tiene la contrarrevolución contra nosotros y nuestros esfuerzos, le queda otra importante que todavía no tuvimos en cuenta: los campesinos, que constituyen una reserva adicional para la burguesía contrarrevolucionaria precisamente porque el socialismo no los ha tocado aún. Lo primero que harán nuestros enemigos cuando la llama de la antorcha socialista les empiece a quemar los talones será movilizar a los campesinos, fanáticos partidarios de la propiedad privada. Sólo hay una manera de avanzar contra este poder contrarrevolucionario amenazador. Debemos llevar la lucha de clases al campo, debemos movilizar al proletariado sin tierra y a los campesinos pobres contra los campesinos ricos. [*Fuertes aplausos*]

A partir de esto podemos deducir qué tenemos que hacer para garantizar el triunfo de la revolución. Resumiría nuestras tareas así: Primero y principal, debemos extender en todas direcciones el sistema de consejos obreros y de soldados, especialmente los obreros. Lo que emprendimos el 9 de noviembre es poco más que un débil comienzo. Durante la primera fase de la revolución perdimos fuerzas que habíamos adquirido al comienzo. Sabéis que la contrarrevolución se ha empeñado en la destrucción sistemática del sistema de consejos obreros y de soldados. El gobierno contrarrevolucionario de Hesse los ha abolido totalmente; en otras partes el poder le ha sido arrancado de sus manos. Por tanto, no basta con desarrollar el sistema de consejos obreros y de soldados, sino que debemos inducir a los trabajadores rurales y a los campesinos pobres a adoptar el sistema de consejos. Tenemos que tomar el poder, y el problema de la toma del poder se plantea de la siguiente manera: ¿Qué puede y debe hacer cada consejo de obreros y soldados en cada lugar de Alemania? [*¡Bravo!*] Ahí reside el poder. Debemos minar el Estado burgués

poniendo fin en todas partes a la división de poderes públicos, a la división entre los poderes ejecutivo y legislativo. Esos poderes deben unificarse en las manos de los consejos de obreros y soldados.

Camaradas, hay un vasto campo por labrar. Debemos construir de abajo hacia arriba, hasta que los consejos de obreros y soldados sean tan fuertes, que la caída del gobierno Ebert-Scheidemann será el último acto del drama. Para nosotros, la conquista del poder no será fruto de un solo golpe. Será una progresión porque iremos ocupando paulatinamente las instituciones del Estado burgués, defendiendo con uñas y dientes lo que tomemos. Considero, junto con mis colaboradores más íntimos en el partido, que la lucha económica también será llevada adelante por los consejos obreros. La solución de los problemas económicos y la expansión del área de aplicación de esta solución deben estar en manos de los consejos obreros. Los consejos deben tener todo el poder estatal. A este fin debemos dirigir nuestras actividades en el futuro inmediato, y es obvio que, si aplicamos esta línea, tenemos que contar con que la lucha se intensifique colosalmente a corto plazo. Luchando paso a paso, en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada ayuntamiento, todos los poderes del Estado deben pasar, uno por uno, de la burguesía a los consejos de obreros y soldados.

Pero antes de tomar estas medidas, los militantes de nuestro partido y los proletarios en general deben educarse. Incluso en los lugares donde los consejos de obreros y soldados ya existen, no comprenden por qué existen. [*Muy bien!*] Debemos hacer comprender a las masas que el consejo de obreros y soldados debe ser la palanca de la maquinaria estatal, que debe concentrar todo el poder en su seno y que debe utilizar dicho poder para realizar un único propósito: la revolución socialista. Las masas de trabajadores ya organizados en consejos de obreros y de soldados están todavía muy lejos de haber asumido esta perspectiva, y sólo minorías proletarias aisladas son plenamente conscientes de sus tareas. Pero no hay razón para quejarse de ello, puesto que es normal. Las masas aprenden a ejercer el poder ejerciendo el poder. No hay otro camino. Felizmente, atrás quedaron los tiempos en que nos proponíamos “educar” al proletariado en el socialismo; tiempos en que todavía parecen vivir los marxistas de la escuela de Kautsky. Educar en el socialismo a las masas proletarias significaba distribuir hojas y folletos, dar conferencias.

Estos no son hoy los métodos para educar a los proletarios. Los obreros aprenderán en la escuela de la acción. [*¡Muy bien!*] “En el principio era el hecho”. Para nosotros, el hecho significa que los consejos de obreros y soldados comprendan su misión y aprendan a convertirse en el poder único de toda Alemania. Sólo así prepararemos el terreno para que todo esté dispuesto cuando llegue la revolución que coronará nuestra obra. Esta, camaradas, es la razón, el cálculo claro y consciente que nos llevó a algunos de nosotros, y a mí en particular, a deciros ayer: “¡No os penséis que la lucha va a ser fácil!”. Algunos camaradas han entendido, erróneamente, que yo pienso que defienden que boicoteemos la Asamblea Nacional y nos crucemos de brazos. Es imposible, en el tiempo que nos queda, discutir a fondo el problema, pero permitidme aclarar que ni en sueños se me pasó tal cosa por la cabeza. Lo que yo quise decir es que la historia no va a facilitarnos la revolución como facilitó las revoluciones burguesas, en las que bastó con derrocar la autoridad oficial central y entregar el poder a unas cuantas personas. Nosotros debemos trabajar desde abajo porque nuestra revolución es una revolución de masas que busca transformar las bases de la sociedad, porque una característica de la revolución proletaria moderna es que el poder político no se toma desde arriba, sino desde abajo. El 9 de noviembre fue un intento —un intento débil, desganado, semiconsciente y caótico— de derrocar la autoridad pública y poner fin a la dominación de clase. Lo que hay que hacer ahora es concentrar conscientemente todas las fuerzas del proletariado para atacar los cimientos mismos de la sociedad capitalista. Allí, en la base, donde el patrón individual se enfrenta a sus esclavos asalariados; en la base, donde todos los órganos ejecutivos de la dominación de clase se confrontan con el objeto de su dominación, las masas; allí, paso a paso, debemos arrebatarles a los poseedores los instrumentos del poder y tomarlos en nuestras manos. Trabajando así, puede parecer que el proceso será bastante más pesado de lo que nos imaginábamos al principio. Creo que es bueno que comprendamos con toda claridad las dificultades y complicaciones de esta revolución. Espero que, en vuestro caso como en el mío, la exposición de las dificultades enormes que debemos enfrentar, de las inmensas tareas que debemos asumir, no disminuya el entusiasmo ni paralice las energías. Todo lo contrario, cuanto mayor sea la tarea, mayor será el ímpetu con que la acometamos. Y no debemos olvidar

que la revolución puede desarrollarse a enorme velocidad. No intentaré predecir cuánto tiempo necesitaremos. ¿Quién de nosotros se preocupa por el tiempo, mientras alcance la vida para lograr el objetivo? Lo único importante es que tengamos claro qué debemos hacer; espero haberos explicado lo mejor posible las grandes líneas del trabajo que tenemos por delante. [*Enormes aplausos*]

8. EL ORDEN REINA EN BERLÍN

Último escrito de Rosa Luxemburgo

14 de enero de 1919

“¡El orden reina en Varsovia!”, anunció el ministro Sebastiani en la Cámara de París en 1831, cuando, tras un terrible asalto sobre el barrio de Praga, la soldadesca de Paskévich entró en la capital polaca para comenzar su trabajo de verdugos contra los insurrectos.

“¡El orden reina en Berlín!”, proclaman entre nosotros, triunfales, la prensa burguesa, Ebert y Noske y los oficiales de las “tropas victoriosas”, a quienes vitorea en las calles la chusma pequeñoburguesa de Berlín. La gloria y el honor de las armas alemanas están a salvo ante la historia mundial. Los batidos miserablemente en Flandes y en las Ardenas han restablecido su nombre gracias a la brillante victoria obtenida sobre... los trescientos “espartaquistas” del *Vorwärts*. Los primeros y gloriosos avances de las tropas alemanas en Bélgica y los tiempos del general von Emmich, el conquistador de Lieja, empalidecen comparados con las hazañas llevadas a cabo por los Reinhardt y Cía. en las calles berlinesas. Los delegados enviados a parlamentar sobre la rendición del *Vorwärts* fueron destrozados a culatazos por la soldadesca gubernamental, hasta el punto de que no fue posible identificar los cadáveres. En cuanto a los prisioneros, fueron colgados de los muros y asesinados de tal forma, que muchos de ellos tenían el cerebro fuera del cráneo. ¿Quién piensa aún, tras estos hechos indignos, en las vergonzosas derrotas infligidas por los franceses, los ingleses y los estadounidenses a los alemanes? “Espartaco” es el enemigo y Berlín, el campo de batalla en que nuestros oficiales saben vencer. Noske, “el obrero”, es el general que sabe organizar la victoria allí donde Ludendorff fracasa.

¿Cómo no pensar aquí en la borrachera victoriosa de la jauría que años atrás impuso “el orden” en París, en la bacanal de la burguesía

sobre los cadáveres de los combatientes de la Comuna? ¡Era la misma burguesía que acababa de capitular vergonzosamente frente a los prusianos y de abandonar la capital del país al enemigo exterior, para huir como el último de los cobardes! Pero contra los proletarios parisinos, hambrientos y mal armados, contra sus mujeres y sus hijos... ¡cómo volvió a renacer el viril coraje de los niños de papá, de la “juventud dorada” y de los oficiales! ¡Cómo se desató la bravura de estos hijos de Marte³³⁰, a quienes les habían temblado las rodillas ante el enemigo extranjero, cuando se trató de ser crueles y bestiales con los indefensos, con los prisioneros, con los caídos!

“¡El orden reina en Varsovia!”, “¡El orden reina en París!”, “¡El orden reina en Berlín!”, esto es lo que, cada medio siglo, proclaman los guardianes del “orden” de un centro de la lucha histórica mundial a otro. Y los eufóricos “vencedores” no se dan cuenta de que cualquier “orden” que deba ser mantenido mediante carnicerías sangrientas periódicas marcha inexorablemente hacia su destino histórico, es decir, hacia su desaparición. ¿Qué nos ha enseñado esta “semana espartaquista”? Incluso en medio de la batalla y del clamor victorioso de la contrarrevolución, los proletarios revolucionarios deben hacer balance de lo ocurrido, deben medir los acontecimientos y sus resultados con la gran escala de la historia. La revolución no tiene tiempo que perder, sigue persiguiendo su victoria por encima de las tumbas aún abiertas, por encima de las “victorias” y “derrotas”. Reconocer su rumbo y seguir sus caminos con plena conciencia es la tarea fundamental de todos los que luchan por la victoria del socialismo internacional.

¿Podía esperarse una victoria definitiva del proletariado revolucionario, podía esperarse la caída de los Ebert-Scheidemann y la instauración de la dictadura socialista? Ciertamente no, si tenemos debidamente en cuenta todos los factores que determinan la cuestión. En este momento, el punto débil de la causa revolucionaria es la inmadurez política de las masas de soldados, que todavía pueden ser manipulados, con objetivos contrarrevolucionarios, por sus oficiales. Este mero hecho demuestra que, en esta coyuntura, no se podía

330. Dios romano de la guerra.

esperar una victoria *duradera*. Por otro lado, la inmadurez de los soldados no es más que un síntoma de la inmadurez general de la revolución alemana.

El campo, de donde proceden una gran parte de los soldados, apenas está tocado por la revolución. En la práctica, Berlín permanece hasta ahora aislado del resto del Imperio. Los centros revolucionarios en las provincias (en especial Renania, la costa norte, Brunswick, Sajonia y Wurtemberg) están en cuerpo y alma con el proletariado berlinés. Pero, por el momento, todavía no marchan hombro con hombro, todavía falta una coordinación directa en la acción, la cual haría incomparablemente más efectiva la ofensiva y la voluntad de lucha de los obreros de Berlín. Además, la lucha económica —que es la fuente volcánica que alimenta el conflicto entre las clases— está solamente en su fase inicial, lo cual tiene mucho que ver con las insuficiencias políticas de la revolución.

De todo esto se desprende que, en este momento, no se podía esperar una victoria definitiva. ¿Significa esto que la lucha de la semana pasada fue un “error”? Sí, si se hubiese tratado de una acción premeditada, de un *putsch*. Pero, ¿qué fue lo que desencadenó esta última semana de combates? Como en todos los casos precedentes, como el 6 y el 24 de diciembre, fue una provocación brutal del gobierno. Como en el caso del baño de sangre de los manifestantes indefensos de la calle Chaussee, como en el caso de la carnicería de los marineros, la causa de todos los acontecimientos fue, esta vez, el asalto a la Jefatura de Policía de Berlín. La revolución no se desarrolla como le da la gana, en campo abierto y siguiendo un buen plan ideado por los “estrategas”. Sus enemigos *también* tienen iniciativa, y generalmente son ellos quienes la llevan, no la revolución.

Ante la descarada provocación del gobierno Ebert-Scheidemann, los obreros revolucionarios se vieron *obligados* a tomar las armas. Para la revolución era una *cuestión de honor* responder inmediatamente y con todas sus fuerzas al ataque porque lo contrario habría alentado a la contrarrevolución a dar pasos adelante y habría conmovido las filas revolucionarias y disminuido el crédito moral de la revolución alemana en el seno de la Internacional.

La resistencia surgió tan espontáneamente, con una energía tan evidente, de las propias masas berlinesas, que desde el primer momento la victoria moral estuvo del lado de la “calle”.

Una ley interna de la revolución dice que, tras haber dado el primer paso, es imposible pararse, esperar pasivamente en la inacción. La mejor defensa es el ataque. Esta regla elemental de toda lucha rige con mayor razón todos los pasos de la revolución. Era evidente, y demuestra el sano instinto, la fuerza interior siempre en guardia del proletariado berlinés, que éste no podía limitarse a reintegrar a Eichhorn en sus funciones, sino que espontáneamente se lanzó a por otros reductos de poder contrarrevolucionarios: la prensa burguesa, las agencias oficiosas de noticias, el *Vorwärts*. Todas estas medidas surgieron de las masas porque sabían instintivamente que la contrarrevolución no se iba a conformar con la derrota que habían sufrido, sino que intentaría echar un pulso general.

También aquí nos encontramos ante una de las grandes leyes históricas de la revolución, contra la cual se estrellan todas las habilidades y las actitudes de sabelotodo propias de los pequeños “revolucionarios” al estilo de los del USPD, que en cada batalla sólo buscan pretextos para batirse en retirada. Una vez que el problema fundamental de la revolución se ha planteado con toda claridad —que en el caso de *esta* revolución es la caída del gobierno Ebert-Scheidemann, en tanto que primer obstáculo para la victoria del socialismo—, ese problema surge una y otra vez en toda su actualidad, y cada episodio de la lucha hace aparecer, con la fatalidad de una ley natural, el problema en toda su dimensión, por poco preparada que esté la revolución para solucionarlo, por muy inmadura que sea todavía la situación. “¡Abajo Ebert-Scheidemann!”, esta es la consigna que surge inevitablemente en cada crisis revolucionaria porque es la única fórmula capaz de llevar hasta sus últimas consecuencias todos los conflictos parciales, fórmula que, mediante su lógica interna objetiva, nos guste o no nos guste, empuja cada episodio de la lucha a su punto culminante.

De esta contradicción entre la escalada en las tareas y la falta de condiciones previas para su resolución en la fase inicial del proceso revolucionario surge que las batallas parciales acaben formalmente en una *derrota*. ¡Pero la revolución es la única forma de “guerra” —y esta es también una ley especial de ella— en que la victoria final sólo puede alcanzarse a través de una serie de “derrotas”!

¿Qué nos enseña toda la historia de las revoluciones modernas y del socialismo? El primer fogonazo de la lucha de clases en Europa, la rebelión de los sederos de Lyon en 1831, terminó con una dura

derrota. El movimiento cartista en Inglaterra terminó con una derrota. El levantamiento del proletariado parisino en 1848 terminó con una aplastante derrota. La Comuna de París terminó con una terrible derrota. Todo el camino al socialismo —en lo que a las luchas revolucionarias se refiere— está empedrado de derrotas. ¡Y, sin embargo, esa misma historia conduce inexorablemente, paso a paso, hacia la victoria final! ¡Dónde estaríamos hoy *sin* esas “derrotas” de las que extrajimos experiencia histórica, conocimiento, fuerza, idealismo! Hoy, cuando estamos muy próximos a la batalla final, nos basamos directamente en esas “derrotas”, de las cuales *no* podemos prescindir porque cada una de ellas forma parte de nuestra fuerza actual y de nuestra claridad en cuanto al objetivo a alcanzar.

Las luchas revolucionarias son justo lo contrario de las luchas parlamentarias. En Alemania, durante cuatro décadas, hemos tenido resonantes “victorias” parlamentarias, hemos estado marchando de victoria en victoria. Y el resultado lo vimos en la gran prueba histórica del 4 de agosto de 1914: una devastadora derrota política y moral, un colapso atroz, una bancarrota sin igual. Hasta ahora, las revoluciones sólo nos han deparado fuertes derrotas, pero esas derrotas inevitables han ido acumulando garantía tras garantía de nuestra futura victoria final.

¡Pero con *una* condición! La de preguntarnos bajo qué circunstancias tuvo lugar cada derrota: si se dio porque la energía de las masas chocó contra la barrera de la falta de unas condiciones históricas maduras, o porque la propia acción revolucionaria fue paralizada por las medias tintas, la indecisión y la debilidad interna.

Ejemplos clásicos de ambos casos son la revolución francesa de febrero y la revolución alemana de marzo de 1848. Aquella heroica acción del proletariado parisiense se convirtió en la fuente viva de energía de clase para todo el proletariado internacional. La mezquindad de aquella revolución alemana lastra todo el desarrollo histórico moderno de Alemania como una bola de hierro atada al pie. Influye en toda la peculiar historia de la socialdemocracia alemana oficial hasta incluso los más recientes acontecimientos de la revolución alemana, hasta en la dramática crisis que acabamos de vivir.

¿Cómo será vista la derrota de nuestra “semana espartaquista” a la luz de la mencionada cuestión histórica? ¿Como una derrota producto de una impetuosa energía revolucionaria y una inmadurez insuficiente de la situación, o producto de una acción débil e indecisa?

¡Ambas cosas! La seña de identidad especial de este episodio más reciente es la naturaleza dual de esta crisis, la contradicción entre la firme y decidida disposición a la lucha de las masas de Berlín y la indecisión, tibieza y vacilación de los dirigentes berlineses.

Ha fallado la dirección. Pero la dirección puede y debe ser creada de nuevo por las masas. Las masas son lo decisivo porque son la roca sobre la que se levantará la victoria final de la revolución. Las masas han estado a la altura, ellas han hecho de esta nueva “derrota” un eslabón más de esa serie de derrotas históricas que son el orgullo y la fuerza del socialismo internacional. Y por esta razón, de esta “derrota” florecerá la victoria futura.

“¡El orden reina en Berlín!”. ¡Estúpidos lacayos! Vuestro “orden” está levantado sobre arena. Mañana, la revolución se alzará de nuevo y, para terror vuestro, anunciará con todas sus trompetas:

¡Fui, soy y seré!

9. ¡A PESAR DE TODO!

Último escrito de Karl Liebknecht

15 de enero de 1919

¡Asalto general contra “Espartaco”! ¡Muerte a los espartaquistas! ¡Atrapadlos, golpeadlos, fusiladlos, pisoteadlos, hacedlos jirones...! En efecto, lo han conseguido, “Espartaco” ha sido aniquilado. ¡Y ahora vienen los gritos de alegría, desde el *Post* hasta el *Vorwärts*!

¡“Espartaco” ha sido aniquilado! Los sables, los revólveres y los mosquetones de la vieja policía germánica, reconstituida mediante el desarme de los obreros revolucionarios tras el fin de la guerra, han sellado nuestra derrota. ¡“Espartaco” ha sido aniquilado! Bajo la guardia de las bayonetas del coronel Reinhardt, de las metralletas y de los lanzagranadas del general Lüttwitz, tendrán lugar al fin las elecciones para la Asamblea Nacional... pero será el plebiscito de Napoleón-Ebert.³³¹

¡“Espartaco” ha sido aniquilado! Y es cierto. Los obreros revolucionarios de Berlín han sido aplastados. Cientos de los mejores de ellos han sido masacrados. Es cierto. Y un millar de entre los más fieles, arrojados a los calabozos... En efecto, ahí están los vencidos: abandonados por los marineros, por los soldados, por los cuerpos de protección, por la milicia popular, por todos aquellos en cuya ayuda tan firmemente habían confiado.

Lo más importante, sin embargo, ha sido que su fuerza y su formidable impulso inicial han sido frenados por la indecisión y la debilidad de sus jefes, de forma que tan sólo así ha sido posible que la terrible marea de lodo de la contrarrevolución haya arrastrado y ahogado a unos luchadores tan decididos.

331. Juego de palabras con los apellidos de Friedrich Ebert y Luis Napoleón Bonaparte, político francés autoritario de mediados del siglo XIX.

En efecto, han sido derrotados. Habrá que pensar que su derrota era un mandamiento de la historia. La revolución no estaba madura. Los tiempos no eran los más propicios... Y a pesar de todo, la lucha era inevitable. Permitir a los Eugen Ernst y Hirsch el retomar sin lucha la Prefectura de policía, convertida en una especie de santuario de la revolución, hubiese sido una derrota indigna. La lucha le fue impuesta al proletariado por toda la camarilla de Ebert, y las masas berlinesas se alzaron entonces, con un rugido espontáneo, abatiendo toda clase de dudas e incertidumbres.

¡Sí, los obreros revolucionarios de Berlín han sido aplastados!

Los Ebert-Scheidemann-Noske han resultado victoriosos. Se han alzado con la victoria porque los generales, la burocracia, los junkers de chimenea y repollo, los curas, los sacos de dinero y todo lo que es asmático, limitado y retrógrado les han ayudado apoyándose en las bombas de gas, las metralletas y las granadas.

¡Pero hay derrotas que son victorias y victorias que son peores que las derrotas!

Los vencidos de la semana sangrienta de este enero han combatido gloriosamente. Han luchado por una gran causa, por los objetivos más nobles para una humanidad sufriente, por la liberación material y espiritual de las masas esclavizadas. Han vertido su sangre por una tarea sagrada, y por ello su sangre es también sagrada. De cada gota de esa sangre nacerán los vengadores de los que han caído ahora. De cada fibra hecha jirones surgirán nuevos combatientes porque su causa es eterna e imperecedera como el mismo firmamento.

Los vencidos de hoy serán los vencedores de mañana, puesto que la derrota es su mejor enseñanza. El proletariado alemán está falto aún de la necesaria experiencia y de una tradición revolucionaria. Y tan sólo a fuerza de tener su calvario, de aprender a costa de caídas y errores juveniles, de sufrir en su carne el dolor de los fracasos, podrá al fin adquirir la formación práctica que le garantice la victoria final.

Para las fuerzas primitivas de la revolución, elementales y en su natural desarrollo, la derrota debe significar ante todo una cosa: estímulo. Porque, de derrota en derrota, su camino acabará por llevarlas al éxito.

¿Y qué decir de los vencedores de hoy? Se mancharon las manos de sangre por una causa infame, por la causa de los poderes del pasado, de los enemigos mortales del proletariado. ¡Ya han sido

derrotados hoy porque son prisioneros de aquellos a quienes querían usar como herramientas! Todavía le prestan su nombre a la empresa, pero sólo les queda un último y breve respiro. Ya están en la picota de la historia. El mundo jamás conoció unos Judas semejantes, pues no sólo han traicionado lo más sagrado, sino que han clavado la cruz con sus propias manos. Al igual que la socialdemocracia alemana oficial se hundió más que ninguna otra en agosto de 1914, ahora, en el alba de la revolución social, ofrece la misma imagen repulsiva. En junio de 1848 y en mayo de 1871, la burguesía francesa tuvo que buscar los verdugos en sus propias filas. La burguesía alemana no ha tenido necesidad de esto porque los “socialdemócratas” les hicieron el despreciable y sangriento trabajo sucio. Los Cavaignac y los Galliffet se llaman hoy Noske, “el obrero alemán”.³³²

Las campanas llaman a la masacre. Con música y agitando pañuelos, los capitalistas, salvados del “terror bolchevique”, saludan todavía a la soldadesca providencial. La pólvora humea aún y el fuego del asesinato de los trabajadores se incuba sobre la ceniza. Los proletarios caídos se remueven aún donde han caído y los heridos todavía sangran por sus heridas. Pero ellos sólo piensan en hacer desfilar a los batallones asesinos, mientras que los señores Ebert, Scheidemann y Noske se pavonean inflados por un orgullo falsamente victorioso.

Entre tanto, el proletariado de todo el mundo se dispone a rechazar las manos que los vencedores pretenden tender a la Internacional, unas manos impregnadas aún con la sangre de los obreros alemanes. Contaminados, excluidos de toda humanidad decente, arrojados a latigazos de la Internacional, odiados y malditos por todos los trabajadores: tal es el destino de nuestros vencedores.

Alemania entera ha sido sumida en la vergüenza más absoluta... por ellos. ¡Los traidores de sus hermanos gobiernan hoy el pueblo alemán! ¡Unos asesinos fraticidas erigidos en gobernantes! Es evidente que su gloria no puede durar mucho. ¡Apenas si un cuarto de hora de gracia! Porque su reino acabará por encender de nuevo en los corazones la llama de la revolución. En efecto, la revolución

332. Así se autocalificaba Noske.

proletaria, que ellos creen haber ahogado en sangre, se alzarán sobre sus cabezas, enorme. Y sus primeras palabras serán: “¡Abajo los asesinos de obreros Ebert-Scheidemann-Noske!”.

Los vencidos de hoy han aprendido. Están curados de falsas ilusiones, de confiar en la ayuda de tropas confusas, de confiar en dirigentes que se demostraron débiles o incapaces, de confiar en el USPD, que los dejó vergonzosamente en la estacada. Sólo confiando en ellos mismos podrán librar sus futuras batallas, ganarán sus futuras victorias. Y la palabra de que la emancipación de la clase obrera sólo puede ser obra de la propia clase obrera ha ganado un nuevo y más hondo significado para ellos con la amarga lección de esta semana.

Y, entonces, hasta los soldados, engañados y ofuscados, reconocerán rápidamente el juego que se ha estado jugando con ellos, lo cual ocurrirá cuando sientan abatirse de nuevo el látigo del militarismo sobre ellos, despertando así de la borrachera que actualmente les aturde.

¡“Espartaco” ha sido aniquilado! Es cierto. Pero nosotros seguimos aquí. No hemos huido ni hemos muerto. Y aunque nos encadenen, seguiremos aquí, continuaremos estando aquí... hasta que consigamos alzarnos con la victoria que pretendemos. “Espartaco” significa fuego y espíritu, significa alma y corazón, significa voluntad y acción en favor de la revolución proletaria. “Espartaco” significa toda la necesidad y el anhelo de felicidad, significa toda la determinación a luchar del proletariado con conciencia de clase. “Espartaco” significa socialismo y revolución mundial.

El camino del Gólgota³³³ para la clase obrera no se ha terminado aún. Pero el día de la liberación está cada vez más próximo. Será el día del juicio de los Ebert-Scheidemann-Noske y de todos los poderosos del capitalismo que hoy se ocultan tras ellos. Las olas de los acontecimientos se levantan hasta el cielo... y nosotros estamos ya acostumbrados a ser arrojados desde lo más alto a lo más profundo, pero también estamos habituados a la trayectoria inversa, lo que no evitará que nuestro navío mantenga inflexible su rumbo hacia el destino que tiene marcado.

333. Según la mitología cristiana, el monte Gólgota fue donde crucificaron a Cristo.

Que cuando dicha meta sea conquistada nosotros estemos o no entre los hombres es lo de menos porque nuestro programa seguirá vivo para regir el mundo de la humanidad liberada. ¡A pesar de todo!

A pesar de todos los fracasos y derrotas previas, el ejército aparentemente dormido de los proletarios se despertará como ante las trompetas del juicio final, y los cadáveres de todos los luchadores asesinados se levantarán para pedir cuentas a los que sólo se merecen sus maldiciones. Hoy no se oye más que el rumor subterráneo del volcán, pero mañana entrará en erupción para sepultar en cenizas abrasadoras y ríos de lava a los actuales vencedores.

10. ¡KARL LIEBKNECHT Y ROSA LUXEMBURGO, ASESINADOS!

Partido Comunista de Alemania

Mediados de enero de 1919

A los obreros y obreras

A los soldados revolucionarios de Alemania

El gobierno de Ebert y de Scheidemann ha hecho asesinar a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburgo. Sus informes sobre los asesinatos sólo son mentiras descaradas. Karl Liebknecht no fue abatido al tratar de huir, por la sencilla razón de que nunca tuvo intención de huir. Karl Liebknecht ha sido asesinado por la soldadesca del gobierno Ebert-Scheidemann, como lo fueron los obreros desarmados hechos prisioneros en el edificio del *Vorwärts*, cuyos cuerpos están tendidos en el patio del cuartel Alejandro. Rosa Luxemburgo fue muerta en un automóvil, de un tiro de revólver disparado por un desconocido, según el informe mentiroso del gobierno. Pero nadie creerá que alguien se pueda montar en un automóvil en marcha lleno de hombres armados y elegir su víctima entre todos los que viajan en él. O bien Rosa Luxemburgo era transportada sin guardia, a fin de que un asesino pagado pudiese matarla más fácilmente, o bien ha sido asesinada por la soldadesca de Ebert y Scheidemann. La desaparición de su cuerpo tuvo por objeto hacer desaparecer al mismo tiempo las huellas del crimen.

Ante el proletariado alemán y el proletariado internacional, nosotros acusamos al gobierno Ebert-Scheidemann de ser responsable de este crimen. Ninguna disculpa podrá lavarlo de esta acusación, pues si intentase hacer recaer la responsabilidad sobre los oficiales o los soldados, los obreros y obreras de Alemania le responderían: “No sólo sois asesinos, sino que sois también cobardes, pues ¿quién confiere a los generales del káiser, a los Maercker, a los Lüttwitz y demás

soldados de Guillermo³³⁴, el poder de decidir sobre la vida y la muerte de los obreros de Berlín, sino el gobierno de Ebert y Scheidemann? ¿Quién ha dejado impune el asesinato de los siete miembros desarmados de la delegación de la toma del *Vorwärts*, concediendo así carta blanca para todos los asesinatos cometidos por una soldadesca excitada, sino el gobierno de Ebert y Scheidemann? Tras aplastar y desarmar a los obreros de Berlín, con ayuda de la juventud dorada, de mercenarios pagados y de los generales, asesinando a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburgo buscaba decapitar al proletariado alemán, para, sin peligro, poder venderlo a los capitalistas, a la Asamblea Nacional.

¡Obreros y obreras de Alemania! ¡Soldados revolucionarios! Nuestras palabras son demasiado débiles para expresar, junto a los cuerpos aún calientes de nuestros grandes campeones de la revolución proletaria, los sentimientos que llenan y desgarran nuestros corazones. Las quejas y maldiciones están de más aquí. Nuestros muertos vivirán para siempre en el corazón de los alemanes, en el corazón del proletariado internacional, pues en la hora en que la socialdemocracia alemana vendía a los obreros alemanes al Moloc de la guerra, ellos alzaron valientemente la bandera de la revolución proletaria y, sin preocuparse por la cárcel ni por el presidio, llamaron a los obreros revolucionarios a luchar para liberarse de las garras del capitalismo asesino. Sus nombres quedarán eternamente grabados en los anales de la Internacional como los nombres de quienes, en medio de la matanza universal, se mantuvieron firmes en la lucha contra el capitalismo mundial al grito de: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”. *En este momento, no se trata de lamentarse ni de querer vengar ciegamente, en la persona de los asesinos, el asesinato de nuestros grandes campeones.* Se trata de jurar, ante estos dos cuerpos ensangrentados, que *nosotros culminaremos su obra*, que izaremos la bandera de la revolución proletaria en la cima de la ciudadela del capitalismo, en el edificio del gobierno socialtraidor. Todavía nos queda una larga lucha. En esta lucha no debemos guiarnos por los sentimientos, sino por una visión clara y la fría razón. Comprendemos muy bien que muchos de vosotros querréis vengar, en la persona de

334. Se trata del káiser Guillermo II.

Scheidemann, de Ebert y de Noske, el cobarde asesinato del que son responsables. Obreros, *nosotros os ponemos en guardia contra los atentados terroristas dirigidos al jefe de este gobierno de traidores*. Enseguida vendría otro canalla a ocupar el lugar del canalla muerto; el capitalismo alemán es suficientemente rico para comprar nuevos Judas y utilizará cualquier atentado contra los prohombres de un gobierno que le es devoto, para hacer caer otra vez sobre vuestras cabezas su espada de nuevo afilada, mientras vosotros no estéis agrupados y organizados para la lucha decisiva. Y precisamente porque no ha llegado todavía el momento para esa lucha decisiva es por lo que os advertimos contra todo golpe prematuro.

¡Obreros! La guerra civil berlinesa del 6 al 12 de enero provocada por el gobierno de Scheidemann ha terminado con la derrota del proletariado. Es obvio que una gran parte de la clase obrera todavía no se ha liberado de la influencia de los traidores socialpatriotas. Sólo en una pequeña parte del Imperio alemán los obreros han sabido transformar los consejos de obreros y soldados en fortalezas contra el gobierno de lacayos del capital. Toda acción armada prematura no serviría más que para proporcionarle al gobierno de Ebert y Scheidemann la ocasión de destrozar a la vanguardia del proletariado, antes de que el grueso del ejército pueda acudir en su socorro.

Nuestra victoria es segura. El gobierno, perro de presa del capital, no podrá contener el creciente desempleo. El gobierno, arrodillado a los pies del capital de la Entente, no recibirá de él pan, sino solamente puntapiés. No se atreverá a ir a buscar pan entre los junkers ni entre los campesinos ricos. Ha roto con Rusia, con la Rusia obrera que nos ofreció pan. El hambre y el desempleo traerán a nuestras filas a los obreros que aún siguen a Scheidemann y Ebert. Más pronto de lo que ellos se piensan, los agarrará por el cuello esta revolución proletaria que creen vencida, desarmada, decapitada.

¡Obreros y obreras, soldados revolucionarios de Alemania! Id fábrica por fábrica, taller por taller, mostrad los cadáveres de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, y decid: los que durante siglos nos han explotado y oprimido, los empresarios, los junkers, los banqueros, los comerciantes, todos ellos despilfarran alegremente el producto de nuestro trabajo protegidos por el gobierno de Ebert y Scheidemann; pero Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que durante toda

una vida lucharon y sufrieron por la liberación del proletariado, yacen asesinados por los esbirros del gobierno de Ebert y Scheidemann. ¿Lo vais a tolerar?

Los Bethmann, los Jagow, que nos lanzaron a la guerra, los Lüdendorff, los Hindenburg, los Falkenhayn, que nos desangraron durante la guerra, éstos están libres, pueden viajar al extranjero con permiso del gobierno de Ebert y Scheidemann. A ellos, a los Hindenburg, a los Maercker, a los Lüttwitz, el gobierno Ebert-Scheidemann les da plenos poderes para decidir sobre vuestra vida y vuestra muerte; pero Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que os cubrieron con sus cuerpos para defenderos contra el Moloc de la guerra, yacen asesinados por los esbirros del gobierno de Ebert y Scheidemann. ¿Lo vais a tolerar?

Si los sentimientos proletarios de los obreros y obreras de Alemania se rebelan contra esto, entonces decidles: ¡Vamos a luchar! ¡El día en que lo que era mortal en Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo se devuelva a la tierra, que ningún obrero consciente permanezca en el taller trabajando para el capital! Todos los proletarios por cuyas venas corra todavía sangre deben echarse a la calle. Sin armas, pacíficamente, las masas proletarias deben manifestarse a los gritos de:

- ¡Abajo el gobierno de Ebert y Scheidemann, que protege a los capitalistas y asesina a los campeones del proletariado!
- ¡Abajo con sus esbirros, los generales y oficiales del káiser!
- ¡Abajo la guardia blanca de sus mercenarios!
- ¡Acabar con el armamento de la burguesía!
- ¡Abajo los consejos de obreros y soldados que apoyan a este gobierno de asesinos de trabajadores!
- ¡Nuevas elecciones a los consejos de obreros y soldados!
- ¡Abajo la Asamblea Nacional de la burguesía y sus lacayos socialpatriotas!
- ¡Todo el poder a los consejos de obreros y soldados con conciencia de clase!

Con los estandartes que griten estas consignas de lucha a todos los rincones del mundo cubriréis los cuerpos de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, y cuando la tierra haya cubierto sus cuerpos, llevaréis esos gritos de guerra, que eran los suyos, a vuestros talleres y a vuestras casas, y no deberá cesar el clamor mientras los asesinos

no sean derribados, mientras sus cadáveres políticos descompuestos no sean arrojados al basurero de la historia, mientras la liberación del proletariado no se haya realizado. Entonces, nosotros, pueblo libre sobre una tierra libre, elevaremos a nuestros mártires un monumento más alto y más indestructible que las pirámides de Egipto: ¡La república soviética de Alemania!

Partido Comunista de Alemania (Liga Espartaquista)

11. KARL LIEBKNECHT Y ROSA LUXEMBURGO

León Trotsky

18 de enero de 1919

EL INFLEXIBLE KARL LIEBKNECHT

Acabamos de sufrir la mayor de las pérdidas. El duelo nos embarga por partida doble.

Nos han arrebatado a dos líderes, dos dirigentes cuyos nombres quedarán inscritos por siempre jamás en el libro de oro de la revolución proletaria: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.

El nombre de Karl Liebknecht se dio a conocer en todo el mundo en los primeros días de la gran guerra europea.

Desde la primeras semanas de esa guerra, cuando el militarismo alemán festejaba sus primeras victorias, sus primeras orgías sangrientas, cuando los ejércitos alemanes lanzaban su ofensiva sobre Bélgica destruyendo sus fortalezas, cuando parecía que los cañones de 420 milímetros podrían someter el universo entero a los pies de Guillermo II, cuando la socialdemocracia alemana, con Scheidemann y Ebert a la cabeza, se arrodillaba ante el militarismo y el imperialismo alemanes, que parecían poder someter a todo el mundo —tanto en el exterior, con la invasión del norte de Francia, como en el interior, dominando no sólo a la casta militar y a la burguesía, sino incluso a los representantes oficiales de la clase obrera—, en medio de estos días sombríos y trágicos una sola voz se levantó en Alemania para protestar y maldecir: la de Karl Liebknecht.

Y su voz resonó en todo el mundo. En Francia, donde el espíritu de las masas obreras aún se encontraba obsesionado por la ocupación alemana y el partido de los socialpatriotas predicaba desde el poder una lucha sin cuartel contra el enemigo que amenazaba París, la burguesía y los propios chovinistas tuvieron que reconocer que

Liebkecht era la excepción a los sentimientos que animaban a todo el pueblo alemán.

En realidad, Liebkecht no estaba solo. Rosa Luxemburgo, mujer de gran coraje, luchaba a su lado, pese a que las leyes burguesas del parlamentarismo alemán no le permitían lanzar su protesta desde lo alto de la tribuna,³³⁵ como hacía Karl Liebkecht. Es preciso señalar que a Rosa Luxemburgo la secundaban los elementos más conscientes de la clase obrera, en la que habían germinado sus poderosos pensamiento y palabra. Estas dos personalidades, dos militantes, se complementaban mutuamente y marchaban juntas en pos del mismo objetivo.

Karl Liebkecht encarnaba al revolucionario inquebrantable y genuino. En torno a él se tejían innumerables leyendas: agresivas en la prensa burguesa, heroicas en los labios de los trabajadores.

En su vida privada, Karl Liebkecht era —¡ay!, ya sólo podemos hablar en pasado— la encarnación misma de la bondad, la sencillez y la amistad. Podría decirse que su carácter era de una dulzura casi femenina, en el mejor sentido del término, y que su voluntad revolucionaria, de un temple excepcional, le hacía capaz de combatir hasta la muerte por los principios que profesaba. Y lo demostró elevando sus protestas contra los representantes de la burguesía y los traidores socialdemócratas del Reichstag alemán, cuya atmósfera estaba saturada por los miasmas del chovinismo y el militarismo triunfantes. Lo demostró levantando en Berlín, en la plaza de Potsdam, el estandarte de la rebelión contra los Hohenzollern y el militarismo burgués.

Fue detenido. Pero ni la prisión ni los trabajos forzados lograron quebrar su voluntad y, liberado por la revolución de noviembre, se puso a la cabeza de los elementos más decididos de la clase obrera alemana.

ROSA LUXEMBURGO, LA FUERZA DE LAS IDEAS

El nombre de Rosa Luxemburgo no es tan conocido en Rusia o fuera de Alemania, pero se puede decir sin temor a exagerar que su personalidad no desmerece en nada la de Liebkecht.

335. El sufragio femenino se implantó en Alemania para las elecciones a la Asamblea Constituyente celebradas cuatro días después del asesinato de Rosa Luxemburgo.

De constitución pequeña, débil y enfermiza, Rosa sorprendía por su poderosa mente.

Ya he dicho que estos dos líderes se complementaban mutuamente. La intransigencia y la firmeza revolucionarias de Liebknecht se combinaban con una dulzura y una amenidad femeninas, y Rosa Luxemburgo, a pesar de su fragilidad, estaba dotada de un intelecto poderoso y viril.

Ferdinand Lassalle ya escribió sobre la fuerza física del pensamiento y la tensión sobrenatural de que es capaz el espíritu humano para vencer y superar obstáculos materiales. Esta era la energía que transmitía Rosa Luxemburgo cuando hablaba desde la tribuna, rodeada de enemigos. Y tenía muchos. A pesar de ser pequeña de talla y de aspecto frágil, Rosa Luxemburgo sabía dominar y mantener la atención de grandes auditorios, incluso cuando eran hostiles a sus ideas.

Era capaz de reducir al silencio a sus más resueltos enemigos mediante el rigor de su lógica, sobre todo cuando sus palabras se dirigían a las masas obreras.

LO QUE HABRÍA PODIDO SUCEDER EN RUSIA DURANTE LAS JORNADAS DE JULIO

Nosotros sabemos muy bien cómo procede la reacción para organizar ciertas revueltas populares. Todos nos acordamos de aquellos días de julio entre los muros de Petrogrado, cuando las bandas reaccionarias organizadas por Kerensky y Tsereteli contra los bolcheviques masacraban a los obreros, acosando a los militantes, fusilando y pasando a bayoneta a los obreros aislados que eran sorprendidos en las calles. Los nombres de los mártires proletarios, como Veinoff, aún están presentes en la memoria de casi todos nosotros. Si fuimos capaces entonces de conservar a Lenin y a Zinóviev fue porque pudieron escapar de los asesinos. Y entonces se alzaron algunas voces entre los mencheviques y eseristas para reprocharles el haberse librado de un juicio en el que les habría resultado sencillo rebatir las acusaciones de ser espías alemanes. Pero, ¿a qué tribunal se referían? ¿Acaso al que fue conducido más tarde Liebknecht, en el que, a mitad de camino, Lenin y Zinóviev habrían sido fusilados por intento de fuga? Sin duda, esa habría sido la declaración oficial. Tras la terrible experiencia de Berlín, no podemos menos que felicitarnos

de que Lenin y Zinóviev se abstuviesen de comparecer ante el tribunal del gobierno burgués.

ABERRACIÓN HISTÓRICA

¡Pérdida irreparable, traición sin parangón! Los dirigentes del Partido Comunista de Alemania ya no están entre nosotros. Hemos perdido a nuestros mejores compañeros, ¡y sus asesinos siguen formando parte del Partido Socialdemócrata que osa remontar su genealogía hasta Carlos Marx! ¡Estos son los hechos, camaradas! El mismo partido que traicionó los intereses de la clase obrera desde el principio de la guerra, que apoyó al militarismo alemán, que alentó la destrucción de Bélgica y la invasión de las provincias septentrionales francesas, el partido cuyos dirigentes nos dejaron en manos de nuestros enemigos, los militaristas alemanes, durante las conversaciones de paz de Brest-Litovsk, ¡ese mismo partido y sus jefes (Scheidemann y Ebert) se autodenominan marxistas al mismo tiempo que organizan las bandas reaccionarias que han asesinado a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo!

Ya hemos conocido con anterioridad una aberración histórica similar, una felonía análoga, pues lo mismo pasó con el cristianismo. El cristianismo evangélico era una ideología de pescadores oprimidos, de esclavos, de trabajadores aplastados por la sociedad, una ideología de proletarios. ¿Y acaso no fue acaparado por aquellos que monopolizaban la riqueza, por los reyes, los patriarcas y los papas? Indudablemente, el abismo que separa el cristianismo primitivo, tal como surgió de la conciencia del pueblo y las capas inferiores de la sociedad, del catolicismo y las teorías ortodoxas es tan profundo como el que ahora separa las teorías de Marx, puro fruto del pensamiento y los sentimientos revolucionarios, de los residuos ideológicos burgueses con los que trafican los Scheidemann y los Ebert de todos los países.

¡LA SANGRE DE LOS MILITANTES ASESINADOS CLAMA VENGANZA!

¡Camaradas! Estoy convencido de que este abominable crimen será la última canallada de la lista que han perpetrado los Scheidemann y Ebert. El proletariado ha soportado durante mucho tiempo las iniquidades de aquellos a quienes la historia colocó a su cabeza. Pero

su paciencia se agota, y este último crimen no quedará impune. La sangre de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo clama venganza; las calles de Berlín, la plaza de Potsdam, donde Karl Liebknecht fue el primero en levantar el estandarte de la revuelta contra los Hohenzollern, hablarán. ¡Sus adoquines, no lo dudéis, servirán para levantar nuevas barricadas contra los ejecutores de estas infamias, los perros guardianes de la sociedad burguesa, contra los Scheidemann y los Ebert!

LA LUCHA NO HA HECHO MÁS QUE EMPEZAR

Scheidemann y Ebert han sofocado, por el momento, al movimiento espartaquista (los comunistas alemanes). Han asesinado a dos de los mejores dirigentes de este movimiento, y puede que aún festejen su victoria. Pero este triunfo es ilusorio, pues de hecho aún no ha tenido lugar ninguna acción decisiva. El proletariado alemán todavía no se ha sublevado para conquistar el poder político. Por parte del proletariado, todo lo que ha precedido a los actuales sucesos no ha sido más que una importante maniobra de reconocimiento para descubrir las posiciones del enemigo. Son los preliminares de la batalla, pero no la batalla misma. Unos preliminares indispensables para el proletariado alemán, igual que nos fueron indispensables las jornadas de Julio.

EL PAPEL HISTÓRICO DE LAS JORNADAS DE JULIO

Ya conocéis el curso de los acontecimientos y su lógica interna. A finales de febrero de 1917 (según el antiguo calendario), el pueblo ruso había derrocado la autocracia y, durante las primeras semanas, parecía que se había conseguido ya lo esencial. Los hombres de nuevo temple que surgieron de los otros partidos —partidos que no habían tenido un papel preponderante entre nosotros— gozaron en un primer momento de la confianza, o mejor semiconfianza, de las masas obreras.

Petrogrado, como era preciso, se encontraba a la cabeza del movimiento. Tanto en febrero como en julio constituía la vanguardia que llamaba a los obreros a una guerra declarada contra el gobierno burgués, contra los partidarios de la Entente. Esta vanguardia fue la que llevó a cabo las grandes maniobras de reconocimiento.

Y precisamente durante las jornadas de Julio, chocó directamente con el gobierno de Kerensky.

No se trataba aún de la revolución, tal y como la realizamos en octubre: fue una experiencia cuyo sentido no estaba todavía claro para las masas obreras.

Los trabajadores de Petrogrado se limitaron a declarar la guerra a Kerensky. Pero en el choque que se produjo pudieron convencerse y probar a las masas obreras del mundo entero que Kerensky no estaba apoyado por ninguna fuerza revolucionaria real y que su partido estaba formado por la burguesía, la guardia blanca y la contrarrevolución.

Recordaréis que las jornadas de Julio terminaron para nosotros con una derrota en el sentido formal del término: los camaradas Lenin y Zinóviev se vieron obligados a esconderse; muchos de los nuestros fueron encarcelados; nuestros diarios, cerrados; el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados, reducido a la impotencia; las imprentas obreras, saqueadas; los locales de las organizaciones obreras, clausurados; las bandas reaccionarias lo invadieron todo, lo destruyeron todo.

En 1917 en Petrogrado pasó exactamente lo mismo que en 1919 en las calles de Berlín. Pero nosotros no dudamos ni por un instante de que las jornadas de Julio eran el preludio de nuestra victoria. Durante las mismas pudimos evaluar el número y la composición de las fuerzas enemigas; pusieron en evidencia que el gobierno de Kerensky y Tsereteli estaba al servicio de los capitalistas y de los grandes propietarios contrarrevolucionarios.

LOS MISMOS ACONTECIMIENTOS SE PRODUJERON EN BERLÍN

Análogos acontecimientos tuvieron lugar en Berlín. En Berlín, como en Petrogrado, el movimiento revolucionario iba por delante de las masas obreras atrasadas. Igual que en Rusia, los enemigos de la clase obrera gritaban: “¡No podemos someternos a la voluntad de Berlín; Berlín está aislado; es preciso reunir una Asamblea Constituyente y llevarla a una ciudad de provincias con tradiciones más sanas! ¡Berlín está pervertido por la propaganda de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo!”. Todo lo que sucedió en Rusia, todas las calumnias y toda la propaganda contrarrevolucionaria que soportamos allí, todo ha sido traducido al alemán y propagado aquí por Scheidemann y Ebert contra el proletariado alemán y contra los dirigentes

del Partido Comunista, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Ciertamente es que toda esta campaña ha revestido en Alemania unas proporciones mayores que en Rusia, pero ello se debe a que los alemanes repiten unos acontecimientos que ya tuvieron lugar en nuestro país; además, los antagonismos de clase están mucho más nítidamente marcados en Alemania.

En nuestro país, camaradas, cuatro meses separaron la revolución de Febrero y las jornadas de Julio. Cuatro meses necesitó el proletariado de Petrogrado para experimentar la necesidad absoluta de echarse a la calle para romper las columnas sobre las que se sustentaba el templo de Kerensky y Tsereteli.

Y tras las jornadas de Julio transcurrieron cuatro meses antes de que las tropas de la inmensa reserva de provincias llegasen a Petrogrado y nos permitieran, en octubre de 1917 (o noviembre, según el nuevo calendario³³⁶), lanzarnos al asalto de las posiciones enemigas, seguros de nuestra victoria.

En Alemania, la primera explosión revolucionaria tuvo lugar en noviembre y los acontecimientos análogos a nuestras jornadas de Julio, en enero. El proletariado alemán lleva a cabo su revolución con un calendario más apretado. Lo que a nosotros nos costó cuatro meses, a ellos sólo les llevó dos.

No cabe duda de que esta proporción se mantendrá hasta el final. Puede que de las jornadas de Julio “alemanas” a su Octubre no pasen cuatro meses, como en Rusia, sino apenas otros dos.

Los tiros que ha recibido Karl Liebknecht por la espalda, no lo dudéis, han resonado con fuerza por toda Alemania. Y el rumor ha debido sonar como una campana fúnebre en los oídos de los Scheidemann y Ebert.

Acabamos de cantar el réquiem por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Nuestros dirigentes han muerto y ya no los veremos más. ¿Pero cuántos de vosotros, camaradas, los habéis conocido personalmente en vida? Una pequeña minoría.

Y sin embargo, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo siempre han estado presentes entre vosotros.

336. En 1918, el gobierno revolucionario ruso abandonó el calendario juliano que regía durante el zarismo y adoptó el calendario moderno (gregoriano), que va trece días adelantado respecto al juliano.

En vuestras reuniones y congresos habéis elegido a menudo a Karl Liebknecht como presidente de honor. Aunque ausente, asistía a vuestras reuniones y ocupaba un sitio de honor en vuestra mesa, pues el nombre de Karl Liebknecht no designa solamente a una persona determinada y aislada, para nosotros encarna todo lo que hay de bueno, noble y grande en la clase obrera, en su vanguardia revolucionaria.

Todo eso es lo que vemos en Karl Liebknecht. Y cuando uno de nosotros imagina un hombre invulnerablemente acorazado contra el miedo y la debilidad, un hombre absolutamente íntegro, pensamos en Karl Liebknecht.

No solamente ha sido capaz de derramar su sangre (puede que no haya sido éste el rasgo principal de su carácter), osó levantar la voz en medio de la furia de nuestros enemigos, en una atmósfera saturada de los miasmas del chovinismo, cuando toda la sociedad alemana guardaba silencio y el militarismo campaba a sus anchas. Él se atrevió a levantar la voz y decir: “Káiser, generales, capitalistas y vosotros, Scheidemann que estranguláis a Bélgica, devastáis el norte de Francia y queréis dominar el mundo entero, yo os desprecio, os odio, os declaro la guerra, una guerra que estoy dispuesto a llevar hasta el final”.

¡Camaradas, si bien el envoltorio material de Liebknecht ha desaparecido, su memoria permanece y permanecerá imborrable!

Junto al de Karl Liebknecht, el nombre de Rosa Luxemburgo se conservará para siempre en los fastos del movimiento revolucionario universal.

¿Conocéis las leyendas sobre los santos y su vida eterna? Estas historias se basan en la necesidad que tienen los hombres de conservar la memoria de quienes, como líderes, les han servido honesta y verazmente; necesitan inmortalizarlos envolviéndolos en una aureola de pureza.

Camaradas, nosotros no tenemos necesidad de tales leyendas; no necesitamos canonizar a nuestros héroes, nos basta la realidad de los acontecimientos que estamos viviendo, por sí misma legendaria, que pone de manifiesto la fuerza de espíritu de nuestros dirigentes y forja unos caracteres que destacan sobre el resto de la humanidad.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo vivirán eternamente en nuestro recuerdo. Siempre, en todas las reuniones en las que hemos evocado a Liebknecht, hemos sentido su presencia y la de Rosa Luxemburgo con una claridad extraordinaria, casi material.

Y la sentimos ahora, en estos trágicos momentos en los que nos sentimos espiritualmente unidos a los más nobles trabajadores de Alemania, de Inglaterra y del mundo entero, todos abrumados por el mismo e inmenso dolor.

En esta lucha y ante estas pruebas, los sentimientos no conocen fronteras.

ROSA LUXEMBURGO Y KARL LIEBKNECHT SON NUESTROS HERMANOS

Para nosotros, Liebknecht no es sólo un dirigente alemán, igual que Rosa Luxemburgo no es sólo una socialista polaca que se puso a la cabeza de los obreros alemanes... Ambos son nuestros hermanos; estamos unidos a ellos por lazos morales indisolubles.

¡Camaradas! Jamás repetiremos esto demasiado, pues Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo estaban estrechamente unidos al proletariado revolucionario ruso.

La vivienda de Liebknecht en Berlín era el centro de reunión de nuestros emigrados.

Cuando se trataba de protestar en el parlamento o la prensa alemanes contra los servicios que los imperialistas germanos prestaban a la reacción rusa, nos dirigíamos a Karl Liebknecht. Él llamaba a todas las puertas e influía sobre todos —incluso sobre Scheidemann y Ebert— para decidirlos a reaccionar contra los crímenes del imperialismo.

Rosa Luxemburgo lideró el partido socialdemócrata polaco que, junto al partido socialista, forman hoy el Partido Comunista de Polonia.

En Alemania, Rosa Luxemburgo, con el talento que la caracterizaba, profundizó en la lengua y la vida política del país, y pronto ocupó un lugar destacado en el antiguo partido socialdemócrata.

En 1905, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo tomaron parte en todos los acontecimientos de la revolución rusa. Rosa Luxemburgo fue incluso arrestada por su condición de militante activa y puesta bajo vigilancia tras su excarcelación de la ciudadela de Varsovia. Entonces pasó ilegalmente a Petrogrado (1906), donde frecuentó nuestros círculos revolucionarios. Visitaba a nuestros detenidos en las prisiones y nos servía, en el sentido más amplio del término, de enlace con el mundo socialista de entonces. Pero además de todas estas re-

laciones personales, guardamos de nuestra comunión moral con ella —de esa comunión que crea la lucha en nombre de grandes principios y esperanzas— el más hermoso de los recuerdos.

Hemos compartido con ella la mayor de las desgracias conocida por la clase obrera universal (la vergonzosa bancarrota de la Segunda Internacional en agosto de 1914). Y con ella levantaron la bandera de la Tercera Internacional los mejores de entre nosotros, y la han sostenido con orgullo sin desfallecer un solo instante.

Hoy en día, camaradas, ponemos en práctica los preceptos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo en la lucha que mantenemos. Sus ideas nos inspiran cuando, en un Petrogrado sin pan ni fuego, trabajamos para construir un nuevo régimen soviético. Y cuando nuestros ejércitos avanzan victoriosos en todos los frentes, el espíritu de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo también los anima.

En Berlín, la vanguardia del Partido Comunista aún no disponía de fuerzas suficientemente organizadas para defenderse. Aún no tenía un ejército rojo —como tampoco lo teníamos nosotros durante las jornadas de Julio— cuando la primera oleada de un movimiento poderoso, pero no organizado, fue quebrada por bandas poco numerosas, pero organizadas. Aún no hay ejército rojo en Alemania, pero sí lo hay en Rusia. El ejército rojo es un hecho, día a día se organiza y es más numeroso.

Cada uno de nosotros tomará como un deber el explicar a los soldados cómo y por qué han muerto Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, lo que eran y el lugar que debe ocupar su memoria en el espíritu de todo soldado, de todo campesino. Estos dos héroes han entrado para siempre en nuestro panteón espiritual.

Aunque en Alemania no deja de extenderse la ola reaccionaria, no dudemos ni por un instante de que el octubre rojo está próximo.

Y ahora, dirigiéndonos al espíritu de los dos grandes difuntos, podemos decir: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, ya no estáis en este mundo, pero seguís entre nosotros; viviremos y lucharemos animados por vuestras ideas, bajo el influjo de vuestra grandeza moral, y juramos que si llega nuestra hora moriremos de pie frente al enemigo, como vosotros habéis muerto, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

12. EN MEMORIA DE KARL LIEBKNECHT

Karl Rádek

18 de enero de 1919

Habéis llorado sobre su cadáver; cuyas heridas claman al cielo contra los socialtraidores; lo habéis cubierto con la bandera roja de la revolución proletaria; lo lleváis enterrado para siempre en vuestro corazón. Millones de hombres no saben de él más que una cosa: que en la noche sombría de la guerra, cruzada solamente por el relámpago de los cañones, salió de las trincheras con un reducido puñado de hombres para luchar en favor de la paz; que, encerrado en la cárcel por los poderosos de la hora, soportó valientemente todos los sufrimientos; que, apenas desencadenado, levantó de nuevo el estandarte de la revolución; y que cayó, con la bandera en la mano, sobre el umbral de la vida nueva.

Pero yo quisiera que todos los obreros lo conociesen más y que amasen en él no sólo al mártir, sino al hombre que realmente era, con sus virtudes y defectos. Es preciso que la personalidad de Liebknecht sirva de ejemplo a nuestra juventud, que debe aprender a luchar, a nuestras mujeres, que no deben dejarse deprimir a nuestros hombres curtidos cuando los atormenta la duda. No ha llegado aún la hora de trazar la biografía detallada de Karl Liebknecht. Su casa alberga aún a los soldados de la contrarrevolución alemana y, a la hora en que escribo estas líneas, es imposible hojear los papeles que ha dejado. Obligado a ocultarme, no puedo reunir siquiera los documentos impresos. Pero creo poder dar un juicio de conjunto sobre su vida tan bien aprovechada, y por esto es por lo que quiero hablaros aquí de él.

LA CUNA DE LIEBKNECHT

Cantos heroicos acunaron a Karl Liebknecht... De niño, sus primeras impresiones estuvieron unidas a las persecuciones derivadas de

las leyes de excepción contra los socialistas. En esa época, la burguesía alemana y los Hohenzollern se esforzaban por cortar de raíz los primeros movimientos socialistas del proletariado alemán. Todo el que propagase la idea criminal de que los vagos no deben enriquecerse con el producto del trabajo de los demás, todo el que se esforzase en abrir los ojos a los pobres y a los desheredados de la fortuna, no podía conocer ya el reposo; se veía obligado a peregrinar de ciudad en ciudad para escapar a la persecución policial.

Wilhelm Liebknecht permaneció en la brecha y continuó la lucha por el socialismo cuando fue necesario demostrar que se era capaz de vivir y sufrir por la causa socialista. De niño, Karl se debió de preguntar muchas veces qué iban a buscar, por la noche, a casa de su padre, aquella gente extraña que cuchicheaba entre sí como ladrones. No debían de ser malos, ya que, recibidos amistosamente por sus padres, acariciaban dulcemente la negra cabellera del niño. Así fue cómo pasó su infancia, en la época de las persecuciones, como el hijo de un soldado de la revolución. Ser un soldado, un combatiente de la revolución, íese fue el don que recibió en la cuna!

Cayeron, al fin, las leyes de excepción contra los socialistas. Pero, entretanto, el desarrollo del capitalismo había acrecentado la fuerza numérica de la clase obrera, y ese aumento numérico provocó, a su vez, a despecho de todas las persecuciones, el desarrollo de la socialdemocracia. Fue en ese momento cuando apareció el “nuevo curso”, el intento de ganar a la clase obrera mediante concesiones sociales, y aunque pronto hizo sitio a nuevas y manifiestas violencias, se comprobó que, concediendo a las masas de obreros cualificadas condiciones de trabajo soportables, el creciente capitalismo las desviaba de la lucha revolucionaria. Exteriormente, el socialismo progresaba. El partido creció numéricamente, los sindicatos se desarrollaron de un modo considerable. Las reuniones y los congresos del partido aprobaban resoluciones revolucionarias. Pero en la práctica sólo se luchaba por obtener pequeñas mejoras en la situación material de los obreros, y no por fines revolucionarios. Y como los actos determinan tanto el carácter de los partidos como el de los hombres, la socialdemocracia, a pesar de toda su fraseología revolucionaria, se convirtió en un partido reformista, dejó de ser el partido de la revolución.

IMBUIDO DE TRADICIONES REVOLUCIONARIAS

Pero Karl Liebknecht, que se estaba haciendo un hombre en la época de este retroceso del movimiento revolucionario y que seguía con la máxima atención los acontecimientos económicos y políticos, aunque sin participar todavía activamente en ellos, por el hecho de ser hijo de Wilhelm Liebknecht estaba en cierto modo inmunizado contra ese aburguesamiento y mecanización del espíritu revolucionario, pues en su casa se guardaban aún las tradiciones de 1848, el espíritu de la revolución y de la lucha por la república.

Hace diez años, cuando conocí por primera vez a los dirigentes del partido alemán, tuve ocasión de advertir que Karl Liebknecht era uno de los dirigentes serios para quienes el republicanismo no era simple convicción teórica, sino una cuestión de orden puramente práctico. Y sobre todo saltaba a la vista lo poco cuajada que estaba en él la concepción de que el desarrollo social sería largo y que el desenlace de los acontecimientos políticos sobrevendría en una época bastante lejana. En esa época, no se trataba tan sólo, para él, de examinar teóricamente las fuerzas que podían turbar a la “pacífica” Europa, pues la situación no era aún revolucionaria. Había que ir primero a las masas para despertarlas.

En esto se manifiesta uno de los rasgos característicos de Liebknecht. Antes de la guerra, a menudo se le reprochaba el tener concepciones demasiado “amplias”, el acoger con entusiasmo cualquier actividad, aunque en principio no tuviese gran importancia. Este reproche se basaba en la vitalidad, totalmente extraordinaria en un país como Alemania, de Karl Liebknecht, que no le permitía renunciar por consideraciones doctrinales a ningún medio, fuese el que fuese, de influir sobre los obreros. Esto es lo que explica su intervención en el movimiento a favor de la apostasía³³⁷. Tenía una perfecta comprensión de todas las necesidades nuevas, así como de todos los nuevos métodos de lucha.

Cuando empezó a participar en política, en Alemania comenzaba a manifestarse el imperialismo, la tendencia del capital a saltar por encima de las fronteras nacionales a la caza de nuevos beneficios.

337. Apostatar es renunciar al bautismo cristiano como rechazo a la Iglesia.

El partido comprendió los peligros que esto encerraba para la clase obrera, pero sólo Liebknecht vio en él al Moloc viviente dispuesto a devorar millones de jóvenes alemanes. Por eso fue uno de los pocos que se dirigieron a la juventud amenazada, para hacerle comprender los peligros que se cernían sobre ella. El partido se burlaba de la agitación antimilitarista. Decía que la educación de la juventud proletaria bastaba, por sí sola, para armarla contra el espíritu militarista y que la lucha general del proletariado contra el régimen capitalista era, al mismo tiempo, una lucha contra el militarismo. Liebknecht se daba cuenta de la falsedad de estas consideraciones de “principio”. Se daba cuenta de que la “educación” de la juventud proletaria no era suficiente por sí sola, sino que había que armarla de un modo especial contra el militarismo. Sabía muy bien que el militarismo no podía ser derrotado por la revolución proletaria más que a la par con el capitalismo; pero sabía también hasta qué punto era importante, para el éxito de la revolución, hacer comprender bien a los jóvenes obreros vestidos de soldados que su liberación del yugo militar no podía ser más que una parte de la emancipación general de la clase obrera del yugo capitalista. Los dirigentes del partido se burlaban de los actos aislados de aquel “cabeza loca”; pero el joven Liebknecht no se dejó desviar de su propósito. Su espíritu revolucionario se oponía a ello resueltamente.

La conciencia del inminente peligro internacional reforzó en Liebknecht los sentimientos internacionalistas heredados de su padre. Era uno de los pocos alemanes que se interesaban activamente por lo que pasaba en los partidos hermanos, no sólo en Francia y Rusia, sino también en los Balcanes.

Las estrechas relaciones que mantenía con los camaradas rusos y sus viajes a Estados Unidos y Francia indican la importancia que concedía a la necesidad de las relaciones internacionales. ¡Y con qué interés, con qué curiosidad de detalles nos hacía preguntas sobre la situación de Rusia a León Trotsky y a mí viajando con nosotros desde Berlín al congreso internacional de Copenhague³³⁸!

Para Liebknecht, la Internacional no era sólo un lazo formal que unía entre sí a un cierto número de partidos; era su verdadera patria, como diría más tarde el programa de la Liga Espartaquista.

338. Se trata del VII Congreso de la Segunda Internacional, celebrado en 1910 en dicha ciudad.

Las notables dotes políticas de Liebknecht provocarían que, ya antes de la guerra, una parte de los líderes de la socialdemocracia lo detestasen, mientras, por otra parte, le granjeaban la popularidad de las masas obreras y en la Internacional. Superaba demasiado el nivel medio del partido alemán para que no se le acusase de ser un ambicioso. A esto se unían sus cualidades humanas, que lo distinguían del perfil ordinario en los dirigentes del partido. Amaba la vida, tomaba de ella cuanto le atraía. Había tan poco de filisteo en aquel Absalón³³⁹, tan poca hipocresía, que muchos no veían la gravedad profunda, la dulzura y la delicadeza de su carácter. Nunca olvidaré aquel día en que, dando un paseo, comenzamos a hablar del *Peer Gynt*³⁴⁰. Él había leído la traducción de Passarge y yo alabé la finura de la de Morgenstern. Vino a mi casa y leyó durante tres horas, hasta mucho después de medianoche, la traducción de Morgenstern. Al llegar a la escena en que Peer Gynt oye en el ruido de las hojas la queja de los cantos que no ha entonado, de las lágrimas que no ha derramado, de las luchas que no ha sostenido, la queja de una vida que no ha sido completa, su rostro se contrajo y dijo: “No disponemos más que de muy poco tiempo y, a pesar de eso, hay que vivir una vida completa”. Ya antes de la guerra era un fogoso agitador, un político vigoroso, un cerebro en ebullición permanente, alegre, de buen humor, amado por los obreros, amado por las mujeres, un hombre dispuesto, como dicen los polacos, tanto al combate como al placer. Era, en todo, un hijo de su padre, del gran tribuno, del hombre alegre que sabía reír como un niño.

Vino la guerra, y su fuego forjó en él, con todos esos elementos de temperamento y de carácter, al héroe de la clase obrera alemana.

LLEGA LA GUERRA

Estalló la guerra. Y, con las primeras noticias, se extendió por el extranjero el rumor de que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo habían sido fusilados. Esta noticia se anticipaba a la realidad, pero indicaba que, en el extranjero, tanto los amigos como los enemigos sabían perfectamente de dónde vendría la lucha contra la guerra. Liebknecht

339. Personaje bíblico que gozaba de gran admiración.

340. Título de una obra, escrita en verso, del dramaturgo y poeta noruego Henrik Ibsen (1828-1906).

se vio sorprendido por los acontecimientos. En el umbral del período heroico de su vida, pagó su último tributo al partido, cuyo espíritu revolucionario no era más que un sueño.

La idea de que el 4 de agosto sólo sería un episodio pasajero lo movió a respetar la disciplina y a renunciar ese día a una protesta pública contra la guerra. Al cabo de algunos días, se dio cuenta de que había cometido un grave error. Se unió a Rosa Luxemburgo, cuya línea política, fundada en una base teórica sólida, era extraña a su naturaleza amplia, y así fue cómo ambos sellaron, a pesar de la diferencia de temperamentos, una alianza a vida o muerte. Durante las primeras semanas de la guerra intentaron establecer contacto directo con las masas obreras, pero el gobierno se opuso a ello. Liebknecht estaba decidido a levantar el estandarte de la rebeldía ante la ocasión que le brindaba la segunda votación de los créditos de guerra. Intentó entenderse con los catorce diputados que, como él, habían votado en contra en el seno del grupo parlamentario socialdemócrata. Liebknecht, a quien los renegados reprocharon después que sólo obraba por ambición, por destacar sobre los demás, luchó hasta el último instante por atraer hacia él, por lo menos, a uno o dos de sus vacilantes colegas. ¡Qué doloroso es tener que consignar que, a pesar de todos sus esfuerzos, no logró arrastrar a un solo diputado, en un grupo que tenía más de cien, que no pudo hacer comprender a ninguno que había que romper con todos los compromisos! Así se demostró que, en el fondo, la quiebra de los dirigentes planteaba un problema de orden moral. Liebknecht se quedó solo. Sus rasgos se ensombrecieron, en torno a su boca se dibujó un pliegue amargo. Decidió actuar solo, desatendiendo los prudentes consejos de sus amigos. Yo vi desvanecerse sus últimas dudas y nacer en él la gran fuerza moral que lo acompañaría hasta su muerte, la firme decisión de preparar el despertar del socialismo, aunque tuviese que soportar todos los golpes.

LOS TRABAJADORES APOYAN A LIEBKNECHT

Abrazó públicamente la lucha para levantar de nuevo la bandera socialista, manchada por la traición. Toda la prensa intentó desacreditarlo, bien por medio de la calumnia, bien ridiculizándolo. Trataron de desmoralizarlo amenazándolo o sugiriéndole que se sacrificaba inútilmente. Pero miles de hombres se le unieron. Su declaración so-

bre las razones de su voto solitario circulaba, reproducida, en millones de ejemplares, de mano en mano, despertando las conciencias y uniendo a hombres y mujeres para la acción. Liebknecht se convirtió así en el dirigente de la oposición a la guerra. Cuando a finales de diciembre de 1914 fui a Suiza, pude darme cuenta de las vastas repercusiones internacionales de su acto. Fue el primer signo visible que indicaba que en Alemania quedaban todavía fuerzas revolucionarias. Lenin, aquel hombre sencillo, sin fraseologías, que quizás percibía más profundamente que nadie la gravedad de la bancarrota de la Internacional, comprendió inmediatamente que la decisión tomada por Liebknecht de levantar la bandera de la rebeldía contra el conjunto del grupo parlamentario tenía un alcance incalculable. El nombre de Liebknecht se hizo uno de los más populares en el seno de la vanguardia creciente del proletariado ruso, así como también en Francia e Italia. En *El fuego*, Barbusse celebró a Liebknecht como el único alemán cuyo ejemplo brillaba hasta en los últimos puestos del socialismo francés como una estrella en las tinieblas. Cuando las diferentes fracciones de la vieja Internacional se reunieron en Zimmerwald en septiembre de 1915, y cuando Ledebour, en nombre de sus partidarios (el futuro USPD), declaró, replicando a los ataques de la izquierda, que no existía una fracción Liebknecht, Trotsky, en medio de los aplausos unánimes de los franceses y los italianos, le gritó: “Para nosotros, es la única que existe”.

Obligado a permanecer en Suiza por las denuncias de la prensa socialpatriota, no volví a ver a Liebknecht en todo el año. Pero en cada una de sus “Cartas de Espartaco”, en cada una de sus “Pequeñas preguntas”, se me aparecía su rostro endurecido por la lucha. Estaba dispuesto a sacar y arrostrar todas las consecuencias de su acto... A una de las cartas clandestinas en que le instábamos a no exponerse demasiado, me contestó, en una tarjeta postal enviada desde Lituania, con la siguiente cita de Eurípides, uno de sus poetas predilectos:

*¡No ames demasiado el sol,
ni demasiado tampoco las estrellas!*

No citaba, sin embargo, el siguiente verso del poeta:

Y sígueme a la sombría tumba.

Pues toda afectación le era extraña, a él, cuya vida no fue más que un acto heroico. Todo el que haya conocido a Liebknecht antes de la guerra y durante la guerra habrá podido ver cómo la formidable

responsabilidad que pesaba sobre él le había convertido, del hombre amante de la vida e indulgente que era antes, en un luchador irreductible, tal como la época demandaba. Cualquiera que lo conociese antes de la guerra y en el curso de ella, pudo advertir que su carácter había adquirido una dureza metálica.

Cuando recibimos la noticia de su detención en la plaza de Potsdam, muchos camaradas en el extranjero se preguntaron por qué, dada su situación particularmente expuesta, había tomado parte en la manifestación. Muchos vieron en ello una prueba de exaltación interior, que un dirigente debe saber dominar. Lo que lo echó a la calle fue la conciencia de su deber. La confianza en el socialismo estaba tan sumamente quebrantada en el seno de las masas, a consecuencia de la traición de la socialdemocracia, que quien quisiese crear una nueva fuerza revolucionaria no podía limitarse al papel de los generales del Estado Mayor, en la retaguardia del frente de combate. La “ligereza” de Liebknecht era, en realidad, una profunda certeza, y su martirio en la cárcel ha hecho más por la revolución que la acción “prudente” de todo un partido. La célula del soldado en armas que era Liebknecht se convirtió en el centro de una poderosa fuerza moral que ninguna artimaña del gobierno podía aislar. Su “¡Yo osé!” produjo en el mundo entero el efecto de un clarinazo y sirvió de ejemplo para otros actos semejantes.

Estalló la Revolución Rusa, el primer ejército del imperialismo se amotinó, el primer ejército del socialismo empezó a formarse. Sentados con el conde de Mirbarch y el general Hoffmann en la mesa de negociaciones de Brest-Litovsk, nos dirigíamos, por encima de sus cabezas, al encarcelado Liebknecht y a sus amigos. El proletariado alemán respondió a nuestro llamamiento. Estalló la huelga de enero. Ninguno de nosotros pensó que aquello era la victoria, que el imperialismo alemán iba a ceder, y, a pesar de todo, Trotsky rechazó todo compromiso. Se trataba de demostrar al proletariado alemán, a pesar del peligro, que teníamos confianza en él. Se trataba de demostrar al proletariado mundial que el imperialismo alemán podía destruirnos, pero que, voluntariamente, no queríamos contraer con él ningún compromiso. Más tarde, cuando nos vimos obligados a firmar el tratado, a echar sobre nuestros hombros la cruz de Brest-Litovsk y a retroceder, nos preguntamos varias veces con inquietud: “¿Comprenderán Liebknecht y sus amigos nuestra situación y nuestra táctica?”.

Y Liebknecht me contaba más tarde lo mucho que había sufrido en su prisión con la idea de que todos nuestros sacrificios pudiesen resultar inútiles y de que, quizás, la clase obrera alemana no se levantase a tiempo para aliarse con nosotros. Temía que nos viésemos obligados a ir demasiado lejos en nuestras concesiones y suplicaba a sus amigos, desde el interior de la cárcel, que actuaran para librarnos de la suprema humillación.

Por miedo a la revolución amenazadora, el gobierno imperialista alemán devolvió a Liebknecht la libertad en vísperas de la bancarrota. Su primera visita fue a la embajada rusa. En la noche siguiente a su liberación, Bujarin nos anunció que Liebknecht estaba completamente de acuerdo con nosotros. Imposible describir la alegría que experimentaron los obreros rusos al conocer la noticia de la liberación de Liebknecht. Si hubiese podido trasladarse a Rusia en aquel entonces, ningún rey habría sido recibido en parte alguna del mundo como lo hubiese sido Liebknecht por los trabajadores rusos.

Cuando, a finales del mes de diciembre, fui a Alemania y pude, tras cuatro años de separación, estrechar la mano de Liebknecht, me dijo tranquilamente, sin la menor decepción: “Sólo estamos empezando; el camino será largo”.

Nosotros estábamos de acuerdo con Rosa Luxemburgo y con él, pensando que no se puede reducir la distancia que nos separa de la meta más que mediante la agitación, la propaganda, el trabajo esforzado. Todo el que haya visto cómo trabajaban desde el alba hasta muy entrada la noche, cómo rompieron resueltamente los últimos lazos que los unían aún al mundo de la ineficacia, creando el Partido Comunista de Alemania, cualquiera que haya visto cómo, en medio del torbellino revolucionario, sabían guiar a sus partidarios, podía tener una confianza absoluta en el movimiento comunista alemán.

CAÍDO EN COMBATE

Liebknecht no veía la nueva era. La primera oleada de la revolución proletaria lo llevó más lejos de lo que él quería. En el curso del ataque, no vio claramente la distancia que lo separaba de su meta. Cuando la insurrección de enero fue aplastada y el gobierno socialpatriota se esforzó en ponerle la mano encima, nadie se atrevió siquiera a sugerirle la idea de la fuga, aunque se viese claramente que para él la

detención era la muerte. Quería salir al encuentro de la campaña de odio levantada contra él. El mismo día en que fue asesinado había propuesto convocar actos públicos para los días siguientes. Entonces fue cuando cayó en manos de los cobardes ávidos de asesinar, en él y en Rosa Luxemburgo, la revolución alemana. Cayó en la primera fase de la lucha, lleno de confianza en la victoria final. Cayó como había vivido: luchando. Y nosotros, los que lo conocimos de cerca, con sus virtudes y sus defectos, los que comprendemos la pérdida incommensurable que ha experimentado la revolución en la persona de este luchador indomable, decimos sobre su tumba: “¡Quedará entre nosotros como un modelo de fidelidad al socialismo, de abnegación y de valor, sin los cuales la revolución jamás podría vencer!”. Liebknecht no sólo entendía la necesidad objetiva del comunismo, sino que además estaba animado por un profundo anhelo de esa vida armoniosa que sólo cabe dentro del régimen comunista, y este anhelo provenía de un inmenso amor y una inmensa bondad, de una viva simpatía por todos los sufrimientos, de una capacidad de sacrificio sin la cual el socialismo no es más que una máscara.

El público no conoce de Liebknecht más que al heroico luchador. El gran número de obreros que se dirigían a él buscando su ayuda como abogado, a los que socorrió, lo adoraban como hombre. La voluntad de lucha de Liebknecht provenía de su amor a la humanidad, unido a la honda convicción de que en la época en que estamos no se puede aliviar el sufrimiento individual sin implicarse en la lucha a muerte por el socialismo. Y en esta lucha, hoy furiosamente desatada, él ha caído, él sucumbió. Y millares de mártires lo seguirán, hasta que la humanidad sangrante, hambrienta, tenga tiempo para recordar con amor a sus mártires. Su padre era llamado “el soldado de la revolución”. Karl Liebknecht mereció el honor de conquistar este título pereciendo en la lucha. La República Soviética ha creado la insignia de la Estrella Roja para sus hijos más valientes. Colocadla sobre la tumba de Liebknecht y que ninguno de nuestros amigos ambicione mayor honor, al conquistar esta insignia, que acercarse al espíritu de Karl Liebknecht, que se ha lanzado por la vía que nosotros juramos seguir hasta el fin, aunque para ganar la Estrella Roja hayamos de bajar a la tumba.

13. ¡FUERA LAS MANOS DE ROSA LUXEMBURGO!

León Trotsky

28 de junio de 1932

El artículo de Stalin acerca de algunos problemas de la historia del bolchevismo me llegó con algún retraso. Tras recibirlo, durante mucho tiempo no me pude obligar a leerlo, ya que esa literatura se le atraganta a uno como si fuese serrín o puré de ortigas. Sin embargo, tras leerlo, llegué a la conclusión de que no se puede ignorar este engendro, aunque sólo sea porque incluye una calumnias vil y desvergonzada contra Rosa Luxemburgo.

¡Stalin ubica a esta gran revolucionaria en el campo del centrismo! Demuestra —por supuesto no demuestra, sino afirma— que el bolchevismo, desde el día en que surgió, sostenía una línea de ruptura con el centro kautskista, mientras que Rosa Luxemburgo en esa época apoyaba a Kautsky desde la izquierda. Cito sus propias palabras: “Mucho antes de la guerra, aproximadamente desde 1903-1904, cuando se conformó el grupo bolchevique de Rusia y la izquierda elevó su voz por primera vez en la socialdemocracia, Lenin eligió el camino de la ruptura con los oportunistas, tanto en casa, en el Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia, como en el extranjero, en la Segunda Internacional y en la socialdemocracia alemana en particular”. Sin embargo, la ruptura no se realizó debido a que “los socialdemócratas de izquierda conformaban un grupo débil e impotente (...) que tenían miedo hasta de pronunciar en voz alta la palabra *ruptura*”.

Para afirmar eso hay que ser absolutamente ignorante de la historia del propio partido y, antes que nada, del proceso ideológico de Lenin. No hay una sola palabra de verdad en el punto de partida de Stalin. Es cierto que en 1903-1904 Lenin era un enemigo irreconciliable del oportunismo de la socialdemocracia alemana.

Pero sólo consideraba oportunista a la tendencia revisionista, cuyo líder teórico era Bernstein.

En ese entonces, Kautsky luchaba contra Bernstein. Lenin consideraba a Kautsky su maestro, y no perdía oportunidad de señalarlo. En los trabajos de Lenin de esa época y de varios años después no hay ni siquiera indicios de una crítica principista contra la tendencia Bebel-Kautsky. En cambio, hay un montón de declaraciones acerca de que el bolchevismo no es una tendencia independiente, sino una traducción a las condiciones rusas de la tendencia Bebel-Kautsky. He aquí lo que escribía Lenin a mediados de 1905, en su famoso folleto *Dos tácticas [de la socialdemocracia en la revolución democrática]*: “¿Cuándo y dónde afirmé que el revolucionarismo de Bebel y Kautsky es ‘oportunismo’? (...) ¿Cuándo y dónde surgieron divergencias entre Bebel y Kautsky, y yo? La total solidaridad que reina en la socialdemocracia internacional en todas las cuestiones fundamentales de programa y táctica es un hecho indiscutible”. Las claras, precisas y categóricas palabras de Lenin agotan la cuestión.

Año y medio después, el 7 de diciembre de 1906, Lenin escribía en el artículo *La crisis del menchevismo*: “desde el comienzo declaramos (ver *Un paso adelante, dos pasos atrás*) que no estamos creando una tendencia ‘bolchevique’ especial; siempre y en todas partes sostenemos la posición de la socialdemocracia revolucionaria. Y dentro de la socialdemocracia, hasta el momento mismo de la revolución, habrá inevitablemente un ala oportunista y un ala revolucionaria”.

Al referirse al menchevismo como ala oportunista de la socialdemocracia, Lenin no lo comparaba con el kautskismo, sino con el revisionismo. Más aun; consideraba al bolchevismo como la forma rusa del kautskismo, que en su opinión era en ese momento idéntico al marxismo. Además, el párrafo transcrito demuestra que Lenin no estaba en absoluto a favor de la ruptura con los oportunistas; no sólo los aceptaba, sino que consideraba “inevitable” la existencia del revisionismo dentro de la socialdemocracia hasta el momento de la revolución social.

Dos semanas después, el 20 de diciembre de 1906, Lenin saludaba entusiasmado la respuesta de Kautsky al cuestionario de Plejánov sobre el carácter de la revolución rusa: “Lo que hemos dicho — que nuestra lucha por las posiciones de la socialdemocracia revolucionaria contra el oportunismo de ninguna manera supone la

formación de una tendencia ‘bolchevique’ original— se ha visto plenamente confirmado por Kautsky”.

Confío en que, dentro de estos límites, la cuestión quede absolutamente clara. Según Stalin, ya en 1903 Lenin exigía romper en Alemania con los oportunistas, no sólo con los del ala derecha (Bernstein), sino también con los de la izquierda (Kautsky). Pero en diciembre de 1906, Lenin, como hemos visto, señalaba orgullosamente a Plejánov y a los mencheviques que la tendencia de Kautsky en Alemania y la del bolchevismo en Rusia eran... idénticas. Esta es la primera parte de la incursión de Stalin por la historia ideológica del bolchevismo. ¡La escrupulosidad de nuestro investigador es semejante a sus conocimientos!

Inmediatamente después de su afirmación sobre 1903-1904, Stalin salta a 1916 y se refiere a la severa crítica de Lenin al folleto de Junius, es decir, de Rosa Luxemburgo, sobre la guerra. Por cierto, en esa época Lenin ya le había declarado la guerra a muerte al kautskismo y había extraído de su crítica todas las conclusiones organizativas necesarias. No se trata de negar el hecho de que Rosa Luxemburgo no planteó el problema de la lucha contra el centrismo con toda la amplitud necesaria; en este aspecto la posición de Lenin era muy superior. Pero entre 1903, cuando surgió el bolchevismo, y octubre de 1916, cuando Lenin escribió sobre el folleto Junius, mide un lapso de trece años; durante la mayor parte de ese tiempo, Rosa Luxemburgo estaba en la oposición al comité central de Kautsky y Bebel, y su lucha contra el “radicalismo” formal, pedante y podrido de Kautsky asumió un carácter cada vez más tajante.

Lenin no participó en esta lucha ni apoyó a Rosa Luxemburgo hasta 1914. Absorbido totalmente por los problemas rusos, mantuvo una extrema cautela en los asuntos internacionales. Para Lenin, la estatura revolucionaria de Bebel y Kautsky era infinitamente mayor que a ojos de Rosa Luxemburgo, que los observaba muy de cerca, en la acción, y estaba metida directamente en la atmósfera de la política alemana.

A Lenin lo tomó completamente por sorpresa la capitulación de la socialdemocracia alemana el 4 de agosto. Se sabe que creyó que el número de *Vorwärts* donde se publicó la declaración patriótica del grupo parlamentario socialdemócrata era una falsificación del Estado Mayor alemán. Sólo después de que se convenció totalmente de

la horrible verdad revisó su caracterización de las tendencias fundamentales de la socialdemocracia alemana, y lo hizo a la manera leninista, de una vez y para siempre.

El 27 de octubre de 1914, Lenin le escribió a A. Shlyápnikov: “odio y desprecio a Kautsky *ahora* más que a todo el resto del rebaño hipócrita, roñoso, vil y autosuficiente (...) Rosa Luxemburgo tenía razón cuando escribió, *hace tiempo*, que Kautsky poseía en alto grado el ‘servilismo de un teórico’: dicho más claramente, fue siempre un lacayo, un lacayo de la mayoría del partido, del oportunismo” (*Antología leninista*, vol. 2, p. 200). (Los subrayados son míos – L. T.)

Si no hubiese otros documentos —y los hay por centenares—, estas líneas bastarían para aclarar inequívocamente el problema. A finales de 1914, Lenin creyó necesario informar a uno de sus más íntimos colaboradores del momento, que “ahora”, es decir, hoy, en el momento actual, a diferencia del pasado, “odia y desprecia” a Kautsky. La aspereza de la frase es una señal inconfundible de la medida en que Kautsky traicionó las esperanzas y expectativas de Lenin. No menos directa es la segunda frase: “Rosa Luxemburgo tenía razón cuando escribió, *hace tiempo*, que Kautsky poseía en alto grado el ‘servilismo de un teórico’”. Lenin se apresura aquí a reconocer la “verdad” que no veía antes, o sobre la que, al menos, no le daba totalmente la razón a Rosa Luxemburgo.

Tales son los principales mojones cronológicos del problema, que constituyen al mismo tiempo hitos importantes en la biografía política de Lenin. Lo indudable es que su órbita ideológica está representada por una curva continuamente ascendente. Pero esto significa que Lenin no nació ya hecho y derecho, como lo pintan los babosos chapuceros de lo “divino”, sino que hizo de sí mismo un Lenin. Siempre ampliaba sus horizontes, aprendía de los demás y se elevaba cada día a un plano superior. Su heroico espíritu se reflejaba en esta perseverancia, en esta obcecada resolución de avanzar continuamente. Si en 1903 Lenin hubiese comprendido y formulado todo lo necesario para el futuro, el resto de su vida no habría sido más que una reiteración.³⁴¹ Pero en realidad no fue así en absoluto.

341. En 1903 se produjo la división entre bolcheviques y mencheviques en el seno del POSDR.

Stalin simplemente pone su sello sobre Lenin y lo acuña en las moneditas de los refranes numerados.

En la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, especialmente entre 1910 y 1914, ocuparon un lugar importante los problemas de la guerra, el militarismo y el pacifismo. Kautsky defendía el programa reformista: limitación del armamento, tribunal internacional, etcétera. Rosa Luxemburgo combatió resueltamente este programa por ilusorio. Lenin tenía algunas dudas, pero en una época estuvo más cerca de Kautsky que de Rosa Luxemburgo. De mis conversaciones con Lenin en ese entonces, recuerdo que le impresionó mucho este argumento de Kautsky: así como en los problemas internos las reformas son producto de la lucha de clases revolucionaria, en las relaciones internacionales se puede pelear y conseguir determinadas garantías (“reformas”) a través de la lucha de clases internacional. Lenin consideraba totalmente posible apoyar esta posición de Kautsky dado que éste, tras la polémica con Rosa Luxemburgo, se volvió contra el ala derecha (Noske y Cía.). No estoy en condiciones de plantear ahora, de memoria, hasta qué punto estas ideas se reflejaron en los artículos de Lenin; el problema requiere un análisis sumamente cuidadoso. Ni tampoco puedo decir de memoria cuándo surgieron las dudas de Lenin sobre la cuestión. De todos modos, las expresó tanto en sus conversaciones como en su correspondencia. Karl Rádek tiene una de estas cartas.

Considero necesario aportar a la cuestión una evidencia de la que fui testigo, para intentar así salvar un documento excepcionalmente valioso para la biografía teórica de Lenin. En el otoño de 1926, cuando elaborábamos colectivamente la plataforma de la Oposición de Izquierdas, Rádek nos mostró a Kámenev, a Zinóviev y a mí —probablemente también a otros camaradas— una carta que le escribió Lenin (¿en 1911?) en la que defendía la posición de Kautsky contra la crítica de la izquierda alemana. Según las normas del Comité Central, Rádek, igual que todos los demás, debía entregar esa carta al Instituto Lenin. Pero temeroso de que la ocultasen o la destruyesen en la fábrica estalinista de falsificaciones, decidió guardarla hasta una ocasión más oportuna. No se puede negar que la actitud de Rádek tenía sus fundamentos. Sin embargo, en la actualidad, el propio Rádek juega un rol bastante activo —aunque no en un cargo de mucha responsabilidad— en la producción de falsificaciones

políticas. Baste recordar que Rádek, que a diferencia de Stalin conoce la historia del marxismo y que, además, conoce esa carta de Lenin, se permitió declarar públicamente su solidaridad con la insolente caracterización de Rosa Luxemburgo hecha por Stalin. La circunstancia de que Rádek actuó presionado por la vara de Yaroslavsky no disminuye su culpa, ya que sólo los esclavos despreciables pueden renunciar a los principios del marxismo en nombre de los principios del látigo.

Sin embargo, no nos interesa la caracterización personal de Rádek, sino el destino de la carta de Lenin. ¿Qué sucedió con ella? ¿Todavía se la oculta Rádek al Instituto Lenin? Es difícil. Lo más probable es que se la haya confiado a quien debía hacerlo, como prueba tangible de su intangible devoción. ¿Y qué ocurrió con la carta después? ¿Está guardada en los archivos de Stalin junto con los documentos que comprometen a sus colegas más íntimos? ¿O ha sido destruida, igual que muchos otros preciosos documentos del partido?

En todo caso, no puede haber la menor razón política para ocultar una carta escrita hace dos décadas sobre un problema cuyo interés actual es únicamente histórico. Pero precisamente lo excepcional es el valor histórico de la carta. Muestra al Lenin verdadero, no como lo presentan, a su imagen y semejanza, los necios burócratas que se creen infalibles. Preguntamos, ¿dónde está la carta de Lenin a Rádek? ¡La carta de Lenin la deben tener aquellos a quienes les pertenece! ¡Hay que ponerla sobre la mesa del partido y de la Internacional Comunista!

Si se consideran en conjunto los desacuerdos entre Lenin y Rosa Luxemburgo, la razón histórica está totalmente del lado de Lenin. Pero esto no excluye el hecho de que, en determinados problemas y en ciertas épocas, Rosa Luxemburgo estuvo acertada en contra de Lenin. De todos modos, los desacuerdos, pese a su extrema aspereza ocasional y a su importancia, se basaban en la política proletaria revolucionaria común a ambos.

Volviendo al pasado, cuando Lenin escribió en *Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes* (octubre de 1919) que “en el momento de la toma del poder y la creación de la república soviética, el bolchevismo quedó solo en su campo, había ganado a lo mejor de las tendencias del pensamiento socialista que le eran afines” (Rosa Luxemburgo, *Obras escogidas*, t. 2, apéndice C, p. 281), repito, cuando

Lenin escribió esto, indudablemente incluía también a la tendencia de Rosa Luxemburgo, cuyos adherentes más cercanos, Marchlewski, Dzerzhinski y otros, militaban en las filas bolcheviques.

Lenin comprendió más profundamente que Stalin los errores de Rosa Luxemburgo, pero no es casual que, refiriéndose a ella, citase una vez el viejo refrán: aunque las águilas, precipitándose desde lo alto, puedan volar más bajo que las gallinas, estas, por más que desplieguen sus alas, nunca pueden llegar a las nubes. ¡Precisamente! ¡Este es el caso! Por esta razón, Stalin tendría que ser muy cauto antes de emplear su maligna mediocridad cuando se trata de figuras de la estatura de Rosa Luxemburgo.

En su artículo *Contribución a la historia del problema de la dictadura* (octubre de 1920), Lenin, refiriéndose a los problemas del Estado soviético y de la dictadura del proletariado planteados ya por la revolución de 1905, escribió: “Figuras tan destacadas del proletariado revolucionario y del marxismo no falsificado como Rosa Luxemburgo apreciaron en el acto la importancia de esta experiencia práctica e hicieron un análisis crítico de ella en asambleas y en la prensa”. Por el contrario, “hombres del tipo de los futuros ‘kautskianos’ (...) revelaron una incapacidad completa para comprender la importancia de esta experiencia”. En unas cuantas líneas, Lenin rinde plenamente el tributo de su reconocimiento a la significación histórica de la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, lucha que él mismo estuvo lejos de evaluar inmediatamente en toda su importancia. Si para Stalin —el aliado de Chiang Kai-shek y camarada de armas de Purcell, el teórico del “partido obrero-campesino”, de la “dictadura democrática”, del “no molestar a la burguesía”, etcétera— Rosa Luxemburgo es un representante del centrismo, para Lenin ella es un representante del “marxismo sin falsificaciones”. Cualquiera que tenga un mínimo de conocimiento de Lenin sabe qué significa este apelativo por su parte.

Aprovecho la ocasión para señalar que en las notas a los trabajos de Lenin, entre otras cosas, se dice lo siguiente sobre Rosa Luxemburgo: “Durante el florecimiento del revisionismo bernsteiniano y posteriormente del ministerialismo (Millerand), Luxemburgo libró una batalla implacable contra dicha tendencia, asumiendo esta posición en el partido alemán (...) En 1907 participó, como delegada del Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania, en el congreso

de Londres del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia; allí apoyó a la fracción bolchevique en todas las cuestiones fundamentales concernientes a la revolución rusa. Desde 1907, Rosa Luxemburgo se entregó de lleno al trabajo en Alemania, desde una posición de izquierda contra el centro y la derecha (...) Su participación en la insurrección de enero de 1919 ha convertido su nombre en bandera de la revolución proletaria”.

Por supuesto, el autor de estas notas probablemente confiese mañana que, en la época de Lenin, escribía sumido en la ignorancia, hasta que vio la luz en la de Stalin. Actualmente la prensa de Moscú publica todos los días anuncios de este tipo, mezcla de adulonería, idiotez y bufonada. Pero esto no cambia las cosas; no hay hoz que pueda segar aquello que una vez fue impreso ni poder que lo elimine. ¡Sí, Rosa Luxemburgo se convirtió en bandera de la revolución proletaria!

No obstante, ¿cómo y por qué Stalin se dedicó súbitamente, después de tanto tiempo, a revisar la vieja caracterización bolchevique de Rosa Luxemburgo? El motivo de éste —el más escandaloso de todos sus abortos teóricos—, como el de los anteriores, reside en la lógica de su lucha contra la teoría de la revolución permanente. Este artículo “histórico” de Stalin está también dedicado en su mayor parte a esta teoría. No aporta ni un solo argumento nuevo. Hace mucho contesté todos sus argumentos en mi libro *La revolución permanente*. Desde el punto de vista histórico, confío en que el problema quedará suficientemente aclarado en el segundo tomo de mi *Historia de la revolución rusa* (la revolución de Octubre), ahora en prensa. En este caso, la cuestión de la revolución permanente nos interesa sólo en la medida en que Stalin la relaciona con Rosa Luxemburgo. Veremos cómo se las arregló el infortunado teórico para meterse en una trampa mortal.

Después de hacer una recapitulación de la polémica entre bolcheviques y mencheviques sobre las fuerzas motrices de la revolución rusa y de comprimir magistralmente en unas pocas líneas un montón de errores que me veo obligado a dejar sin análisis, Stalin escribe: “¿Qué actitud tenían los socialdemócratas alemanes Parvus y Rosa Luxemburgo respecto a la controversia? Inventaron el esquema utópico y semimenchevique de revolución permanente (...) Poco después, Trotsky (y en parte Mártov) hizo suyo este esquema semimenchevique

y lo transformó en un arma de lucha contra el leninismo”. Tal es la inesperada historia del origen de la teoría de la revolución permanente, según las últimas investigaciones históricas de Stalin. Pero, por cierto, el investigador se olvidó de consultar sus propios e ilustrados trabajos previos. En 1925, en su polémica con Rádek, el propio Stalin manifestó su opinión sobre esta cuestión. He aquí lo que escribió entonces: “No es cierto que la teoría de la revolución permanente haya sido formulada por Rosa Luxemburgo y Trotsky en 1905. En realidad, la teoría pertenece a Parvus y Trotsky”. Se puede leer esta afirmación en *Cuestiones del leninismo*, edición rusa, 1926, página 185. Esperemos que figure en todas las ediciones extranjeras.

Por lo tanto, en 1925 Stalin declaró a Rosa Luxemburgo inocente del pecado capital de participar en la elaboración de la teoría de la revolución permanente: “En realidad, la teoría pertenece a Parvus y Trotsky”. En 1931, el mismo Stalin nos informa que fueron precisamente “Parvus y Rosa Luxemburgo (...) quienes crearon el esquema utópico y semimenchevique de la revolución permanente”. En cuanto a Trotsky, no creó la teoría, sólo “la planteó”, y al mismo tiempo que... ¡Mártov! Una vez más, Stalin se enredó solo. Tal vez escribe sobre problemas a los que no les puede encontrar ni pies ni cabeza. ¿O utiliza conscientemente cartas marcadas al jugar con las cuestiones básicas del marxismo? Es incorrecto plantearlo como alternativa. En realidad, ambas opciones son ciertas. Las falsificaciones estalinistas son conscientes en la medida en que, en cada caso concreto, están determinadas por intereses personales concretos. Al mismo tiempo son semiconscientes, ya que su ignorancia congénita deja correr libremente sus fantasías teóricas.

Pero los hechos siguen siendo los hechos. En su lucha contra el “contrabando trotskista”, Stalin cayó en la cuenta de que tiene un nuevo enemigo personal: ¡Rosa Luxemburgo! No se detuvo un momento antes de caer sobre ella y vilipendiarla; más aún, antes de poner en circulación sus gigantescas dosis de deslealtad y vulgaridad, no se tomó el trabajo de verificar lo que él mismo había dicho sobre el tema seis años atrás.

La nueva variante sobre la historia de las ideas de la revolución permanente tuvo su origen, sobre todo, en la necesidad de proporcionar un plato más condimentado que todos los anteriores. Sobra decir que a Márkov se le metió para hacer todavía más picante el mejunje

teórico e histórico. La actitud de Mártov hacia la teoría y la práctica de la revolución permanente fue de un antagonismo incommovible, y en los viejos tiempos señaló más de una vez que tanto los bolcheviques como los mencheviques rechazaban las posiciones de Trotsky sobre la revolución. Pero no vale la pena pararse en esto.

Lo verdaderamente fatal es que no hay un solo problema importante de la revolución proletaria internacional sobre el que Stalin no haya expresado dos opiniones directamente contradictorias. Todos sabemos que en abril de 1924 demostró concluyentemente, en *Cuestiones del leninismo*, la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país. En otoño, en una nueva edición del libro, sustituyó esa demostración por la demostración —es decir, la simple afirmación— de que el proletariado “puede y debe” construir el socialismo en un solo país. Todo el resto del texto quedó inalterado. Durante unos cuantos años, a veces unos cuantos meses, Stalin logró plantear posiciones mutuamente excluyentes sobre el partido obrero-campesino, la paz de Brest-Litovsk, la dirección de la revolución de Octubre, la cuestión nacional, etcétera. Sería incorrecto atribuirle todo a su escasa memoria. El problema es más profundo. Stalin carece de todo método de pensamiento científico, de criterios principistas. Encara cada problema como si se hubiese originado en ese momento y estuviese aislado de todos los demás. Para emitir sus juicios, se guía enteramente por el interés personal más importante y urgente del día. Las contradicciones en las que cae son la consecuencia directa de su vulgar empirismo. No ve a Rosa Luxemburgo en el contexto del movimiento obrero polaco, alemán e internacional del último medio siglo. No, para él, ella es cada vez una figura nueva y, además, aislada, frente a la que se ve obligado a preguntarse en cada nueva situación: “¿quién anda ahí, amigo o enemigo?”. Al teórico del socialismo en un solo país, su instinto infalible le susurró ahora que la sombra de Rosa Luxemburgo le es irreconciliablemente hostil. Pero eso no impide que esta gran sombra siga siendo el estandarte de la revolución proletaria internacional.

En 1918, desde su prisión, Rosa Luxemburgo criticó muy severamente y de manera fundamentalmente incorrecta la política de los bolcheviques. Pero incluso en ése, su trabajo más erróneo, se perciben las alas del águila. He aquí su caracterización general de la insurrección de Octubre: “Todo lo que podía ofrecer un partido, en una

hora histórica, en coraje, visión y coherencia revolucionarias, Lenin, Trotsky y los demás camaradas lo proporcionaron en gran medida. Los bolcheviques representaron todo el honor y la capacidad revolucionaria de que carecía la socialdemocracia occidental. Su insurrección de octubre no sólo salvó realmente la revolución rusa; también salvó el honor del socialismo internacional”. ¿Puede ser ésta la voz del centrismo?

En las páginas siguientes, Luxemburgo somete a una severa crítica la política agraria de los bolcheviques, su consigna de autodeterminación nacional y su rechazo a la democracia formal. Podemos agregar que, en esa crítica, dirigida tanto contra Lenin como contra Trotsky, no hace ninguna diferenciación entre las posiciones de ambos; y Rosa Luxemburgo sabía leer, comprender y percibir los matices. Por ejemplo, ni siquiera se le pasó por la cabeza acusarme de que, al solidarizarme con Lenin en el problema agrario, yo había cambiado mi posición sobre el campesinado. Además, ella conocía muy bien mis puntos de vista, ya que en 1909 los desarrollé detalladamente en su periódico polaco. Rosa Luxemburgo termina así su crítica: “Pero en la política de los bolcheviques hay que distinguir lo esencial de lo no esencial, el meollo de las excrecencias accidentales”. Considera fundamental la fuerza de las masas en la acción, la voluntad de llegar al socialismo: “En ese sentido —escribe—, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los *primeros*, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten³⁴²: ¡Yo osé!

Sí, Stalin tiene motivos suficientes para odiar a Rosa Luxemburgo. Más imperiosa entonces es nuestra obligación de rescatar su memoria de las calumnias de Stalin, acogidas por los funcionarios a sueldo de ambos hemisferios, y transmitirles a las jóvenes generaciones proletarias, en toda su grandeza y fuerza inspiradora, esta imagen realmente hermosa, heroica y trágica.

342. Ulrich von Hutten (1488-1523): Humanista alemán, teórico del sector de la nobleza partidaria de reformar el Imperio para eliminar los principados y desamortizar las propiedades eclesiásticas.

14. LUXEMBURGO Y LA CUARTA INTERNACIONAL

Observaciones superficiales sobre un tema importante

León Trotsky

24 de junio de 1935

En Francia y en otras partes se están haciendo esfuerzos actualmente para construir un supuesto luxemburguismo, como defensa de los centristas de izquierda contra los bolcheviques-leninistas. Esta cuestión puede adquirir considerable importancia. Quizás en un futuro cercano se vuelva necesario dedicar un artículo más extenso al luxemburguismo real y al supuesto. Aquí sólo quiero referirme a los aspectos esenciales de la cuestión.

Más de una vez hemos asumido la defensa de Rosa Luxemburgo contra las tergiversaciones insolentes y estúpidas de Stalin y su burocracia. Seguiremos haciéndolo. No lo hacemos movidos por consideraciones sentimentales, sino por las exigencias de la crítica materialista histórica. Sin embargo, nuestra defensa de Rosa Luxemburgo no es incondicional. Los aspectos débiles de las enseñanzas de Rosa Luxemburgo han sido puestos al desnudo tanto en la teoría como en la práctica. La gente del SAP y otros elementos afines (véanse, por ejemplo, el diletantismo intelectual de la “cultura proletaria” del Spartacus francés, el periódico de los estudiantes socialistas belgas y, a menudo también, el *Action Socialiste* belga, etc.) sólo hacen uso de las deficiencias y de los aspectos débiles, que de ninguna manera son decisivos en Rosa; generalizan y exageran estas debilidades al máximo y, sobre esa base, construyen un sistema totalmente absurdo. La paradoja yace en que, en su viraje más reciente, los estalinistas —sin reconocerlo, sin siquiera comprenderlo— también se aproximan, en teoría, a los aspectos negativos caricaturescos del luxemburguismo, por no mencionar a los centristas tradicionales y a los centristas de izquierda en el campo socialdemócrata.

Es innegable que Rosa Luxemburgo contrapuso apasionadamente la espontaneidad de las acciones de masas a la política conservadora “coronada por la victoria” de la socialdemocracia alemana, sobre todo tras la revolución de 1905. Esta contraposición revestía un carácter absolutamente revolucionario y progresista. Mucho antes que Lenin, Rosa Luxemburgo comprendió el carácter retardatorio de los aparatos partidista y sindical osificados y comenzó a luchar contra los mismos. En la medida en que contó con la agudización inevitable de los conflictos de clase, siempre predijo con certeza la aparición elemental independiente de las masas contra la voluntad y contra la línea del oficialismo. En este amplio sentido histórico, está comprobado que Rosa tenía razón. Porque la revolución de 1918 fue “espontánea”, es decir, las masas la llevaron a cabo contra todas las previsiones y precauciones del oficialismo partidario. Pero, por otra parte, toda la historia posterior de Alemania demostró ampliamente que la espontaneidad, por sí sola, dista de ser suficiente para lograr el éxito; el régimen de Hitler es un argumento de peso contra la panacea de la espontaneidad.

La misma Rosa nunca se encerró en la mera teoría de la espontaneidad, como, por ejemplo, Parvus, quien posteriormente trocó su fatalismo respecto de la revolución social por el más repugnante de los oportunismos. En contraposición a él, Rosa Luxemburgo se esforzó por educar de antemano al ala revolucionaria del proletariado y por agruparla organizativamente tanto como fuese posible. En Polonia construyó una organización independiente muy rígida. Lo más que puede decirse es que en su evaluación histórico-filosófica del movimiento obrero, la selección preparatoria de la vanguardia, era deficiente en Rosa, en comparación con las acciones de masas que podían esperarse; mientras que Lenin, sin consolarse con los milagros de futuras acciones, tomaba a los obreros avanzados y constante e incansablemente los soldaba en núcleos firmes, legales o ilegales, en las organizaciones de masas o en la clandestinidad, mediante un programa claramente definido.

La teoría de Rosa de la espontaneidad era una sana herramienta contra el aparato osificado del reformismo. Pero el hecho de que a menudo se dirigiese contra la obra de Lenin de construcción de un aparato revolucionario revelaba —en realidad solamente en forma embrionaria— sus aspectos reaccionarios. En Rosa misma esto

ocurrió sólo episódicamente. Era demasiado realista, en el sentido revolucionario, como para desarrollar los elementos de la teoría de la espontaneidad hasta convertirla en un sistema metafísico consumado. En la práctica, como ya se ha dicho, ella misma minaba esta teoría a cada paso. Tras la revolución de noviembre de 1918, se abocó a la ardua labor de reunir a la vanguardia proletaria. A pesar de su manuscrito sobre la revolución soviética³⁴³, muy flojo desde el punto de vista teórico, escrito en prisión y que ella nunca publicó, la actuación posterior de Rosa permite asegurar que, día a día, se acercaba a la nítida concepción teórica de Lenin sobre la dirección consciente y la espontaneidad. (Seguramente fue esta circunstancia la que le impidió hacer público su manuscrito contra la política bolchevique, manuscrito que luego sería objeto de vergonzosos abusos).

Tratemos nuevamente de aplicar a la época actual el conflicto entre las acciones de masas espontáneas y el trabajo organizativo deliberado. ¡Qué inmenso gasto de fuerza y desinterés han hecho las masas trabajadoras de todos los países civilizados y semicivilizados desde la guerra mundial! Nada le es comparable en toda la historia anterior de la humanidad. En esta medida, Rosa Luxemburgo tuvo toda la razón contra los filisteos, los cabos y los necios del obstinado conservadurismo burocrático “coronado por la victoria” que marcha en línea recta. Pero es justamente el derroche de esas energías inconmensurables lo que constituye la base del gran revés del proletariado y del exitoso avance fascista. Puede decirse sin temor a exagerar: lo que determina la situación mundial en su conjunto es *la crisis de la dirección proletaria*. El campo del movimiento obrero todavía está hoy lleno de inmensos escombros de las viejas organizaciones en bancarrota. Tras innumerables sacrificios y desilusiones, el grueso del proletariado europeo, al menos, se ha metido en su concha. La lección decisiva que ha extraído, consciente o semiconscientemente, de estas amargas experiencias es: grandes acciones requieren una gran dirección. Para asuntos corrientes, los obreros todavía les dan su voto a las viejas organizaciones. El voto... pero de ninguna manera su confianza ilimitada.

343. Se trata de *La revolución rusa*.

Por otro lado, tras el miserable colapso de la Tercera Internacional resulta mucho más difícil que depositen su confianza en una nueva organización revolucionaria. Es ahí, justamente, donde reside la crisis de la dirección proletaria. En esta situación, cantar una monótona canción sobre acciones de masas para un futuro indeterminado, en contraposición a una selección deliberada de cuadros para una nueva internacional, significa realizar un trabajo totalmente reaccionario. Este es, precisamente el papel del SAP en el “proceso histórico”.

Un izquierdista del SAP de la vieja guardia³⁴⁴ puede, desde luego, acudir a sus recuerdos marxistas con el fin de detener la marea de la teoría del espontaneísmo bárbaro. Estas medidas proteccionistas puramente literarias difícilmente impedirán a los discípulos de un Miles —el querido autor de la resolución sobre la paz y el no menos querido autor del artículo en la edición francesa del *Boletín Juvenil*— introducir los disparates espontaneístas más repugnantes en las propias filas del SAP. La política práctica de Schwab (el astuto “no llamar a las cosas por su nombre” y el eterno consuelo con las acciones de masas futuras y el “proceso histórico” espontáneo) no es sino una explotación táctica de un luxemburgismo totalmente distorsionado y vulgarizado. Y en la medida en que los Paul Frölich no atacan abiertamente esta teoría y práctica en su propio partido, sus artículos contra Miles adquieren el carácter de búsqueda de una coartada teórica. Este tipo de coartada sólo se vuelve necesaria cuando uno participa en un crimen premeditado.

La crisis de la dirección proletaria no se puede superar, desde luego, mediante una fórmula abstracta. Se trata de un proceso extremadamente prolongado. Pero no de un proceso puramente “histórico”, es decir, de las premisas objetivas de la actividad consciente, sino de una cadena ininterrumpida de medidas ideológicas, políticas y organizativas con el propósito de unir a los mejores elementos, los más conscientes, del proletariado mundial bajo una bandera inmaculada, elementos cuyo número y confianza en sí mismos deben fortalecerse constantemente, cuyo vínculo con sectores más amplios del proletariado debe desarrollarse y profundizarse; en una palabra, devolverle al proletariado, bajo condiciones nuevas y sumamente

344. Alusión a Paul Frölich.

difíciles y costosas, su dirección histórica. Los trasnochados confusio-
nistas del espontaneísmo tienen tanto derecho a referirse a Rosa, co-
mo los miserables burócratas de la Internacional Comunista a Lenin.
Dejemos de lado las cuestiones secundarias, superadas por los acon-
tecimientos, y con plena justificación podemos colocar nuestro traba-
jo por la Cuarta Internacional bajo el signo de las “tres eles”, no sólo
bajo el signo de Lenin, sino también de Luxemburgo y Liebknecht.

GLOSARIO GENERAL

Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional): Fundada en 1864 en Londres y animada principalmente por Marx y Engels. Políticamente fue muy heterogénea, pero les proporcionó a ambos un marco para la batalla ideológica contra las corrientes reformista y anarquista del movimiento obrero. En 1872 se produjo la ruptura entre marxistas y bakuninistas. Celebró su último congreso en 1876.

Blanquismo: Concepciones teóricas de Louis Auguste Blanqui (1805-1881), comunista utópico francés participante en la revolución de 1848 y dirigente de la Comuna de París (1871). Los blanquistas despreciaban la situación objetiva y sustituían la labor del partido revolucionario por las acciones vanguardistas de un reducido grupo secreto de conspiradores desconectados de las masas porque creían que éstas serían arrastradas por la acción decidida de esa minoría de revolucionarios audaces.

Bolcheviques: Corriente marxista de la socialdemocracia rusa liderada por Lenin. Recibieron su nombre en el II Congreso del POSDR (1903), dado que en las votaciones para elegir el comité central obtuvieron la mayoría (*bolshinstvó*), mientras que los socialdemócratas reformistas, encabezados por Mártov, quedaron en minoría (*menshinstvó*), y por ello fueron llamados mencheviques.

Brest-Litovsk: Ver *Tratado de Brest-Litovsk*.

Bund (Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia): Formó parte del POSDR hasta el congreso de 1903, que aprobó un modelo de partido multinacional y centralizado, mientras que el Bund planteó un partido con estructura federal, del cual formaría parte como organización de los trabajadores socialdemócratas judíos. La propuesta fue rechazada y el Bund abandonó el POSDR. Coincidió en ocasiones con los mencheviques, pero nunca con los bolcheviques. En octubre de 1917 se opuso a la revolución.

Bundesrat (Consejo Federal): Órgano de representación de los estados federados alemanes.

Centrismo/centrista: Términos que se aplica a las organizaciones o personas que están en una posición intermedia (“centro”) entre el reformismo y el marxismo, ya sea porque estén evolucionando desde el primero hacia el segundo o viceversa. Por su propia naturaleza, el centrismo es un fenómeno temporal.

Comité Interdistritos (Mezhrayontsi, también Organización Interdistritos, Organización o Comité Interradios, y Socialdemócratas Unidos): Corriente del POSDR formada en 1913, tras la escisión definitiva del partido entre bolcheviques y mencheviques un año antes, con el objetivo de impulsar una futura reunificación. La actitud socialpatriota de los mencheviques en la I Guerra Mundial cambió las tornas, y en abril de 1917 el Comité Interdistritos rechazó participar en una conferencia sobre la reunificación, por considerar que estaría dominada por los mencheviques socialpatriotas. Muy activos durante toda la revolución (fueron el primer grupo socialdemócrata en sacar un panfleto en febrero del 17 llamando a un levantamiento armado), los acontecimientos y el giro a la izquierda del partido bolchevique, tras la llegada de Lenin a Petrogrado en abril, llevaron a la unificación de ambas corrientes en julio. Muchos miembros del Comité Interdistritos (Trotsky, Joffe, Lunacharski, Uritski, Riazánov...) jugaron un papel prominente durante y después de Octubre.

Comuna de París: Gobierno revolucionario de la clase obrera implantado en la ciudad tras la revolución de 1871. Fue la primera experiencia histórica de la democracia obrera y duró 72 días, del 18 de marzo al 28 de mayo, hasta que fue bárbaramente aplastada.

Conferencia de Kienthal: La II Conferencia Socialista Internacional se celebró en otra localidad suiza, Kienthal, del 24 al 30 de abril de 1916. En ella, el ala izquierda actuó más unida y tuvo más fuerza que en Zimmerwald. Gracias a los esfuerzos de Lenin, se aprobó una resolución que criticaba el socialpacifismo y el oportunismo de los dirigentes de la Segunda Internacional. El manifiesto y las resoluciones aprobadas en Kienthal fueron un nuevo paso en el desarrollo del movimiento internacional contra la guerra. Zimmerwald y Kienthal contribuyeron a agrupar a los marxistas de la socialdemocracia internacional y establecieron un terreno de colaboración que cristalizó definitivamente con la creación de la Internacional Comunista en 1919.

Conferencia de Zimmerwald: La I Conferencia Socialista Internacional se celebró del 5 al 8 de septiembre de 1915 en Zimmerwald

(Suiza). En ella se enfrentaron los internacionalistas revolucionarios, encabezados por Lenin, y la tendencia centrista, impregnada por el espíritu conciliador y pacifista de Kautsky, que había roto en Alemania con la mayoría parlamentaria del SPD. Lenin y otros internacionalistas revolucionarios formaron la llamada izquierda zimmerwaldiana, defendiendo el derrotismo revolucionario. Trotsky redactó el manifiesto final de la reunión, en el que se calificaba de imperialista la guerra mundial, se condenaba la conducta de los “socialistas” que habían votado a favor de los créditos de guerra y entrado en gobiernos burgueses, y se hacía un llamamiento al movimiento obrero europeo para luchar contra la guerra y por una paz sin anexiones ni compensaciones.

Derrotismo revolucionario: Política de la izquierda de Zimmerwald y de la Internacional Comunista desde su fundación, consistente en transformar la guerra imperialista en guerra civil, es decir, en continuar e intensificar la lucha de clases contra la burguesía propia en el transcurso de la I Guerra Mundial.

Die Freiheit (La Libertad): Órgano central del USPD. Se publicó diariamente en Berlín entre noviembre de 1918 y octubre de 1922.

Die Neue Zeit (Tiempos Nuevos): Revista teórica del SPD alemán, editada en Stuttgart de 1883 a 1923. Hasta octubre de 1917 su director fue Karl Kautsky. *Die Neue Zeit* publicó por primera vez varias obras de Marx y Engels, quien colaboró en ella y la criticó reiteradamente por desviarse del marxismo. Otros colaboradores destacados fueron Bebel, W. Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Mehring, Zetkin, Plejánov, Lafargue, etc. Tras la muerte de Engels, empezó a publicar sistemáticamente artículos de los revisionistas, incluida la serie de artículos de Berstein *Problemas del socialismo*, contestados políticamente por Rosa Luxemburgo en su magistral obra *Reforma o revolución*. Durante la I Guerra Mundial, *Die Neue Zeit* apoyó de hecho a los socialchovinistas.

Die Rote Fahne (La Bandera Roja): Órgano central de la Liga Espartaquista y del KPD. Empezó a publicarse el 9 de noviembre de 1918 en Berlín. Fue prohibido por el régimen nazi.

Entente: Bloque de potencias imperialistas (Gran Bretaña, Francia y Rusia) formado en 1907 contra la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Debe su nombre a la Entente Cordiale, el acuerdo anglo-francés de 1904 para repartirse el mundo colonial.

Rusia se unió tres años después, dando lugar a la llamada Triple Entente. Este tratado fue la base de la alianza entre estos tres países durante la I Guerra Mundial, a la que se sumarían Italia (tras separarse de sus antiguos aliados) y EEUU. Tras la revolución de Octubre, sus principales integrantes participaron en la agresión imperialista contra la Rusia soviética.

Epígono: Como término político, suele aplicarse al discípulo que se desvía de las enseñanzas del maestro.

Eseristas: Miembros del Partido Social-Revolucionario, llamados así por su acrónimo. También se les conoce como socialrevolucionarios y s-r. Partido pequeñoburgués surgido en 1902 a resultas de la unificación de diferentes grupos y círculos *narodnikis*. Kerensky dirigía su ala derecha. Antes de 1917 fueron la corriente más influyente entre los campesinos. Sus concepciones eran una amalgama ecléctica de reformismo y anarquismo. Socialpatriotas durante la I Guerra Mundial. Tras la revolución de febrero de 1917, junto a mencheviques y kadetes constituyeron el puntal principal del Gobierno Provisional. Rechazaron liquidar la propiedad terrateniente de la tierra, traicionando así el programa de la revolución agraria y convirtiéndose en defensores de los terratenientes. Tras Octubre, los eseristas de izquierda formaron gobierno con los bolcheviques, pero al poco tiempo se pasaron a la contrarrevolución.

Internacional de Berna: Ver *Internacional Dos y Media*.

Internacional Dos y Media: Fundada en 1921 por partidos y grupos centristas, como el USPD alemán o el ILP británico, que, bajo la presión del ambiente revolucionario entre las masas, habían roto con la Segunda Internacional. Aunque criticaban a esta, no tenían con ella diferencias políticas esenciales porque su misión principal era intentar frenar la creciente influencia comunista entre los trabajadores. En mayo de 1923, dos meses después del cierre del período revolucionario abierto en 1918 en Alemania, ambas se reunificaron. También es llamada Internacional de Berna.

Iskra (La Chispa): Primer periódico marxista ilegal para toda Rusia, fundado por Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, desde donde se enviaba clandestinamente a Rusia. Fue el órgano oficial del POSDR entre ese año y 1903, desempeñando un enorme papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en la preparación de la unificación de las organizaciones locales dispersas

en un partido revolucionario. La composición de su comité de redacción fue el detonante de la división entre bolcheviques y mencheviques en el II Congreso del partido (1903), tras el cual quedó en manos de Plejánov y se convirtió en un órgano de lucha contra el marxismo. Dejó de publicarse en octubre de 1905.

Jornadas de Julio: Acontecimientos políticos desencadenados por la manifestación armada organizada en San Petersburgo, en julio de 1917, por las unidades del ejército contrarias a Kerensky, principalmente el Regimiento de Ametralladoras. Los bolcheviques intentaron persuadir a los soldados de que la acción era prematura, pero no consiguieron evitarla. Kerensky la utilizó para justificar la ilegalización del Partido Bolchevique en la reacción que siguió.

Junkers: Aristocracia terrateniente prusiana, que constituía también el sector más reaccionario del ejército alemán.

Kadetes: Miembros del Partido Demócrata Constitucionalista (formalmente, Partido de la Libertad Popular), así llamados por su acrónimo en ruso (KDT). Principal partido de la burguesía monárquica liberal de Rusia, fundado en 1905 por elementos de la burguesía, terratenientes de los *zemstvos* e intelectuales burgueses, que se encubrían con frases “democráticas” para ganarse a los campesinos. Durante la I Guerra Mundial apoyaron la política anexionista del zar. Tras la revolución de Octubre se convirtieron en los enemigos más encarnizados de los bolcheviques, participando en todas las acciones armadas contrarrevolucionarias y en las campañas militares de los imperialistas.

Mencheviques: Corriente reformista de la socialdemocracia rusa. Recibieron su nombre en el II Congreso del POSDR (1903), dado que en las votaciones para elegir el comité central quedaron en minoría (*menshinstvó*), mientras que los socialdemócratas revolucionarios, encabezados por Lenin, obtuvieron la mayoría (*bolshinstvó*) y fueron llamados bolcheviques. En 1905 se pronunciaron por la subordinación de la revolución al programa político de la burguesía. En los años de reacción (1907-10) que siguieron a la derrota, sus tendencias derechistas se manifestaron de forma aguda, pronunciándose a favor de la disolución del POSDR. Socialpatriotas durante la I Guerra Mundial. Tras la revolución de febrero de 1917, fueron, junto con los eseristas, uno de los pilares del Gobierno Provisional y apoyaron incondicionalmente su política imperialista. Tras

el triunfo de la revolución de Octubre, se convirtieron en un partido abiertamente contrarrevolucionario.

Moloc: Divinidad fenicia a la que se le ofrecían sacrificios humanos.

Naródnaya Volia (“populistas”): Denominación que se daban los anarquistas rusos. En 1876 organizaron el grupo *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad), en el que comenzaron a desarrollarse tendencias políticas contradictorias. En 1879, la organización se escindió en dos: *Naródnaya Volia* (La Voluntad del Pueblo) y *Cherny Peredel* (Repartición Negra, alusión a la demanda del reparto de la tierra entre los “negros”, los siervos), encabezado por Plejánov. Los primeros derivaron hacia el terrorismo individual y fueron aplastados tras el asesinato del zar Alejandro II (1881). El grupo de Plejánov emigró y evolucionó hacia el marxismo, formando en Suiza la primera organización marxista rusa, el grupo Emancipación del Trabajo (1883).

Nueva Gaceta Renana: Periódico editado por Marx en 1848, de gran influencia en toda Alemania. Sus firmes llamamientos a combatir la contrarrevolución, sus denuncias de las autoridades y su defensa del internacionalismo le hicieron ganarse la ira de los *junkers* y de la burguesía. En mayo de 1849, el gobierno expulsó a Marx con la excusa de que no tenía la nacionalidad prusiana y el resto de los redactores sufrieron represalias, todo lo cual condujo a su desaparición. En el último número (impreso en rojo el día 19), la redacción declaraba que “su última palabra será siempre y en todas partes: *¡La emancipación de la clase obrera!*”. Engels habla de ella en su artículo *Marx y la ‘Nueva Gaceta Renana’ (1848-1849)*.

Partido Laborista Independiente (ILP): Partido reformista británico fundado en 1893, en un ambiente de reanimación de la lucha huelguística e intensificación del movimiento por la independencia de la clase obrera respecto a los partidos burgueses. Ingresaron en el ILP miembros de los sindicatos, así como intelectuales y pequeños burgueses influidos por los fabianos. En 1906 participó en la fundación del Partido Laborista, con el que durante décadas mantuvo una relación tormentosa. En 1914 la mayoría de sus bases mantuvieron una postura pacifista. En 1920 abandonó la II Internacional y una parte de sus militantes ingresó en el PC.

POSDR (Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia): Primer partido marxista ruso, fundado en 1898 por la confluencia de diversos círculos marxistas en diferentes ciudades y el Bund. Su segundo

congreso (1903) marcó el inicio de la diferenciación política entre el ala reformista (mencheviques) y el ala revolucionaria (bolcheviques), que se prolongaría durante varios años hasta que en 1912 se produjo la ruptura definitiva entre ambas. Los revolucionarios siguieron presentándose con las siglas POSDR (bolchevique) hasta su cambio de nombre por el de Partido Comunista Ruso (bolchevique) en marzo de 1918.

Pravda (La Verdad): Hubo dos periódicos con este nombre, uno editado en Viena y otro en San Petersburgo. El *Pravda* original se publicó entre 1908 y 1912. Fue fundado en Viena por Trotsky, quien lo puso al servicio de su objetivo de volver a unir el POSDR. Tras el acuerdo de reunificación entre bolcheviques y mencheviques (enero de 1910), pasó a ser un órgano del partido y Kámenev se incorporó al comité de redacción, que abandonó en agosto, cuando el acuerdo hizo aguas. El *Pravda* de San Petersburgo fue un periódico bolchevique fundado en 1912, tras la escisión definitiva del POSDR. Clausurado por el gobierno en 1914, se siguió publicando bajo diferentes nombres, hasta que tras la caída del zar pudo recuperar su cabecera. Fue el órgano central del Partido Comunista de la Unión Soviética hasta 1991, cuando Yeltsin prohibió el PCUS por decreto.

Reichstag: El parlamento alemán.

República de Weimar: Período de la historia alemana entre el 9 de noviembre de 1918 (caída del káiser y proclamación de la república) y el 30 de enero de 1933 (nombramiento de Hitler como canciller, que liquidó la república y proclamó el III Reich). Recibe su nombre de la ciudad donde se aprobó su Constitución.

SAP (Partido Socialista de los Trabajadores de Alemania): Fundado en 1931 por Max Seydewitz y otros expulsados del SPD. En 1932, una escisión de la brandlerista Oposición Comunista de Derechas alemana (KPO) ingresó en el SAP. Cuando Seydewitz y otros fundadores renunciaron, los exbrandleristas asumieron la dirección del SAP. En agosto de 1933, el SAP firmó la declaración de los Cuatro junto con la Oposición de Izquierdas Internacional, que proclamaba la necesidad de una nueva internacional. En el exilio, el SAP giró rápidamente a la derecha y asumió el frentepopulismo (alianzas con partidos burgueses), alejándose así de Trotsky.

SDKP: Socialdemocracia del Reino de Polonia. Predecesor del SDKPiL.

SDKPiL: Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania.

Segunda Internacional (o Internacional Socialista): Fundada en 1889 por partidos que se reclamaban marxistas, reunió en su seno a reformistas y revolucionarios. La I Guerra Mundial la hizo saltar en pedazos por la capitulación de sus principales dirigentes en Alemania, Francia, Gran Bretaña y otros países a las posiciones del patriotismo burgués.

Tercera Internacional (también Comintern e Internacional Comunista, IC): Los dos primeros congresos de la IC tuvieron lugar en marzo de 1919 y julio de 1920. El primero aprobó las famosas tesis de Lenin sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, y la plataforma de la Internacional. El segundo aprobó los estatutos y las veintiuna condiciones de adhesión. El III Congreso tuvo lugar en junio de 1921. Si los dos primeros habían girado en torno a la idea de que los comunistas debían enfocar toda su actividad hacia la toma del poder a corto plazo en los países europeos, el tercero, celebrado tras el fracaso alemán de marzo de ese año, constata una estabilización de los regímenes burgueses y una recuperación de la socialdemocracia relativas. El IV Congreso (noviembre 1922) fue fundamentalmente una profundización de los trabajos del tercero. El V Congreso se celebró en junio-julio de 1924, cuando la lucha contra Trotsky y la Oposición de Izquierdas ya estaba bastante avanzada en la URSS. El VI Congreso (1928) tuvo lugar en medio del proceso de gestación del giro ultraizquierdista de los estalinistas. Aunque Bujarin lo presidió, fue su canto de cisne: a pesar de aprobar un programa cuya redacción fue casi exclusivamente obra suya, este congreso sentó las bases de una política totalmente opuesta. El séptimo y último (llamado por Trotsky el “congreso de liquidación”) tuvo lugar en 1935 y representó un nuevo giro en la política de la III Internacional, ya completamente estalinizada. Aprobó la política de los frentes populares, una alianza interclasista con los sectores “democráticos” de la burguesía que, en la práctica, significó la recuperación de las ideas mencheviques de colaboración de clases que Lenin tanto había combatido. La III Internacional fue disuelta por Moscú en 1943, como un gesto de Stalin hacia sus aliados imperialistas.

Tesniakí (“estrechos”): Nombre que recibía la corriente revolucionaria del Partido Socialdemócrata Búlgaro. En 1903 formaron un partido independiente, el Partido Socialdemócrata Obrero Búlgaro.

En 1914 se opusieron a la guerra. En 1919 ingresaron en la Internacional Comunista y formaron el Partido Comunista de Bulgaria.

Tratado de Brest-Litovsk: Tratado de paz entre la Rusia soviética y Alemania y Austria-Hungría firmado el 3 de marzo de 1918. La delegación soviética estuvo encabezada por Trotsky. Sus condiciones eran draconianas, pero los bolcheviques, presionados también por las actividades militares de los blancos, estimaron que bajo ningún concepto podían continuar en la guerra mundial. El tratado abrió una crisis en el partido, donde un sector (los “comunistas de izquierda”, encabezados por Bujarin) se opuso a la firma por cuestión de principios.

Tregua civil (Burgfrieden), literalmente la “paz en la fortaleza” que, durante la Edad Media, obligaba a aquellos que buscaban refugio en un castillo): Iniciativa política lanzada por el káiser en agosto de 1914, tras la aprobación de los créditos de guerra. Los parlamentarios alemanes acordaron no convocar elecciones mientras durasen las hostilidades y suspender la actividad política, lo que esencialmente significó dejar en manos del gobierno reaccionario y de la cúpula militar todas las decisiones fundamentales. La tregua civil precipitó la ruptura de la cúpula reformista del SPD con el internacionalismo y su total subordinación a la burguesía. El comisario jefe de la policía berlinesa se felicitaría más tarde porque en los barrios obreros, “anteriormente muy poco receptivos a la emoción patriótica”, ondeaba la bandera imperial alemana.

USPD (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania): Fundado en abril de 1917 por elementos centristas que rompieron con el SPD; los espartaquistas también se fueron al USPD, hasta que lo abandonaron para fundar el KPD en diciembre de 1918. En su congreso de Halle (1920), el USPD sufrió una escisión y la mayoría de sus miembros se unió al KPD. La minoría de derechas se mantuvo como USPD y se afilió a la Internacional Segunda y Media hasta 1922, cuando volvió al SPD. Aunque algunos miembros continuaron como USPD, en la práctica el partido quedó liquidado.

Vorwärts (Adelante): Órgano central del SPD.

Zentrum: Principal partido burgués de Alemania, fundado en 1871. Fue uno de los pilares de la república de Weimar, participando en todos los gobiernos entre 1919 y 1932.

Zimmerwald: Ver *Conferencia de Zimmerwald*.

GLOSARIO DE NOMBRES PROPIOS

ADLER, Víctor (1852-1918): Fundador del Partido Socialdemócrata de Austria.

ANÍBAL (247-183 a.e.c.): General cartaginés, considerado como uno de los más grandes estrategas militares de la historia.

AXELROD, Pável (1850-1928): Cofundador del grupo Emancipación del Trabajo en 1883. Miembro del comité de redacción de *Iskra*. Menchevique desde 1903. Calificó la revolución de Octubre como “un crimen político sin parangón en la historia moderna”.

BARBUSSE, Henri (1873-1935): Intelectual estalinista francés célebre por la novela *El fuego*, que obtuvo el premio Goncourt en 1915.

BEBEL, August (1840-1913): Dirigente socialista alemán, presidente del SPD y figura destacada de la Segunda Internacional. Como Kautsky, rechazaba formalmente el revisionismo, pero fue responsable del avance de las tendencias oportunistas que se apoderaron del SPD poco después de su muerte.

BERNSTEIN, Eduard (1850-1932) Socialdemócrata alemán, a quien se debe, históricamente, la primera elaboración sistemática de la doctrina revisionista en el movimiento obrero revolucionario.

BETHMANN HOLLWEG, Theobald von (1856-1921): Canciller de Alemania entre 1909 y 1917. Alentó a Austria-Hungría a declarar la guerra a Serbia, iniciándose así la I Guerra Mundial.

BISMARCK, Otto von (1815-1898): Político conservador prusiano que, tras las dos victorias bélicas que permitieron la unidad alemana (sobre Austria en 1866 y sobre Francia en 1870-71), proclamó el II Reich (Imperio) Alemán y fue su primer canciller.

BLANQUI, Louis Auguste (1805-1881): Representante del comunismo utópico francés. Participó en la revolución de 1848 y fue un dirigente de la Comuna de París (1871). No consideraba necesaria la previa preparación política de las masas de la clase obrera antes de la toma del poder porque creía que éstas serían arrastradas por el ejemplo de la acción decidida de una minoría de revolucionarios audaces.

Aunque discrepaba completamente de sus tesis, Marx lo tuvo en alta estima por ser un incorruptible revolucionario proletario, que pasó más de la mitad de su vida encarcelado por la burguesía.

BOGDÁNOV, Alexander (Malinovsky) (1873-1928): Médico y filósofo socialista, Bolchevique en 1903 y, con Krasin, lugarteniente de Lenin en su primera época. Sus concepciones ultraizquierdistas y su idealismo filosófico lo separaron de Lenin, que las criticó en su obra *Materialismo y empiriocriticismo*. Expulsado del partido en 1923, se consagró a la medicina. Murió durante un experimento sobre transfusión sanguínea que realizaba en su propio cuerpo.

BUJARIN, Nikolai I. (1888-1938): Bolchevique desde 1906. Detenido en dos ocasiones, emigra al extranjero. Internacionalista durante la I Guerra Mundial, es arrestado en Suecia y se va a EEUU, donde edita *Novy Mir* y colabora con Trotsky. Volvió a Rusia tras la revolución de febrero de 1917. Director de *Pravda* tras la revolución de Octubre. Se opuso a la firma del tratado de Brest-Litovsk y encabezó a los comunistas de izquierda, editando su periódico. En 1923-27 se alió con Stalin, defendió a los *kulaks* y teorizó la transición al socialismo “a paso de tortuga”. Defensor del “socialismo en un solo país”. En 1928, Stalin rompe su coalición con él. En abril de 1929, fue reemplazado como director de *Pravda* y presidente de la III Internacional. Capituló más tarde, pero fue igualmente juzgado en el segundo proceso de Moscú y asesinado.

CAVAIGNAC, Louis-Eugène (1802-1857): Político y general francés que en junio de 1848 dirigió la brutal represión militar de un levantamiento obrero en París, causando entre 3.000 y 5.000 muertos.

CHIANG KAI-SHEK (1887-1975): Militar y político chino. Sucesió a Sun Yat-sen al frente del Kuomintang, a pesar de lo cual los estalinistas lo nombraron miembro honorífico del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Dirigió la contrarrevolución de 1927, masacrando a decenas de miles de obreros y aplastando al Partido Comunista Chino, su antiguo aliado. Cuando Mao tomó el poder en 1949, huyó a Taiwán, donde gobernó dictatorialmente hasta su muerte.

CLEMENCEAU, Georges B. (1841-1929): Primer ministro de Francia e impulsor del tratado de Versalles. En su juventud fue un radical e incluso perteneció por un tiempo al Partido Socialista, pero más tarde se transformó en el dirigente de la burguesía francesa.

CUNCTATOR, Quinto Fabio Máximo (280-203 a.e.c.): Político y general romano que jugó un papel crucial en la Segunda Guerra Púnica. Se le considera un precursor de la guerra de guerrillas.

DAN, Feodor (1871-1949): Menchevique desde 1903, fue uno de sus principales dirigentes. En 1917 defendió la continuación de Rusia en la I Guerra Mundial y se opuso a la revolución de Octubre.

DZERZHINSKI, Féliks (1877-1926): Ingresó en la socialdemocracia lituana en 1895. Juzgado y condenado en diversas ocasiones, salió en libertad en 1917. Fundador y primer jefe de la Checa: 'comisión extraordinaria para la lucha contra la contrarrevolución, la especulación, el sabotaje y el abuso de poder.

EBERT, Friedrich (1871-1925): Primer presidente de la república de Weimar. Durante la I Guerra Mundial, él y Scheidemann fueron los más ardientes defensores del socialpatriotismo. Nombrado Canciller del Reich en los días de la revolución de noviembre de 1918, colaboró activamente con el poder militar y la burguesía para aplastar la república de los consejos. Responsable, junto con Scheidemann y Noske, de la brutal represión sobre los obreros de Berlín en enero de 1919 y del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

EICHHORN, Emil (1863-1925): Dirigente del SPD y diputado por este partido antes de la I Guerra Mundial, se incorporó al USPD y llegó a ser nombrado jefe de la policía berlinesa tras los sucesos revolucionarios de noviembre de 1918. El 4 de enero de 1919, Eichhorn fue cesado por el gobierno socialdemócrata.

ERNST, Eugen (1864-1954): Dirigente del SPD y ministro del Interior prusiano. En 1946 participó activamente en la fusión entre el SPD de la zona de ocupación soviética y el KPD, que dio lugar al estalinista SED, el partido oficial de la Alemania Oriental.

FALKENHAYN, Erich von (1861-1922): General y ministro de la Guerra prusiano. Al estallar la guerra, fue nombrado jefe del Estado Mayor alemán.

FISCHER, Ruth (1895-1961): Cofundadora del PC austríaco en 1918. En 1920 se traslada a Alemania. Dirigente del sector izquierdista del KPD desde 1921 y miembro de la dirección del partido en el período 1922-24. Diputada al Reichstag en 1924-28. Miembro del comité ejecutivo de la Internacional Comunista en 1924-26, apoyó la línea estalinista en su V Congreso. Expulsada del KPD en 1927,

participó en la fundación de la Leninbund. Emigró a EEUU en 1933 y abandonó la política.

FRÖLICH, Paul (1884-1953): Dirigente del KPD. En 1932 llevó consigo una minoría de la Oposición Comunista de Derecha alemana (KPO) al SAP, no tardando en convertirse en uno de los máximos dirigentes de este partido. Tras la II Guerra Mundial, volvió a Alemania Occidental y al SPD. El KPD encargó a Frölich la edición de las obras completas de Rosa Luxemburgo. De los nueve tomos inicialmente planificados, sólo aparecieron tres hasta 1928, fecha de su expulsión del partido bajo la acusación de desviacionismo de derechas. Tras la llegada de los nazis al poder, la persecución contra los militantes de izquierda obligó a Frölich a emigrar a Francia, donde entre 1938 y 1939 consiguió terminar su biografía sobre la revolucionaria alemana. Lamentablemente, los originales inéditos de Rosa Luxemburgo, que Frölich había recuperado y que iban a servir para la publicación de las obras completas, fueron entregados a la burocracia estalinista por las personas que lo custodiaban, mientras Frölich estuvo detenido por los nazis; pensaban que en el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú estarían a salvo, y así fue: en más de treinta años, ni los estalinistas rusos ni los estalinistas alemanes publicaron un tomo más de sus obras.

GALLIFFET, Gaston de (1830-1909): Aristócrata, militar y político francés. La ferocidad de su represión contra la Comuna de París le valió el apodo de “el carnicero de la Comuna”. Años más tarde, durante una sesión parlamentaria, cuando los diputados socialistas le llamaron asesino, replicaría: “¿Asesino? ¡Presente!”.

GROENER, Wilhelm (1867-1939): Alto militar alemán, sustituto de Ludendorff en el momento de la derrota alemana. Consiguió convencer al káiser Guillermo II de no oponer resistencia a la proclamación de la república en noviembre de 1918, tras pactar en secreto con Ebert el apoyo a la proclamación de la república a cambio de que el SPD aceptase la autonomía del Ejército y se opusiese a los consejos de soldados. También pactó con Ebert el aplastamiento de la república de los Consejos.

GUESDE, Jules (1845-1922): Fundador, junto con Paul Lafargue, del Partido Obrero Francés (1880). Al estallar la I Guerra Mundial, adoptó posturas socialchovinistas y fue ministro en un gobierno de unidad nacional.

GUILLERMO II (1859-1941): Último rey de Prusia y último káiser alemán. La revolución de noviembre de 1918 le obligó a abdicar.

HAASE, Hugo (1863-1919): Dirigente del ala reformista del SPD, del que antes de la I Guerra Mundial fue vicepresidente. En agosto de 1914, se opuso internamente a apoyar los créditos de guerra, pero acató la disciplina de partido. En 1917, tomó parte en la escisión del USPD, del que fue nombrado presidente. Junto con Wilhelm Dittmann y Emil Barth, fue uno de los tres miembros del USPD que entraron en el gobierno de coalición con el SPD tras la revolución de noviembre de 1918. Fue asesinado en el Reichstag por un oficial monárquico en octubre de 1919.

HANECKI, Yakov (1879-1937): Viejo bolchevique, miembro del POSDR desde 1896. Fue uno de los organizadores del tren blindado en que Lenin retornó a Rusia en abril de 1917 desde su exilio suizo. Asesinado durante las purgas estalinistas.

HILFERDING, Rudolf (1877-1941): Austríaco de nacimiento, pero nacionalizado alemán. Dirigente del SPD. Uno de los principales representantes de la famosa escuela austro-marxista. En 1907, publicó su conocido libro *El capital financiero*. En 1914 se opuso a los créditos de guerra y posteriormente se unió al USPD. En 1920 se opuso a la fusión de este con el KPD y defendió volver a las filas del SPD. En 1923, Hilferding, que previamente había condenado la participación de los socialdemócratas en los gobiernos burgueses, entró al gabinete de Streseman como ministro de Finanzas. Al final de su vida se dedicó a revisar las tesis marxistas. Se exilió a París tras la victoria nazi, pero el régimen colaboracionista de Petain lo entregó a la Gestapo, a cuyas manos murió.

HINDENBURG, Paul von (1847-1934): Mariscal de campo del II Reich, convencido monárquico y segundo presidente alemán de la república de Weimar, aupado por la derecha. En 1933, con Hitler ya como canciller, firmó un decreto, tras el incendio del Reichstag, que suspendió los derechos fundamentales y les dejó a los nazis la vía libre para suspender la constitución, ilegalizar los partidos y sindicatos de izquierda, y proceder a una masiva campaña de exterminio contra la oposición política y los judíos.

HIRSCH, Paul (1868-1940): Dirigente del SPD y primer ministro de Prusia entre 1918 y 1920.

HOFFMANN, Max (1869-1927): General alemán, considerado como uno de los mejores estrategas militares del período imperial.

HOHENZOLLERN: Dinastía real prusiana desde 1701, e imperial alemana de 1871 a 1918.

JAGOW, Gottlieb von (1863-1935): Ministro alemán de Asuntos Exteriores entre 1913 y 1917.

JAURÈS, Jean (1859-1914): Dirigente del ala reformista del socialismo francés asesinado por un fascista al comienzo de la I Guerra Mundial. Revisaban los postulados básicos del marxismo y propugnaban la colaboración de clases. En 1902 fundaron el Partido Socialista Francés, que adoptó posiciones reformistas y que en 1905 se fusionó con el partido dirigido por Guesde, formando la Sección Francesa de la Internacional Obrera. Durante la I Guerra Mundial, los jauresistas, mayoritarios en la dirección de la SFIO, apoyaron abiertamente la guerra imperialista y adoptaron posiciones socialchovinistas.

JOFFE, Adolf (1883-1927): Expulsado de la Universidad a los 16 años por su actividad política. Miembro del POSDR desde 1903. Participa en la revolución de 1905 y abandona el país después. Colaborador de Trotsky desde 1906 y cofundador de la *Pravda* de Viena. Detenido y deportado, es liberado tras Febrero. Miembro del comité interdistritos, ingresa con él en el partido bolchevique. Alto diplomático soviético, encabeza la primera delegación en Brest-Litovsk y después es embajador en Berlín, Pekín, Viena y Tokio. Firmante de la declaración de los 46. Encamado por una dolorosa enfermedad, los estalinistas le niegan el tratamiento médico y se suicida. Su entierro dio lugar a la última manifestación pública de la Oposición de Izquierdas y al último discurso de Trotsky en la URSS.

KÁMENEV, Lev (1883-1936): Afiliado al POSDR en 1901. Detenido en 1902 y deportado, consigue fugarse, sale de Rusia y se une a los bolcheviques. Encabezó la fracción bolchevique de la Duma en los años previos a la I Guerra Mundial. Detenido en 1914, es condenado a la deportación perpetua, pero queda libre tras la caída del zar. Junto con Zinóviev, se opone a la insurrección, no obstante lo cual después jugó un papel dirigente en el nuevo Estado soviético. Miembro del buró político desde 1919 a 1927. A la muerte de Lenin, forma parte de la troika dirigente junto con Zinóviev y Stalin, iniciando la lucha contra Trotsky y la Oposición de Izquierdas. En 1925,

él y Zinóviev rompen con Stalin a raíz de la teoría del socialismo en un solo país y se unen a Trotsky en la lucha contra la burocracia, dando lugar a la Oposición Conjunta. Destituido y expulsado del partido por la burocracia, capitula finalmente ante Stalin. Condenado en el primer juicio de Moscú y ejecutado.

KAUTSKY, Karl (1854-1938): Después de Engels, la figura más respetada de la II Internacional. En 1906 comenzó a girar hacia el reformismo; la guerra mundial y la revolución rusa, a la que calificó de golpe de Estado bolchevique, lo transformaron completamente en un oportunista. Miembro del USPD entre 1917 y 1919, volvió después al SPD. Lenin analizó sus ideas en el libro *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* (existe edición de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS).

KERENSKY, Alexander (1881-1970): Dirigente eserista. Diputado en la IV Duma, en la que dirigió la fracción trudovique. Tras la revolución rusa de febrero de 1917, se convirtió en el principal representante de los conciliadores pequeñoburgueses desde sus cargos en el Gobierno Provisional (ministro de Justicia, después ministro de la Guerra y de Marina, y, desde julio, primer ministro). Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas tras el golpe fallido de Kornílov. Huyó de Rusia tras la revolución y acabó exiliado en EEUU.

KNIEF, Johann (1880-1919): Dirigente de los IKD (Comunistas Internacionalistas de Alemania). Miembro del Consejo de Comisarios del Pueblo de la comuna de Bremen.

KORNÍLOV, Lavr (1870-1918): General zarista. En julio de 1917 fue nombrado comandante en jefe de Kerensky y en agosto protagonizó un intento de golpe de Estado contra él. Tras el triunfo de la revolución de Octubre, ayudó a formar uno de los ejércitos blancos. Murió en combate.

KRÚPSKAYA, Nadezhda (1869-1939): En 1891 entra en un círculo marxista ilegal. Detenida y deportada en 1896. Se casa con Lenin en 1898, convirtiéndose en su principal colaboradora. Responsable de la red clandestina de *Iskra* y del enlace clandestino entre San Petersburgo y Finlandia en el período 1905-07. Apoya a Zinóviev y Kámenev cuando rompen con Stalin y se une a la Oposición Conjunta. En 1926 rompe con ella y se pliega políticamente a Stalin, a pesar de ser consciente de que el estalinismo era una degeneración política antileninista, como demuestra su comentario en una

reunión de la Oposición ese mismo año: “Si Lenin viviera, estaría encarcelado”. En cualquier caso, nunca se convirtió en una adúladora de Stalin.

LASALLE, Ferdinand (1825-1864): Defensor de un socialismo pequeñoburgués que posteriormente tendría gran influencia en la socialdemocracia alemana. En 1863 fundó la Asociación General de Trabajadores Alemanes, que en el congreso de Gotha (1875) se unificó con el Partido Socialdemócrata. Mantuvo posiciones oportunistas respecto a cuestiones teóricas y políticas fundamentales.

LEDEBOUR, Georg (1850-1947): Dirigente del SPD. En 1917 se escindió con el USPD. Uno de los líderes del Consejo de Obreros y Soldados de Berlín. Enfrentado a Liebknecht y Rosa Luxemburgo, fue nombrado presidente del USPD tras la muerte de Haase. En 1920, cuando el USPD decidió ingresar en la Internacional Comunista y unificarse con el KPD, encabezó la minoría de derechas que se mantuvo como USPD.

LEVI, Paul (1883-1930): Abogado de Rosa Luxemburgo. Miembro del SPD desde antes de la guerra. Espartaquista y cofundador del KPD, se convirtió en su principal dirigente tras los asesinatos de Luxemburgo, Liebknecht y Jogiches. En 1920 empezó a inclinarse hacia el centrismo. Expulsado del partido tras rechazar públicamente las acciones de marzo de 1921, retornó al SPD en 1923. Se suicidó en 1929, tirándose por una ventana.

LIEBKNECHT, Wilhelm (1826-1900): Fundador, junto con August Bebel, del SPD. Padre de Karl Liebknecht.

LLOYD GEORGE, David (1863-1945): Primer ministro británico durante la Primera Guerra Mundial y uno de los autores del tratado de Versalles. Atacó las conquistas de la clase obrera y aplastó el levantamiento de Pascua en Irlanda. Tras la victoria bolchevique en la guerra civil rusa, fue partidario de restablecer las relaciones económicas con la URSS.

LOWENHEIM, Walter (1896-1977): Teórico de la pequeña tendencia centrista alemana Nuevos Comienzos, que tuvo cierta influencia entre los exiliados del SAP tras el ascenso de Hitler al poder. Apodado Miles.

LUDENDORFF, Erich (1865-1937): Jefe de Estado Mayor del Ejército Alemán en la I Guerra Mundial tras tomar la ciudad belga de Lieja. Durante la república de Weimar participó en diversos

movimientos ultraderechistas y en el fracasado *putsch* de Hitler en Múnich (1922); fue derrotado como candidato nacionalsocialista a la presidencia de la república en 1925.

MARCHLEWSKI, Julian (1866-1925): También conocido por los seudónimos de Julius Karski y Kujawiak. Cofundador en 1893, con Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches, del SDKP, que más tarde se convertiría en SDKPiL. En 1906 se unió a los bolcheviques y emigró a Alemania, donde participó en la fundación de la Liga Espartaquista. Detenido allí durante la I Guerra Mundial, fue intercambiado por un espía alemán. En 1919, durante la guerra polaco-soviética, tomó parte en las negociaciones con Polonia, encabezando el Comité Revolucionario Provisional Polaco que planteaba la declaración de una república socialista soviética en Polonia. Fue un economista experto en temas agrarios y participó en la elaboración del programa bolchevique para el campo.

MÁRTOV, Julius (1873-1923): Uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa. Miembro de la redacción de *Iskra*. Principal dirigente de los mencheviques a partir de 1903. Dirigente de los “mencheviques internacionalistas” durante la guerra y en 1917, situados a medio camino entre la mayoría de éstos y los bolcheviques. Participante en el II Congreso de los sóviets. Contrario al Gobierno bolchevique, pidió y obtuvo permiso para emigrar de la URSS.

MEHRING, Franz (1846-1919): Militante de la socialdemocracia alemana desde 1891, teórico marxista y defensor de la dialéctica materialista. Cofundador, junto con Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, de la Liga Espartaquista y del KPD.

MEYER, Ernst (1887-1930): Viejo miembro de la Liga Espartaquista y uno de los dirigentes del KPD, al que representó en el comité ejecutivo de la Internacional Comunista.

MILES: Ver LOWENHEIM, Walter.

MILLERAND, Alexandre (1859-1943): Dirigente socialista francés, el primero en formar parte de un gobierno burgués en 1899. Fue expulsado del partido en 1904, por derechista. Dio lugar al término “millerandismo”, “ministerialismo” o “socialismo ministerial”, táctica oportunista de participación de los socialistas en gobiernos reaccionarios. Entre 1900 y 1901, Rosa Luxemburgo escribió una serie de artículos, reunidos bajo el título *La crisis socialista en Francia*, donde lo critica duramente.

MÓLOTOV, Viacheslav (1890-1986): Bolchevique desde 1906. Deportado por dos años, hasta 1908. Nuevamente detenido y deportado, en 1915 logra fugarse. Dirigió *Pravda* entre febrero y marzo de 1917, oponiéndose a la línea defensista de Kámenev y Stalin. Miembro del buró político en 1925. Presidente de la III Internacional en 1930-31. Ministro de Asuntos Exteriores entre 1939 y 1949, fue el artífice del pacto Mólotov-Ribbentrop de no agresión entre la Alemania nazi y la Rusia estalinista, y de reparto de Polonia entre ambas.

MÜLLER, Richard (1880-1943): Dirigente de los delegados revolucionarios y presidente del Consejo de Obreros y Soldados de Berlín en 1918-1919. Se integró en el KPD tras su fusión con el USPD en 1920.

MÜNZENBERG, Willi (1889-1940): Militante de la izquierda socialdemócrata alemana ganado al bolchevismo. Dirigente del KPD durante la república de Weimar. Primer presidente de la Internacional Comunista de la Juventud. Tras las purgas, pasaría a la oposición contra Stalin. Murió tras fugarse en Francia de un campo de concentración del régimen de Vichy, en circunstancias poco claras, pero que apuntan a un asesinato político de la policía política estalinista.

NOSKE, Gustav (1868-1946): Político socialdemócrata alemán y ministro de Defensa en 1919-1920. Ya antes de la I Guerra Mundial actuó como un lacayo de la burguesía, apoyando abiertamente la política colonial del káiser. En la revolución de 1918 también actuó al servicio de la contrarrevolución. En enero de 1919 recurrió a los *Freikorps* para masacrar a decenas de miles de obreros alemanes, ahogando en sangre la insurrección proletaria. Él, Ebert y Scheidemann fueron los responsables políticos del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

PANNEKOEK, Anton (1873-1960): Marxista holandés, participó en la escuela de formación del SPD como profesor. Se ligó a la izquierda internacionalista y dirigió a los comunistas holandeses. Rompió con Lenin, y defendió posturas izquierdistas, encabezando la tendencia de los comunistas consejistas.

PARVUS, Alexander (1867-1924): Seudónimo de Israel Gelfand, militante socialdemócrata alemán de origen ruso (nació en Bielorrusia). En la época de la revolución rusa de 1905 llegó a conclusiones similares a las de la teoría de la revolución permanente y mantuvo una estrecha relación con Trotsky, quien rompió con él en

1914, cuando Parvus apoyó la política socialpatriota de la dirección del SPD. Consejero de Ebert y Scheidemann, en 1919 se negó a colaborar en el aplastamiento del levantamiento espartaquista, abandonó la política y se fue a vivir a una isla fluvial cercana a Berlín.

PIECK, Wilhelm (1876-1960): Militante de la Liga Espartaquista y del KPD, participó en la semana insurreccional de Berlín en enero de 1919. Tras la muerte de Rosa Luxemburgo, Liebknecht y Jogiches, ascendió a la dirección del KPD. Se mantuvo fiel a la línea estalinista, apoyando todos sus giros políticos y las grandes purgas. Fue presidente de la República Democrática Alemana (RDA) entre 1949 y 1960, así como primer líder del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED).

PILSUDSKI, Józef (1867-1935): Militar y dictador polaco. Co-fundador del Partido Socialista Polaco en 1892, que, a pesar de su nombre, tenía un carácter nacionalista y pequeñoburgués. Encarcelado en 1917 y liberado por los revolucionarios alemanes al año siguiente, regresó para convertirse en presidente de la Polonia independiente. En marzo de 1920, ordenó la invasión de Ucrania, repelida por el Ejército Rojo. Se retiró en 1923. Dio un golpe de Estado en 1926 e implantó un régimen dictatorial hasta su muerte.

PLEJÁNOV, Georgi (1856-1918): Fundador del marxismo ruso. En 1883 organizó en Suiza el primer grupo marxista ruso (Emancipación del Trabajo). Más tarde degeneró políticamente y no sólo chocó con los bolcheviques, sino incluso con los mencheviques. Durante la I Guerra Mundial apoyó al gobierno zarista y en 1917 se opuso a la revolución de Octubre. A pesar de todo, Lenin siempre recomendó mucho sus primeras obras, especialmente las filosóficas.

POTRÉSOV, Alexander N. (1869-1934): Miembro de la Unión para la Emancipación de la Clase Obrera de San Petersburgo. En 1900 emigró y participó con Lenin en la organización de *Iskra*. En el II Congreso del POSDR (1903) se unió a los mencheviques. Siempre mantuvo posturas muy derechistas; en realidad era un liberal burgués.

PURCELL, Albert (1872-1935): Dirigente de los sindicatos británicos (TUC) y del Comité Anglo-Ruso de Unidad Sindical en la época de la traición a la huelga general británica de 1926.

RÁDEK, Karl (1885-1939): Miembro de la socialdemocracia polaca desde 1900 a 1908, se traslada posteriormente a Alemania,

donde colabora con el SPD. Participa en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal. Se traslada a Rusia tras la revolución de Octubre. Comunista de izquierda en la época de Brest-Litovsk. Trabaja para la III Internacional desde su fundación y asiste al congreso fundacional del KPD. Miembro del comité central del partido ruso entre 1919 y 1924. Oposicionista de izquierda. Expulsado del partido en 1927, capitula dos años más tarde. Readmitido en 1930. Condenado a diez años en el segundo juicio de Moscú, murió durante su estancia en prisión.

REINHARDT, Walther (1872-1930): Militar y último ministro de la Guerra prusiano.

RICARDO, David (1772-1823): Economista inglés, de la escuela clásica, y uno de los más influyentes junto a Adam Smith y Thomas Malthus. Es considerado uno de los pioneros de la macroeconomía moderna por su análisis de la relación entre beneficios y salarios.

RODBERTUS, Karl Johann (1805-1875): Economista y político alemán partidario de cierto socialismo de Estado. Planteó que las crisis podían ser consecuencia de la tendencia a la disminución de los salarios respecto al conjunto de los ingresos de la sociedad y propuso redistribuir las rentas a través de los impuestos.

RÜHLE, Otto (1874-1943): Socialdemócrata desde 1900. Él y Karl Liebknecht fueron los únicos diputados del SPD que en 1915 votaron en contra de los créditos de guerra. Espartaquista y fundador del KPD, más tarde se convirtió en uno de los “comunistas de izquierda” alemanes y rompió con el partido. En 1937 participó en la ‘Comisión Dewey’ que exoneró a Trotsky de las calumnias a las que fue sometido por Stalin y su propaganda.

SCHEIDEMANN, Philipp (1865-1939): Político socialdemócrata alemán. Con Ebert, dirigente de los socialpatriotas durante la I Guerra Mundial. Entró en el gabinete del príncipe de Baden para intentar salvar la monarquía. Tras la caída del káiser, dirigió todos sus esfuerzos a aplastar el movimiento revolucionario. Después de la derrota de los espartaquistas, encabezó un gobierno de coalición.

SCHMIDT, Konrad (1863-1932): Economista alemán posicionado inicialmente con posiciones radicales dentro del SPD, evolucionó posteriormente hacia el reformismo. Sus observaciones, publicadas en el *Vorwärts* del 20 de febrero de 1898, se pueden relacionar con las de Bernstein, dado que este no rechazó en modo alguno sus puntos de vista.

SCHWAB, Jim (1887-1970): Seudónimo de Jacob Walcher, uno de los fundadores del KPD. Expulsado de la Internacional Comunista en 1929 por apoyar a la KPO, en 1932 él y otros la abandonaron y se unieron al SAP, del que Walcher sería dirigente en el exilio en París hasta 1939. Tras la II Guerra Mundial se plegó al estalinismo y aceptó un puesto secundario en el gobierno de Alemania Oriental.

SERGE, Victor (1890-1947): Revolucionario y escritor ruso, anarquista primero y bolchevique después. Encarcelado en Francia en 1917, no pudo volver a Rusia hasta 1919, uniéndose a los bolcheviques y desempeñando diferentes responsabilidades en la Internacional Comunista. Miembro de la Oposición de Izquierdas. Expulsado del partido en 1928. Detenido en 1933, gracias a la presión internacional fue uno de los pocos opositores liberados por Stalin, aunque su hermana, su suegra y tres cuñados murieron en prisión. En el exilio entró de nuevo en contacto con Trotsky, con quien mantuvo serias diferencias sobre el POUM. Rompió públicamente con Trotsky en 1939. Autor del libro *El año I de la revolución rusa*.

SHLYÁPNIKOV, Alexander (1885-1937): Miembro del POSDR desde 1899. Bolchevique en 1903. Participó en la revolución rusa de 1905 y fue condenado a dos años de prisión. Opuesto en marzo de 1917 a la línea conciliadora de Kámenev y Stalin, en octubre se inclinó a favor del gobierno de coalición. Comisario del pueblo para el Trabajo. Uno de los héroes de la guerra civil contra los blancos. Líder, junto con Alexandra Kollontai, de la Oposición Obrera. Capituló ante el estalinismo en 1926. Expulsado del partido en 1933. Detenido en 1935 y muerto en prisión.

SMITH, Adam (1723 – 1790): Economista y filósofo escocés, el mayor exponente de la economía clásica. En 1776, publicó *La riqueza de las naciones*, un estudio acerca del proceso de creación y acumulación de la riqueza.

SOMBART, Werner (1863-1941): Economista y sociólogo alemán.

THALHEIMER, August (1884-1948): En 1918 participó en la fundación del KPD y fue uno de sus más importantes teóricos hasta finales de 1924. Expulsado por orden de Stalin, en 1929 organizó, junto a Heinrich Brandler, la Oposición del Partido Comunista (KPO).

TIRPITZ, Alfred von (1849-1930): Gran Almirante de Alemania durante la I Guerra Mundial.

TSERETELI, Irakli (1881-1951): Dirigente menchevique de origen georgiano. Diputado a la Segunda Duma. Tras la revolución rusa de febrero de 1917, fue uno de los dirigentes de los llamados “defensistas revolucionarios”, e ingresó como ministro de Correos y Telégrafos en el gobierno de coalición.

UNSZLICHT, Józef (1879-1938): Miembro del SDKPiL desde 1900. Miembro del POSDR desde 1906. Segundo de Dzerzhinski en la GPU. Ejecutado durante las purgas estalinistas.

VANDERVELDE, Émile (1866-1938): Dirigente del PS belga y de la Segunda Internacional. Siempre en el ala derecha de la socialdemocracia, la guerra mundial lo reveló como un completo chovinista, llegando a ser primer ministro de Bélgica. Firmante del tratado de Versalles.

VEINOFF: Obrero linchado por cosacos tras las jornadas de Julio de 1917 en Petrogrado, por distribuir propaganda bolchevique.

WARSAWKI, Adolf (también Adolf Warski) (1868-1938): Militante revolucionario desde 1888. Cofundador del SDKPiL. Participó en la revolución de 1905 en Varsovia. Fundador del Partido Comunista Polaco en 1918. En 1929 se trasladó a la URSS y trabajó para la Tercera Internacional. Arrestado en 1937 y ejecutado junto con otros exiliados polacos por orden de Stalin.

WELS, Otto (1873-1939): Dirigente socialpatriota del SPD durante la I Guerra Mundial. Comandante militar de Berlín tras la revolución de noviembre de 1918.

WILSON, Woodrow (1856-1924): Presidente de EEUU entre 1912 y 1920. Durante la I Guerra Mundial se ofreció como mediador entre los aliados y Alemania, proponiendo que se negociara una paz sin anexiones ni reparaciones. Su programa para la paz mundial, junto con los “14 puntos” y la Liga de las Naciones, predecesora de la ONU, como “tribunal mundial”, etcétera, etcétera, fueron aclamados por todos los liberales y socialpatriotas. Los llamados 14 puntos de Wilson fueron catorce propuestas para evitar guerras en el futuro, entre otras, el fin de la diplomacia secreta, la libertad de navegación fuera de las aguas jurisdiccionales, la desaparición de las barreras económicas, la disminución del armamento...

YAROSLAVSKY, Yemelián (1878-1943): Miembro del POSDR desde 1898. Bolchevique en 1903. Detenido en 1907 y condenado a trabajos forzados, fue desterrado más tarde a Siberia. En febrero de

1917 mantuvo posturas oportunistas; posteriormente se convirtió en un furibundo estalinista. Durante un tiempo, fue el historiador oficial del partido.

ZASÚLICH, Vera (1849-1919): Escritora y revolucionaria. Populista primero, se escindió con Plejánov y fue cofundadora del grupo Emancipación del Trabajo. Durante el II Congreso del POSDR (1903) se situó con los mencheviques.

ZETKIN, Clara (1857-1933): Militante socialdemócrata desde 1878. Delegada al congreso fundacional de la II Internacional (París, 1889). Internacionalista durante la I Guerra Mundial. Participó en la fundación de la Liga Espartaquista y del KPD, de cuya dirección formó parte.

ZINÓVIEV, Grigori (1883-1936): Miembro del POSDR desde 1900. Bolchevique desde 1903, inmediatamente después del II Congreso del partido. Participó en la revolución de 1905 en Petrogrado. Durante la I Guerra Mundial fue un estrecho colaborador de Lenin y participó en las conferencias de Zimmerwald y Kienthal. Volvió a Rusia tras la revolución de febrero de 1917. En octubre, junto con Kámenev, se opuso a la insurrección y posteriormente defendió un gobierno de coalición con los reformistas. Presidente de la III Internacional en vida de Lenin, a la muerte de este formó parte de la troika, con Kámenev y Stalin. En 1925, él y Kámenev rompen con Stalin a raíz de la teoría del socialismo en un solo país y se unen a Trotsky en la lucha contra la burocracia, dando lugar a la Oposición Conjunta. Expulsado del partido en 1927, capituló al año siguiente y fue readmitido. Expulsado nuevamente en 1932, volvió a capitular. En 1935, tras el asesinato de Kirov, fue condenado a diez años de prisión con cargos falsos. Fue nuevamente juzgado en el primer proceso de Moscú y asesinado.

BIBLIOGRAFÍA EN CASTELLANO

- Aubet, María José: *El pensamiento de Rosa Luxemburgo* (Antología), Ediciones del Serbal, Barcelona, 1983.
- Basso, Lelio: *El pensamiento político de Rosa Luxemburgo*, Ed. Península, Barcelona 1976.
- Broué, Pierre: *La revolución alemana*, A. Redondo Editor, Barcelona, 1973.
- Canne-Meijer, Henk: *Movimiento de los consejos obreros en Alemania (1917-1921)*, Ed. ZYX, Madrid, 1975.
- Carr, E.H.: *La revolución bolchevique 1917-1923*, vol. 3. Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- Cliff, Tony: *Rosa Luxemburgo*, Marxists Internet Archive.
- Dunayevskaya, Raya: *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- Frölich, Paul: *Rosa Luxemburgo. Vida y obra*, Ed. Fundamentos, Madrid, 1976.
- Geras, Norman: *Actualidad del pensamiento de Rosa Luxemburgo*, Ediciones Era, México, 1980.
- Gómez Llorente, Luis: *Rosa Luxemburgo y la socialdemocracia alemana*, EDICUSA, Madrid, 1975.
- Guérin, Daniel: *Rosa Luxemburgo y la espontaneidad revolucionaria*, Ed. Proyecciones, Buenos Aires, 1973.
- Haffner, Sebastian: *La revolución alemana (1918-1919)*, Ed. Inédita, Barcelona 2005.
- Kautsky, Karl: *La doctrina socialista, Bernstein y la socialdemocracia alemana*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1975.
- Klein, Claude: *De los espartaquistas al nazismo: La república de Weimar*, Ediciones 62, Barcelona, 1970.
- Kowalik, Tadeusz: *Teoría de la acumulación y el imperialismo en Rosa Luxemburgo*, Ediciones Era, México, 1979.
- Liebknecht, Karl: *Antología de escritos*, Icaria Editorial, Barcelona 1977.

- Liebknrecht, Karl, y Luxemburgo, Rosa: *La revolución alemana de 1918-1919*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2009.
- Luxemburgo, Rosa: *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, Galba Edicions, Barcelona, 1975.
- *El desarrollo industrial de Polonia*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979.
 - *Huelga de masas, partido y sindicatos*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2003.
 - *Introducción a la economía política*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980.
 - *La acumulación de capital*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1978.
 - *La crisis de la socialdemocracia*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2006.
 - *La cuestión nacional y la autonomía*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979.
 - *Obras Escogidas*, Ed. Ayuso.
 - *Obras Escogidas*, Ediciones Era, México, 1981.
 - *Obras Escogidas*, Ed. Ayuso, Madrid, 1978.
 - *Reforma o revolución*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2002.
 - *Teoría marxista del partido político (vol II)*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, Argentina, 1976.
- Luxemburgo, Rosa, y Bujarin, Nikolai: *El imperialismo y la acumulación de capital*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1980.
- Luxemburgo, Rosa, y Liebknecht, Karl: *La revolución alemana de 1918-1919*, FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2009.
- Luxemburgo, Rosa y VVAA: *Debate sobre la huelga de masas*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1978.
- Nettl, Paul: *Rosa Luxemburgo*, Ediciones Era, México, 1974.
- Seidemann, Maria: *Rosa Luxemburgo y Leo Jogiches*, Muchnik Editores, Barcelona, 2002.
- Serge, Víctor: *El año I de la revolución rusa*, Siglo XXI Editores, México, 1983.
- Valcárcel, Díaz: *La pasión revolucionaria de Rosa Luxemburgo*, Ed. Akal, Madrid, 1975.
- VVAA: *Rosa Luxemburgo. Una rosa roja para el siglo XXI*, Centro de Investigación Juan Marinello, La Habana, 2001.



FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

www.fundacionfedericoengels.org

C/ Hermanos del Moral 33, bajo B · 28019 Madrid · Telf: 914 283 870
fundacion@fundacionfedericoengels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en que la ofensiva ideológica desatada contra las ideas socialistas exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico y favoreces el desarrollo de sus actividades. Además recibirás los folletos que publiquemos, la revista **MARXISMO HOY**, disfrutarás de un descuento en las publicaciones de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

en MÉXICO

La Fundación Federico Engels lleva desarrollando una intensa actividad en México durante más de una década, ofreciendo al movimiento obrero las obras fundamentales de los clásicos del marxismo (Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, etc.) así como textos contemporáneos.

Algunas de las ediciones más sobresalientes del catálogo de la FFE en México, como la obra póstuma de León Trotsky, *Los gángsteres de Stalin*, han sido realizadas en colaboración con la Casa Museo León Trotsky.

Una de las actividades más significativas de la FFE ha sido la puesta en marcha de ferias del libro marxista en algunas de las principales universidades del país (UNAM, UAM, BUAP, UAEH), así como la formación de círculos de estudio en diferentes partes del país en base a nuestras publicaciones. Invitamos a todos nuestros lectores y amigos a que se pongan en contacto directo con nosotros, para contribuir a la distribución de literatura marxista y establecer un vínculo con todos aquellos jóvenes y trabajadores interesados en organizarse en torno a las ideas del marxismo revolucionario.

Contáctanos: teléfono celular: (044-55) 91-05-63-16 / info@militante.org

en VENEZUELA

LA LIBRERÍA SOCIALISTA de la Fundación Federico Engels. En Caracas, Centro Comercial EXPOMECA 2000, Locales 107-109. Esq. El Conde a Carmelitas.

Podrás encontrar nuestros títulos y el catálogo más amplio de textos marxistas.

Tfnos. 0212-6398171/0426-9159784 - fundacionfedericoengels2@gmail.com

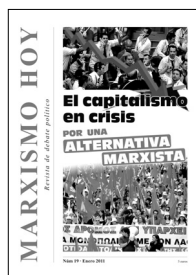
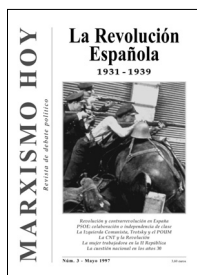
Si quieres hacerte socio de la Fundación, solicitar más información o hacer un pedido de libros, ponte en contacto con nosotros a través de cualquiera de nuestros teléfonos o correos electrónicos

La Fundación Federico Engels publica regularmente su catálogo de libros y documentos. Si estás interesado en recibirlo, escríbenos y te lo enviaremos gratuitamente; también puedes consultarlo en **www.fundacionfedericoengels.org**

MARXISMO HOY

Revista de debate político

- Número 1 A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 El nuevo orden mundial del imperialismo
- Número 7 Perspectivas para la economía mundial
- Número 8 León Trotsky. Su pensamiento más vigente que nunca
- Número 9 La Transición española, un análisis marxista
- Número 10 América Latina hacia la revolución
- Número 11 Antonio Gramsci y la revolución italiana
- Número 12 Portugal 1974. La Revolución de los Claveles
- Número 13 La Comuna Asturiana de 1934
- Número 14 El marxismo y la guerra
- Número 15 El materialismo dialéctico y la ciencia
- Número 16 China, de la revolución a la contrarrevolución
- Número 17 Venezuela, la lucha por el socialismo hoy
- Número 18 A 30 años de la Revolución Sandinista
- Número 19 El capitalismo en crisis. Por una alternativa marxista
- Número 20 Revolución y contrarrevolución en el mundo árabe
- Número 21 Rosa Luxemburgo y la revolución alemana



SUSCRÍBETE A MARXISMO HOY

Envíanos tus datos a nuestra dirección, indicando la forma de pago que prefieras.

FORMA DE PAGO

- ☐ Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels.
- ☐ Transferencia bancaria (Bankia) a nombre de la Fundación a la c/c:
IBAN ES68 / Entidad 2038 / Sucursal 1197 / DC 19 / 6000277153

ESTADO ESPAÑOL

EUROPA

RESTO MUNDO

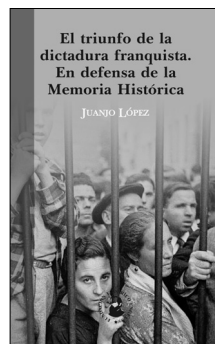
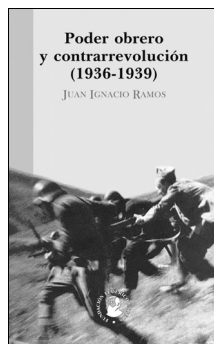
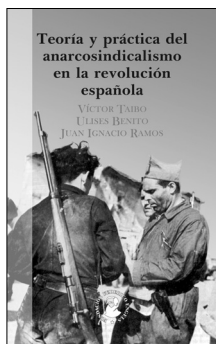
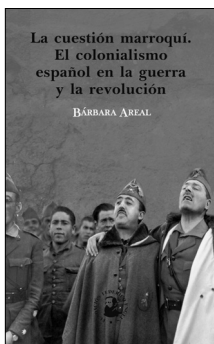
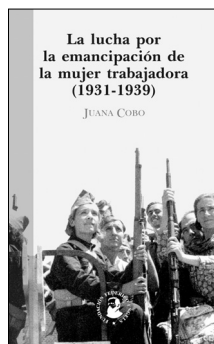
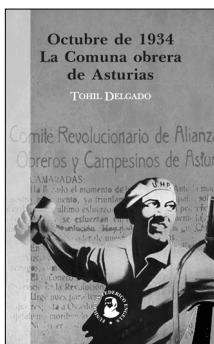
Dos números

12 euros

15 euros

20 euros

MEMORIA HISTÓRICA



Memoria Obrera Revolucionaria

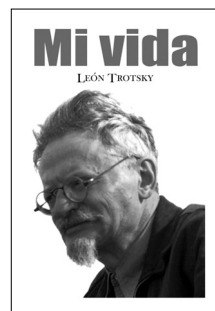
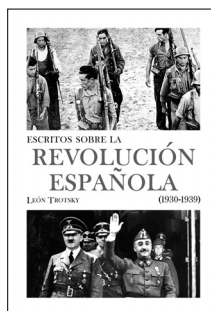
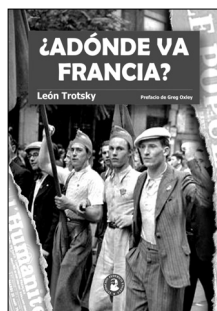
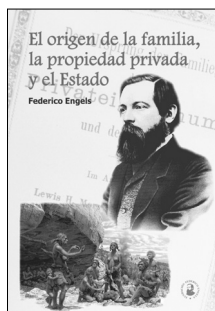
- Octubre de 1934. La Comuna obrera de Asturias.
- La batalla por la enseñanza y la cultura durante la Segunda República.
- La lucha por la emancipación de la mujer trabajadora (1931-1939).
- La Segunda República y la cuestión nacional.
- Tierra y libertad. Combates por la reforma agraria.
- La cuestión marroquí. El colonialismo español en la guerra y en la revolución.
- Entre el Gobierno y la revolución. La fractura socialista.
- Teoría y práctica del anarcosindicalismo en la revolución española.
- Poder obrero y contrarrevolución (1936-1939).
- El triunfo de la dictadura franquista. En defensa de la Memoria Histórica.
- La Revolución de los Claveles



Revolución Socialista y Guerra Civil (1936-1939)

- I. Las raíces históricas
- II. Los años decisivos. Teoría y práctica del Partido Comunista de España
- III. Balance de una ruptura. Los socialistas en el gobierno, en la guerra y en la revolución
- IV. La revolución inconclusa. El movimiento anarcosindicalista
- V. La izquierda comunista. La ICE, el BOC y el POUM

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



Carlos Marx y Federico Engels

- Contribución al problema de la vivienda
- Crítica del programa de Gotha / Crítica del programa de Erfurt
- Del socialismo utópico al socialismo científico
- El 18 Brumario de Luis Bonaparte
- El manifiesto comunista (*castellano / català / euskara / galego*)
- El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado
- El papel de la violencia en la historia
- Introducción a 'Dialéctica de la naturaleza' (y otros)
- La guerra civil en Francia
- L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana (y otros)
- Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital

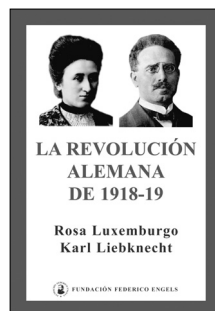
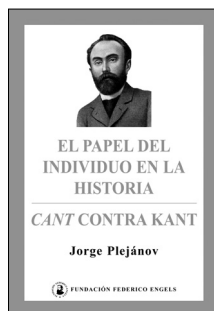
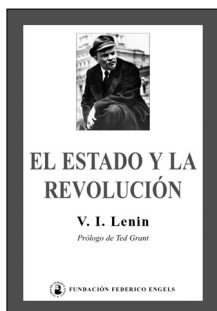
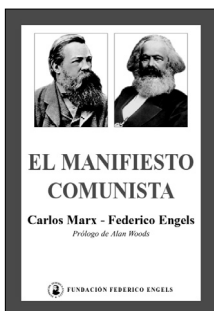
V. I. Lenin

- El Estado y la revolución (*castellano / euskara / català*)
- El imperialismo, fase superior del capitalismo
- La bancarrota de la Segunda Internacional
- La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo
- La revolución proletaria y el renegado Kautsky
- Las tesis de Abril
- Marx, Engels, marxismo

León Trotsky

- 1905 / Resultados y perspectivas
- ¿Adónde va Francia?
- Acerca de los sindicatos
- El programa de transición (*castellano / euskara*)
- Historia de la Revolución Rusa (2 vols.)
- La lucha contra el fascismo
- Escritos sobre la revolución española (1930-1939)
- La revolución española (1930-1939) - Selección de escritos
- La revolución permanente

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



- La revolución traicionada
- Mi vida
- Problemas de la vida cotidiana
- Qué es el marxismo / Su moral y la nuestra
- Terrorismo y comunismo
- Una escuela de estrategia revolucionaria

Rosa Luxemburgo

- Huelga de masas, partido y sindicatos
- La crisis de la socialdemocracia
- La revolución alemana de 1918-19
- Reforma o revolución (*castellano / euskara*)

Evgueni Preobrazhenski

- Anarquismo y comunismo (*castellano / euskara*)

Jorge Plejánov

- Contra el anarquismo
- La concepción materialista de la historia
- El papel del individuo en la historia / 'Cant' contra Kant

Franz Mehring

- Carlos Marx y la I Internacional
- Sobre el materialismo histórico

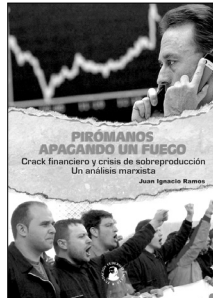
Paul Lafargue

- El derecho a la pereza / La jornada laboral de ocho horas
- ¿Por qué cree en Dios la burguesía? / La caridad cristiana

James Connolly

- Socialisme i nacionalisme - Escrits (*català*)
- Klase zapalduak Irlandaren historian (*euskara*)

COLECCIÓN CRÍTICA MARXISTA



Ted Grant

- Historia del trotskismo británico
- Obras, Volumen I.
- Rusia, de la revolución a la contrarrevolución.

Alan Woods y Ted Grant

- Razón y Revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna.
- Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente.

Alan Woods

- Bolchevismo: el camino a la revolución.
- La revolución bolivariana. Un análisis marxista.

- Reformismo o revolución.

Marxismo y socialismo del siglo XXI.

Eloy Val del Olmo y Alan Woods

- Euskal Herria y el socialismo. Marxismo y cuestión nacional.

Celia Hart

- Apuntes revolucionarios.

Varios Autores

- En defensa de la Revolución de Octubre (selecc. escritos).

Pablo CORMENZANA

- La batalla de Inveval.

Juan Ignacio Ramos

- Pirómanos apagando un fuego.



- Sindicato de Estudiantes. 20 años de historia, 20 años de lucha

- La Internacional Comunista



COLECCIÓN MEMORIA OBRERA

- Rebelión obrera en Tejas y Ladrillos
- 3 de marzo. Una lucha inacabada
- Carrier. Lecciones de una lucha
- Historia del movimiento obrero en Guadalajara
- SINGETRAM. Nueve años en lucha por el control obrero en la Revolución Bolivariana

José Martín

Arturo Val del Olmo

Felipe Palacios

Enrique Alejandro

Junta Directiva de SINGETRAM





CUADERNOS DE FORMACIÓN MARXISTA

1. Introducción al materialismo dialéctico.
2. La república soviética húngara de 1919. La revolución olvidada.
3. De noviembre a enero.
La revolución alemana de 1918.
4. El marxismo y la religión.
5. El marxismo y el arte.
6. Breve historia del desarrollo capitalista y del movimiento obrero en Turquía.
7. Stalin: 50 años después de la muerte del tirano.
8. Ascenso y caída de N. Bonaparte.
9. El Islam y EEUU, ¿amigos o enemigos? El resurgir del fundamentalismo.
10. El origen de los judíos.



www.elmilitante.net

EL MILITANTE es un periódico mensual elaborado por y para los trabajadores que colabora habitualmente con la Fundación Federico Engels en la defensa y difusión de las ideas del marxismo revolucionario.

Tendencia Marxista MILITANTE (México)

¡Únete a nosotros para fortalecer la lucha por la revolución socialista!
 Nos puedes contactar en: www.militante.org · info@militante.org
 Teléfono celular DF: (044-55) 23-26-65-04 · Puebla: (044-22) 23-71-11-61
 · Hidalgo: (044-77) 17-48-43-84

Corriente Marxista Revolucionaria (Venezuela)

La Corriente Marxista Revolucionaria (CMR) la constituimos un grupo de camaradas del movimiento obrero, popular y juvenil venezolano que luchamos por defender y profundizar el actual proceso revolucionario en nuestro país, desde una perspectiva socialista e internacionalista. Si estás interesado en conocer más nuestras ideas, en difundir el periódico, participar en nuestras reuniones o unirse a la lucha por el socialismo, ponte en contacto con nosotros.

Web de la CMR: www.elmilitantevenezuela.org

E-mail: contactar@elmilitantevenezuela.org

Telf.: 0414-2525566 / 0412-5836284

